LIBRO dot.com

NOLI ME TANGERE

JOSÉ RIZAL



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Was? Es dürfte kein Cäsar auf euren Bühnen fich zeigen,
Rein Achill, kein Dreft, keine Undromacha mehr?
Nichts! Kan fiehet bei uns nur Pfarrer, Rommerzienräte,
Fähndriche, Sekretärs ober Hufarenmajors.
Aber ich bitte dich, Freund, was kann denn diefer Kifere
Groβes beaeanen, was kann Groβes denn durch fie gefchehn?

"¿Qué? ¿No podría un César presentarse en vuestras
tablas? ¿No más un Aquiles, un Orestes o
Andrómaca mostrarse?"
¡Quía! Si no vemos más que concejales, curas, alféreces
y secretarios, de húsares comandantes y alguaciles.
"Mas, di, ¿qué pueden estos perdularios hacer de grande?
¿Pueden tales ratas dar lugar a hechos
extraordinarios?"

SCHILLER, La Sombra de Shakespeare

Librodot

A MI PATRIA

REGÍSTRASE *en la historia de los padecimientos humanos un cáncer de un carácter tan maligno que el menor contacto le irrita y despierta en él agudísimo dolores. Pues bien, cuantas veces en medio de las civilizaciones modernas he querido evocarte, ya para acompañarme de tus recuerdos, ya para compararte con otros países, tantas se me presentó tu querida imagen como un cáncer social parecido.*

Deseando tu salud que es la nuestra, y buscando el mejor tratamiento, haré contigo lo que con sus enfermos los antiguos: exponíanlos en las gradas del templo, para que cada persona que viniese de invocar a la Divinidad les propusiese un remedio.

Y a este fin, trataré de reproducir fielmente tu estado sin contemplaciones; levantaré parte del velo que encubre el mal, sacrificando a la verdad todo, hasta el mismo amor propio, pues, como hijo tuyo, adolezco también de tus defectos y flaquezas.

Europa, 1886

EL AUTOR

Capítulo 1

UNA REUNIÓN

A FINES DE OCTUBRE, don Santiago de los Santos, conocido popularmente bajo el nombre de Capitán Tiago[1], daba una cena, que, a pesar de haberlo anunciado aquella tarde tan sólo contra su costumbre, era ya el tema de todas las conversaciones en Binondo, en otros arrabales y hasta en Intramuros. Capitán Tiago pasaba entonces por el hombre más rumboso, y se sabía que su casa, como su país, no cerraba las puertas a nadie, como no sea al comercio o a toda idea nueva o atrevida.

Cual una sacudida eléctrica corrió la noticia en el mundo de los parásitos, moscas o colados que Dios crió en su infinita bondad y tan cariñosamente multiplica en Manila. Unos buscaron betún para sus botas; otros, botones y corbata, pero todos preocupados del modo como habían de saludar más familiarmente al dueño de la casa, para hacer creer en antiguas amistades, o excusarse, si a mano viene, de no haber podido acudir más temprano.

Se daba esta cena en una casa de la calle Anloague[2], y, ya que no recordamos su número, la describiremos de manera que se la reconozca aún, si es que los temblores no la han arruinado. No creemos que su dueño la haga derribar, porque de este trabajo ordinariamente se encarga allí Dios o la Naturaleza, que también tiene de nuestro Gobierno muchas obras contratadas. Es ello un edificio bastante grande, a estilo de los muchos del país, situado hacia la parte que da a un brazo del Pasig, llamado por algunos ría de Binondo[3], y que se desempeña, como todos los ríos de Manila, el múltiple papel de baño, alcantarilla, lavadero, pesquería, medio de transporte y comunicación y hasta agua potable si lo tiene por conveniente el chino aguador. Es de notar que esta poderosa arteria del arrabal, en donde más el tráfico bulle y aturde el vaivén, en una distancia de casi un kilómetro, apenas cuenta con un puente de madera, descompuesto por un lado durante seis meses e intransitable por el otro el resto del año, de tal suerte que los caballos en la temporada de calor aprovechan este permanente *statu quo* para desde allí saltar al agua, con gran sorpresa del distraído mortal que en el interior del coche dormita o filosofa sobre los progresos del siglo.

La casa que aludimos es algo baja y de líneas no muy correctas: que el arquitecto que la haya construido no viera bien o que esto fuese efecto de los terremotos o huracanes, nadie puede decirlo con seguridad. Una ancha escalera de verdes balaustres y alfombrada a trechos conduce desde el zaguán o portal, enlosado de

[1] A los gobernadorcillos de los pueblos se les designa también más comúnmente como Capitán del pueblo. Capitán Tiago, en la novela, es la personificación de varios filipinos, unos amigos y otros meros conocidos del autor que gozaban del respeto y consideración de la sociedad de Manila.

[2] Hoy, el pedazo de la calle Juan Luna desde la plaza de Calderón de la Barca hasta la Plaza de Cervantes. "Anloague (del tagalo *anluwagi*, carpintero). En el gran distrito de Bidondo hay una calle que se llama de Anloague, porque en ella, cuando se le dio este nombre, vivían numerosos carpinteros de los que se dedican a la construcción de edificios de tabla, caña y nipa". Retana, *Dicc. de Filipinas*: p. 34.

[3] Se llama hoy día *estero*; y no se usa más como está descrito en el libro por la razón de estar ya muy sucio y no estar dragado. Es el Canal de Bidondo desde que en 1861 fueron empedradas las riberas.

azulejos, al piso principal, entre macetas y tiestos de flores sobre pedestales de losa china de abigarrados colores y fantásticos dibujos.

Pues que no hay porteros ni criados que pidan o pregunten por el billete de invitación, subiremos, ¡oh tú que me lees, amigo o enemigo!, si es que te atraen a ti los acordes de la orquesta, la luz o el significativo *clin-clan* de la vajilla y de los cubiertos, y quieres ver cómo son las reuniones allá en la Perla del Oriente[4]. Con gusto y por comodidad mía te ahorraría a ti de la descripción de la casa, pero esto es tan importante, pues nosotros los mortales en general somos como las tortugas: valemos y nos clasifican por nuestras conchas; pero esto y otras cualidades más como tortugas son también los mortales de Filipinas. Si subimos, nos encontraremos de golpe en una espaciosa estancia, llamada allí *caida*[5] no sé por qué, que esta noche sirve de comedor al mismo tiempo que salón de la orquesta. En medio, una larga mesa, adornada profusa y lujosamente, parece guiñar al colado con dulces promesas y amenazar a la tímida joven, a la sencilla *dalaga*[6], con dos horas mortales en compañía de extraños, cuyo lenguaje y conversación suelen tener un carácter muy particular. Contrastando con estos terrenales preparativos están los abigarrados cuadros de las paredes, representando asuntos religiosos como *El Purgatorio, El Infierno, El Juicio final, La Muerte del Justo, La del Pecador,* y en el fondo, aprisionado en un espléndido y elegante marco estilo del Renacimiento que Arévalo tallara, un curioso lienzo de grandes dimensiones en que se ven dos viejas... La Inscripción dice: *Ntra. Sra. De la Paz y Buenviaje, que se venera en Antipolo, bajo el aspecto de una mendiga, visita en su enfermedad a la piadosa y célebre capitana Inés*[7]. La composición, si no revela mucho gusto ni arte, tiene en cambio sobrado realismo: la enferma parece ya un cadáver en putrefacción por los tintes amarillos y azules de su rostro; los vasos y demás objetos, ese cortejo de las largas enfermedades, están reproducidos tan minuciosamente que se ven hasta sus contenidos. Al contemplar estos cuadros que excitan el apetito e inspiran ideas bucólicas, acaso piense alguno que el maligno dueño de la casa conocía muy bien el carácter de la mayor parte de los que se han de sentar a la mesa, y para velar un poco su pensamiento ha colgado del plafón preciosas lámparas de China, jaulas sin pájaros, esferas de cristal azogado, rojas, verdes y azules, plantas aéreas marchitas, pescados disecados e inflados, que llaman botetes, etc., cerrando el todo por el lado que mira al río con caprichosos arcos de madera, medio chinescos, medio europeos y dejando ver en una azotea emparrados y glorietas alumbrados escasamente por farolitos de papel de todos colores.

Allá en la sala están los que han de comer, entre colosales espejos y brillantes arañas: allá, sobre una tarima de pino, está el magnífico piano de cola de un precio exorbitante, y más precioso aún esta noche, porque nadie lo toca. Allá hay un gran retrato al óleo de un hombre bonito, de frac, tieso, recto, simétrico como el bastón de borlas[8] que lleva entre sus rígidos dedos cubiertos de anillos: el retrato parece decir:

- ¡Hjm!, ¡mirad cuanto llevo puesto y que serio estoy!.

---

[4] Metáfora con que se denomina a Manila y más ampliamente a todo el Archipiélago magallánico. Recuérdese que Rizal usa de esta expresión metafórica en su "Último Pensamiento" (2,18).

Adiós, Patria adorada, región del sol querida,
Perla del mar de Oriente, nuestro querido Edén...

[5] Es la espaciosa estancia de las casas de materiales fuertes que uno encuentra tan pronto como se sube la escalera.

[6] Palabra tagala que significa mujer soltera, doncella.

[7] Filipina casi legendaria por su gran devoción y su esplendidez en donativos a las iglesias y fiestas religiosas, asociadas a muchos milagros que se contaban.

[8] Bastón de mando o el bastón simbólico indicativo de autoridad como la de ser Gobernadorcillo o Capitán de un pueblo.

Los muebles son elegantes, acaso incómodos y malsanos: el dueño de la casa no pensaría en la higiene de sus convidados sino en el propio lujo[9], ¡Es cosa terrible la disentería, pero, os sentáis en sillones de Europa y eso no se tiene siempre!, les diría él.

La sala está casi llena de gente: los hombres separados de las mujeres como en las iglesias católicas y en las sinagogas. Ellas son unas cuantas jóvenes entre filipinas y españolas: abrían la boca para contener un bostezo pero la tapaban al instante con sus abanicos; apenas murmuraban algunas palabras; cualquier conversación que se aventuraba moría entre monosílabos, como esos ruidos que se oyen de noche en la casa, ruidos causados por ratones y lagartijas. ¿Son acaso las imágenes de diferentes Nuestras Señoras que cuelgan de las paredes las que las obligan a guardar el silencio y la compostura religiosa, o es que aquí las mujeres forman una excepción?.

La única que recibía a las señoras era una vieja, prima del Capital Tiago, de facciones bondadosa y que hablaba bastante mal el castellano. Toda su política y urbanidad consistían en ofrecer a las españolas una bandeja de cigarros y *buyos*[10], y en dar a besar la mano a las filipinas, exactamente como los frailes. La pobre anciana acabó por aburrirse y aprovechando el ruido de un plato que se rompía, salió precipitadamente murmurando:

- ¡Jesús!. ¡Esperad, indignos!.

Y no volvió a aparecer.

En cuanto a los hombres, éstos ya hacían más ruido. Algunos cadetes hablaban con animación, pero en voz baja, en uno de los rincones, mirando de cuando en cuando y señalando a veces con el dedo a varias personas de la sala, y se reían entre ellos más o menos disimuladamente; en cambio, dos extranjeros, vestidos de blanco, cruzadas las manos detrás y sin decir palabra, se paseaban de un extremo a otro de la sala a grandes pasos, como hacen los aburridos pasajeros sobre la cubierta de un buque. Todo el interés y la mayor animación partían de un grupo formado por dos religiosos, dos paisanos y un militar alrededor de una mesita en que se veían botellas de vino y bizcochos ingleses.

Un militar era un viejo teniente, alto, de fisonomía adusta; parecía un Duque de Alba[11] rezagado en el escalafón de la Guardia Civil; hablaba poco, pero duro y breve. Uno de los frailes, un joven dominico, hermoso, pulcro y brillante como sus gafas de montura de oro, tenía una temprana gravedad: era el cura de Binondo, y fue en años anteriores catedrático en San Juan de Letrán tenía fama de consumado dialéctico, tanto que en aquellos tiempos, cuando los hijos de Guzmán[12] se atrevían aún a luchar en sutilezas con los seglares, el hábil argumentador B. de Luna[13] no había podido jamás embrollarle ni cogerle: los distingos de Fr. Sibyla le dejaban como al pescador que quiere coger anguilas con lazos. El dominico hablaba poco y parecía pesar sus palabras.

Por el contrario, el otro, que era un franciscano, hablaba mucho y gesticulaba más. A pesar de que sus cabellos empezaban a encanecer, parecía conservarse bien su robusta naturaleza. Sus correctas facciones, su mirada poco tranquilizadora, sus anchas quijadas y hercúleas formas le daban el aspecto de un patricio romano

[9] Alude a las sillas de cojín y forradas de terciopelo que Rizal consideraba como impropias para países tropicales.

[11] El duque de Alba (Fernando Álvarez de Toledo) fue un célebre general español de la época de Carlos V y Felipe II (1508-1582), que se distinguió por su gran rigor en la represión del Protestantismo en los Países Bajos.

[12] Frailes dominicos pertenecientes a la orden fundada por Sto. Domingo de Guzmán.

[13] Don Benedicto de Luna, nacido en Tanauan, Batangas, en 1838, graduado en la Universidad de Sto. Tomás en Filosofía y Leyes. Era considerado como uno de los mejores argumentadores de la época, así como un buen educador. Estableció una escuela privada en Sta. Cruz, Manila, que adquirió fama entre los filipinos; murió en 1899.

disfrazado, y sin quererlo, os acordareis de uno de aquellos tres monjes de que habla Heine en sus *Dioses en el destierro,* que por el Equinoccio de Septiembre, allá en Tyrol, pasaban a media noche en barca un lago, y cada vez depositaban en la mano del pobre barquero una moneda de plata, como el hielo fría, que le dejaba lleno de espanto. Sin embargo, Fr. Dámaso[14] no era misterioso como aquellos; era alegre y si el timbre de su voz era brusco como el de un hombre que jamás se ha mordido la lengua, que cree santo e inmejorable cuanto dice, su risa alegre y franca borraba esta desagradable impresión, y hasta se veía uno obligado a perdonarle el enseñar en la sala unos pies sin calcetines y unas piernas velludas que harían la fortuna de un Mendieta[15] en las ferias de Quiapo.

Uno de los paisanos, un hombre pequeñito, de barba negra, sólo tenía de notable la nariz que, a juzgar por sus dimensiones, no debía ser suya; el otro, un joven rubio, parecía recién llegado al país: con éste sostenía el franciscano una viva discusión.

-Ya lo verá –decía éste-, como cuente en el país algunos meses, se va a convencer de lo que le digo: una cosa es gobernar en Madrid y otra es estar en Filipinas.

- Pero...

- Yo por ejemplo –continuó Fr. Dámaso levantando más la voz para no dejarle al otro la palabra-, yo que cuento ya veintitrés años de plátano y morisqueta[16], yo puedo hablar con autoridad sobre ello. No me salga usted con teorías ni retóricas, yo conozco al indio[17]. Haga cuenta que desde que llegué al país, fui destinado a un pueblo, pequeño, es verdad, pero muy dedicado a la agricultura. Todavía no entendía yo muy bien el tagalo, pero ya confesaba a las mujeres, y nos entendíamos, y tanto me llegaron a querer que tres años después, cuando me pasaron a otro pueblo mayor, vacante por la muerte del cura indio, todas se pusieron a llorar, me colmaron de regalos, me acompañaron con música...

- Pero eso sólo demuestra...

- ¡Espere, espere!, ¡no sea tan vivo!. El que me sucedió permaneció menos tiempo, y cuando salió tuvo más acompañamiento, más lágrimas y más música y eso que pegaba más y había subido los derechos de la parroquia casi el doble.

- Pero Ud. me permitirá...

- Aún más, en el pueblo de San Diego he estado veinte años y sólo hace algunos meses que lo he... dejado –aquí pareció disgustarse-. Veinte años, no me lo podrá negar nadie, son más que suficientes para conocer un pueblo. San Diego tenía seis mil almas, y conocía a cada habitante como si yo le hubiese parido y amamantado: sabía de que pie cojeaba éste, donde le apretaba el zapato a aquél, quién hacía el amor a aquella dalaga, qué deslices había tenido ésta y con quién, cuál era el verdadero padre del chico, etc., como que confesaba a todo bicho; se guardaban bien de faltar a su deber. Dígalo, si miento, Santiago, el dueño de la casa; allí tiene muchas tierras y allí fue donde hicimos nuestras amistades. Pues bien, verá Ud., lo que es el indio;

[14] Rizal, aparentemente, no ha querido retratar aquí a ninguna persona determinada, y esto parece confirmarlo D. Antonio Ma. Regidor, cuando al hablar de los personajes del *Noli* dice: "¿Quién no conoce al P. Dámaso?. ¡Ah!, yo le he tratado; y aunque su brillante personificación novelesca lleva el traje del sucio franciscano, grosero siempre, siempre tirano y constantemente corrompido, yo en la vida real filipina le he tratado y estudiado, vestido unas veces con el blanco hábito del Agustino, otras de Franciscano como V. lo presenta, y otras con los pies desnudos y la túnica del Recoleto aparentando saber". (Carta a Rizal, mayo 3, 1887).

[15] Personaje muy conocido (en aquella época) en Manila, portero de la Alcaldía, empresario de teatros infantiles, director de un tío Vivo, etc.

[16] Equivale a decir años de país, por lo de que el plátano y la morisqueta (arroz cocido al agua) son comidas comunes en Filipinas.

[17] "Los malayos de Filipinas fueron llamados indios por los españoles". Nota del Prof. Brumentritt en la p. 23 de *Vida y Escritos del Dr. J. Rizal*, por Retana.

cuando salí, apenas me acompañaron unas viejas y algunos hermanos terceros[18], y ¡eso que he estado veinte años!.

- Pero, ¡no hallo que eso tenga que ver con el desestanco del tabaco![19] –contestó el rubio aprovechando la pausa mientras el franciscano tomaba una copita de jerez.

Fr. Dámaso, lleno de sorpresa, por poco deja caer la copa. Quedóse un momento mirando de hito en hito al joven y:

- ¿Cómo?, ¿cómo? –exclamó después con la mayor extrañeza-. Pero, ¿es posible que no vea Ud. eso que es claro como la luz?. ¿No ve Ud., hijo de Dios, que todo esto prueba palpablemente que las reformas de los ministerios son irracionales?.

Esta vez fue el rubio el que quedó perplejo; el teniente arrugó más las cejas; el hombre pequeñito movía la cabeza como para dar razón a Fr. Dámaso o para negársela. El dominico se contentó con volverles casi las espaldas a todos.

- ¿Cree Ud. ...? –pudo al fin preguntar muy serio el joven y mirando lleno de curiosidad al fraile.

- ¿Qué si creo?. ¡Cómo en el Evangelio!. ¡El indio es tan indolente!.

- ¡Ah!, perdone Ud. que le interrumpa –dijo el joven bajando la voz y acercando un poco su silla-, Ud. ha pronunciado una palabra que llama todo mi interés: ¿existe verdaderamente, nativa, esa indolencia en los naturales, o sucede, según un viajero extranjero, que nosotros excusamos con esta indolencia la nuestra propia, nuestro atraso y nuestro sistema colonial?. Hablaba de otras colonias cuyos habitantes son de la misma raza...

- ¡Ca!. ¡Envidias!. Pregúnteselo al Sr. Laruja que también conoce el país, ¡pregúntele si la ignorancia y la indolencia del indio tiene igual!.

- En efecto –contestó el hombre pequeñito que era el aludido-, en ninguna parte del mundo puede Ud. ver otro más indolente que el indio, ¡en ninguna parte del mundo!.

- ¡Ni otro más vicioso, ni más ingrato!.

- ¡Ni más mal educado!.

El joven rubio principió a mirar con inquietud a todas partes.

- Señores –dijo en voz baja-, creo que estamos en casa de un indio, esas señoritas...

- ¡Bah!, ¡no sea Ud. tan aprehensivo!. Santiago no se considera como indio, y además, no está presente y... ¡aunque estuviera!. Esas son tonterías de los recién venidos. Deje que pasen algunos meses; cambiará de opinión cuando haya frecuentado muchas fiestas y *bailújan*[20], dormido en los catres y comido mucha tinola.

- ¿Es acaso eso que Ud. llama *tinola*[21] una fruta de la especie del loto que vuelve a los hombres .. así... como olvidadizos?.

- ¡Qué loto ni qué lotería! –contesta riendo el P. Dámaso-. Está Ud. tocando el bombo. Tinola es un *gulaí* de gallina y calabaza. ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado Ud.?.

- Cuatro días –contestó el joven algo picado.

- ¿Viene como empleado?.

- No señor: vengo por cuenta propia para conocer el país.

- ¡Hombre, qué pájaro más raro! -exclamó Fr. Dámaso mirándole con curiosidad- ¡Venir por cuenta propia y por tonterías!. ¡Qué fenómeno!. Habiendo tantos libros...

[18] Miembros de la Orden Tercera instituida por San Francisco de Asís.

[19] Abolición del monopolio del gobierno sobre el tabaco por el cual el gobierno se reservaba el derecho de regular su cultivo, elaboración y venta al público.

[20] Palabra tagalizada derivada de *bailes*.

[21] Comida peculiar de Filipinas hecha con trozos de gallina, papaya verde o patatas cortadas en pedazos, condimentada con sal y cocida al agua. Se sirve al principio de la cena a manera de sopa.

con tener dos dedos de frente... ¡muchos han escrito así grandes libros!. Con tener dos dedos de frente...

- Decía V.R., P. Dámaso –interrumpió bruscamente el dominico cortando la conversación-, que había estado veinte años en el pueblo de San Diego y lo ha dejado... ¿no estaba V.R.[22] contento del pueblo?.

Fr. Dámaso a esta pregunta, hecha con un tono tan natural y casi negligente, perdió repentinamente la alegría y dejó de reír.

- ¡No! –gruñó secamente y se dejó caer con violencia contra el respaldo del sillón.

El dominico prosiguió en tono más indiferente aún:

- Doloroso debe ser dejar un pueblo donde se ha estado veinte años, y que se conoce como el hábito que se lleva. Yo, al menos, sentí dejar Camiling, y eso que estuve pocos meses... pero los superiores lo hacían para bien de la Comunidad... era también para bien mío.

Fr. Dámaso por primera vez en aquella noche parecía muy preocupado. De repente dio un puñetazo sobre el brazo de su sillón y respirando con fuerza exclamó:

- ¡O hay religión o no la hay, esto es, o los curas son libres o no!. ¡El país se pierde, está perdido!.

Y volvió a dar otro puñetazo.

Toda la sala sorprendida, se volvió hacia el grupo: el dominico levantó la cabeza para mirarle por debajo de sus gafas. Los dos extranjeros que se paseaban paránrose un momento, se miraron, se enseñaron un poco sus dientes incisivos y continuaron acto seguido el paseo.

- ¡Está de mal humor porque Ud. no le ha tratado de Reverencia! –murmuró al oído del joven rubio el Sr. Laruja.

- ¿Qué quiere V.R. decir?, ¿qué le pasa? –preguntaron el dominico y el teniente en diferentes tonos de voz.

- ¡Por eso vienen tantas calamidades!. ¡Los gobernantes sostienen a los herejes contra los ministros de Dios! –continuó el franciscano levantando sus robustos puños.

- ¿Qué quiere Ud. Decir? –volvió a preguntar el cejijunto teniente medio levantándose.

- ¿Qué quiero decir? –repitió Fr. Dámaso alzando más la voz y encarándose con el teniente-, ¡Yo digo lo que yo quiero decir!. Yo, yo quiero decir que cuando el cura arroja de su cementerio el cadáver de un hereje, nadie, ni el mismo rey, tiene derecho a mezclarse y menos a imponer castigos. Con que un generalito, un generalito Calamidad....[23]

- ¡Padre, Su Excelencia es Vice Real Patrono! –gritó el militar levantándose.

- ¡Qué excelencia ni qué Vice Real Patrono! –contestó el franciscano levantándose también-. En otro tiempo se le hubiera arrastrado escaleras abajo, como lo hicieron una vez las Corporaciones con el impío gobernador Bustamante[24]. ¡Aquellos si que eran tiempos de fe!.

- Le advierto que yo no permito... ¡Su Excelencia representa a S.M. el Rey!.

[22] Vuestra Reverencia, título que se daba a los religiosos.

[23] Alusión al general Terrero, por su actitud adversa a las órdenes monásticas o por la penosa campaña del Río Grande de Mindanao contra el dato Uto. Emilio Terrero y Perinat era el Capitán General de Filipinas cuando Rizal volvió de Europa a Filipinas. Gobernó desde 1883 hasta 1885. Fue quién designó al teniente de la Guardia Civil D. José Taviel de Andrade para que estuviera al lado de Rizal durante su estancia en Filipinas.

[24] Ciertos elemento ultramontanos de Manila se amotinaron contra este General asesinándole en octubre de 1719 en su propio palacio; tan horrendo crimen, como el secuestro y prisión en 1665 del Gobernador y Capitán General D. Diego de Salcedo por el agustino Padre Patermina y otros religiosos, constituye una de las más negras páginas de la Historia Filipina. Para detalles, véase Retana, *Archivo V*, 1905, artículo titulado "Noticias de los sucedido en la ciudad de Manila en octubre de 1719" (Asesinato de Bustamante), y Fernández, *A Brief History of the Philipines*, p. 136.

- ¡Qué rey ni qué roque!, para nosotros no hay más rey que el legítimo...

- ¡Alto! –gritó el teniente amenazador y como si se dirigiera a sus soldados-. O Ud. retira cuanto a dicho o mañana mismo doy parte a S.E.

- ¡Ande Ud. ahora mismo, ande Ud.! –contestó con sarcasmo Fr. Dámaso acercándosele con los puños cerrados-. ¿Cree Ud. que porque llevo hábito, me faltan...?. ¡Ande Ud. que todavía le presto mi coche!.

La cuestión tomaba un giro cómico, afortunadamente intervino el dominico.

- ¡Señores! –dijo en tono de autoridad y con esa voz nasal que asienta tan bien a los frailes- no hay que confundir las cosas ni buscar ofensas donde no las hay. Debemos distinguir en las palabras de Fr. Dámaso las del hombre de las del sacerdote. Las de éste, como tal, *per se*, jamás pueden ofender, pues provienen de la verdad absoluta. En las del hombre hay que hacer una subdistinción: las que dice *ad irato*, las que dice *ex ore* pero no *in corde* y las que dice *in corde*. Estas últimas son las que únicamente pueden ofender y eso según: si ya *in mente* preexistían por un motivo, o solamente vienen *per accidens* en el calor de la conversación, si hay...

- ¡Pues yo *por accidens* y *por mí* sé los motivos, Padre Sibyla! –interrumpió el militar que veía embrollarse en tantas distinciones y temía que si éstas seguían no saliese él todavía culpable-. Yo sé los motivos y los va V.R. a distinguir. Durante la ausencia del P. Dámaso en San Diego, enterró el coadjuntor el cadáver de una persona dignísima... sí, señor, dignísima, yo le he tratado varias veces y en su casa me he hospedado. Que jamás se haya confesado, eso, ¿qué?, yo tampoco me confieso; pero decir que se ha suicidado, es una mentira, una calumnia. Un hombre como él, que tiene un hijo en quien cifra su cariño y esperanzas, un hombre que tiene fe en Dios, que conoce sus deberes para con la sociedad, un hombre honrado y justo, no se suicida. Esto lo digo yo, y callo aquí lo demás que pienso y agradézcamelo V.R.

Y volviéndole las espaldas al franciscano continuó:

- Pues bien, este cura a su vuelta al pueblo, después de maltratar al pobre coadjuntor, lo ha hecho desenterrar y sacarlo fuera del cementerio, para enterrarlo no sé dónde. El pueblo de San Diego ha tenido la cobardía de no protestar, verdad es que muy pocos lo supieron: el muerto no tenía ningún pariente, y su único hijo está en Europa; pero S.E. lo ha sabido y, como es hombre de recto corazón, ha pedido el castigo,... y el P. Dámaso fue trasladado a otro pueblo mejor. He aquí todo. Ahora haga Ud. sus distinciones.

Y dicho esto, se alejó del grupo.

- Siento mucho haber tocado, sin saberlo, una cuestión tan delicada –dijo el P. Sibyla-. Pero al fin se ha ganado en el cambio de pueblo...

- ¡Qué se ha de ganar!. ¿Y lo que se pierde en los traslados... y los papeles... y las... y todo lo que se extravía? –interrumpió balbuciente, sin poderse contener de ira, Fr. Dámaso.

Poco a poco volvió la reunión a su antigua tranquilidad.

Habían llegado otras personas, entre ellas un viejo español, cojo, de fisonomía dulce e inofensiva, apoyado en el brazo de una vieja filipina, llena de rizos y pinturas y vestida a la europea.

El grupo les saludó amistosamente; el Doctor De Espadaña y su señora, *la doctora*[25] Dª. Victorina se sentaron entre nuestros conocidos. Se veían algunos periodistas, almaceneros saludarse, discurrir de un lado a otro sin saber que hacer.

[25] En Filipinas se solía llamar a la esposa de un dignatario o de un profesional con el título del marido, esto para designarla como la señora de tal personaje: así, a la señora del gobernador se la llamaba la gobernadora; a la del capitán, capitana, etc.

- ¿Pero me puede Ud. decir, Sr. Laruja, qué tal es el dueño de la casa? –preguntó el joven rubio-. Yo todavía no le he sido presentado.

- Dicen que ha salido: yo tampoco lo he visto.

- ¡Aquí no hay necesidad de presentaciones! –intervino Fr. Dámaso-. Santiago es un hombre de buena pasta.

- Un hombre que no ha inventado la pólvora -añadió Laruja.

- ¡También Ud., Sr. Laruja! – exclamó con meloso reproche Dª. Victorina abanicándose-. ¿Cómo podía el pobre inventar la pólvora si, según dicen, la habían inventado ya los chinos siglos hace?.

- ¿Los chinos?. ¿Está Ud. loca? –exclamó Fr. Dámaso- ¡Quite Ud.!. ¡Lo ha inventado un franciscano, uno de mi orden, Fr. no sé cuántos Savalls en el siglo... siete!.

- ¡Un franciscano!. Bueno, ése habrá estado de misionero en China, ese P. Savalls –replicó la señora que no dejaba así sus ideas.

- Schwartz[26] querrá Ud. decir, señora –repuso F. Sibyla sin mirarla.

- No lo sé; Fr. Dámaso ha dicho Savalls; ¡yo no hago más que repetir!.

- ¡Bien!. Savalls o Chevás[27], ¿qué más da?. ¡Por una letra no se queda chino! –replicó malhumorado el franciscano.

- Y en el siglo catorce, no en el siete –añadió el dominico en tono de correctivo, como para mortificar el orgullo del otro.

- ¡Bueno, un siglo más o un siglo menos tampoco le hace dominico!.

- ¡Hombre, no se enfade V.R.! –dijo el P. Sibyla sonriendo-. Tanto mejor que lo haya inventado él; así les ha ahorrado de ese trabajo a sus hermanos.

- Y, ¿dice Ud., Padre Sibyla, que fue eso en el siglo catorce? –preguntó con gran interés Dª. Victorina-. ¿Antes o después de Cristo?.

Felizmente para el preguntado, dos personajes entraron en la sala.

Capítulo 2

CRISÓSTOMO IBARRA

NO ERAN HERMOSAS y bien ataviadas jóvenes para llamar la atención de todos, hasta la de Fr. Sibyla; no era S.E. el Capitán General con sus ayudantes para que el teniente saliera de su ensimismamiento, avanzara algunos pasos y Fr. Dámaso se quedase como petrificado: era sencillamente el original del retrato de frac, conduciendo de la mano a un joven vestido de riguroso luto.

- ¡Buenas noches, señores!, ¡buenas noches, Padre! –fue lo primero que dijo el Capitán Tiago besando las manos a los sacerdotes que se olvidaron de dar la bendición; el dominico se había quitado las gafas para mirar al joven recién llegado, y Fr. Dámaso, pálido y los ojos desmesuradamente abiertos.

-¡Tengo el honor de presentar a Uds. a Don Crisóstomo Ibarra, hijo de mi difunto amigo! –continuó el Capitán Tiago-. El Señor acaba de llegar de Europa y he ido a recibirle.

[26] (Bertoldo), monje alemán del siglo XIV a quién se atribuye la invención de la pólvora: murió en 1384.
[27] Inocente juego de palabras. Savalls es un famoso cabecilla carlista.

Librodot

A este nombre se oyeron algunas exclamaciones; el teniente se olvidó de saludar al dueño de la casa; se acercó al joven y le examinó de pies a cabeza. Este, entonces, cambiaba las frases de costumbre con todo el grupo; no parecía presentar otra cosa de particular que su traje negro en medio de aquella sala. Su aventajada estatura, sus facciones, sus movimientos respiraban, no obstante, ese perfume de una sana juventud en que tanto el cuerpo como el alma, se han cultivado a la par. Se leían en su rostro franco y alegre, algunas ligeras huellas de la sangre española a través de un hermoso color moreno, algo rozado en las mejillas, efecto tal vez de su permanencia en los países fríos.

- ¡Calla! -exclamó con alegre sorpresa-. ¡El cura de mi pueblo!. ¡P. Dámaso, el íntimo amigo de mi padre!.

Todas las miradas se dirigieron al franciscano, éste no se movió.

- ¡Ud. dispense, me había equivocado! –añadió Ibarra confuso.

- ¡No te has equivocado! –pudo al fin contestar aquél con voz alterada-. Pero tu padre jamás fue íntimo amigo mío.

Ibarra retiró lentamente la mano que había tendido; mirándole lleno de sorpresa se volvió y se encontró con la adusta figura del teniente que le seguía observando.

- Joven, ¿es Ud. el hijo de D. Rafael Ibarra?.

El joven se inclinó.

Fr. Dámaso medio se incorporó sobre su sillón y miró de hito en hito al teniente.

- ¡Bienvenido a su país y que en él sea más feliz que su padre! –exclamó el militar con voz temblorosa-. Yo le había conocido y tratado, y puedo decir que era uno de los hombres más dignos y más honrados de Filipinas.

- ¡Señor! –contestó Ibarra conmovido-, el elogio que Ud. hace de mi padre disipa mis dudas sobre su suerte, que yo, su hijo, ignoro aún.

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, dio media vuelta y se alejó precipitadamente.

Se vio el joven solo en medio de la sala; el dueño de la casa había desaparecido y no encontraba quién le presentase a las señoritas, muchas de las cuales le miraban con interés. Después de vacilar algunos segundos, con una gracia sencilla y natural se dirigió a ellas.

- Permítanme Uds. –dijo- que salte por encima de las reglas de una rigurosa etiqueta. Hace siete años que falto de mi país y al volver a él no puedo contenerme sin saludar a su más precioso adorno, a sus mujeres.

Como ninguna se atrevió a contestar, se vio el joven obligado a alejarse. Se dirigió al grupo de algunos caballeros, que al verlo venir, formaron un semicírculo.

- ¡Señores! –dijo-, hay en Alemania una costumbre, cuando un desconocido viene a una reunión y no halla quién le presente a los demás, él mismo dice su nombre y se presenta, a lo que contestan los otros de igual manera. Permítanme Uds. este uso, no por introducir costumbres extranjeras, que las nuestras son muy bellas también, sino porque me veo obligado a ello. He saludado ya al cielo y a las mujeres de mi patria; ahora quiero saludar a los ciudadanos, a mis compatriotas. ¡Señores, yo me llamo Juan Crisóstomo Ibarra y Magsalin!.

Los otros dieron sus nombres más o menos insignificantes, mas o menos desconocidos.

- ¡Yo me llamo A – a! –dijo un joven secamente e inclinándose apenas.

- ¿Tendré acaso el honor de hablar con el poeta, cuyas obras han mantenido mi entusiasmo por mi patria?. Me han dicho que ya no escribe Ud., pero no han sabido darme el porqué...

- ¿El porqué?. Porque no se invoca a la inspiración para que se arrastre y mienta. A uno le han formado causa por haber puesto en verso una verdad de Pero Grullo. A mí me han llamado poeta, pero no me llamarán loco.

- Y, ¿se puede saber qué verdad era ésa?.

- Dijo que el hijo del león era también león; por poco no va desterrado. Y el extraño joven se alejó del grupo.

Casi corriendo llegó un hombre de fisonomía risueña, vestido como los naturales del país, con botones de brillantes en la pechera; se acercó a Ibarra, le dio la mano diciendo:

- ¡Señor Ibarra, yo deseaba conocerle a Ud.; Capitán Tiago es muy amigo mío, yo conocí a su señor padre... yo me llamo Capitán Tinong, vivo en Tondo[1], donde Ud. tiene su casa; espero que Ud. me honrará con su visita; ¡venga Ud. a comer mañana con nosotros!.

Ibarra estaba encantado de tanta amabilidad; Capitán Tinong sonreía y se frotaba las manos.

- ¡Gracias! –contestó afectuosamente-, pero parto mañana mismo para San Diego...

- ¡Lástima!. ¡Entonces será para cuando Ud. vuelva!.

- ¡La mesa está servida! –anunció un mozo del Café *La Campana*. La gente empezó a desfilar no sin que se hicieran de rogar mucho las mujeres, especialmente las filipinas.

Capítulo 3

LA CENA

Jele jele bago quiere[1].

FR. SIBYLA PARECÍA muy satisfecho: andaba tranquilamente y en sus contraídos y finos labios no se reflejaba ya el desdén; hasta se dignaba hablar con el cojo doctor De Espadaña, que respondía por monosílabos, pues era algo tartamudo. El franciscano estaba de humor espantoso, pegaba puntapiés a las sillas que le obstruían el camino y hasta dio un codazo a un cadete. El teniente, serio; los otros hablaban con mucha animación y alababan la magnificencia de la mesa. Dª. Victorina, sin embargo, arrugó con desprecio la nariz, pero inmediatamente se volvió furiosa como una serpiente pisoteada; en efecto, el teniente le había puesto el pie sobre la cola del vestido.

- Pero, ¿es que no tiene Ud. ojos? –dijo.

- Si, señora, y dos mejores que los de Ud.; pero estaba mirando esos rizos –contestó el poco galante militar y se alejó.

[1] Antiguamente, pueblo próximo a Manila, que vino a dar nombre a la provincia que después se llamó "de Manila", últimamente arrabal de dicha capital. No es cierto que el régulo de Tondo fuese, como dice Morgan (p. 19), Raxa Matanda: lo era Lacandola. En Tondo fue donde se organizó la "Liga Filipina" de Rizal y el cura de este distrito fue quien recibió la denuncia de la existencia del Katipunan.

[1] Se dice del que aparenta no querer lo que precisamente apetece. Frase vulgar de la llamada lengua de tienda, muy usada en el país.

Instintivamente los dos religiosos se dirigieron a la cabecera de la mesa, quizás por costumbre, y como era de esperar, sucedió lo que los opositores a una cátedra: ponderan con palabras los méritos y la superioridad de los adversarios, pero luego dan a entender todo lo contrario, gruñen y murmuran cuando no la obtienen.

- ¡Para Ud., Fr. Dámaso!.

- ¡Para Ud., Fr. Sibyla!.

- ¡Más antiguo conocido de la casa... confesor de la difunta... edad, dignidad y gobierno...

- ¡Muy viejo que digamos, no!. En cambio, ¡es Ud. el cura del arrabal! –contestó en tono desabrido Fr. Dámaso, sin soltar, sin embargo, la silla.

- ¡Cómo Ud. lo manda, obedezco! –concluyó el P. Sibyla disponiéndose a sentarse.

- ¡Yo no lo mando –protestó el franciscano-, yo no lo mando!.

Iba ya a sentarse Fr. Sibyla sin hacer caso a las protestas, cuando sus miradas se encontraron con las del teniente. El más alto oficial es, según la opinión religiosa en Filipinas, muy inferior al lego cocinero. *Cedant arma togae*[2], decía Cicerón en el Senado; *cedant arma cottae*, dicen los frailes en Filipinas. Pero Fr. Sibyla era persona fina y repuso:

- Señor Teniente, aquí estamos en el mundo y no en la Iglesia; el asiento le corresponde.

Pero a juzgar por el tono de su voz, aún en el mundo le correspondía a él. El teniente, bien sea por no molestarse, o por no sentarse entre dos frailes, rehusó brevemente.

Ninguno de los candidatos se había acordado del dueño de la casa. Ibarra le vio, contemplando la escena con satisfacción y sonriendo.

- ¿Cómo, D. Santiago, no se sienta Ud. entre nosotros?.

Pero todos los asientos estaban ya ocupados: Lúculo no comía en casa de Lúculo[3].

- ¡Quieto!, ¡no se levante Ud.! –dijo Capitán Tiago poniendo la mano sobre el hombro del joven-. Precisamente esta fiesta es para dar gracias a la Virgen por su llegada de Ud. ¡Oy!, que traigan la tinola. Mandé hacer tinola por Ud., que hace tiempo no lo habrá probado.

Trajeron una gran fuente que humeaba. El dominico, después de murmurar el *Benedicite*[4], al que casi nadie supo contestar, principio a repartir el contenido. Pero sea por descuido u otra cosa, al P. Dámaso le tocó el plato donde entre mucha calabaza y caldo nadaban un cuello desnudo y un ala dura de gallina, mientras los otros comían piernas y pechugas, principalmente Ibarra, a quien le cupieron en suerte los menudillos. El franciscano vio todo, machacó los calabacines, tomó un poco de caldo, dejó caer la cuchara con ruido y empujó bruscamente el plato hacia delante. El dominico estaba muy distraído hablando con el joven rubio.

- ¿Cuánto tiempo hace que falta Ud. en el país? –preguntaba Laruja a Ibarra.

- Casi unos siete años.

[2] Locución latina que significa "cedan las armas ante la toga", esto es, la fuerza al derecho: se emplea para significar la superioridad del gobierno civil.

[3] Lucio Licinio Lúculo era un general romano (99-50 B.C.) que adquirió fama por sus gustos gastronómicos, siendo proverbial el lujo y esplendor de sus banquetes. Su biografía se halla en las *Vidas paralelas* de Plutarco. La frase que se comenta aquí tuvo el origen siguiente: Un día en que el prócer romano no tenía invitados a su mesa, el cocinero le sirvió una comida ordinaria y nada exquisita: interrogado el cocinero de tal proceder, replicó que, como no había invitados, no era menester hacer delicadezas, a lo que el amo, indignado, contrarreplicó que sí había invitados, pues que aquel día Lúculo comía en casa de Lúculo, denotando que él por sí solo era más que suficiente para que no se descuidase el servicio y bondad de su casa.

[4] Primera palabra, que significa Bendecid, con que comienza una oración en latín que se rezaba al comenzar toda comida.

- ¡Vamos, ya se habrá Ud. olvidado de él!.

- Todo lo contrario: y aunque mi país parecía haberme olvidado, siempre he pensado en él.

- ¿Qué quiere Ud. decir? –preguntó el rubio.

- Quería decir que hace un año he dejado de recibir, noticias de aquí, de tal manera que me encuentro como un extraño, ¡qué ni aun sabe cuándo ni cómo murió su padre!.

- ¡Ah! –exclamó el teniente.

- Y ¿dónde estaba Ud. que no ha telegrafiado? –preguntó Dª Victorina-. Cuando nos casamos, telegrafiamos a la *Peñínsula*[5].

- Señora, estos dos últimos años estaba en el Norte de Europa: en Alemania y en la Polonia rusa.

El Doctor De Espadaña, que hasta ahora no se había atrevido a hablar, creyó conveniente decir algo.

- Co... conocí en España a un polaco de Va... Varsovia, llamado Stadtnitzki, si mal no recuerdo; ¿le ha visto Ud. por ventura? –preguntó tímidamente y casi ruborizándose.

- Es muy posible –contestó con amabilidad Ibarra-, pero en este momento no lo recuerdo.

- ¡Pues, no se le podía co... confundir con otro! –añadió el Doctor, que cobró ánimo-; era rubio como el oro y hablaba mal el español.

- Buenas señas son, pero desgraciadamente allá no he hablado una palabra de español más que en algunos consulados.

- Y ¿cómo se arreglaba Ud.? –preguntó admirada Dª Victorina.

- Me servía del idioma del país, señora.

- ¿Habla Ud. también inglés? –preguntó el dominico que había estado en Hong-Kong y hablaba bien el Pidgin-English[6], esa adulteración del idioma de Shakespeare por los hijos del Imperio Celeste.

- He estado un año en Inglaterra entre gentes que sólo hablaban el inglés.

- Y ¡cuál es el país que más le gusta a Ud. en Europa? –preguntó el joven rubio.

- Después de España, mi segunda patria, cualquier país de la Europa libre.

-Y Ud. que parece haber viajado tanto... vamos, ¿qué es lo mas notable que ha visto? –preguntó Laruja.

Ibarra pareció reflexionar.

- Notable ¿en que sentido?.

- Por ejemplo... en cuanto a la vida de los pueblos... vida social, política, religiosa, en general, en la esencia, en el conjunto...

Ibarra se puso a meditar largo rato.

- Francamente, de sorprendente en esos pueblos, quitando el orgullo nacional de cada uno... Antes de visitar un país, procuraba estudiar su historia, su Éxodo, si puedo decirlo, y después todo lo hallaba natural; he visto siempre que la prosperidad o la miseria de los pueblos están en razón directa de sus libertades o preocupaciones, y por consiguiente de los sacrificios y egoísmos de sus antepasados.

- Y ¿no has visto más que eso? –preguntó con risa burlona el franciscano, que desde el principio de la cena no había dicho una sola palabra, distraído tal vez por la comida-, ¡no valía la pena de malgastar tu fortuna para saber tan poca cosa: cualquier *bata*[7] de la escuela lo sabe!.

[5] *Peñínsula*. Los filipinos que creían españolizarse pronunciando la *n* como una *ñ*.

[6] Es el inglés que, como dice Rizal, es una adulteración del idioma inglés hablado por los chinos de Hong-Kong.

[7] "Del tagalo *bata*, niño, niña. Hay una segunda acepción que es la que constituye el filibusterismo: al criado, si es joven (menor de 20 años), invariablemente se le llama *bata*, sobre todo por los españoles", Retana, Dicc., p.48.

Ibarra se le quedó viendo sin saber qué decir: los demás, sorprendidos, miraban al uno y al otro, y temían un escándalo. “La cena toca a su fin y S.R. está ya harto”, iba a decir el joven, pero se contuvo y sólo dijo lo siguiente:

- Señores, no se extrañen Uds. de la familiaridad con que me trata nuestro antiguo cura: así me trataba cuando niño, pues para Su Reverencia en vano pasan los años; pero se lo agradezco porque me recuerda al vivo aquellos días, cuando S.R. visitaba frecuentemente nuestra casa y honraba la mesa de mi padre.

El dominico miró furtivamente al franciscano que se había puesto tembloroso. Ibarra continuó, levantándose:

- Uds. me permitirán que me retire, porque acabo de llegar y teniendo que partir mañana mismo, me quedan muchos negocios por evacuar. Lo principal de la cena ha terminado y yo tomo poco vino y apenas pruebo licores. ¡Señores, todo sea por España y Filipinas!.

Y apuró una copita que hasta entonces no había tocado. El viejo teniente le imitó pero sin decir palabra.

- ¡No se vaya Ud.! –le decía Capitán Tiago en voz baja-. Ya llegará María Clara: ha ido a sacarla Isabel. Vendrá el nuevo cura de su pueblo, que es un santo.

- ¡Vendré mañana antes de partir!. Hoy tengo que hacer una importantísima visita.

Y partió. Entretanto el franciscano se desahogaba.

- ¿Ud. lo ha visto? –decía el joven rubio gesticulando con el cuchillo de postres-. ¡Eso es por orgullo!. ¡No pueden tolerar que el cura los reprenda!. ¡Ya se creen personas decentes!. Es la consecuencia de enviar los jóvenes a Europa. El gobierno debía prohibirlo.

- Y ¿el teniente? –decía Dª. Victorina haciéndole coro al franciscano-; toda la noche no ha desarrugado el entrecejo; ha hecho bien en dejarnos. ¡Tan viejo y aún es teniente!.

La señora no podía olvidar la alusión a sus rizos y el pisoteado encañonado de sus enaguas.

Aquella noche escribía el joven rubio entre otras cosas el capítulo siguiente de sus *Estudios Coloniales*: “De cómo un cuello y un ala de pollo en el plato de la tinola de un fraile pueden turbar la alegría de un festín”. Y entre sus observaciones había éstas: “En Filipinas la persona más inútil en una cena o fiesta es la que la da: al dueño de la casa pueden empezar por echarle a la calle y todo seguirá tranquilamente”. “En el estado actual de las cosas, casi es hacerles un bien el no dejar a los filipinos salir de su país, ni enseñarles a leer...”.

Capítulo 4

HEREJE Y FILIBUSTERO

IBARRA ESTABA indeciso. El viento de la noche, que por esos meses suele ser bastante fresco en Manila, pareció borrar de su frente la ligera nube que la había oscurecido: se descubrió y respiró.

Pasaban coches como relámpagos, calesas de alquiler a paso moribundo, transeúntes de diferentes nacionalidades. Con ese andar desigual, que da a conocer al distraído o al desocupado, se dirigió el joven hacia la plaza de Binondo, mirando a

todas partes como si quisiera reconocer algo. Eran las mismas calles con las mismas casas de pinturas blancas y azules y paredes blanqueadas o pintadas al fresco imitando mal el granito; la torre de la iglesia seguía ostentando su reloj con la traslúcida carátula; eran las mismas tiendas de chinos con sus cortinas sucias y sus varillas de hierro, una de las cuales había él torcido una noche, imitando a los chicos mal educados de Manila: nadie la había enderezado.

- ¡Se va despacio! –murmuró y siguió la calle de la Sacristía.

Los vendedores de sorbetes seguían gritando: *¡Sorbeteeee!*, *huepes*[1] alumbraban aún los mismos puestos de chinos y de mujeres que vendían comestibles y frutas.

- ¡Es maravilloso! –exclamó-. Es el mismo chino de hace siete años, y la vieja... ¡la misma!. ¡Se diría que esta noche he soñado en siete años por Europa!... y ¡Santo Dios!, ¡continúa aún desarreglada la piedra como cuando la dejé!.

En efecto, estaba aún desprendida la piedra de la acera que forma la esquina de la calle S. Jacinto con la de la Sacristía.

Mientras contemplaba esta maravilla de la estabilidad urbana en el país de lo inestable, una mano se posó suavemente sobre su hombro: levantó la cara y se encontró con el viejo teniente que le contemplaba casi sonriendo: el militar no tenía ya aquella expresión dura ni aquellas cejas que tanto le caracterizaban.

- ¡Joven, tenga Ud. cuidado!. ¡Aprenda Ud. de su padre! –le dijo.

- Ud. perdone, pero me parece que Ud. a estimado mucho a mi padre. ¿Podría Ud. decirme cuál ha sido su suerte?. –preguntó Ibarra mirándole.

- ¿Qué no la sabe Ud.? –preguntó el militar.

- Se lo he preguntado a D. Santiago, pero no me prometió referirlo sino hasta mañana. ¿Lo sabe Ud. por ventura?.

- ¡Ya lo creo, como todo el mundo!. Murió en la cárcel.

El joven retrocedió un paso y miró al teniente de hito en hito.

- ¿En la cárcel?. ¿Quién murió en la cárcel?. –preguntó.

- ¡Hombre, su padre de Ud., que estaba preso!. -contestó el militar algo sorprendido.

- ¿Mi padre... en la cárcel..., preso en la cárcel?. ¿Qué dice Ud.?. ¿Sabe Ud. quién era mi padre?. ¿Está Ud. ...? -preguntó el joven cogiéndole del brazo al militar.

- Me parece que no me engaño, D. Rafael Ibarra.

- ¡Sí, D. Rafael Ibarra! –repitió el joven débilmente.

- ¡Pues yo creía que Ud. lo sabía! –murmuró el militar con acento lleno de compasión al leer lo que pasaba en el alma de Ibarra-, yo suponía que Ud. ... ¡Pero tenga Ud. valor!. ¡Aquí no se puede ser honrado sin haber ido a la cárcel!.

- Debo creer que Ud. no juega conmigo –repuso Ibarra en voz débil después de algunos instantes de silencio-. ¿Podría Ud. decirme por qué estaba en la cárcel?.

El anciano pareció reflexionar.

- A mi me extraña mucho que no le hayan a Ud. enterado de los negocios de su familia.

- Su última carta de hace un año me decía que no me inquietase si no me escribía, pues estaría muy ocupado; me recomendaba siguiese estudiando... ¡me bendecía!.

- Pues entonces esa carta la escribió a Ud. antes de morir: pronto será un año que le enterramos en su pueblo.

- ¿Por qué motivo estaba preso mi padre?.

[1] Antorchas hechas de brea. Durante aquel tiempo, se usaban siempre para caminar de noche o para alumbrar las tiendas.

- Por un motivo muy honroso. Pero sígame Ud. que tengo que ir al cuartel, se lo contaré andando. Apóyese Ud. en mi brazo.

Anduvieron por algún tiempo en silencio: el anciano parecía reflexionar y pedir inspiración a su perilla que acariciaba.

- Como Ud. sabe muy bien –comenzó diciendo-, su padre era el más rico de la provincia, y aunque era amado y respetado por muchos, otros en cambio le odiaban o envidiaban. Los españoles que venimos a Filipinas no somos desgraciadamente lo que debíamos: digo esto tanto por uno de sus abuelos de Ud. como por los enemigos de su padre. Los cambios continuos, la desmoralización de las altas esferas, el favoritismo, lo barato y lo corto del viaje tienen la culpa de todo: aquí viene lo más perdido de la Península, y si llega uno bueno, pronto lo corrompe el país. Pues bien, su padre de Ud. tenía entre los curas y los españoles muchísimos enemigos.

Aquí hizo una breve pausa.

- Meses después de su salida de Ud., comenzaron los disgustos con el P. Dámaso, sin que yo pueda explicarme el verdadero motivo. Fr. Dámaso le acusaba de no confesarse: antes tampoco se confesaba y sin embargo eran amigos, como Ud. recordará aún. Además, D. Rafael era un hombre muy honrado y más justo que muchos que confiesan y se confiesan: tenía para sí una moral muy rígida y solía decirme cuando me hablaba de estos disgustos: Señor Guevara, ¿cree Ud. que Dios perdona un crimen, un asesinato por ejemplo, sólo con decirlo a un sacerdote, hombre al fin que tiene el deber de callarlo y temer tostarse en el infierno, que es el *acto de atrición*?. ¿Con ser cobarde, desvergonzado sobre seguro?. Yo tengo otra idea de Dios, decía; para mi, ni se corrige un mal con otro mal, ni se perdona con vanos lloriqueos, ni con limosnas a la Iglesia. Y me ponía este ejemplo: si yo he asesinado a un padre de familia, si he hecho de una mujer una viuda infeliz y de unos alegres niños huérfanos desvalidos, ¿habré satisfecho a la eterna Justicia con dejarme ahorcar, confiar el secreto a uno que me lo ha de guardar, dar limosnas a los curas, que menos las necesitan, comprar la bula de composición[2] o lloriquear noche y día?. ¿Y la viuda y los huérfanos?. Mi conciencia me dice que debo sustituir en lo posible a la persona que he asesinado, consagrarme todo y por toda mi vida al bien de esa familia cuya desgracia hice, y aún así, ¿quién sustituye el amor del esposo y del padre?. Así razonaba su padre de Ud. y con esta moral severa obraba siempre y se puede decir que jamás ha ofendido a nadie; por el contrario, procuraba borrar con buenas obras ciertas injusticias que él decía habían cometido sus abuelos. Pero volviendo a sus disgustos con el cura, estos tomaban mal carácter; el P. Dámaso le aludía desde el púlpito y si no le nombraba claramente era un milagro, pues de su carácter todo se podía esperar. Yo preveía que tarde o temprano la cosa iba a terminar mal.

El viejo teniente volvió a hacer otra breve pausa.

- Recorría entonces su provincia un ex artillero, arrojado de las filas por demasiado bruto e ignorante. Como el hombre tenía que vivir y no le era permitido dedicarse a trabajos corporales que podrían dañar a nuestro prestigio, obtuvo de no sé quién el empleo de recaudar impuestos sobre vehículos. El infeliz no había recibido educación ninguna, y los indios lo conocieron bien pronto: para ellos es un fenómeno un español que no sabe leer ni escribir. Todo era burlarse del desgraciado, que pagaba con sonrojos el impuesto que cobraba y conocía que era objeto de burla, lo cual agriaba más su carácter, rudo y malo ya de antemano. Dábanle intencionadamente lo escrito al revés; él hacía ademán de leerlo y firmaba en donde

[2] "Documento o letra pontificia en virtud del cual se dispensa y arregla todo, panacea para cualquier *entuerto*". Bulas son gracias o dispensas concedidas por los Papas que se compran de acuerdo con la tarifa.

veía blanco con garabatos que le representaban con propiedad. Los indios pagaban pero se burlaban; él tragaba saliva pero cobraba y en esta disposición de ánimo no respetaba a nadie y con su padre de Ud. había llegado a cambiar muy duras palabras. Sucedió que un día, mientras daba vueltas a un papel que en una tienda le habían entregado, deseando ponerlo al derecho, un chico de la escuela empezó a hacer señas a sus compañeros, reírse y señalarle con el dedo. El hombre oía las risas y veía la burla retozar en los serios semblantes de los presentes; perdió la paciencia, volviéndose rápidamente y empezó a perseguir a los muchachos que corrieron gritando, ba, be, bi, bo, bu. Ciego de ira y no pudiendo darles alcance, les arroja su bastón que hiere a uno en la cabeza y le derriba; corre entonces a él, le patea y ninguno de los presentes que se burlaban tuvo el valor de intervenir. Por desgracia pasaba por allí su padre; indignado, corre hacia el cobrador, le coge del brazo y le increpa duramente. Este, que sin duda vería todo rojo, levanta la mano, pero su padre no le dio tiempo, y con esa fuerza que delata al nieto de los vascongados...[3] unos dicen que le pegó, otros que se contentó con empujarle; el caso es que el hombre vaciló, cayó a algunos pasos dando de cabeza contra una piedra. D. Rafael levanta tranquilamente al niño herido y lo lleva a tribunal. El ex artillero arrojaba sangre por la boca y ya no volvió en sí, muriendo algunos minutos después. Como era natural, intervino la justicia, su padre fue preso y todos los enemigos ocultos se levantaron entonces. Llovieron las calumnias, se le acusó de filibustero[4] y hereje: ser hereje es en todas partes una gran desgracia, sobre todo en aquella época, cuando la provincia tenía por alcalde a un hombre que hacía gala de devoción, que con sus criados rezaba en la iglesia en voz alta el rosario, quizás para que le oyesen todos y rezasen con él; pero ser filibustero es peor que ser hereje y matar tres colaboradores de impuestos que saben leer, escribir y hacer distinciones. Todos le abandonaron; sus papeles y libros fueron recogidos. Se le acusó por suscribir a *El Correo de Ultramar* y a periódicos de Madrid, por haberle a Ud. enviado a la Suiza alemana, por habérsele encontrado cartas y el retrato de un ajusticiado sacerdote ¡y qué sé yo más!. De todo se deducían acusaciones, hasta del uso de la camisa[5], siendo descendiente de peninsulares. De haber sido otro su padre de Ud. acaso hubiera salido pronto libre, pues hubo un médico que atribuyó la muerte del desgraciado cobrador a una congestión; pero, su fortuna, su confianza en la justicia y su odio a todo que no fuere legal ni justo, le perdieron. Yo mismo, a pesar de mi repugnancia a implorar la merced de nadie, me presenté al Capitán General, al antecesor del que tenemos: le hice presente que no podía ser filibustero quien acoge a todo español, pobre o emigrado, dándoles techo y mesa y en cuyas venas hierve aún la generosa sangre española; en vano respondí con mi cabeza, juré por mi pobreza y mi honor militar y sólo conseguí ser mal recibido, peor despedido y el apodo de *chiflado*.

El anciano se detuvo para tomar aliento, y viendo el silencio de su compañero, que escuchaba sin mirarle, prosiguió:

- Hice las diligencias del pleito por encargo de su padre. Acudí al célebre abogado filipino, el joven A., pero rehusó encargarse de la causa. “Yo la perdería”, me dijo. “Mi

[3] El abuelo de Dn. Rafael era vizcaíno, o sea natural de las provincias del Norte de España cuyos habitantes tienen fama de ser fuertes y robustos.

[4] El que trabajaba por reformas en el gobierno colonial, el filipino de ideas liberales que no estaba conforme con el régimen monástico-militar que imperaba. Cualquier filipino que protestaba y objetaba las injusticias y abusos, el filipino digno que trabajaba por libertades y reformas, era llamado filibustero. Se abusaba mucho de esta palabra, aplicándola a todo el que no se allanaba a los deseos, no importa cuán injustos e indignos fueran, de los que mangoneaban en el poder.

[5] Camisa por fuera, traje privativo y característico de los filipinos acomodados, que al presente se conoce con el nombre de *barong tagalog*.

defensa sería un motivo de nueva acusación para él y quizás para mí. Acuda Ud. al Sr. M., que es un orador vehemente, de fácil palabra, peninsular y que goza de muchísimo prestigio". Así lo hice y el célebre abogado se encargó de la causa que defendió con maestría y brillantez. Pero los enemigos eran muchos y algunos ocultos y desconocidos. Los falsos testigos abundaban y sus calumnias, que en otra parte se hubieran disipado en una frase irónica o sarcástica del defensor, aquí tomaban cuerpo y consistencia. Si el abogado conseguía anularlos poniéndolos en contradicción entre sí y consigo mismos, pronto renacían otras acusaciones. Le acusaron de haberse apoderado injustamente de muchos terrenos, y pidieron indemnización de daños y perjuicios; dijeron que mantenía relaciones con los tulisanes para que sus sembrados y animales fueran respetados. Al fin, embrollóse el asunto de tal manera que al cabo de un año nadie se entendía. El alcalde tuvo que dejar su puesto; vino otro que tenía fama de recto, pero éste, por desgracia, apenas estuvo meses; y el que le sucedió amaba demasiado los buenos caballos. Los sufrimientos, los disgustos, las incomodidades de la prisión o el dolor de ver a tantos ingratos, alteraron su salud de hierro y enfermó de ese mal que sólo la tumba cura. Y cuando todo iba a terminarse, cuando iba a salir absuelto de la acusación de enemigo de la Patria y de la muerte del cobrador, murió en la cárcel sin tener a su lado a nadie. Yo llegué para verle expirar.

El anciano se calló; Ibarra no dijo una sola palabra. Entretanto habían llegado a la puerta del cuartel. El militar se detuvo y tendiéndole la mano, le dijo:

- Joven, los pormenores pídaselos a Capitán Tiago. Ahora, ¡buenas noches!, es menester que vea si ocurre algo nuevo.

Ibarra estrechó con efusión, en silencio, aquella mano descarnada y en silencio le siguió con los ojos hasta que desapareció.

Volvióse lentamente y vio un coche que pasaba; hizo una seña al cochero.

- ¡Fonda de Lala! –dijo con acento apenas inteligible.

- Este debe venir del calabozo –pensó para sí el cochero, dando un latigazo a sus caballos.

Capítulo 5

UNA ESTRELLA EN NOCHE OSCURA

IBARRA SUBIÓ a su cuarto que da al río, dejóse caer sobre el sillón mirando al espacio que se ensanchaba delante de él gracias a la abierta ventana.

La casa de enfrente, a la otra orilla, estaba profusamente iluminada y llegaban hasta él alegres acordes de instrumentos de cuerda en su mayor parte. Si el joven hubiera estado menos preocupado y, más curioso, hubiese querido ver con la ayuda de unos gemelos lo que pasaba en aquella atmósfera de luz, habría admirado una de esas fantásticas visiones, una de esas apariciones mágicas que a veces se ven en los grandes teatros de Europa, en que a las apagadas melodías de una orquesta se veía aparecer en medio de una lluvia de luz, de una cascada de diamantes y oro, en una decoración oriental, envuelta en vaporosa gasa, una deidad, una sílfide que avanza sin tocar casi el suelo, rodeada y acompañada de un luminoso nimbo: a su presencia brotan las flores, retoza la danza, se despiertan armonías, y coros de diablos, ninfas, sátiros, genios, zagalas, ángeles y pastores bailan, agitan panderetas, hacen evoluciones y depositan a los pies de la diosa cada cual un tributo. Ibarra habría visto

una joven hermosísima, esbelta, vestida con el pintoresco traje de las hijas de Filipinas, en el centro de un semicírculo formado de toda clase de personas, gesticulando y moviéndose con animación: allí había chinos, españoles, filipinos, militares, curas, viejas, jóvenes, etc. El P. Dámaso estaba al lado de aquella beldad, el P. Dámaso sonreía como un bienaventurado; Fr. Sibyla, el mismo Fr. Sibyla le dirigía la palabra y Dª. Victorina arreglaba en la magnífica cabellera de la joven una sarta de perlas y brillantes que reflejaban los hermosísimos colores del prisma. Ella era blanca, demasiado blanca tal vez; los ojos, que casi siempre los tenía bajos, enseñaban el alma purísima cuando los levantaba, y cuando ella sonreía y descubría sus blancos y pequeños dientes, se diría que una rosa es sencillamente un vegetal, y el marfil, un colmillo de elefante. Entre el tejido transparente de la piña[1] y alrededor de su blanco y torneado cuello *pestañeaban*, como dicen los tágalos, los alegres ojos de un collar de brillantes. Un solo hombre no parecía sentir su influencia luminosa, si se puede decir: era éste un joven franciscano, delgado, demacrado, pálido, que la contemplaba inmóvil, desde lejos, como una estatua, casi sin respirar.

Pero Ibarra no veía nada de esto: sus ojos veían otra cosa. Cuatro desnudos y sucios muros encerraban un pequeño espacio; en uno de aquellos, allá arriba, había una reja; sobre el sucio y asqueroso suelo, una estera, y sobre la estera, un anciano agonizando: el anciano, que respiraba con dificultad, volvía a todas partes la vista y pronunciaba llorando un nombre; el anciano estaba solo; se oía de cuando en cuando el ruido de una cadena o un gemido al través de la pared... y luego allá a lo lejos un alegre festín, casi una bacanal, un joven ríe, grita, derrama el vino sobre las flores a los aplausos y a la embriagada risa de los demás. Y ¡el anciano tenía las facciones de su padre, el joven se le parecía a él y el nombre que aquél pronunciaba llorando era el suyo!.

Esto era lo que veía el desgraciado delante de sí. Se apagaron las luces en la casa de enfrente, cesó la música y el ruido, pero Ibarra oía aún el angustiado grito de su padre, buscando un hijo en su última hora.

El silencio había soplado su hueco aliento sobre Manila, y todo parecía dormir en los brazos de la nada; oíase el canto del gallo alternar con los relojes de las torres y con el melancólico grito de alerta del aburrido centinela; un pedazo de luna empezaba a asomarse; todo parecía descansar, sí, el mismo Ibarra dormía ya también, cansado quizás de sus tristes pensamientos o del viaje.

Pero el joven franciscano, que vimos hace poco inmóvil y silencioso en medio de la animación de la sala, no dormía, velaba. Con el codo sobre el antepecho de la ventana de su celda, el pálido y enflaquecido rostro apoyado en la palma de su mano, miraba silencioso a lo lejos una estrella que brillaba en el oscuro cielo. La estrella palideció y se eclipsó, la luna perdió sus pocos fulgores de luna menguante, pero el fraile no se movió de su sitio: miraba entonces al lejano horizonte que se perdía en la bruma de la mañana, hacia el campo de Bagumbayan[2], hacia el mar que dormía aún.

[1] Tejido sutilísimo, blanco mate, transparente, que se fabrica en Filipinas con los filamentos de las hojas de la piña (*Bromalia ananas*, lin.). Se hacen de ella camisas, pañolitos, cubremesas y otros objetos de adorno.

[2] La obsesión de Bagumbayan parece seguirle a Rizal como un Ananké inexorable e inseparable. ¿Sería clarividencia?. Russel y Rodríguez cuentan que cruzando una vez el campo de Bagumbayan, Rizal dijo a su compañero: "En este sitio, seré algún día fusilado". Y así fue.

Capítulo 6

CAPITÁN TIAGO

Hágase tu voluntad así en la tierra!

MIENTRAS NUESTROS personajes duermen o desayunan, vamos a ocuparnos de Capitán Tiago. No hemos sido jamás convidado suyo, no tenemos pues el derecho ni el deber de despreciarle haciendo caso omiso de él, aún en circunstancias importantes.

Bajo de estatura, claro de color, redondo de cuerpo y de cara gracias a una abundancia de grasa que, según sus admiradores, le venía del cielo, de la sangre de los pobres según sus enemigos. Capitán Tiago parecía más joven de lo que realmente era: le hubieran creído de treinta o treinta y cinco años de edad. La expresión de su rostro era constantemente beatífica en la época a que se refiere nuestra narración. Su cráneo, redondo, pequeñito y cubierto de un pelo negro como el ébano, largo por delante y muy corto por detrás, contenía muchas cosas, según dicen, dentro de su cavidad; sus ojos pequeños, pero no achinados, no cambiaban jamás de expresión; su nariz era fina y no chata, y si su boca no hubiese estado desfigurada por el abuso del tabaco y del buyo, cuyo *sapá*[1] reuniéndose en un carrillo alteraba la simetría de sus facciones, diríamos que hacía muy bien en creerse y venderse por un hombre bonito. A pesar de aquel abuso, conservaba siempre blancos sus propios dientes y los dos que le prestó el dentista, a razón de doce duros por pieza.

Se lo consideraba como uno de los más ricos propietarios de Binondo y uno de los más importantes hacenderos por sus terrenos en la Pampanga y en la Luguna de Bay, principalmente en el pueblo de San Diego, cuyo canon o arriendo cada año subía. San Diego era el pueblo favorito suyo, por sus agradables baños, famosa gallera y los recuerdos que de él conserva: allí pasaba cuando menos dos meses del año.

Capitán Tiago tenía muchas fincas en Sto. Cristo, en la calle de Anloague y en la del Rosario; la contrata del opio la explotaba él y un chino, y ocioso es decir que sacaban grandísimos beneficios. Daba de comer a los presos de Biblibid y zacate[2] a muchas casas principales de Manila, mediante contratas, se entiende. En bien con todas las autoridades, hábil, flexible y hasta audaz tratándose de especular con las necesidades de los demás, era el único y temible rival de un tal Pérez en cuanto a arriendos y subastas de cargos o empleos que el Gobierno de Filipinas confía siempre a manos particulares. Así que en la época de estos acontecimientos, Capitán Tiago era un hombre feliz en cuanto puede ser feliz un hombre de pequeño cráneo en aquellas tierras; era rico, estaba en paz con Dios, con el Gobierno y con los hombres.

Que estaba en paz con Dios, era indudable, casi dogmático: motivos no había para estar en mal con el buen Dios cuando se está bien en la tierra, cuando no se ha comunicado con Él jamás, ni jamás se Le ha prestado dinero. Nunca se había dirigido a Él con sus oraciones, ni aún en sus más grandes apuros; era rico y su oro oraba por él; para misas y rogativas, Dios había criado poderosos y altivos sacerdotes; para novenas y rosarios, Dios en su infinita bondad había criado pobres para bien de los ricos, pobres que por un peso son capaces de rezar dieciséis misterios y leer todos los libros santos, hasta la Biblia hebraica si aumentan el pago; y si alguna vez en un

[1] Residuo del *buyo* mascado.
[2] Hierba llamada también *talango*: forraje de diversas gramíneas y en especial de la *Russelia junccum*.

grande apuro necesitaba auxilios celestiales y no encontraba a mano ni una vela roja de chino, dirigíase entonces a los santos y santas de su devoción, prometiéndoles muchas cosas para obligarlos y acabarlos de convencer de la bondad de sus deseos. Pero a quien más prometía y cumplía su promesa, era a la Virgen de Antipolo, Nuestra Señora de la Paz y de Buenviaje, pues con ciertos santos pequeños no andaba el hombre ni muy puntual ni decente: a veces, conseguido lo que deseaba, no volvía a acordarse de ellos, verdad es que tampoco los volvía a molestar, si se le presentaba ocasión; Capitán Tiago sabía que en el calendario habían muchos santos desocupados, que acaso no tienen qué hacer allá en el cielo. A la Virgen de Antipolo, además, atribuían mayor poder y eficacia que a todas las otras Vírgenes, ya lleven bastones de plata, ya Niños Jesús desnudos o vestidos, ya escapularios, rosarios o correas; quizás se deba a la fama de ser aquella una señora muy severa, muy cuidadosa de su nombre, enemiga de la fotografía según el Sacristán mayor de Antipolo, y que, cuando se enfada, se pone negra como el ébano, y a que las otras Vírgenes son más blandas de corazón, más indulgentes; sabido es que ciertas almas aman más a un rey absoluto que a un constitucional, díganlo Luis XIV y Luis XVI, Felipe II y Amadeo I. Por esta razón acaso también se debe el verse en el famoso santuario andar de rodillas chinos infieles y hasta españoles, sólo que no se explica el por qué se escapan los curas con el dinero de la terrible Imagen, se van a América y allá se casan.

Aquella puerta de la sala, oculta por una cortina de seda, conduce a una pequeña capilla u oratorio, que no debe faltar en ninguna casa filipina: allí están los dioses lares de Capitán Tiago, y decimos dioses lares, porque este señor más bien sentía por el politeísmo que por el monoteísmo, que jamás había comprendido. Allí se ven imágenes de la Sacra Familia con el busto y las extremidades de marfil, ojos de cristal, largas pestañas y cabellera rubia rizada, primores de la escultura de Sta. Cruz[3]. Cuadros pintados al óleo por los artistas Paco y Hermita representan martirios de santos, milagros de la Virgen, etc.; Sta. Lucía mirando al cielo y llevando en un plato otros dos ojos con pestañas y cejas, como los que se ven pintados en el triángulo de la Trinidad o en los sarcófagos egipcios; S. Pascual Bailón, S. Antonio de Padua con hábito de guingon[4], contemplando lloroso a un Niño Jesús vestido de Capitán General, tricornio, sable y botas como en el baile de niños de Madrid: esto para Capitán Tiago significaba que aunque Dios añadiese a su poder el de un Capitán General de Filipinas, siempre jugarían con él los franciscanos como con una muñeca. Véase también: un S. Antonio Abad con un cerdo al lado, cerdo que para digno Capitán era tan milagroso como el santo mismo, por cuya razón no se atrevería a llamarle *cerdo* sino *criatura del santo señor S. Antonio*; un S. Francisco de Asís con siete alas y el hábito color café, colocado encima de un S. Vicente que no tiene más que dos pero en cambio lleva un cornetín; un S. Pedro Mártir con la cabeza partida con un *talibong*[5] de malhechor, empuñado por un infiel puesto de rodillas, al lado de un S. Pedro que corta la oreja a un moro, Malco sin duda, que se muerde los labios y hace contorciones de dolor, mientras un gallo *sasabungin*[6] canta y bate las alas sobre

[3] "Santa Cruz, puede decirse, es la cuna de los primeros artistas manilenses. En este arrabal nacieron los primeros plateros, escultores, grabadores, pintores y hasta músicos. Santa Cruz es la cuna de los artistas. Santa Cruz es la cuna de los más famosos orfebres, estetas y líricos del país.

[4] Tela de algodón de un color azul añil y que es el que usaban para sus hábitos los frailes franciscanos.

[5] Un chafarote, sinónimo de campilan y bolo. Bolo es un cuchillo grande, usado por los indígenas de Filipinas para varios quehaceres domésticos y para trabajos del campo. También es arma ofensiva; en la revolución, se ha servido de él mucho por el cuerpo llamado *Sandatahan* del ejército revolucionario. El bolo no es palabra tagala; entre los tagalos se llama *guluk* o *itak*. En Filipinas se conocen varias clases de bolos o grandes cuchillos o machetes, diferenciándose en la forma y el tamaño, entre ellos los llamados guluk, talibong, kampilan, borong, tabak, San Bartolomé, kris, etc.

[6] Gallo adiestrado para la lucha.

Librodot

una columna dórica, de la cual deducía Capitán Tiago que para ser santo lo mismo era partir que ser partido. ¿Quién puede enumerar aquél ejército de imágenes y decir las cualidades y perfecciones que allí se atesoran?. ¡No tendríamos bastante con un capítulo!. Sin embargo, no pasaremos en silencio un hermoso S. Miguel de madera dorada y pintada, casi de un metro de altura: el arcángel, mordiéndose el labio inferior, tiene los ojos encendidos, la frente arrugada y las mejillas de rosa; embraza un escudo griego y blande en la diestra un kris joloano[7], dispuesto a herir al devoto o al que se acerque (según se deduce de su actitud y mirada) más bien que el demonio rabudo y con cuernos que hinca los colmillos en su pierna de doncella. Capitán Tiago no se le acercaba más temiendo un milagro. ¿Cuántas y cuántas veces no se ha animado más de una imagen, por peor tallada que fuese, como la que salen de las carpinterías de Paete, para confusión y castigo de los pecadores descreídos?. Es fama que tal Cristo de España, invocado como testigo de promesas de amor, asistió con un movimiento de cabeza delante del juez, que otro Cristo se desclavó el brazo derecho para abrazar a Sta. Lutgarda y, ¿qué?, ¿no había él leído el librito, publicado recientemente, sobre un sermón mímico, predicado por una imagen de S. Domingo en Soriano?. El Santo no dijo una sola palabra, pero de sus gestos se dedujo o dedujo el autor del librito que anunciaba el fin del mundo. ¿No se decía también la Virgen de Luta del pueblo de Lipa tenía una mejilla más huinchada que la otra, y enlodados los bordes del vestido?. ¿No es esto probar matemáticamente que las sagradas imágenes también se dan paseos sin levantar el vestido y hasta padecen dolores de muelas, acaso por causa nuestra?. ¿No había él visto por sus propios ojitos a los Cristos todos en el sermón de las Siete Palabras mover y doblar la cabeza a compás y tres veces, provocando el llanto y los gritos de todas las mujeres y almas sensibles destinadas al cielo?. ¿Más?. Nosotros mismos hemos visto al predicador enseñar al público, en el momento del descenso de la cruz, un pañuelo manchado de sangre, e íbamos ya a llorar piadosamente cuando, para desgracia de nuestra alma, nos aseguró un sacristán que aquello era broma: era sangre de una gallina, asada y comida *incontinenti* a pesar de ser Viernes Santo... y el sacristán estaba grueso. Capitán Tiago, pues, a fuer de hombre prudente y religioso, evitaba aproximarse al kris de S. Miguel. -¡Huyamos de las ocasiones! –decía para sí-, ya que es un arcángel, ¡pero no, no me fío, no me fío!.

No pasaba un año sin concurrir con una orquesta a la opulenta romería de Antipolo; entonces costeaba dos misas de gracia de las muchas que forman los tres novenarios y los otros días en que no hay novenarios y se bañaba después en el renombrado *bális* o fuente, donde la misma sagrada Imagen se bañaba. Las personas devotas ven aún la huella de los pies y el rastro de los cabellos en la dura peña, al enjuagarlos, precisamente como una mujer cualquiera que gasta aceite de coco y como si sus cabellos fuesen de acero o de diamante y pesase mil toneladas. Nosotros desearíamos que la terrible Imagen sacudiese una vez su sagrada cabellera a los ojos de estas personas devotas y les pusiese el pie sobre la lengua o la cabeza. Allí, junto a esa misma fuente, Capitán Tiago debe comer lechón asado, *sinigang*[8] de *dalag*[9] con hojas de *alibambang*[10] y otros guisos más o menos apetitosos. Las dos misas le

[7] Arma blanca, ordinariamente de menor tamaño que el capilan y que suele tener la hoja en forma serpenteada de doble filo.

[8] Sopa de pescado cocido con agua y sazonado con sal, algunas frutas ácidas y hojas tiernas de legumbres.

[9] Pescado (*Ophiocephalus vagus*, Peters) de carne blanca, cabeza aculebrada y piel negra por la parte superior de la cabeza y del cuerpo y blanca por debajo con anchas escamas.

[10] (*Bauhinia tomentosa*, Bl.). Árbol indígena de jardinería por sus hermosas flores, de la familia de las leguminosas, cuyas hojas, que tienen un sabor ácido, suelen ser utilizadas para condimento. Abunda en Antipolo y por su baratura es el condimento obligado del *sinigang.*

venían a costar algo más de cuatrocientos pesos, pero resultaban baratas si se ha de considerar la gloria que la Madre de Dios adquiere con las ruedas de fuego, cohetes, bombas y morteretes o *bersos*, como allí se llaman, si se han de calcular las grandes ganancias que, merced a estas misas, había de conseguir en el resto del año.

Pero Antipolo no era el único teatro de su ruidosa devoción. En Binondo, en la Pampagna y en el pueblo de San Diego, cuando tenía que jugar un gallo con grandes apuestas, enviaba al cura monedas de oro para misas propiciatorias[11] y, como los romanos que consultaban sus augures antes de una batalla dando de comer a los pollos sagrados, Capitán Tiago consultaba también los suyos con las modificaciones propias de los tiempos y de las nuevas verdades. El observaba la llama de las velas, el humo del incienso, la voz del sacerdote, etc., y del todo procuraba deducir su futura suerte. Es una creencia admitida que Capitán Tiago pierde pocas apuestas y éstas se deberían a que el oficiante estaba ronco, había pocas luces, los cirios tenían mucho sebo, o que se había deslizado entre las monedas una falsa, etc. etc.; el celador de una cofradía le aseguraba que aquellos desengaños eran pruebas a que le sometía el cielo para asegurarse más de su fe y devoción. Querido de los curas, respetado de los sacristanes, mimado por los chinos cerreros y los pirotécnicos o *castilleros*, el hombre era feliz en la religión de esta tierra, y personas de carácter y gran piedad le atribuyen también gran influencia en la Corte celestial.

Que estaba en paz con el Gobierno, no hay que dudarlo por difícil que la cosa pareciese. Incapaz de imaginarse un pensamiento nuevo y contento con su *modus vivendi*, siempre estaba dispuesto a obedecer al último oficial quinto de todas las oficinas, a regalar piernas de jamón, capones, pavos, fruta de China en cualquier estación del año. Si oía hablar mal de los naturales, él, que no se consideraba como tal, hacía coro y hablaba peor; si se criticaba a los mestizos sangleyes[12] o españoles, criticaba él también, acaso porque se creyese ya íbero puro. Era el primero en aplaudir toda imposición o contribución, máxime cuando olía una contrata o un arriendo detrás. Siempre tenía orquestas a mano para felicitar y dar *enfrentadas*[13] a toda clase de gobernadores, alcaldes, fiscales, etc., etc., en sus días, cumpleaños, nacimiento o muerte de un pariente, en cualquiera alteración, en fin, de la monotonía habitual. Encargaba para esto versos laudatorios, himnos en que se celebra al *suave y cariñoso gobernador, valiente y esforzado alcalde que le espera en el cielo la palma de los justos* (o palmeta) y otras cosas más.

Fue gobernadorcillo[14] del rico gremio de mestizos, a pesar de la protesta de muchos que no le tenían por tal. En los dos años de su mandato estropeó diez fracs, otros tantos sombreros de copa y media docena de bastones; el frac y el sombrero de copa en el Ayuntamiento, en Malacañang y en el cuartel; el sombrero de copa y el frac en la gallera, en el mercado, en las posesiones, en las tiendas de los chinos y debajo del sombrero y dentro del frac, Capitán Tiago sudando con la esgrima del bastón de

[11] La propiciación era el sacrificio que se ofrecía en la ley antigua para aplacar la justicia divina.

[12] "Buhonero chino, o sea, el que lleva en tienda portátil chucherías y baratijas para la venta. Viene del chino *xiang-lay*, mercader. Nombre que en lo antiguo se dio en Filipinas a los mercaderes chinos y que luego se hizo genérico a los de esta raza, residentes en las Islas". Retana, *Dicc*. P. 159.

[13] Serenata dada desde la calle frente a la casa del festejado. También se dice de las serenatas que da a una joven su enamorado.

[14] "La organización municipal de Filipinas difiere bastante de la de España. Unos funcionarios indígenas, llamados gobernadorcillos, ejercen el mando de los pueblos y vienen a ser como los alcaldes y jueces municipales de la Península, desempeñando a la ves funciones de jueces y aún de notarios con algunas facultades. Como auxiliares suyos eligen varios tenientes y alguaciles, en número proporcionado al vecindario, constituyendo juntamente con tres miembros a quienes confieren los cargos de Jueces de ganados, sementeras y policía, una especie de ayuntamiento (corporación ésta que únicamente cuenta Manila) con organización idéntica a las de igual clase de España". Montero. *El Archipiélago Filipino*, p. 162.

Librodot

borlas, disponiendo, arreglando y descomponiéndolo todo con una actividad pasmosa y una seriedad más pasmosa todavía. Así que las Autoridades veían en él a un buen hombre, dotado de la mejor voluntad, pacífico, sumiso, obediente, agasajador, que no leía ningún libro ni periódico de España aunque hablaba bien el español; le miraban con el sentimiento con que un pobre estudiante contempla el gastado tacón de su zapato viejo, torcido gracias a su modo de andar. Para él resultaban verdaderas ambas frases cristianas y profanas *beati pauperes spiritu y beati possidentes*[15] y muy bien se le podía aplicar aquella, según algunos equivocada, traducción del griego: "¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad en la tierra!", pues, como veremos más adelante, no basta que los hombres tengan buena voluntad para vivir en paz. Los impíos le tomaban por tonto, los pobres por despiadado, cruel, explotador de la miseria, y sus inferiores por déspota y tirano. Y ¿las mujeres?. ¡Ah, las mujeres!. Rumores calumniosos zumban en las miserables casa de nipa[16] y se asegura oírse lamentos, sollozos, mezclados a veces con los vahídos de un infante. Más de una joven es señalada por el dedo malicioso de los vecinos: ella tiene la mirada indiferente y el seno marchito. Pero estas cosas no le quitan el sueño; ninguna joven turba su paz; una vieja es la que le hace sufrir, una vieja que le hace la competencia en devoción y que ha merecido de muchos curas más entusiastas alabanzas y encomios que él en sus mejores días consiguiera. Entre Capitán Tiago y esta viuda, heredera de hermanos y sobrinos, existe una santa emulación, que redunda en bien de la Iglesia, como la competencia de los vapores de la Pampagna redundaba entonces en bien del público. ¿Regala Capitán Tiago un bastón de plata con esmeraldas y topacios a una Virgen cualquiera?, pues ya está Dª. Patrocinio encargando otro de oro y con brillantes de platero Gaudinez; que en la procesión de la Naval Capitán Tiago levantó un arco con dos fachadas, de tela abollonada, con espejos, globos de cristal, lámparas y arañas, pues Dª. Patrocinio tendrá otro con cuatro fachadas, dos varas más alto y con más colgajos y perendengues. Pero entonces él acude a su fuerte, a su especialidad, a las misas con bombas y fuegos artificiales, y Dª. Patrocinio tiene que morderse con sus encías los labios, pues, excesivamente nerviosa, no puede soportar el repiqueteo de las campanas y menos las detonaciones. Mientras él sonríe, ella piensa en su revancha y paga con el dinero de los otros a los mejores oradores de las cinco Corporaciones de Manila, a los más famosos canónigos de la Catedral y hasta a los Paulistas[17] para predicar en los días solemnes sobre temas teológicos y profundísimos a los pecados que sólo comprenden lengua de tienda[18]. Los partidarios de Capitán Tiago has observado que ella se duerme durante el sermón, pero los partidarios de ella contestan que el sermón está ya pagado, y por ella, y en todas las cosas pagar es lo primordial. Últimamente le anonadó regalando a una iglesia tres andas de plata con dorados, cada una de las cuales le costará más de tres mil pesos. Capitán Tiago espera que esta anciana acabe de respirar el mejor día o que pierda cinco o seis de sus pleitos, para servir sólo a Dios; desgraciadamente los defienden los mejores abogados de la Real Audiencia y en cuanto a su salud, no tiene por donde cogerla la enfermedad: parece un alambre de acero, sin duda para edificación de las almas, y se agarra de este valle de lágrimas con la tenacidad de una erupción de la piel. Sus partidarios tienen la confianza según

[15] Locución latina que significa "bienaventurados los pobres de espíritu" (apocados, cortos de ánimo) y son las palabras iniciales del Sermón de la Montaña. S. Mateo. V. 3. 30, 22.
[16] En Filipinas, se da el nombre de casas de nipa a las que tienen el techo formado con las hojas de este árbol. Con este material están comúnmente constituidos los tabiques y techos de las casas de materiales ligeros.
[17] Los religiosos pertenecientes a la congregación fundada en 1625 por S. Vicente de Paul.
[18] Caló ermitense, dialecto muy gracioso y gráfico del castellano en Filipinas.

Librodot

de que a su muerte será canonizada y de que Capitán Tiago mismo la ha de venerar aún en los altares, lo que él acepta y promete con tal de que muera pronto.

Así era el Capitán Tiago en aquel entonces. En cuanto al pasado:

Era hijo único de un azucarero de Malabon, bastante acaudalado, pero tan avaro que no quiso gastar un cuarto por educar a su hijo, por cuyo motivo fue Santiaguillo criado de un buen dominico, hombre muy virtuoso, que procuraba enseñarle todo lo bueno que podía y sabía. Cuando iba a tener la felicidad de que sus conocidos le llamaran *lógico*, esto es, cuando iba a estudiar lógica, la muerte de su protector, seguida de la de su padre, dio fin a sus estudios y entonces tuvo que dedicarse a los negocios. Casóse con una hermosa joven de Santa Cruz que le ayudó a hacer su fortuna y le dio su posición social. Dª. Pía Alba no se contentó con comprar azúcar, café y añil; quiso sembrar y cosechar, y compró el nuevo matrimonio terrenos en San Diego, datando de ahí sus amistades con el P. Dámaso y D. Rafael Ibarra, el más rico capitalista del pueblo.

La falta de heredero en los seis primeros años de matrimonio hacían de aquel afán por acumular riquezas casi una censurable ambición y, sin embargo, Dª. Pía era esbelta, robusta y bien formada. En vano hizo novenarios; visitó por consejo de las devotas de San Diego a la Virgen de Caysasay en Taal; dio limosnas; bailó en la procesión en medio del sol de Mayo, delante de la Virgen de Turumba en Pakil: todo fue en vano, hasta que Fr. Dámaso le aconsejó se fuera a Obando y allí bailó en la fiesta de S. Pascual Bailón y pidió un hijo. Sabido es que en Obando hay una Trinidad que concede hijos e hijas a elección: Nuestra Señora de Salamban, Sta. Clara y S. Pascual. Gracias a este sabio Consejo, Dª. Pía se sintió madre, ... ¡ay!, como el pescador aquel del que habla Shakespeare en *Machbet*, el cual cesó de cantar cuando encontró un tesoro, ella perdió la alegría, se puso muy triste y no se la vio ya más sonreír. ¡Cosas de antojadizas! –decían todos, hasta Capitán Tiago. Una fiebre puerperal concluyó con sus tristezas, dejando huérfana una hermosa niña que llevó a la pila el mismo Fr. Dámaso; y como S. Pascual no dio el niño que se le pedía, le pusieron los nombres de María Clara en honor a la Virgen de Salambau y de Sta. Clara, castigando con el silencio al honrado S. Pascual Bailón.

La niña creció a los cuidados de la tía Isabel, aquella buena anciana de urbanidad frailuna que vimos al principio: vivía la mayor parte del año en San Diego por su saludable clima y donde el P. Dámaso le hacía muchas fiestas.

María Clara no tenía los pequeños ojos de su padre: como su madre, los tenía grandes, negros, sombreados por largas pestañas, alegres y risueños cuando jugaba, tristes, profundos y pensativos cuando no sonreía. De niña, su rizada cabellera tenía un color casi rubio; su nariz, de un correcto perfil, ni era muy afilada ni chata; la boca recortaba la pequeña y graciosa de su madre, con los alegres hoyuelos de las mejillas; su piel tenía la finura de una capa de cebolla y la blancura del algodón al decir de sus enloquecidos parientes, que encontraban el rasgo de paternidad de Capitán Tiago en las pequeñas y bien modeladas orejas de María Clara.

Tía Isabel atribuía aquellas facciones semieuropeas a antojos de Dª. Pía; recordaba haberla visto muchas veces en los primeros meses de la gestación llorar delante de S. Antonio; otra prima de Capitán Tiago era del mismo parecer, sólo que difería en la elección del santo; para ella o era la Virgen o S. Miguel. Un famoso filósofo, primo de Capitán Tinong y que sabía el Amat[19] de memoria, buscaba la explicación en influencias planetarias.

María Clara, ídolo de todos, creció entre sonrisas y amores. Los mismos frailes la festejaban cuando en las procesiones la vestían de blanco, la abundante y rizada

[19] Biblia de Torres Amat, arzobispo de Tarragona.

Librodot

cabellera entretejida entre sampagas y azucenas, con dos alitas de plata y oro pegadas a la espalda del traje y dos palomas blancas en la mano, atadas con cintas azules. Y luego, era tan alegre, tenía una charla tan cándidamente infantil, que Capitán Tiago, loco de amor, no hacía más que bendecir a los Santos de Obando y aconsejar a todos la adquisición de hermosas esculturas.

En los países meridionales la niña a los 13 o 14 años se hace mujer, como el capullo de la noche, flor a la siguiente mañana. En ese período de transición, lleno de misterio y romanticismo, entró ella por consejos del cura de Binondo en el Beaterio de Sta. Catalina para recibir de las monjas la severa educación religiosa. Con lágrimas se despidió de P. Dámaso y del único amigo con quien había jugado en su niñez, de Crisóstomo Ibarra, que después partió también para Europa. Allí, en aquel convento que se comunica con el mundo a través de una doble reja y todavía bajo la vigilancia de la Madre Escucha[20], vivió siete años. Cada uno con sus iras particulares y comprendiendo la mutua inclinación de los jóvenes, D. Rafael y Capitán Tiago concertaron la unión de sus hijos y formaron una razón social. Este acontecimiento que tuvo lugar algunos años después de la partida del joven Ibarra, fue celebrado con igual júbilo por dos corazones, cada uno en un extremo del mundo y en muy diferentes circunstancias.

Capítulo 7

IDILIO EN UNA AZOTEA

שיר תשירים[1]

TEMPRANO HABÍAN ido aquella mañana a misa tía Isabel y María Clara: ésta, vestida elegantemente, con un rosario de cuentas azules que medio le servía de brazalete, y aquella con sus anteojos para leer su "Ancora de Salvación", durante el Santo Sacrificio.

Apenas desapareció el sacerdote del altar, la joven manifestó deseos de retirarse con gran sorpresa y disgusto de la buena tía que creía a su sobrina piadosa y amiga del rezo, como una monja cuanto menos. Refunfuñando y haciéndose cruces se levantó la buena anciana. "¡Bah!, ya me perdonará el buen Dios, que debe conocer el corazón de las muchachas mejor que Ud., tía Isabel", le hubiera dicho para cortar sus severos pero al fin maternales sermones.

Ahora han desayunado ya y María Clara distrae su impaciencia tejiendo un bolsillo de seda, mientras la tía quiere borrar los rastros de la fiesta anterior, empezando a manejar el plumero. Capitán Tiago examina y repasa unos papeles.

Cada ruido en la calle, cada coche que pasaba hacían palpitar el seno de la virgen y la estremecían. ¡Ah, ahora desea estar otra vez en su tranquilo beaterio, entre sus

[20] La religiosa que, en los conventos y colegios de niñas, tiene por oficio acompañar a las que reciben visitas y vigilarlas. Esta parte de la narración es en parte un reflejo de la vida de Rizal. Rizal partió para Barcelona el día 3 mayo de 1882, dejando a la novia en Manila, una hermosa joven llamada Leonor Rivera, de Camiling (ante de Pangasinan), Tarlac, a quien amaba entrañablemente (33, 33-34).

[1] *Shir* (canto) *Ha* (de) *Shir-im* (cantares): El *Cantar de los Cantares* (Apostilla proporcionada por el Dr. Pardo de Tavera).

amigas!. ¡Allí *le* podría ella ver sin temblar, sin turbarse!. Pero ¿no era él tu amigo de la infancia, no jugabais tontos juegos y hasta reñíais a veces?. El porqué de estas cosas no le he de decir; si tu que me lees has amado, lo comprenderás, y si no, es inútil que te lo diga: los profanos no comprenden estos misterios.

- Yo creo, María, que el médico tiene razón –dice Capitán Tiago-. Debes ir a provincias, estás muy pálida, necesitas buenos aires. ¿Qué te parece Malabón...? ¿o San Diego?.

A este último nombre María Clara se puso roja como una amapola y no pudo contestar.

- Ahora iréis Isabel y tú al beaterio para sacar tus ropas y despedirte de tus amigas –continuó Capitán Tiago sin levantar la cabeza-, ya no volverás a entrar en él.

María Clara sintió esa vaga melancolía que se apodera del alma cuando se deja para siempre un lugar en donde fuimos felices, pero otro pensamiento amortiguó este dolor.

- Y dentro de cuatro o cinco días, cuando tengas ropa nueva, nos iremos a Malabón... Tu padrino ya no está en San Diego; el cura que viste aquí anoche, aquel padre joven, es el nuevo cura que tenemos allá, es un santo.

María Clara quería dar un abrazo a su tía, pero oyó pararse un coche y se puso pálida.

- ¡Ah, es verdad! –contentó Capitán Tiago, y cambiando de tono añadió-: ¡D. Crisóstomo!.

María Clara dejó caer la labor que tenía entre las manos, quiso moverse pero no pudo: un estremecimiento nervioso recorría su cuerpo. Se oyeron pasos en las escaleras y, después una voz fresca, varonil. Como si esta voz hubiese tenido un poder mágico, la joven se sustrajo a su emoción y echóse a correr, escondiéndose en el oratorio donde estaban los santos. Los dos primos se echaron a reír, e Ibarra oyó aún el ruido de una puerta que se cerraba.

Pálida, respirando aceleradamente, la joven se comprimió el palpitante seno y quiso escuchar. Oyó la voz, aquella voz tan querida, que hacía tiempo sólo oía en sueños; él preguntaba por ella. Loca de alegría besó al santo que encontró más cerca, a San Antonio Abad, ¡santo feliz, en vida y en madera, siempre con hermosas tentaciones!. Después buscó un agujero, el de la cerradura, para verle y examinarle: ella sonreía, y cuando su tía la sacó de su contemplación, sin saber lo que hacía, se colgó del cuello de la anciana y la llenó de repetidos besos.

- Pero tonta, ¿qué te pasa? –pudo al fin decir la anciana, enjugándose una lágrima de sus marchitos ojos.

María Clara se avergonzó y se cubrió los ojos con el redondo brazo.

- ¡Vamos, arréglate, ven! –añadió la anciana en tono cariñoso-. Mientras él habla con tu padre de tu... ven y no te hagas esperar.

La joven se dejó llevar como una niña y allá se encerraron en su aposento.

Capitán Tiago e Ibarra hablaban animadamente cuando apareció la tía Isabel, medio arrastrando a su sobrina, que dirigía la vista a todas partes, menos a las personas...

¿Qué se dijeron aquellas dos almas, qué se comunicaron[2] en ese lenguaje de los ojos, más perfecto que el de los labios, lenguaje dado al alma para que el sonido no turbe el éxtasis del sentimiento?. En esos instantes, cuando los pensamientos de dos

[2] Rizal fue un gran amante desgraciado. Segunda Katibak: su primer amor, Leonor Rivera, el amor más querido, y Josefa Bracken: el último, son la trilogía iconográfica que minían, junto a la rosa roja de la oblación, las páginas del breviario sentimental del Héroe. (Véase *Free Press*, Dec. 27, 1924, artículo de R. Joven, titulado "Los hermanos vivos y los amores muertos del Dr. José Rizal". Véase también en *El Debate*, Dic. 30, 1924, el artículo de D.M. Ponce titulado "El primer amor de Rizal").

felices seres se compenetran a través de las pupilas, la palabra es lenta, grosera, débil, es como el ruido bronco y torpe del trueno a la deslumbrada luz y la rapidez de la centella: expresa un sentimiento ya conocido, una idea ya comprendida, y si se usa de ella es porque la ambición del corazón, que domina todo el ser y que reboza de felicidad, quiere que todo el organismo humano, con todas sus facultades físicas y psíquicas, manifieste el poema de alegría que entona el espíritu. A la pregunta de amor de una mirada que brilla o se vela, no tiene respuesta el idioma: responden la sonrisa, el beso o el suspiro.

Y después, cuando la enamorada pareja, huyendo del plumero de la tía Isabel que levanta el polvo, se fueron a la azotea para departir en libertad entre los pequeños emparrados, ¿qué se contaron entre murmullos que os estremecíais, florecitas rojas del cabello-de-ángel?. Contadlo vosotras que tenéis aromas en vuestro aliento y colores en vuestros labios; tú, céfiro, que aprendiste raras armonías en el secreto de la noche oscura y en el misterio de nuestros vírgenes bosques; contadlo, rayos de sol, manifestación brillante del Eterno en la tierra, único inmaterial en el mundo de la materia, ¡contadlo vosotros, que yo sólo sé referir prosaicas locuras!.

Pero ya que no lo queréis hacer, lo voy a intentar yo mismo.

El cielo era azul: una fresca brisa, que no olía a rosa, agitaba las hojas y las flores en las enredaderas –por esto se estremecían los cabellos-de-ángel-, las plantas aéreas, los pescados secos y las lámparas de China. El ruido del *saguán*[3], que removía las turbias aguas del río, el paso de los coches y carros por el puente de Binondo llegaban distintamente hasta ellos, pero no lo que murmuraba la tía.

- Mejor, allí estaréis vigilados por todo el vecindario -decía ésta.

Al principio no se dijeron más que tonterías, esas dulces tonterías que se parecen mucho a las jactancias de las naciones en Europa: gustan y saben a miel para los nacionales, pero hacen reír o fruncir la ceja a los extranjeros.

Ella, como hermana de Caín, es celosa y por esto pregunta a su novio:

- ¿Has pensado siempre en mí?, ¿no me has olvidado en tantos viajes?. ¡Tantas grandes ciudades con tantas mujeres hermosas...!.

El también, otro hermano de Caín, sabe eludir las preguntas y es un poco mentiroso, por eso:

- ¿Podría yo olvidarte? –contesta mirando embelesado en las negras pupilas de ella-, ¿podría yo faltar a un juramento, a un juramento sagrado?. Te acuerdas de aquella noche, de aquella noche tempestuosa en que tú, viéndome solitario llorar junto al cadáver de mi madre, te acercaste a mí, me pusiste la mano sobre el hombre, tu mano que hacía tiempo ya no me dejabas que cogiese, y me dijiste: "Has perdido a tu madre, yo nunca la tuve"... y lloraste conmigo. Tú la querías y ella te quería como a una hija. Afuera llovía y relampagueaba, pero me parecía oír música, ves sonreír el pálido rostro del cadáver... ¡oh, si mis padres vivieran y te contemplaran!, yo entonces cogí tu mano y la de mi madre, juré amarte, hacerte feliz sea cualquiera la suerte que el cielo me deparase, y como este juramento no me ha pesado nunca, ahora te lo renuevo. ¿Podía yo olvidarte?. Tu recuerdo me ha acompañado siempre, me ha salvado de los peligros del camino, ha sido mi consuelo en la soledad de mi alma en los países extranjeros; ¡tu recuerdo ha neutralizado el efecto del loto[4] de Europa, que borra de la memoria de muchos paisanos las esperanzas y la desgracia de la Patria!. En sueños te veía de pie en la playa de Manila, mirando al lejano horizonte, envuelta en la tibia luz de la temprana aurora; oía el lánguido y melancólico

[3] Palabra tagala que significa remo pequeño y corto, a modo de pala, de una sola pieza de madera o bien de madera ancha, con forma de paleta y mango de caña, que usan los nativos para dar movimiento y dirigir la *barca* o canoa.

[4] Metáfora basada en la leyenda de que los extranjeros que comían el fruto de este árbol africano olvidaban su patria (véase *Odisea* de Homero).

Librodot

canto, que despertaba en mi adormecidos sentimientos y evocaba en la memoria de mi corazón los primeros años de mi niñez, nuestras alegrías, nuestros juegos, todo el pasado feliz que animaste mientras estabas en el pueblo. Me parecías que eras el hada, el espíritu, la encarnación poética de mi Patria, hermosa, sencilla, amable, candorosa, hija de Filipinas, de ese hermoso país que une a las grandes virtudes de la Madre España las bellas cualidades de un pueblo joven, como se unen en todo tu ser todo lo hermoso y bello que adornan ambas razas[5], y por esto tu amor y el que profeso a mi Patria se funden en uno solo... ¿Podía olvidarte?. Varias veces creía escuchar los sonidos de tu piano y los acentos de tu voz, y siempre que en Alemania, a la caída de la tarde, cuando vagaba en los bosques, poblados por las fantásticas creaciones de sus poetas y las misteriosas leyendas de sus pasadas generaciones, evocaba tu nombre, creía verte en la bruma que se levanta del fondo del valle, creía oír tu voz en los susurros de las hojas, y cuando los aldeanos, volviendo del trabajo, dejaban oír desde lejos sus populares cantos, se me figuraba que armonizaban con mis voces interiores, que cantaban para ti y daban realidad a mis ilusiones y ensueños. A veces me perdía en los senderos de la montaña, y la noche, que allí desciende poco a poco, me encontraba aún vagando, buscando mi camino entre los pinos, hayas y encinas; entonces, si algunos rayos de luna se deslizaban por entre los claros que deja entre sí el espeso ramaje, me parecía verte en el seno del bosque como una vaga, enamorada sombra, oscilar entre la luz y las tinieblas de la espesura; y si acaso el ruiseñor dejaba oír sus variados trinos, creía que era porque te veía y tú le inspirabas. ¡Sí, he pensado en ti!. ¡La fiebre de tu amor no solamente animaba a mi vista la niebla y coloreaba el hielo!. En Italia, el hermoso cielo de Italia por su limpidez y profundidad me hablaba de tus ojos; su risueño paisaje me hablaba de tu sonrisa, como las campiñas de Andalucía con su aire saturado de aromas, poblado de recuerdos orientales, llenos de poesía y colorido, me hablaban de tu amor. En las noches de luna, de aquella soñolienta luna, bogando en una barca en el Rhin, me preguntaba si acaso no me podría engañar a mi fantasía para verte entre los álamos de la orilla, en la roca de la Loreley[6] o en medio de las ondas, cantando en el medio de la noche, como la joven hada de los consuelos ¡para alegrar la soledad y la tristeza de aquellos arruinados castillos!.

[5] "Y pensar que el autor de este libro se le fusiló como filibustero" (ed. Maucci). En efecto, Rizal no fue nunca un separatista, y por medio de la violencia menos aún: era un nacionalista reformador que tendía a la consecución de la autonomía colonial.

"Algunos años antes de que se fundara el Katipunan, los filipinos habían organizado una inmensa campaña nacional demandando reformas de la Metrópoli española. La campaña era, naturalmente pacífica, con un valioso órgano en la prensa que era el quincenario *La Solidaridad*. En ella se pedía que Filipinas fuese considerada como una provincia española y, consiguientemente, que el gobierno dejase de ser militar para convertirse en civil, que los filipinos tuviesen los mismos derechos y privilegios que los españoles de la Metrópoli, que se restaurase la representación parlamentaria, que se decretase la expulsión de los frailes o, por lo menos, la secularización de las parroquias y que se reconociesen el derecho de reunión, de asociación y de prensa y la libertad de la palabra y de pensamiento. Estos derechos, ejercidos libremente, pondrían al descubierto los males y abusos de la administración, con lo cual el gobierno se vería obligado a aplicar los remedios adecuados. Rizal, del Pilar y otros dirigían la campaña desde Madrid, alentados, estimulados y sostenidos, moral y pecuniariamente, por los patriotas en Filipinas. Así se fundaron la *Propaganda*, la Masonería, la Liga Filipina y el Cuerpo de Compromisarios para sostener aquella campaña". Kalaw. *Revolución*, p. 9.

[6] Roca que se eleva verticalmente al lado del Rhin, entre Sankt Goat y Oberwesel, muy peligrosa antes para los barcos que surcaban el río y célebre por sus magníficos ecos. La leyenda de la encantadora o maga Loreley, que reside allí mismo, ha sido tratada repetidas veces por poetas modernos.

Librodot

- Yo no he viajado como tú, no conozco más que tu pueblo, Manila y Antipolo[7] –contesta ella sonriendo, pues cree todo cuanto él le cuenta-, pero desde que te dije adiós y entré en el beaterio, me he acordado siempre de ti y no te he olvidado por más que me lo ha mandado el confesor, imponiéndome muchas penitencias. Me acordaba de nuestros juegos, de nuestras riñas cuando éramos niños. Escogías las más hermosas *sigüeyes*[8] para jugar al *siklot*[9], buscaba en el río las más redondas y finas piedrecitas de diferentes colores para que jugásemos al *sintak*[10], tú eras muy torpe, perdías siempre y por castigo te daba el *bantil*[11] con la palma de mi mano, pero procuraba no pegarte fuerte pues te tenía compasión. En el juego de *chonka*[12] eras muy tramposo, más aún que yo, y solíamos acabar a arrebatiñas. ¿Te acuerdas aquella vez que te enfadaste de veras?. Entonces me hiciste sufrir, pero después, cuando me acordaba de ello en el beaterio, sonreía, te echaba de menos para reñir otra vez... y hacer las paces enseguida. Éramos aún niños: fuimos con tu madre a bañarnos en aquel arroyo bajo la sombra de los cañaverales. En las orillas crecían muchas flores y plantas cuyos extraños nombres me decías en latín y en castellano, pues entonces ya estudiabas en el Ateneo. Yo no te hacía caso; me entretenía en ir detrás de las mariposas y libélulas, que tienen en su cuerpo fino como un alfiler todos los colores del arco-iris y todos los reflejos del nácar, que pululan y se persiguen unas a otras entre las flores; a veces con las manos quería sorprender, coger los pececillos, que se deslizan rápidos entre el musgo y las piedrecitas de la orilla. De pronto desapareciste, y cuando volviste traías una corona de hojas y flores de naranjo que colocaste sobre mi cabeza, llamándome Cloé; para ti hiciste otra de enredaderas. Pero tu madre cogió mi corona, la machacó con una piedra mezclándola con el gogo[13] con que nos iba a lavar la cabeza; se te soltaron las lágrimas de los ojos y dijiste que ella no entendía de mitología: "¡Tonto! –contestó tu madre-, verás qué bien olerán después vuestros cabellos". Yo me reí, te ofendiste, no me quisiste hablar y el resto del día te mostraste tan serio, que a mi vez tuve ganas de llorar. De vuelta al pueblo y ardiendo mucho el sol, cogí hojas de salvia que crecía a orillas del camino, te las di para que las pusieses dentro de tu sombrero y no tuviste dolor de cabeza. Sonreíste, entonces te cogí de la mano e hicimos las paces.

Ibarra se sonrió de felicidad, abrió su cartera y sacó un papel dentro del cual había envueltas unas hojas negruzcas, secas y aromáticas.

- ¡Tus hojas de salvia! –contestó él a su mirada-, esto es todo lo que me has dado.

Ella a su vez sacó rápidamente de su seno una bolsita de raso blanco.

---

[7] Pueblo actualmente de la provincia de Rizal (anteriormente de Tondo), formado en lo alto del monte de su propio nombre, que es una de las más altas montañas que circundan el lago de Bay. Antipolo es célebre por las peregrinaciones que se celebran durante el mes de mayo para venerar a la Virgen de la Paz y Buen Viaje. En sus "Memorias de un Estudiante", Rizal hace un relato de su romería a Antipolo acompañado por su padre en junio, 1868, para cumplir con la promesa hecha por su madre al tiempo de su (Rizal) nacimiento.

[8] Conchas (*Cyprea moneta*) que sirven de moneda como los cauries: se exportan en gran número a Siam.

[9] Juego de sociedad, netamente filipino, que consiste en cierto número de pepitas, sigayes o piedrecitas, puestas en la palma de la mano y tiradas a montón a poca altura, para ser recibidas con el revés de la mano.

[10] Otro juego infantil a base de siete sigayes o piedrecitas pequeñas y otra mayor que se llama madre.

[11] Castigo aplicado al perdedor que consiste en unos golpes dados sobre el dorso de la mano.

[12] Juego filipino que se juega sobre una pieza de madera de unas 30 pulgadas de largo con siete hoyos pequeños en cada lado y otro mayor en cada extremo; el hoyo mayor se llama casa o *bahay*. Solamente juegan dos jugadores, teniendo cada uno su *bahay* correspondiente. Dejamos de describir al juego por ser largo y prolijo y sólo diremos que es un juego matemático y se cree que es originario de la China.

[13] *Entada phaseoloides* (Linn.) Merr. Liana, de ramas leñosas y retorcidas que tienden a encaramarse. La corteza, que es de color oscuro cuando se machaca y se macera en agua, produce un líquido espumoso que usan los nativos para limpiar y lavarse el cabello y que tiene la fama de ser tónico y eliminar la caspa.

- ¡Ps! –dijo ella dándole una palmada en la mano-, no se permite tocar: es una carta de despedida.

- ¿Es la que te escribí antes de partir?.

- ¿Me ha escrito otra, Señor mío?.

- Y ¿qué te decía yo entonces?.

- ¡Muchos embustes, excusas de mal pagador! –contestó ella sonriendo, dando a entender cuán agradables eran aquellas mentiras-. ¡Quieto!, te la leeré, pero suprimiré tus galanterías para no martirizarte.

Y levantando el papel a la altura de sus ojos, para que el joven no le viera la cara, comenzó:

- "Mi... ¡no te leo lo que sigue pues es un embuste! –y recorrió algunas líneas con los ojos-. "Mi padre quiere que parta a pesar de mis súplicas. Tú eres hombre, me ha dicho, debes pensar en el porvenir y en tus deberes. Debes aprender la ciencia de la vida, lo que tu Patria no puede darte, para serle un día útil. Si permaneces a mi lado, a mi sombra, en esta atmósfera de preocupaciones, no aprenderás a mirar a lo lejos; y el día en que te falte te encontrarás como la planta de que habla nuestro poeta Baltazar[14], 'crecida en el agua, se le marchitan las hojas a poco que no se la riegue, la seca un momento el calor'. ¿Ves?, ¡eres ya casi un joven y lloras aún!. Me hirió ese reproche y le confesé que te amaba. Mi padre se calló, reflexionó y poniéndome la mano sobre el hombro me dijo con temblorosa voz: -¿Crees tú que tú sólo sabes amar, que tu padre no te ama ni siente separarse de ti?. Hace poco perdimos a tu madre; voy caminando ya a la vejez, a esa edad en que se busca el apoyo y el consuelo de la juventud, y sin embargo, acepto mi soledad y no sé si te volveré a ver. Pero debo pensar en otras cosas más grandes... ¡El porvenir se abre para ti, para mí se cierra; tus amores nacen, los míos van muriendo; el fuego hierve en tu sangre, el frío se insinúa en la mía, y sin embargo, lloras y no sabes sacrificar el ahora a un mañana útil, para ti y tu país!-. Los ojos de mi padre se llenaron de lágrimas, caí de rodillas a sus pies, le abracé, le pedí perdón y le dije que estaba dispuesto a partir..."

La agitación de Ibarra suspendió la lectura: el joven estaba pálido y andaba de un extremo a otro.

- ¿Qué tienes?, ¿qué te pasa?.

- ¡Tú me has hecho olvidar que tengo mis deberes, que debo partir ahora mismo para el pueblo!. Mañana es la fiesta de los muertos.

María Clara se calló, fijó en él algunos instantes sus grandes y soñadores ojos, y recogiendo una flor, le dijo conmovida:

- Ve, yo no te detengo más; ¡dentro de algunos días nos volveremos a ver!.¡Coloca esta flor sobre la tumba de tus padres!.

Algunos minutos después, el joven descendía las escaleras acompañado de Capitán Tiago y de la tía Isabel, mientras María Clara se encerraba en el oratorio.

- ¡Haga Ud. el favor de decir a Andeng que prepare la casa, que van a llegar María e Isabel!. ¡Buen viaje! –decía Capitan Tiago, mientras Ibarra subía en el coche que partió en dirección a la plaza de San Gabriel.

Y después, por vía de consuelo decía a María Clara, que lloraba al lado de una imagen de la Virgen:

- Anda, enciende dos velas de a dos reales: una al Señor San Roque y otra al Señor San Rafael, ¡patrón de los caminantes!. Enciende la lámpara de Nuestra Señora de la Paz y Buenviaje que hay muchos tulisanes. ¡Más vale gastarse cuatro reales en cera y seis cuartos en aceite que no tener después que pagar un rescate gordo!.

[14] Francisco Balagtas, conocido como el príncipe de la poesía tagala, autor del "Florante at Laura".

Capítulo 8

RECUERDOS

EL COCHE DE IBARRA recorría parte del más animado arrabal de Manila; lo que la noche anterior le ponía triste, a la luz del día le hacía sonreír a pesar suyo.

La animación que bullía de todas partes, tantos coches que iban y venían a escape, los carromatos, las calesas, los europeos, los chinos, los naturales, cada cual con su traje, las vendedoras de frutas, los corredores, el desnudo cargador, los puestos de comestibles, las fondas, restaurantes, tiendas, hasta los carros tirados por el impasible e indiferente carabao[1] que parece entretenerse en arrastrar bultos mientras filosofa, todo, el ruido, el traqueteo, hasta el sol mismo, un cierto olor particular, los abigarrados colores, despertaban en su memoria un mundo de recuerdos adormecidos.

Aquellas calles no tenían aún adoquinado. Brillaba el sol dos días seguidos y se convertía en polvo, que todo cubría, hacía toser y cegaba a los transeúntes: llovía un día y se formaba un pantano, que a la noche reflejaba los faroles de los coches, salpicando desde cinco metros de distancia a los peatones en las angostas aceras. ¡Cuántas mujeres no habían dejado en aquellas olas de lodo sus chinelas[2] bordadas!. Entonces veíanse apisonando las calles presidiarios en fila, la cabeza rapada, vistiendo una camisa de mangas cortas y un calzón hasta las rodillas con números y letras azules; en las piernas, cadenas medio envueltas entre trapos sucios para moderar el roce o quizás el frío del hierro; unidos de dos en dos, tostados por el sol, reunidos por el calor y el cansancio, hostigados y azotados con una vara por otro presidiario, que se consolaría tal vez en poder a su vez maltratar a otros. Eran hombres altos, de sombrías fisonomías, que él no había visto jamás serenarse con la luz de una sonrisa; sus pupilas, sin embargo, brillaban, cuando la vara, silbando, caía sobre los hombros, o cuando un transeúnte les arrojaba la cola de un cigarro, medio mojado y deshecho: lo cogía el que estaba más cerca y lo escondía en su *salakot*[3]; los demás se quedaban mirando con una expresión rara a los otros transeúntes. Le parecía oír aún el ruido que hacían desmenuzando la piedra para cubrir los baches y el sonido alegre de los pesados grillos en sus tobillos hinchados. Ibarra recordaba estremeciéndose aún una escena que habían herido su imaginación de niño: era una siesta y el sol dejaba caer a plomo sus más calurosos rayos. A la sombra de un carretón de madera yacía uno de aquellos hombres, exánime, los ojos entreabiertos; otros dos, silenciosos, arreglaban una camilla de caña sin ira, sin dolor, sin impaciencia, tal como creen el carácter de los naturales[4]. Hoy tú mañana nosotros, dirían entre sí. La gente circulaba sin cuidarse de ello, aprisa; las mujeres pasaban, lo miraban y continuaban su camino; el espectáculo era común, habían encallecido los corazones; los coches corrían reflejando en su barnizado cuerpo los rayos de aquel sol brillante en un cielo sin

[1] Nombre vulgar del búfalo común en Filipinas.
[2] Calzado común en Filipinas consistente en una especie de zapatilla sin tacón ni talón, de suela fina y que solamente cubre los dedos.
[3] Sombrero hecho con caña y fibras de anajao (*Corpiha minor*) u otras palmas.
[4] La tan cacareada indolencia del indio es tan hábil y rotundamente refutada por Rizal en su obra "Sobre la indolencia de los filipinos", publicada en *La Solidaridad*, números 35 a 39, julio, 15 Sept. 1890.

Librodot

nubes; a él sólo, niño de once años, acabado de llegar del pueblo, le conmovía, a él sólo le dio una pesadilla la noche siguiente.

Ya no estaba el bueno y honrado Puente de Barcas, aquel puente buen filipino, que hacía todo lo posible por servir a pesar de sus naturales imperfecciones, que se elevaba y se deprimía según el capricho del Pásig y que éste más de una vez había maltratado y destrozado.

Los almendros de la plaza de S. Gabriel no habían crecido, continuaban raquíticos.

La *Escolta* le pareció menos hermosa a pesar de que un gran edificio con cariátides ocupaba el sitio de los antiguos camarines. El nuevo Puente de España llamó su atención; las casas de la orilla derecha del río entre cañaverales y árboles, allá donde la Escolta termina y la Isla del Romero comienza, le recordaron las frescas mañanas, cuando en banca[6] pasaban por allí para ir a los baños de Uli.Uli.

Encontraba muchos coches tirados por magníficos troncos de caballos enanos: dentro de los coches, empleados que medio dormidos aún se dirigían acaso a sus oficinas, militares, chinos en una postura fatua y ridícula, frailes graves, canónigos, etc. En una elegante *victoria*[7] creyó reconocer al P. Dámaso, serio y con las cejas fruncidas, pero ya había pasado y ahora le saluda alegremente desde su carretela[8] Capitán Tinong, que iba con su señora y sus dos hijas.

A la bajada del puente los caballos tomaron al trote dirigiéndose hacia el paseo de la Sabana. A la izquierda, la Fábrica de Tabacos de Arroceros dejaba oír el estruendo que hacen las cigarreras golpeando las hojas. Ibarra no pudo menos de sonreír acordándose de aquel fuerte olor que a las cinco de la tarde saturaba el Puente de Barcas y le mareaba cuando niño. Las animadas conversaciones, los chistes llevaron maquinalmente su imaginación al barrio de Lavapiés en Madrid con sus motines de cigarreras, tan fatales para los desgraciados guindillas[9], etc.

El jardín botánico ahuyentó sus risueños recuerdos: el demonio de las comparaciones le puso delante los jardines botánicos de Europa, en los países donde se necesita mucha voluntad y mucho oro para que brote una hoja y abra su cáliz una flor, aún más, hasta los de las colonias, ricos y bien cuidados y abiertos todos al público. Ibarra apartó la vista, miró a su derecha y allí vio a la antigua Manila, rodeada aún de sus murallas y fosos, como una joven anémica envuelta en un vestido de los buenos tiempos de su abuela.

¡La vista del mar que se pierde a lo lejos... !.

- ¡A la otra ribera está Europa! –pensaba el joven-. ¡Europa con sus hermosas naciones agitándose continuamente, buscando la felicidad, soñando todas las mañanas y desengañándose al ocultarse el sol... ¡. ¡Feliz en medio de sus catástrofes!. Sí, a la otra orilla del infinito mar están las naciones espirituales, a pesar de que no condenan la materia, ¡más espirituales aún que las que se precian de adorar el espíritu... ¡.

Pero estos pensamientos huyen de su imaginación a la vista de la pequeña colina en el campo de Bagumbayan. El montecillo, aislado, al lado del paseo de la Luneta, llamaba ahora su atención y le ponía meditabundo.

Pensaba en el hombre que le había abierto los ojos de su inteligencia, hecho comprender lo bueno y lo justo. Las ideas que le habían infundido eran pocas, sí, pero

[6] Del tagalo bangka; es una embarcación fluvial hecha de una sola pieza de madera (tangili o lawaan) excavada a lo largo. Se les conduce por medio del remo nativo llamado *saguan*.

[7] Carruaje de cuatro ruedas, con una tolda de cuero, para dos pasajeros con asiento alto delante para el cochero.

[8] Coche de lujo de cuatro ruedas, tirado por dos caballos que se estilaba en aquella época; es completamente distinto del vehículo que ahora conocemos con el mismo nombre.

[9] Policías, guardias civiles o agentes de seguridad que así son motejados por los españoles.

no eran vanas repeticiones: eran convicciones que no palidecieron a la luz de los mayores focos del Progreso. Aquel hombre era un anciano sacerdote, y las palabras que le había dicho al despedirse de él, resonaban aún en sus oídos. “No olvides que si el saber es patrimonio de la humanidad, sólo lo heredan los que tienen corazón”, le había recordado. “He procurado transmitirte lo que de mis maestros he recibido; el caudal aquél lo he procurado aumentar en lo que he pedido y lo transmito a la generación que viene: tú harás lo mismo con la que te suceda y puedes triplicarlo, pues vas a muy ricos países”. Y añadía sonriendo: “Ellos vienen buscando oro, ¡id vosotros también a su país a buscar otro oro que nos hace falta!. Recuerda, sin embargo, que no es oro todo lo que reluce”. Aquel hombre había muerto allí.

A estos recuerdos contestaba él murmurando en voz baja: -¡No, a pesar de todo, primero la Patria, primero Filipinas, hija de España, primero la patria española!. ¡No, eso que es fatalidad no empaña a la Patria, no!.

No llama su atención la Ermita[10], Fénix de nipa, que se levanta de sus cenizas bajo la forma de casas pintadas de blanco y azul, techadas de zinc pintado de rojo. No atraen sus miradas ni Malate[11], ni el cuartel de caballería con sus árboles enfrente, ni los habitantes, ni las casitas de nipa de techo más o menos piramidal o prismático, ocultas entre plátanos y bongas, construidas, como los nidos, por cada padre de familia.

El coche seguía rodando: se encontraba con un carromato tirado por uno o dos caballos, cuyos arneses de abacá delataban su origen provinciano. El carromatero procuraba ver al viajero del brillante coche y pasaba sin cambiar palabra, sin un solo saludo. A veces un carretón, tirado por un carabao de paso lento e indiferente, animaba las anchas y polvorosas calzadas por el brillante sol de los trópicos. Al melancólico y monótono canto del guía, montado sobre el búfalo, acompaña el estridente rechinar de la seca rueda con el descomunal eje del pesado vehículo; a veces es el sonido sordo de los gastados patines o plantas de un *paragos*[12], ese trineo de Filipinas, que se arrastra pesadamente sobre el polvo o los charcos del camino. En los campos, en las tendidas eras pasta el ganado, mezclado con las blancas garzas, tranquilamente posadas sobre el lomo del buey, que rumia y saborea medio cerrando los ojos la hierba de la pradera; a lo lejos yeguadas triscan, saltan y corren, perseguidas por un potro de genio vivo, cola larga y abundantes crines; el potro relincha y salta la tierra a los golpes de sus poderosos cascos.

Dejemos al joven viajar meditando o dormitando: la poesía melancólica o animada del campo no llama su atención; aquel sol que hace relucir las copas de los árboles y correr a los campesinos, cuyos pies quema el candente suelo a pesar de un almendro o cañaveral y le hace pensar en cosas vagas e inexplicables, aquel sol no tiene encantos para nuestro joven.

Volvamos a Manila mientras el coche rueda tambaleando, como un borracho, por el accidentado terreno, mientras pasa un puente de caña, sube elevada cuesta o baja rápida pendiente.

[10] Parroquia de españoles dedicada a Ntra. Sra. de Guía.
[11] También se llama Maalat, arrabal de Manila.
[12] Género de carreta, sin ruedas, parecida a un trineo; carretón que anda en tierra llana. Muy útil en lodazales y terreno irregular. También se la llama narria y canga.

Capítulo 9

COSAS DEL PAÍS

IBARRA NO SE HABÍA equivocado: en aquella victoria iba en efecto el P. Dámaso y se dirigía a la casa de donde él acababa de salir.

- ¿A dónde os vais? –preguntó el fraile a María Clara y a tía Isabel que se disponían a subir a un coche con adornos de plata; P. Dámaso en medio de su preocupación daba ligeros golpecitos a las mejillas de la joven.

- Al Beaterio a sacar mis cosas –contestó ella.

- ¡Ahaaá!, ¡ajá!, vamos a ver quién puede más, vamos a ver... –murmuraba distraído, dejando a las dos mujeres no poco sorprendidas. Con la cabeza baja y andar lento ganó las escaleras y subió.

- ¡Debe tener sermón, y lo estará estudiando de memoria! –dijo tía Isabel-. Sube, María, que llegaremos tarde.

Si el P. Dámaso tenía sermón o no, no lo podemos decir; pero cosas muy importantes debían absorber su atención, pues no tendió la mano a Tiago, que tuvo que hacer una semi genuflexión para besársela.

- ¡Santiago! –fue lo primero que dijo-, tenemos que hablar de cosas muy importantes; vamos a tu despacho.

Capitán Tiago se puso inquieto, perdió el uso de la palabra, pero obedeció y siguió detrás del colosal sacerdote, que cerró detrás de sí la puerta.

Mientras conferencian en secreto, averigüemos qué se ha hecho de Fr. Sibyla.

El sabio dominico no está en la casa parroquial: muy temprano, después de decir su misa, se fue al convento de su orden situado a la entrada de la Puerta de Isabel II o de Magallanes, según qué familia reina en Madrid.

Sin hacer caso ni del rico olor a chocolate, ni del ruido de cajones y monedas que venía desde la procuración, y contestando apenas al respetuoso y deferente saludo del hermano del procurador, Fr. Sibyla subió, atravesó algunos corredores y llamó a una puerta con los nudillos de los dedos.

- ¡Adelante! –suspiró una voz.

- ¡Dios devuelva a V.R. la salud! –fue el saludo del joven dominico al entrar.

Sentado en un gran sillón se veía un anciano sacerdote, demacrado, algo amarillento, como esos santos que pintó Rivera. Los ojos se hundían en sus ahuecadas órbitas, coronadas de pobladísimas cejas que, por estar contraídas casi siempre, aumentaban el brillo de sus moribundos ojos.

El P. Sibyla le contempló conmovido, cruzados los brazos debajo del venerable escapulario de Sto. Domingo. Después dobló la cabeza sin decir una palabra y pareció aguardar.

-¡Ah! –suspiró el enfermo-, me aconsejan la operación, Hernando, ¡la operación a mi edad!. ¡El país, este terrible país!. ¡Escarmiéntate en mí, Hernando!.

Fr. Sibyla levantó los ojos y los fijó en la fisonomía del enfermo:

- Y ¿qué ha decidido V.R?. -preguntó.

- ¡Morir, ay!, ¿quédame otra cosa acaso?. Sufro demasiado pero... he hecho sufrir a muchos... ¡saldo mi deuda!. Y tú, ¿cómo estás?, ¿qué traes?.

- Venía a hablarle del encargo que me ha cometido.

- ¡Ah!, ¿y qué es ello?.

- ¡Psh!, -contestó con disgusto el joven sentándose y volviendo con desprecio la cara a otra parte-, nos han contado fábulas; el joven Ibarra es un chico prudente, no parece tonto, pero le creo un buen chico.

- ¿Lo crees?.

- ¡Anoche comenzaron las hostilidades!.

- ¿Ya?, ¿y como?.

Fr. Sibyla refirió brevemente lo que pasó entre el P. Dámaso y Crisóstomo Ibarra.

- Además –añadió concluyendo-, el joven se casa con la hija de Capitán Tiago, educada en el colegio de nuestras hermanas, es rico y no querrá hacerse de enemigos para perder felicidad y fortuna.

El enfermo movía la cabeza en señal de asentimiento.

- Sí, pienso como tú... Con una mujer tal y un suegro parecido, le tendremos en cuerpo y alma. Y si no, ¡tanto mejor si se declarase enemigo nuestro!.

Fr. Sibyla miró sorprendido al anciano.

-Para bien de nuestra Santa Corporación, se entiende –añadió respirando con dificultad-. Prefiero los ataques a las tontas alabanzas y adulaciones de los amigos... verdad es que están pagados.

- ¿Piensa V.R.?.

El anciano le miró con tristeza.

- ¡Tenlo bien presente! –contestó respirando con fatiga-. Nuestro poder durará mientras se crea en él. Si nos atacan, el Gobierno dice: Los atacan porque ven en ellos un obstáculo a su libertad, pues entonces conservémoslos.

- Y ¿si les da oídos?. El Gobierno a veces...

- ¡No les dará!.

- Sin embargo, sí, atraído por la codicia. Llegase a querer para sí lo que nosotros recogemos... si hubiese un atrevido y temerario...

- Entonces, ¡ay de él!.

Ambos guardaron silencio.

- Además –continuó el enfermo-, nosotros necesitamos que nos ataquen, que nos despierten: esto nos descubre nuestros flancos y nos mejora. Las exageradas alabanzas nos engañan, nos adormecen, pero fuera nos ponen en ridículo, y el día en que estemos en ridículo, caeremos como caímos en Europa. El dinero ya no entrará en nuestras iglesias, nadie comprará escapularios ni correas ni nada, y cuando dejemos de ser ricos, no podremos ya más convencer a las conciencias.

- ¡Psh!. Siempre tendremos nuestras haciendas, nuestras fincas...

- ¡Todas se perderán como las perdimos en Europa!. Y lo peor es que trabajamos para nuestra ruina. Por ejemplo: ese afán desmedido de subir cada año y a nuestro arbitrio, el canon de nuestros terrenos, ese afán que en vano he combatido en todos los Capítulos[1], ¡ese afán nos pierde!. El indio se ve obligado a comprar en otra parte tierras que resultan tan buenas o mejores que las nuestras. Temo que no estemos empezando a bajar: *Quos vult perdere Júpiter dementat prius*[2]. Por esto no aumentamos nuestro peso, el pueblo murmura ya. Has pensado bien: dejemos a los demás que arreglen allá sus cuentas, conservemos el prestigio que nos queda y puesto que pronto apareceremos ante Dios, limpiémonos las manos... ¡Que el Dios de las misericordias tenga piedad de nuestras flaquezas!.

- ¿De manera que V.R. cree que el canon o tributo...

- ¡No hablemos ya más de dinero! –interrumpió con cierto disgusto el enfermo-, ¿Decías que el teniente había prometido al P. Dámaso...?.

- ¡Sí, padre! –contestó Fr. Sibyla medio sonriendo-. Pero esta mañana le vi y me dijo que sentía cuanto había pasado anoche, que el jerez se le había subido a la cabeza y que consideraba que el P. Dámaso estaba en igual situación que él. ¿Y la promesa? –le pregunté en broma-. "Padre cura –me contestó-, yo sé cumplir mi

[1] Junta que hacen los religiosos y clérigos regulares para las elecciones de prelacías y para otros asuntos.
[2] A los que Júpiter quiere perder, enloquecen primero.

palabra cuando con ella no mancho mi honor; no soy ni he sido nunca delator, por eso no tengo más que dos estrellas".

Después de hablar de otras cosas insignificantes, Fr. Sibyla se despidió.

El teniente no había ido en efecto a Malacañan[3], pero el Capitán General supo lo ocurrido.

Hablando con sus ayudantes de las alusiones que los periódicos de Manila le hacía bajo en nombre de cometas y apariciones celestes, uno de aquellos le refirió la cuestión del P. Dámaso con colores algo más intencionados aunque de forma más correcta.

- ¿De quién lo supo Ud.? –preguntó S.E sonriendo.

- De Laruja, que lo contaba esta mañana en la Redacción.

El Capitán General volvió a sonreírse y añadió:

- ¡Mujer y fraile no hacen agravio!. Pienso vivir en paz el tiempo que me queda de país y no quiero más cuestiones con hombres que usan faldas. Y más, he sabido también que el provincial[4] se ha burlado de mis órdenes; yo pedí como castigo el traslado de ese fraile; y bien, le trasladaron llevándole a otro pueblo mucho mejor: ¡frailadas como decimos en España!.

Pero cuando S.E. se encontró solo, dejó de sonreír.

- ¡Ah!, ¡si el pueblo este no fuera tan estúpido, les metería en cintura a mis reverencias! –suspiró-. Pero cada pueblo merece su suerte y hagamos lo que todo el mundo.

Capitán Tiago, entretanto, concluyó de confeccionar con el P. Dámaso, o mejor dicho, éste con él.

- ¡Con que ya estás advertido! –decía el franciscano al despedirse-. Todo esto se hubiera podido evitar si me hubieses antes consultado, si no hubieses mentido cuando yo te lo preguntaba. ¡Procura no cometer más tonterías! ¡y fíate en tu padrino!.

Capitán Tiago dio dos o tres vueltas por la sala, meditabundo y suspirando; de repente, como si se le hubiese ocurrido un buen pensamiento, corrió al oratorio y apagó aprisa las velas y la lámpara que había hecho encender para salvaguardia de Ibarra.

- ¡Todavía hay tiempo y el camino es muy largo! –murmuró.

Capítulo 10

EL PUEBLO

CASI A ORILLAS DEL LAGO está el pueblo de San Diego en medio de campiñas y arrozales. Exporta azúcar, arroz, café y frutas, o los vende malbaratados al chino, que explota la candidez o los vicios de los labradores.

Cuando en un día sereno los muchachos se suben al último cuerpo de la torre de la iglesia, que el musgo y las plantas viajeras adornan, entonces prorrumpen en alegres exclamaciones, provocadas por la hermosura del panorama que se ofrece a su vista. En medio de aquel cúmulo de techos de nipa, teja, zinc y cabo negro, separados por huertas y jardines, cada uno sabe encontrar su casita, su pequeño nido. Todo les

[3] Palacio residencial de la Primera Autoridad, el Gobernador y Capitán General de Filipinas.
[4] Religioso que tiene el gobierno y autoridad sobre todos los conventos de una provincia de la Orden.

sirve de señas: un árbol, el tamarindo de ligero follaje, el cocotero cargado de nueces como la Astarté generadora o la Diana de Efeso con sus numerosas mamas, una flexible caña, una bonga[1], una cruz. Allá está el río, monstruosa serpiente de cristal, dormida en la verde alfombra: de distancia en distancia rizan su corriente pedazos de roca esparcidos en el arenoso lecho; allá el cauce se estrecha entre dos elevadas orillas a que se agarran haciendo contorciones árboles de raíces desnudas; aquí se forma una suave pendiente y el río se ensancha y remansa. Allá, más a lo lejos, una casita, construida al borde, desafía la altura, los vientos y el abismo, y por sus delgados harignes, diríase una monstruosa zancuda que espía al reptil para acometerle. Troncos de palmeras o árboles con corteza aún, movedizos y vacilantes, unen ambas orillas, y si son malos puentes, son en cambio magníficos aparatos gimnásticos para hacer equilibrios, lo que es de desdeñar: los chicos se divierten desde el río en que se bañan, con las angustias de la mujer que pasa con el cesto en la cabeza, o del anciano que va temblando y deja caer el báculo en el agua.

Pero la que siempre llama la atención es una que diríamos península de bosques en aquel mar de terrenos labrados. Allí hay árboles seculares, de ahuecado tronco, que mueren solamente cuando algún rayo hiere la altiva copa y lo incendia: dicen que entonces el fuego se circunscribe y muere en el mismo sitio; allí hay enormes peñas que el tiempo y la naturaleza van vistiendo con terciopelos de musgo: el polvo se deposita capa tras capa en sus huecos, la lluvia las fija y las aves siembran de semillas. La vegetación tropical se desenvuelve libremente: matorrales, malezas, cortinas de enredaderas entrelazadas unas a otras, pasan de un árbol a otro, se cuelgan de las ramas, se agarran a las raíces, al suelo, y como si Flora no estuviese aún contenta, planta sobre las plantas; musgo y hongos viven sobre las agrietadas cortezas, y plantas aéreas, graciosos huéspedes, confunden sus abrazos con las hojas del árbol hospitalario.

Aquel bosque era respetado: acerca de él existían extrañas leyendas, pero la más verosímil y por lo mismo menos creída y sabida parece ser la siguiente.

Cuando el pueblo era todavía un montón miserable de chozas y en la especie de calles crecía aún abundante la yerba, en aquellos tiempos, en que durante la noche venían venados y jabalíes, llegóse un día un viejo español de ojos profundos y que hablaba bastante bien el tagalo. Después de visitar y recorrer los terrenos en varios sentidos, preguntó por los propietarios del bosque en donde corrían aguas termales. Presentáronse algunos que pretendían serlo, y el viejo lo adquirió a cambio de ropas, alhajas y algún dinero. Después, sin saberse cómo, desapareció. La gente le creía ya *encantado*, cuando un olor fétido, que partía del vecino bosque, llamó la atención de unos pastores; rastreáronlo y encontraron al viejo en estado de putrefacción, colgado de una rama de un *baliti*. En vida ya daba miedo por su voz profunda, cavernosa, por aquellos ojos hundidos y aquella risa sin sonido; pero ahora, muerto suicidado, turbaba el sueño de las mujeres. Algunas tiraron las alhajas al río y quemaron la ropa, y desde que el cadáver fue enterrado al pie del mismo *baliti*, ya no hubo persona que por allí se quisiese aventurar. Un pastor, que buscaba a sus animales, contó haber visto luces; fueron los mancebos, y éstos ya oyeron lamentos. Un infeliz enamorado que por llamar la atención de la desdeñosa prometió pasar la noche debajo del árbol arrollando a su tronco un largo junco, murió de una fiebre rápida, que le cogió al día siguiente de la noche de su apuesta. Corría aún sobre este paraje muchos cuentos y leyendas.

No pasaron meses y vino un joven, mestizo español al parecer, que dijo ser hijo del difunto y se estableció en aquel rincón dedicándose a la agricultura, sobre todo a

[1] Mixtura del fruto de la areca y las hojas de betel que es costumbre mascar.

la siembra del añil. D. Saturnino era un joven taciturno y de un carácter violento, a veces cruel, pero era muy activo y laborioso: cercó de un muro la tumba de su padre, que visitaba solo de tiempo en tiempo. Entrado en años, casóse con una joven de Manila, de quien tuvo a D. Rafael, el padre de Crisóstomo.

D. Rafael, desde muy joven, se hizo amar de los campesinos: la agricultura, traída y fomentada por su padre, se desarrolló rápidamente; afluyeron nuevos habitantes, vinieron muchos chinos, el villorrio pronto se hizo aldea y tuvo un cura indio; después la aldea se convirtió en pueblo, murió el cura y vino Fr. Dámaso, pero el sepulcro y el territorio añejo fueron respetados. Los chicos se atreven a veces, armados de palos y piedras, a vagar por los alrededores, para coger guayabas, papayas, lomboi, etc., y ocurría que en lo mejor de la ocupación, o cuando contemplaban silenciosos la cuerda que se balancea desde la rama, caía una o dos piedras, venidas sin saberse de dónde; entonces al grito de *¡el viejo! ¡el viejo!*, arrojaban frutas y palos, saltaban de los árboles, corrían entre rocas y matorrales y no paraban hasta salir del bosque, pálidos, jadeantes unos, llorosos otros, y riendo muy pocos.

Capítulo 11

LOS SOBERANOS

Dividios e imperad
NUEVO MAQUIAVELO

¿QUIÉNES ERA LOS caciques del pueblo?.

No lo fue D. Rafael cuando vivía, aunque era el más rico, tenía más tierra y casi todos le debían favores. Como era modesto y procuraba quitar el valor a cuanto hacía, en el pueblo no formó nunca su partido, y ya vimos cómo se le levantaron en contra cuando le vieron vacilar. ¿Sería Capitán Tiago?. Cuando llegaba, era en verdad recibido de sus deudores con orquesta, le daban banquete y le colmaban de regalos: las mejores frutas cubrían su mesa; si se cazaba un venado o jabalí, él tenía un cuarto; si encontraba hermoso el caballo de un deudor, media hora después lo veía en su cuadra: todo esto es verdad, pero se reían de él y le llamaban en secreto Sacristán Tiago.

¿Acaso el gobernadorcillo?.

Éste era un infeliz que no mandaba, obedecía; no reñía a nadie, era reñido; no disponía, disponían de él; en cambio tenía que responder al Alcalde Mayor de cuanto le habían mandado, ordenado y dispuesto como si todo hubiese salido de su cráneo, pero, sea dicho en su honor, él no ha robado ni usurpado esta dignidad: le ha costado cinco mil pesos y muchas humillaciones, y por lo que le renta, le parece muy barata.

¡Vamos!, ¿pues entonces será Dios?.

¡Ah! El buen Dios no turbaba las conciencias ni el sueño de sus habitaciones: por lo menos no les hacía temblar y si les hubiese hablado de El por casualidad en algún sermón, de seguro que habrían pensando suspirando: ¡Si sólo hubiese un Dios!... Del buen Señor se ocupaban poco: bastante que hacer daban los santos y las santas. Dios para aquella gente había pasado a ser como esos pobres reyes que se rodean de favoritos y favoritas: el pueblo sólo hace la corte a estos últimos.

Librodot

San Diego era una especie de Roma, pero no Roma cuando el tuno de Rómulo trazaba con el arado sus murallas, ni cuando después, bañándose en sangre propia y ajena, dictaba leyes al mundo, no: era como la Roma contemporánea, con la diferencia de que en vez de monumentos de mármol y coliseos, tenía monumentos de *sauali*[1], y gallera de nipa. El cura el Papa en el Vaticano; el alférez de la Guardia Civil, el Rey de Italia en el Quirinal, se entiende, todo en proporción con el sauali y la gallera de nipa. Y aquí como allá resultaban continuos disgustos, pues cada uno, queriendo ser el señor, hallaba sobrante al otro. Expliquémonos y describamos las cualidades de ambos.

Fr. Bernardo Salví era aquel joven y silencioso franciscano de que ya hemos hablando antes. Por sus costumbres y maneras distinguíase mucho de sus hermanos y más aún de su predecesor, el violento P. Dámaso. Era delgado, enfermizo, casi constantemente pensativo, estricto en el cumplimiento de los deberes religiosos y cuidadoso de su buen nombre. Un mes después de su llegada, casi todos se hicieron hermanos de la V.O.T.[2] con gran tristeza de su rival, la Cofradía del Santísimo Rosario. El alma saltaba de alegría al ver en cada cuello cuatro o cinco escapularios y en cada cintura un cordón con nudos, y aquellas procesiones de cadáveres o fantasmas con hábitos de guingón. El sacristán mayor se hizo un capitalito vendiendo o dando de limosna, que es como se debe decir, todos los objetos necesarios para salvar el alma y combatir al diablo: sabido es que este espíritu, que antes se atrevía a contradecirle a Dios mismo cara a cara, dudando de sus palabras, como se dice en el libro santo de Job; que llevó por los aires a N.S. Jesucristo, como hizo después en la Edad Media con las brujas y continúa, dicen, haciéndolo aún con los *asuang*[3] de Filipinas, parece que hoy se ha vuelto tan vergonzoso que no puede resistir la vista de un paño en que hay pintados dos brazos[4] y teme los nudos de un cordón; pero esto no prueba otra cosa sino que se progresa también por este lado y el diablo es retrógrado o al menos conservador como todo el que vive en las tinieblas, si no quiere que le atribuyamos debilidades de doncella de quince años.

Como decíamos, el P. Salví era muy asiduo en cumplir con sus deberes, según el alférez, demasiado asiduo. Mientras predicaba –era muy amigo de predicar- se cerraban las puertas de la iglesia, en esto se parecía a Nerón que no dejaba salir a nadie mientras cantaba en el teatro; pero aquel lo hacía para el bien y éste para el mal de las almas. Toda falta de sus subordinados solía castigar con multas, pues pegaba muy raras veces; en lo que se diferenciaba también mucho del P. Dámaso, el cual todo lo arreglaba a puñetazos y bastonazos, que daba riendo y con la mejor buena voluntad. Por esto no se le podía querer mal; estaba convencido de que sólo a palos se le trata al indio; así lo había dicho un fraile que sabía escribir libros y él lo creía pues no discutía nunca lo impreso: de esta modestia se podía quejar muchas personas.

Fr. Salví pegaba rarísimas veces pero como decía un viejo filósofo del pueblo, lo que faltaba en cantidad, abundaba en cualidad, pero tampoco por esto se le podía querer mal. Los ayunos y abstinencias, empobreciendo su sangre, exaltaban sus nervios y, como decía la gente, se le subía el viento a la cabeza. De esto venía a

[1] Armazón de tiras finas de caña entretejida que se usa para tabiques o vallas divisorias. Se hacen también de este material cestos y grandes receptáculos para cereales.

[2] Venerable Orden Tercera, una cofradía de la Orden Franciscana.

[3] Nombre de un duende, brujo o demonio, conocido en casi todo el Archipiélago, particularmente entre los Tagalos, Pampangos, Bicoles, Bisayos y Mandayas. Es un demonio nocturno que toma las formas que quiere, como las de perro, gato, ave u otro animal.

[4] Escudo representativo de la Orden Franciscana, así como el cordón de nudos, reminiscencia del ascético cilicio, es el signo externo de identificación de los pertenecientes a esta Orden.

Librodot

resultar que las espaldas de los sacristanes no distinguían bien cuándo un cura ayunaba mucho o comía mucho.

El único enemigo de este poder espiritual con tendencias de temporal, era, como lo dijimos, el alférez. El único, pues cuentan las mujeres que el diablo anda huyendo de él, porque un día, habiéndose atrevido a tentarlo, fue cogido, atado al pie del catre, azotado con el cordón, y sólo fue puesto en libertad después de nueve días.

Como es consiguiente, el que después de esto se haga todavía enemigo de un hombre como tal, llega a tener peor fama que los mismos pobres e incautos diablos, y el alférez merecía su suerte. Su señora, una vieja filipina con muchos coloretes y pinturas, llamábase Dª. Consolación; el marido y otras personas la llamaban de otra manera. El alférez vengaba sus desgracias matrimoniales en su propia persona emborrachándose como una cuba, mandando a sus soldados hacer ejercicios al sol, quedándose él en la sombra, o lo que es más a menudo, sacudiendo a su señora, que, si no era un cordero de Dios para quitar los pecados de nadie, en cambio servía para ahorrarle muchas penas del Purgatorio, si acaso iba allá, lo que ponen en duda las devotas. El y ella, como bromeando, se zurraban de lo lindo y daban espectáculos gratis a los vecinos: concierto vocal e instrumental, a cuatro manos, piano, fuerte, con pedal y todo.

Cada vez que estos escándalos llegaban a oídos del P. Salví, este se sonreía y se persignaba, rezando después un padrenuestro; llamábanle carca, hipócrita, carliston[5], avaro; el P. Salví se sonreía también y rezaba más. El alférez siempre contaba a los pocos españoles que le visitaban, la anécdota siguiente:

- ¿Va Ud. al convento a visitar al curita Moscamuerta?. ¡Ojo!. Si le ofrece chocolate, ¡lo cual dudo!... pero en fin, si le ofrece, ponga atención. Llama al criado y dice: Fulanito, haz una jícara de chocolate, *¿eh?*, entonces quédese sin temor, pero si dice: Fulanito, haz una jícara de chocolate *¿ah?*, entonces coja Ud. el sombrero y márchese corriendo.

- ¿Qué? –preguntaba el otro espantado- ¿da jicarazos?. ¡Caramba!.

- ¡Hombre, tanto no!.

-¿Entonces?.

- Chocolate *¿eh?* Significa espeso, y chocolate *¿ah?*, aguado.

Pero creemos que esto sea calumnia del alférez, pues la misma anécdota se atribuye también a muchos curas. A menos que sea cosa de la Corporación...

Para hacerle daño prohibió el militar, inspirado por su señora, que nadie se paseara arriba de las nueve de la noche. Dª. Consolación pretendía haber visto al cura, disfrazado con camisa de piña y salakot de nitô, pasearse a altas horas de la noche. Fr. Salví se vengaba sanamente: al ver al alférez entrar en la iglesia, mandaba disimuladamente al sacristán cerrar todas las puertas, y entonces se subía al púlpito y empezaba a predicar hasta que los santos cerraban los ojos y le murmuraba ¡por favor! la paloma de madera sobre su cabeza, la imagen del Espíritu divino. El alférez, como todos impenitentes, no por eso se corregía: salía jurando y tan pronto como pillar a un sacristán o un criado del cura, le detenía, le zurraba, le hacía fregar el suelo del cuartel y el de su propia casa que entonces se ponía decente. El sacristán al ir a pagar la multa, que el cura le ponía por su ausencia, exponía los motivos. Fr. Salví le oía silencioso, guardaba el dinero, y por de pronto soltaba a sus cabras y carneros para que fuesen a pacer en el jardín del alférez, mientras buscaba un tema nuevo para otro sermón mucho más largo y edificante. Pero estas cosas no eran obstáculo ninguno para que, si después se veían, se diesen la mano y se hablasen cortésmente.

[5] Mote despectivo que se aplica a los carlistas o partidarios del pretendiente a la corona de España, el llamado Carlos III.

Cuando el marido dormía el vino o roncaba la siesta y Dª. Consolación no podía reñir con él, entonces establecíase en la ventana con su puro en la boca y su camisa de franela azul. Ella, que no puede soportar a la juventud, dardea desde allí con sus ojos a las muchachas y las moteja. Estas, que la temen, desfilan confusas sin poder levantar los ojos, apresurando el paso y conteniendo la respiración. Dª. Consolación tenía una gran virtud: parecía no haber mirado nunca un espejo.

Estos son los soberanos del pueblo de San Diego.

Capítulo 12

TODOS LOS SANTOS

LO ÚNICO ACASO QUE sin disputa distingue al hombre de los animales, es el culto que se les rinde a los que dejaron de ser. Y, ¡cosa extraña!, esta costumbre aparece tanto más profundamente arraigada cuanto menos civilizados son los pueblos.

Escriben los historiadores que los antiguos habitantes de Filipinas veneraban y deificaban a sus antepasados; ahora sucede lo contrario: los muertos tienen que encomendarse a los vivos. Cuentan también que los de Nueva Guinea guardan en cajas los huesos de sus muertos y mantienen con ellos conversación; la mayor parte de los pueblos de Asia, África y América les ofrecen los platos más exquisitos de sus cocinas a las que fueron en vida sus comidas favoritas y dan banquetes a los que suponen que asisten. Los egipcios le levantaban palacios, los musulmanes capillas, etc., pero el pueblo maestro en esta materia y que ha reconocido el corazón humano es el de Dahomey. Estos negros saben que el hombre es vengativo; pues, dicen, que para contentarle al muerto hay que sacrificarle sobre la tumba a todos sus enemigos; y como el hombre es curioso y no sabrá cómo distraerse en la otra vida, le envían cada año un correo bajo la piel de un esclavo decapitado.

Nosotros nos diferenciamos de todos. Pese a las inscripciones de las tumbas, casi ninguno cree en que descansan los muertos, y menos en paz. El más optimista se imagina a sus bisabuelos tostándose aún en el Purgatorio y, si no sale condenado, todavía podrá acompañarlos por muchos años. Y quien nos quiera contradecir, que visite las iglesias y los cementerios del país durante este día, observe y verá. Pero ya que estamos en el pueblo de San Diego, visitemos el suyo.

Hacia el oeste, en medio de los arrozales, está, no la ciudad, sino el barrio de los muertos; conduce a él una estrecha vereda, polvorosa en días de calor y navegable en días de lluvia. Una puerta de madera y un cerco mitad de piedra y mitad de caña y estacas, parecen separarle del pueblo de los hombres, pero no de las cabras del cura y algunos cerdos de la vecindad, que entran y salen para hacer exploraciones en las tumbas y alegrar con su presencia aquella soledad.

En medio de aquel vasto corral se levanta una gran cruz de madera sobre un pedestal de piedra. La tempestad ha doblado su INRI de hojas de lata y la lluvia ha borrado las letras. Al pie de la cruz, como en el verdadero Gólgota, están en confuso montón calaveras y huesos, que el indiferente sepulturero arroja de las fosas que va vaciando. Allí esperarán probablemente, no la resurrección de los muertos, sino la llegada de los animales, que con sus líquidos les calienten y laven aquellas desnudeces. En los alrededores recientes excavaciones se notan: acá el terreno está hundido, allá forma pequeña colina. Crecen en toda su lozanía el tarambulo y el

pandakaki[1]: el primero para pinchar las piernas con sus espinas bayas, y el segundo para añadir su olor al del cementerio por si éste no olía bastante. Sin embargo, matizan el suelo algunas florecitas que, como aquellos cráneos, son únicamente conocidas de su Criador: la sonrisa de sus pétalos es pálida y su perfume es el perfume de los sepulcros. La yerba y las trepadoras cubren los rincones, se encaraman por las paredes y nichos vistiendo y hermoseando la desnuda fealdad; a veces penetran por las hendiduras que hicieran temblores y terremotos, ocultando a las miradas los venerables vacíos de la tumba.

A la hora en que entramos, los hombres han ahuyentado a los animales; sólo alguno que otro cerdo, animal difícil de convencer, se asoma con sus ojos pequeñitos, sacando la cabeza por un gran hueco de la cerca, levanta el hocico al aire y parece decir a una mujer que reza:

- No lo comas todo, déjame algo, ¿eh?.

Dos hombres cavan una tumba cerca del muro que amenaza desplomarse: el uno, que es el sepulturero, lo hace indirectamente: arroja vértebras y huesos, como un jardinero piedras y ramas secas; el otro está preocupado, suda, fuma y escupe a cada momento.

- ¡Oye! –dice el que fuma, en tagalo-. ¿No sería mejor que cavásemos en otro sitio?. Esto es muy reciente.

- Son tan recientes unas fosas como otras.

- ¡No puedo más!. Ese hueso que has partido aún sangra... ¡hm! ¿y esos cabellos?.

- Pero ¡qué delicado eres! –le reprocha al otro-. ¡Ni que fueras tú escribiente del Tribunal!. Si hubieses desenterrado, como yo lo he hecho, un cadáver de veinte días, por la noche, a oscuras, lloviendo... se apagó mi linterna...

El compañero se estremeció.

- El ataúd se desclavó, el muerto medio salió, olía... y tenerlo tú que cargar... y llovía y estábamos ambos mojados, y...

- ¡Krj!. Y ¿por qué lo has desenterrado?.

El sepulturero lo miró con extrañeza.

- ¿Por qué?. ¿Lo sé yo acaso?. ¡Me lo han mandado!.

- ¿Quién te lo mandó?.

El sepulturero medio retrocedió y examinó de pies a cabezas a su compañero.

- ¡Hombre!. Pareces un español; las mismas preguntas me hizo después un español, pero en secreto. Pues te voy a contestar como al español: me lo mandó el cura grande.

- ¡Ah!, y ¿qué has hecho después del cadáver? –continuó preguntando el delicado.

- ¡Diablo!. Si yo no te conociera y supiera que eres *hombre*, diría que verdaderamente eres español civil: preguntas como el otro. Pues... el cura grande me mandase que lo enterrase en el cementerio de los chinos, pero como el ataúd era pesado y el cementerio de los chinos está lejos...

- ¡No, no!. ¡Yo no cavo más! –interrumpió el otro lleno de horror, soltando la pala y saltando de la fosa-; he partido un cráneo y temo que no me deje dormir esta noche.

El sepulturero soltó una carcajada al ver cómo se alejaba haciéndose cruces.

El cementerio se iba llenando de hombres y mujeres, vestidos de luto. Algunos buscaban algún tiempo la fosa, disputaban entre sí y, como si no estuviesen acordes,

[1] Arbustos que vegetan abundantemente en los cementerios nativos. Tarambulo (*Solanum zeilanicum*, Bl.); Pandakaki (*Tabernaemontana laurifolia*, Bl.

Librodot

se separaban y cada cual se arrodillaba donde le parecía mejor; otro, los que tenían nichos para sus parientes, encendían cirios y se ponían devotamente a rezar; oíanse también suspiros y sollozos que se procuraban exagerar o reprimir. Ya se oía el run-run de *orápreo*, *orápreis* y *requiemaeternams*.

Un viejecito, de ojos vivos, entró descubierto. Al verle, muchos rieron, algunas mujeres fruncieron las cejas. El viejo parecía no hacer caso de tales demostraciones, pues se dirigió al montón de cráneos, se arrodilló y buscó algún tiempo con la mirada algo entre los huesos; después, con cuidado, fue apartando los cráneos uno tras otro, y como si no encontrase lo que buscaba, arrugó las cejas, movió a un lado y otro la cabeza, miró a todas partes y finalmente se levantó y se dirigió al sepulturero.

- ¡Oy! –le dijo.

Este levantó la cabeza.

- ¿Sabes dónde está una hermosa calavera, blanca como la carne del coco, con una completa dentadura, la cual yo tenía allí al pié de la cruz, debajo de aquellas hojas?.

El sepulturero se encogió de hombros.

- ¡Mira! –añadió el viejo enseñándole una moneda de plata-; no tengo más que esto, pero te la daré si me la encuentras.

El brillo de la moneda le hizo reflexionar, miró hacia el oratorio y dijo:

- ¿No está allá?. ¿No?. Pues entonces no lo sé.

-¿Sabes?. Cuando me paguen los que me deben te daré más – continuó el viejo-. Era el cráneo de mi esposa; con que si me la encuentras.

- ¿No está allá?. ¡Pues no lo sé!. Pero si queréis, ¡os puedo dar otro!.

- ¡Eres como la tumba que cavas! –le apostrofó el viejo nerviosamente-. No sabes el valor de lo que pierdes. ¿Para quién es la fosa?.

- ¿Los sé yo acaso?. ¡Para un muerto! –contestó malhumorado el otro.

- ¡Como la tumba, como la tumba! –repitió el viejo riendo secamente-; ¡ni sabes lo que arrojas, ni lo que tragas!. ¡Cava, cava!.

Y se volvió dirigiéndose a la puerta.

El sepulturero, entretanto, había concluido con su tarea; dos montículos de tierra fresca y rojiza se levantaban a los bordes. Sacó de su salakot buyo, púsose a mascarlo mirando con aire estúpido cuanto en su derredor pasaba.

Capítulo 13

PRESAGIOS DE TEMPESTAD

EN EL MOMENTO QUE EL VIEJO salía, parábase a la entrada del sendero un coche que parecía haber hecho un largo viaje: estaba cubierto de polvo y los caballos sudaban.

Ibarra descendió seguido de un viejo criado; despachó el coche de un gesto y se dirigió al cementerio, silencioso y grave.

- ¡Mi enfermedad y mis ocupaciones no me han permitido volver! –decía el anciano tímidamente-. Capitán Tiago dijo que se cuidaría de hacer levantar un nicho; pero yo planté flores y una cruz labrada por aquí.

Ibarra no contestó.

- ¡Allí detrás de esta cruz grande, señor! –continuó el criado, señalando hacia un rincón cuando hubieron franqueado la puerta.

Ibarra iba tan preocupado que no notó el movimiento de asombro de algunas personas al reconocerle, quienes suspendieron el rezo y le siguieron con la vista llenas de curiosidad.

El joven caminaba con cuidado, evitando pasar por encima de las fosas, que se conocían fácilmente por un hundimiento del terreno. En otro tiempo las pisaba, hoy las respetaba: su padre yacía en iguales condiciones. Detúvose al llegar al otro lado de la cruz y miró a todas partes. Su acompañante se quedó confuso y cortado; buscaba huellas en el suelo y en ninguna parte se veía cruz alguna.

- ¿Es aquí? –murmuraba entre dientes-. No, es allá, ¡pero la tierra está removida!.

Ibarra lo miraba angustiado.

- ¡Sí! –continuó-, recuerdo que había una piedra al lado; la fosa era un poco corta; el sepulturero estaba enfermo y la tuvo que cavar un aparcero; pero se lo preguntaremos a ése qué se ha hecho de la cruz.

Dirigiéronse al sepulturero que les observaba con curiosidad.

Este les saludó quitándose el salakot.

- ¡Podéis decirnos cuál es la fosa que allá tenía una cruz? –preguntó el criado.

El interpelado miró hacia el sitio y reflexionó.

- ¿Una cruz grande?.

- Sí, grande –afirmó con alegría el viejo, mirando significativamente a Ibarra cuya fisonomía se animó.

- ¿Una cruz con labores y atada con bejucos? –volvió a preguntar el sepulturero.

- ¡Eso es, eso es, así, así! –el criado trazó en la tierra un dibujo en forma de cruz bizantina.

- Y ¿en la tumba había flores sembradas?.

- ¡Adelfa, sampagas, y pensamientos!, ¡eso es! –añadió el criado lleno de alegría y le ofreció un tabaco.

- Decidnos cuál es la fosa y dónde está la cruz.

El sepulturero se rascó la oreja y contestó bostezando.

- Pues la cruz... ¡ya la he quemado!.

- ¿Quemado?, y ¿por qué la habéis quemado?.

- Porque así lo mandó el cura grande.

- ¿Quién es el cura grande? –preguntó Ibarra.

- ¿Quién?. El que paga, el Padre Garrote.

Ibarra se pasó la mano por la frente.

- Pero ¿a lo menos podéis decirnos dónde está la fosa?, la debéis recordar.

El sepulturero se sonrió.

- ¡El muerto ya no está allí! –repuso tranquilamente.

- ¿Qué decís?.

- ¡Ya! –añadió el hombre en tono de broma-, en su lugar enterré hace una semana una mujer.

- ¿Estáis loco? –le preguntó el criado-, si todavía no hace un año que le hemos enterrado.

- ¡Pues eso es!, hace ya muchos meses que la desenterré. El cura grande me lo mandó, para llevarlo al cementerio de los chinos. Pero como era pesado y aquella noche llovía...

El hombre no pudo seguir; retrocedió espantado al ver la actitud de Crisóstomo, que se abalanzó sobre él cogiéndole del brazo y sacudiéndole.

- Y ¿lo has hecho? –preguntó el joven con acento indescriptible.

- No os enfadáis, señor –contestó palideciendo y temblando-, no le enterré entre los chinos. ¡Más vale ahogarse que estar entre los chinos, dije para mí, y arrojé el muerto al agua!.

Ibarra le puso ambos puños sobre los hombros y le miró largo tiempo con una expresión que no se puede definir.

- ¡Tú no eres más que un desgraciado! –dijo, y salió precipitadamente, pisoteando huesos, fosas, cruces como un enajenado.

El sepulturero se palpaba el brazo y murmuraba:

- ¡Lo que dan que hacer los muertos!. El Padre Grande me pegó de bastonazos por haber dejado enterrar estando yo enfermo; ahora éste a poco me rompe el brazo por haber desenterrado. ¡Lo que son estos españoles!. Todavía voy a perder mi oficio.

Ibarra andaba aprisa con la mirada a lo lejos; el viejo criado le seguía llorando.

El sol estaba ya para ocultarse; gruesos nimbus entoldaban el cielo hacia el Oriente; un viento seco agitaba las copas de los árboles y hacía gemir a los cañaverales.

Ibarra iba descubierto; de sus ojos no brotaba una lágrima, de su pecho no se escapaba un suspiro. Andaba como si huyese de alguno, acaso de la sombra de su padre, acaso de la tempestad que se aproximaba. Atravesó el pueblo dirigiéndose hacia las afueras, hacia aquella antigua casa que desde hace muchos años no había vuelto a pisar. Rodeada de un muro donde crecen varios cactus, parecía que le hacía señas: las ventanas se abrían; el ilang-ilang[1] se balanceaba agitando alegremente sus ramas, cargadas de flores; las palomas revoloteaban alrededor del cónico techo de su vivienda, colocada en medio del jardín.

Pero el joven no se fijaba en estas alegrías que ofrece la vuelta al antiguo hogar: tenía sus ojos clavados en la figura de un sacerdote, que avanzaba en dirección contraria. Era el cura de San Diego, aquel meditabundo franciscano que vimos, el enemigo del alférez. El aire plegaba las anchas alas de su sombrero; el hábito de guingón se aplastaba y amoldaba a sus formas, marcando unos muslos delgados y algo estevados. En la diestra llevaba un bastón de palasan[2] con puño de marfil. Era la primera vez que Ibarra y él se veían.

Al encontrarse, detúvose el joven un momento y le miró de hito en hito; Fr. Salví esquivó la mirada y se hizo el distraído.

Sólo un segundo duró la vacilación: Ibarra se dirigió a él rápidamente, le paró dejando caer con fuerza la mano sobre el hombro y en voz apenas inteligible:

- ¿Qué has hecho de mi padre? –preguntó.

Fr. Salví, pálido y tembloroso al leer los sentimientos que se pintaban en el rostro del joven, no pudo contestar: sentíase como paralizado.

- ¿Qué has hecho de mi padre? –le volvió a preguntar con voz ahogada.

El sacerdote, doblegado poco a poco por la mano que le oprimía, hizo un esfuerzo y contestó:

- ¡Ud. está equivocado; yo no le he hecho nada a su padre!.

- ¿Qué no? –continuó el joven, oprimiéndole hasta hacerle caer de rodillas.

- ¡No, se lo aseguro!, fue mi predecesor, fue el Padre Dámaso...

- Ah! –exclamó el joven soltándole y dándose una palmada en la frente. Y abandonando al pobre Fr. Salví se dirigió precipitadamente hacia su casa.

El criado llegaba entretanto y ayudaba al fraile a levantarse.

[1] *Camanga odorata* o *Uvaria aromatica*. Anonácea. Árbol cuyas flores tienen un olor intensísimo.

[2] Una de las especies del bejuco, el de más resistencia, muy apreciado para bastones. *Calamus maximus*, notable por su dureza.

Capítulo 14

TASIO EL LOCO O EL FILÓSOFO

EL EXTRAÑO VIEJO vagaba distraído por las calles.

Era un antiguo estudiante de Filosofía, que dejó la carrera por obedecer a su anciana madre y no fue ni por falta de medios ni de capacidad: fue precisamente porque su madre era rica y se decía que él tenía talento. La buena mujer temía que su hijo llegase a ser un sabio y se olvidase de Dios, por lo que le dio a escoger entre ser sacerdote o dejar el colegio de San José. El, que estaba enamorado, optó por lo último y se casó. Viudo y huérfano en menos de un año, buscó un consuelo en los libros para librarse de su tristeza, de la gallera y de, la ociosidad. Pero se aficionó demasiado a los estudios y a la compra de libros, que descuidó completamente su fortuna y se arruinó poco a poco.

Llamábanle las personas bien educadas Don Anastasio o el filósofo Tasio, y las de mala educación, que eran la mayoría, Tasio el loco, por sus raros pensamientos y extraña manera de tratar a los hombres.

Como decíamos, la tarde amenazaba tempestad; algunos relámpagos iluminaban con pálida luz el cielo plomizo; la atmósfera era pesada y el aire sumamente bochornoso.

El filósofo Tasio parecía haber olvidado ya su querida calavera: ahora sonríe mirando las oscuras nubes.

Cerca de la iglesia encontróse con un hombre, vestido de una chaqueta de alpaca, llevando en la mano más de una arroba en velas y un bastón de borlas, insignia de la autoridad.

- ¿Parece que estáis alegre? –preguntóle éste en tagalo.

- En efecto, señor capitán; estoy alegre porque tengo una esperanza.

- ¿Ha? ¿y qué esperanza es ésa?.

- ¡La tempestad!.

. ¡La tempestad!. ¿Pensáis bañaros sin duda? –preguntó el gobernadorcillo en tono burlón, mirando el modesto traje del viejo.

- Bañarme... ¡no está mal, sobre todo cuando se tropieza con una basura! –contestó Tasio en tono igual, si bien algo despreciativo, mirando en la cara a su interlocutor-; pero espero otra cosa mejor.

- ¿Qué, pues?.

- ¡Algunos rayos que maten personas y quemen casas! –contestó seriamente el filósofo.

- ¡Pedid de una vez el diluvio!.

- ¡Lo merecemos todos y vos y yo. Vos, señor gobernadorcillo, tenéis allí una arroba de velas que vienen de la tienda del chino; yo hace más de diez años que voy proponiendo a cada nuevo capitán la compra de pararrayos y todos se me ríen y compran bombas y cohetes y pagan repiques de campanas. Aún más, vos mismo, al siguiente día de mi proposición, encargasteis a los fundidores chinos una esquila para Sta. Bárbara, cuando la ciencia ha averiguado que es peligroso tocar las campanas en días de tempestad. Y decidme, ¿por qué el año 70, cuando se cayó un rayo en Biñán, cayó precisamente en la torre y destrozó el reloj y un altar?. ¿Qué hacía la esquilita de Sta. Bárbara?.

- ¡Jesús, María y José!. ¡Sta. Bárbara bendita! –murmuró el gobernadorcillo palideciendo y santiguándose.

Tasio soltó una carcajada.

- ¡Sois dignos del nombre de vuestra patrona! –dijo en castellano dándole las espaldas, y se dirigió a la iglesia.

Los sacristanes levantaban dentro un túmulo rodeado de cirios en candelabros de madera. Eran dos mesas grandes, puestas una encima de otra, cubiertas con lienzos negros listados de blanco; aquí y allá se veían calaveras pintadas.

- ¿Es por las almas o por las velas? –preguntó.

Y viendo a dos muchachos de diez años el uno y siete el otro aproximadamente, se dirigió a éstos sin esperar la contestación de los sacristanes.

- ¿Venís conmigo, muchachos? – les preguntó-. Vuestra madre os tiene preparada una cena de curas.

- ¡El sacristán mayor no nos deja salir hasta las ocho, señor! –contestó el mayorcito-. Espero cobrar mi sueldo para dárselo a nuestra madre.

- ¡Ah! ¿y dónde vais?.

- A la torre, señor, para doblar por las almas.

- ¿Vais a la torre?, ¡pues cuidado!, no os acerquéis a las campana durante la tempestad.

Después abandonó la iglesia, no sin haber seguido antes con la mirada de compasión a los dos muchachos, que subían las escaleras para dirigirse al coro.

Tasio se frotó los ojos, miró otra vez al cielo y murmuró:

- Ahora sentiría que cayesen rayos.

Y con la cabeza baja dirigióse pensativo hacia las afueras de la población.

- ¡Pase Ud. antes! –le dijo en español una voz desde una ventana.

El filósofo levantó la cabeza y vio a un hombre de sus treinta a treinta y cinco años que le sonreía.

- ¿Qué lee Ud. ahí? –preguntó Tasio, señalando hacia un libro que el hombre tenía en la mano.

- Es un libro de actualidad: *¡Las penas que sufren las benditas ánimas del Purgatorio!* –contestó el otro sonriendo.

- ¡Hombre, hombre, hombre! –exclamó el viejo en diferentes tonos de voz entrando en la casa-, el autor debe ser muy listo.

Al subir las escaleras fue recibido amistosamente por el dueño de la casa y su joven señora. El se llamaba Don Filipo Lino y ella Doña Teodora Viña. Don Filipo era el teniente mayor y el jefe de un partido, casi liberal si se le puede llamar así y si es posible que haya partidos en los pueblos de Filipinas.

- ¿Ha encontrado Ud. en el cementerio al hijo del difunto D. Rafael, que acaba de llegar de Europa?.

- Sí, le vi cuando bajaba del coche.

- Dicen que ha ido a buscar el sepulcro de su padre... El golpe debió haber sido terrible.

El filósofo se encogió de hombros.

- ¿No se interesa Ud. por esa desgracia? –preguntó la joven señora.

-Ya sabe Ud. que fui yo uno de los seis que acompañamos al cadáver; fui yo quien me presenté al Capitán General cuando vi que aquí todo el mundo, hasta las autoridades, se callaban ante tan grande profanación, y eso que prefiero siempre honrar al hombre bueno en su vida, que no en su muerte.

- ¿Entonces?.

- Ya sabe Ud., señora, que no soy partidario de la monarquía hereditaria. Por las gotas de sangre china que mi madre me ha dado, pienso un poco como los chinos:

honro al padre por el hijo, pero no al hijo por el padre. Que cada uno reciba el premio o el castigo por sus obras, pero no por las de los otros.

- ¿Ha mandado Ud. decir una misa por su difunta esposa, como se lo aconsejaba ayer? –preguntó la mujer cambiando de conversación.

- ¡No! –contestó el viejo sonriendo.

- ¡Lástima! –exclamó ella con verdadero pesar-; dicen que hasta mañana a las diez, las almas vagan libres esperando los sufragios de los vivos; que una misa en estos días equivale a cinco de otros días del año, o a seis como dijo el cura esta mañana.

- ¡Hola!, ¿es decir que tenemos un gracioso plazo que hay que aprovechar?.

- ¡Pero, Doray! –intervino D. Filipo-, ya sabes que Don Anastasio no cree en el Purgatorio.

- ¿Qué no creo en el Purgatorio? –protestó el viejo medio levantándose de su asiento-. ¡Hasta sé algo de su historia!.

- ¡La historia del Purgatorio! –exclamaron llenos de sorpresa ambos consortes-. ¡A ver!. Cuéntenosla Ud.

- ¿No la saben Uds., y mandan allá misas y hablan de sus penas?. ¡Bueno!, ya que empieza a llover y parece que va a durar, tendremos tiempo de no aburrirnos –contestó Tasio poniéndose un momento a meditar.

Don Filipo cerró el libro que tenía en la mano y Doray se sentó a su lado, dispuesta a no creer en nada de lo que el viejo Tasio iba a decir. Este comenzó de la siguiente manera:

- El Purgatorio existía mucho antes de que viniera al mundo N.S. Jesucristo, y debía estar en el centro de la tierra según el P. Astete, o en las cercanías de Cluny según el monje de que nos habla el P.Girard. El sitio aquí es lo de menos. Ahora bien, ¿quiénes se tostaban en aquellos fuegos que ardían desde el principio del mundo?. Su existencia antiquísima lo prueba la Filosofía cristiana, que dice que Dios no ha creado nada nuevo desde que descansó.

- ¡Podría haber existido *in potentia*, pero no *in actu*! –objetó el teniente mayor.

- ¡Muy bien!. Sin embargo, os contestaré que algunos lo conocieron y como existe, *in actu*, uno de ellos Zaratustra o Zoroastro, que escribió parte del Avesta y fundó una religión que tenía ciertos puntos de contacto con la nuestra; y Zaratustra, según los sabios, existió ochocientos años lo menos antes de Jesucristo. Digo, lo menos, pues Gaffare, después de examinar los testimonios de Platón, Xanto de Lidia, Plinio, Hermipos y Eudoxo, le cree anterior en dos mil quinientos años a nuestra era. Sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que Zaratustra hablaba ya de una especie de Purgatorio, y daba los medios para librarse de él. Los vivos pueden redimir las almas de los muertos en pecado, recitando pasajes del Avesta, haciendo buenas obras, pero con la condición de que el que ha de orar sea un pariente hasta la cuarta generación. El tiempo para esto tenía lugar cada año y duraba cinco días. Más tarde, cuando esta creencia se hubo afirmado en el pueblo, los sacerdotes de aquella religión vieron en ella un gran negocio y explotaron aquellas “cárceles profundamente oscuras en donde reinan los remordimientos”, como Zaratustra dice. Establecieron, pues, que por el precio de un *derem*, una moneda de poco valor según dicen, se le puede ahorrar al alma un año de torturas; pero como para aquella religión había pecados que costaban de 300 a 1000 años de sufrimientos, como la mentira, la mala fe, el no cumplir una palabra dada, etc., resultaba que los pícaros se embolsaban millones de *derems*. Aquí verán algo que se parece ya a nuestro Purgatorio, si bien con la diferencia sobreentendida de la diferencia de religiones.

Un relámpago, seguido de un retumbante trueno, hizo levantarse a Doray, quien dijo santiguándose:

- ¡Jesús, María y José!. Los dejo a Uds.; voy a quemar palma bendita y encender candelas de perdón.

La lluvia empezó a caer a torrentes. El filósofo Tasio prosiguió, mientras miraba alejarse a la joven:

- Ahora que no está, podemos hablar de la materia más razonadamente. Doray, aunque un poco supersticiosa, es una buena católica y no me gusta arrancar la fe del corazón: una fe pura y sencilla se distingue del fanatismo como la llama del humo, como una música de una algarabía: los imbéciles, como los sordos, los confunden. Entre nosotros podemos decir que la idea del Purgatorio es buena, santa y razonable; continúa la unión entre los que fueron y los que son, y obliga a una mayor pureza de vida. El mal está en el abuso que de él se hace. Pero veamos ahora cómo pudo pasar al catolicismo esta idea que no existía ni en la Biblia ni en los Santos Evangelios. Ni Moisés ni Jesucristo hacen la más pequeña mención de él y el único pasaje que citan de los Macabeos es insuficiente, además de que este libro fue declarado por el concilio de Laodicca apócrifo y la Santa Iglesia Católica sólo lo ha admitido con posterioridad. La religión pagana tampoco tenía nada que se pareciese a él. El pasaje tan citado de Virgilio de *Aliae panduntur inanes*[1], que diera ocasión a que S. Gregorio el Grande hablase de almas ahogadas y que Dante hubiese amplificado en su *Divina Comedia*, no puede ser el origen de esta creencia. Ni los brahmanes, ni los budistas, ni los egipcios, que dieran a Grecia y Roma su Caronte y su Averno, tampoco tenía nada que se pareciese a esta idea. No hablo ya de las religiones de los pueblos del norte de Europa: éstas, religiones de guerreros, bardos y cazadores pero no de filósofos, si bien conservan aún sus creencias y hasta ritos, cristianizados, sin embargo, no han podido acompañar a sus hordas en los saqueos de Roma ni sentarse en el Capitolio: religiones de las brumas, se disipan al sol del mediodía. Pues bien, los cristianos de los primeros siglos no creían en el Purgatorio: morían con esa alegre confianza de ver en breve cara a cara a Dios. Los primeros Padres de la Iglesia que al parecer lo mencionaron, fueron S. Clemente de Alejandría, Orígenes y S. Ireneo, quizás influidos por la religión zaratustriana, que entonces florecía aún y estaba muy extendida por todo el Oriente, pues nosotros leemos a cada paso reproches al orientalismo de Orígenes. S. Ireneo probaba su existencia por el hecho de haber permanecido Jesucristo "tres días en las profundidades de la tierra", tres días de Purgatorio, y sacaba de esto que cada alma debía permanecer en él hasta la resurrección de la carne, por más que en esto el *Hodie mecum cris in Paradiso*[2] parece contradecirle. S. Agustín habla también del Purgatorio, pero, si no afirma su existencia, no la cree sin embargo imposible, suponiendo que podrían continuarse en la otra vida los castigos que en ésta recibimos por nuestros pecados.

- ¡Diantre con S. Agustín! -exclamó D.Filipo- ¡no estaba satisfecho con lo que aquí sufrimos y quería la continuación!.

- Pues así andaba la cosa; unos creían y otros no. Sin embargo, de que S. Gregorio lo llegó ya a admitir en su *de quibusdam levibus culpis esse ante judicium purgatorius ignis credendus est*[3], nada hubo sobre ello definitivo hasta el año 1439, esto es, ocho siglos más tarde, en que el Concilio de Florencia declaró que debía existir un fuego purificador para las almas de los que han muerto en el amor de Dios, pero sin haber satisfecho aún a la Justicia divina. Últimamente el Concilio Tridentino, bajo Pío IV en 1563, en la sesión XXV dio el decreto del Purgatorio que empieza: *Cum católica ecclesia, Spiritu Sancto edocta, etc.*[4], en donde dice que los sufragios de los

[1] Los demás están suspendidos en el vacío. *Eneida*, VI
[2] Hoy estarás conmigo en el Paraíso. S. Lucas, XXIII, 43.
[3] Es de creer que para las faltas leves existe el fuego del Purgatorio.
[4] Con la Iglesia Católica, guiada por el Espíritu Santo.

Librodot

vivos, las oraciones, limosnas y otras obras piadosas eran los medios más eficaces de librar a las almas, si bien antepone a todo el sacrificio de la misa. Los protestantes no creen sin embargo en él y los Padres griegos tampoco, pues echan de menos un fundamento cualquiera bíblico y dicen que el plazo para el mérito o demérito termina a la muerte y que el *Quodcunque ligaberis in terra* no quiere decir *usque ad purgatorium*[5], etc.: pero esto se puede contestar que estando el Purgatorio en el centro de la tierra, caía naturalmente bajo el dominio de S. Pedro. Pero no acabaría si tuviese que decir aquí todo lo que sobre el asunto se ha dicho. Un día que queráis discutir conmigo la materia, venid a mi casa y allá abriremos volúmenes y discutiremos libre y tranquilamente. Ahora me voy: yo no sé por qué esta noche la piedad de los cristianos permite el robo, Uds. las autoridades lo dejan, y yo temo por mis libros. Si me los robasen para leerlos, lo dejaría, pero sé que muchos los quieren quemar para hacerme una obra de caridad y esta clase de caridad, digna del califa Omar[6], es temible. Algunos por estos libros me creen ya condenado...

- ¿Pero supongo que creerá en la condenación? –preguntó sonriendo Doray, que aparecía llevando en un braserillo hojas secas de palma que despedían humo fastidioso y agradable perfume.

- ¡Yo no sé, señora, lo que de mi hará Dios! –respondió el viejo Tasio pensativo-. Cuando esté agonizando, me entregaré a Él sin temor; haga de mí lo que quiera. Pero se me ocurre un pensamiento.

- Y ¿qué pensamiento es ése?.

- Si los únicos que pueden salvarse son los católicos y de entre éstos un cinco por ciento, como dicen muchos curas, y formando los católicos una duodécima parte de la población de la tierra si hemos de creer lo que dicen las estadísticas, resultaría que después de haberse condenado millares de millares de hombres durante los innumerables siglos que transcurrieron antes que el Salvador viniese al mundo, ¿después que un hijo de Dios se ha muerto por nosotros, ahora sólo conseguiría salvarse cinco por cada mil doscientos?. ¡Oh, ciertamente no!, prefiero decir y creer con Job: *¿Serás severo contra una hoja que vuela y perseguirás una arista seca?*. ¡No, tanta desgracia es imposible, creerlo es blasfemar, no, no!.

- ¿Qué quiere Ud.?. La Justicia, la Pureza divina...

- ¡Oh!, ¡pero la Justicia y la Pureza divina veían el porvenir antes de la creación! –contestó el viejo estremeciéndose y levantándose-. La creación, el hombre es un ser contingente y no necesario, y ese Dios no debía haberle criado, no, si para hacer feliz a uno debía condenar a centenares a una eterna desgracia, y todo por culpas heredadas o de un momento. ¡No!. Si eso fuera cierto, ahogue Ud. a su hijo que allí duerme; ¡si tal creencia no fuese una blasfemia contra ese Dios que debe ser el Supremo Bien, entonces el Molok[7] fenicio, que se alimentaba con sacrificios humanos y sangre inocente, y en cuyas entrañas se quemaba a los niños arrancados del seno de sus madres, ese dios sanguinario, esa divinidad horrible sería al lado de él una débil doncella, una amiga, la madre de la Humanidad!.

Y lleno de horror, el loco o el filósofo abandonó la casa, corriendo a la calle a pesar de la lluvia y de la oscuridad.

Un deslumbrador relámpago acompañado de un espantoso trueno, sembrando el aire de mortíferas chispas, alumbró al viejo que, tendidas las manos al cielo, gritaba:

- ¡Tú protestas!. ¡Ya sé que no eres cruel, ya sé que sólo debo llamarte El Bueno!.

Los relámpagos redoblaban, la tempestad arreciaba...

[5] Lo que hubiese atado en la tierra. Hasta el purgatorio.

[6] Caridad vandálica, consiste en destruir creyendo hacer el bien, al modo que pensaban los iconoclastas bizantinos.

[7] Deidad semítica, cuya adoración solía estar acompañada por el sacrificio humano particularmente los hijos primogénitos.

Capítulo 15

LOS SACRISTANES

LOS TRUENOS RETUMBABAN a cortos intervalos, montándose unos sobre otros y cada trueno precedido del espantoso zigzag del rayo: habríase dicho que Dios escribía con un incendio su nombre y que la bóveda eterna temblaba medrosa. La lluvia caía a torrentes y, azotada por el viento, que silbaba lúgubremente, cambiaba atontada a cada momento de dirección. Las campanas entonaban con voz llena de miedo su melancólica plegaria, y en el breve silencio, que dejaba el robusto rugido de los elementos desencadenantes, un triste tañido, queja al parecer, gemía plañidero.

En el segundo cuerpo de la torre hallábanse los dos muchachos que vimos de paso hablando con el filósofo. El menor, que tenía grandes ojos negros y tímido semblante, procuraba pegar su cuerpo al de su hermano, que se le parecía mucho en las facciones, sólo que la mirada era más profunda y la fisonomía más decidida. Ambos vestían pobremente, trajes llenos de zurcidos y remiendos. Sentados sobre un trozo de madera, cada uno tenía en la mano una cuerda, cuya extremidad se perdía en el tercer piso, allá arriba entre las sombras. La lluvia empujada por el viento, llegaba hasta ellos y atizaba un cabo de vela, que ardía sobre una gran piedra de que se sirven para imitar el trueno en Viernes Santo haciéndola rodar por el coro.

- ¡Tira de tu cuerda, Crispín! –dijo el mayor de los hermanitos.

Este se colgó de ella y arriba se oyó un débil lamento, que apagó al instante un trueno, multiplicado por mil ecos.

- ¡Ah! ¡si estuviéramos ahora en casa, con madre! –suspiró el pequeño mirando a su hermano-, allá no tendría miedo.

El mayor no contestó: estaba mirando como se derramaba la cera y parecía preocupado.

- ¡Allá nadie me dice que robo! –añadió Crispín-. ¡Madre no lo permitiría!. Si supiese que me pegan...

El mayor separó su vista de la llama, levantó la cabeza mordiendo con fuerza la gruesa cuerda de la que tiró violentamente, dejando oír una sonora vibración.

- ¿Vamos a vivir siempre así hermano? –continuó hablando Crispín-. ¡Quisiera enfermarme mañana en casa, quisiera tener una larga enfermedad para que madre me cuidase y no me dejase volver al convento!. ¡Así no me llamarían ladrón, ni me pegarían!. Y tú también, hermano, debías enfermarte conmigo.

- ¡No! –contestó el mayor-, nos moriríamos todos: madre de pena y nosotros de hambre.

Crispín no replicó.

- ¿Cuánto ganas tú este mes? –preguntó al cabo de un momento.

- Dos pesos: me han impuesto tres multas.

- Paga lo que dicen que he robado, así no nos llamarán ladrones: ¡págalo, hermano!.

- ¿Estás loco, Crispín?. Madre no tendrá que comer; el sacristán mayor dice que has robado dos onzas y dos onzas son treinta y dos pesos.

El pequeño contó en sus dedos hasta llegar a treinta y dos.

- ¡Seis manos y dos dedos!. Y cada dedo un peso –murmuró después pensativo-. Y cada peso... ¿cuántos cuartos?[1].

- Ciento sesenta.

- ¿Ciento sesenta cuartos?. ¿Ciento sesenta veces un cuarto?. ¡Madre!. Y ¿cuántos son ciento sesenta?.

- Treinta y dos manos –contestó el mayor.

Crispín se quedó un momento viéndose las manecitas.

- ¡Treinta y dos manos! –repetía-, seis manos y dos dedos, cada dedo treinta y dos... y cada dedo un cuarto... ¡Madre, cuantos cuartos!. No podrá uno contarlos en tres días... y se puede comprar chinelas para los pies, y sombrero para la cabeza cuando calienta el sol y un gran paraguas cuando llueve, y comida y ropas para ti y madre y...

Crispín se puso pensativo.

- ¡Ahora siento no haber robado!.

- ¡Crispín! –le reprendió su hermano.

- ¡No te enfades!. El cura ha dicho que me mataría a palos si no aparece el dinero; si yo lo hubiese robado, lo podría hacer aparecer... y si muero ¡qué al menos tengáis ropas tú y Madre!. ¡Lo hubiese robado!.

El mayor se calló y tiró de su cuerda. Después repuso suspirando:

- ¡Lo que temo es que se enoje Madre contigo cuando lo sepa!.

- ¿Lo crees tú? –preguntó el pequeño sorprendido-. Tú dirás que a mí ya me han pegado mucho, yo les enseñé mis cardenales y mi bolsillo roto: no he tenido más que un cuarto más hermoso. ¡Madre no lo va a creer, no lo creerá!.

- Si el cura lo dice...

Crispín empezó a llorar, murmurando entre sollozos:

- Entonces retírate solo, no quiero retirarme; di a Madre que estoy enfermo; no quiero retirarme.

- ¡Crispín, no llores! –dijo el mayor-. Madre no lo creerá; no llores; dijo el viejo Tasio que nos espera una buena cena...

Crispín levantó la cabeza y miró a su hermano:

- ¡Una buena cena!. Yo todavía no he comido: no me quieren dar de comer hasta que aparezcan las dos onzas... Pero y ¿si Madre lo cree?. Tú le dirás que el sacristán mayor miente, y el cura que le cree, también, que todos ellos mienten: que dicen que somos ladrones porque nuestro padre es un vicioso que...

Pero una cabeza apareció saliendo del fondo de la escalerilla que conducía al piso principal, y esta cabeza, como la de Meduza, heló la palabra en los labios del niño. Era una cabeza prolongada, flaca, con largos cabellos negros; unas gafas azules le disimulaban un ojo tuerto. Era el sacristán mayor que así solía aparecer, sin ruido, sin prevenir.

Los dos hermanos se quedaron fríos.

- ¡A ti, Basilio, te impongo una multa de dos reales por no tocar a compás! –dijo con voz cavernosa, como si no tuviese cuerdas vocales-. Y tú, Crispín, te quedas esta noche hasta que no aparezca lo que has robado.

Crispín miró a su hermano como pidiéndole amparo.

- Tenemos ya permiso... madre nos espera a las ocho –murmuró tímidamente Basilio.

- ¡Es que tampoco te retirarás tú a las ocho, hasta las diez!.

- Pero, señor, a las nueve ya no se puede andar y la casa está lejos.

[1] Monedas fraccionarias que se usaban entonces en Manila.

- Y ¿me querrás tú mandar a mí? –le preguntó irritado el hombre. Y cogiendo a Crispín del brazo trató de arrastrarle.

- ¡Señor, hace ya una semana que no hemos visto a nuestra madre! –suplicó Basilio cogiendo a su hermanito como para defenderle.

El sacristán mayor de una palmada le apartó la mano y arrastró a Crispín, que comenzó a llorar dejándose caer al suelo mientras decía a su hermano:

- ¡No me dejes, me van a matar!.

Pero el sacristán, sin hacerle caso, le arrastró escaleras abajo, desapareciendo entre las sombras.

Basilio se quedó sin poder articular una palabra. Oyó los golpes que daba el cuerpo de su hermano contra las gradas de la escalerilla, un grito, varias palmadas, y después se perdieron poco a poco aquellos acentos desgarradores.

El muchacho no respiraba: escuchaba de pie, con los ojos extremadamente abiertos y los puños cerrados.

- ¿Cuándo podré arar un campo? –murmuró entre dientes, y bajó precipitadamente.

Al llegar al coro se puso a escuchar con atención; la voz de su hermanito se alejaba a toda prisa y el grito: *¡madre!. ¡hermano!*, se extinguió completamente al cerrarse una puerta. Tembloroso, sudando, detúvose un momento; mordióse el puño para ahogar un grito que se le escapaba del corazón y dejó vagar sus miradas en la semioscuridad de la iglesia. Allá ardía débilmente la lámpara de aceite; el catafalco estaba en medio; las puertas todas cerradas, y las ventanas tenían rejas.

De repente subió la escalerilla, pasó el segundo cuerpo donde ardía la vela y subió al tercero. Desató las cuerdas que sujetaban los badajos y después volvió a descender pálido, pero sus ojos brillaban y no por las lágrimas.

La lluvia en tanto comenzaba a cesar y el cielo se despejaba poco a poco.

Basilio anudó las cuerdas, ató un cabo a un balaustre de la barandilla y, sin acordarse de apagar la luz, se dejó deslizar en medio de la oscuridad.

Algunos minutos después, en una de las calles del pueblo se oyeron voces y resonaron dos tiros, pero nadie se alarmó y todo quedó otra vez en silencio.

Capítulo 16

S I S A

LA NOCHE ES OSCURA: duermen en silencio los vecinos; las familias que han recordado a los que dejaron de existir se entregan al sueño tranquilas y satisfechas: han rezado tres cuartas partes del rosario con *requiems*, la novena de las almas, y quemado muchas velas de cera delante de las sagradas imágenes. Los ricos y pudientes han cumplido con los deudos que les legaron su fortuna: al día siguiente oirían las tres misas que dice cada sacerdote, darían dos pesos para otra en su intención y luego comprarían la bula de los difuntos, llena de indulgencias. A fe que la Justicia divina no parece tan exigente como la humana.

Pero el pobre, el indigente que apenas gana para mantenerse y tiene que sobornar a los directorcillos, escribientes y soldados para que le dejen vivir en paz, ése no duerme con la tranquilidad que creen los poetas artesanos, los cuales tal vez no hayan sufrido las carencias de la miseria. El pobre está triste y pensativo. Aquella

noche, si ha rezado poco, ha orado mucho, con dolor en los ojos y lágrimas en el corazón. No tiene las novenas, ni sabe las jaculatorias, ni los versos, ni los *oremus* que han compuesto los frailes para los que no tienen ideas propias, ni propios sentimientos; no los entiende tampoco. Reza en el idioma de su miseria; su alma llora por sí y por los seres muertos cuyo amor era su bien. Sus labios pueden proferir salutaciones, pero su mente grita quejas y lamentos. ¿Estaréis satisfechos, tu que bendijiste la pobreza, y vosotras, sombras atormentadas, con la sencilla oración del pobre, proferida delante de una mal grabada estampa, a la luz de un *timsim*[1], o deseáis por ventura cirios delante de Cristos sangrientos, de Vírgenes de boca pequeña y ojos de cristal, las misas en latín, que dice maquinalmente el sacerdote?. Y tú, Religión predicada para la humanidad que sufre, ¿habrás olvidado tu misión de consolar al oprimido en su miseria y de humillar al poderoso en su orgullo y sólo tendrían ahora promesas para los ricos, para los que pueden pagarte?.

La pobre viuda vela entre los hijos que duermen a su lado; piensa en las bulas que debe comprar para el descanso de los padres y el difunto esposo. “Un peso –dice- un peso es una semana de amores para mis hijos, una semana de risas y alegrías, mis economías de un mes, un traje para mi hija que se va haciendo mujer...”. “Pero es menester que apagues estos fuegos –dice la voz que ella oyó predicar-, es menester que te sacrifiques”. ¡Sí!, ¡es menester!. La Iglesia no te salva gratuitamente las almas queridas: no reparte bulas gratis. La debes comprar y, en vez de dormir de noche, trabajarás. Tu hija, que enseñe entretanto sus desnudeces púdicas; ¡ayuna, que el cielo es caro!. ¡Decididamente parece que los pobres no entran en el cielo!.

Estos pensamientos van volando por el ámbito que separa el *sahig*[2], donde está tendida la humilde estera, *palupu*[3], de donde cuelga la hamaca en que se mece el niño. Su respiración es fácil y reposada; de cuando en cuando mastica la saliva y articula sonidos: sueña comer el estómago hambriento que no está satisfecho con lo que le han dado los hermanos mayores.

Las cigarras van cantando monótonamente, uniendo su nota eterna y continuada, a los trinos del grillo oculto en la yerba, o de la zarandija que sale de su agujero para buscar alimento, mientras el chacón, ya no temiendo el agua, turba el concierto con su fatídica voz asomando la cabeza por el hueco de un tronco carcomido. Los perros ladran lastimeramente allá en la calle, y el supersticioso que los escucha está convencido de que los animales ven los espíritus y las sombras. Pero ni los perros ni los otros insectos ven los dolores de los humanos, y sin embargo, ¡cuántos existen!.

Allá lejos del pueblo, a una distancia como de una hora, vive la madre de Basilio y de Crispín, mujer de un hombre sin corazón, que procura vivir para sus hijos mientras el marido vaga y juega al gallo. Sus entrevistas son raras pero siempre dolorosas. Él la ha ido despojando de sus pocas alhajas para alimentar sus vicios, y cuando la sufrida Sisa ya no poseía nada para sostener los caprichos de su marido, entonces comenzó a maltratarla. Débil de carácter, con más corazón que cerebro, ella sólo sabía amar y llorar. Para ella su marido era su dios; sus hijos eran sus ángeles. Él, que sabía hasta qué punto era adorado y temido, se portaba también como todos los falsos dioses; cada día se hacía más cruel, inhumano, voluntarioso.

Cuando le consultó Sisa, una vez que apareció con el semblante más sombrío que nunca, sobre su proyecto de hacer sacristán a Basilio, continuó acariciando el gallo, no dijo ni si ni no, y sólo preguntó si ganaría mucho dinero. Ella no se atrevió a insistir, pero su apurada situación y el deseo de que los chicos aprendiesen a leer y escribir en

[1] Palabra china que sirve para designar la médula de junco que sirve para mechas en las lamparillas de aceite de coco.
[2] Pavimento de caña. Es el suelo del interior de las casas de materiales ligeros, ordinariamente hecho de tiras de caña.
[3] Caballete del techo.

Librodot

la escuela del pueblo, la obligaron a llevar a cabo el proyecto. El marido tampoco dijo nada.

Aquella noche a eso de las diez y media u once, cuando las estrellas brillaban ya en el cielo que la tempestad ha despejado, estaba Sisa sentada sobre un banco de madera, mirando algunas ramas que medio ardían en su hogar, compuesto de piedras vivas más o menos angulares. Sobre uno de estos trípodes o *tunko*[4], había una ollita en donde se cocía arroz, y sobre las brasas tres sardinas secas, de las que se venden tres por dos cuartos.

Tenía la barba apoyada sobre la palma de su mano, mirando la llama amarillenta y débil que da la caña, cuyas pasajeras brasas se volvían pronto ceniza; triste sonrisa iluminaba el rostro. Se acordaba del gracioso acertijo de la olla y del fuego que Crispín le propuso una vez. El muchacho decía:

Naupú si Maitin, sinulut ni Mapulá
Nang malaó y kumará-kará[5].

Era aún joven y se conocía que un tiempo debió ser bella y graciosa. Sus ojos que, al igual de su alma diera ella a sus hijos, eran hermosos, de largas pestañas y profunda mirada: su nariz era correcta; sus pálidos labios, de un gracioso dibujo. Eran los que los tagalos llaman *kayumanging-kaligátan*, esto es, moreno pero de un color limpio y puro. A pesar de su juventud, el dolor, acaso el hambre, empieza a socavar las pálidas mejillas; la abundante cabellera, en otro tiempo gala y adorno de su persona, si está aún aliñada, no es por coquetería, es por costumbre: un moño muy sencillo sin agujas ni peinetas.

Había estado varios días sin salir de casa, cosiendo una obra que le habían encargado la concluyese lo más pronto posible. Ella, para ganar dinero, dejó de oír misa aquella mañana, pues habría empleado en ir y venir al pueblo dos horas lo menos: -¡la pobreza obliga a pecar!-. Concluido su trabajo, lo llevó al dueño, pero éste le prometió pagar.

Todo el día estuvo pensando en los placeres de la noche: supo que sus hijos iban a venir y pensó regalarles. Compró sandalias, cogió de su jardincito los tomates más hermosos porque sabía que eran la comida favorita de Crispín; pidió a su vecino, el filósofo Tasio, que vivía a medio kilómetro, tapa[6] de jabalí y una pierna de pato silvestre, los bocados favoritos de Basilio. Y llena de esperanzas cogió el más blanco arroz, que ella misma había recogido en las eras. Aquello era en efecto una cena de curas para los pobres chicos.

Pero por una desgraciada casualidad vino el marido y se comió el arroz, la tapa de jabalí, la pierna del pato, cinco sardinas y los tomates. Sisa no dijo nada, si bien le parecía que la comían a ella misma. Harto ya él, se acordó de preguntar por los hijos; entonces Sisa pudo sonreír y, contenta, prometió en su interior no cenar aquella noche, pues de lo que quedaba no había para tres. El padre preguntó por sus hijos, y esto para ella era más que comer.

Después él cogió su gallo y quiso marcharse.

- ¿No quieres verlos? –preguntó temblorosa-. El viejo Tasio me ha dicho que se retardarían un poco; Crispín ya lee y... ¡quizás Basilio traiga su sueldo!.

A esta última razón el marido se detuvo, vaciló, pero triunfó su ángel bueno.

- ¡En ese caso guárdeme un peso! –dijo y se marchó.

[4] Trípode de piedras sobre el cual se coloca la olla o sartén para cocinar.
[5] "Sentóse el negro y el rojo le pinchó y luego armó ruido". Este es un acertijo llamado *Baglong*, en tagalo; sus similares son el *sabi* (proverbio) y el *sawikain* (refrán).
[6] Cecina de carne de jabalí, animal que abunda en los montes de Filipinas.

Sisa lloró amargamente, pero se acordó de sus hijos y secóse las lágrimas. Coció nuevo arroz y preparó las únicas tres sardinas que quedaron: cada uno tendría una y media.

- ¡Traerán buen apetito! –pensaba-; el camino es largo y los estómagos hambrientos no tienen corazón.

Atenta a todo rumor la encontramos escuchando las más ligeras pisadas; fuertes y claras, Basilio; ligeras y desiguales, Crispín, pensaba ella.

El kalao[7] cantó en el bosque dos o tres veces ya, desde que la lluvia había cesado, y no obstante sus hijos no llegaban todavía.

Puso las sardinas dentro de la olla para que no se enfriaran y se acercó al umbral de la choza para mirar hacia el camino. A fin de distraerse se puso a cantar en voz baja. Ella tenía una hermosa voz y cuando sus hijos la oían cantar *kundiman*[8], lloraban sin saber por qué. Pero aquella noche su voz temblaba y las notas salían perezosas.

Suspendió su canto y hundió la mirada en la oscuridad. Nadie venía del pueblo, si no es el viento que hacía caer el agua de las anchas hojas de los plátanos.

De repente vio un perro negro aparecer delante de ella; el animal rastreaba algo en el sendero. Sisa tuvo miedo, cogió una piedra y se la arrojó. El perro echó a correr aullando lúgubremente.

Sisa no era supersticiosa, pero tanto había oído hablar sobre presentimientos y perros negros que el terror se apoderó de ella. Cerró precipitadamente la puerta y se sentó al lado de la luz. La noche favorece las creencias y la imaginación puebla el aire de espectros.

Trató de rezar, de invocar a la Virgen, a Dios, para que cuidasen de sus hijos, sobre todo de su pequeño Crispín. Y distraídamente olvidó el rezo para no pensar más que en ellos, recordando las facciones de cada uno, aquellas facciones que le sonríen continuamente ya en sueños ya en vigilias. Mas, de repente sintió erizarse sus cabellos, sus ojos se abrieron desmesuradamente; ilusión o realidad, ella veía a Crispín de pie al lado del hogar, allí donde solía sentarse para charlar con ella. Ahora no decía nada; la miraba con aquellos grandes ojos pensativos y sonreía.

- ¡Madre, abrid!, ¡abrid, madre! –decía la voz de Basilio desde fuera.

Sisa se estremeció y la visión desapareció.

Capítulo 17

BASILIO

La vida es sueño

APENAS PUDO ENTRAR Basilio, tambaleando se dejó caer en los brazos de su madre.

Un frío inexplicable se apoderó de Sisa al verle llegar solo. Quiso hablar pero no halló sonidos; quiso abrazar a su hijo pero tampoco halló fuerzas; llorar era imposible.

[7] Ave del orden de los Pásares; *Buceros hedrocorax*, L. Son notables por su gran tamaño, su grande y robusto pico y su fuerte y ronco graznido, de imponente resonancia en el seno de los bosques.

[8] Canto popular.

Pero a la vista de la sangre que bañaba la frente del niño, pudo gritar con ese acento que parece anunciar la rotura de una cuerda del corazón:

- ¡Hijos míos!.

- ¡No temáis nada, madre! –le contestó Basilio-; Crispín se ha quedado en el convento.

- ¿En el convento?, ¿se ha quedado en el convento?. ¿Vive?.

El niño levantó hacia ella sus ojos.

- ¡Ah! –exclamó pasando de la mayor angustia a la mayor alegría. Sisa lloró, abrazó a su hijo, cubriéndole de besos la ensangrentada frente.

- ¡Vive Crispín!, tú le dejaste en el convento... y ¿por qué estás herido, hijo mío?. ¿Te has caído?.

Y ella le examinaba cuidadosamente.

- El sacristán mayor al llevarse a Crispín me dijo que no podía salir hasta las diez y como es muy tarde me escapé. En el pueblo me dieron los soldados el *quién vive*, eché a correr, me dispararon y una bala me rozó mí frente. Temían que me prendiesen y me hiciesen fregar el cuartel a palos como lo hicieron con Pablo, que aún está enfermo.

- ¡Dios mío, Dios mío! –murmuró la madre estremeciéndose-. ¡Tú le has salvado!.

Y añadía mientras buscaba paños, agua, vinagre y plumón de garza:

- ¡Un dedo más y te matan, me matan a mi hijo!. ¡Los guardias civiles no piensan en las madres!.

- Diréis que me he caído de un árbol; que no sepa nadie que fui perseguido.

- ¿Por qué se ha quedado Crispín? –preguntó Sisa después que hubo hecho la cura a su hijo.

Este la contempló por unos instantes; después, abrazándola, le refirió poco a poco lo de las onzas; sin embargo, no habló de las torturas que hacían sufrir a su hermanito.

Madre e hijo confundieron sus lágrimas.

- ¡Mi buen Crispín! ¡acusar a mi buen Crispín!. Es porque somos pobres y los pobres tenemos que sufrirlo todo! –murmuraba Sisa, mirando con sus ojos llenos de lágrimas al *timboy*[1] cuyo aceite se acababa.

Así permanecieron algún rato silenciosos.

- ¿Has cenado ya?. ¿No?. Hay arroz y sardinas secas.

- No tengo ganas; agua, quiero agua no más.

- ¡Sí! –repuso la madre con tristeza-, ya sabía yo que te gustaban las sardinas secas; yo te había preparado otra cosa pero vino tu padre, ¡pobre hijo mío!.

- ¿Vino padre? –preguntó Basilio y examinó instintivamente la cara y las manos de su madre. La pregunta del hijo hizo oprimirse el corazón de Sisa, que le comprendió demasiado, así es que se apresuró a añadir-. Vino y preguntó mucho por vosotros, quería veros; tenía mucha hambre. Ha dicho que si seguís siendo buenos, volvería a quedarse con nosotros.

- ¡Ah! –interrumpió Basilio y sus labios se contrajeron con disgusto.

- ¡Hijo! –le reprendió ella.

- ¡Perdonad, madre! –repuso seriamente-, ¿no estamos mejor nosotros tres, vos, Crispín y yo?, pero lloráis; no he dicho nada.

Sisa suspiró.

- ¿No cenas?. Entonces acostémonos que ya es tarde.

Sisa cerró la choza y cubrió las pocas brasas con ceniza para que no se extinguiesen, como hace el hombre con los sentimientos del alma: cubrirlos con la

[1] Candil (de origen chino) de barro (de bronce), denominado por los naturales *tinghoy*, que sirve de lámpara.

ceniza de la vida que llaman indiferencia, para que no se apaguen con el trato cotidiano de nuestros semejantes.

Basilio murmuró sus oraciones y acostóse cerca de su madre que rezaba arrodillada..

Sentía calor y frío; procuró cerrar los ojos pensando en su hermanito que aquella noche contaba dormir en el regazo de la madre y ahora lloraría y temblaría de miedo en un rincón oscuro del convento. Sus oídos le repetían aquellos gritos, como los había oído en la torre, pero la cansada naturaleza principió a confundir sus ideas y el espíritu de los ensueños descendió sobre sus ojos.

Vio una alcoba donde ardían dos velas. El cura, con el bejuco en la mano, escuchaba sombrío al sacristán mayor, que le hablaba en un extraño idioma, con gestos horribles. Crispín temblaba y volvía los ojos llorosos a todas partes como buscando a alguien o un escondite. El cura se vuelve a él y le interpela irritado y el bejuco silba. El niño corre a esconderse detrás del sacristán, pero éste le coge, le sujeta y le ofrece al furor del cura: el infeliz pugna, patalea, grita, se tira al suelo, rueda, se levanta, huye, resbala, cae y para los golpes con las manos, que heridas, esconde vivamente, aullando. Basilio le ve retorcerse, golpear el suelo con la cabeza, ¡ve y oye el bejuco!. Desesperado, su hermanito se levanta; loco de dolor, se arroja sobre sus verdugos y muerde al cura en la mano. Este suelta un grito, deja caer el bejuco; el sacristán mayor coge un bastón, le da un golpe en la cabeza y el niño cae aturdido; el cura, al verse herido, le patea, pero ya no se defiende, ya no grita: rueda por el suelo como una masa inerte y deja un húmedo rostro...

La voz de Sisa le llamó a la realidad.

- ¿Qué tienes?. ¿Por qué lloras?.

- Soñé... ¡Dios! –exclamó Basilio incorporándose cubierto de sudor-. Fue un sueño; ¡decid, madre, que no fue más que un sueño, un sueño no más!.

- ¿Qué has soñado?.

El muchacho no contestó. Sentóse para enjugarse las lágrimas y el sudor. La choza estaba toda a oscuras.

- ¡Un sueño, un sueño! –repetía Basilio en voz baja.

- ¡Cuéntame que has soñado!, ¡no puedo dormir! –decía la madre cuando su hijo volvió a acostarse.

- Pues –dijo éste en voz baja- soñé que fuimos a recoger espigas... en una sementera donde había muchas flores... las mujeres tenían cestos llenos de espigas... los hombres tenían cestos llenos de espigas... y los niños también... ¡No me acuerdo más, madre, no me acuerdo de lo demás!.

Sisa no insistió; ella no hacía caso de los sueños.

- Madre, he formado un proyecto esta noche –dijo Basilio después de algunos minutos de silencio.

- ¿Qué proyecto? –preguntó ella.

Sisa, humilde en todo, era humilde hasta con sus hijos; los creía más juiciosos que ella misma.

- ¡Ya no quisiera ser sacristán!.

- ¿Cómo?.

- Oíd, madre, lo que he pensado. Hoy ha llegado de España el hijo del difunto D. Rafael, el cual será tan bueno como su padre. Pues bien, madre, mañana sacáis a Crispín, cobráis mi sueldo y decís que ya no seré sacristán. Tan pronto como me ponga bueno, iré a verle a D. Crisóstomo y le suplicaré me admita como pastor de vacas o carabaos; ya soy bastante grande. Crispín podrá aprender en casa del viejo Tasio, que no pega y es bueno, por más que no lo crea el cura. ¿Qué tenemos ya que temer del Padre?. ¿Puede hacernos más pobres de lo que somos?. Creedlo, madre, el

Librodot

viejo es bueno; yo le he visto varias veces en la iglesia cuando no hay nadie en ella; se arrodilla y ora, creedlo. Con que, madre, dejaré de ser sacristán; se gana poco y, todavía, ¡lo que se gana se va en multas!. Todos se quejan de lo mismo. Seré pastor, y cuidando bien lo que se me confíe, me haré querer del dueño; quizás nos deje ordeñar una vaca para tomar leche; a Crispín le gusta mucho la leche. ¡Quién sabe!, quizás os regalen una ternerita si ven que me porto bien; la cuidaremos y la engordaremos como nuestra gallina. En el bosque cogeré frutas y las venderé en el pueblo juntamente con las legumbres de nuestra huerta, y así tendremos dinero. Armaré lazos y trampas para coger aves y gatos monteses, pescaré en el río, y cuando sea más grande, cazaré. Podré también cortar leña para vender o regalar al dueño de las vacas y así le tendremos contento. Cuando pueda arar, le pediré me confíe un pedazo de tierra para sembrar caña de azúcar o maíz y no tendréis que coser hasta medianoche. Tendremos ropas nuevas cada fiesta, comeremos carne y pescados grandes. Entretanto viviré libre, nos veremos todos los días y comeremos juntos. Y ya que dice el viejo Tasio que Crispín tiene mucha cabeza, le enviaremos a Manila a estudiar; yo le mantendré trabajando: ¿verdad, madre?. Y será doctor, ¿qué decís?.

- ¡Qué he de decir sino sí! –contestó Sisa abrazando a su hijo.

Ella notó que el hijo no contaba para nada con su padre en el porvenir y lloró lágrimas silenciosas.

Basilio siguió hablando de sus proyectos con esa confianza de los años que no ve más que lo que se quiere ver. Sisa a todo decía *sí*, todo le parecía bueno. El sueño volvió a descender poco a poco sobre los cansados párpados del niño y esta vez el Ole-Luköie de que nos habla Andersen desplegó sobre él su hermoso paraguas, lleno de alegre pinturas.

Ya se veía pastor con su hermanito; cogían guayabas, alpay y otras frutas en el bosque; andaban de rama en rama, ligeros y como las mariposas; entraban en las grutas y veían que las paredes brillaban; bañábanse en los manantiales, y la arena era polvos de oro, y las piedras como las piedras de la corona de la Virgen. Los pececillos les cantaban y reían, las plantas inclinaban sus ramas, cargadas de monedas y frutas. Luego vio una campana, colgada de un árbol, y una cuerda larga para tocarla: a la cuerda había atada una vaca con un nido de pájaros entre astas y Crispín estaba dentro de la campana, etc. Y así fue soñando.

Pero la madre, que no tenía su edad ni había corrido durante una hora, no dormía.

Capítulo 18

ALMAS EN PENA

SERÍAN LAS SIETE DE LA mañana cuando Fr. Salví concluyó de decir su última misa: las tres se ofrecieron en el espacio de una hora.

- "El Padre está enfermo –decían las devotas-; no se mueve con la pausa y elegancia de costumbre".

Despojóse de sus vestiduras sin decir una palabra, sin mirar a nadie, sin hacer ninguna observación.

- ¡Atención! –se cuchicheaban los sacristanes-; ¡el barreno progresa!. ¡Van a llover multas, y todo por culpa de los dos hermanos!.

Abandonó la sacristía para subir a la casa parroquial, en cuyo zaguán-escuela aguardaban sentadas en los bancos unas siete u ocho mujeres y un hombre que se paseaba de un extremo a otro. Al verle venir, levantáronse, una mujer se adelantó para besarle la mano, pero el religioso hizo un gesto tal de impaciencia que la detuvo en medio de su camino.

- ¿Habrá perdido un real *Kuriput*[1]? –exclamó la mujer con risa burlona, ofendida de tal recibimiento. ¡No darle a besar la mano a ella, la celadora de la Hermandad, la Hermana Rufa!. Aquello era inaudito.

- ¡Esta mañana no se ha sentado en el confesionario! –añadió Hermana Sipa, una vieja sin dientes-; yo quería confesarme para comulgar y ganar las indulgencias.

- ¡Pues, os compadezco! –repuso una joven de cándida fisonomía-; esta semana gané tres plenarias y las dediqué al alma de mi marido.

- ¡Mal hecho, Hermana Juana! –dijo la ofendida Rufa-. Con una plenaria había bastante para sacarle del Purgatorio; no debéis malgastar las santas indulgencias; haced lo que yo.

- ¡Yo creía: cuanto más, mejor! –contestó la sencilla Hermana Juana sonriendo-. Pero decid ¿qué es lo que hacéis?.

Hermana Rufa no contestó al instante: primero pidió un buyo, lo mascó, miró a su auditorio que escuchaba atento, escupió a un lado y comenzó mientras mascaba tabaco:

- ¡Yo no malgasto ni un santo día!. Desde que pertenezco a la Hermandad he ganado 457 indulgencias plenarias, 750.598 años de indulgencia. Apunto todas las que gano, porque me gusta tener cuentas limpias; no quiero engañar, ni que me engañen.

Hermana Rufa hizo una pausa y continuó mascando; las mujeres la miraban con admiración, pero el hombre que se paseaba se detuvo, y le dijo un poco desdeñoso:

- Pues yo solamente este año he ganado cuatro plenarias más que vos, Hermana Rufa, y cien años más, y eso que este año no he rezado mucho.

- ¿Más que yo?. ¿Más de 689 plenarias, 994.856 años? –repitió Hermana Rufa algo disgustada.

- Eso es; ocho plenarias más y ciento quince años más y en pocos meses –repitió el hombre de cuyo cuello pendían escapularios y rosarios mugrientos.

- No es extraño –dijo la Rufa dándose por vencida-; ¡sois el maestro y el jefe en la provincia!.

El hombre se sonrió lisonjeado.

- No es extraño que gane más que vos, en efecto; casi, casi puedo decir que aún durmiendo gano indulgencias.

- Y ¿qué hacéis de ellas, maestro? –preguntan cuatro o cinco voces a la vez.

- ¡Psh! –contestó el hombre haciendo una mueca de soberano desprecio-; ¡Las tiro por aquí y por allá!.

- ¡Pues en eso sí que no os puedo alabar, maestro! –protestó Rufa-. ¡Iréis al Purgatorio por malgastar indulgencias!. Ya sabéis que por cada palabra inútil se padecen cuarenta días de fuego, según el cura; por cada palmo de hilo, sesenta; por cada gota de agua, veinte. ¡Vais al Purgatorio!.

- ¡Ya sabré yo salir de él –contesta Hermano Pedro con una confianza sublime-. ¡He sacado tantas almas del fuego!. ¡He hecho tantos santos!. Y además, *in articulo*

[1] Mezquino, avaro.

Librodot

mortis puedo ganarme todavía, si quiero, lo menos siete plenarias y podré salvar a otro, muriendo!.

Y dicho esto se alejó orgullosamente.

- Sin embargo, debíais hacer lo que yo, que no pierdo un día y tengo bien mis cuentas. ¡No quiero engañar ni que me engañen!

- ¿Qué hacéis pues? –preguntó la Juana.

- Pues debéis imitar lo que hago. Por ejemplo, suponed que gano un año de indulgencias; lo apunto en mi cuaderno y digo: Bienaventurado Padre Señor Santo Domingo, haced el favor de ver si en el Purgatorio hay alguno que precisamente necesite un año, ni un día más ni un día menos, juego cara y cruz; si sale cara, no; si sale cruz, sí. Pues supongamos que sale cruz, entonces escribo = *cobrado*; ¿sale cara? entonces retengo la indulgencia y de este modo hago grupitos de cien años que tengo bien apuntados. Lástima que con ellas no se puede hacer lo que con el dinero: darlas a interés; se podría salvar más almas. Creedme, haced lo que yo.

- ¡Pues, yo hago otra cosa mejor! –contestó Hermana Sipa.

- ¿Qué?. ¿Mejor? –pregunta sorprendida la Rufa-. ¡No puede ser!. ¡Lo que hago es inmejorable!.

- ¡Oíd un momento y os convenceréis, Hermana! –contesta la vieja Sipa en tono desabrido.

- ¡A ver, a ver!. ¡Oigamos! –dijeron las otras.

Después de una tos ceremoniosa habló la vieja de esta manera:

- Vosotras sabéis muy bien que rezando el *Bendita-sea-tu-Pureza* y el *Señor-mío-Jesucristo-Padre-dulcísimo-por-el-gozo,* se ganan diez años por cada letra...

- ¡Veinte!. ¡No, menos!.¡Cinco! –dijeron varias voces.

- ¡Uno más uno menos no importa!. Ahora: cuando una criada o un criado me rompe un plato, vaso o taza, etc., le hago recoger todos los pedazos y por cada uno, aún por el más pequeñito, tiene que rezarme el *Bendita-sea-tu-Pureza* y el *Señor-mío-Jesucristo-Padre-dulcísimo-por-el-gozo* y las indulgencias que gano las dedico a las almas. En casa todos los saben menos los gatos.

- Pero esas indulgencias las ganan las criadas y no vos, Hermana Sipa –objeta la Rufa.

- Y ¿mis tazas y mis platos quién me los paga?. Ellas están contentas de pagarlos así y yo también; no las pego, sólo algún coscorrón o pellizco.

- ¡Lo voy a imitar! - ¡Haré lo mismo! - ¡Y yo! –decían las mujeres.

- Pero y ¡si el plato no se ha roto más que en dos o tres pedazos, ganáis poco! –observa aún la terca Rufa.

- ¡Abá! –contesta la vieja Sipa-, les hago rezar también, hago colar los pedazos y no perdimos nada.

Hermana Rufa no supo ya que objetar.

- Permitidme que os pregunte una duda –dice tímidamente la joven Juana-. Vosotras, señoras, entendéis tan bien estas cosas del Cielo, Purgatorio e Infierno... yo confieso que soy ignorante.

- ¡Hablad!.

- Encuentro muchas veces en las novenas y otros libros este encargo: *Tres padrenuestros, tres avemarías y tres gloriapatris*...

- ¿Y bien?.

- Pues quería saber cómo hay que rezarlos: o tres padrenuestros seguidos, tres avemarías seguidas y tres gloriapatris seguidos, ¿o tres veces un padrenuestro, un avemaría y un gloriapatris?.

- Pues así es, tres veces un padrenuestro...

- ¡Perdonad. Hermana Sipa! –interrumpe la Rufa-; deben rezarse de la otra manera: a los machos no hay que mezclarlos con las hembras; los padrenuestros son machos, las avemarías hembras y los glorias son los hijos.

- ¡Eh!, perdonad, Hermana Rufa; padrenuestro, avemaría y gloria son como arroz, vianda y salsa, un bocado de los santos...

- ¡Estáis equivocada!. ¡Ved solamente, vos que rezáis así no conseguís nunca lo que pedís!.

- ¡Y vos por que rezáis así, no sacáis nada de vuestras novenas! –replica la vieja Sipa.

- ¿Quién? –dice la Rufa levantándose-; hace poco perdí un cerdito, recé a S. Antonio y lo encontré, y tanto que lo vendí a buen precio ¡abá[2]!.

- ¿Sí?. ¡Por eso decía vuestra vecina que vendisteis un cerdito suyo!.

- ¿Quién?. ¡La sinvergüenza!. ¿Acaso soy como vos...?.

El maestro tuvo que intervenir para poner paces; ya nadie se acordaba de los padrenuestros, sólo se hablaba de cerdos.

- ¡Vamos, vamos, no hay que reñir por un cerdito, Hermana!. Las Santas Escrituras nos dan ejemplo: los herejes y protestantes no le han reñido a N.S. Jesucristo que arrojó al agua una piara de puercos que les pertenecían y nosotros que somos cristianos y además Hermanos del Smo. Rosario, ¿habremos de reñir por un cerdito?. ¿Qué dirían de nosotros nuestros rivales, los Hermanos Terceros?.

Callaron todas admirando la profunda sabiduría del maestro y temiendo el qué dirán de los Hermanos Terceros. Aquél, satisfecho de aquella obediencia, cambió de tono y prosiguió:

- Pronto nos hará llamar el cura. Hay que decirle qué predicador elegimos de los tres que ayer propuso: o el P. Dámaso, o el P. Martín o el coadjutor. No sé si han elegido ya los Terceros; es menester decidir.

- El coadjutor... –murmura tímidamente la Juana.

- ¡Hm!. ¡El coadjutor no sabe predicar! –dice la Sipa-; mejor es el P. Martín.

- ¡El P. Martín! –exclama otra con desdén-. No tiene voz; mejor es el P. Dámaso.

- ¡Ése, ése es! –exclama la Rufa-. El P. Dámaso sí que sabe predicar, ¡parece un comediante, ése!.

- ¡Pero no le entendemos! –murmura la Juana.

- ¡Porque es muy profundo! y con tal que predique bien...

En esto llegó Sisa, llevando una cesta sobre la cabeza, dio los buenos días a las mujeres y subió las escaleras.

- ¡Aquella sube! ¡subamos también! –dijeron.

Sisa sentía latir con violencia su corazón mientras subía las escaleras: no sabía qué iba a decir al Padre para aplacar su enojo, ni qué razones iba a darle para abogar por su hijo. Aquella mañana, con las primeras tintas de la aurora, había ella bajado a la huerta para coger sus más hermosas legumbres, que colocó en un cesto entre hojas de plátano y flores. Fue a orillas del río a buscar *pako*[3], que sabía le gustaba al cura comer en ensalada. Vistióse sus mejores ropas y con la cesta sobre la cabeza, sin despertar a su hijo, partió para el pueblo.

Procurando hacer el menor ruido posible, subía las escaleras lentamente, escuchando atenta por si acaso oía una voz conocida, fresca, infantil.

Pero no oyó ni encontró a nadie y se dirigió a la cocina.

[2] Exclamación o vocablo onomatopéyico, según Lope K. Santos, que indica sorpresa, admiración, extrañeza, dolor, contento, duda, etc.

[3] Helecho comestible que crece en las orillas de los riachuelos, de tallos y hojas carnosas cuando son tiernas. Es muy apreciado y se sirve preferentemente en forma de ensalada.

Allí miró a todos los rincones: criados y sacristanes la recibieron con frialdad. Saludó y apenas le contestaron.

- ¿Dónde podré dejar estas legumbres? –preguntó sin darse por ofendida.

- ¡Allí... en cualquier parte! –contestó el cocinero sin mirarlas apenas, atento a su faena: estaba desplumando un capón.

Sisa fue colocando ordenadamente sobre la mesa las berenjenas, los amargosos, las patolas, la zarzalida y los tiernos ramos de pako. Después puso las flores encima, medio se sonrió y preguntó a un criado que le pareció más tratable que el cocinero:

- ¿Podré hablar con el Padre?.

- Está enfermo –contestó éste en voz baja.

- Y ¿Crispín?. ¿Sabéis si está en la sacristía?.

El criado la miró sorprendido.

- ¿Crispín? –preguntó frunciendo las cejas-. ¿No está en vuestra casa?.. ¿Lo querréis negar?.

- Basilio está en casa, pero Crispín se ha quedado aquí –repuso Sisa-; quiero verle...

- ¡Ya! -dice el criado-; se quedó, pero después... después se escapó, robando muchas cosas. El cura me ha mandado ir esta mañana temprano al cuartel para dar parte a la Guardia Civil. Ya deben haber ido a vuestra casa a buscar a los chicos.

Sisa se tapó las orejas, abrió la boca, pero sus labios se agitaron en vano: no salió ningún sonido.

- ¡Vaya con unos hijos que tenéis! –añadió el cocinero-. Se conoce que sois fiel esposa: ¡los hijos han salido como el padre!. ¡Cuidado que el pequeño le va a sobrepasar!.

Sisa prorrumpió en amargo llanto, dejándose caer sobre un banco.

- ¡No lloréis aquí! –le gritó el cocinero-; ¿no sabéis que el Padre está enfermo?. Id a llorar en la calle.

La pobre mujer casi a empujones descendió la escalera al mismo tiempo que las hermanas, que murmuraban y hacían conjeturas acerca de la enfermedad del cura.

La desgraciada madre ocultó su cara con el pañuelo y reprimió el llanto.

Al llegar a la calle, miró indecisa en torno suyo, después, como si hubiese tomado una determinación, se alejó rápidamente.

Capítulo 19

AVENTURAS DE UN MAESTRO DE ESCUELA

El vulgo es necio y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.
LOPE DE VEGA

EL LAGO, RODEADO DE SUS montañas, duerme tranquilo con esa hipocresía de los elementos, como si la noche anterior no hubiese hecho coro a la tempestad. A los primeros reflejos de luz que despiertan en las aguas a los genios fosforescentes, se

dibujan a lo lejos, casi en el confín del horizonte, parduscas siluetas: son las barcas de los pescadores que recogen la red; cascos[1] y paraos[2] que tienden sus velas.

Dos hombres, vestidos de riguroso luto, contemplan silenciosos el agua desde una altura; uno de ellos es Ibarra y el otro es un joven de un aspecto humilde y fisonomía melancólica.

- ¡Aquí es! –decía este último-; aquí fue arrojado el cadáver de su padre. ¡Aquí nos condujo el sepulturero al teniente Guevara y a mí!.

Ibarra estrechó con efusión la mano del joven.

- ¡No tiene Ud. que agradecérmelo! –repuso éste-. Debía muchos favores a su padre y el único que le hice fue acompañarlo al sepulcro. Había venido sin conocer a nadie, sin recomendaciones, sin nombre, sin fortuna, como ahora. Mi predecesor había abandonado la escuela para dedicarse a vender tabaco. Su padre de Ud. me protegió, me procuró una casa y me facilitó cuando pudiera necesitar para el adelanto de la enseñanza; iba a la escuela y repartía algunos cuartos a los chicos pobres y aplicados, los proveía de libros y papeles. ¡Pero esto, como todas las cosas buenas, duró muy poco!

Ibarra se descubrió y pareció orar largo rato. Volvióse después a su compañero y le dijo:

- Decía Ud. que mi padre socorría a los chicos pobres, ¿ahora?.

- Ahora hacen lo posible y escriben cuando pueden –contestó el joven.

- Y ¿la causa?.

- La causa está en sus rotas camisas y avergonzados ojos.

Ibarra guardó silencio.

- ¿Cuántos alumnos tiene Ud. ahora? –preguntó con cierto interés.

- ¡Más de doscientos en la lista! y en la clase veinticinco.

- ¿Cómo sucede eso?.

El maestro de escuela se sonrió melancólicamente.

- Decirle a Ud. las causas es contarle una larga y fastidiosa historia –dijo.

- No atribuya Ud. mi pregunta a una vana curiosidad –repuso Ibarra gravemente, mirando al lejano horizonte-. ¡He reflexionado mejor y creo que realizar los pensamientos de mi padre vale más que llorarle, mucho más que vengarlo. Su tumba es la sagrada Naturaleza y sus enemigos han sido el pueblo y un sacerdote: perdono al primero por su ignorancia y respeto al segundo por su carácter y porque quiero que se respete la Religión que educó a la sociedad. Quiero inspirarme en el espíritu del que me dio el ser y por esto desearía conocer los obstáculos que encuentra aquí la enseñanza.

- ¡El país bendecirá su memoria de Ud., señor, si realiza los hermosos propósitos de su difunto padre! –dijo el maestro-. ¿quiere Ud. conocer los obstáculos en que tropieza la enseñanza?. Pues bien, en las circunstancias en que estamos, sin un poderoso concurso la enseñanza nunca será un hecho, primero, porque en la niñez no hay aliciente ni estímulo, y segundo, porque aún cuando los hubiera, los matan la carencia de medios y muchas preocupaciones. Dicen que en Alemania estudia el hijo del campesino ocho años en la escuela del pueblo; ¿quién querrá emplear aquí la mitad de ese tiempo, cuando se recogen tan escasos frutos?. Leen, escriben y se aprenden de memoria trozos y a veces libros enteros en castellano, sin entender de ellos una palabra; ¿qué utilidad saca de la escuela el hijo de nuestros aldeanos?.

[1] Grandes embarcaciones fluviales nativas, piezas gruesas de madera unidas entre sí y calafateadas debidamente.

[2] Nombre clásico tagalo el que suele llamarse baroto en todas las islas, por los (Véase Serrano, *Dicc*.) europeos principalmente. Domingo Vidal lo describe así: EL BOROTO es la verdadera embarcación del país, o la más generalizada; su ingeniosa construcción consiste en una banca por fondo, llevando adicionadas en la parte superior de la popa dos secciones de poco arco y bastante radio, las cuales forman la roda y codaste de la embarcación.

- Y Ud. ve el mal, ¿cómo no ha pensado en remediarlo?.

- ¡Ay! –contestó moviendo tristemente la cabeza-; un pobre maestro, solo, no lucha contra las preocupaciones, contra ciertas influencias. Necesitaría antes que todo, tener escuela, un local, y no como ahora que enseño al lado del coche del P. Cura, debajo del convento. Allí los niños que gustan de leer en voz alta incomodan, como es natural, al Padre, que a veces desciende nervioso, sobre todo cuando tiene sus ataques, les grita y me insulta a mí a veces. Comprende Ud. que así no se puede enseñar ni aprender; el niño no respeta al maestro desde el instante en que le ve maltratado sin hacer prevalecer sus derechos. El maestro, para que sea escuchado, para que su autoridad no se ponga en duda, necesita prestigio, buen nombre, fuerza moral, cierta libertad y permítame Ud. que le hable de tristes pormenores. Yo he querido introducir reformas y se me han reído. Para remediar aquel mal de que le hablaba, traté de enseñar el español a los niños porque además de que el Gobierno lo ordenaba, juzgué que sería también una ventaja para todos. Empleé el método más sencillo, de frases y nombres, sin valerme de grandes reglas, esperando enseñarles la gramática cuando ya comprendiesen el idioma. Al cabo de algunas semanas los más listos casi ya me comprendían y componían algunas frases.

El maestro se detuvo y pareció dudar; después, como si se hubiera decidido, continuó:

- No debo avergonzarme de la historia de mis agravios; cualquiera en mi lugar se hubiera portado lo mismo. Como decía, principiaba bien; mas, algunos días después, el P. Dámaso, el cura de entonces, me hizo llamar por el sacristán mayor. Como conocía su carácter y temía hacerme esperar, subí inmediatamente, le saludé y le di los buenos días en castellano. Él, que por todo saludo me alargaba la mano para que se la besara, la retiró y, sin contestarme, empezó a reír a carcajadas, burlonamente. Quédome desconcertado; delante estaba el sacristán mayor. Al pronto no supe que decir; me le quedé mirando pero él siguió riendo. Yo ya me impacientaba y veía que iba a cometer una imprudencia, pues ser buen cristiano y ser digno a la vez no son cosas incompatibles. Iba ya a preguntarle, cuando de repente, pasando de la risa al insulto, me dijo con socarronería: “Con que buenos días, ¿ah?., ¡buenos días!, ¡gracioso!, ¡ya sabes hablar español!”. Y continuó riendo.

Ibarra no pudo reprimir una sonrisa.

- Ud. se ríe –repuso el maestro riéndose también-; confieso que entonces no tuve ganas de reírme. Estaba de pié; sentí que la sangre se me subía a la cabeza y un relámpago oscurecía mi cerebro. Al Cura le vi lejos, muy lejos; me adelanté hacia él para replicarle, sin saber lo que iba a decir. El sacristán mayor se interpuso, él se levantó y me dijo serio en tagalo; “No me uses prendas prestadas; conténtate con hablar tu idioma y no me eches a perder el español, que no es para vosotros. ¿Conoces al maestro Ciruela?. Pues, Ciruela era un maestro que no sabía leer y ponía escuela”. Quise detenerle, pero entróse en su cuarto y cerró la puerta violentamente. ¿Qué iba yo a hacer, yo que apenas tengo con mi sueldo, que para cobrarlo necesito el visto bueno del cura y hacer un viaje a la cabecera de la provincia, qué podía yo hacer contra él, la primera autoridad moral, política y civil en un pueblo, sostenido por su corporación, temido del Gobierno, rico, poderoso, consultado, escuchado, creído y atendido siempre por todos?. Si me insulta, debo callarme; si replico, se me arroja de mi puesto, perdiendo para siempre mi carrera, y no por eso ganaría la enseñanza, por el contrario, todos se pondrían del lado del cura, me execrarían y llamaría vanidoso, orgulloso, soberbio, mal cristiano, mal educado, y cuando no, anti-español y filibustero. Del maestro de escuela no se espera saber ni celo; sólo se le pide resignación, humillación, inercia, y perdóneme Dios si he renegado de mi conciencia y

razón, pero he nacido en este país, tengo que vivir, tengo una madre y me abandono a mi suerte como un cadáver que arrastra la ola.

- Y ¿por este obstáculo se ha desanimado Ud. para siempre?. ¿Y así ha vivido Ud. después?.

- ¡Ojalá me hubiera escarmentado! –contestó- ¡se hubiera limitado a eso mis infortunios!. Verdad es que desde entonces cobré aversión a mi carrera; pensaba buscar otro oficio como mi predecesor, porque el trabajo, cuando se hace a disgusto y con vergüenza, es un martirio, y porque la escuela me recordaba cada día mi afrenta, haciéndome pasar horas muy amargas. Pero ¿qué hacer?. No podía desengañar a mi madre; tenía que decirle que sus tres años de sacrificio para darme esta carrera, hacen ahora mi felicidad; es menester hacerle creer que la profesión es honradísima, el trabajo delicioso, el camino sembrado de flores, que el cumplimiento de mi deber sólo me produce amistades; que el pueblo me respeta y me llena de consideraciones; de lo contrario, sin dejar de ser infeliz, haría otra desgraciada, lo que además de ser inútil es un pecado. Permanecí, pues, en mi puesto y no quise desanimarme: intenté luchar.

El maestro de escuela hizo una breve pausa y después prosiguió:

- Desde el día en que fui tan groseramente insultado, me examiné a mí mismo y me vi en efecto muy ignorante. Púseme a estudiar día y noche el español y todo lo que se relacionaba con mi carrera; el viejo filósofo me prestaba algunos libros, leía cuando encontraba, y analizaba cuanto leía. Cuando las nuevas ideas que de una parte y otra he ido adquiriendo cambió mi punto de vista, y vi muchas cosas bajo un aspecto diferente del que tenía antes. Veía errores donde antes sólo veía verdades, y verdades en muchas cosas que me parecieron errores. Los azotes, por ejemplo, que desde tiempo inmemorial era el distintivo de las escuelas, y que antes tenía por el único medio eficaz de hacer aprender –así nos habían acostumbrado a creerlo-, me parecieron después que lejos de contribuir al adelanto del niño, le inutilizaban considerablemente. Me convencí de que era imposible raciocinar teniendo la palmeta o las disciplinas a la vista; el miedo y el terror turban al más sereno, además de que la imaginación del niño es más viva, más impresionable. Y como para que en el cerebro se impriman las ideas es menester que reine la calma exterior e interiormente, que haya serenidad de espíritu, tranquilidad material y moral y buen ánimo, creí que antes que todo debía difundir en los niños confianza, seguridad y aprecio de sí mismos. Comprendí además que el espectáculo diario de los azotes mataba la piedad en el corazón y extinguía esa llama de la dignidad, la palanca del mundo, perdiéndose con ella la vergüenza que vuelve ya difícilmente. He observado también que cuando uno es azotado, halla un consuelo en que los demás, lo sean a su vez, y sonríe con satisfacción al oír el llanto de los otros; y el que se encarga de azotar, si bien obedece el primer día con repugnancia, después se acostumbra y halla un deleite en su triste misión. El pasado me horrorizó, quise salvar el presente modificando el antiguo sistema. Traté de hacer amable y risueño el estudio, quise hacer de la cartilla, no el librito negro y bañado en lágrimas de la niñez, sino un amigo que le va a descubrir secretos maravillosos; de la escuela, no un lugar de dolores, sino un sitio de recreo intelectual. Suprimí, pues, poco a poco los azotes, me llevé a casa las disciplinas y las reemplacé con la emulación y el aprecio de sí mismos. Si se descuidaba una lección, lo atribuía a falta de voluntad, nunca a falta de capacidad; les pedía creer que tenían mejores disposiciones de las que en realidad podían tener, y esta creencia, que procuraban confirmar, los obligaba a estudiar, así como la confianza conduce al heroísmo. Al principio parecía que el cambio de método era impracticable: muchos dejaron de estudiar; pero yo seguí y noté que poco a poco se iban levantando los ánimos, acudían más niños y con más frecuencia; y el que una vez era alabado

Librodot

delante de todos, al día siguiente aprendía el doble. Pronto se divulgó por el pueblo que yo no pegaba; el cura me hizo llamar, y temiendo yo otra escena, salúdele secamente en tagalo. Esta vez estuvo muy serio conmigo. Me dijo que echaba a perder a los niños, que malgastaba el tiempo, que no cumplía con mi deber, que el padre que perdonaba el palo odiaba a su hijo, según el Espíritu Santo, que la letra con sangre entra, etc.; etc.; me trajo una porción de dichos de los tiempos bárbaros, como si bastase que una cosa haya sido dicha por los antiguos para ser indiscutible; según esto deberíamos creer que han existido realmente los monstruos, que aquellas edades crearon y han esculpido en sus palacios y catedrales. En fin, me recomendó ser diligente y que volviese al antiguo sistema, pues si no, daría parte al Alcalde en contra mía. No quedó aquí mi desgracia: días después se presentaban debajo del convento los padres de los chicos, y he tenido necesidad de llamar en mi auxilio toda mi paciencia y resignación. Empezaron ponderándome los antiguos tiempos en que los maestros tenían carácter y enseñaban como habían enseñado sus abuelos. "Aquellos sí que eran sabios! –decían-, aquellos pegaban y enderezaban el árbol torcido. ¡Aquellos no eran jóvenes, eran viejos de mucha experiencia, canosos y severos!. D. Catalino, el rey de todos ellos y fundador de aquella escuela, no daba nunca menos de veinticinco palos, por eso sacó hijos sabios y sacerdotes. ¡Ah! los antiguos valían más que nosotros, sí señor, más que nosotros". Otros no se contentaban con estas groseras indirectas; me decían claramente que, si seguía mi sistema, sus hijos no aprenderían nada y que se verían obligados a sacarlos de la escuela. Inútil fue razonar con ellos: como joven no me concedían gran razón. ¡Cuánto hubiera yo dado por tener canas!. Citábanme la autoridad del Cura, de Fulano, de Zutano y se citaban a ellos mismos, diciendo que si no hubiera sido por los azotes de sus maestros, no habrían aprendido nada. La simpatía que algunas personas me demostraron dulcificó un poco la amargura de este desengaño. En vista de esto, tuve que renunciar a un sistema, que después de mucho trabajo empezaba a darme sus frutos. Desesperado, llevé al día siguiente a la escuela los azotes y comencé de nuevo mi bárbara tarea. La serenidad desapareció y volvió a reinar la tristeza en los semblantes de los niños que ya me empezaban a querer: eran mis únicas relaciones, mis únicos amigos. Aunque procuraba economizar los azotes y darlos con toda la lenidad posible, los niños se sentían, sin embargo, vivamente heridos, rebajados, y lloraban con amargura. Aquello me llegaba al corazón, y aunque interiormente estaba irritado contra sus estúpidas familias, no podía sin embargo vengarme en aquellas inocentes víctimas de las preocupaciones de sus padres. Sus lágrimas me quemaban; el corazón no me cabía dentro del pecho, y aquel día abandoné la clase antes de la hora y me fui a mi casa a llorar a solas... Acaso le extrañé a Ud. mi sensibilidad, pero si estuviese en mi lugar, la comprendería. El viejo D. Anastasio me decía: "¿Piden azotes los padres?. ¿Por qué no se los dio Ud. a ellos?". De resultas de esto caí enfermo.

Ibarra escuchaba pensativo.

- Apenas restablecido, volví a la escuela y encontré a mis discípulos reducidos a una quinta parte. Los mejores habían desertado a la vuelta del antiguo sistema, y de los que quedaban, unos cuantos que iban a la escuela para huir de los trabajos domésticos, ninguno manifestó alegría, ninguno me felicitó por mi convalecencia: les era igual que sanase o no, quizás hubieran preferido que hubiese continuado enfermo, porque el sustituto si bien pegaba más, iba en cambio raras veces a clase. Mis otros alumnos, aquellos que sus padres conseguían obligar a ir a la escuela, íbanse de paseo a otra parte. Culpábanme de haberlos mimado y me llenaban de recriminaciones. Uno, sin embargo, el hijo de una campesina que me visitaba durante mi enfermedad, si no volvió ha sido porque se había hecho sacristán: el sacristán mayor dice que los sacristanes no deben frecuentar la escuela: se rebajarían.

Librodot

- Y ¿se resignó Ud. con sus nuevos alumnos? –preguntó Ibarra.

- ¿Podía hacer otra cosa? –contestó-. Sin embargo, como durante mi enfermedad habían sucedido muchas cosas, cambiamos de cura. Concebí una nueva esperanza e intenté hacer otra prueba para que los niños no perdieses del todo el tiempo y aprovechasen en lo posible los azotes; que al menos aquellas vergüenzas den para ellos algún fruto, pensé. Quise hacer, ya que ahora no me podían amar, que al menos conservando algo útil de mí, me recordasen después con menos amargura. Ud. ya sabe que en la mayor parte de las escuelas, están en castellano los libros, a excepción del Catecismo tagalo, que varía según la corporación religiosa a que pertenece el cura. Estos libros suelen ser novenas, trisagios, el catecismo del P. Astete, de los que tanta piedad sacan como de los libros de los herejes. En la imposibilidad de enseñarles el castellano ni de traducir tantos libros, he procurado sustituirlos poco a poco por cortos trozos, sacados de obras útiles tagalas, como el tratado de Urbanidad de Hortensio y Feliza, algunos manualitos de agricultura, etc., etc. A veces yo mismo traducía pequeñas obritas como la historia de Filipinas del P. Barranera y las dictaba después, para que las reuniesen en cuadernos, aumentándolas a veces con propias observaciones. Como no tenía mapas para enseñarles Geografía, copié uno de la provincia que vi en la Cabecera, y con esta reproducción y las baldosas del suelo les di algunas ideas del país. Esta vez fueron las mujeres las que se alborotaron; los hombres se contentaban con sonreír viendo en ello una de mis locuras. El nuevo cura me hizo llamar, y si bien no me reprendió, me dijo sin embargo que primero debía cuidarme de lo religioso, y que antes de enseñar estas cosas, debían los niños probar en un examen que saben bien de memoria los Misterios, el Trisagio y el Catecismo de la Doctrina Cristiana. En el entretanto, pues, estoy trabajando para que los chicos se conviertan en papagayos y puedan saber de memoria tantas cosas de las cuales no entienden una sola palabra. Muchos me saben ya los Misterios y el Trisagio, pero me temo que no se estrellen mis esfuerzos con el P. Astete, pues la mayor parte de mis alumnos no distinguen aún muy bien las preguntas de las respuestas y lo que ambas cosas pueden significar. ¡Y así moriremos y así harán los que han de nacer, y en Europa se hablará del Progreso!.

- ¡No seamos tan pesimistas! –repuso Ibarra levantándose-. El teniente mayor me ha pasado una invitación para asistir a una junta en el tribunal... ¿Quién sabe si allí tendrá Ud. una respuesta a sus preguntas?.

El maestro se levantó también, pero sacudiendo la cabeza en señal de duda, respondió:

- ¡Va Ud. a ver cómo el proyecto ese que me hablaron se queda también como los míos!. ¡Y si no, veámoslo!.

Capítulo 20

LA JUNTA EN EL TRIBUNAL[1]

ERA UNA SALA DE doce a quince metros de largo por ocho a diez de ancho. Sus muros, blanqueados de cal, estaban cubiertos de dibujos al carbón, más o menos feos, mas o menos indecentes, con inscripciones que completaban el sentido. En un rincón y adosados ordenadamente al muro, se veían unos diez viejos fusiles de chispa entre sables roñosos, espadines y talibones: aquello era el armamento de los cuadrilleros[2].

En un extremo de la sala, que adornan sucias cortinas rojas, se escondía colgado en la pared el retrato de S.M.; debajo del retrato, sobre una tarima de madera, un viejo sillón abría sus destrozados brazos; delante, una gran mesa de madera, manchada de tinta, picada y tallada de inscripciones y monogramas, como muchas mesas de las tabernas alemanas que frecuentan los estudiantes. Bancos y sillas desvencijadas completaban el moblaje.

Esta es la sala de sesiones, del tribunal, de la tortura, etc. Aquí conversan ahora las autoridades del pueblo y de los barrios: el partido de los ancianos no se mezcla con el de los jóvenes y unos y otros no se pueden sufrir: representan el partido conservador y el liberal, sólo que sus luchas adquieren en los pueblos un carácter extremado.

- ¡La conducta del gobernadorcillo me escama! –decía D. Filipo, el jefe del partido liberal a sus amigos-, lleva un plan preconcebido en esto de dejar hasta la última hora la discusión del presupuesto. Notad que apenas nos queda once días.

- Y ¡se ha quedado en el convento a conferenciar con el cura que está enfermo! –observó uno de los jóvenes.

- ¡No importa! –repuso otro-, todo lo tenemos ya preparado. Con tal que el proyecto de los viejos no obtenga la mayoría...

- ¡No lo creo! –dijo D. Filipo-, yo presentaré el proyecto de los viejos...

- Cómo, ¿qué decís? –preguntaron sus oyentes sorprendidos.

- Digo que si hablo el primero, presentaré el proyecto de nuestros enemigos.

- Y ¿el nuestro?.

- De presentarlo os encargaréis vos –contestó el teniente sonriendo y dirigiéndose a un joven cabeza de barangay[3]-: Hablaréis después que haya sido derrotado.

- ¡No os comprendemos, señor! –decían los interlocutores mirándole llenos de duda.

- ¡Oíd! –dijo D. Filipo en voz baja a dos o tres que le escuchaban-. Esta mañana me encontré con el viejo Tasio.

- Y ¿qué?.

- El viejo me dijo: "Vuestros enemigos os odian a vos más que a vuestras ideas. ¿Queréis que una cosa no se haga?. Pues proponedla, y aunque fuese más útil que una mitra será rechazada. Una vez que os hayan derrotado, haced que exponga lo que queráis el más modesto de entre todos, y vuestros enemigos, por humillaros, lo aprobarán". Pero guardadme el secreto.

- Pero...

- Por eso propondré el proyecto de nuestros enemigos exagerándolo hasta el ridículo. ¡Silencio!. ¡El Sr. Ibarra y el maestro de escuela!.

Ambos jóvenes saludaron a unos grupos y otros sin tomar parte en sus conversaciones.

[1] En Filipinas, Tribunal equivale a Ayuntamiento.
[2] Agentes policíacos del Tribunal.
[3] Jefe de barangay o *balangay*, oficial municipal, cabeza de un grupo de 50 ó 60 familias.

Librodot

Momentos después entró el gobernadorcillo con el rostro disgustado: era el mismo que habíamos visto ayer llevando una arroba de velas. A su entrada cesaron los murmullos, cada cual tomó asiento, reinando poco a poco el silencio.

Sentóse el capitán en el sillón colocado debajo del retrato de Su Majestad, tosió cuatro o cinco veces, pasóse las manos por la cabeza y la cara, puso los codos sobre la mesa, los retiró, volvió a toser y así sucesivamente.

- ¡Señores! –repuso al fin con voz desfallecida-, me he atrevido a convocaros a todos para esta junta... ¡ejem!, ¡ejem!... tenemos que celebrar la fiesta de nuestro patrón S. Diego, el 12 de este mes... ¡ejem!, ¡ejem!, hoy estamos a dos... ¡ejem!, ¡ejem!.

Y aquí le atacó una tos pausada y seca que le redujo al silencio. Levantóse entonces del banco de los viejos un hombre de unos cuarenta años, de aspecto arrogante. Era rico Capitán Basilio, contrario del difunto D. Rafael, un hombre que pretendía que desde la muerte de Sto. Tomás de Aquino el mundo no había dado un paso hacia delante, y que desde que él dejó S. Juan de Letrán, la Humanidad empezó a retroceder.

- Permítanme V.V.S.S. que tome la palabra en un asunto tan interesante –dijo-. Hablo el primero, si bien otros de los aquí están presentes tienen más derecho que yo, pero hablo el primero porque me parece que en estas cosas el hablar el primero no significa que sea uno el primero, así como hablar el último no significa tampoco que no sea uno el último. Además, las cosas que tendré que decir son de una importancia tal que no son para dejarlas ni dichas al último, y por eso quisiera hablar el primero para darle su tono correspondiente. Me permitirán pues V.V.S.S. que hable el primero en esta junta donde veo muy notabilísimas personas como el Señor Capitán actual, el Capitán pasado, mi distinguido amigo D. Valentín, el Capitán pasado, mi amigo de la infancia D. Julio, nuestro célebre Capitán de cuadrilleros, D. Melchor y tantas otras señorías más, que para ser breve no quiero mentar, que V.V.S.S. ven aquí presentes. Suplico a V.V.S.S. que me permitan el uso de la palabra antes que otro alguno hable. ¿Tendría yo la fortuna de que la Junta accediese a mi humilde ruego?.

Y el orador se inclinó respetuosamente medio sonriendo.

- ¡Ya podéis hablar que os escuchamos con ansia! –dijeron los amigos aludidos y otras personas que le tenían por un gran orador: los ancianos tosían con satisfacción y se frotaban las manos.

Capitán Basilio, después de limpiarse el sudor con su pañuelo de seda, prosiguió:

- Ya que V.V.S.S. han sido tan amables y tan complacientes con mi humilde persona, concediéndome el uso de la palabra antes que a otro cualquiera de los aquí presentes, me aprovecharé de este permiso, tan generosamente concedido, y voy a hablar. Me imagino con mi imaginación de que me encuentro en medio del respetabilísimo Senado romano, *senatus populusque romanus*[4] que decíamos en aquellos hermosos tiempos, que fatalmente para la Humanidad no volverán ya, y pediré a los *Patres Conscript*[5] que diría el sabio Cicerón si estuviera en mi lugar, pediré, puesto que nos falta tiempo, y el tiempo es oro como decía Salomón, que en esta importante cuestión cada uno exponga su parecer clara, breve y sencillamente. He dicho.

Y satisfecho de sí mismo y de la atención de la sala, el orador se sentó no sin dirigir una mirada de superioridad a Ibarra que estaba sentado en un rincón y otra de mucha significación a sus amigos como diciéndoles: "¡Ha!. ¿He hablado bien?, ¡ah!".

[4] El senado y el pueblo romano.
[5] Literalmente, los padres elegidos o sea los legisladores.

Librodot

Sus amigos reflejaron también ambas miradas, dirigiéndose hacia los jóvenes como para matarlos de envidia.

- Ahora puede hablar el que quiera que ¡ejem!, -repuso el gobernadorcillo sin poder acabar su frase... la tos y los suspiros le volvieron a atacar.

A juzgar por el silencio, ninguno se levantaba: entonces D. Filipo aprovechó la ocasión y pidió la palabra. Los conservadores se guiñaron y se hicieron señas significativas.

- Yo voy a presentar mi presupuesto, señores, para la fiesta –dijo D. Filipo.

- ¡No lo podemos admitir! –contestó un viejo tísico, conservador intransigente.

- ¡Votamos en contra! –dijeron los otros adversarios.

- ¡Señores! –dijo D.Filipo reprimiendo una sonrisa-, aún no he expuesto el proyecto que nosotros, los *jóvenes*, traemos aquí. Este gran proyecto, estamos *seguros*, será preferido por *todos* al que idean o pueden idear nuestros adversarios.

Este presuntuoso exordio acabó de irritar los ánimos de los conservadores, quienes juraron *in corde* hacerle una terrible oposición. D. Filipo prosiguió:

- Tenemos 3.500 pesos de presupuesto. Pues bien, con esta cantidad podremos celebrar una fiesta que eclipse en magnificencia a todas las que hasta aquí se han visto, ya en nuestra provincia ya en las vecinas.

- ¡Hmjn! –exclamaron los incrédulos-, el pueblo A. Tenía 5.000, el B. 4.000, ¡hmjn!, ¡hamburguería!.

- ¡Oídme señores y os convenceréis! –continuó D. Filipo impertérrito-. ¡Propongo que se levante un gran teatro en medio de la plaza, que cueste 150 pesos!.

- ¡No bastan 150 pesos, hay que poner 160! –objetó un tenaz conservador.

- ¡Apuntad, señor Director, 200 pesos para el teatro! –dijo D. Filipo-. Propongo que se contrate a la comedia de Tondo para que dé funciones por siete noches seguidas. Siete funciones a 200 pesos noche, hacen 1.400: ¡apuntad 1.400, señor Director!.

Viejos y jóvenes se miraron sorprendidos: sólo los que estaban en el secreto no se movieron.

- Propongo además grandes fuegos artificiales; nada de lucecitas ni ruedecitas que gustan a niños y solteras, nada de esto. Nosotros queremos grandes bombas y colosales cohetones. Propongo pues 200 grandes bombas a dos pesos una, y 200 cohetones del mismo precio. Los encargaremos a los castilleros[6] de Malabon.

¡Hmjn! –interrumpió un viejo-, una bomba de a dos pesos no me espanta ni deja sordo; tiene que ser de a tres pesos.

- ¡Apuntad 1.000 pesos para 200 bombas y doscientos cohetones!.

Los conservadores ya no pudieron contenerse; algunos se levantaron y conferenciaron entre sí.

- Además, para que vean nuestros vecinos que somos gente espléndida y nos sobra dinero –continuó D. Filipo levantando la voz y lanzando una rápida mirada al grupo de los viejos-, propongo: 1º cuatro hermanos mayores para los dos días de fiesta, y 2º que cada día arrojen al lago 200 gallinas fritas, 100 capones rellenados y 50 lechones, como lo hacía Sila, contemporáneo de Cicerón de quien acaba de hablar Capitán Basilio.

- ¡Eso es, como Sila! –repitió Capitán Basilio lisonjeado.

El asombro subía por grados.

[6] Los que hacen y manufacturan fuegos artificiales.

- Como va a acudir mucha gente rica y cada uno se trae miles y miles de pesos y sus mejores gallos y el *liampó*[7] y las cartas, propongo quince días de gallera, libertad de abrir todas las casas de juego...

Pero los jóvenes le interrumpieron levantándose: creían que el teniente mayor se había vuelto loco. Los viejos discutían con calor.

- Y por último, para no descuidar los placeres del alma...

Los murmullos y los gritos que se levantaron de todos los rincones de la sala cubrieron totalmente su voz: aquello no fue ya más que un tumulto.

- ¡No! –gritaba un intransigente conservador-, no quiero que se alabe de haber hecho fiesta, ¡no!. ¡Dejadme, dejadme hablar!.

- ¡D. Filipo nos ha engañado! –decían los liberales-, ¡Votaremos en contra!. ¡Se ha pasado a los viejos!. ¡Votemos en contra!.

El gobernadorcillo, más abatido que nunca, no hacía nada para restablecer el orden: esperaba que lo restableciesen ellos. El capitán de cuadrilleros pidió la palabra; se la otorgaron, pero no abrió la boca y volvió a sentarse confuso y avergonzado. Por fortuna se levantó Capitán Valentín, el más moderado entre todos los conservadores y habló:

- No podemos admitir lo que ha propuesto el teniente mayor, por parecernos una exageración. Tantas bombas y tantas noches de comedia sólo las puede desear un joven, como el teniente mayor, que puede pasar muchas noches en vela y oír muchas detonaciones sin volverse sordo. He consultado la opinión de las personas sensatas y todas desaprueban unánimemente el proyecto de D. Filipo. ¿No es esto, señores?.

- ¡Sí!, ¡sí! –dijeron jóvenes y viejos a una voz-. Los jóvenes estaban encantados de oír hablar así aun viejo.

- ¿Qué vamos a hacer nosotros con cuatro hermanos mayores? –prosiguió el anciano-. ¿Qué quieren decir esas gallinas, capones y lechones arrojados al lago?. *¡Hamburguería!*[8] Dirán nuestros vecinos y luego ayunaremos medio año. ¿Qué tenemos que ver con Sila ni con los romanos?. ¿Nos han invitado acaso alguna vez a sus fiestas?. ¡Yo, por lo menos, no he recibido ningún billete de su parte y cuidado que ya soy viejo!.

- ¡Los romanos viven en Roma, donde está el Papa! –le murmuró por lo bajo Capitán Basilio.

- ¡Ahora lo comprendo! –exclamó el anciano sin turbarse-. Celebrarían sus fiestas en vigilia y el Papa mandaría arrojar la comida al mar para no cometer un pecado. Pero, de todos modos, vuestro proyecto de fiesta es inadmisible, imposible, ¡es una locura!.

D. Filipo, combatido vivamente, tuvo que retirar su posición. Los conservadores más intransigentes, satisfechos de la derrota de su mayor enemigo, vieron sin inquietud levantarse un joven cabeza de barangay y pedir la palabra.

- Pido a V.V.S.S. me excusen si, joven como soy, me atrevo a hablar delante de tantas personas respetabilísimas, tanto por su edad como por la prudencia y el discernimiento con que en todos los asuntos juzgan, pero puesto que el elocuente orador, Capitán Basilio, ha invitado a todos a manifestar aquí sus opiniones, sirva su autorizada palabra de disculpa a la pequeñez de mi persona.

Los conservadores movían la cabeza satisfechos.

- ¡Este joven habla bien!. ¡Es modesto!. ¡Raciocina admirablemente! –se decían unos a otros.

[7] Juego chino.
[8] Pura broma.

- ¡Es lástima que no sepa bien gesticular! –observó Capitán Basilio-. ¡Pero ya se ve!, no ha estudiado a Cicerón y aún es muy joven.

- Si os presento, señores, un programa o proyecto –continuó el joven- no lo hago con el pensamiento de que lo encontrareis perfecto, ni lo aceptareis; quiero, al mismo tiempo que me someto a la voluntad de todos, probar a los ancianos que pensamos siempre como ellos, puesto que hacemos nuestras todas las ideas que tan elegantemente ha expresado Capitán Basilio.

- ¡Bien dicho, bien dicho! –decían los lisonjeados conservadores. Capitán Basilio hacía señas al joven para decirle cómo debía mover el brazo y poner el pie. El único que permanecía impasible era el gobernadorcillo, distraído o preocupado: ambas cosas lo parecía.

El joven prosiguió animándose:

- Mi proyecto, señores, se reduce a lo siguiente: inventar nuevos espectáculos que no sean los ordinarios y comunes que vemos cada día y procurar que el dinero recaudado no salga del pueblo, ni se gaste vanamente en pólvoras, sino que se emplee en alguna cosa de utilidad para todos.

- ¡Eso es!, ¡eso es! -asintieron los jóvenes-, eso queremos.

- ¡Muy bueno! –añadieron los viejos.

- ¿Qué sacamos nosotros de una semana de comedia que pide el teniente mayor?. ¿Qué aprendemos con los reyes de Bohemia y Granada, que mandan cortar la cabeza a sus hijas o las cargan en un cañón y luego el cañón se convierte en trono?. Ni somos reyes, ni somos bárbaros, ni tenemos cañones, y si les imitásemos nos ahorcarían en Bagumbayan. ¿Qué son esas princesas que se mezclan en las batallas, reparten tajos y mandobles, pelean con príncipes y vagan solas por montes y valles, como seducidas del *Tikbálang*[9]?. En nuestras costumbres amamos la dulzura y la ternura en la mujer y temeríamos estrechar unas manos de doncella, manchadas en sangre, aún cuando esta sangre fuese la de un moro o gigante; entre nosotros menospreciamos y tenemos por vil al hombre que levanta la mano sobre una mujer, ya sea príncipe, alférez o rudo campesino. ¿No sería mil veces mejor que representásemos la pintura de nuestras propias costumbres, para corregir nuestros vicios y defectos y ensalzar las buenas cualidades?.

- ¡Eso es!, ¡eso es! –repitieron sus partidarios.

- ¡Tiene razón! –murmuraron pensativos algunos viejos.

- ¡En eso no había yo pensado jamás! -murmuró Capitán Basilio.

- Pero, ¿cómo vais a hacer eso? –le objetó el intransigente.

- ¡Muy fácilmente! –contestó el joven-. Traigo aquí dos comedias que seguramente el buen gusto y conocido discernimiento de los respetables ancianos, aquí reunidos, encontrarán muy aceptables y divertidas. Titúlase una "*La Elección del Gobernadorcillo*"; es una comedia en prosa, en cinco actos, escrita por uno de los presentes. La otra en nueve actos para dos noches, es un drama fantástico de carácter satírico, escrito por uno de los mejores poetas de la provincia y se titula "*Mariang Makiling*". Viendo nosotros que se retardaba la discusión de los preparativos de la fiesta y temiendo que nos falte tiempo, hemos buscado en secreto nuestros actores y les hemos hecho aprender sus papeles. Esperamos que con una semana de ensayos tendrán más que lo suficiente para salir airosos de su cometido. Esto, señores, además de ser nuevo, útil y razonable, tiene la gran ventaja de ser económico: trajes no necesitamos, los nuestros sirven, los de la vida común.

[9] El Tikbálang (tikbalang), que unos llaman fantasmas y otros duende, parece ser el genio o diablo que se les aparece en figura de negro o en figura de viejo, o como ellos dicen, en figura de viejo muy pequeño, o de caballo, o de monstruo, etc. Y les mete miedo que vienen a hacer las amistades con él, y le entregan el rosario y reciben de él cosas supersticiosas, como son pelos, hierba, piedras y otras cosas para conseguir cosas prodigiosas.

- ¡Yo costeo el teatro! –exclamó entusiasmado Capitán Basilio.

- ¡Si salen cuadrilleros, presto los míos! –dijo el Capitán de cuadrilleros.

- Y yo... y yo... si necesitan un viejo... –balbuceaba otro y se erguía con prosopopeya.

- ¡Aceptado!, ¡aceptado!. Gritaron muchas voces.

El teniente mayor estaba pálido de emoción, llenáronse de lágrimas sus ojos. "¡Llora de despecho!", pensó el intransigente y gritó:

- ¡Aceptado, aceptado sin discusión!.

Y satisfecho de su venganza y de la completa derrota de su adversario, el hombre empezó a elogiar el proyecto del joven. Este prosiguió:

- Una quinta parte del dinero recaudado se puede emplear para distribuir algunos premios, por ejemplo, al mejor chico de la escuela, al mejor pastor, labrador, pescador, etc. Podremos organizar regatas en el río y en el lago, carreras de caballo, levantar cucañas e instituir otros juegos en que pueden tomar parte nuestros campesinos. Concedo que por razón a nuestra inveteradas costumbres tengamos fuegos artificiales: ruedas y castillos ofrecen espectáculos muy hermosos y divertidos, pero no creo que necesitemos las bombas que propuso el teniente mayor. Para alegrar la fiesta dos bandas de música son suficientes, así evitamos esas riñas y enemistades, que hacen de los pobres músicos, que vienen a alegrar nuestras fiestas con su trabajo, unos verdaderos gallos de pelea, retirándose después mal pagados, mal alimentados, contusos y a veces heridos. Con el dinero que ha de sobrar se puede principiar la construcción de un pequeño edificio para servir de escuela, pues no hemos de esperar que Dios mismo descienda y nos la levante: es triste la cosa que mientras tenemos una gallera de primer orden, nuestros niños aprendan poco menos que en la cuadra del cura. He aquí el proyecto a la ligera: el perfeccionarlo será la obra de todos.

Un alegre murmullo se levantó en la sala: casi todos asentían con el joven, sólo algunos murmuraban:

- ¡Cosas nuevas!, ¡cosas nuevas!. ¡En nuestra juventud...!.

- ¡Aceptémoslo por ahora! –decían los otros-, humillemos a aquél. Y señalaban al teniente mayor.

Cuando se restableció el silencio, todos estaban ya conformes. Faltaba la decisión del gobernadorcillo. Este sudaba, se agitaba inquieto, se pasaba la mano por la frente y por fin pudo tartamudear con los ojos bajos:

- ¡Yo también estoy conforme... pero, ejem!.

Todo el tribunal escuchaba en silencio.

- ¿Pero? –preguntó Capitán Basilio.

- ¡Muy conforme! –repitió el gobernadorcillo-, es decir... no estoy conforme... digo sí, pero...

Y se frotó los ojos con el dorso de la mano.

- Pero el Cura –continuó el infeliz-, el Padre Cura quiere otra cosa.

- ¿Paga el Cura la fiesta o la pagamos nosotros?. ¿Ha dado un cuarto siquiera? –exclamó una voz penetrante.

Todos miraron hacia el sitio de donde partieron estas preguntas: allá estaba el filósofo Tasio. El teniente mayor estaba inmóvil con los ojos fijos mirando al gobernadorcillo.

- Y ¿qué quiere el Cura? –preguntó Capitán Basilio.

- Pues el Padre Cura quiere... seis procesiones, tres sermones, tres grandes misas... y si sobra dinero, comedia de Tondo y canto en los intermedios.

- ¡Pues nosotros no lo queremos! –dijeron los jóvenes y algunos viejos.

- ¡El Padre Cura lo quiere! –repitió el gobernadorcillo. Yo he prometido al Cura que se cumpliría su voluntad.

- Entonces, ¿por qué nos habéis convocado?.

- Precisamente... ¡para decíroslo!.

- Y ¿por qué no lo habéis dicho desde el principio?.

- Quería decirlo, señores, pero Capitán Basilio habló y no he tenido tiempo... ¡Hay que obedecer al Cura!.

- ¡Hay que obedecerle! –repitieron algunos viejos.

- ¡Hay que obedecer, de lo contrario el Alcalde nos encarcela a todos! –añadieron tristemente otros viejos.

- ¡Pues obedeced y haced la fiesta vosotros! –exclamaron los jóvenes levantándose-. Nosotros retiramos nuestra contribución.

- ¡Todo está cobrado ya! –dijo el gobernadorcillo.

D. Filipo se le acercó y le dijo amargamente:

- Sacrifiqué mi amor propio a favor de una buena causa; vos sacrificasteis vuestra dignidad de hombre a favor de una mala y todo lo derribasteis.

Ibarra decía al maestro de escuela:

- ¿Quiere Ud. algo para la cabecera de la provincia?. Hoy parto inmediatamente.

- ¿Tiene Ud. un negocio?.

- ¡Tenemos un negocio! –contestó Ibarra con misterio.

Por el camino decía el viejo filósofo a D. Filipo que maldecía su suerte:

- ¡La culpa es nuestra!. ¡Vosotros no protestasteis cuando os dieron por jefe un esclavo, y yo, loco de mí, lo he olvidado!.

Capítulo 21

HISTORIA DE UNA MADRE

Andaba incierto – volaba errante
Un solo instante – sin descansar...

ALAEJOS

SISA CORRÍA A SU casa con ese trastorno en las ideas que se producen en nuestro ser, cuando en medio de una desgracia nos vemos desamparados de todos y huyen de nosotros las esperanzas. Entonces parece que todo se oscurece en torno nuestro, y si vemos alguna pequeña lucecita brillar a lo lejos, corremos a ella, la perseguimos no importa si en medio del sendero se abre un abismo.

La madre quería salvar a sus hijos, ¿cómo?. Las madres no preguntan por los medios cuando se trata de sus hijos.

Corría desolada, perseguida por los temores y los siniestros presentimientos. ¿Habrían preso ya a su hijo Basilio?. ¿A dónde ha huido su hijo Crispín?.

Cerca de su casa distinguió los capacetes de dos soldados por encima del cercado de su huerta. Imposible describir lo que pasó en su corazón: olvidóse de todo. Ella no ignoraba la audacia de aquellos hombres que no guardaban miramientos aún con los más ricos del pueblo; ¿qué iba a ser ahora de ella y de sus hijos, acusados de hurto?..

Los guardias civiles no son hombres, sólo son guardias civiles: no oyen súplicas y están acostumbrados a ver lágrimas.

Sisa, instintivamente, levantó los ojos al cielo y el cielo sonreía con luz inefable: algunas blancas nubecillas nadaban en el transparente azul. Detúvose para reprimir el temblor que se apoderaba de todo su cuerpo.

Los soldados dejaban la casa y venían solos: no habían prendido más que la gallina que Sisa engordaba. Respiró y cobró ánimo.

- ¡Qué buenos son y qué corazón tienen! –murmuró casi llorando de alegría.

Hubieran los soldados quemado la casa pero dejando en libertad a sus hijos y ella los habría colmado de bendiciones.

Miró otra vez agradecida al cielo, que surcaba una bandada de garzas, esas nubes ligeras de los cielos de Filipinas y, renaciendo en su corazón la confianza, prosiguió su camino.

Al aproximarse a aquellos hombres temibles, Sisa hacía de mirar a todas partes como distraída y fingía no ver su gallina, que piaba pidiendo socorro. Apenas pasó a su lado, quiso correr, pero la prudencia moderó sus pasos.

No se había alejado mucho cuando oyó que la llamaban imperiosamente. Estremecióse, pero hízose la desentendida y continuó andando. Tornaron a llamarla, pero esta vez con un grito y una palabra insultante. Volvióse a pesar suyo toda pálida y temblorosa. Un guardia civil le hacía señas con la mano.

Asercóso Sisa maquinalmente, sintiendo su lengua paralizarse de terror y secándose la garganta.

- ¡Dinos la verdad o si no te atamos a aquel árbol y te pegamos dos tiros! –dijo uno de ellos con voz amenazadora.

La mujer miró hacia el árbol.

- ¿Eres la madre de los ladrones tú? –preguntó el otro.

- ¡Madre de los ladrones! –repitió Sisa maquinalmente.

- ¡Ah!, el dinero....

- ¡No nos lo niegues, que será peor para ti –añadió el otro-. Hemos venido para prender a tus hijos y el mayor se nos ha escapado; ¿dónde has escondido al menor?.

Al oír esto Sisa respiró.

- ¡Señor! –contestó-, hace muchos días que no he visto a mi hijo Crispín: esperaba verle esta mañana en el convento y allí solamente me dijeron que...

Los soldados cambiaron una mirada significativa.

- ¡Bueno! –exclamó uno de ellos-, danos el dinero y te dejaremos en paz.

- ¡Señor! –suplicó la desgraciada mujer-, mis hijos no roban aunque tengan hambre: estamos acostumbrados a padecerla. Basilio no me ha traído ni un cuarto; registrad toda la casa y si encontráis un solo real, haced de nosotros lo que queráis. ¡Los pobres, no somos todos ladrones!.

- Entonces –repuso el soldado lentamente y fijando sus miradas en los ojos de Sisa- vienes con nosotros, tus hijos ya procurarán aparecer y soltar el dinero que han robado. ¡Síguenos!.

- ¿Yo?... ¿seguiros? –murmuró la mujer retrocediendo y mirando con espanto los uniformes de los soldados.

- Y ¿por qué no?.

- ¡Ah! ¡compadeceos de mi! –suplicó casi de roidillas-. Soy muy pobre, no tengo ni oro, ni alhajas que ofreceros: lo único que tenía me lo habéis sacado ya, la gallina que yo pensaba vender... ¡llevaos todo lo que encontréis en mi choza, pero dejadme aquí en paz, dejadme aquí morir!.

- ¡Adelante!, tienes que venir, y si no sigues a gusto te ataremos.

Sisa rompió en amargo llanto. Aquellos hombres eran inflexibles.

- ¡Dejadme al menos ir delante a una distancia! –suplicó cuando sintió que la cogían brutalmente y la empujaban.

Los dos soldados se conmovieron y conferenciaron entre sí en voz baja.

- ¡Bien! –dijo uno-, como de aquí hasta que entremos en el pueblo puedes correr, estarás entre nosotros dos. Una vez allá podrás marchar delante a unos veinte pasos, pero ¡cuidado!, no entres en ninguna tienda, ni te detengas. ¡Adelante y aprisa!.

Vanas fueron las súplicas, vanas las razones, inútiles las promesas. Los soldados decían que se comprometían bastante y le concedían demasiado.

Al verse en medio de los dos sintió morirse de vergüenza. Nadie, es verdad, venía en el camino, pero y ¿el aire y la luz del día?. El verdadero pudor ve miradas en todas partes. Cubrióse la cara con el pañuelo y marchando a ciegas lloró en silencio sobre la humillación. Conocía su miseria, sabía que era abandonada de todos, hasta de su mismo marido, pero hasta ahora se había considerado honrada y estimada: hasta ahora había mirado con compasión a aquellas mujeres, vestidas escandalosamente, que el pueblo denomina concubinas de los soldados. Ahora le parecía haber descendido una grada más que aquellas en la escala de la vida.

Oyéronse pisadas de caballos: eran los que llevaban pescados a los pueblos del interior. Hacían sus viajes en pequeñas caravanas hombres y mujeres, montados en malos jacos, entre dos cestos colgados a los costados del animal. Varios de ellos, al pasar delante de su choza, le habían pedido agua para beber y regalado algunos pescados. Ahora al pasar a su lado, le parecía que la atropellaban y pisoteaban y que sus miradas, compasivas o desdeñosas, penetraban a través de su pañuelo y dardeaban su cara.

Al fin los viajeros se alejaron y Sisa suspiró. Apartó un instante el pañuelo para ver si aún estaban lejos del pueblo. Quedaban algunos postes de telégrafos antes de llegar al *bantáyan*[1] o garita. Jamás le había parecido tan larga aquella distancia.

A orillas del camino crecía un frondoso cañaveral a cuya sombra descansaba ella en otros tiempos. Allí le daba dulce conversación su novio; él la ayudaba a llevar el cesto de frutas y legumbres; ¡ay!, aquello pasó como un sueño; el novio fue marido y al marido le hicieron *cabeza de barangay* y entonces la desgracia comenzó a llamar a su puerta.

Como el sol empezaba a arder, preguntáronle los soldados si quería descansar.

- ¡Gracias! –respondió horrorizada.

Pero donde se apoderó de ella verdadero terror fue al acercarse al pueblo. Angustiada, dirigió una mirada en torno: vastos arrozales, un pequeño canal de riego, árboles raquíticos; ¡ni un precipicio ni una roca contra la cual estrellarse!. Arrepintióse de haber seguido a los soldados hasta allí; echó de menos el profundo río que corría cerca de su choza, ¡cuyas altas orillas, sembradas de puntiagudas rocas, ofrecían tan dulce muerte!. Pero el pensamiento de sus hijos, de su hijo Crespín cuya suerte aún ignoraba, la alumbró en aquella noche, y pudo murmurar resignada:

- ¡Después... después iremos a vivir en el fondo del bosque!.

Secóse los ojos, procuró serenarse y dirigiéndose a los guardias, les dijo en voz baja:

- ¡Ya estamos en el pueblo!.

Su acento era indefinible; era queja, reconvención, lamento: era una plegaria, era el dolor condensado en sonido.

[1] Estación de guardias o vigilancia municipales. *Bantays*: especie de cuerpos de guardia en donde tienen lumbre por la noche; están por lo regular colocados en el centro del pueblo, a la salida de él, y de cuarto en cuarto de hora por las carreteras: se hallan provistos de campanas para tocar alarma en caso de necesidad.

Los soldados, conmovidos, le respondieron con un gesto. Sisa se adelantó rápidamente y procuró afectar un aire tranquilo.

En aquel momento empezaron a repicar las campanas anunciando que había terminado la misa mayor. Sisa avivó el paso para no encontrarse, si posible era, con la gente que salía. ¡Pero en vano!, no había medio de esquivar su encuentro.

Saludó con amarga sonrisa a dos conocidas suyas que la interrogaban con la mirada, y en adelante, para evitarse aquellas mortificaciones, bajó la cabeza y sólo se puso a mirar al suelo, ¡y cosa extraña!, tropezaba con las piedras del camino.

La gente se paraba un momento al verla, conversaban entre sí siguiéndola con los ojos: todo esto lo veía, lo sentía a pesar de tener constantemente los ojos bajos.

Oyó una voz desvergonzada de mujer que preguntaba detrás de ella casi gritando:

- ¿Dónde la habéis cogido?. Y ¿el dinero?.

Era una mujer sin tapiz, saya amarilla y verde y camisa de gasa azul; se la podía conocer por su traje que era una querida de la soldadesca.

Sisa creyó sentir un bofetón: aquella mujer la había desnudado delante de la multitud. Levantó un momento sus ojos para saciarse en la burla y en el desprecio; vio a la gente lejos, muy lejos de ella; sin embargo, sentía el frío de sus miradas y oía sus cuchicheos. La pobre mujer andaba sin sentir el suelo.

- ¡Eh, por aquí! –le gritó un guardia.

Como un autómata cuyo mecanismo se rompe, giró rápidamente sobre sus talones. Y sin ver nada, sin pensar, corrió a esconderse; vio una puerta con un centinela, trató de penetrar por ella, pero otra voz, más imperiosa aún, la apartó de su camino. Con paso vacilante buscó la dirección de aquella voz, sintió que la empujaban por las espaldas, cerró los ojos, dio dos pasos y faltándole las fuerzas, se dejó caer en el suelo, primero de rodillas y sentada después. Un llanto sin lágrimas, sin gritos, sin ayes, la agitaba convulsivamente.

Aquello era el cuartel. Allí había soldados, mujeres, cerdos y gallinas. Algunos cosían sus ropas mientras su querida estaba acostada sobre el banco, teniendo por almohada el muslo del hombre, fumando y mirando aburrida hacia el techo. Otras ayudaban a los hombres a limpiar las prendas de vestir, las armas, etc., cantando a media voz canciones lúbricas.

- ¡Parece que los pollos se han escapado!. ¡No traéis más que la gallina! –dijo una mujer a los recién llegados: no se ha averiguado si ella aludía a Sisa o a la gallina que continuaba piando.

- ¡Si, siempre vale más la gallina que los pollos! –se contestó ella misma cuando vio que los soldados se callaban.

- ¿Donde está el sargento? –peguntó en tono disgustado uno de los guardias civiles-. ¿Han dado ya parte al alférez?.

Movimientos de hombros que se encogían fueron las contestaciones: nadie se molestaba para averiguar acerca de la suerte de la pobre mujer. Allí pasó ella dos horas en un estado de semi-imbecilidad, acurrucada en un rincón, oculta la cabeza entre las manos los cabellos desgreñados y en desorden. Al mediodía se enteró el alférez, y lo primero que hizo fue no dar crédito a la actuación del cura.

- ¡Bah!, ¡cosas del mezquino fraile! –dijo y ordenó que soltaran a la mujer y que no se ocupase nadie del asunto-. ¡Si quiere recobrar lo perdido, que lo pida a su S. Antonio o que se queje al nuncio!. ¡Vaya!.

A consecuencia de esto, Sisa fue echada del cuartel, casi a empujones, porque ella no quería moverse. Al verse en medio de la calle, echó a andar maquinalmente hacia su casa, aprisa, la cabeza descubierta, el cabello desarreglado y la mirada fija en el lejano horizonte. El sol ardía en su cenit y no había una nube que velara su

resplandeciente disco; el viento agitaba débilmente las hojas de los árboles, el camino estaba ya casi seco; ni un ave se atrevía a dejar la sombra de las ramas.

Sisa llegó al fin a su casita. Entró en ella, muda, silenciosa; la recorrió, salió, echó a andar en todas direcciones. Corrió después a casa del viejo Tasio, llamó a la puerta, pero el viejo no estaba allí. La infeliz volvió a su casa y empezó a llamar a gritos: ¡Basilio!, ¡Crispín!, deteniéndose a cada momento y aplicando el oído con atención. El eco repetía su voz; el dulce susurro del agua en el vecino río, la música de las hojas de las cañas eran las únicas voces de la soledad. Volvía a llamar, subía a una altura, bajaba a un barranco, descendía al río, sus ojos erraban con expresión siniestra, se iluminaban de cuando en cuando con vivos resplandores, después se oscurecían, como el cielo en una noche de tormenta: diríase que la luz de la razón chisporroteaba y estaba próxima a apagarse.

Volvió a subir a su casita, sentóse en la estera donde se acostaron la noche anterior, levantó los ojos y vio un jirón de la camisa de Basilio en el extremo de una caña del *dinding*[2] o tabique, que cae cerca del precipicio. Levantóse, cogiólo y lo examinó a la luz del sol: el jirón tenía manchas de sangre. Pero Sisa acaso no las viera pues bajó y continuó examinándolo en medio de los rayos abrasadores, levantándolo a lo alto; y como si sintiese oscurecerse todo y le faltase la claridad, miró al sol frente a frente y con los ojos desmesuradamente abiertos.

Siguió aún vagando de un lado a otro, gritando o aullando extraños sonidos; habría tenido miedo quien la hubiese oído: su voz tenía un raro timbre como no suele producir la laringe humana. Durante la noche, cuando la tempestad brama y el viento vuela con vertiginosa rapidez batiendo con sus invisibles alas un ejército de sombras que le persiguen, si os encontráis en un edificio arruinado y solitario, oís ciertos quejidos, ciertos suspiros que supondréis ser el roce del viento al azotar las altas torres o derruidos muros, pero que os llenan de terror y hacen que os estremezcáis sin poderlo remediar; pues bien, el acento de aquella madre era aún más lúgubre que esos desconocidos lamentos en las noches oscuras cuando brama la tempestad.

Así la sorprendió la noche. Quizás el cielo le concediera algunas horas de sueño durante las cuales el ala invisible de un ángel, rozando su pálido semblante, haya borrado su memoria reducida toda a dolores; quizás tantos sufrimientos no estarían a la medida de la débil resistencia humana e intervendría entonces la Madre Providencia con su dulce lenitivo, el olvido; sea ello lo que fuese, es el caso que al día siguiente, Sisa vagaba sonriendo, cantando o hablando con todos los seres de la Naturaleza.

Capítulo 22

LUCES Y SOMBRAS

HAN PASADO TRES DÍAS desde los acontecimientos que hemos narrado. Estos tres días con sus noches ha dedicado el pueblo de San Diego en hacer preparativos de la fiesta y comentarios, murmurando al mismo tiempo. Mientras saboreaban los futuros regocijos, unos hablaban mal del gobernadorcillo, otros del teniente mayor, otros de los jóvenes, y no faltaba quien echase la culpa de todo a todos.

[2] Palabra tagala que significa tabique o partición interior de una casa.

Librodot

Comentaban la llegada de María Clara, acompañada de la tía Isabel. Se alegraban de ello porque la querían, y a la vez que admiraban mucho su hermosura, se admiraban también de los cambios que sufría el carácter del P. Salví. “Se distrae muchas veces durante el santo oficio; no habla ya mucho con nosotras y se pone a ojos vista más delgado y taciturno”, decían sus penitentes. El cocinero le veía enflaquecer por minutos y se quejaba del poco honor que le hacía a sus platos. Pero lo que más exaltaba la murmuración de la gente era el hecho de verse en el convento más de dos luces durante la noche mientras P. Salví está de visita en una casa particular... ¡en casa de María Clara!. Las beatas se hacían cruces pero continuaban murmurando.

Juan Crisóstomo Ibarra había telegrafiado desde la cabecera de la provincia saludando a la tía Isabel y a su sobrina, pero sin explicar la causa de su ausencia. Muchos le creían preso por su conducta con el P. Salví en la tarde del día de Todos los Santos. Pero los comentarios subieron de punto cuando, a la tarde del tercer día, le vieron bajar de su coche delante de la casita de su futura y saludar cortésmente al religioso que también se dirigía a ella. De Sisa ni de sus hijos nadie se ocupaba.

Si ahora vamos a la casa de María Clara, un hermoso nido entre naranjos e ilangilang, alcanzaremos aún a los dos jóvenes asomados a una ventana que da vistas al lago. Sombreábanla flores y enredaderas que trepaban en cañas y alambres esparciendo un ligero perfume.

Sus labios murmuran palabras, más suaves que el susurro de las hojas y más perfumadas que el aire impregnado de aromas que vaga por el jardín. Era la hora que las sirenas del lago, aprovechándose de las sombras del rápido crepúsculo de la tarde, asomaban por encima de las olas sus alegres cabecitas para admirar y saludar con sus cantos al sol moribundo. Dicen que sus ojos y cabellos son azules, que van coronados de plantas acuáticas con flores blancas y rojas; dicen que de cuando en cuando descubre la blanca espuma sus esculturales formas, más blancas aún que la espuma misma, y que al descender completamente la noche empiezan ellas sus divinos juegos y dejan oír acordes misteriosos como de arpas eólicas; dicen también... pero volvamos a nuestros jóvenes y oigamos el final de su conversación. Ibarra decía a María Clara:

- Mañana antes que raye el alba se cumplirá tu deseo. Esta noche lo dispondré todo para que nada falte.

- Entonces escribiré a mis amigas para que vengan. ¡Haz de modo que no pueda seguir el cura!.

- Y ¿por qué?.

- Porque parece que me vigila. Me hacen daño sus ojos hundidos y sombríos; cuando los fija en mí me dan miedo. Cuando me dirige la palabra, tiene una voz... Me preguntó una vez si había soñado en cartas de mi madre; creo que está medio loco. Mi amiga Sinang y Andeng, mi hermana de leche, dicen que está algo tocado porque no come ni se baña y vive a oscuras. ¡Haz que no venga!.

- No podemos menos de no invitarle –contesta Ibarra pensativo-. Las costumbres del país lo requieren; está en tu casa y además se ha portado contigo con nobleza. Cuando el Alcalde le consultó sobre el negocio de que te he hablado, sólo ha tenido alabanzas para mí y no ha pretendido poner el más pequeño obstáculo. Pero veo que te pones seria; descuida que no nos podrá acompañar en la barca.

Oyéronse ligeros pasos; era el cura que se acercaba con una forzada sonrisa en los labios.

- ¡El viento es frío! –dijo-, cuando se coge un catarro no se le suelta hasta que venga el calor. ¿No temen Uds. resfriarse?.

Librodot

Su voz era temblorosa y sus miradas se dirigían al lejano horizonte: no miraba a los jóvenes.

- ¡Por el contrario, la noche nos parece agradable y el viento delicioso! –contestó Ibarra-. En estos meses tenemos nuestro otoño y nuestra primavera; caen algunas hojas pero brotan siempre flores.

Fr. Salví suspiró.

- Hallo muy hermoso el consorcio de estas dos estaciones sin que intervenga el frío invierno –continuó Ibarra-. En febrero brotarán las yemas en las ramas de los árboles frutales, y en marzo tendremos ya las frutas maduras. Cuando vengan los meses de calor nos *iremos* a otra parte.

Fr. Salví se sonrió. Empezaron a hablar de cosas indiferentes, del tiempo, del pueblo, de la fiesta; María Clara buscó un pretexto y se alejó.

- Y pues que hablamos de fiestas, permítame Ud. que le invite a la que celebramos mañana. Es una fiesta campestre que mutuamente nos damos nuestros amigos y nosotros.

- Y ¿en donde se hará?.

- Las jóvenes la desean en el arroyo que corre en el vecino bosque, cerca del *baliti*: por eso nos levantaremos temprano para que no nos alcance el sol.

El religioso reflexionó; un momento después contestó:

- La invitación es muy tentadora y la acepto para probarle que ya no le guardo rencor. Pero tendré que ir más tarde, después que haya cumplido con mis obligaciones. ¡Feliz Ud. que está libre, enteramente libre!.

Minutos después Ibarra se despedía para cuidar de la fiesta del día siguiente. Era ya noche oscura. En la calle se le acercó uno que le saludó reverentemente.

- ¿Quién sois? –preguntó Ibarra.

- No conocéis, señor, mi nombre –contestó el desconocido-. Os he estado esperando dos días.

- Y ¿por qué?.

- ¡Porque en ninguna parte se han apiadado de mí!, porque dicen que soy un bandido, señor. ¡Pero he perdido mis hijos, mi mujer está loca y todos dicen que merezco mi suerte!.

Ibarra examinó rápidamente al hombre y preguntó.

- ¿Qué queréis ahora?.

- ¡Implorar vuestra piedad para mi mujer y mis hijos!.

- No puedo detenerme, contestó Ibarra. Si queréis seguirme, caminando me podréis contar lo que os ha sucedido.

El hombre dio las gracias y pronto desaparecieron en las tinieblas de las mal alumbradas calles.

Capítulo 23

LA PESCA

TODAVÍA BRILLABAN LAS estrellas en la bóveda de zafir y las aves dormitaban aún en las ramas, cuando una alegre comitiva recorría ya las calles del pueblo, dirigiéndose al lago, a la alegre luz de las antorchas de brea, que llaman comúnmente *bucpes*.

Eran cinco jovencitas que marchaban aprisa, cogidas de las manos o de la cintura, seguidas de algunas ancianas y de varias criadas que llevaban graciosamente sobre sus cabezas cestos llenos de provisiones, platos, etc. Al ver los semblantes en que ríe la juventud y brillan las esperanzas; al contemplar cómo flota al viento la abundante y negra cabellera y los anchos pliegues de sus vestidos, las tomaríamos por divinidades de la noche huyendo del día, si no supiésemos que son María Clara con sus cuatro amigas: la alegre Sinang, su prima, la severa Victoria, la hermosa Iday y la pensativa Neneng, la belleza modesta y temerosa.

Conversaban animadamente, reían, se pellizcaban, se hablaban al oído y después prorrumpían en carcajadas.

- ¡Vais a despertar a la gente que aún está durmiendo! –les reprendía tía Isabel-; cuando éramos jóvenes no alborotábamos tanto.

- ¡Tampoco madrugarían Uds. como nosotras, ni serían los viejos tan dormilones! –contestaba la pequeña Sinang.

Callábanse un momento, procuraban bajar la voz, pero pronto se olvidaban, reían y llenaban la calle con sus juveniles y frescos acentos.

- ¡Hazte la resentida; no le hables! –decía Sinang a María Clara-, ¡ríñele para que no se acostumbre mal!.

- ¡No seas tan exigente! –decía Iday.

- ¡Sé exigente, no seas tonta!. ¡El novio debe obedecer mientras es novio que después cuando es marido hace lo que le da la gana! –aconsejaba la pequeña Sinang.

- ¿Qué entiendes tú de eso, niña? –le corregía su prima Victoria.

- ¡Sst, silencio, que vienen!.

En efecto, venía un grupo de jóvenes alumbrándose con grandes antorchas de caña. Marchaban bastante serios al son de una guitarra.

- ¡Parece guitarra de mendigo! –dijo Sinang.

Cuando los dos grupos se encontraron, eran las mujeres las que guardaban un continente serio y formal como si aún no hubiesen aprendido a reír; por el contrario, los hombres hablaban, saludaban, sonreían y hacían seis preguntas para obtener media contestación.

- ¿Está el lago tranquilo?. ¿Creéis que vamos a tener buen tiempo? –preguntaban las madres.

- ¡No os inquietéis, señoras, yo no sé nadar bien! –contestaba un joven flaco, alto y delgado.

- ¡Debíamos antes haber oído misa! – suspiraba tía Isabel juntando las manos.

- Aún hay tiempo señora; Albino, que en su tiempo fue seminarista, la puede decir en la barca –contestó otro señalando al joven flaco y alto.

Este que tenía una fisonomía de socarrón, al oír que le aludían, adoptó un ademán compungido, caricaturizando al P. Salví. Ibarra, sin perder su seriedad, tomaba también parte en la alegría de sus compañeros.

Al llegar a la playa, escapáronse involuntariamente de los labios de las mujeres exclamaciones de asombro y alegría. Veían dos grandes barcas, unidas entre sí, pintorescamente adornadas con guirnaldas de flores y hojas, con telas abollonadas de varios colores: farolitos de papel colgaban de la improvisada cubierta alternando entre rosas y claveles, frutas como piñas, kasuy, plátanos, guayabas y lanzones, etc. Ibarra había traído sus alfombras, tapices y cojines, y formando con ellos cómodos asientos para las mujeres. Los *tikines*[1] y los remos tenían también sus adornos. En la barca mejor adornada había un arpa, guitarras, acordeones y un cuerno de carabao; en la

[1] De la palabra tagala *tikin* en plural. Pértiga, por lo común de caña de bambú, que se usa para dar impulso a las embarcaciones menores en los ríos, apoyando una de sus extremidades en el fondo del agua.

Librodot

otra ardía el fuego en *kalanes*[2] de barro; preparábase té, café y *salabat*[3] para el desayuno.

- ¡Aquí las mujeres, allí los hombres! –decían las madres al embarcarse-. ¡Estaos quietas!. No moverse mucho que vamos a naufragar.

- ¡Hacer antes la señal de la cruz! –decía tía Isabel persignándose.

- Y ¿estaremos aquí tan solas? –preguntaba Sinang haciendo mohín-. ¿Nosotras solamente?... ¡aray![4].

Este *¡aray!* lo causaba un pellizco que a tiempo le propinó su madre.

Las barcas se iban alejando lentamente de la playa reflejando la luz de los faroles en el espejo del lago, completamente tranquilo. En el Oriente aparecían las primeras tintas de la aurora.

Reinaba bastante silencio; la juventud, con la separación establecida por las madres, parecía dedicarse a la meditación.

- ¡Ten cuidado! –dijo en voz alta Albino, el seminarista, a otro joven-, pisa bien la estopa que hay debajo de tu pie.

- ¿Pues?.

- Puede saltar y entrar el agua: esta barca tiene muchos agujeros.

- ¡Ay, que nos hundimos! –gritaron las mujeres espantadas.

- ¡No tengáis cuidado, señoras! –les tranquiliza el seminarista-. Esa barca está segura: tiene más de cinco agujeros y no muy grandes.

- ¡Cinco agujeros!. ¡Jesús!. ¿Es que queréis ahogarnos? –exclamaron las mujeres horrorizadas.

- ¡Nada más que cinco, señoras, y así de grandes! –aseguraba el seminarista enseñándoles la pequeña circunferencia formada por sus dedos índice y pulgar-. Pisad bien las estopas para que no salten.

- ¡Dios mío!. ¡María Santísima!. ¡Ya entra agua! –gritó una vieja que sentía mojarse.

Hubo un pequeño tumulto; unas chillaban, otras pensaban saltar al agua.

- ¡Pisad bien las estopas allí! –continuaba Albino señalando hacia el sitio donde están las jóvenes.

- ¿Dónde?. ¿Dónde?. ¡Dios!. ¡No lo sabemos!. ¡Por piedad, venid que no lo sabemos! –imploraban las temerosas mujeres.

Fue menester que cinco jóvenes pasasen a la otra barca para tranquilizar a las aterradas madres. ¡Casualidad!, parecía que al lado de cada una de las dalagas había un peligro: las viejas no tenían juntas ni un agujero comprometido. ¡Y más casualidad aún!, Ibarra estaba sentado al lado de María Clara, Albino al de Victoria, etc. La tranquilidad volvió a reinar en el círculo de las cuidadosas madres, pero no en el de las jóvenes.

Como el agua estaba completamente tranquila, los corrales de pesca no lejos, y era aún muy temprano, se decidió porque se dejasen los remos y todo el mundo desayunase. Apagáronse los faroles pues la aurora iluminaba ya el espacio.

- ¡No hay cosa que pueda compararse con el *salabat* tomado por la mañana antes de ir a misa! –decía Capitana Ticâ, la madre de la alegre Sinang-, tomad *salabat* con poto[5], Albino, y veréis que hasta tendréis ganas de rezar.

[2] Plural de la palabra tagala *kalan*; trípode de piedra que sirve de fogón.

[3] Bebida, compuesta de agua, azúcar, un poco de jengibre y de canela, juntamente cocidos y hervidos algún rato. Suele tomarse en ayunas para fortificar el estómago y también se emplea como desayuno, tomándolo con el arroz cocido en blanco en lugar del chocolate o café.

[4] Grito espontáneo de dolor físico.

[5] Comistrajo filipino parecido a una pasta que se prepara con harina de arroz con agua (galapong), lejía vegetal y jarabe, cocido al vapor.

- Es lo que hago –contestó éste-, pienso confesarme.

- ¡No! –decía Sinang-, tomad café que da ideas alegres.

- Ahora mismo, porque me siento un poco triste.

- ¡No hagáis eso! –le advertía tía Isabel-, tomad té con galletas; dicen que el té tranquiliza el pensamiento.

- ¡También tomaré té con galletas! –contestaba el complaciente seminarista-, por fortuna ninguna de estas bebidas es el catolicismo.

- Pero ¿podéis...? –pregunta Victoria.

- ¿Tomar también chocolate?. ¡Ya lo creo!. Con tal que el almuerzo no tarde mucho...

La mañana era hermosa: las aguas comenzaban a brillar de la luz directa del cielo y de la reflejada por las aguas, resultaba una claridad que iluminaba los objetos, casi sin producir sombras, una claridad brillante y fresca, saturada de colores, que adivinamos en algunas marinas.

Casi todos estaban alegres, aspiraban la ligera brisa que comenzaba a despertarse: hasta las madres, tan llenas de prevenciones y advertencias reían y bromeaban entre sí.

- ¿Te acuerdas? –decía una a Capitana Ticâ- ¿te acuerdas cuando nos bañábamos en el río, cuando aún éramos solteras?. Descendían a lo mejor la corriente, en barquitas hechas con cortezas de plátano, frutas de varias clases entre olorosas flores. Cada una llevaba una banderita en donde leíamos nuestros nombres...

- Y ¿cuándo volvíamos a casa? –añadía otra sin dejar concluir a la primera-, encontrábamos los puentes de caña destrozados y entonces teníamos que vadear los arroyos... ¡los pícaros!.

- ¡Sí! –decía Capitana Ticâ-, pero yo prefería mojar los bordes de mi falda antes de descubrir el pie: sabía que en los matorrales de la orilla había ojos que observaban.

Las jóvenes que oían estas cosas se guiñaban y sonreían, las demás tenían sus propias conversaciones y no hacían caso. Sólo un hombre, el que hacía el oficio de piloto, permanecía silencioso y ajeno a toda aquella alegría. Era un joven de formas atléticas y de una fisonomía interesante por sus grandes ojos tristes y el severo dibujo de sus labios. Los cabellos negros, largos y descuidados, caían sobre su robusto cuello; una camisa de tela basta y oscura dejaba adivinar al través de sus pliegues los poderosos músculos que contribuían con sus nervudos y desnudos brazos a manejar, como una pluma, un ancho y descomunal remo, que le servía de timón para guiar las dos barcas.

María Clara le había sorprendido más de una vez observándola: él entonces volvía rápidamente la vista a otra parte y miraba a lo lejos, al monte, a la orilla. Compadecióse la joven de su soledad y cogiendo unas galletas se las ofreció. El piloto la miró con cierta sorpresa, pero esta mirada sólo duró un segundo; tomó una galleta y dio las gracias brevemente y en voz apenas perceptible. Y nadie volvió a acordarse de él. Las alegres risas y las ocurrencias de los jóvenes no contraían ningún músculo de su rostro; no le hacía sonreír la alegre Sinang recibiendo pellizcos que la obligaban a fruncir las cejas un instante para volver otra vez a su alegría como antes.

Concluido el desayuno, continuaron la excursión hacia los corrales de pesca. Estos eran dos, colocados a cierta distancia uno del otro: ambos pertenecían a Capitán Tiago. Desde lejos veíanse garzas posadas sobre las puntas de las cañas del cercado, en actitud contemplativa, mientras algunas aves blancas, que los tagalos llaman *kalauay*, volaban en distintas direcciones, rozando con sus alas la superficie del lago y llenando el aire de estridentes graznidos.

Librodot

María Clara siguió con la vista a las garzas que, al aproximarse las barcas, echáronse a volar en dirección hacia el vecino monte.

- ¿Anidan esas aves en el monte? –preguntó ella al piloto, acaso más que para saberlo, para hacerle hablar.

- Probablemente, *señora* -contestó-, pero nadie hasta ahora ha visto sus nidos.

- ¿No tienen nidos esas aves?.

- Supongo que deben tenerlos, pues si no, serían muy desgraciadas.

María Clara no notó el acento de tristeza con que pronunció el piloto estas palabras.

- ¿Entonces?.

-Dicen, señora –contestó el joven-, que los nidos de esas aves son invisibles y poseen la cualidad de hacer invisible al que los tenga en su poder; y, como el alma que sólo se ve en el terso espejo de los ojos, es también en el espejo de las aguas donde únicamente estos nidos se dejan contemplar.

María Clara se puso pensativa. Entretanto habían llegado al *baklad*: el viejo barquero ató las embarcaciones a una caña.

- ¡Espera! –dijo tía Isabel al hijo del viejo que se preparaba a subir provisto de su *panalok*, o sea, la caña con la bolsa de red-, es menester que esté dispuesto el *sinigang* para que los peces pasen del agua al caldo.

- ¡Buena tía Isabel! –exclamó el seminarista-, no quiere que el pez pueda echar de menos ni un momento el agua.

Andeng, la hermana de leche de María Clara, a pesar de su cara limpia y alegre, tenía fama de buena cocinera. Preparó agua de arroz, tomates y camias, ayudándola o estorbándola algunos que acaso querían merecer sus simpatías. Las jóvenes limpiaban los cogollos de calabaza, los guisantes, y cortaban los *paayap*[6] en cortos pedazos, largos como cigarrillos.

Para distraer la impaciencia de los que deseaban ver cómo saldrían los peces de su cárcel, vivitos y coleando, la hermosa Iday cogió el arpa: Iday no solamente tocaba este instrumento sino que tenía además muy hermosos dedos.

La juventud batió las palmas, María Clara le dio un beso: el arpa es el instrumento que más se toca en aquella provincia y era el propio de aquellos momentos.

- ¡Canta, Victoria, la canción del matrimonio! –pidieron las madres.

Los hombres protestaron y Victoria, que tenía buena voz, se quejó de ronquera: “La canción del Matrimonio” es una hermosa elegía tagala en que se pintan todas las miserias y tristezas de este estado, sin mentar ninguna de sus alegrías.

Entonces pidieron que cantase María Clara:

- Todas mis canciones son tristes.

- ¡No importa, no importa! –dijeron todas.

No se hizo mas de rogar, cogió el arpa, tocó un preludio y cantó con voz vibrante, armoniosa y llena de sentimiento.

¡Dulces las horas en la propia patria
Donde es amigo cuando alumbra el sol,
Vida es la brisa que en sus campos vuela
Grata la muerte y más tierno el amor!

Ardientes besos en los labios juegan,
De una madre en el seno al despertar,

[6] Fruto de una especie de habichuela *(Averrolia carambola)*.

Buscan los brazos a ceñir el cuello,
Y los ojos sonríense al mirar.

Dulce es la muerte por la propia patria,
Donde es amigo cuando alumbra el sol;
¡Muerte es la brisa para quién no tiene
Una patria, una madre y un amor!.

Extinguióse la voz, cesó el canto, enmudeció el arpa y aún seguían escuchando: ninguno aplaudió. Las jóvenes sentían sus ojos llenarse de lágrimas, Ibarra parecía contrariado y el joven piloto miraba inmóvil a lo lejos.

De repente se oyó un atronador estruendo: las mujeres soltaron un grito y se taparon las orejas. Era el ex seminarista Albino que soplaba con toda la fuerza de sus pulmones en el cuerno de carabao, llamado *tambulî*[7]. La risa y la animación volvieron; los ojos, llenos de lágrimas, retozaron.

- Pero ¿es que nos vas a volver sordas, hereje? –le gritó tía Isabel.

-¡Señora! –contestó el ex-seminarista solemnemente-, he oído hablar de un pobre trompetero, allá en las orillas del Rhin, que por tocar trompeta se casó con una noble y rica doncella.

- Es verdad, el Trompetero de Säckingen! –añadió Ibarra, no pudiendo menos de tomar parte en la nueva animación.

- ¿Lo oís? –contestó Albino-, pues yo quiero ver si tengo la misma suerte.

Y volvió a soplar aún con más bríos en el resonante cuerno, acercando particularmente la trompa a los oídos de las jóvenes que más tristes se habían puesto. Naturalmente, hubo un pequeño alboroto; las madres le hicieron callar a fuerza de chinelazos y pellizcos.

- ¡Aray!, ¡aray! –decía palpándose los brazos-. ¡La distancia que separa Filipinas de las orillas del Rhin!. *¡Oh tempora!, ¡oh mares!*[8]. ¡A unos les dan encomiendas y a otros sambenitos!.

Ya todas reían, hasta la Victoria misma; sin embargo, Sinang, la de los alegres ojos, decía en voz baja a María Clara:

- ¡Feliz tú!. ¡Ay, yo también cantaría si pudiese!.

Andeng anunció al fin que el caldo estaba ya dispuesto a recibir a sus huéspedes.

El jovencito, el hijo del pescador, subió entonces sobre el encerradero o bolsa del corral, colocado en el extremo más estrecho de éste, donde se podía escribir el *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate*[9], si los desgraciados peces supieran leer italiano y entenderlo: pez que entra allí no salía sino para morir. Es un espacio casi circular de un metro de diámetro aproximadamente dispuesto de manera que un hombre puede tenerse de pie en la parte superior, para desde allí retirar los peces con la redecilla.

- ¡Allí sí que no me aburriría el pescar con caña! –decía Sinang estremeciéndose de placer.

Todos estaban atentos: ya algunos creían ver los peces colear y agitarse dentro de la red, brillar sus relucientes escamas, etc. Sin embargo, al introducirla el joven, no saltó pez ninguno.

- Debe estar lleno –decía Albino en voz baja-, hace más de cinco días que no se ha visitado.

[7] Nombre tagalo para la bocina hecha de cuerno, frecuentemente de karabaw.
[8] Locución latina: ¡Oh tiempos, oh costumbres!. Así decía Cicerón (*Catilina*, I.1)
[9] "Deja toda esperanza los que entráis". Frase que Dante cuenta haber leído sobre el portal del Infierno.

Librodot

El pescador retiró la caña... ¡ay!, ni un pececito adornaba la red; el agua, al caer en abundantes gotas que el sol iluminaba, parecía reír con risa argentina. Un *¡ah!* de admiración, de disgusto, de desengaño se escapó de los labios de todos.

El joven repitió la misma operación, y el mismo resultado.

- ¡No entiendes tu oficio! –le dijo Albino trepando al encerrado y arrancando la red de las manos del joven-. ¡Ahora lo veréis!. ¡Andeg, abre la olla!.

Pero Albino tampoco lo entendía: continuó vacía la red. Todos se le echaron a reír.

- ¡No hagáis ruido que os oyen los peces y no se dejan coger! –dijo-. ¡Esta red debe estar rota!.

Pero la red tenía íntegras todas sus mallas.

- Déjame a mí –díjole León, el novio de Iday.

Este se aseguró bien del estado del cerco, examinó la red y, satisfecho, preguntó:

- ¿Estáis seguros de que no se ha visitado desde hace cinco días?.

- ¡Segurísimos!. La última vez fue para la vigilia de Todos los Santos.

- Pues entonces, o el lago está encantado o yo saco algo.

León introdujo la caña en el agua, pero el asombro se pintó en su semblante. Silencioso miró un momento al vecino monte y siguió paseando la caña dentro del agua: después, sin retirarla, murmuró en voz baja:

- Un caimán.

- ¡Un caimán! –repitieron.

La palabra corrió de boca en boca en medio del espanto y de la estupefacción general.

- ¿Qué decís? – le preguntaron.

- Digo que hay un caimán cogido –afirmó León, e introduciendo el mango de la caña en el agua, continuó:

- ¿Oís el ruido?, eso no es la arena, es la dura piel, la espalda del caimán. ¿Veis como se mueven las cañas?, es él que forcejea, pero está arrollado sobre sí mismo; esperad... es grande: su cuerpo mide casi un palmo o más de ancho.

- ¿Qué hacer? –fue la pregunta.

- ¡Cogerlo! –dijo una voz.

- ¡Jesús!, y ¿quién lo coge?.

Nadie se ofrecía a descender al abismo. El agua era profunda.

- ¡Debíamos atarle a nuestra barca y arrastrarle en triunfo! –dijo Sinang- ¡comerse los peces que debíamos comer!.

- ¡No he visto hasta ahora un caimán vivo! –murmuró María Clara.

El piloto se levantó, cogió una larga cuerda y subió ágilmente a la especie de plataforma. León le cedió el sitio. Excepto María Clara, nadie hasta entonces se había fijado en él: ahora admiraba su esbelta estatura. Con gran sorpresa y a pesar de los gritos de todos, el piloto saltó dentro del encerradero.

- ¡Llevaos este cuchillo! –le grita Crisóstomo sacando una ancha hoja toledana.

Pero ya el agua subía en forma de mil surtidores y el abismo se cerró misterioso.

- Jesús, María y José! –exclamaban las mujeres-. ¡Vamos a tener una desgracia!. ¡Jesús, María y José!.

- ¡No tengáis cuidado, señoras –les decía el viejo barquero-; si hay en toda la provincia uno que lo puede hacer, ése es *él*.

- ¿Cómo se llama ese joven? –preguntaron.

- Nosotros le llamamos *el Piloto*, es el mejor que he visto; sólo que no ama el oficio.

El agua se movía, el agua se agitaba: parecía que en el fondo se trababa en lucha; vacilaba el cerco. Todos callaban, contenían la respiración. Ibarra apretaba con mano convulsiva el puño del agudo cuchillo.

La lucha pareció terminarse. Asomose por encima la cabeza del joven, que fue saludado con gritos alegres: los ojos de las mujeres estaban llenos de lágrimas. El piloto trepó llevando en la mano el extremo de la cuerda, y una vez en la plataforma tiró de ella. El monstruo apareció: tenía la soga atada en forma de doble banda por el cuello y debajo de las extremidades anteriores. Era grande, como ya lo había anunciado León; pintado, y sobre sus espaldas crecía verde musgo, que es a los caimanes lo que las canas a los hombres. Mugía como un buey, azotaba con la cola las paredes de caña, se agarraba de ellas y abría la negra y tremenda fauce descubriendo sus largos colmillos.

El piloto lo izaba solo: nadie se acordaba de ayudarle. Fuera ya del agua y colocado sobre la plataforma, púsole el pie encima, con robusta mano cerró sus descomunales mandíbulas y trató de atarle el hocico con fuertes nudos. El reptil tentó un último esfuerzo, arqueó el cuerpo, batió el suelo con la potente cola y, escapándose, se lanzó de un salto al lago, fuera del corral, arrastrando a su domador. El piloto era hombre muerto; un grito de horro se escapó de todos los pechos. Rápido como un rayo, cayó otro cuerpo al agua; apenas tuvieron tiempo de ver que era Ibarra. María Clara no se desmayó porque las filipinas no saben aún desmayarse.

Vieron colorearse las olas, teñirse en sangre. El joven pescador saltó al abismo con su *bolo* en la mano, su padre le siguió: pero apenas desaparecían, cuando vieron a Crisóstomo y al piloto reaparecer agarrados al cadáver del reptil. Este tenía todo el blanco vientre rasgado y en la garganta clavado el cuchillo.

Imposible es describir la alegría: mil brazos se tendieron para sacarlos del agua. Las viejas estaban medio locas y reían y rezaban. Andeg olvidó que su *sinigang* había hervido tres veces: todo el caldo se derramó y apagó el fuego. La única que no podía hablar era María Clara.

Ibarra estaba ileso; un ligero rasguño tenía el piloto en el brazo.

- ¡Os debo la vida! –dijo a Ibarra que se envolvía en mantas de lana y tapices.

La voz del piloto tenía un timbre como de pesar.

- Sois demasiado intrépido –contestó Ibarra-, otra vez no tentaréis a Dios.

- ¡Si no volvías...! –murmuró María Clara pálida y temblando aún.

- ¡Si no volvía y me seguías –contestó el joven contemplando su pensamiento-, en el fondo del lago *habría yo estado en familia!*.

Ibarra no se olvidaba de que allí yacían los restos de su padre.

Las viejas ya no querían ir al otro *baklad*, querían retirarse alegando que el día había comenzado mal y podrían sobrevenir muchas desgracias.

- ¡Todo es porque no hemos oído misa! –suspiraba una.

- Pero ¿qué desgracia hemos tenido, señoras? – preguntaba Ibarra- ¡El caimán fue el único desgraciado!.

- ¡Lo cual prueba –concluyó el ex seminarista- que en toda su pecadora vida, jamás ha oído misa este desgraciado reptil. Nunca le he visto entre tantos caimanes que frecuentan la iglesia.

Las barcas se dirigieron pues hacia el otro *baklad* y fue menester que Andeg preparase otro *sinigang*. El día adelantaba: soplaba la brisa; las olas despertaban y se rizaban en torno al caimán, levantando “montes de espuma do tersa brilla rica en colores la luz solar” que dice el poeta P.A. Paterno.

La música volvió a resonar: Iday tocaba el arpa, los hombres, los acordeones y guitarras con mayor o menor afinación, pero el que mejor lo hacía era Albino que la

Librodot

rascaba, verdaderamente desafinaba y perdía el compás a cada instante, o se olvidaba a lo mejor y se pasaba a otra sonata enteramente distinta.

El otro corral fue visitado con desconfianza; muchos esperaban encontrar la hembra del caimán, pero la Naturaleza es burlona y salía siempre llena la red.

Tía Isabel mandaba:

- El *ayungin* es bueno para el *sinigang*; dejad el *bia*[10] para el escabeche, el *dalag* y el *buan-buan*[11] para pesâ[12]: el *dalag*[13] puede vivir mucho. Ponedlos en la red para que continúen en el agua. ¡Las langostas a la sartén!. El *bának* es para asado, envuelto en hojas de plátano y relleno de tomates... Dejad los demás para que sirvan de reclamo: no es bueno vaciar el baklad completamente –añadía.

Entonces trataron de abordar a la orilla, en aquel bosque de árboles seculares pertenecientes a Ibarra. Allí, a la sombra y junto al cristalino arroyo, almorzarían entre las flores o debajo de improvisadas tiendas.

La música resonaba en el espacio; el humo de los kalanes se levantaba alegre en forma de tenues torbellinos; el agua cantaba dentro de la ardiente vasija, acaso palabras de consuelo para los peces muertos, acaso de sarcasmo y burla; el cadáver del caimán daba vueltas, pronto presentaba el blanco y destrozado vientre, pronto la pintada y verdosa espalda, y el hombre, favorito de la Naturaleza, no se inquietaba por tantos fratricidios que dirían los bramines o los *vegetarianos*.

Capítulo 24

EN EL BOSQUE

TEMPRANO, MUY TEMPRANO había dicho su misa el P. Salví y limpiado en pocos minutos una docena de almas sucias, lo cual no era su costumbre.

Parece que con la lectura de unas cartas que llegaron bien selladas y lacradas, perdió el digno cura su apetito, pues dejó que el chocolate se enfriara completamente.

- El Padre se pone enfermo –decía el cocinero mientras preparaba otra taza-, hace días que no come: de los seis platos que le pongo en la mesa, no toca dos.

- Es que duerme mal –contesta el criado-, tiene pesadillas desde que cambió de alcoba. Sus ojos se hunden cada vez más, enflaquece de día en día, y está muy amarillo.

En efecto, daba lástima ver al P. Salví. Ni ha querido tocar la segunda taza de chocolate, ni probar los hojaldres de Cebú: paséase pensativo por la espaciosa sala arrugando entre sus huesudas manos unas cartas que lee de tiempo en tiempo. Al fin pide su coche, se arregla y ordena le conduzcan al bosque donde se encuentra el fatídico árbol y en cuyas cercanías se celebra la partida campestre. Llegado al sitio, el P. Salví despachó su vehículo y se internó solo en el bosque.

Un sombrío sendero franquea trabajosamente la espesura y conduce a un arroyo, formado de varias fuentes termales como muchas de las faldas del Makiling. Adornaban sus orillas muchas flores silvestres, muchas de las cuales no han recibido

[10] Una especie de pescado de agua dulce.
[11] Especie de pescado espinoso.
[12] Un plato de pescado cocido en mucho agua con jengibre, granos de pimienta, cebolla y un poco de sal.
[13] Una especie de pescado.

aún su nombre latino, pero sin duda son ya conocidas de los dorados insectos, de las mariposas de todos los tamaños y colores, azul y oro, blancas y negras, matizadas, brillantes, pavonadas, llevando rubíes y esmeraldas en sus alas, y de los millares de coleópteros de reflejos metálicos, polvoreados de oro fino. El zumbido de estos insectos, el chirrido de la cigarra que alborota día y noche, el canto del pájaro, o el ruido seco de la podrida rama que cae enganchándose en todas partes son los únicos que turban el silencio de aquel misterioso paraje.

Algún tiempo estuvo vagando entre las espesas enredaderas, evitando los espinos que le agarraban por el hábito de guingón como para detenerle, las raíces de los árboles que salían del suelo haciendo tropezar a cada momento al no acostumbrado caminante. Detúvose repentinamente: alegres carcajadas y frescas voces llegaron a sus oídos, y las voces y las carcajadas partían del arroyo y se acercaban cada vez más.

- Voy a ver si encuentro un nido –decía una hermosa y dulce voz que el cura conocía-; quisiera *verle* sin que *él* me viese, quisiera seguirle a todas partes.

El P. Salví ocultóse detrás del grueso tronco de un árbol y púsose a escuchar.

- ¿Es decir que quieres hacer con él lo que conmigo hace el cura, que te vigila en todas partes? –contestó una alegre voz-. ¡Ten cuidado que los celos hacen enflaquecer y hunden los ojos!.

- ¡No, no son celos, es pura curiosidad! –replica la voz argentina, mientras la alegre repetía-: ¡Sí, celos, celos! –y reía a carcajadas.

- Si yo tuviera celos, en vez de hacerme invisible a mí, le haría a *él* para que nadie le pudiese ver.

- Pero tú tampoco lo verías y eso no está bien. Lo mejor es que si encontramos el nido, se lo regalemos al cura, así puede vigilarnos a nosotras sin tener necesidad de verle, ¿no te parece?.

- Yo no creo en los nidos de las garzas, contestaba otra voz; pero si alguna vez tuviese celos, ya sabría vigilar y hacerme invisible...

- ¿Y cómo?, ¿y cuándo?. ¿Acaso como una Sor escucha?.

Alegres carcajadas provocó este recuerdo de colegiala.

- ¡Ya sabes cómo se la engaña a la Sor Escucha!.

El P. Salvi vio desde su escondite a María Clara, a Victoria y a Sinang recorriendo el río. Las tres andaban con la vista en el espejo de las aguas, buscando el misterioso nido de la garza: iban mojadas hasta las rodillas, dejando adivinar los anchos pliegues de sus sayas de baño las graciosas curvas de sus piernas. Llevaban la cabellera suelta y los brazos desnudos y cubría el busto una camisa de anchas rayas y alegres colores. Las tres jóvenes a la vez que buscaban un imposible recogían flores y legumbres que crecían en la orilla.

El Acteón[1] religioso contemplaba pálido e inmóvil a aquella púdica Diana: sus ojos que brillaban en las oscuras órbitas no se cansaban de admirar aquellos blancos y bien modelados brazos, aquel cuello elegante con el comienzo del pecho; los diminutos y rozados pies que jugaban con el agua despertaban en su empobrecido ser extrañas sensaciones y hacían soñar en nuevas ideas a su ardiente cerebro.

Tras de un recodo del riachuelo, entre espesos cañaverales, desaparecieron aquellas dulces figuras y dejaron de oírse sus crueles alusiones. Ebrio, vacilante, cubierto de sudor, salió el P. Salví de su escondite y miró en torno suyo con ojos extraviados. Detúvose inmóvil, dudoso; dio algunos pasos como si tratase de buscar el resto de la comitiva.

[1] *Acteón*. Cazador que, según la mitología, fue convertido en ciervo y devorado por sus propios perros por haber sorprendido a Diana en el baño.

A alguna distancia de allí vio en medio del arroyo una especie de baño, bien cercado, cuyo techo lo formaba un frondoso cañaveral: de él salían alegres y femeniles acentos. Adornándole hojas de palma, flores y banderolas. Más allá vio un puente de caña y a lo lejos a los hombres bañándose, mientras una multitud de criados y criadas bullían alrededor de improvisados *kalanes*, atareados en desplumar gallinas, lavar arroz, asar lechón, etc. Y allá en la orilla opuesta, en un claro que habían hecho, se reunían muchos hombres y mujeres bajo un techo de lona, colgado en parte de las ramas de los árboles seculares, en parte de estacas nuevamente levantadas. Allí estaban el alférez, el coadjutor, el gobernadorcillo, el teniente mayor, el maestro de escuela y muchos capitanes y tenientes pasados, hasta Capitán Basilio, el padre de Sinang, antiguo adversario del difunto D. Rafael en un viejo litigio. Ibarra le había dicho: "Discutimos un derecho y discutir no quiere decir ser enemigos". Y el célebre orador de los conservadores aceptó con entusiasmo la invitación, enviando tres pavos y poniendo sus criados a disposición del joven.

El cura fue recibido con respeto y deferencia por todos, hasta por el alférez.

- Pero ¿de donde viene V.R.? –preguntóle éste al ver su cara llena de rasguños y su hábito cubierto de hojas y pedazos de ramas secas-. ¿Se ha caído V.R.?.

- ¡No, me he extraviado! –contestó P. Salví bajando los ojos para examinar su traje.

Se abrían frascos de limonada, se partían cocos verdes para los que salían del baño bebiesen su agua fresca y comiencen su tierna carne, más blanca que la leche; las jóvenes recibían además un rosario de sampagas, entremezcladas de rosas e ilang-ilang, que perfumaban la suelta cabellera. Sentábanse o recostábanse en las hamacas, suspendidas de las ramas, veían naipes, tableros, libritos, sigüeyes y piedrezuelas.

Enseñáronle al cura el caimán, pero al parecer estaba distraído y sólo prestó atención cuando le dijeron que aquella ancha herida la había hecho Ibarra. Por lo demás no era posible ver el célebre y desconocido piloto; había desaparecido ya antes de la llegada del alférez.

Al fin salió María Clara del baño, acompañada de sus amigas, fresca como una rosa en su primera mañana cuando brilla el rocío, chispas de diamante en los divinos pétalos. Su primera sonrisa fue para Crisóstomo, y la primera nube de su frente para el P. Salví. Este notó y no suspiró.

Llegó la hora de comer. El cura, el coadjutor, el alférez, el gobernadorcillo y algunos capitanes más con el teniente mayor sentáronse en una mesa que presidía Ibarra. Las madres no permitieron que ningún hombre comiese en la mesa de las jóvenes.

- Esta vez, Albino, no inventas agujeros como en la barca –dice León al ex seminarista.

- ¿Qué?. ¿Qué es eso? –preguntaron las viejas.

- Las barcas, señoras, estaban tan enteras como este plato –aclaró León.

- ¡Jesús, saramullo[2]! –exclama tía Isabel sonriendo.

-¿Sabe Ud. algo ya, señor alférez, del criminal que maltrató al P. Dámaso? –preguntaba Fr. Salví en la comida a aquél.

- ¿De qué criminal, P. Cura? –preguntó el alférez mirando al fraile a través del vaso de vino que vaciaba.

- ¿De quién ha de ser?. ¡Del que anteayer tarde golpeó al P. Dámaso en el camino!.

- ¿Golpeó al P. Dámaso? –preguntaron varias voces.

[2] Vocablo que en Filipinas significa truhán.

El coadjutor pareció sonreír.

- ¡Sí, y el P. Dámaso está ahora en cama!. Se cree sea el mismo Elías que le arrojó a Ud. en el charco, señor alférez.

El alférez se puso colorado de vergüenza o de vino.

- Pues yo creía –continuó el P. Salví con cierta burla- que estaba Ud. enterado del asunto, yo decía, alférez de la Guardia Civil...

Mordióse el militar los labios y balbuceó una tonta excusa. En esto, apareció una mujer pálida, flaca, vestida miserablemente; nadie la había visto venir pues iba silenciosa y hacía tan poco ruido que de noche se la habría tomado por un fantasma.

- ¡Dad de comer a esa pobre mujer! –decían las viejas- ¡oy!, ¡venid aquí!.

Pero ella continuó su camino y se acercó a la mesa donde el cura, éste volvió la cara, la reconoció y se le cayó el cuchillo de la mano.

- ¡Dad de comer a esta mujer! –ordenó Ibarra.

- ¡La noche es oscura y desaparecen los niños! –murmuraba la mendiga.

Pero a la vista del alférez que le dirigió la palabra, la mujer se espantó y echó a correr desapareciendo por entre los árboles.

- ¿Quién es ésa? –preguntó.

- ¡Una infeliz que han vuelto loca a fuerza de sustos y dolores! –contestó D. Filipo-; hace cuatro días que está así.

- ¿Es acaso una tal Sisa? –preguntó con interés Ibarra.

- La han preso sus soldados de Ud. –continuó con cierta amargura el teniente mayor-: la han conducido por todo el pueblo por no sé qué cosas de sus hijos que... no se han podido aclarar.

- ¿Cómo? –preguntó el alférez volviéndose al cura-: ¿es acaso la madre de sus dos sacristanes?.

El cura afirmó con la cabeza.

- ¡Qué han desaparecido sin averiguarse nada de ellos! –añadió severamente D. Filipo mirando al gobernadorcillo que bajó los ojos.

- ¡Buscad a esa mujer! –mandó Crisóstomo a los criados-. He prometido trabajar para averiguar el paradero de sus hijos...

- ¿Han desaparecido dicen Uds.? –preguntó el alférez-. ¿Sus sacristanes han desaparecido, Padre Cura?.

Este apuró el vaso de vino que tenía delante e hizo señas con la cabeza.

- ¡Caramba Padre Cura! –exclama el alférez con risa burlona y alegre con el pensamiento de una revancha-; desaparecen algunos pesos de V.R. y se despierta a mi sargento muy temprano para que los haga buscar; desaparecen dos sacristanes, y V.R. no dice nada, y Ud., señor capitán... verdad es también que Ud....

Y no concluyó su frase sino que se echó a reír hundiendo su cuchara en la roja carne de una papaya silvestre. El cura, confuso y perdiendo la cabeza, contestó:

- Es que yo tengo que responder del dinero....

- ¡Buena respuesta, reverendo pastor de almas! –interrumpió el alférez con la boca llena-. ¡Buena respuesta, santo varón!

Ibarra quiso intervenir, pero el P. Salví, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, repuso con sonrisa forzada:

- Y ¿sabe Ud., señor alférez, qué se dice de la desaparición de esos chicos?. ¿No?. ¡Pues pregúntelo Ud. a sus soldados!.

- ¿Cómo? –exclama aquél perdiendo la alegría.

- ¡Dícese que en la noche de la desaparición han sonado varios tiros!.

- ¿Varios tiros? –repitió el alférez mirando a los presentes.

Estos hicieron un movimiento de cabeza afirmativo. El P. Salví repuso entonces lentamente y con cruel burla:

- Vamos, veo que Ud. ni coge a los criminales ni saben lo que hacen los de su casa y quiere meterse a predicador y enseñar a los otros su deber. Ud. debe saber el refrán de "Más sabe loco en su casa...".

- ¡Señores! –interrumpió Crisóstomo viendo que el alférez se ponía pálido-; a propósito de esto quisiera saber qué dicen Uds. de un proyecto mío. Pienso confiar esa loca a los cuidados de un buen médico, y en el entretanto con el auxilio y los consejos de Uds. buscar a sus hijos.

La vuelta de los criados que no habían podido encontrar a la loca acabó de pacificar a los dos enemigos llevando la conversación a otro asunto.

Terminada la comida y mientras se servía el té y el café distribuyéronse jóvenes y viejos en varios grupos. Unos cogieron los tableros, otros los naipes, pero las jovencitas, curiosas de saber el porvenir, prefirieron hacer preguntas a la *Rueda de la Fortuna*[3].

- ¡Venga Ud., señor Ibarra! –gritaba Capitán Basilio que estaba un poco alegre-. Tenemos un pleito de hace quince años y no hay juez en la Audiencia que lo falle: ¿vamos a ver si lo terminamos en el tablero?.

- ¡Al instante y con mucho gusto! –contestó el joven-. ¡Un momento que el alférez se despide!.

Al saberse esta partida todos los viejos que comprendían el ajedrez se reunieron en torno del tablero: la partida era interesante y atraía hasta a los profanos. Las viejas, sin embargo, rodearon al cura para conversar con él sobre asuntos espirituales, pero Fr. Salví no juzgaría apropiado el sitio ni la ocasión, pues daba vagas contestaciones y sus miradas, tristes y algo irritadas, se fijaban en todas partes menos en sus interlocutoras.

Comenzó la partida con mucha solemnidad.

- ¡Si el juego sale tablas, sobreseemos, se entiende! –decía Ibarra.

A la mitad del juego, Ibarra recibió un parte telegráfico que le hizo brillar los ojos y ponerse pálido. Intacto lo guardó en su cartera, no sin dirigir una mirada al grupo de la juventud, que continuaba entre risas y gritos preguntando al Destino.

- ¡Jaque al Rey! –dijo el joven.

Capitán Basilio no tuvo más remedio que esconderle detrás de la Reina.

- ¡Jaque a la Reina! –volvió a decir amenazándola con su torre, que resultaba defendida por un peón.

No pudiendo cubrir a la Reina ni retirarla a causa del Rey que estaba detrás, Capitán Basilio pidió tiempo para reflexionar.

- ¡Con mucho gusto! –contestó Ibarra-: tenía precisamente algo que decir ahora mismo a algunos en aquella reunión.

Y se levantó concediendo a su contrario un cuarto de hora. Iday tenía el disco de cartón en que estaban escritas las 48 preguntas, Albino el libro de las respuestas.

- ¡Mentira!, ¡no es verdad!, ¡mentira! –gritaba medio llorosa Sinang.

- ¿Qué te pasa? –preguntóle María Clara.

- Figúrate, pregunto yo "¿cuándo tendré juicio?", echo los dados, y ése, ese cura trasnochado, lee en el libro: "¡Cuándo la rana críe pelos!". ¿Te parece?.

Y Sinang le hace una mueca al ex seminarista que continúa riendo.

- ¿Quién te manda esa pregunta? –le dice su prima Victoria-. ¡El hacerla basta para merecer tales contestaciones!.

- ¡Preguntad! –le dijeron a Ibarra presentándole la rueda-. Hemos decidido que quién obtuviese la mejor contestación recibiría un regalo de los demás. Todos hemos preguntado ya.

[3] Juego parecido al Oráculo de Napoleón, con el que se obtienen respuestas a las preguntas que se hacen.

- Y ¿quién ha obtenido la mejor?.

- ¡María Clara, María Clara!. –contestó Sinang-. Le hicimos preguntar quiera o no quiera. "¿Es su cariño fiel y constante?", y el libro contestó.

Pero María Clara, toda encarnada, le tapó la boca con sus manos, y no la dejó continuar.

- ¡Entonces, dadme la rueda! –dijo Crisóstomo sonriendo.

Preguntó: "¿Si saldré bien en mi actual empresa?".

- ¡Vaya una fea pregunta! –exclamó Sinang.

Ibarra echó los dados, y con arreglo a su número buscado la página y el renglón.

- "¡Los sueños, sueños son"! –leyó Albino.

Ibarra sacó el parte telegráfico y lo abrió temblando:

- ¡Esta vez, vuestro libro ha mentido! –exclamó lleno de alegría-. ¡leed!.

"Proyecto escuela aprobado, otro sentenciado a su favor".

- ¿Qué significa esto? –le preguntaron.

- ¿No decíais que hay que regalar algo a la que mejor contestación obtenga? –preguntó con voz temblorosa de emoción mientras partía cuidadosamente el papel en dos pedazos.

- ¡Sí!. ¡Sí!.

- Pues bien, éste es mi regalo –dijo entregando a María Clara la mitad-; en el pueblo he de levantar una escuela para niños y niñas; ¡esta escuela será mi regalo!.

- Y ese otro pedazo, ¿qué quiere decir?.

- ¡Este se lo regalaré a quien haya obtenido la peor respuesta!.

- ¡Pues yo!, ¡entonces a mí! –gritó Sinang.

Ibarra le dio el papel y se alejó rápidamente.

- Y esto, ¿qué quiere decir?.

Pero el feliz joven ya estaba lejos y volvía a proseguir la partida de ajedrez.

Fr. Salví se acercó como distraído al alegre círculo de los jóvenes. María Clara se secaba una lágrima de alegría.

Cesó entonces la risa y enmudeció la conversación. El cura miraba a los jóvenes sin acertar a decir una sola palabra; éstos esperaban que él hablase y guardaban silencio.

- ¿Qué es esto? –pudo al fin preguntar cogiendo el librito y medio hojeándolo.

- *La Rueda de la Fortuna*, un libro de juego –contestó León.

- ¿No sabéis que es un pecado creer en estas cosas? –dijo y rasgó con ira las hojas.

Gritos de sorpresa y disgusto se escaparon de todos los labios.

- ¡Mayor pecado es disponer de lo que no es suyo contra la voluntad del dueño! –le replicó Albino levantándose-. Padre cura, eso se llama robar a Dios y los hombres lo prohíben.

María Clara juntó las manos y miró con ojos llorosos los restos de aquel libro que hace poco la había hecho tan feliz.

Fr. Salvi, contra lo que esperaban los presentes, no le replicó a Albino: quedóse viendo cómo revoloteaban las desgarradas hojas, yendo a parar algunas en el bosque, otras en el agua; después se alejó tambaleando con las dos manos sobre la cabeza. Detúvose algunos segundos hablando con Ibarra, que le acompañó hasta uno de los coches, dispuestos para llevar a conducir a los invitados.

- ¡Hace bien en marcharse ese espanta alegrías! –murmuraba Sinang-. ¡Tiene una cara que parece decir: No te rías que conozco tus pecados!.

Después del regalo que había hecho su prometida, Ibarra estuvo tan contento que empezó a jugar sin reflexionar ni entretenerse examinando con cuidado el estado de las piezas.

De esto resultó que, aunque Capitán Basilio defendía ya sólo a duras penas, la partida llegó a igualarse gracias a muchas faltas que el joven cometió después.

- ¡Sobreseemos, sobreseemos! –decía Capitán Basilio alegremente.

- ¡Sobreseemos! –repitió el joven-, sea cualquiera el fallo que los jueces hayan podido dar.

Ambos se dieron la mano que se estrecharon con efusión.

Mientras los presentes celebraban este acontecimiento que daba fin a un pleito que tenía a ambas partes ya fastidiadas, la repentina llegada de cuatro guardias civiles y un sargento, armados todos y con la bayoneta calada, turbó la alegría e introdujo el espanto en el círculo de las mujeres.

- ¡Quieto todo el mundo! –gritó el sargento-. ¡Un tiro al que se mueva!.

A pesar de esta brutal fanfarronada, Ibarra se levantó y se le acercó.

- ¿Qué quiere Ud.? –preguntó.

- Que nos entregue ahora mismo un criminal llamado Elías, que les servía de piloto esta mañana –contestó con tono de amenaza.

- ¿Un criminal?. ¿El piloto?. ¡Debe Ud. estar equivocado! –repuso Ibarra.

- No señor: ese Elías viene nuevamente acusado de haber puesto la mano en un sacerdote...

- ¡Ah!, ¿y es ése el piloto?.

- El mismo según se nos dice: Ud. admite en sus fiestas a gente de mala fama, Sr. Ibarra.

Este le miró de pies a cabeza y le contestó con soberano desprecio:

- ¡No tengo que darle a Ud. cuenta de mis acciones!. En nuestras fiestas todo el mundo es bien recibido, y Ud. mismo que hubiera venido, habría encontrado un sitio en la mesa, como su alférez, que hace dos horas estaba entre nosotros.

Y dicho esto le volvió las espaldas. El sargento se mordió los bigotes y considerando que eran la parte más débil, ordenó que buscasen en todas partes y entre los árboles al piloto cuyas señas traían en un pedazo de papel. D. Filipo le decía:

- Note Ud. que esas señas convienen a las nueve décimas partes de los naturales; ¡no vaya Ud. a dar un paso en falso!.

Al fin volvieron los soldados diciendo que no habían podido ver ni barca ni hombre alguno que infundiese sospechas: el sargento balbuceó algunas palabras y se marchó como vino: a la Guardia Civil.

La alegría volvió poco a poco a renacer, llovieron las preguntas y abundaron los comentarios.

- ¡Con que ése es el Elías que arrojó al alférez a un charco! –decía León pensativo.

- Y ¿cómo fue eso?, ¿cómo fue? –preguntaban algunos curiosos.

- Dicen que el mes de septiembre, un día muy lluvioso, se encontró el alférez con un hombre que venía cargando leña. La calle estaba muy encharcada y solamente en la orilla había un estrecho paso, transitable para una persona. Dicen que el alférez, en vez de detener su caballo, picó espuelas gritando al hombre que retrocediese: éste parecía que tenía pocas ganas de desandar lo andado por la carga que llevaba sobre el hombro, o no quería hundirse en el charco y siguió adelante. El alférez, irritado, le quiso atropellar, pero el hombre cogió un trozo de leña, dio al animal en la cabeza con tal fuerza que el caballo cayó depositando al jinete en el lodazal. Dicen también que el hombre siguió tranquilo su camino sin hacer caso de las cinco balas, que desde el charco le envió una tras otra el alférez, ciego de furia y de lodo. Como el hombre era enteramente desconocido para él, se supuso que era el célebre Elías, llegando a la provincia hacía algunos meses, venido sin saberse de dónde, y que se ha dado en conocer a los guardias civiles de algunos pueblos por hechos parecidos.

- ¿Es pues un tulisán? –preguntó Victoria estremeciéndose.

- No lo creo, porque dicen que se ha batido una vez contra los tulisanes un día que éstos saqueaban una casa.

- ¡No tiene cara de malhechor! –añadió Sinang.

- No, sólo que su mirada es muy triste: no le he visto sonreír en toda la mañana –repuso pensativa María Clara.

Así pasó la tarde y vino la hora de volver al pueblo.

A los últimos rayos del sol moribundo salieron del bosque pasando en silencio cerca de la misteriosa tumba del antepasado de Ibarra. Después las alegres conversaciones volvieron a reanudarse vivas, llenas de calor, bajo las ramas aquéllas, poco acostumbradas a escuchar tantos acentos. Los árboles parecían tristes, las enredaderas se balanceaban como diciendo: "¡Adiós, juventud!. ¡Adiós, sueño de un día!".

Y ahora, a la luz de las rojizas y gigantescas antorchas de caña y al són de las guitarras, dejémoslos en su camino hacia el pueblo. Los grupos disminuyen, las luces se apagan, el canto cesa, la guitarra enmudece a medida que se van acercando a las moradas de los hombres. ¡Poneos la máscara que estáis otra vez entre vuestros hermanos!.

Capítulo 25[1]

EN CASA DEL FILÓSOFO

A LA MAÑANA DEL DÍA SIGUIENTE Juan Crisóstomo Ibarra, después de visitar sus tierras, se dirigió a casa del anciano Tasio.

Completa tranquilidad reinaba en el jardín, pues las golondrinas que revoloteaban en torno de los aleros apenas hacían ruido. El musgo crecía en el viejo muro, donde una especie de hiedra trepaba, bordeando las ventanas. Aquella casita parecía la mansión del silencio.

Ibarra ató cuidadosamente su caballo a un poste, y caminando casi de puntillas, atravesó el jardín, limpia y escrupulosamente mantenido; subió las escaleras y, como la puerta estaba abierta entró.

Lo primero que se presentó a sus ojos fue el viejo, inclinado sobre un libro en el que parecía escribir. En las paredes se veían colecciones de insectos y hojas, entre mapas y viejos estantes, llenos de libros y manuscritos.

[1] Este capítulo aparece en el manuscrito con el número XXVI por haberse suprimido el original XIV intitulado "Elías y Salomé".

El viejo estaba tan absorto en su ocupación que no notó la llegada del joven sino cuando éste, no queriendo estorbarlo, trató de retirarse.

- ¿Cómo?, ¿estaba Ud. ahí? –preguntó mirando a Ibarra con cierta extrañeza.

- Ud. dispense –contestó éste-, veo que está muy ocupado...

- En efecto, escribía un poco, pero no urge y quiero descansar. ¿Puedo serle útil en algo?.

- ¡En mucho! –contestó Ibarra acercándose-; pero...

Y echó una mirada al libro que estaba sobre la mesa.

- ¿Cómo? –exclamó sorprendido-; ¿se dedica Ud. a descifrar jeroglíficos?.

- ¡No! –contestó el viejo ofreciéndole una silla-; no entiendo el egipcio ni el copto siquiera, pero comprendo algo el sistema de escritura y escribo en jeroglíficos.

- ¿Escribe en jeroglíficos?. Y ¿por qué? –preguntó el joven dudando de lo que veía y oía.

- ¡Para que no me puedan leer ahora!.

Ibarra se le quedó mirando de hito en hito, pensando si el viejo estaría en efecto loco. Examinó rápidamente el libro para ver si no mentía y vio muy bien dibujados animales, flores, pies, manos, brazos, etc.

- Y ¿por qué escribe Ud. entonces si no quiere que le lean?.

- Porque no escribo para esta generación, escribo para otras edades. Si esta me pudiera leer, quemaría mis libros, el trabajo de toda mi vida; en cambio, la generación que descifre estos caracteres será una generación instruida, me comprenderá y dirá: "¡No todos dormían en la noche de nuestros abuelos!". El misterio o estos curiosos caracteres salvarán mi obra de la ignorancia de los hombres, como el misterio y los extraños ritos han salvado a muchas verdades de las destructoras clases sacerdotales.

- Y ¿en qué idioma escribe Ud.? –preguntó Ibarra después de una pausa.

- En el nuestro, en el tagalo.

- Y ¿sirven los signos jeroglíficos?.

- Si no fuera por la dificultad del dibujo, que exige tiempo y paciencia, casi le diría que sirven mejor que el alfabeto latino. El antiguo egipcio tenía nuestras vocales; nuestra *o*, que sólo es final y que no es como la española, sino una vocal intermedia entre *o* y *u*; como nosotros, el egipcio tampoco tenía verdadero sonido de *e*; se encuentran en él nuestro *ha* y nuestro *kha*, que no tenemos en el alfabeto latino tal como lo usamos en español. Por ejemplo: en esta palabra *mukhâ* –añadió señalando en el libro- transcribo la sílaba *ha* más propiamente con esta figura de pez que con la *h* latina, que en Europa se denomina de diferentes maneras. Para otra aspiración menos fuere, por ejemplo, en esta palabra *hain*, en donde la *h* tiene menos fuerza, me valgo de este busto de león o de estas tres flores de loto según la cantidad de la vocal. Aún más, tengo el sonido de la nasal que tampoco existe en el alfabeto latino españolizado. Repito, que si no fuera por la dificultad del dibujo, que hay que hacerlo perfecto, casi se podrían adoptar los jeroglíficos, pero esta misma dificultad me obliga a ser conciso y a no decir más que lo justo y necesario; este trabajo además me hace compañía, cuando mis huéspedes de la China y del Japón se marchan.

- ¿Cómo?.

- ¿No se oye Ud.?. Mis huéspedes son las golondrinas; este año falta una; algún mal muchacho chino o japonés debe haberla cogido.

- ¿Cómo sabe Ud. que vienen de esos países?.

- Sencillamente: hace algunos años, antes de partir, les ataba al pie un papelito con el nombre de Filipinas en inglés, suponiendo que no debían ir muy lejos, y porque el inglés se habla en casi todas estas regiones. Durante años mi papelito no obtuvo contestación, hasta que últimamente lo hice escribir en chino, y he aquí que el

noviembre siguiente vuelven con otros papelitos que hice descifrar: el uno estaba escrito en chino y era un saludo desde las orillas del Hoang-ho, y el otro, supone el chino a quien consulté, debe ser japonés. Pero le estoy entreteniendo con estas cosas y no le pregunto en que puedo serle útil.

- Venía a hablarle de un asunto de importancia –contestó el joven-: ayer tarde...

- ¿Han aprendido a ese desgraciado? –interrumpió el viejo lleno de interés.

- ¿Habla Ud. de Elías?. ¿Cómo lo ha sabido Ud.?.

- He visto a la Musa de la Guardia Civil.

- ¡La Musa de Guardia Civil!. Y ¿quién es esa Musa?.

- La mujer del alférez, a quien Ud. no invitó a la fiesta. Ayer mañana se divulgó por el pueblo lo sucedido con el caimán. La Musa de la Guardia Civil tiene tanta penetración como malignidad, y supuso que el piloto debía ser el temerario que arrojó a su marido al charco y apaleó al P. Dámaso; y como ella lee los partes que debe escribir su marido, apenas hubo llegado éste a su casa borracho y sin juicio, despachó para vengarse de Ud., al sargento con los soldados a fin de que turbaran la alegría de la fiesta. ¡Tenga Ud. cuidado!. ¡Eva era una buena mujer, salida de las manos de Dios...!. ¡Dª. Consolación dicen que es mala y no se sabe en qué manos vino!. La mujer, para poder ser buena, necesita haber sido siquiera una vez doncella o madre.

Ibarra se sonrió ligeramente y repuso sacando de su cartera algunos papeles:

- Mi difunto padre solía consultar a Ud. en algunas cosas y recuerdo que sólo ha tenido que felicitarse de haber seguido sus consejos. Tengo entre manos una pequeña empresa cuyo buen éxito necesito asegurar.

E Ibarra le refirió brevemente el proyecto de la escuela que había ofrecido a su novia, desarrollando a la vista del estupefacto filósofo los planos que le llegaron de Manila.

- Yo quisiera que Ud. me aconsejase qué personas debo ganarme primero en el pueblo para el mejor éxito de la obra. Ud. conoce bien a los habitantes; yo acabo de llegar y soy casi extranjero en mi país.

El viejo Tasio examinaba con ojos humedecidos por las lágrimas los planos que tenía delante.

- ¡Lo que Ud. va a realizar era mi sueño, el sueño de un pobre loco! –exclamó conmovido-, y ahora, lo primero que le aconsejo es no venir a consultarme jamás.

El joven lo miró sorprendido.

- Porque las personas sensatas –continuó con amarga ironía- le tomarían a Ud. por loco también. La gente cree locos a los que no piensan como ellos, por eso me tienen por tal, y lo agradezco, porque ¡ay de mí! el día que quieran devolverme el juicio, ese día me privarían de la pequeña libertad que me he comprado a costa de mi reputación de ser razonable. Y ¿quién sabe si tienen razón?. No pienso ni vivo según sus leyes; mis principios, mis ideales son otros. Fama de cuerdo goza entre ellos el gobernadorcillo porque, no habiendo aprendido más que a servir el chocolate y sufrir el mal genio del P. Dámaso, ahora es rico, turba los pequeños destinos de sus conciudadanos y a veces hasta habla de justicia. "¡Ese es el hombre de talento!" –piensa el vulgo-; "ved, ¡con nada se ha hecho grande!". Pero yo, yo he heredado fortuna, consideración, he estudiado y ahora soy pobre, no me han confiado ni el más ridículo cargo y todos dicen: "¡Ese es un loco, ése no entiende la vida!". El cura me llama filósofo por mote, y da a entender que soy un charlatán que hace gala de lo que aprendió en las aulas universitarias, cuando es precisamente lo que menos me sirve. Acaso sea yo verdaderamente el loco y ellos los cuerdos, ¿quién lo podrá decir?.

Y el viejo sacudió su cabeza como para alejar un pensamiento y continuó:

- Lo segundo que le puedo aconsejar es consultar al cura, al gobernadorcillo, a todas las personas de posición: ellos le darán a V. malos, torpes e inútiles consejos,

Librodot

pero consultar no quiere decir obedecer, aparente seguirlos siempre que le es posible y haga constar que obra según ellos.

Ibarra estuvo un momento reflexionando y después repuso:

- El consejo es bueno pero difícil de seguir. ¿No podría yo llevar adelante mi idea sin que sobre ella se refleje una sombra?. ¿No podría lo bueno hacerse paso a través de todo, puesto que la verdad no necesita pedir prestado vestidos al error?.

- ¡Nadie ama la verdad desnuda por eso! –replica el viejo-. Esto es bueno en teoría, factible en el mundo que la juventud sueña. Ahí está el maestro de escuela que se ha agitado en el vacío; corazón de niño que quiso el bien y sólo recogió burla y carcajadas. Ud. me ha dicho que es extranjero en su país y lo creo. Desde el primer día de su llegada, empezó Ud. por herir el amor propio de un religioso que tiene fama de santo entre la gente y de sabio entre los suyos. Dios quiera que este paso no haya decidido su porvenir. No crea Ud. que porque los dominicos y agustinos miran con desprecio el hábito de guingón, el cordón y el indecente calzado, porque haya recordado una vez un gran doctor de Sto. Tomás que el Papa Inocencio III había calificado los estatutos de ésta orden como más propios para puercos que para hombres, no se den todos ellos la mano para afirmar lo que un procurador decía: "El lego más insignificante puede más que el gobierno con todos sus soldados". *¡Cave ne cadas!*[2]. El oro es muy poderoso; el becerro de oro ha derribado muchas veces a Dios de sus altares y ya desde tiempos de Moisés.

- No soy tan pesimista ni me parece tan religiosa la vida en mi país –contestó sonriendo Ibarra-. Creo que esos temores son un poco exagerados y espero poder realizar todos mis propósitos sin encontrar resistencia grande por ese lado.

- Sí, si ellos le tienden la mano; no, si ellos se la retiran. Todos sus esfuerzos de Ud. se estrellarían contra las paredes de la casa parroquial con sólo agitar el fraile su cordón o sacudir el hábito; el alcalde, por cualquier pretexto, le negaría mañana lo que hoy ha concedido; ninguna madre dejaría que su hijo frecuentase la escuela y entonces todas las fatigas tendrían un efecto contraproducente: desanimarían a los que después quisiesen intentar generosas empresas.

- Con todo –repuso el joven-, no puedo creer en ese poder que Ud. dice y aún suponiéndolo, admitiéndolo, tendría todavía a mi lado al pueblo sensato, al Gobierno que está animado de muy buenos propósitos, lleva grandes miras y quiere francamente el bien de Filipinas.

- ¡El Gobierno!. ¡El Gobierno! –murmura el filósofo levantando los ojos para mirar al techo-. Por más animado que esté del deseo de engrandecer el país en beneficio del mismo y de la Madre Patria; por más que el generoso espíritu de los Reyes Católicos lo recuerde aún alguno que otro funcionario y lo mente a solas, el Gobierno no ve, no oye, no juzga más que por lo que le hace ver, oír y juzgar el cura o el provincial; está convencido que sólo descansa en ellos, de que si se sostiene es porque ellos le sostienen, que si vive es porque le consienten que viva y el día en que le falte, caerá como un maniquí que perdió su sostén. Al Gobierno se le amedrenta con levantar al pueblo y al pueblo con las fuerzas del Gobierno: de aquí se origina un sencillo juego que se parece a lo que sucede a los medrosos al visitar lugares lúgubres: toman por fantasmas las propias sombras y por extrañas voces los propios ecos. Mientras el Gobierno no se entienda con el país, no saldrá de esta tutela; vivirá como esos jóvenes imbéciles que tiemblan a la voz de su ayo, cuya condescendencia mendigan. El Gobierno no sueña en ningún porvenir robusto, es un brazo, la cabeza es el convento, y por esta inercia con que se deja arrastrar de abismo en abismo, se

[2] Locución latina que significa, "Cuidado, no caigas". Así advertía, según cuentan, al triunfador romano un esclavo colocado detrás de él. Úsase en sentido figurado.

convierte en sombra, desaparece su entidad, y débil e incapaz todo lo confía a manos mercenarias. Compare Ud., si no, nuestro sistema gubernamental con los de los países que ha visitado.

- ¡Oh! –interrumpe Ibarra-; eso es mucho pedir, contentémonos con ver que nuestro pueblo no se queja, ni sufre como el pueblo de otros países, y eso es gracias a la Religión y a la benignidad de los gobernantes.

- El pueblo no se queja porque no tiene voz, no se mueve porque está aletargado, y dice Ud. que no sufre porque no ha visto lo que sangra su corazón. ¡Pero un día Ud. lo verá y lo oirá y ¡ay de los que basan su fuerza en la ignorancia o en el fanatismo! ¡ay de lo que gozan con el engaño y trabajan en la noche creyendo que todos duermen!. Cuando la luz del día alumbre el aborto de las sombras, vendrá la reacción espantosa: tanta fuerza, durante siglos comprimida, tanto veneno destilado gota a gota, tantos suspiros ahogados saldrán a luz y estallarán... ¿Quién pagará entonces esas cuentas que los pueblos presentan de tiempo en tiempo y que nos conserva la Historia en sus páginas ensangrentadas?.

- ¡Dios, el Gobierno y la Religión no permitirían que llegue ese día! –repuso Crisóstomo, impresionado a pesar suyo-. Filipinas es religiosa y ama a España; Filipinas sabrá cuánto por ella hace la nación. Hay abusos sí, hay defectos, no lo he de negar, pero España trabaja para introducir reformas que los corrijan, madura proyectos, no es egoísta.

- Lo sé, y esto es lo peor. Las reformas que vienen de lo alto se anulan en las esferas inferiores gracias a los vicios de todos, por ejemplo, al ávido deseo de enriquecerse en poco tiempo y a la ignorancia del pueblo que todo lo consiente. Los abusos no los corrige un real decreto mientras una autoridad celosa no vigile su ejecución, mientras no se conceda la libertad de la palabra contra las demasías de los tiranuelos: los proyectos quedan proyectos, los abusos abusos, y el ministro, satisfecho, dormita más tranquilo, sin embargo. Aún más, si acaso viene un personaje de alto puesto con grandes y generosas ideas, pronto empieza por oír, mientras por detrás le tienen por loco: “V.E. no conoce el país, V.E. no conoce el carácter de los indios, V.E. los va a perder, V.E. hará bien de fiarse en fulano y zutano, etc.”, y como S.E. no conocía efectivamente el país, que hasta ahora había colocado en América, y además tiene defectos y debilidades como todo hombre, se deja convencer. S.E. recuerda también que para conseguir el puesto, ha tenido que sudar mucho y sufrir más, que lo tiene únicamente por tres años, que se hace viejo y es menester no pensar en quijoterías sino en su porvenir: un hotelito de Madrid, una casita en el campo y una buena renta para vivir con lujo en la Corte, he aquí lo que debía buscar en Filipinas. No pidamos milagros, no pidamos que se interese por el bien del país quien viene como extranjero para hacer su fortuna y marcharse después. ¿Qué le importa el agradecimiento o las maldiciones de un pueblo que no conoce, en donde no tiene sus recuerdos, en donde no tiene sus amores?. La gloria para ser agradable, es menester que resuene en los oídos de los que amamos, en la atmósfera de nuestro hogar; o de la patria que ha de guardar nuestras cenizas: queremos que la gloria se siente sobre nuestro sepulcro para calentar con sus rayos el frío de la muerte, para que no nos reduzcamos por completo a la nada, sino que quede algo de nosotros. Nada de esto podemos prometer al que viene a cuidarse de nuestros destinos. Y lo peor de todo esto es que se marchan cuando empiezan a enterarse de su deber. Pero nos alejamos de nuestra cuestión.

- No, antes de volver a ella, necesito aclarar ciertas cosas –interrumpió el joven vivamente-. Puedo conceder que el Gobierno desconozca al pueblo, pero creo que el pueblo conoce menos al Gobierno. Hay funcionarios inútiles, malos, si Ud. quiere, pero también los hay buenos y si éstos no pueden nada hacer, es porque se encuentran

Librodot

con una masa inerte: la población que toma poca participación en las cosas que le atañen. Pero no he venido a discutir con Ud. sobre este punto: venía para pedirle un consejo y Ud. me dice que doble ante grotescos ídolos la cabeza...

- Sí, y lo repito, porque aquí hay que bajar la cabeza y dejarla caer.

- ¿O bajar la cabeza o dejarla caer? –repitió Ibarra pensativo-. ¡Es duro el dilema!. Pero y ¿por qué?. ¿Es acaso incompatible el amor a mi país con el amor a España?. ¿Es acaso necesario rebajarse para ser buen cristiano?, ¿prostituir la propia conciencia para llevar a cabo un buen fin?. Amo a mi patria, a Filipinas, porque a ella le debo la vida y mi felicidad y porque todo hombre debe amar a su patria; amo a España, la patria de mis mayores, porque, a pesar de todo, Filipinas le debe y le deberá su felicidad y su porvenir; soy católico, conservo pura la fe de mis padres y no veo por qué había de bajar la cabeza, cuando la puedo levantar. ¿Entregarla a mis enemigos cuando los puedo hollar?.

- Porque el campo en donde Ud. quiere sembrar está en poder de sus enemigos, y contra ellos no tiene Ud. fuerza... Es necesario que Ud. bese primero esa mano que...

Pero el joven no le dejó continuar y exclamó arrebatado:

- ¡Besar!. Pero Ud. olvida que entre ellos han matado a mi padre, le han arrojado de su sepulcro... pero yo que soy el hijo no lo olvido, y si no le vengo, es porque miro por el prestigio de la Religión.

El viejo filósofo bajó la cabeza.

- Señor Ibarra –repuso lentamente-, si Ud. conserva esos recuerdos, recuerdos cuyo olvido no le puedo aconsejar, abandone la empresa que intenta y busque en otra parte el bien de sus paisanos. La empresa pide otro hombre porque, para llevarla a cabo, no sólo se necesita tener dinero y querer; en nuestro país se requiere además abnegación, tenacidad y fe porque el terreno no está preparado; sólo está sembrado de cizaña.

Ibarra comprendía el valor de estas palabras pero no debía desanimarse; el recuerdo de María Clara estaba en su mente: era preciso realizar su oferta.

- ¿No le sugiere su existencia más que ese duro medio? –preguntó en voz baja.

El viejo le cogió del brazo y le llevó a la ventana. Un viento fresco, precursor del Norte, soplaba; a sus ojos se extendía el jardín, limitado por el extenso bosque que servía de parque.

- ¿Por qué no hemos de hacer lo que ese débil tallo, cargado de rosas y capullos? –dijo el filósofo señalando un hermoso rosal-. El viento sopla, le sacude y él se inclina como ocultando su preciosa carga. El viento pasa y el tallo vuelve a erguirse, orgulloso con su tesoro, ¿quién le acusará de haberse plegado ante la necesidad?. Allá vea Ud. aquel gigantesco *kupang*[3], que mueve majestuosamente su aéreo follaje donde anida el águila. Lo traje del bosque débil planta; con delgadas cañas sostuve su tallo durante meses. Si lo hubiera traído grande y lleno de vida, a buen seguro que aquí no habría vivido; el viento le habría sacudido antes que sus raíces se pudiesen fijar en el terreno, antes que éste se afirmase a su alrededor y le proporcionase el debido sustento para su tamaño y estatura. Así terminaría Ud., planta trasplantada de Europa a este suelo pedregoso, si no busca apoyo y se empequeñece. Ud. está en malas condiciones, solo, elevado: el terreno vacila, el cielo anuncia tempestad y la copa de los árboles de su familia se ha probado que atrae el rayo. No es valor, es temeridad combatir solo contra todo lo existente; nadie tacha al piloto que se acoge a

[3] Gran árbol que alcanza de 25 a 40 metros de alto, mediana altitud, y que abunda desde La Unión hasta Laguna y Palawan (*Parkia javanica*, Lamm. Merr.).

un puerto a la primera ráfaga de tormenta. Bajarse cuando pasa la bala no es cobardía; lo malo es desafiarla para caer y no volverse a levantar.

- Y ¿produciría este sacrificio los frutos que espero?. ¿Me ayudarían francamente en provecho de la instrucción que disputa a los conventos las riquezas del País?. ¿No pueden fingir amistad, aparentar protección, y por debajo, en las sombras, combatirle, minarle, herirle en el talón para hacer vacilar más pronto que atacándole el frente?. Dados los antecedentes que Ud. supone, ¡todo se puede esperar!.

El viejo permaneció silencioso sin poder contestar. Meditó algún tiempo y repuso:

- Si tal sucediese, si la empresa fracasase, le consolaría a Ud. el pensamiento de haber hecho cuando dependía de su parte, y aún así, algo se habría ganado: poner la primera piedra, sembrar, después que se desencadene la tempestad, algún grano acaso germine, sobreviva a la catástrofe, salve la especie de la destrucción y sirva después de simiente para los hijos del sembrador muerto. El ejemplo puede alentar a los otros que sólo temen principiar.

Ibarra consideró las razones, vio su situación y comprendió que, con todo su pesimismo, el viejo tenía razón:

- ¡Le creo a Ud.! –exclamó estrechándole la mano-. No en vano esperaba un buen consejo. Hoy mismo iré a franquearme con el cura, que al fin y al cabo no me han hecho ningún mal y que debe ser bueno, pues no todos son como el perseguidor de mi padre. Tengo además que interesarle a favor de esa desgraciada loca y de sus hijos: ¡confío en Dios y en los hombres!.

Despidióse del viejo y montando a caballo partió.

- ¡Atención! –murmuró el pesimista filósofo siguiéndole con la mirada-; observemos bien cómo desarrollará el Destino la comedia que ha empezado en el cementerio.

Esta vez estaba verdaderamente equivocado: la comedia había empezado mucho antes.

Capítulo 26

LA VÍSPERA DE LA FIESTA

ESTAMOS A DIEZ DE NOVIEMBRE, la víspera de la fiesta.

Saliendo de la monotonía habitual, el pueblo se entrega a una actividad incomparable en la casa, en la calle, en la iglesia, en la gallera y en el campo: las ventanas se cubren de banderas y damascos de varios colores; el espacio se llena de detonaciones y música; el aire se impregna y satura de regocijos.

Diferentes confituras de frutas del país en dulceras de cristal de alegres colores va ordenando la dagala en una mesita, que cubre blanco mantel bordado. En el patio pían los pollos, cacarean gallinas, gruñen cerdos, espantados ante las alegrías de los hombres. Los criados suben y bajan llevando doradas vajillas, cubiertos de plata: aquí se riñe porque se rompe el plato, allá se ríen de la simple campesina: en todas partes se manda, se cuchichea, se grita se hacen comentarios, ruido y bullicio. Y todo este afán y toda esta fatiga es por el huésped conocido o desconocido; es para agasajar a cualquier persona que quizás no se haya visto jamás, ni se dejará ya más ver después; para que el forastero, el extranjero, el amigo, el enemigo, el filipino, el español, el pobre, el rico salgan contentos y satisfechos: ¡no se les pide siquiera

gratitud ni se espera de ellos que no dañen a la hospitalaria familia durante o después de la digestión!. Los ricos, los que han estado alguna vez en Manila y han visto algo más que los otros, han comprado cerveza, champagne, licores, vinos y comestibles, de lo que apenas probará un bocado o beberá un trago. Su mesa está aparejada gallardamente.

En medio está una gran piña artificial, muy bien imitada, en que clavan palillos para dientes, primorosamente cortados por los presidiarios en sus horas de descanso. Ya figuran un abanico, ya un ramillete de flores, un ave, una rosa, una palma o unas cadenas, todo tallado en una sola pieza de madera: el artista es un forzado, el instrumento un mal cuchillo y la inspiración la voz del bastonero. A los lados de esta piña, que llaman *palillera*, levántase sobre fruteros de cristal pirámides de naranjas, lanzones, ates, chicos y aún mangas a pesar de ser noviembre. Después, en anchos platones, sobre papeles calados y pintados con brillantes colores, se presentan jamones de Europa, de China, un pastel grande en forma de *Agnus Dei* o de paloma, el Espíritu Santo tal vez, pavos rellenos, etc., y entre éstos los aperitivos frascos de *acharas*[1] con caprichosos dibujos, hechos de la flor de bonga y otras legumbres y frutas, cortadas artísticamente y pegadas con almíbar a las paredes de los garrafones.

Límpianse los globos de vidrio que han venido heredándose de padres a hijos; se hacen brillar los aros de cobre; se desnudan las lámparas de petróleo de sus fundas rojas, que las libran de moscas y mosquitos durante el año y las hacen inútiles; las almendras y colgantes de cristal de formas prismáticas bambolean, chocan armoniosamente, cantan, parece que toman parte de la fiesta y se alegran y componen la luz reflejando sobre la blanca pared los colores del arco iris. Los niños juegan, se divierten, persiguen los colores, tropiezan, rompen tubos, pero esto no impide que continúe la alegría de la fiesta: en otra época del año lo contarían de diferente manera las lágrimas de sus redondos ojos.

Al igual de estas veneradas lámparas, salen también de sus escondites las labores de la joven: velos hechos al *crochet*, alfombritas, flores artificiales; aparecen antiguas bandejas de cristal, cuyo fondo figura un lago en miniatura con pececitos, caimanes, moluscos, algas, corales y rocas de vidrio de brillantes colores. Estas bandejas se cubren de puros, cigarrillos y diminutos *buyos*, torcidos por los delicados dedos de las solteras. El suelo de la casa brilla como un espejo; cortinas de piña o *jusi* adornan las puertas; de las ventanas cuelgan faroles de cristal o de papel rosa, azul, verde o rojo: la casa se llena de flores y tiestos colocados sobre pedestales de loza de China; hasta los santos se engalanan, las imágenes y las reliquias se ponen de fiesta, se les sacude el polvo, se limpian los cristales y cuelgan de sus marcos ramilletes de flores.

En las calles, de trecho en trecho, se levantan caprichosos arcos, de caña labrada de mil maneras, llamados *sinkában*, rodeados de *katuskús*[2] cuya sola vista alegra ya el corazón de los muchachos. Alrededor del patio de la iglesia está el grande y costoso entoldado, sostenido por troncos de caña, para que pase la procesión. Debajo de éste juegan los chicos, corren, trepan, saltan y rompen las nuevas camisas que debían lucir el día de la fiesta.

Allá en la plaza se ha levantado el tablado, escenario de caña, nipa y madera: allí dirá maravillas la comedia de Tondo y competirá con los dioses en milagros inverosímiles: allí cantará y bailará Marianito, Chananay, Balbino, Ratia, Carvajal,

[1] Aperitivos que se preparan macerando en vinagre con un poco de sal, frutas verdes de papaya, retoños de caña finamente rallados y otras legumbres tiernas. Se preparan y se consumen mucho en Filipinas.

[2] Cañas raspadas en la superficie, dejando las raspaduras adheridas al cuerpo para que sirvan de adorno en la preparación de enramadas, arcos, etc.

Yeyeng, Liceria, etc[3]. El filipino gusta del teatro y asiste con pasión a las representaciones dramáticas; oye silencioso el canto, admira el baile y la mímica, no silba pero tampoco aplaude. ¿No le gusta la representación?. Pues masca su buyo o se marcha sin turbar a los otros que acaso encuentren gusto en ello. Sólo algunas veces aúlla el bajo pueblo cuando los actores besan o abrazan a las actrices, pero no pasa de ahí. En otro tiempo se representaban únicamente dramas; el poeta del pueblo componía una pieza que necesariamente había de haber combates a cada dos minutos, un jocoso y metamorfosis terrorífica. Pero desde que los artistas de Tondo se pusieron a pelear cada quince segundos, tuvieron dos jocosos y dieron en cosas más inverosímiles aún, mataron a sus colegas provincianos. El gobernadorcillo era aficionado a ello y escogió de acuerdo con el Cura la comedia *El príncipe Villardo o los clavos arrancados de la infame cueva*, pieza con magia y fuegos artificiales.

De tiempo en tiempo repican las campanas, las mismas campanas aquellas que diez días antes tan tristemente doblaban. Ruedas de fuego y morteretes atruenan el aire: el pirotécnico filipino, que aprendió su arte sin maestro ninguno conocido, va a desplegar sus habilidades, prepara toros, castillos de fuego con luces de Bengala, globos de papel inflados con aire caliente, ruedas de brillantes, bombas, cohetes, etc.

¿Resuenan lejanos acordes?. Pues ya corren los muchachos precipitadamente hacia las afueras de la población para recibir a las bandas de música. Son cinco las alquiladas, además de tres orquestas. La música de Pagsanghan, propiedad del escribano no debe faltar, ni la del pueblo S.P. de T., célebre entonces porque la dirigía el maestro Austria, el vagabundo *cabo Mariano* que lleva, según dicen, la fama y la armonía en el extremo de su batuta. Los músicos elogian su marcha fúnebre "El Sauce", y deploran que no haya tenido educación musical pues con su genio habría dado gloria a su país.

La música entra en el pueblo tocando alegres marchas, seguida de chicos harapientos o medio desnudos: quién viste la camisa de sus hermanos, quién los pantalones de su padre. Tan pronto como la música ha cesado, ya la saben de memoria, la tararean, la silban con rara afinación, ya dan su juicio.

Entretanto van llegando en carromatas, calesas o coches los parientes, los amigos, los desconocidos, los tahúres con sus mejores gallos, con sacos de oro, dispuestos a arriesgar sus fortunas sobre el tapete verde o dentro de la *rueda* de la gallera.

- ¡El alférez tiene cincuenta pesos cada noche![4] –murmura un hombre pequeñito y rechoncho al oído de los recién llegados-; Capitán Tiago va a venir y pondrá banca: Capitán Joaquín trae diez y ocho mil. Habrá *liam-pó*: el chino Carlos lo pone con un capital de diez mil. De Tanauan, Lipa y Batangas así como de Sta. Cruz vienen grandes puntos. ¡Va a ser en grande!. Va a ser en grande. Pero tomen Uds, chocolate. Este año no nos pelará Capitán Tiago como el pasado: no ha costeado más que tres misas de gracia y yo tengo un *mutyâ*[5] de cacao. ¿Y cómo está la familia?.

- ¡Bien, bien!. ¡Gracias! -contestaban los forasteros-: y ¿el P. Dámaso?.

[3] Chananay era el nombre de cartel de una celebrada artista filipina llamada Valeriana Mauricio. Ratia, Nemesio, artista filipino que actuó en varias compañías de zarzuela en Manila, sobre todo después de su venida de España, en donde trabajó en el Teatro Felipe, por los años 1877-78. José Carvajal, era un mestizo español que se hizo notable como cómico, así como cuando caracterizaba diferentes tipos y personajes. Yeyeng, o más bien Práxedes Fernández, como artista, fue la más celebrada y la más favorita del público, tanto filipino como español. Fue discípula de la artista española Elisea Raguer, que estuvo en Manila el año 1880.

[4] Cantidad que el alférez recibe de propina o soborno para tolerar y permitir el juego. Muy usual en las fiestas de los pueblos.

[5] Piedrecitas o cuerpo duro que consideran como un amuleto o talismán. Se dice que de éstos se encuentran no solamente en frutas sino también en peces, en reptiles y aves.

- El P. Dámaso predicará por la mañana y tallará con nosotros por la noche.
- ¡Mejor, mejor!. ¡No hay entonces peligro ninguno!.
- ¡Seguros, estamos seguros!. ¡El chino Carlos suelta además!.

El hombre rechoncho hace con sus dedos ademán como quien cuenta monedas.

Fuera del pueblo, los montañeses, los *kasamá*[6] se ponen sus mejores trajes para llevar a casa de los socios capitalistas bien cebadas gallinas, jabalíes, venados, aves; éstos cargan en los pesados carros leña, aquellos frutas, plantas aéreas, las más raras que crecen en el bosque: otros llevan *bigâ*[7] de anchas hojas, *tikas-tikas* con flores de color de fuego para adornar las puertas de las casas.

Pero donde reina la mayor animación que ya raya en tumulto, es allá sobre una especie de ancha meseta a algunos pasos de la casa de Ibarra. Rechinan poleas, óyense gritos, el ruido metálico de la piedra que se pica, el martillo que clava un clavo, el hacha que labra la viga. Cava la tierra una muchedumbre y abre un ancho y profundo foso; otros ponen en fila piedras sacadas de las canteras de pueblo, descargan carros, amontonan arena, disponen tornos y cabrestantes...

- ¡Aquí!, ¡allá eso!. ¡Vivo! –gritaba un viejecillo de fisonomía animada e inteligente, que tenía por bastón un metro con cantos de cobre al cual va arrollada la cuerda de una plomada. Era el maestro de obras, Ñor Juan, arquitecto, albañil, carpintero, blanqueador, cerrajero, pintor, picapedrero y en ocasiones escultor.

- ¡Es menester terminarlo ahora mismo!. ¡Mañana no se puede trabajar y pasado mañana es la ceremonia!. ¡Vivo!.

- ¡Haced el hoyo de manera que se adapte justamente con este cilindro! –decía a unos picapedreros que pulimentaban una gran piedra cuadrangular-; dentro de esto se conservarán nuestros nombres!.

Y repetía a cada nuevo forastero que se acercaba lo que ya mil veces había dicho.

- ¿Sabéis lo que vamos a construir?. Pues es una escuela, modelo en su género, como las de Alemania, ¡mejor aún!. El plano lo ha trazado el arquitecto Sr. R., y yo. ¡yo dirijo la obra!. Sí, señor, ved esto, va a ser un palacio con dos alas; una para los niños y otra para las niñas. Aquí en medio un gran jardín con tres surtidores: allá en los costados, arboledas, pequeñas huertas para que los chicos siembren y cultiven plantas en las horas de recreo, aprovechen el tiempo y no lo malgasten. ¡Ved cómo los cimientos son profundos!. ¡Tres metros setenta y cinco centímetros!. El edificio va a tener bodegas, subterráneos, calabozos para los desaplicados y cerca, muy cerca de los juegos y del gimnasio, para que los castigados oigan como los diligentes se divierten. ¿Veis ese gran espacio?. Ese será la explanada para correr y saltar al aire libre. Las niñas tendrán jardín con bancos, columpios, alamedas para el juego de la comba, surtidores, pajareras, etc. ¡Esto va a ser magnífico!.

Y Ñor Juan se frotaba las manos, pensando en la fama que iba a adquirir. Vendrían los extranjeros para verlo y preguntarían: ¿Quién es el gran arquitecto que ha construido esto?. ¿No lo sabéis?. ¿Parece mentira que no conozcáis a Ñor Juan?. ¡Sin duda venís de muy lejos!, contestarían todos.

Con estos pensamientos iba de un extremo a otro, inspeccionándolo todo y pasando revista a todo.

- ¡Encuentro demasiada madera para una cabria! –decía a un hombre amarillo que dirigía algunos trabajadores-; ¡yo tendría bastante con tres largos trozos que formen trípode y otros tres los que sujeten entre sí!.

[6] Palabra tagala, literalmente consocio. Es el aparcero o persona que labra los terrenos de un propietario bajo ciertas condiciones que variaban de acuerdo con la naturaleza del producto, las condiciones de terreno, las regiones, la existencia o no existencia de regadío, facilidades de comunicación, etc.

[7] Nombre tagalo que se da a una planta que lo usan de adorno.

- ¡Abá! –contestó el hombre amarillo sonriendo de un modo particular-; cuanto más aparato demos a la obra, tanto mayor efecto conseguiremos. El conjunto tendrá más aspecto, más importancia y dirán: ¡cuánto se ha trabajado!. ¡Veréis, veréis que cabria levanto yo!. Y luego lo adornaré con banderolas, guirnaldas de hojas y flores... diréis después que habéis tenido razón en admitirme entre vuestros trabajadores, ¡y el señor Ibarra no podrá desear más!.

Y el hombre reía y sonreía: Ñor Juan sonreía también y movía la cabeza.

A alguna distancia de allí se veían dos quioscos unidos entre sí por una especie de emparrado cubierto de hojas de plátano.

El maestro de escuela con unos treinta muchachos tejían coronas, sujetaban banderas a los delegados pilares de caña, cubiertos de lienzo blanco abollado.

- ¡Procurad que las letras estén bien escritas –decía a los que dibujaban inscripciones-; el Alcalde va a venir, muchos curas asistirán, ¡acaso el Capitán General que está en la provincia!. Si ellos ven que dibujáis bien, tal vez os alaben.

- ¿Y nos regalen una pizarra...?.

- ¡Quién sabe!, pero el señor Ibarra ya ha pedido una a Manila. Mañana llegarán algunas cosas que se repartirán entre vosotros como premios... Pero dejad esas flores en el agua, mañana haremos los ramilletes, traeréis más flores, porque es menester que la mesa esté cubierta de ellas; las flores alegran la vista.

- Mi padre traerá mañana flores de *buinô*[8] y un cesto de sapangas.

- El mío ha traído tres carretones de arena y no ha recibido pago.

- ¡Mi tío ha prometido pagar un maestro! –añadía el sobrino de Capitán Basilio.

En efecto, el proyecto había encontrado eco casi en todos. El cura había pedido apadrinar y bendecir él mismo la colocación de la primera piedra, ceremonia que tendría lugar el último día de la fiesta, siendo una de sus mayores solemnidades. El mismo coadjutor se había acercado tímidamente a Ibarra ofreciéndole cuantas misas le pagasen los devotos hasta la conclusión del edificio. Aún más, la hermana Rufa, la rica y económica mujer, dijo que si llegaba a faltar dinero, ella recorrería algunos pueblos para pedir limosna con la única condición de que le pagasen el viaje y los alimentos, etc. Ibarra le dio las gracias y respondió:

- No sacaríamos gran cosa, pues ni yo soy rico ni este edificio es una iglesia. Además no he prometido levantarlo a costa de otros.

Los jóvenes, los estudiantes que venían de Manila para celebrar la fiesta, le admiraban y le tomaban por prototipo: pero, como sucede casi siempre cuando queremos imitar a los hombres notables, sólo imitamos sus pequeñeces cuando no sus defectos porque de otra cosa no somos capaces, muchos de estos admiradores se fijaban en la manera como el joven hacía el lazo de su corbata, otros en la forma del cuello de la camisa y no pocos en el número de los botones de su americana y chaleco.

Los funestos presentimientos del viejo Tasio parecían haberse disipado para siempre. Así se lo manifestó Ibarra un día, pero el viejo pesimista contestó:

- Recuerde Ud. lo que dice Baltasar:

'Kung ang isalúbong sa iyong pagdating
Ay masayang mukhâ 't may pakitang giliu
Lalong pag ingata 't kaauay na lihim...[9]

[8] Planta acuática de hermosas flores grandes de la familia de las Ninfáceas, con el nombre científico de *Nymphaea nelumbo*, Linn.

[9] "Si a tu llegada viene a verte,
con cara sonriente y cariñoso gesto,
sé más prudente que nunca,

Baltasar era tan buen poeta como pensador.

Estas y otras cosas más pasaban en la víspera antes de ponerse el sol.

Capítulo 27

AL ANOCHECER

EN CASA DE CAPITÁN TIAGO se habían hecho también muy grandes preparativos. Conocemos al dueño; su afición al fausto y su orgullo de manileño debían humillar en esplendidez a los provincianos. Otra razón había además que le obligaba a procurar eclipsar a los otros: tenía a su hija María Clara y estaba allí su futuro yerno que sólo hacía hablar de él.

En efecto, uno de los más serios periódicos de Manila le había dedicado un artículo en su primera plana, titulado *¡Imitadle!*, colmándole de consejos y dándole algunos elogios. Le había llamado *el ilustrado joven y rico capitalista*; dos líneas más abajo, *el distinguido filántropo*, en el siguiente párrafo *el alumno de Minerva que había ido a la Madre Patria para saludar el genuino suelo de las artes y ciencias*, y un poco más abajo *el español filipino*, etc. etc. Capitán Tiago ardía en generosa emulación y pensaba si acaso no debía también levantar a su costa un convento.

Días antes había llegado a la casa que habitaban María Clara y tía Isabel, multitud de cajas de comestibles y bebidas de Europa, espejos colosales, cuadros y el piano de la joven.

Capitán Tiago llegó el mismo día de la víspera: al besarle su hija la mano, él le regaló un hermoso relicario de oro con brillantes y esmeraldas, conteniendo una astilla de la barca de S. Pedro, donde se había sentado N.S. durante la pesca.

La entrevista con el futuro yerno no podía ser más cordial; se habló naturalmente de la escuela. Capitán Tiago quería que se llamase escuela de S. Francisco.

- ¡Créame Ud. –decía-, S. Francisco es un buen patrón!. Si Ud. la llama escuela de Instrucción primaria no gana Ud. nada. ¿Quién es Instrucción primaria?.

Llegaron algunas amigas de María Clara y la invitaron a salir a paseo.

- Pero vuelve pronto –dijo Capitán Tiago a su hija que le pedía su permiso.; ya sabéis que esta noche cena con nosotros el P. Dámaso que acaba de llegar.

Y volviéndose a Ibarra que se había puesto pensativo, añadió:

- Cene Ud. también con nosotros; en su casa estará Ud. solo.

- Con muchísimo gusto, pero debo estar en casa por si vienen visitas –contestó balbuceando el joven, esquivando la mirada de María Clara.

- Traiga Ud. a sus amigos –replica frescamente Capitán Tiago-; en mi casa siempre hay comida abundante... Quisiera además que Ud. y el P. Dámaso se entendiesen...

---

es un traidor, un enemigo."

- ¡Ya habrá tiempo para eso! –contestó Ibarra sonriendo con sonrisa forzada y se dispuso acompañar a las jóvenes.

Bajaron las escaleras. María Clara iba en medio de Victoria e Iday, la tía Isabel seguía detrás.

La gente se apartaba respetuosamente para abrirles camino. María Clara iba sorprendente de belleza: su palidez había desaparecido y si sus ojos seguían pensativos, su boca, por el contrario, sólo parecía conocer la sonrisa. Con esa amabilidad de la doncella feliz saludaba a los antiguos conocidos de su niñez, hoy admiradores de su dichosa juventud. En menos de quince días había vuelto a recobrar aquella franca confianza, aquella charla infantil que parecía haberse aletargado entre los estrechos muros del beaterio: diríase que la mariposa al dejar el capullo reconocía todas las flores; le bastó volar un momento y calentarse a los dorados rayos del sol para perder la rigidez de la crisálida. La nueva vida se reflejaba en todo el ser de la joven: todo lo encontraba bueno y bello; manifestaba su amor con esa gracia virginal que no viendo más que pensamientos puros, no conoce el por qué de los falsos rubores. Sin embargo se cubría el rostro con el abanico cuando le daban una alegre broma, pero entonces sus ojos sonreían y un ligero estremecimiento recorría todo su ser.

Las casas principiaban a iluminarse y en las calles que recorría la música encendíanse las arañas de caña y madera, imitaciones de las de la iglesia.

Desde la calle, a través de las abiertas ventanas, se veía la gente bullir en las casas, en una atmósfera de luz y perfumes de las flores, a los acordes del piano, arpa u orquesta. Cruzaban las calles chinos, españoles, filipinos, y éstos ya vistiendo el traje europeo, ya el del país. Andaban confundidos codeándose y empujándose criados cargando carne y gallinas, estudiantes vestidos de blanco, hombres y mujeres, exponiéndose a ser atropellados por coches y calesas, que a pesar del *tabî*[1] de los conductores, difícilmente se abrían paso.

Delante de la casa de Capitán Basilio, algunos jóvenes saludaron a nuestros conocidos y los invitaron a que visitaran la casa. La alegre voz de Sinang que descendía las escaleras corriendo puso fin a toda excusa.

- Subid un momento para que yo pueda salir con vosotras –decía-. Me aburre estar entre tantos desconocidos que sólo hablan de gallos y barajas.

Subieron. La sala estaba llena de gente. Algunos se adelantaron para saludar a Ibarra cuyo nombre era conocido de todos; contemplaban extasiados la hermosura de María Clara y algunas viejas murmuraban mientras mascaban buyo: "¡Parece la Virgen!".

Allí tuvieron que tomar chocolate. Capitán Basilio se había hecho íntimo amigo y defensor de Ibarra desde el día de campo. Supo por el telegrama, regalado a su hija Sinang, que estaba enterado de que el pleito había sido sentenciado a su favor, por lo cual, no queriendo dejarse vencer en generosidad, trataba de anular lo del juego de ajedrez. Pero, no consintiendo Ibarra en ello, Capitán Basilio propuso que el dinero con que había que pagar las costas se emplease en pagar a un maestro en la futura escuela del pueblo. A consecuencia de esto, el orador empleaba su oratoria para que los otros contrarios desistiesen de sus extrañas pretensiones y les decía:

- ¡Creedme: en los pleitos el que gana se queda sin camisa!.

Pero no llegaba a convencer a nadie a pesar de citar a los romanos.

Después de tomar el chocolate, nuestros jóvenes tuvieron que oír el piano, tocado por el organista del pueblo.

[1] *¡Eh!*: es el grito usual de los cocheros para abrirse camino. Advertencia a los transeúntes para pedir paso para los coches.

- Cuando le oigo en la iglesia –decía Sinang señalándole- me dan ganas de bailar; ahora que toca el piano se me ocurre rezar. Por esto me marcho con vosotras.

- ¿Quiere Ud. venir con nosotros esta noche? –preguntaba Capitán Basilio al oído de Ibarra al despedirse-; el P. Dámaso va a poner una pequeña banca.

Ibarra se sonrió y contestó con un movimiento de cabeza que tanto equivalía a un sí como un no.

- ¿Quién es ese? –preguntó María Clara a Victoria, señalando con una rápida mirada a un joven que las seguía.

- Ése... ése es un primo mío –contestó turbada.

- Y ¿el otro?.

- Ése no es primo mío –contestó vivamente Sinang-; es un hijo de mi tía.

Pasaron por delante de la casa parroquial, que por cierto no era de las menos animadas. Sinang no pudo contener una exclamación de asombro al ver que ardían las lámparas, las lámparas de una forma antiquísima, que el P. Salví no dejaba nunca encender por no gastar petróleo. Oíanse gritos y sonoras carcajadas, veíanse a los frailes andar lentamente moviendo a compás la cabeza y el grueso puro que adorna sus labios. Los seglares que entre ellos estaban, procuraban imitar cuanto hacían los buenos religiosos. Por el traje europeo que vestían, debían ser empleados o autoridades en la provincia[2].

María Clara distinguió los redondos contornos del P. Dámaso al lado de la correcta silueta del P. Sibyla. Inmóvil en su sitio estaba el misterioso y taciturno P. Salví.

- ¡Está triste! –observó Sinang-; piensa en lo que le van a costar tantas visitas. Pero ya veréis como no lo paga él, sino los sacristanes. Sus visitas siempre comen en otra parte.

- ¡Sinang! –le reprende Victoria.

- No le puedo sufrir desde que rompió la Rueda de la Fortuna; yo ya no me confieso con él.

Entre todas las casas se distinguía una que ni estaba iluminada, ni tenía las ventanas abiertas: era la del alférez. Extrañose de ello María Clara.

- ¡La bruja!, ¡la Musa de la Guardia Civil!, como dice el viejo –exclamó la terrible Sinang-. ¿Qué tiene ella que ver con nuestras alegrías?. ¡Estará rabiando!. Deja que venga el cólera y verás como da un convite.

- ¡Pero Sinang! –vuelve a reprender su prima.

- Nunca la he podido sufrir y menos desde que turbó nuestra fiesta con sus guardias civiles. A ser yo Arzobispo, la casaba con el P. Salví... ¡verás que hijitos!. Mira que hacer prender al pobre piloto, que se arrojó al agua por complacer...

No pudo concluir la frase: en el ángulo de la casa donde un ciego cantaba al són de una guitarra el romance de los peces, se presentaba un raro espectáculo.

Era un hombre cubierto con un ancho salakot de hojas de palma, y vestido miserablemente. Consistía su traje en una levita, hecha jirones, y unos calzones anchos, como los de los chinos, rotos en diferentes sitios. Miserables sandalias calzaban sus pies. Su rostro quedaba todo en sombras gracias a su salakot, pero de aquellas tinieblas partían de cuando en cuando dos fulgores, que se apagaban al instante. Era alto y por sus movimientos debía creerse que era joven. Depositaba un cesto en tierra y se alejaba después pronunciando sonidos extraños, incomprensibles; permanecía de pie, completamente aislado, como si él y la muchedumbre se esquivasen mutuamente. Entonces acercábanse algunas mujeres a su cesta, depositaban frutas, pescado, arroz, etc. Cuando ya no había nadie que se acercase,

[2] Es costumbre que en los pueblos, cuando un forastero o viajero llega, si es peninsular o europeo, suele alojarse en el convento, y si es indígena, en el tribunal.

salían de aquellas sombras otros sonidos más tristes pero menos lastimeros, acción de gracia tal vez; recogían su cesta y se alejaban para repetir lo mismo en otro sitio.

María Clara presintió allí una desgracia y preguntó llena de interés por aquel extraño ser.

- Es el lazarino –contestó Iday-. Hace cuatro años ha contraído esa enfermedad: unos dicen por cuidar a su madre, otros por haber estado en la húmeda prisión. Vive en el campo, cerca ya del cementerio de los chinos; no se comunica con nadie, todos huyen de él por temor de contagiarse. ¡Sí vieras su casita!. Es la casita de Giring-giring[3]: el viento, la lluvia y el sol entran y salen como la aguja en la tela. Le han prohibido tocar nada que perteneciese a la gente. Un día cayó un chiquillo en el canal, el canal no era profundo, pero él que pasaba cerca le ayudó a salir de allí. Súpolo el padre, se quejó al gobernadorcillo y éste le mandó dar seis azotes en medio de la calle, quemando después el bejuco. ¡Aquello era atroz!, el lazarino corría huyendo, el azotador le perseguía y el gobernadorcillo le gritaba: "¡Aprende!, más vale que uno se ahogue que no se enferme como tú".

- ¡Es verdad! –murmuró María Clara.

Y sin darse cuenta de lo que hacía, acercóse rápidamente a la cesta del desgraciado y depositó en ella el relicario que acababa de regalarle su padre.

- ¿Qué has hecho? –le preguntaron sus amigas.

- ¡No tenía otra cosa! –contestó disimulando con una risa las lágrimas de sus ojos.

- Y ¿qué va él a hacer con tu relicario? –le dijo Victoria-. Un día le dieron dinero, pero con una caña lo alejó de sí: ¿para qué lo quería si nadie acepta nada que venga de él?. ¡Si el relicario pudiera comerse!.

María Clara miró con envidia a las mujeres que vendían comestibles y se encogió de hombros. Pero el lazarino se acercó a la cesta, cogió la alhaja que brilló entre sus manos, se arrodilló, la besó y después descubriéndose hundió la frente en el polvo que la joven había pisado. María Clara ocultó el rostro detrás de su abanico y se llevó el pañuelo a los ojos.

Entretanto se había acercado una mujer al desgraciado que parecía orar. Traía la larga cabellera, suelta y desgreñada, y a la luz de los faroles se vieron las facciones extremadamente demacradas de la loca Sisa.

Al sentir su contacto, el lazarino soltó un grito y se levantó de un salto. Pero la loca se agarró de su brazo, con gran horror de la gente y decía:

- ¡Recemos, recemos!. ¡Hoy es el día de los muertos!. ¡Esas luces son las vidas de los hombres!, ¡recemos por mis hijos!.

- ¡Separadla, separadlos!, ¡que se va a contagiar la loca! –gritaba la multitud; pero nadie se atrevía a acercarse.

- ¿Ves aquella luz en la torre?. ¡Aquélla es mi hijo Basilio que baja por una cuerda!. ¿Ves aquélla allá en el convento?. Aquélla es mi hijo Crespín, pero yo no voy a verlos porque el cura está enfermo y tiene muchas onzas y las onzas se pierden. ¡Recemos, recemos por el alma del cura!. Yo le llevaba amargoso y zarzalidas; mi jardín estaba lleno de flores, y tenía dos hijos. ¡Yo tenía jardín, cuidaba flores y tenía dos hijos!.

Y soltando al lazarillo se alejó cantando:

- ¡Yo tenía jardín y flores, yo tenía dos hijos, jardín y flores!.

- ¿Qué has podido hacer por esa pobre mujer? –preguntó María Clara a Ibarra.

[3] Se dice de las casas destartaladas y casi en ruina que no dan protección contra el sol, la lluvia y el viento. *Bahay na giring-giring*, expresión familiar entre los tagalos, refiriéndose a las chozas de los pobres.

- ¡Nada; estos días había desaparecido del pueblo y no se la podía encontrar!. –contestó medio confuso el joven-. He estado además muy ocupado, pero no te aflijas; el cura prometió ayudarme, recomendándome mucho tacto y sigilo, pues parece que se trata de la Guardia Civil. ¡El cura se interesa mucho por ella!.

- ¿No decía el alférez que haría buscar a los niños?.

- ¡Sí, pero entonces estaba un poco... bebido!.

Apenas acababa de decir esto cuando vieron a la loca, arrastrada más bien que conducida por un soldado: Sisa oponía resistencia.

- ¿Por qué la prendéis?. ¿Qué ha hecho? –preguntó Ibarra.

- ¿Qué?. ¿No habéis visto cómo ha alborotado? –contestó el custodio de la pública tranquilidad.

El lazarino recogió precipitadamente su cesto y se alejó. María Clara quiso retirarse pues había perdido la alegría y el buen humor.

- ¡También hay gentes que no son felices! –murmuraba.

Al llegar a la puerta de su casa, sintió aumentarse su tristeza al ver que su novio se negaba a subir y se despedía:

- ¡Es necesario! –decía el joven.

María Clara subió las escaleras pensando en lo aburrido que son los días de fiesta cuando vienen las visitas de los forasteros.

Capítulo 28

CORRESPONDENCIAS

Cada uno habla de la feria
como le va en ella

NO HABIENDO SUCEDIDO nada importante para nuestros personajes, ni en la noche de la víspera ni al siguiente día, saltaríamos gustosos al último, si no consideramos que acaso algún lector extranjero desearía conocer cómo celebran sus fiestas los filipinos. Para esto copiaremos al pie de la letra varias cartas, una de ellas la del corresponsal de un serio y distinguido periódico de Manila, venerable por su tono y alta severidad. Nuestros lectores rectificarán algunas ligeras y naturales inexactitudes.

El digno corresponsal del noble periódico escribía así:

"Sr. Director...

"Mi distinguido amigo: Jamás presencié ni espero ver en provincias, fiestas religiosa tan solemne, espléndida y conmovedora como la que se celebra en este pueblo por los M.M.R.R. y virtuosos P.P. Franciscanos.

"La concurrencia es grandísima: aquí he tenido la felicidad de saludar a casi todos los españoles, residentes en esta provincia, a tres R.R.P.P. Agustinos de la Provincia de Batangas, a dos R.R.P.P. Dominicos, uno de ellos el M.R.P. Fr. Hernando de la Sibyla que con su presencia ha venido a honrar este pueblo, lo cual no deben olvidar jamás sus dignos habitantes. He visto también a gran número de principales de Cavite, Pampanga, a mucho ricos de Manila, y muchas bandas de música, entre ellas la refinadísima de Pagsanjan, propiedad del Sr. Escribano, Don Miguel Guevara, y a

multitud de chinos e indios, que con la curiosidad que caracteriza a los primeros y religiosidad de los últimos, esperaban con ansia el día en que había de celebrarse la solemne fiesta, para asistir al espectáculo cómico-mímico-lírico-coreográfico-dramático, para cuyo fin se había levantado un gran y espacioso tablado en medio de la plaza.

"A las nueve de la noche del día diez, la víspera de la fiesta, después de la opípara cena con que nos obsequió el Hermano Mayor, llamaron la atención de cuantos españoles y frailes estábamos en el convento, los acordes de dos músicas que con acompañamiento de apiñada multitud y al ruido de cohetes y bombazos, y precedidas por los principales del pueblo, venían al convento para sacarnos y conducirnos al sitio preparado y destinado para nosotros a fin de presenciar el espectáculo.

"Tuvimos que ceder a tan galante ofrecimiento por más que yo hubiera preferido descansar en los brazos de Morfeo y dar grato reposo a mis doloridos miembros, gracias a las sacudidas del vehículo que nos proporcionó el gobernadorcillo del pueblo de B.

"Bajamos pues, y fuimos a buscar a nuestros compañeros que cenaban en la casa que aquí tiene el piadoso y opulento D. Santiago de los Santos. El cura del pueblo, el M.R.P. Fr. Bernardo Salví, y el M.R.P. Fr. Dámaso Verdolagas, que ya está por especial favor del Altísimo restablecido de la dolencia, que mano impía sobre él causara, en compañía del M.R.P. Fr. Fernando de la Sibyla y el virtuoso cura de Tanauán con otros españoles más, eran los invitados en casa del Creso filipino. Allí hemos tenido la dicha de admirar, no solamente el lujo y el buen gusto de los dueños de la casa, que no es común entre los naturales, sino también a la preciosa, bellísima y rica heredera, que demostró ser una consumada discípula de Sta. Cecilia tocando en su elegante piano, con una maestría que me hizo recordar a la Gálvez, las mejores composiciones alemanas e italianas. Lástima que tan perfecta señorita sea tan excesivamente modesta y oculte sus méritos a la sociedad que para ella sólo tiene admiraciones. No debo dejar en el tintero que en casa del anfitrión nos hicieron tomar champaña y finos licores con la profusión y esplendidez que caracterizan al capitalista conocido.

"Asistimos al espectáculo. Ud. conoce ya a nuestros artistas Ratia, Carvajal y Fernández; sus gracias sólo fueron comprendidas por nosotros, pues la clase no ilustrada no pescó de ello ni una jota. Chananay y Balbino, bien aunque algo ronquillos: el último soltó un *pollito* pero en conjunto y buena voluntad admirable. A los indios, sobre todo al gobernadorcillo, gustó mucho la comedia tagala: éste último se frotaba las manos y nos decía que era una lástima que no hubiesen hecho pelear a la princesa con el gigante que la había robado, lo cual en su opinión habría sido más maravilloso, y más, si el gigante llegaba a ser invulnerable menos en el ombligo, como un tal Ferragús de que hablaba la *Historia de los Doce Pares*. El M.R.P. Fr. Dámaso, con esa bondad de corazón que le distingue, participaba de la opinión del gobernadorcillo y añadía que en tal caso la princesa ya se arreglaría para descubrirle al gigante su ombligo y darle el golpe de gracia.

"Excuso decirle que durante el espectáculo no permitió que no faltase nada la amabilidad del Rothschild filipino: sorbetes, limonadas gaseosas, refrescos, dulces, vinos, etc. etc., corría con profusión entre los que estábamos allí. Notóse mucho y con razón la ausencia del conocido e ilustrado joven D. Juan Crisóstomo Ibarra que, como Ud. sabe, debe mañana presidir la bendición de la primera piedra para el gran monumento que tan filantrópicamente hace levantar. Este digno descendiente de los Pelayos y Elcanos (porque según he sabido uno de los abuelos paternos es de nuestras heroicas y nobles provincias del Norte, acaso uno de los primeros compañeros de Magallanes o Legaspi) tampoco se ha dejado ver en el resto del día a

Librodot

causa de un pequeño malestar. Su nombre corre de boca en boca y sólo lo pronuncian con alabanzas que no pueden menos de redundar en gloria de España y de los legítimos españoles como nosotros, que no desmentimos jamás nuestra sangre por mezclada que pudiese estar.

"Hoy 11 de la mañana presenciamos un espectáculo altamente conmovedor. Este día, como es público y notorio, es la fiesta de la Virgen de la Paz y la celebran los Hermanos del Smo. Rosario. Mañana será la fiesta del Patrón S. Diego y toman parte en ella principalmente los Hermanos de la V.O.T. Entre estas dos corporaciones hay una emulación piadosa para servir a Dios y esta piedad llega hasta el extremo de provocar santos disgustos entre ambas, como lo sucedido últimamente por disputarse el gran predicador de reconocida fama, el tantas veces nombrado M.R.P. Fr. Dámaso, que ocupará mañana la cátedra del Espíritu Santo con un sermón que será, según creencia general, un acontecimiento religioso y literario.

"Pues, *como íbamos diciendo*, presenciamos un espectáculo altamente edificante y conmovedor. Seis jóvenes religiosos, tres que debían decir misa y los otros tres de acólitos, salieron de la sacristía y postrados ante el altar, entonó el celebrante que era el M.R.P. Fr. Hernando de la Sibyla el *Surge Domine*, con que debía comenzar la procesión alrededor de la iglesia, con aquella magnífica voz y religiosa unción que todo el mundo le reconoce y le hacen tan digno de la admiración general. Terminado el *Surge Domine*, el gobernadorcillo, vestido de frac, con el guión, seguido de cuatro acólitos con incensarios, empezó la procesión. Tras ellos venían los ciriales de plata, la municipalidad, las preciosas imágenes vestidas de raso y oro, representando a Sto. Domingo, S. Diego y la Virgen de la Paz con un magnífico manto azul con planchas de plata dorada, regalo del virtuoso ex gobernadorcillo, muy digno de imitarse y nunca suficientemente nombrado D. Santiago de los Santos. Todas estas imágenes iban en carros de plata. Tras de la Madre de Dios veníamos los españoles y los otros religiosos: el oficiante iba protegido por un palio que llevaban los cabezas de barangay y cerraba la procesión el benemérito cuerpo de Guardia Civil. Creo inútil decir que una multitud de indios formaban las dos filas de la procesión, llevando con gran piedad cirios encendidos. La música tocaba religiosas marchas; repetidas salvas hacían las bombas y ruedas de fuego. Causa admiración ver la modestia y fervor que estos actos inspiran en el corazón de los creyentes, la fe pura y grande que a la Virgen de la Paz profesan, la solemnidad y ferviente devoción con que tales solemnidades celebran los que tuvimos la dicha de nacer bajo el sacrosanto e inmaculado pabellón de España.

"Terminada la procesión se dio principio a la misa ejecutada por la orquesta y los artistas del Teatro. Después del Evangelio, subió al púlpito el M.R.P. Fr. Manuel Martín, agustino que ha venido de la provincia de Batangas, el cual ha tenido absorto y pendiente de su palabra a todo el auditorio y principalmente a los españoles en el exordio en castellano, que dijo con valentía y con frases tan fácilmente traídas y adecuadas que llenan nuestros corazones de fervor y entusiasmo. Esta palabra pues es lo que debe darse a lo que se siente o sentimos cuando se trata de la Virgen y de nuestra querida España, y sobre todo cuando pueden intercalarse en el texto, puesto que la materia se presta, las ideas de un principio de la Iglesia, el *señor Monescillo*, que son con seguridad las de todos los españoles.

"Concluida la misa subimos todos al convento juntamente con los principales del pueblo y otras personas de importancia, donde fueron muy bien obsequiados con la finura, atención y prodigalidad que caracterizan al M.R.P. Fr. Salví ofreciéndoles

cigarros y un fuerte tente-en pie[1] que el Hermano Mayor había preparado debajo del Convento para todo el que necesitase acallar las necesidades de su estómago.

"Durante el día no faltó nada para hacer alegre la fiesta y para conservar la animación característica de los españoles, que en ocasiones tales no les es posible contenerse, demostrando ya en canciones o bailes, ya en otras sencillas y alegres distracciones, que tienen corazón noble y fuerte, que las penas no les abaten y que basta, se reúnan en el sitio dado tres españoles, para que la tristeza y malestar de allí se ausenten. Rindiéndose pues culto a Terpsícore en muchas casas, pero principalmente en la del ilustrado millonario filipino adonde fuimos todos invitados a comer. Excuso decirle a Ud. que el banquete, opípara y brillantemente servido, fue la segunda edición de las bodas de Caná o Camacho, corregida y aumentada. Mientras gozábamos de los placeres de la bucólica que dirigía un cocinero de *la Campana*, tocaba la orquesta armoniosas melodías. La hermosísima señorita de la casa lucía un traje de mestiza[2] y una cascada de brillantes, y fue como siempre la reina de la fiesta. Todos deploramos en el fondo de nuestra alma que una ligera torcedura de su lindo pie la haya privado de los placeres del baile, pues si hemos de juzgar por lo que sus perfecciones en todo demuestran, la señorita de los Santos debe bailar como una sílfide.

"El Alcalde de la Provincia ha llegado esta tarde con objeto de solemnizar con su presencia la ceremonia de mañana. Ha deplorado el malestar del distinguido propietario señor Ibarra, que gracias a Dios, según se nos ha dicho, ya está mejor.

"Esta noche hubo procesión solemne, pero de esto hablaré en mi carta de mañana, porque, además de los bombazos que me han aturdido y vuelto algo sordo, estoy muy cansado y me caigo de sueño. Mientras, pues, recupero fuerzas en los brazos de Morfeo, o sea en el catre del convento, deseo a Ud. mi distinguido amigo, buenas noches y hasta mañana que será el gran día.

Su afmo. amigo q.b.s.m.

"S. Diego 11 de noviembre.
El corresponsal".

Esto escribía el bueno del corresponsal. Veamos ahora qué escribía Capitán Martín a su amigo Luis Chiquito.

"Querido Choy: Ven corriendo si puedes que la fiesta es muy alegre; figúrate que Capitán Joaquín está casi desbancado: Capitán Tiago le ha doblado tres veces y las tres en puertas, con lo que Cabezang Manuel, el dueño de la casa, se vuelve cada vez más pequeño de alegría. El P. Dámaso rompió de un puñetazo una lámpara porque hasta ahora no ha ganado una carta; el Cónsul ha perdido en sus gallos y en la banca todo lo que nos ha ganado en la fiesta de Biñang y en la Pilar de Sta. Cruz.

"Esperamos que Capitán Tiago nos trajese a su futuro yerno, el rico heredero de D. Rafael, pero parece que quiere imitar a su padre porque ni siquiera se ha dejado ver. ¡Lástima!. Parece que no será nunca de provecho.

"El chino Carlos está haciendo una gran fortuna con el *liam-pó*; sospecho que lleva algo oculto, tal vez un imán: se queja continuamente de dolores de cabeza que lleva vendada, y cuando el cubo del *liam-pó* se para poco a poco, entonces se inclina

[1] Refrigerio o comida sin formalidad dejando a los comensales servirse por sí mismos de una mesa común en donde están colocados los manjares.
[2] Exactamente lo que llamaban traje en las filipinas, con la diferencia de no llevar *tapis*. *Tapis* es una especie de sobre-falda hecha de diferente tela, adornada o no con encajes, que es el distintivo de las filipinas puras.

Librodot

casi hasta tocarle, como si lo quisiese bien observar. Estoy escamado porque sé otras historias parecidas.

"Adiós, Choy; mis gallos van bien y mi mujer está alegre y se divierte.

"Tu amigo

Martín Aristorenas".

Ibarra había recibido también un billetito perfumado, que Andeng, la hermana de leche de María Clara, le había entregado la noche del primer día de la fiesta. El billete decía:

"Crisóstomo: Hace más de un día que no te dejas ver; he oído que estás algo enfermo, he rezado por ti y encendido dos cirios por más que papá dice que no estás enfermo de gravedad. Anoche y hoy me han aburrido mandándome tocar el piano e invitándome a bailar. ¡No sabía que hubiese tantos fastidiosos en la tierra!. Si no fuera por el P. Dámaso, que procura distraerme contando y diciéndome muchas cosas, me habría encerrado en mi alcoba para dormir. Escríbeme qué tienes pues diré a papá que te visite. Por ahora, te envío a Andeng, para que te haga té: ella lo sabe cocer bien y acaso mejor que tus criados.

María Clara

"P.D. Si no vienes mañana, no iré yo a la ceremonia. Vale".

Capítulo 29

LA MAÑANA

LAS BANDAS DE MÚSICA tocaron diana a los primeros albores del alba de la aurora, despertando con aires alegres a los fatigados vecinos del pueblo. La vida y la animación renacieron, las campanas volvieron a repicar y las detonaciones comenzaron.

Era el último día de la fiesta, era verdaderamente la fiesta misma. Se esperaba ver mucho, más que el día anterior. Los Hermanos de la V.O.T. eran mas numerosos

que los del Smo. Rosario y sus cofrades sonreían piadosamente, seguros de humillar a sus rivales. Habían comprado mayor número de velas: los chinos cereros hicieron su agosto, y en agradecimiento pensaban bautizarse, por más que algunos aseguraban que no era por fe en el catolicismo sino por el deseo de tomar mujer. Pero a esto respondían las piadosas mujeres:

- Aunque así fuera, el casarse tantos chinos a la vez no dejaría de ser un milagro, y ya les convertirían sus esposas.

La gente se puso los mejores trajes; salieron de sus cajitas todas las alhajas. Los tahúres y los jugadores mismos lucieron camisas bordadas con botones de gruesos brillantes, pesadas cadenas de oro y blancos sombreros de jipijapa[1]. Sólo el viejo filósofo seguía como siempre: la camisa de *sinamay*[2] con rayas oscuras, abotonada hasta el cuello, zapatos holgados y ancho sombrero de fieltro color ceniza.

- ¡Está Ud. hoy más triste que nunca! –le dijo el teniente mayor-; ¿no quiere Ud. que nos alegremos de vez en cuando, puesto que tenemos mucho que llorar?.

- ¡Alégrarse no quiere decir cometer locura! – contestó el viejo-. ¡Es la insensata orgía de todos los años!. Y todo ¿por qué?. ¡Malgastar el dinero cuando hay tantas miserias y necesidades!. ¡Ya!, comprendo, ¡es la orgía, es la bacanal para apagar las lamentaciones de todos!.

- Ya sabe Ud. que participo de su opinión –repuso D. Filipo, medio serio medio sonriendo-. La he defendido, pero ¿qué podía hacer contra el gobernadorcillo y el cura?.

- ¡Dimitir! –contestó el filósofo y se alejó.

D. Filipo se quedó perplejo, siguiendo con la vista al anciano.

- ¡Dimitir! –murmuraba dirigiéndose a la iglesia-, ¡dimitir!. ¡Sí!. Si este cargo fuese una dignidad y no una carga, sí, ¡dimitir!.

El patio de la iglesia estaba lleno de gente: hombres y mujeres, niños y viejos, vestidos con sus mejores trajes, confundidos unos con otros, entraban y salían por las estrechas puertas. Olía a pólvora, a flores, a incienso, a perfume; bombas, cohetes y buscapiés[3] hacían correr y gritar a las mujeres, reír a los niños. Una banda de música tocaba delante del convento, otras, conduciendo a la municipalidad, recorrían las calles donde flotaban y ondeaban multitud de banderas. Luz y colores abigarrados distraían la vista, armonías y estruendos el oído. Las campanas no cesaban de repicar; cruzábanse coches y calesas cuyos caballos a veces se espantaban, encabritaban, ponían de manos; lo cual, a pesar de no figurar en el programa de la fiesta, constituía un espectáculo gratis y de los más interesantes.

El Hermano Mayor de este día había enviado criados para buscar convidados en la calle, como el que dio el festín de que nos habla el Evangelio. Se invitaba, casi a la fuerza, a tomar chocolate, café, té, dulces, etc. No pocas veces la invitación tomaba las proporciones de una querella.

Iba a celebrarse la misa mayor, la misa que llaman de dalmática, como la de ayer de que hablaba el digno corresponsal, sólo que ahora el celebrante sería el P. Salví y entre las personas que iban a oírla estaría el Alcalde de la provincia con otros muchos españoles y gente ilustrada para escuchar al P. Dámaso que gozaba de gran fama en la provincia. El alférez mismo, escarmentado y todo de las predicciones del P. Salví, acudía también para dar prueba de su buena voluntad y desquitarse si era posible de los malos ratos que el cura le había dado. Tal fama tenía el P. Dámaso que ya el corresponsal escribió de antemano al director del periódico lo siguiente:

[1] Sombreros hechos de paja fina y flexible que se traen de Perú, Colombia, Ecuador, etc., muy apreciados en Filipinas.
[2] Tela fabricada con el filamento del abacá: se teje en diferentes regiones del país.
[3] Cohete sin varilla que, encendido, corre por la tierra entre los pies de la gente y es causa de jolgorio entre la muchedumbre. Se usa para designar el púlpito de las iglesias.

Librodot

"Como le había anunciado a Ud. en mis pergeñadas líneas de ayer, así ha sucedido. Hemos tenido la especial dicha de oír al M.R.P. Fr. Dámaso Verdolagas, antiguo cura de este pueblo, trasferido hoy a otro mayor en premio de sus buenos servicios. El insigne orador sagrado ocupó la cátedra del Espíritu Santo pronunciando un elocuentísimo y profundísimo sermón, que edificó y dejó pasmados a todos los fieles que aguardaban ansiosos ver brotar de su fecundos labios la saludable fuente de la eterna vida. Sublimidad en los conceptos, atrevimiento en las concepciones, novedad en las frases, elegancia en el estilo, naturalidad en los gestos, gracia en el hablar, gallardía en las ideas, he aquí las prendas del Bossuet español, que tiene justamente ganada su alta reputación, no sólo entre los ilustrados españoles sino aún entre los rudos indios y los astutos hijos del celeste Imperio".

Sin embargo, el confiado corresponsal por poco no se ve obligado a borrar cuanto había escrito. El P. Dámaso se quejaba de cierto ligero catarro que había cogido la noche anterior: después de cantar unas alegres peteneras se había tomado tres vasos de sorbete y asistido un momento al espectáculo. A consecuencia de esto quería renunciar a ser el intérprete de Dios para con los hombres, pero no encontrándose otro que se hubiese aprendido la vida y milagros de S. Diego –el cura los sabía, es verdad, más tenía que oficiar-, los otros religiosos hallaron unánimemente que el timbre de voz del P. Dámaso era inmejorable y que sería una gran lástima dejar de pronunciar tan elocuente sermón como el ya escrito y aprendido. Por esto, la antigua ama de llaves le preparó limonadas, le untó pecho y cuello con ungüentos y aceites, le envolvió en paños calientes, le sobó, etc., etc. El P. Dámaso tomó huevos crudos batidos en vino y toda la mañana ni habló ni desayunó; apenas bebió un vaso de leche, una taza de chocolate y una docenita de bizcochos, renunciando heroicamente a su pollo frito y a su medio queso de la Laguna de todas las mañanas, porque, según el ama, pollo y queso tenían sal y grasa y podrían provocar la tos.

- ¡Todo para ganar el cielo y convertimos! –decían conmovidas las Hermanas de la V.O.T. al enterarse de estos sacrificios.

- ¡La Virgen de la Paz le castiga! –murmuraban las Hermanas del Smo. Rosario que no le podían perdonar el haberse inclinado del lado de sus enemigos.

A las ocho y media salió la procesión a la sombra del entoldado de lona. Era por el estilo de la de ayer, si bien había una novedad: la Hermandad de la V.O.T. Viejos, viejas y algunas jóvenes camino de viejas exponían largos hábitos de guingón; los pobres los gastaban de tela basta, los ricos de seda o sea el guingón franciscano que llaman por usarlo más los Rdos. Frailes Franciscanos. Todos aquellos sagrados hábitos eran legítimos, venían del convento de Manila, de donde el pueblo los adquiere por limosna a cambio de dinero *prix fixe*, si se permite la frase de una tienda. Este precio fijo puede aumentarse pero no disminuirse. Lo mismo que estos hábitos, se venden también otros en el mismo convento y en el monasterio de Sta. Clara, que poseen, además de la gracia especial de procurar muchas indulgencias a los muertos que en ellos se amortajan, la gracia más especial aún de ser más caros cuanto más viejos, raídos e inservibles son. Escribimos esto por si algún piadoso lector necesita de tales reliquias sagradas, o algún tuno trapero de Europa quiere hacer fortuna llevándose a Filipinas un cargamento de hábitos zurcidos y mugrientos, pues llegan a costar dieciséis pesos o más según el aspecto más o menos haraposo.

S. Diego de Alcalá iba en un carro adornado con planchas de plata repujada. El Santo, bastante delgado, tenía el busto de marfil de una expresión severa y majestuosa a pesar del abundante cerquillo rizado como el de los negritos. Su vestido era raso bordado de oro.

Nuestro venerable Padre S. Francisco seguía, después la Virgen como ayer, sólo que el sacerdote que venía debajo del Palio era esta vez el P. Salví y no el elegante P.

Librodot

Sibyla de maneras distinguidas. Pero si bien al primero le faltaba el hermoso continente, le sobraba sin embargo unción: tenía las manos juntas en actitud mística, los ojos bajos y andaba medio encorvado. Los que llevaban el palio eran los mismos cabezas de barangay, sudando de satisfacción al verse a la vez que semi sacristanes, cobradores de tributos, redentores de la humanidad vagabunda y pobre, y por consiguiente Cristos que dan sangre por los pecados de los otros. El coadjutor, de sobrepelliz, iba de un carro a otro llevando el incensario, con cuyo humo regalaba de tiempo en tiempo el olfato de cura, que entonces se ponía más serio aún y más grave.

Así andaba la procesión lenta y pausadamente al son de bombas, cantos y religiosas melodías, lanzadas al aire por las bandas de música que seguían detrás de cada carro. Con tal afán, entretanto, distribuía el Hermano Mayor cirios que muchos de los acompañantes se retiraron a sus casas con luz para cuatro noches mientras juegan a las cartas. Devotamente se arrodillaron los curiosos al pasar el carro de la Madre de Dios y rezaban con fervor Credos y Salves.

Frente a una casa cuyas ventanas, adornadas de vistosas colgaduras, se asomaban el Alcalde, Capitán Tiago, María Clara, Ibarra, varios españoles y señoritas, detúvose el carro; el Padre Salví acertó a levantar la vista pero no hizo el más pequeño gesto que demostrase saludo o que los reconociese: únicamente se irguió, se puso más derecho y la capa pluvial cayó sobre sus hombros con cierta gracia y más elegantemente.

En la calle, debajo de la ventana, había una joven de rostro simpático, vestida con mucho lujo, llevando en sus brazos un niño de corta edad. Nodriza o niñera debía ser, pues el chico era blanco y rubio, y ella, morena y sus cabellos más negros que el azabache.

Al ver al cura, extendió el tierno infante sus manecitas, riéndose con esa risa de la infancia que no provoca dolores ni es por ellos provocada y gritó balbuceando en medio de un breve silencio: ¡Pa... pá!. ¡Papá! ¡papá!.

La joven se estremeció, puso precipitadamente su mano sobre la boca y alejóse corriendo muy confusa. El niño echóse a llorar.

Los maliciosos se guiñaron unos a otros y los españoles que vieron la corta escena se sonrieron. La natural palidez del P. Salví se trocó en amapola.

Y sin embargo la gente no tenía razón: el Cura no conocía siquiera a la mujer, que era una forastera.

Capítulo 30

EN LA IGLESIA

DE EXTREMO A EXTREMO estaba lleno el camarín que los hombres asignan por casa al Criador de cuanto existe.

Se empujaban, se oprimían, se machacaban unos a otros, exhalando ayes los pocos que salían y los muchos que entraban. Todavía, desde lejos, extendíase ya el brazo para mojar los dedos en agua bendita, pero a lo mejor venía la oleada y apartaba la mano: entonces se oía un gruñido, una mujer pisoteada renegaba, pero continuaban los empujones. Algunos viejos que conseguían refrescar sus dedos en el agua aquélla, ya de color de cieno, en donde se lavara una población entera con más forasteros, se untaban con ella devotamente, si bien con trabajo, el cogote, la coronilla, la frente, la nariz, la barba, el pecho y el ombligo en la convicción de que así santificaban todas aquellas partes y no padecerían ni tortícolis, ni dolores de cabeza, ni tisis, ni indigestiones. Las personas jóvenes, bien porque no fuesen tan enfermizas o no creyesen en aquella sagrada profilaxis, apenas humedecían la puntita del dedo –para que la gente devota no tuviese nada que decir-, y hacían de señalar la frente sin tocarla, por supuesto. "Será bendita y todo lo que se quiera –pensaría alguna joven-, ¡pero tiene un color...!".

Se respiraba a duras penas; hacía calor y olía a animal bimano; pero el predicador valía todas aquellas molestias: su sermón le costaba al pueblo doscientos cincuenta pesos. El viejo Tasio había dicho:

- ¡Doscientos cincuenta pesos por un sermón!. ¡Un hombre solo y una sola vez!. ¡La tercera parte de lo que cuestan los comediantes que trabajarán durante tres noches...!. ¡Necesariamente debéis ser muy rico!.

- ¿Qué tiene eso que ver con la comedia? –contestó malhumorado el nervioso maestro de los Hermanos de la V.O.T.-, ¡con la comedia se van las almas al Infierno y con el sermón al Cielo!. Si hubiese pedido mil, le pagaríamos y todavía se lo tendríamos que agradecer...

- ¡Después de todo tenéis razón! –replicó entonces el filósofo-; a mí al menos me divierte más el sermón que la comedia.

- ¡Pues a mí ni la comedia! –gritaba furioso el otro.

- ¡Lo creo, tanto entendéis el uno como el otro!.

Y el impío se marchaba sin hacer caso de los insultos y funestas profecías que el irritable maestro hacía sobre su vida futura.

Mientras se esperaba al Alcalde, la gente sudaban y bostezaba: agitaban el aire abanicos, sombreros y pañuelos; gritaban y lloraban los niños, lo que daba que trabajar a los sacristanes para echarlos del templo. Esto hacía pensar al concienzudo y flemático maestro de la Cofradía del Smo. Rosario:

- "Dejad que los niños se acerquen a mí", decía N.S. Jesucristo, es verdad, ¡pero aquí debe sobreentenderse niños que no lloran!

Una vieja, de las vestidas de guingón, la Hermana Putê, decía a su nieta, una chiquilla de seis años, que estaba a su lado arrodillada:

- ¡Condenada!, ¡estáte atenta que vas a oír un sermón como el de Viernes Santo!.

Y le dio un pellizco despertando la piedad de la chiquilla que hizo una mueca, alargó el hocico y arrugó las cejas.

Algunos hombres, sentados en cuclillas, dormitaban cerca de los confesionarios. Un viejo, cabeceando, hacía creer a nuestra vieja, que mascullaba rezos y hacía correr rápidamente los dedos de las cuentas de su rosario, que aquélla era la manera más reverente de acatar los designios del cielo y poco a poco se puso a imitarle.

Ibarra estaba en un rincón; María Clara, arrodillada cerca del altar mayor en un sitio que el cura tuvo la galantería de hacer despejar por los sacristanes. Capitán

Tiago, vestido de frac, se sentaba en los bancos destinados a las autoridades, por lo cual los chicos que no le conocían le tomaban por otro gobernadorcillo y no osaban acercársele.

Por fin llegó el señor Alcalde con su Estado Mayor viniendo de la sacristía y ocupando uno de los magníficos sillones sobre una alfombra colocados. El Alcalde iba vestido de gran gala, luciendo la banda de Carlos III y cuatro o cinco condecoraciones más.

El pueblo no le reconoció.

- ¡Abá! –exclamó un labriego-, ¡un civil vestido de comediante!.

- ¡Simple! –le contestó el vecino codeándole-: ¡es el príncipe Villardo que vimos anoche en el teatro!.

El Alcalde subió de categoría a los ojos del pueblo, llegando a ser encantado príncipe, vencedor de gigantes.

Empezó la misa. Los que estaban sentados se levantaron, los que dormían se despertaron por el campanilleo y la sonora voz de los cantores. El P. Salví, a pesar de su gravedad, parecía muy satisfecho, pues le servían de diácono y subdiácono nada menos que dos agustinos.

Cada cual cantó, cuando le llegó el turno, bien, con voz más o menos nasal y pronunciación oscura, menos el oficiante que la tenía algo temblorosa, desafinando no pocas veces, con gran extrañeza de los que le conocían. Se movía sin embargo con precisión y elegancia; decía el *Dóminus vobiscum* con unción, ladeando un poco la cabeza y mirando hacia la bóveda. Al verle recibir el humo del incienso, se habría dicho que Galeno tenía razón[1] admitiendo el paso del humo de las fosas nasales al cráneo por la criba del etmoides, pues se erguía, echaba hacia atrás la cabeza, caminaba después hacia el centro del altar con tal prosopopeya y gravedad que Capitán Tiago le halló más majestuoso que el comediante chino de la noche anterior, vestido de emperador, pintarrajeado, con banderitas en la espalda, barba cerda de caballo y babuchas de alta suela.

- Indudablemente -pensaba-, un solo cura nuestro tiene más majestad que todos los emperadores.

Por fin llegó el deseado momento de oír al P, Dámaso. Los tres sacerdotes se sentaron en sus sillones en actitud edificante, como diría el honrado corresponsal; el Alcalde y más gente de varas y bastones los imitaron; la música cesó.

Aquel paso del ruido al silencio despertó a nuestra Hermana Putê que ya roncaba, gracias a la música. Como Segismundo, o como el cocinero del cuento de Dornröschen, lo primero que hizo al despertarse fue dar un cogotazo a su nieta que también se había dormido. Esta chilló, pero se distrajo pronto viendo a una mujer darse golpes de pecho convencida y entusiasmada.

Todos procuraron colocarse cómodamente; los que no tenían bancos se sentaron en cuclillas, las mujeres sobre el suelo y sus mismas piernas.

El P. Dámaso atravesó la multitud, precedido de dos sacristanes y seguido de otro fraile que llevaba un gran cuaderno. Desapareció al subir la escalera de caracol, pero pronto reapareció su redonda cabeza, después el grueso cogote seguido inmediatamente de su cuerpo. Miró a todas partes con seguridad, medio tosiendo; vio a Ibarra: un pestañeo particular dio a entender que no se olvidaría de él en sus oraciones; después una mirada de satisfacción al P. Sibyla y otra de desdén al P. Manuel Martín, el predicador de ayer. Concluida esta revista, volvióse

[1] Eufemismo para decir que el humo se le subía a la cabeza, o sea, enorgullecerse inmotivadamente; presumir al llegar a verse en un puesto elevado o importante, emborracharse de vanagloria.

Librodot

disimuladamente al compañero diciéndole: "¡Atención, hermano!". Este abrió el cuaderno.

Pero el sermón merece capítulo aparte. Un joven que entonces aprendía la taquigrafía y que idolatra los grandes oradores, lo estenografió; gracias a esto podemos traer aquí un trozo de la oratoria sagrada de aquellas regiones.

Capítulo 31

EL SERMÓN

Fr. DÁMASO EMPEZÓ lentamente pronunciando a media voz:

"*¡Et spiritum tuum bonum dedisti, qui doceret eos, et manna tuum nom prohibuisti ab ore eorum, et aquam dedisti eis in siti!*". "¡Y les diste tu espíritu bueno para que los enseñase y no quitaste tu maná de su boca y les diste agua en su sed!".

"Palabras que dijo el Señor por boca de Esdras, libro II, cap. IX, vers. 20."

El P. Sibyla miró sorprendido al predicador; el P. Manuel Martín palideció y se tragó saliva: aquello era mejor que el suyo.

Sea que el P. Dámaso lo notara o estuviera aún ronco, es el caso que tosió varias veces poniendo ambas manos en el antepecho de la santa tribuna. El Espíritu Santo estaba sobre su cabeza, acabado de pintar: blanco, limpio, con las patitas y el pico color rosa.

"¡Excelentísimo Señor (al Alcalde), virtuosísimos sacerdotes, cristianos, hermanos en Jesucristo!".

Aquí hizo solemne pausa, paseando de nuevo sus miradas por el auditorio, cuya atención y recogimiento le satisficieron.

La 1ª parte del sermón debía ser en castellano y la otra en tagalo: *loquebantur omnes linguas*[1].

Después de los vocativos y de la pausa, extendió majestuosamente la mano derecha hacia el altar fijando la vista en el Alcalde; después se cruzó de brazos lentamente, sin decir una sola palabra, pero pasando de esta calma a la movilidad, echó hacia atrás la cabeza, señaló hacia la puerta mayor cortando el aire con el borde de la mano, con tanto ímpetu que los sacristanes interpretaron el gesto por un mandato y cerraron las puertas; el alférez se inquietó y estuvo dudando sobre si salir o quedarse, pero ya el predicador empezaba a hablar con voz fuerte, llena y sonora: decididamente la antigua ama era inteligente en medicina.

"Esplendoroso y relumbrante es el altar, ancha la puerta mayor, el aire es el vehículo de la santa palabra divina que brotará de mi boca, ¡oíd pues vosotros los oídos del alma y del corazón para que las palabras el Señor no caigan en terreno pedregoso, las coman las aves del infierno, sino que crezcáis y brotéis como una santa simiente en el campo de nuestro venerable y seráfico P.S. Francisco!. Vosotros, grandes pecadores, cautivos de los moros del alma, que infestan los mares de la vida eterna en poderosas embarcaciones de la carne y del mundo, vosotros que estáis cargados con los grilletes de la lascivia y concupiscencia y remáis en las galeras de Satán infernal, ved ahí con reverente compunción al que rescata las almas de la

[1] "Hablarán todas las lenguas". Los Apóstoles, antes de separarse para el proselitismo por el mundo, fueron ungidos por el Espíritu Santo en su último cenáculo con el don de lenguas.

cautividad del demonio, al intrépido Gedeón, al esforzado David, al victorioso Roldán del Cristianismo, al guardia civil celestial, más valiente que todos los guardias civiles juntos, habidos y por haber" (el alférez arruga el ceño), "sí, señor alférez, más valiente y prepotente, que sin más fusil que una cruz de palo, vence con denuedo al eterno tulisán de las tinieblas y a todos los secuaces de Luzbel y habría a todos para siempre extirpado, ¡si los espíritus no fuesen inmortales!. Esta maravilla de la creación divina, este portero imposible es el bienaventurado Diego de Alcalá, que, valiéndome de una comparación, porque las comparaciones ayudaran bien a la comprensión de las cosas incomprensibles, como dijo el otro, digo pues que este gran santo es sola y únicamente un soldado último, un ranchero de nuestra poderosa compañía, que desde el cielo manda nuestro seráfico P.S. Francisco, a la que tengo la honra de pertenecer como cabo o sargento por la gracia de Dios."

Los rudos indios que dice el corresponsal no pescaron del párrafo otra cosa que las palabras *guardia civil, tulisán, S. Diego y S. Francisco*; observaron la mala cara que había puesto el alférez, el gesto belicoso del predicador y dedujeron que le regañaba a aquél porque no perseguía a los tulisanes. S. Diego y S. Francisco se encargarían de ello, y muy bien, como lo prueba una pintura, existente en el convento de Manila, en que S. Francisco con sólo su cordón había contenido la invasión china en los primeros años del descubrimiento. Alegráronse pues no poco los devotos, agradecieron a Dios esta ayuda, no dudando que una vez desaparecidos los tulisanes, S. Francisco destruiría también a los guardias civiles. Redoblaron pues la atención siguiendo al P. Dámaso que continuó:

"Excelentísimo señor: Las grandes cosas siempre son grandes cosas aun al lado de las pequeñas, y las pequeñas siempre son pequeñas aun al lado de las grandes. Esto dice la Historia, pero como la Historia da una en el clavo y ciento en la herradura, como cosa hecha por los hombres, y los hombres se equivocan: *errarle es hominum*[2] como dice Cicerón, el que tiene boca se equivoca como dicen en mi país, resulta que hay más profundas verdades que no dice la Historia. Estas verdades, Excmo. Señor, ha dicho el Espíritu divino en su suprema sabiduría que jamás comprendió la humana inteligencia desde los tiempos de Séneca y Aristóteles, esos sabios religiosos de la antigüedad, hasta nuestros pecadores días, y estas verdades son que no siempre las cosas pequeñas son pequeñas, sino son grandes, ¡no al lado de las chicas sino al lado de las más grandes de la tierra y del cielo y del aire y de las nubes y de las aguas y del espacio y de la vida y de la muerte!".

- ¡Amén! –contestó el maestro de la V.O.T. y se santiguó.

Con esta figura de retórica, que aprendiera de un gran predicador en Manila, quería el P. Dámaso sorprender a su auditorio, y en efecto, su espíritu santo, embobado con tantas verdades, necesitó que le tocara con el pié para recordarle su misión.

- ¡Patente está a nuestros ojos! –dijo el espíritu[3] desde abajo.

"¡Patente está a vuestros ojos la prueba concluyente y contundente de esta eterna verdad filosófica!. Patente está ese sol de virtudes, y digo sol y no luna, porque no hay gran mérito en que la luna brille durante la noche: en tierra de ciegos el tuerto es rey; por la noche puede brillar una luz, una estrellita: el mayor mérito es poder brillar aún en medio del día como lo hace el sol: ¡brilla el hermano Diego aun en medio de los más grandes santos!. Ahí tenéis patente a vuestros ojos, a vuestra impía

[2] Trastrueque de palabras y de construcción gramatical de la conocida locución latina *Errare humanum est* (Errar es de hombres), indicativo de la poca cultura o desaprensión del orador.

[3] Escrito con minúscula, es el apuntador que *sotto voce* va diciendo previamente las palabras para que las repita el otro públicamente. El que sugiere a otro lo que no acierta a decir o recordar.

incredulidad la obra maestra del Altísimo para confundir a los grandes de la tierra, sí, hermanos míos, ¡patente a todos, patente!".

Un hombre se levantó pálido y tembloroso y se escondió en un confesionario. Era un vendedor de alcoholes que dormitaba y soñó que los carabineros le pedían la patente que no tenía. Asegúrase que no volvió de su escondite mientras duró el sermón.

"¡Humilde y recogido santo, tu cruz de palo" (la que tenía la imagen era de plata), "tu modesto hábito honran al gran Francisco de quien somos los hijos e imitadores!. ¡Nosotros propagamos tu santa raza en todo el mundo, en todos los rincones, en las ciudades, en los pueblos sin distinguir al blanco del negro" (el Alcalde contiene la respiración) "sufriendo abstinencias y martirios, tu santa raza de fe y de religión armada" (¡Ah! respira el Alcalde) "que sostiene al mundo en equilibrio y le impide que caiga en el abismo de la perdición".

Los oyentes, hasta el mismo Capitán Tiago, bostezando poco a poco, María Clara no atendía al sermón; sabía que Ibarra estaba cerca y pensaba en él mientras miraba abanicándose el toro de uno de los evangelistas que tenía todas las trazas de un pequeño carabao.

"Todos debíamos saber de memoria las Santas Escrituras, la vida de los santos y así no tendría yo que predicaros, pecadores; debíais saber cosas tan importantes y necesarias como el Padrenuestro, por más que muchos de vosotros lo habéis olvidado ya viviendo como los protestantes o herejes que no respetan a los ministros de Dios, como los chinos, pero os vais a condenar, peor para vosotros, ¡condenados!.

- ¡Abá cosa ese pale Lámaso, ése! –murmuró el chino Carlos mirando con ira al predicador que seguía improvisando, desencadenando una serie de apóstrofes e imprecaciones.

"¡Moriréis en la impenitencia final, raza de herejes!. ¡Dios os castiga ya desde esta tierra con cárceles y prisiones!. ¡Las familias, las mujeres debían huir de vosotros, los gobernantes os deberían ahorcar a todos para que no se extienda la semilla de Satanás en la viña del Señor!... Jesucristo dijo: Si tenéis un miembro malo que os induce al pecado, cortadlo, ¡arrojadlo al fuego...!".

Fr. Dámaso estaba nervioso, había olvidado su sermón y su retórica.

- ¿Oyes? –preguntó un joven estudiante de Manila a su compañero-: ¿te lo cortas?.

- ¡Ca! ¡que lo haga él antes! –contestó el otro señalando al predicador.

Ibarra se puso inquieto; miró en derredor suyo buscando algún rincón, pero toda la iglesia estaba llena. Nada oía ni veía María Clara, que analizaba el cuadro de las benditas ánimas del Purgatorio, almas en forma de hombres y mujeres en cueros con mitras, capelo o tocas, asándose en el fuego y agarrándose al cordón de S. Francisco, que no se rompía a pesar de tanto peso.

El espíritu santo fraile, con aquella improvisación perdió el hilo del sermón y saltó tres largos párrafos, apuntando mal al P. Dámaso que descansaba jadeante de su apóstrofe.

"¿Quién de vosotros, pecadores que me escucháis, lamería las llagas de un pobre y andrajoso mendigo?. ¿Quién?. ¡Que responda y levante la mano!. ¡Ninguno!. Ya lo sabía yo: sólo un santo como Diego de Alcalá puede hacerlo; el lamió toda la podredumbre diciendo a un asombrado hermano: ¡Así se cura a este enfermo!. ¡Oh caridad cristiana!. ¡Oh piedad sin ejemplo!. ¡Oh virtud de virtudes!. ¡Oh dechado inimitable!. ¡Oh talismán sin mancha!..."

Y siguió con una larga lista de exclamaciones, poniendo los brazos en cruz, subiéndolos y bajándolos como si quisiese volar o espantar a los pájaros.

"¡Antes de morir habló en latín sin saber latín!. ¡Pasmaos, pecadores!. ¡Vosotros, a pesar de que los estudiáis y os dan por ello azotes, no hablaréis latín, moriréis sin hablarlo!. ¡Hablar latín es una gracia de Dios, por eso la Iglesia habla latín!. ¿Cómo?. ¿Dios iba a negar este consuelo a su querido Diego?. ¿Podía morir, podía dejarle morir sin hablar latín?. ¡Imposible!. ¡Dios no sería justo, no sería Dios!. ¡Habló pues latín y de ello dan testimonio los autores de aquella época!". Y terminó su exordio con el trozo que más trabajo le costara y que plagiara de un gran escritor, el Sr. Sinibaldo de Mas[4].

"¡Yo te saludo pues, esclarecido Diego, honra de nuestra corporación!. Tú eres dechado de virtudes, modesto con honra; humilde con nobleza; sumiso con entereza; sobrio con ambición; enemigo con lealtad; compasivo con perdón; religioso con escrúpulo; creyente con devoción; crédulo con calidez; casto con amor; callado con secreto; sufrido con paciencia; valiente con temor; continente con voluntad; atrevido con resolución; obediente con sujeción; vergonzoso con pundonor; cuidadoso en tus intereses con desprendimiento; diestro con capacidad; ceremonioso con urbanidad; astuto con sagacidad; misericordioso con piedad; recatado con vergüenza; vengativo con valor; pobre por laboriosidad con conformidad; pródigo con economía; activo con negligencia; económico con liberalidad; inocente con penetración; reformador con consecuencia; indiferente con ansia de aprender: ¡Dios te crió para sentir los delirios del amor platónico...!. ¡Ayúdame a cantar tus grandezas y tu nombre más altos que las estrellas y más claro que el sol mismo que gira a tus pies!. ¡Ayúdame, vosotros, pedid a Dios la inspiración suficiente rezando el avemaría!".

Todos se arrodillaron levantando un murmullo como el zumbido de mil moscardones. El Alcalde dobló trabajosamente una rodilla, moviendo la cabeza disgustado; el alférez estaba pálido y contrito.

- ¡Al diablo con el cura! –murmuró uno de los dos jóvenes que venían de Manila.

- ¡Silencio! –contesta el otro-, que nos oye su mujer...

Entretanto el P. Dámaso, en vez de rezar el avemaría, reñía a su espíritu santo por haber saltado tres de los mejores párrafos, tomaba dos merengues y un vaso de Málaga, seguro de encontrar en ellos mayor inspiración que en todos los espíritus santos, ya sean de madera en figura de paloma, ya de carne bajo la forma de un distraído fraile. Iba a empezar con el sermón tagalo.

La vieja devota da otro cogotazo a su nieta, quien despierta malhumorada y pregunta:

- ¿Es hora ya de llorar?.

- ¡Aún no, pero no te duermas, condenada! –contestó la buena abuela.

De la 2ª parte del sermón, o sea, del tagalo, no tenemos más que ligeros apuntes. El P. Dámaso improvisaba en este idioma, no porque lo poseyese mejor, sino porque, teniendo a los filipinos de provincias por ignorantes en retórica, no temía cometer disparates delante de ellos. Con los españoles ya era otra cosa: había oído hablar de reglas de la oratoria y entre sus creyentes podía haber alguno que hubiese saludado las aulas[5], acaso el señor Alcalde Mayor; por lo cual escribía sus sermones, los corregía, los limaba y después se los aprendía de memoria y se ensayaba unos dos días antes.

Es fama que ninguno de los presentes comprendió el conjunto del sermón: eran tan obtusos de entendimiento y el predicador era tan profundo, como decía Hermana

[4] Hombre de raro talento y muy extensa cultura; fue ministro de España en China, y por motivos de salud le obligaron a pasar larga temporada en Filipinas, donde escribió su conocido *Informe sobre el estado de las Islas Filipinas* en 1842, impreso en Madrid en 1843. Retana, *Aparato*, II, 588.

[5] Haber estudiado, aunque ligera o brevemente, algún arte o facultad en un instituto de enseñanza.

Rufa, así que el auditorio esperó en vano una ocasión para llorar y la condenada nieta de la vieja beata volvió a dormirse.

No obstante esta parte tuvo más consecuencias que la primera, al menos para ciertos oyentes, como veremos más adelante.

Empezó con un *Maná capatir*[6] *con cristiano* al que siguió una avalancha de frases intraducibles; habló del alma, del Infierno, del *mahal na santo pintacasi*[7], de los pecadores indios y de los virtuosos Padres Franciscanos.

- ¡Menche! –dijo uno de los irreverentes manileños a su compañero-; eso está en griego para mí, yo me voy.

Y viendo cerradas las puertas, se salió por la sacristía con gran escándalo de la gente y del predicador, que se puso pálido y se detuvo a la mitad de su frase; algunos esperaban una violenta apóstrofe, pero el P. Dámaso se contentó con seguirle con la vista y prosiguió su sermón.

Se desencadenaron maldiciones contra el siglo, contra la falta de respeto, la naciente irreligiosidad. Este asunto parecía su fuerte, pues se mostraba inspirado y se expresaba con fuerza y claridad. Habló de los pecadores que no se confiesan, que mueren en las cárceles sin sacramentos, de familias malditas, de *mesticillos* orgullosos y soplados, de jóvenes *sabihondos, filosofillos o pilosopillos, de abogadillos, estudiantillos*, etc. Conocida es la costumbre que tienen muchos cuando quieren ridiculizar a sus enemigos: sacan para todo la terminación en *illo* porque el cráneo parece no dar otra cosa y se quedan muy felices.

Ibarra oía todo y comprendía las alusiones. Conservando una aparente tranquilidad, buscaba con los ojos a Dios y a las autoridades, pero allí no había más que imágenes de santos, y el Alcalde dormitaba.

Entretanto el entusiasmo del predicador subía por grados. Hablaba de los antiguos tiempos en que todo filipino, al encontrar un sacerdote, se descubría, doblaba una rodilla en tierra, y le besaba la mano. "¡Pero ahora –añadía- sólo os quitáis el salakot o el sombrero de castorcillo, que colocáis medio ladeado sobre vuestra cabeza para no desarreglar el peinado!. Os contestáis con decir: ¡buenos días, *among!*[8], y hay orgullosos estudiantillos de poco latín, que por haber estudiado en Manila o en Europa se creen con derecho de estrecharnos la mano en lugar de besarla... ¡Ah!, el día del juicio pronto viene, el mundo se acaba, muchos santos lo han profetizado, ¡va a llover fuego, piedra y ceniza para castigar vuestra soberbia!".

Y exhortaba al pueblo a que no imitase a esos *salvajes*, sino que los huyese y aborreciese, porque estaban excomulgados.

- ¡Oíd lo que dicen los santos concilios! –decía-. Cuando un indio encontrare en la calle a un cura, doblará la cabeza y ofrecerá el cuello para que el *among* se apoye en él; si el cura y el indio van a caballo ambos, entonces el indio se parará, se sacará el *salakot* o sombrero reverentemente; en fin, si el indio va a caballo y el cura a pie, el indio bajará del caballo y no volverá a montar hasta que el cura le diga *¡selung!*[9], o esté ya muy lejos. Esto dicen los santos concilios y el que no obedezca estará excomulgado".

- Y ¿cuándo uno monta un carabao? –preguntaba un escrupuloso labriego a su vecino.

- Entonces... ¡sigue adelante! –contesta éste que era un casuista.

Pero a pesar de los gritos y gestos del predicador, muchos se dormían o distraían, pues aquellos sermones eran los de siempre y de todos: en vano algunas devotas

[6] Por *mga kapatid*: Hermanos míos en Jesucristo.
[7] Venerable Santo Patrono.
[8] Señor; pero en este caso es el título con que suelen dirigirse los filipinos al cura en tagalo.
[9] ¡Vete!: interjección para despedir a una persona de un modo autoritario y despectivo

trataron de suspirar y lloriquear sobre los pecados de los impíos, pero tuvieron que desistir de su empresa por falta de socios. La misma Hermana Putê pensaba todo lo contrario. Un hombre sentado a su lado se había de tal manera dormido que se cayó sobre ella machacándole el hábito: la buena anciana cogió su sueco y a golpes empezó a despertarle gritando:

- ¡Ay!, ¡quita, salvaje, animal, demonio, carabao, perro condenado!.

Movióse un tumulto como era consiguiente. Paróse el predicador, levantó las cejas, sorprendido de tamaño escándalo. La indignación ahogó la palabra en su garganta y sólo consiguió berrear, golpeando con sus puños la tribuna. Esto produjo su efecto: la vieja soltó el zueco, refunfuñando y, santiguándose repetidas veces, se puso devotamente de rodillas.

- "¡Aaah!, ¡aaah! –pudo al fin exclamar el indignado sacerdote cruzando los brazos y agitando la cabeza-; ¡para eso os predico yo aquí toda la mañana, salvajes!. ¡Aquí en la casa de Dios reñís y decís malas palabras, desvergonzados!. ¡Aaaaah!, ¡ya no respetáis nada...!. ¡Esta es la obra de la lujuria e incontinencia del siglo!. ¡Ya lo decía, aah!.

Y sobre este tema siguió predicando por espacio de media hora. El Alcalde roncaba, María Clara cabeceaba: la pobrecita no podía resistir el sueño, no teniendo ya ninguna pintura ni imagen que analizar ni en que distraerse. A Ibarra ya no le hacían mella las palabras, ni las alusiones; pensaba ahora en una casita en la cima de un monte y veía a María Clara en el jardín. ¡Que en el fondo del valle se arrastren los hombres de sus miserables pueblos!.

El P. Salví había hecho tocar dos veces la campanilla, pero esto era poner leña al fuego: Fr. Dámaso era terco y prolongó más el sermón. Fr. Sibyla se mordía los labios y arreglaba repetidas veces sus anteojos de cristal de roca montados en oro: Fr. Manuel Martín era el único que parecía escuchar con placer pues sonreía.

Por fin dijo Dios basta: el orador se cansó y bajó del púlpito.

Todos se arrodillaron para dar gracias a Dios. El Alcalde se restregó los ojos, extendió un brazo como para desperezarse soltando un *¡ah!* profundo y bostezando.

Continuó la misa.

Cuando, cantando Balbino y Chananay el *Incarnatus est*, todos se arrodillaban y los sacerdotes bajaban la cabeza, un hombre murmuró al oído de Ibarra: "¡En la ceremonia de bendición no os alejéis del cura, no desendáis al foso, no os acerquéis a la piedra, que va la vida en ella!".

Ibarra vio a Elías que, dicho esto, se perdía entre la muchedumbre.

Capítulo 32

LA CABRIA

EL HOMBRE AMARILLO HABÍA cumplido su palabra: no era una sencilla cabria lo que había construido sobre el abierto foso para hacer descender la enorme mole de granito; no era la trípode que Ñor Juan había deseado para suspender una polea de su vértice, era algo más; era a la vez que una máquina, un adorno, pero un grandioso e imponente adorno.

Sobre ocho metros de altura se elevaba la confusa y complicada andamiada: cuatro gruesos maderos hundidos en el suelo servían de almas, sujetos entre sí por

colosales vigas cruzadas formando diagonales, unidas unas a otras por gruesos clavos hundidos sólo hasta la mitad, acaso porque, teniendo el aparato un carácter provisional, pudiera ser después fácilmente deshecho. Enormes cables, colgando por todos lados, daban un aspecto de solidez y grandiosidad al conjunto, coronado allá arriba por banderas de abigarrados colores, flotantes gallardetes y monstruosas guirnaldas de flores y hojas, artísticamente entretejidas.

Allá arriba en la sombra que proyectan los maderos, guirnaldas y banderas, pende, sujeta por cuerdas y ganchos de hierro, una descomunal polea de tres ruedas, sobre cuyos brillantes bordes pasan acabalgados tres cables aún mayores que los otros, y llevan suspendido el enorme sillar lleno, socavado en su centro, para formar con la excavación de la otra piedra, ya descendida en el foso, el pequeño espacio destinado a guardar la historia del día, como periódicos, escritos, monedas, etc., y transmitirla acaso a muy lejanas generaciones. Estos cables descendían de arriba abajo, se reflejaban en otra no menos gruesa polea atada al pie del aparato, e iban a arrollarse al cilindro de un torno, sujeto en tierra merced a gruesos maderos. Este torno, que se puede poner en movimiento por medio de dos manubrios, centuplica la fuerza de un hombre merced a un juego de ruedas dentadas, si bien lo que en fuerza se gana, se pierde en velocidad.

- Mirad –decía el hombre amarillo haciendo girar el manubrio-; mirad Ñor Juan, cómo con mis fuerzas únicamente hago subir y bajar la inmensa mole... Está tan bien dispuesto que a voluntad puedo guardar pulgada por pulgada el ascenso y descenso, de modo que un hombre desde el fondo pueda con toda comodidad hacer adaptar ambas piedras, mientras yo manejo desde aquí.

Ñor Juan no podía menos de admirar al hombre que se sonreía tan particularmente. Los curiosos hacían comentarios y alababan al hombre amarillo.

- ¿Quién os enseñó la maquinaria? –le preguntó Ñor Juan.

- ¡Mi padre, mi difunto padre! –contestaba con su particular sonrisa.

- ¿Y a vuestro padre...?.

- Don Saturnino, el abuelo de Don Crisóstomo.

- No sabía que Don Saturnino...

- ¡Oh!, ¡sabía muchas cosas!. No solamente pegaba bien y exponía al sol a sus trabajadores; sabía además despertar a los dormidos y hacer dormir a los despiertos. ¡Ya veréis con el tiempo lo que mi padre me ha enseñado, ya veréis!.

Y el hombre amarillo sonreía, pero de un modo extraño.

Sobre una mesa, cubierta de un tapiz de Persia, estaba el cilindro de plomo y los objetos que se iban a guardar en aquella especie de tumba: una caja de cristal de gruesas paredes contendría aquella momia de una época y guardaría para el porvenir los recuerdos de un pasado. El filósofo Tasio, que discurría por allí pensativo, murmuraba:

- Quizás algún día, cuando la obra que hoy comienza a nacer, envejecida después de tantas vicisitudes, caiga en ruinas, ya a las sacudidas de la Naturaleza, ya a la destructora mano del hombre, y sobre las ruinas crezca la yedra y el musgo; después, cuando el tiempo destruya el musgo, la yedra y las ruinas y esparza sus cenizas al viento, borrando de las páginas de la Historia el recuerdo de ella y de los que la construyeron, ya largo tiempo perdido en la memoria de los hombres; quizás, cuando las razas con las capas del suelo se hayan sepultado o desaparecido, sólo por alguna casualidad el pico de algún minero, haciendo brotar del granito la chispa, podrá desenterrar del seno de la roca misterios y enigmas. Quizás los sabios de la nación que habite estas regiones trabajarán, como trabajan los actuales egiptólogos con los restos de una grandiosa civilización, preocupada de la eternidad y que no sospechaba, iba a descender sobre ella una tan larga noche. Quizás algún sabio profesor diga a sus

alumnos de cinco y siete años en un idioma hablado por todos los hombres: "¡Señores!. Estudiados y examinados cuidadosamente los objetos encontrados en el subsuelo de nuestro terreno, descifrados algunos signos y traducidas algunas palabras, podemos sin género alguno de temor presumir que tales objetos pertenecían a la edad bárbara del hombre, a la era oscura que solemos llamar fabulosa. En efecto, Señores; para que os podáis formar una aproximada idea del atraso de nuestros antepasados, bastará que os diga que los que vivían aquí no sólo reconocían aún reyes, sino que para resolver cuestiones de su gobierno interior, tenían todavía que acudir al otro extremo del mundo, que es como si dijéramos un cuerpo que para moverse necesitase consultar su cabeza existente en otra parte del Globo, acaso en los parajes que hoy ocultan las olas. Esta increíble imperfección, por inverosímil que os parezca, deja de ser así si consideramos las circunstancias de aquellos seres ¡que apenas me atrevo a llamar humanos!. En aquellos primitivos tiempos, estos seres estaban aún (o al menos así lo creían) en relación directa por su Creador, pues no tenían ministros del mismo, seres diferentes de los demás y denominados siempre con los misteriosos caracteres M.R.P.Fr. Sobre cuya interpretación nuestros sabios no están de acuerdo. Según el mediano profesor de lenguas que tenemos, pues no habla más que ciento de los defectuosos idiomas del pasado, M.R.P. significaría *Muy Rico Propietario*, pues estos ministros eran una especie de semidioses, virtuosísimos, elocuentísimos oradores, ilustradísimos, y a pesar de su gran poder y prestigio jamás cometerían la más ligera falta, lo cual fortalece mi creencia al suponerlos de otra naturaleza distinta de los demás. Y si esto no bastase para apoyar mi opinión, quédame aún el segmento, no negado por nadie y cada día más y más confirmado, de que tales misteriosos seres hacían descender a Dios sobre la tierra con sólo pronunciar algunas palabras, que Dios no podía hablar sino por boca de ellos y a quién se comían, bebían la sangre y no pocas veces lo daban también a comer a los hombres comunes...".

Estas y otras cosas más ponía el incrédulo filósofo en boca de los corrompidos hombres del porvenir. Acaso el viejo Tasio se equivoque, lo que es muy fácil, pero volvamos a nuestra narración.

En los quioscos que vimos ayer ocupar al maestro de escuela y los alumnos, se preparaba ahora el almuerzo opíparo y abundante. Sin embargo, en la mesa destinada a los chicos de la escuela no había ni una botella de vino, pero en cambio abundaban más las frutas. En la entramada que ambos unían estaban los asientos para los músicos y una mesa cubierta de dulces y confituras, frascos de agua coronados de hojas y flores para el sediento público.

El maestro de escuela había hecho levantar cucañas, barreras, colgar sartenes, ollas para alegres juegos.

La multitud, luciendo trajes de alegres colores, se aglomeraba huyendo del sol brillante, ya bajo la sombra de los árboles, ya bajo el emparrado. Los muchachos se subían a las ramas, sobre las piedras, para mejor ver la ceremonia, supliendo así su pequeña estatura; miraban con envidia a los chicos de la escuela que, limpios y bien vestidos, ocupaban su sitio destinado para ellos. Los padres estaban entusiasmados: ellos, pobres campesinos, verían a sus hijos comer sobre blanco mantel casi como el cura y el alcalde. Basta pensar en ello para no tener hambre, y tal suceso se contaría de padres a hijos.

Pronto se oyeron los lejanos acordes de la música: la precedía una abigarrada turba, compuesta de todas las edades y vestida de todos los colores. El hombre amarillo se puso inquieto y examinó con una mirada todo su aparato. Un curioso campesino seguía con su mirada y observaba todos sus movimientos: era Elías que acudía también a presenciar la ceremonia: por su salakot y su manera de vestir casi

estaba desconocido. Se había procurado el mejor sitio, casi al lado mismo del torno, al borde de la excavación.

Con la música venía el Alcalde, los munícipes, los frailes, menos el P. Dámaso y los empleados españoles. Ibarra conversaba con el primero, de quien se había hecho muy amigo desde que le dirigiera unos finos cumplidos por sus condecoraciones y bandas: los aristocráticos eran el flaco de S.E. Capitán Tiago, el alférez y algunos ricos más que iban en la dorada pléyade de las jóvenes que lucían sus sombrillas de seda. El P. Salví seguía como siempre silencioso y pensativo.

- Cuente Ud. con mi apoyo siempre que se trate de una buena acción –decía el Alcalde a Ibarra-, yo le proporcionaré cuanto Ud. necesite, y si no, haré que se lo proporcionen los otros.

A medida que se venían acercando sentía el joven palpitar su corazón. Instintivamente dirigió una mirada a la extraña andamiada, allí levantada; vio al hombre amarillo saludarle respetuosamente y fijar en él un momento la vista. Con sorpresa descubrió a Elías, quien con un significativo pestañeo le dio a entender se acordase de lo que le había dicho en la iglesia.

El cura se puso las vestiduras sacerdotales y empezó la ceremonia: el tuerto sacristán mayor tenía el libro y un monaguillo el hisopo y la vasija de agua bendita. Los demás, en derredor, de pie y descubiertos, guardaban un profundo silencio que a pesar de leer en voz baja, se conocía que temblaba la voz del P. Salví.

Entre tanto se había colocado en la caja de cristal cuanto había que poner como manuscritos, periódicos, medallas, monedas, etc., y el todo encerrado dentro del cilindro de plomo herméticamente soldado.

- Señor Ibarra ¿quiere Ud. colocar la caja en su sitio?. ¡El cura lo espera! –murmuró el Alcalde al oído del joven.

- Con mucho gusto –contestó éste, pero usurparía ese honroso deber al Sr. Escribano-; ¡el Sr. Escribano debe dar fe del acto!.

El escribano lo tomó gravemente, descendió la alfombrada escalera que conducía al fondo de la excavación y con la solemnidad conveniente lo depositó en el hueco de la piedra. El cura cogió entonces el hisopo y roció las piedras con agua bendita.

Llegó el momento de poner cada uno su cucharada de lechada sobre la superficie del sillar, que yacía en el foso, para que el otro se adaptase bien y se agarrase.

Ibarra presentó al Alcalde una cuchara de albañil sobre cuya ancha hoja de plata estaba grabada la fecha: pero S.E. pronunció antes una alocución en castellano.

"¡Vecinos de S. Diego! –dijo con grave acento-. Tenemos el honor de presidir una ceremonia de una importancia que vosotros comprenderéis sin que Nos os lo digamos. Se funda una escuela; ¡la escuela es la base de la sociedad, la escuela es el libro donde está escrito el porvenir de los pueblos!. Enseñadnos la escuela de un pueblo y os diremos que pueblo es.

"¡Vecinos de S. Diego!. ¡Bendecid a Dios que os ha dado virtuosos sacerdotes, y al Gobierno de la Madre Patria que difunde incansable la civilización en estas fértiles islas, amparadas por ella bajo su glorioso manto!. ¡Bendecid a Dios que se ha apiadado de vosotros trayéndoos estos humildes sacerdotes que os iluminan y os enseñan la divina palabra!. ¡Bendecid al Gobierno que tantos sacrificios ha hecho, hace y hará por vosotros y por vuestros hijos!.

"¡Y ahora que se bendice la primera piedra de este tan trascendental edificio, Nos, Alcalde Mayor de esta provincia, en nombre de S.M. el Rey, que Dios guarde, Rey de España, en nombre del preclaro gobierno español y al amparo de su pabellón inmaculado y siempre victorioso, Nos consagramos este acto y principiamos la edificación de esta escuela!.

"Vecinos de S. Diego, viva el Rey!. ¡Viva España!. ¡Vivan los religiosos!. ¡Viva la Religión católica!".

- ¡Viva!, ¡viva! –contestaron muchas voces-, ¡viva el Señor Alcalde!

Éste descendió después majestuoso a los acordes de la música que empezó a tocar; depositó unas cuantas cucharadas de lechada sobre la piedra y con igual majestad que al principio volvió a subir.

Los empleados aplaudieron.

Ibarra ofreció otra cucharada de plata al cura que, después de fijar los ojos en él un momento, descendió lentamente. A la mitad de la escalera levantó la vista para mirar la piedra que colgaba sujeta por los poderosos cables, pero fue sólo un segundo y continuó descendiendo. Hizo otro tanto que el Alcalde, pero esta vez se oyeron más aplausos: a los empleados se habían agregado algunos frailes y Capitán Tiago.

El P. Salví parecía que buscaba a alguien a quien entregar la cuchara; miró como dudoso a María Clara, pero cambiando de opinión se la ofreció al escribano. Este, por galantería, se acerca a María Clara, quien rehúsa sonriendo. Los frailes, los empleados y el alférez bajan todos uno tras otro. Capitán Tiago no fue olvidado.

Faltaba Ibarra, y ya se iba a ordenar que el hombre amarillo hiciese descender la piedra, cuando el cura se acordó del joven diciéndole en tono de broma y afectando familiaridad:

- ¿No mete Ud. su cucharada, señor Ibarra?..

- ¡Sería un Juan Palomo, yo me lo guiso yo me lo como! –contestó éste en el mismo tono.

- ¡Ande Ud.! –dijo el Alcalde empujándole suavemente-; si no, doy orden que no descienda la piedra y nos estaremos aquí hasta el día del juicio.

Ante tan terrible amenaza Ibarra tuvo que obedecer. Cambió la pequeña cuchara de plata por otra grande de hierro, lo que hizo sonreír a algunas personas, y adelantóse tranquilamente. Elías le miraba con expresión indefinible; al verle se habría dicho que toda su vida se reconcentraba en sus ojos. El hombre amarillo miraba al abismo abierto a sus pies.

Ibarra, después de dirigir una rápida mirada al sillar que pendía sobre su cabeza y otra a Elías y al hombre amarillo, dijo a Ñor Juan con voz algo temblorosa:

- ¡Dadme el cubo y buscadme otra cuchara arriba!.

El joven quedó solo. Elías ya no le miraba: sus ojos estaban clavados en la mano del hombre amarillo que, inclinado a la fosa, seguía con ansia los movimientos del joven.

Oíase el ruido de la cuchara removiendo la masa de arena y cal al través de un débil murmullo de los empleados, que felicitaban al Alcalde por su discurso. De repente un estrépito estalla: la polea, atada a la base de la cabria, salta y tras ella el torno que golpea el aparato como un ariete: los maderos vacilan, vuelan las ligaduras y todo se derrumba en un segundo y con espantoso estruendo. Una nube de polvo se levanta; un grito de horror, compuesto de mil voces, llena el aire. Huyen y corren casi todos, muy pocos se precipitan al foso. Solamente María Clara y el P. Salví permanecen en su sitio sin poderse mover, pálidos y sin palabras.

Cuando la polvareda se hubo algún tanto desvanecido, vieron a Ibarra de pie, entre las vigas, cañas, cables, entre el torno y la mole de piedra, que al descender tan rápidamente, todo había sacudido y aplastado. El joven tenía aún en su mano la cuchara y miraba con ojos espantados el cadáver de un hombre que yacía a sus pies, medio sepultado entre las vigas.

- ¿No se ha muerto Ud.?. ¿Vive Ud. todavía?. ¡Por Dios hable Ud.! –decían algunos empleados llenos de terror e interés.

- ¡Milagro!. ¡Milagro!. –gritaron algunos.

- ¡Venid y desembarazad el cadáver de este desgraciado! –dijo Ibarra como despertando de un sueño.

Al oír su voz, María Clara sintió entonces que la abandonaban las fuerzas y cayó medio desmayada en brazos de sus amigas.

Reinaba una gran confusión: todos hablaban, gesticulaban, corrían de un lado a otro, bajaban a la fosa, subían, todos aturdidos y consternados.

- ¿Quién es el muerto?. ¿Vive todavía? –preguntaba el alférez.

Reconocieron en el cadáver al hombre amarillo que estaba de pie al lado del torno.

- ¡Que procesen al maestro de obras! –fue lo primero que pudo decir el Alcalde.

Examinaron el cadáver, pusieron la mano sobre el pecho, pero el corazón ya no latía. El golpe le había alcanzado en la cabeza y la sangre brotaba por las narices, boca y oídos. Vieron en el cuello unas huellas extrañas: cuatro depresiones profundas por un lado y una por el opuesto, aunque algo más grande: al verla se habría creído que una mano de acero le había cogido como una tenaza.

Los sacerdotes felicitaban calurosamente al joven, estrechaban su mano. El franciscano de aspecto humilde, que servía de Espíritu santo al P. Dámaso decía con ojos llorosos:

- ¡Dios es justo, Dios es bueno!.

- ¡Cuando pienso que momentos antes estaba allí! –decía uno de los empleados a Ibarra- ¡digo!, si llego a ser el último, ¡Jesús!.

- ¡A mi se me ponen los pelos de punta! –decía otro medio calvo.

- ¡Y bueno que a Ud. le pasó eso y no a mí! –murmuraba tembloroso aún un viejo.

- ¡Don Pascual! –exclamaron algunos españoles.

- ¡Señores, decía eso porque el señor no se ha muerto: yo si no salía aplastado me habría muerto después con sólo pensar en ello.

Pero Ibarra ya estaba lejos enterándose del estado de María Clara.

- ¡Que esto no impida que la fiesta continúe, Sr. de Ibarra! –decía el Alcalde-; ¡alabado sea Dios!. ¡El muerto no es sacerdote, ni español!. ¡Hay que festejar su salvación de Ud!. ¡Mire que si le coge la piedra debajo!.

- ¡Hay presentimientos, hay presentimientos! –exclamaba el escribano-; yo ya lo decía: el Sr. Ibarra no bajaba a gusto. ¡Yo ya lo veía!.

- ¡El muerto es no más que un indio!.

- ¡Que siga la fiesta!. ¡Música!, ¡no resucita al muerto la tristeza!. ¡Capitán, aquí se practicarán las diligencias...!. ¡Que venga el directorcillo[1]...!. ¡Preso al maestro de obras!.

- ¡Al cepo con él!.

- ¡Al cepo!. ¡Eh!, ¡música, música!. ¡Al cepo al maestrillo!.

- ¡Señor Alcalde! –repuso gravemente Ibarra-, si la tristeza no ha de resucitar al muerto, menos lo conseguirá la prisión de un hombre sobre cuya culpabilidad nada sabemos. Yo salgo garante de su persona y pido su libertad por estos días al menos.

- ¡Bien!, ¡bien!, ¡pero que no reincida!.

Circulaban toda clase de comentarios. La idea del milagro era ya admitida. Fr. Salví parecía, sin embargo, alegrarse poco del milagro que a un santo de su corporación y de su parroquia atribuían.

No faltó también quien añadiera haber visto bajar al foso, mientras todo se desplomaba, una figura vestida de un triste oscuro como el de los franciscano. No

[1] Decíase del individuo que en el municipio desempeñaba funciones de secretario.

había duda: era el S. Diego. Súpose también que Ibarra había oído misa y el hombre amarillo no; claro como la luz del sol.

- ¿Ves?, tú no querías oír misa -decía una madre a su hijo-; si no te llego a pegar para obligarte, ahora irías al tribunal como ése, ¡en carreta!.

En efecto, el hombre amarillo o su cadáver, envuelto en una estera, era conducido al tribunal!.

Ibarra corría a su casa para mudarse.

- ¡Mal comienzo, hm! –decía el viejo Tasio alejándose.

Capítulo 33

LIBRE PENSAMIENTO

ESTABA CONCLUYENDO IBARRA de arreglarse, cuando un criado le anunció que un campesino preguntaba por él.

Suponiendo fuese uno de sus trabajadores, ordenó le introdujesen en su despacho o gabinete de estudio, biblioteca a la vez que laboratorio químico.

Pero a su gran extrañeza, se encontró con la severa y misteriosa figura de Elías.

- ¡Me habéis salvado la vida! –dijo éste en tagalo[1] comprendiendo el movimiento de Ibarra-, os he pagado mi deuda a medias y no tenéis nada que agradecer, antes al contrario. He venido para pediros un favor...

- ¡Hablad! –contestó el joven en el mismo idioma, sorprendido de la gravedad de aquel campesino.

Elías fijó algunos segundos su mirada en los ojos de Ibarra y repuso:

- Cuando la justicia de los hombres quiera aclarar este misterio, os suplico no habléis a nadie de la advertencia que os hice en la iglesia.

- Descuidad –contestó el joven con cierto tono de disgusto-; sé que os persiguen, pero yo no soy ningún delator.

- ¡Oh, no es por mí! –exclamó con cierta viveza y altivez Elías-; es por vos: yo no temo nada de los hombres.

La sorpresa de nuestro joven se aumentó: el tono con que hablaba aquel campesino, antes piloto, era nuevo y no parecía estar en relación ni con su estado ni su fortuna.

- ¿Qué queréis decir? –preguntó interrogando con sus miradas a aquel hombre misterioso.

- Yo no hablo por enigmas, yo procuro expresarme con claridad. Para mayor seguridad vuestra, es menester que os tengan por desprevenido y confiado vuestros enemigos.

Ibarra retrocedió.

- ¿Mis enemigos?. ¿Tengo enemigos?.

- ¡Todos los tenemos, señor, desde el más pequeño insecto hasta el hombre, desde el más pobre al más rico y poderoso!. ¡La enemistad es la ley de la vida!.

Ibarra miró en silencio a Elías.

[1] "Idioma que hablan los tagalos. De *taga*, residente, *ilog*, río: habitante u hombre del río. Dícese del individuo de una raza indígena de Filipinas, de origen malayo, que vive en la región central de la isla de Luzón y en algunas otras islas inmediatas a la región mencionada". Retana, *Dicc*., p. 166.

Librodot

- ¡Vos no sois piloto ni sois campesino...! –murmuró.

- Tenéis enemigos en las altas y en las bajas esferas, -continuó Elías sin advertir las palabras del joven-, meditáis una empresa grande, tenéis un pasado, vuestro padre, vuestro abuelo han tenido enemigos, porque han tenido pasiones y en la vida no son los criminales los que más odio provocan sino los hombres honrados.

- ¿Conocéis a mis enemigos?.

Elías no contestó por de pronto y meditó.

- Conocí a uno, al que ha muerto –repuso-. Ayer noche descubrí que él algo tramaba contra vos, por algunas palabras cambiadas con un desconocido que se perdió entre la multitud. "A éste no le comerán los peces como a su padre: lo veréis mañana", decía. Estas palabras llamaron mi atención, no sólo por su contenido sino por el que las pronunciaba, que hace días se había presentado al maestro de obras, con el deseo expreso de dirigir los trabajos de la colocación de la piedra, no pidiendo gran salario y haciendo gala de grandes conocimientos. Yo no tenía motivo suficiente para creer en su mala voluntad, pero algo en mí me decía que mis presunciones eran ciertas, y por esto escogí, para advertiros, un momento y una ocasión propios para que no me pudieseis hacer preguntas. Lo demás ya lo visteis.

Largo rato había callado ya Elías y aún no había contestado ni dicho una palabra Ibarra. Estaba meditabundo.

- ¡Siento que ese hombre haya muerto! –repuso al fin-; ¡de él se habría podido saber algo más!.

- Si hubiese vivido se habría escapado de la temblorosa mano de la ciega justicia humano. ¡Dios le ha juzgado, Dios le ha matado, Dios sea el único juez!.

Crisóstomo miró un momento al hombre que así le hablaba, y descubriendo sus musculosos brazos, llenos de cardenales y grandes contusiones:

- ¿Creéis también en el milagro? –dijo sonriendo-: ¡ved el milagro de que habla el pueblo!.

- Si creyese en milagros, no creería en Dios: creería en un hombre deificado, creería que efectivamente el hombre había criado a Dios a su imagen y semejanza –contestó solemnemente-, pero yo creo en Él; he sentido más de una vez su mano. Cuando todo se derrumbaba amenazando destrucción a cuanto se encontraba en el sitio, yo, yo sujeté al criminal, me puse al lado suyo: él fue herido y yo estoy sano y salvo.

- ¿Vos?, ¿de manera que vos...?.

- ¡Sí!, yo le sujeté cuando quería escaparse, una vez comenzada su obra fatal: yo vi su crimen. Os digo: sea Dios el único juez entre los hombres, sea Él el único que tenga derecho sobre la vida; que el hombre no piense nunca en sustituirle!.

- Y sin embargo, vos esta vez...

- ¡No! –interrumpió Elias adivinando la objeción-, no es lo mismo. Cuando el hombre condena a los otros a muerte o destruye para siempre su porvenir, lo hace a mansalva y dispone de la fuerza de otros hombres para ejecutar sus sentencias, que después de todo pueden ser equivocadas o erróneas. Pero yo, al exponer al criminal en el mismo peligro que él ha preparado a los otros, participaba de los mismos riesgos. Yo no le maté, dejé que la mano de Dios le matara.

- ¿No creéis en la casualidad?.

- Creer en la casualidad es como creer en los milagros: ambas cosas suponen que Dios desconoce el porvenir. ¿Qué es casualidad?. Un acontecimiento que nadie en absoluto ha previsto. ¿Qué es milagro?. Una contradicción, un trastorno de las leyes naturales. Imprevisión y contradicción en la Inteligencia que dirige la máquina del mundo significa dos grandes imperfecciones.

- ¿Quién sois? –volvió a preguntar Ibarra con cierto temor-; ¿habéis estudiado?.

- He tenido que creer mucho en Dios porque he perdido la creencia en los hombres –contestó el piloto eludiendo la pregunta.

Ibarra creyó comprender a aquel joven perseguido: negaba la justicia humana, desconocía el derecho del hombre de juzgar a sus iguales, protestaba contra la fuerza y la superioridad de ciertas clases sobre las otras.

- Pero es menester que admitáis la necesidad de la justicia humana por imperfecta que ella pudiese ser –repuso-. Dios, por más ministros que tenga en la tierra, no puede, es decir, no dice claramente su juicio para dirimir los millones de contiendas que suscitan nuestras pasiones. Es menester, es necesario, ¡es justo que el hombre juzgue alguna vez a sus semejantes!.

- Sí, para hacer el bien, no el mal, para corregir y mejorar, no para destruir, porque si fallan sus juicios, él no tiene el poder de remediar el mal que ha hecho. Pero –añadió cambiando de tono- esta discusión está por encima de mis fuerzas y os entretengo ahora que os esperan. No olvidéis lo que yo os acabo de decir: tenéis enemigos: conservaos para el bien de vuestro país.

Y se despidió.

- ¿Cuándo os volveré a ver? –preguntó Ibarra.

- Siempre que queráis y siempre que os pueda ser útil. ¡Aún soy vuestro deudor!.

Capítulo 34

LA COMIDA

ALLÁ, BAJO EL ADORNADO quiosco, comían los grandes hombres de la provincia. El Alcalde ocupaba un extremo de la mesa; Ibarra, el otro. A la derecha del joven se sentaba María Clara y el escribano a su izquierda. Capitán Tiago, el alférez, el gobernadorcillo, los frailes, los empleados y las pocas señoritas que se habían quedado se sentaban no según su rango, sino según sus aficiones.

La comida era bastante animada y alegre, pero a la mitad de ella, vino un empleado de telégrafo en busca de Capitán Tiago, trayendo un parte. Capitán Tiago pide naturalmente permiso para leerlo y naturalmente todos se lo suplican.

El digno Capitán frunce las cejas, después las levanta: su rostro palidece, se ilumina y, doblando precipitadamente el pliego y levantándose:

- ¡Señores –dice azorado-, S.E. el Capitán General viene esta tarde a honrar mi casa!.

Y echa a correr llevándose el parte y la servilleta pero sin sombrero, perseguido de exclamaciones y preguntas.

El anuncio de la venida de los tulisanes no habría producido más efecto.

- ¡Pero oiga Ud.!. ¿Cuándo viene?. ¡Cuéntenos Ud.!. ¡Su Excelencia!.

Capitán Tiago ya estaba lejos.

- ¡Viene S.E. y se hospeda en casa de Capitán Tiago! –exclaman algunos sin considerar que allí estaba la hija y el futuro yerno.

- ¡La elección no podía ser mejor! –repuso éste.

Los frailes se miran unos a otros; la mirada quería decir: “El Capitán General comete una de las suyas, nos ofende, debía hospedarse en el convento”, pero puesto que todos piensan así se callan y nadie expresa su pensamiento.

- Ya me habían hablado de eso ayer –decía el Alcalde-, pero entonces S.E. no estaba aún decidido.

- ¿Sabe V.E., señor Alcalde, cuánto tiempo piensa el Capitán General quedarse aquí? –pregunta inquieto el alférez.

- Con certeza no; a S.E. le gusta dar sorpresas.

- ¡Aquí vienen otros partes!.

Eran para el Alcalde, el alférez y el gobernadorcillo, anunciando lo mismo: los frailes notan bien que ninguno va dirigido al cura.

- ¡S.E. llegará a las cuatro de la tarde, señores! –dice el Alcalde solemnemente-; ¡podemos comer con tranquilidad!.

Mejor no podía haber dicho Leonidas en las Termópilas: "¡Esta noche cenaremos con Plutón!".

La conversación volvió a tomar su curso ordinario.

- ¡Noto la ausencia de nuestro gran predicador! –dice tímidamente uno de los empleados, de aspecto inofensivo, que no había abierto la boca hasta el momento de comer y hablaba ahora por primera vez en toda la mañana.

Todos los que sabían la historia del padre de Crisóstomo hicieron un movimiento y un guiño que quería decir: "¡Ande Ud.!. ¡Al primer tapón zurrapas[1]"! pero algunos más benévolos contestaron:

- Debe estar algo cansado...

- ¿Qué algo? – exclama el alférez-, rendido debe estar y, como dicen por aquí, malunqueado[2]. ¡ Cuidado con la plática!.

- ¡Un sermón soberbio, gigante! –dice el escribano.

- ¡Magnífico, profundo! –dice el corresponsal.

- Para poder hablar tanto, se necesita tener los pulmones que él tiene –observa el P. Manuel Martín.

El agustino no le concedía más que pulmones.

- Y la facilidad de expresarse –añade el P. Salví.

- ¿Saben Uds. que el señor de Ibarra tiene el mejor cocinero de la provincia? –dice el Alcalde cortando la conversación.

- Eso decía, pero su hermosa vecina no quiere honrar la mesa, pues apenas prueba bocado –repuso uno de los empleados.

María Clara se ruborizó.

- Doy gracias al Señor... se ocupa demasiado de mi persona –balbuceó tímidamente-, pero...

- Pero que la honra Ud. bastante con sola su asistencia, concluyó el galante Alcalde, y volviéndose al P. Salví.

- Padre Cura –añadió en voz alta-, noto que todo el día está V.R. callado y pensativo...

- ¡El Señor Alcalde es un terrible observador! –exclama el P. Sibyla en un tono particular.

- Esa es mi costumbre –balbucea el francisco-; me gusta más oír que hablar.

- ¡V.R. atiende siempre a ganar y no perder! –dice en tono de broma el alférez.

El P. Salví no tomó la cosa a broma: su mirada brilló un momento y replicó:

- ¡Ya sabe bien el Sr. Alférez que estos días no soy yo el que más gana o pierde!.

El alférez disimuló el golpe con una falsa risa y no se dio por aludido.

[1] "Fracasar a la primera tentativa, salir mal una cosa desde su principio". Sharbi, *Dicc*., 11 p. 378.

[2] Estropeado, tratándose de personas, lisiar. Estrujar, golpear machacando: una fruta que cae y queda medio blanda, está malunqueada; un hombre que recibe una caída, una contusión y queda como descoyuntado, dice que está malunqueado. P. de Tavera, cit. Por Blumentritt.

- Pero, señores, yo no comprendo cómo se puede hablar de ganancias o pérdidas –interviene el Alcalde-; ¿qué pensarían de nosotros esas amables y discretas señoritas que nos honran con su presencia?. Para mí, las jóvenes son como las arpas eólicas en medio de la noche: hay que escucharlas y prestar atento oído, para que sus inefables armonías, que elevan alma a las celestiales esferas de lo infinito y de lo ideal...

- ¡V.E. está poetizando! –dice alegremente el escribano, y ambos apuran la copa.

- No puedo menos –dice el Alcalde limpiándose los labios-; la ocasión, si no siempre hace al ladrón, hace al poeta. En mi juventud compuse versos, y por cierto, no malos.

- ¡De modo que V.E. ha sido infiel a las Musas por seguir a Themis! –dice enfáticamente nuestro mítico o mitólogo corresponsal.

- ¡Psch!, ¿qué quiere Ud?. Recorrer toda la escala social fue siempre mi sueño. Ayer recogía flores y entonaba cantos, hoy empuño la vara de la Justicia y sirvo a la Humanidad, mañana...

- Mañana arrojará V.E. la vara al fuego para calentarse con ella en el invierno de la vida y tomará una cartera de ministro –añade el P. Sibyla.

- ¡Psh!, sí... no... ser ministro no es precisamente mi bello ideal: cualquier advenedizo lo llega a ser. Una villa en el norte para pasar el verano, un hotel en Madrid y unas posesiones en Andalucía para el invierno... Viviremos acordándonos de nuestra querida Filipina... De mi no dirá Voltaire: *Nous n'avons jamais été chez ces peuples que pour nous y enrichir et pour les colomnier*[3].

Los empleados creyeron que S.E. había dicho una gracia y se echaron a reír celebrándola: los frailes los imitaron pues no sabían que Voltaire era el Voltaire tantas veces maldecido por ellos y puesto en el infierno. Sin embargo, el P. Sibyla lo sabía y se puso serio, suponiendo que el Alcalde había dicho una herejía o impiedad.

En el otro quiosco comían los niños, presididos por su maestro. Para ser chicos filipinos hacían bastante ruido, pues generalmente en la mesa y delante de otras personas pecan más de cortos que de sueltos. Tal que equivocaba el uso de los cubiertos era corregido por el vecino; de aquí surgía una discusión y ambos encontraban partidarios: quiénes decían la cuchara, quiénes el tenedor o el cuchillo, y como no consideraban a nadie como una autoridad, allí se armaba la de Dios es Cristo o, más claramente, una discusión de teólogos.

Los padres se guiñaban, se codeaban, se hacían señas y en sus sonrisas se podía leer que eran felices.

- ¡Ya! – decía una campesina a un viejo que trituraba buyo en su *kalikut*[4]-, por más que mi marido no quiera, mi Andoy será sacerdote. Somos en verdad pobres, pero ya trabajaremos y si fuere necesario, pediremos limosna. No falta quién dé dinero para que los pobres puedan ordenarse. ¿No dice el Hermano Mateo, hombre que no miente, que el Papa Sisto era un pastor de carabaos en Batangas?. ¡Pues, mirad a mi Andoy, miradle si no tiene ya la cara de S. Vicente!.

Y a la buena madre se le hacía agua la boca viendo a su hijo coger el tenedor con ambas manos.

- ¡Dios ayude –añade el viejo mascando el sapá-; si Andoy llega a ser Para, nos iremos a Roma, ¡jejé!, todavía puedo andar bien. Y si me muero... ¡jejé!.

- ¡Perded cuidado, abuelo!. Andoy no se olvidará de que le habéis enseñado a tejer cestos de cada caña y *dikines*[5].

[3] "Hemos vivido entre esas gentes sólo para enriquecernos y calumniarles".

[4] "Instrumento para picar buyo, compuesto de un canuto de fondo interior de asta y de un filo parecido a escoplo, con su correspondiente mango". Serrano, *Dicc*., p. 434.

[5] De *dikin*, palabra tagala puesta en plural. Rodete de bejuco para asentar ollas, se hace también de tiras finas de caña.

- Tienes razón, Petra: yo también creo que tu hijo será gran cosa... cuanto menos patriarca. ¡No he visto otro que en menos tiempo haya aprendido el oficio!. Ya, ya se acordará de mí cuando Papa u obispo se entretenga en hacer cestos para la cocina. ¡Ya dirá misas por mi alma, ¡jejé!.

Y el buen anciano, con esta esperanza, cargó de lleno su kalikút con mucho buyo.

- Si Dios oye mis ruegos y mis esperanzas se cumplen, diré a Andoy: Hijo, quítanos a todos los pecados y mándanos al Cielo. Ya no tendremos necesidad de rezar, ayunar, ni comprar bulas. ¡Quien tiene un hijo santo Papa ya puede cometer pecados!.

- Envíale mañana a casa, Petra –dice entusiasmado el viejo ¡le voy a enseñar a labrar el *nitô*[6]!.

- ¡Hmjn!, ¡aba!. ¿Qué queréis, abuelo?. ¿Pensáis que los Papas mueven todavía las manos?. ¡El cura, con ser no más que cura, sólo trabaja en la misa... cuando da vueltas!. El arzobispo ya no da vuelta, dice la misa sentado; con que el Papa... ¡el Papa la dirá en la cama, con abanico!. ¿Qué os figuráis?.

- No está de más, Petra, que él sepa cómo se prepara el *nitô*. Bueno es que puede vender salakots y petacas para no tener que pedir limosna, como lo hace aquí todos los años el cura en nombre del Papa. Me da compasión ver un santo pobre y doy siempre todo lo que economizo.

Acercóse otro campesino diciendo:

- ¡Está decidido, *cumare*[7], mi hijo ha de ser doctor; no hay como ser doctor!.

- ¡Doctor!, calláos, *cumpare* –contesta Petra-; no hay como ser cura.

- ¿Cura?, ¡prr!, ¿cura?. ¡El doctor cobra mucho dinero; los enfermos le veneran, cumare!.

- ¡Por favor!. El cura, con dar tres o cuatro vueltas y decir *déminos pabiscum*[8], come a Dios y recibe dinero. ¡Todos, hasta las mujeres le cuentan sus secretos!.

- Y ¿el doctor?. Pues, ¿qué creéis que es el doctor?. El doctor ve todo lo que tenéis las mujeres, toma el pulso a las dalagas[9]... ¡Yo sólo quisiera ser doctor una semana!.

- Y ¿el cura?, ¿acaso el cura no ve también lo que vuestro doctor?. ¡Y todavía mejor!, ya sabéis el refrán: gallina gorda y pierna redonda para el cura!.

- ¿Pues qué?, ¿comen los médicos sardinas secas?, ¿se lastiman los dedos comiendo sal?.

- ¿Se ensucia el cura la mano como vuestros médicos?. Para eso tiene grandes haciendas, y cuando trabaja, trabaja con música y le ayudan los sacristanes!.

- ¿Y el confesar, cumare?. ¿No es un trabajo?.

- ¡Vaya un trabajo!. ¡Ya quisierais estar confesando a todo el mundo!. ¡Con que trabajamos y sudamos para averiguar qué hacen los hombres y las mujeres, que nuestros vecinos!. ¡El cura no, hace más que sentarse, y todo le cuentas: ¡a veces se duerme, pero suelta dos o tres bendiciones y somos otra vez hijos de Dios!. ¡Ya quisiera yo ser cura en una tarde de cuaresma!.

- Y ¿el... el predicar?, eso no, me diréis que no es trabajo. ¡Ved, si no, cómo sudaba esta mañana el cura grande –objetaba el hombre que sentía batirse en retirada.

---

[6] Filamento de un helecho de Filipinas que se emplea para tejer petacas y *salakots*. *Ligodium circinnatum*, Swartz.

[7] *Cumare* y *cumpare*, por comadre, compadre, en el sentido del parentesco espiritual que se establece entre el que saca de pila a una criatura y los padres de ella. También se usa en el genérico y familiar con que se suele llamar a los amigos y conocidos y aún a los que por casualidad se juntan en cualquier sitio.

[8] Por *Dominus vobiscum*, el Señor sea con nosotros.

[9] Soltera; joven; moza; doncella. Tagalo. La verdadera dalaga es la mujer joven con virginidad. La moza por casar. Morga-Retana, 499.

- ¿El predicar?. ¿Un trabajo el predicar?. ¿Dónde tenéis el juicio?. ¡Ya quisiera yo estar hablando medio día, desde el púlpito, regañando y riñendo a todos, sin que ninguno se atreva a replicar y pagándome por ello todavía!. ¡Ya quisiera yo ser cura no más que una mañana, cuando estén oyendo misa los que me deben!. ¡Ved, ved no más al P. Dámaso como engorda de tanto reñir y pegar!.

En efecto, venía el P. Dámaso, con el andar de hombre gordo, medio sonriendo pero de una manera tan maligna que Ibarra al verle perdió el hilo de su discurso.

El P. Dámaso fue saludado, si bien con cierta extrañeza, pero con muestras de alegría por todos, menos por Ibarra. Estaban ya en los postres y el champaña espumaba en las copas.

La sonrisa del P. Dámaso se hizo nerviosa cuando vio a María Clara sentada a la derecha de Crisóstomo; pero, tomando una silla al lado del Alcalde, preguntó en medio de un silencio significativo:

- ¿Se habla de algo señores?, ¡continúen Uds!.

- Se brindaba –contestó el Alcalde-. El Sr. de Ibarra mencionaba a cuantos les habían ayudado en su filantrópica empresa y hablaba del arquitecto, cuando V.R....

- Pues yo no entiendo de arquitectos, interrumpió el P. Dámaso, pero me río de los arquitectos y de los bobos que a ellos acuden. Ahí está, yo tracé el plano de esa iglesia y está construida perfectamente: así me lo dijo un joyero inglés que se hospedó un día en el convento. ¡Para trazar un plano basta tener dos dedos de frente!.

- Sin embargo –repuso el Alcalde viendo que Ibarra se callaba-, cuando ya se trata de ciertos edificios, por ejemplo, como esta escuela, necesitamos un perito...

- ¡Qué perito ni que peritas! –exclama con burla el P. Dámaso-. ¡Quien necesite de peritos es un perrito!. ¡Hay que ser más bruto que los indios que se levantan sus propias casas, para no saber hacer construir cuatro paredes y ponerles un tapanco[10] encima, que es toda una escuela!.

Todos miraron hacia Ibarra, pero éste, si bien se puso pálido, siguió como conversando con María Clara.

- Pero considere V.R....

- Vea Ud. –continúa el franciscano no dejando hablar al Alcalde-, Ud. como un lego nuestro, el más bruto que tenemos, ha construido un hospital bueno, bonito y barato. Hacía trabajar bien y no pagaba más que ocho cuartos diarios a los que tenían que venir de otros pueblos. Ese sabía tratarlos, no como muchos chiflados y mesticillos, que los echan a perder pagándoles tres o cuatro reales.

- ¿Dice V.R. que sólo pagaba ocho cuartos?. ¡Imposible! –trata el Alcalde de cambiar el curso de la conversación.

- Sí señor, y eso debían imitar los que se precian de buenos españoles. Ya se ve, desde que el Canal de Suez se ha abierto, la corrupción ha venido acá. ¡Antes, cuando teníamos que doblar el Cabo, ni venían tantos perdidos, ni iban allá otros a perderse!.

- Pero, ¡P. Dámaso...!.

- Ud. ya conoce lo que es el indio: tan pronto aprende algo, se las echa de doctor. Todos esos mocosos que se van a Europa.

- Pero, ¡oiga V.R....! –interrumpía el Alcalde, que se inquietaba por lo agresivo de aquellas palabras.

- Todos van a acabar como merecen –continúa-; la mano de Dios se ve en medio, se necesita estar ciego para no verlo. Ya en esta vida reciben el castigo los padres de semejantes víboras... se mueren en la cárcel, ¡je!, ¡je!, como si dijéramos no tienen donde...

[10] Cobertizo o toldo hecho de caña, nipa, sawali, tela u otro material, para cualquier uso provisional.

Pero no concluyó la frase. Ibarra, lívido, le había estado siguiendo con la vista; al oír la alusión a su padre, se levantó de un salto, dejó caer su robusta mano sobre la cabeza del sacerdote, que cayó de espaldas atontado.

Llenos de sorpresa y terror, ninguno se atrevió a intervenir.

- ¡Lejos! –gritó el joven con voz terrible, y extendió su mano a un afilado cuchillo mientras sujetaba con el pie el cuello del fraile, que volvía de su atolondramiento-; ¡el que no quiera morir que no se acerque!.

Ibarra estaba fuera de sí: su cuerpo temblaba, sus ojos giraban en sus órbitas amenazadores. Fr. Dámaso haciendo un esfuerzo, se levantó, pero él, cogiéndole del cuello, le sacudió hasta ponerle de rodillas y doblarle.

- ¡Señor de Ibarra!, ¡señor de Ibarra! –balbucearon algunos.

Pero ninguno, ni el mismo alférez, se atrevía a acercarse viendo el cuchillo brillar; calculando la fuerza y el estado de ánimo del joven, todos se sentían paralizados.

- ¡Vosotros, ahí!, vosotros os habéis callado, ahora me toca a mí. Yo le he evitado, Dios me lo trae, ¡juzgue Dios!.

El joven respiraba trabajosamente, pero con brazo de hierro seguía sujetando al franciscano, que en vano pugnaba por desasirse.

- Mi corazón bate tranquilo, mi mano va segura...

Y mirando alrededor suyo:

- Antes, ¿hay entre vosotros alguno que no haya amado a su padre, que haya odiado su memoria, alguno nacido en la vergüenza y la humillación...?. ¿Ves?, ¿oyes ese silencio?. Sacerdote de un Dios de paz, que tienes la boca llena de santidad y religión, y el corazón de miseria, tú no debiste conocer lo que es un padre... ¡hubieras pensado en el tuyo!. ¿Ves?. ¡Entre esa multitud que tú desprecias no hay uno como tú!. ¡Estás juzgado!.

La gente que lo rodeaba, creyendo que iba a cometer un asesinato, hizo un movimiento.

- ¡Lejos! –volvió a gritar con voz amenazadora-; ¿qué?, ¿teméis que manche mi mano en sangre impura?. ¿No os he dicho que mi corazón bate tranquilo?. ¡Lejos de nosotros!. Mi padre era un hombre honrado, preguntadlo a ese pueblo que venera su memoria. Mi padre era un buen ciudadano: se ha sacrificado por mí y por el bien de su país. ¡Su casa estaba abierta, su mesa dispuesta para el extranjero o el desterrado que acudía a él en su miseria!. Era buen cristiano: ha hecho siempre el bien y jamás oprimió al desvalido, ni acongojó al miserable... A éste le ha abierto las puertas de su casa, le ha hecho sentarse a su mesa y le ha llamado su amigo. ¿Cómo ha correspondido?. Le ha calumniado, perseguido, ha armado contra él a la ignorancia, valiéndose de la santidad de su cargo, ha ultrajado su tumba, deshonrado su memoria y le ha perseguido en el mismo reposo de la muerte. Y, no contento con esto, ¡persigue al hijo ahora!. Yo le he huido, he evitado su presencia... Vosotros le oísteis esta mañana profanar el púlpito, señalarme el fanatismo popular, y yo me he callado. Ahora viene aquí a buscarme querella; he sufrido en silencio con sorpresa vuestra, pero insulta de nuevo la más sagrada memoria para todos los hijos... Vosotros los que estáis aquí, sacerdotes, jueces, ¿visteis a vuestro anciano padre desvelarse trabajando para vosotros, separarse de vosotros para vuestro bien, morir de tristeza en una prisión, suspirando por poderos abrazar, buscando un ser que le consuele, solo, enfermo, mientras vosotros en el extranjero... ¿Oísteis después deshonrar su nombre, hallásteis su tumba vacía cuando quisisteis orar sobre ella?. ¿No?. ¡Os calláis!, ¡luego le condenáis!.

Levantó el brazo; pero una joven, rápida como la luz, se puso en medio y con sus delicadas manos detuvo el brazo vengador: era María Clara.

Ibarra la miró con una mirada que parecía reflejar la locura. Poco a poco se aflojaron los crispados dedos de sus manos, dejando caer el cuerpo del franciscano y el cuchillo, y cubriéndose la cara huyó a través de la multitud.

Capítulo 35

COMENTARIOS

PRONTO SE DIVULGÓ el acontecimiento en el pueblo. Al principio nadie lo quería creer, pero, teniendo que ceder a la realidad, todos se deshacían en exclamaciones de sorpresa.

Cada uno según el grado de su elevación moral hacía sus comentarios.

- ¡El P. Dámaso está muerto! -decían algunos-; cuando le levantaron tenía toda la cara bañada en sangre y no respiraba.

- ¡Descanse en paz, pero no ha hecho más que saldar su deuda! –exclamaba un joven-. Mirad que lo que ha hecho esta mañana en el convento no tiene nombre.

- ¿Qué ha hecho?. ¿Ha vuelto a pegar al coadjutor?.

- ¿Qué ha hecho?. ¡A ver!. Cuéntanoslo.

- ¿Habéis visto esta mañana un mestizo español salir por la sacristía durante el sermón?.

- ¡Sí!, sí que le vimos. El P. Dámaso se fijó en él.

- Pues... después del sermón, le hizo llamar y le preguntó por qué había salido. “No entiendo el tagalo, Padre”, contestó. “Y ¿por qué te has burlado diciendo aquello era griego?”, le gritó el P. Dámaso dándole un bofetón. El joven contestó, anduvieron los dos a puñetazos hasta que los separaron.

- Si me pasaba eso... –murmuró entre dientes un estudiante.

- No apruebo la acción del franciscano –repuso otro-, pues la Religión no se debe imponer a nadie como un castigo o una penitencia; pero casi lo celebro porque conozco a ese joven, sé que es de S. Pedro Macati y habla bien el tagalo. Ahora, quiere que le tenga por recién venido de Rusia y se honra con aparentar ignorar el idioma de sus padres.

- Entonces, ¡Dios los cría y ellos se pegan!.

- Sin embargo, debemos protestar contra el hecho –exclamaba otro estudiante-; callarse sería asentir y lo sucedido puede repetirse en cualquiera de nosotros. ¡Volvemos a los tiempos de Nerón!.

- ¡Te equivocas! –le replicaba otro-; ¡Nerón era un gran artista y el P. Dámaso un pésimo predicador!.

Los comentarios de las personas de edad eran otros.

Mientras esperaban la llegada del Capitán General en una casita fuera del pueblo, decía el gobernadorcillo:

- Decir quién tiene y quién no tiene razón, no es cosa fácil; sin embargo, si el señor Ibarra hubiese guardado más prudencia...

- ¿Si el P. Dámaso hubiese tenido la mitad de la prudencia del señor Ibarra, queríais decir probablemente? –interrumpía D. Filipo-. El mal está en que se han trocado los papeles; el joven se ha mostrado como un viejo y el viejo como un joven.

- Y ¿decís que ninguno se movió, ninguno acudió a separarlos, fuera de la hija de Capitán Tiago? –pregunta Capitán Martín-. ¿Ninguno de los frailes, ni el Alcalde?.

Librodot

¡Hm!. ¡Peor que *te* peor!. No quisiera estar en el pellejo del joven. Nadie le podrá perdonar el haberle tenido miedo. ¡Pero que *te* peor, hm!.

- ¿Lo creéis? –pregunta con interés Capitán Basilio.

- Espero –dice D. Filipo cambiando con éste una mirada- que el pueblo no le ha de abandonar. Debemos pensar en lo que su familia ha hecho y en lo que está haciendo ahora. Y si acaso, acobardado, el pueblo se calla, sus amigos...

- Pero, señores –interrumpe el gobernadorcillo-, ¿qué podemos hacer nosotros? ¿qué puede el pueblo?. ¡Suceda lo que suceda, los frailes siempre tienen razón!.

- Tienen *siempre* razón, porque nosotros *siempre* se la damos –contesta D. Filipo con impaciencia, recargando el acento en la palabra "siempre"-; ¡démosla una vez y entonces hablaremos!.

El gobernadorcillo se rascó la cabeza y mirando al techo repuso con voz agria:

- ¡Ay! ¡el calor de la sangre!. Parece que no sabéis aún en qué país estamos; no conocéis a nuestros paisanos. Los frailes son ricos y están unidos, y nosotros divididos y pobres. ¡Sí!, tratad de defenderle y veréis cómo os dejan solo en el compromiso.

- ¡Sí! –exclama D- Filipo con amargura-, eso sucederá mientras se piense así, mientras miedo y prudencia sean sinónimos. Se atiende más a un mal eventual que al bien necesario; al instante se presenta el miedo y veréis cómo os dejan colgado!. ¿No sabéis el refrán español: la caridad bien entendida empieza por sí mismo?.

- ¡Mejor diríais –contesta exasperado el teniente mayor- que la cobardía bien entendida empieza por el egoísmo y acaba por la vergüenza!. Ahora mismo presento mi dimisión al Alcalde; harto estoy de pasar por ridículo sin ser a nadie útil... ¡Adiós!.

Las mujeres opinaban de otra manera.

- ¡Ay! –suspiraba una mujer de expresión bondadosa-; ¡los jóvenes siempre serán así!. Si viviese su buena madre, ¿qué diría?. ¡Ay, Dios!. Cuando pienso que otro tanto puede pasarle a mi hijo que también tiene la cabeza caliente... ¡ay, Jesús!, casi le tengo envidia a su difunta madre... ¡me moriría de pena!.

- Pues yo no –contestaba otra mujer-; no me daría pena si tal pasase a mis dos hijos.

- ¿Qué decís, Capitana María? –exclamaba la primera juntando las manos.

- Me gusta que los hijos defiendan la memoria de sus padres, Capitana Tinay; ¿qué diríais si un día, viuda, oyeseis hablar mal de vuestro marido y vuestro hijo Antonio bajase la cabeza y se callase?.

- ¡Yo le negaría mi bendición! –exclama una tercera, la Hermana Rufa-, pero...

- ¡Negarle la bendición!, ¡jamás! –interrumpe la bondadosa Capitana Tinay, una madre no debe decir eso... pero, yo no sé lo que haría... no sé... creo que me, moriría... le... ¡no!. ¡Dios mío!, pero no querría verle más... pero ¿qué, pensamiento tenéis, Capitana María?.

- Con todo –añadía Hermana Rufa-, no hay que olvidar que es un gran pecado poner la mano sobre una persona sagrada.

- ¡La memoria de los padres es más sagrada! –replica Capitana María-. ¡Ninguno, ni el Papa, y menos el P. Dámaso puede profanar tan santa memoria!.

- ¡Es verdad! –murmuraba Capitana Tinay admirando la sabiduría de ambas-; ¿de dónde sacáis tan buenas razones?.

- Pero y ¿la excomunión y la condenación? –replica la Rufa-. ¿Qué son los honores y el buen nombre en esta vida si en la otra nos condenamos?. Todo para pronto... pero la excomunión... ultrajar a un ministro de Jesucristo... ¡eso no lo perdona nadie más que el Papa!.

- Lo perdonará Dios que manda honrar padre y madre; ¡Dios no le excomulgará!. Y yo os digo: si ese joven viene a mi casa, yo le recibo y hablo con él; si tuviese una

hija, le querría por yerno; el que es buen hijo será buen marido y buen padre, ¡creedlo, Hermana Rufa!.

- Pues yo no pienso así; decid lo que queráis, y aunque parezca que tengáis razón, siempre le creeré más al cura. Ante todo, salvo yo mi alma, ¿qué decís, Capitana Tinay?.

- ¡Ah! ¡qué queréis que diga!. Ambas tenéis razón; el cura la tiene, ¡pero Dios también la debe tener!. Yo no sé, no soy más que una tonta... ¡Lo que voy a hacer es decirle a mi hijo que no estudie más!; ¡dicen que los sabios mueren ahorcados!. ¡María Santísima! ¡mi hijo que quería ir a Europa!.

- ¿Qué pensáis hacer?.

- Decirle que se quede a mi lado, ¿para qué saber más?. Mañana o pasado nos morimos, muere el sabio como el ignorante... la cuestión es vivir en paz.

Y la buena mujer suspiraba y levantaba los ojos al cielo.

- Pues yo –decía gravemente la Capitana María-, si fuese rico como vos, dejaba que mis hijos viajasen: son jóvenes y deben un día ser hombres... yo ya he de vivir poco... nos veríamos en la otra vida... los hijos deben aspirar a ser algo más que sus padres, y en nuestros senos sólo les enseñamos a ser niños.

- ¡Ay, qué pensamientos tan raros tenéis! –exclamaba espantada la Capitana Tinay, juntando las manos-; ¡parece que no habéis parido con dolor a vuestros gemelos!.

- Por lo mismo que los he parido con dolor, criado y educado a pesar de nuestra pobreza, no quiero que, después de tantas fatigas como me ha costado, sean lo más que medio hombres.

- ¡Me parece que no amáis a vuestros hijos como Dios manda! –dice en tono algo severo Hermana Rufa.

- Perdonad, cada madre ama a sus hijos a su manera: unas los aman para sí, otras por sí, y algunas por ellos mismos. Yo soy de estas últimas, mi marido así me lo ha enseñado.

- Todos vuestros pensamientos Capitana María –dice la Rufa como predicado-, son poco religiosos: ¡haceos Hermana del Smo. Rosario, de S. Francisco, de Sta. Rita o Sta. Clara!.

- ¡Hermana Rufa, cuando sea digna hermana de los hombres, trataré de ser hermana de los santos! -contestaba sonriendo.

Para acabar con este capítulo de comentarios, y para que los lectores vean siquiera de paso qué pensaban del hecho los sencillos campesinos, nos iremos a la plaza, donde bajo el entoldado conversan algunos, uno de los cuales, conocido nuestro, es el hombre que soñaba en los doctores en Medicina.

- ¡Lo que más siento –decía éste- es que la escuela ya no se termina!.

- ¿Cómo?, ¿cómo? –preguntan los circunstantes con interés.

- ¡Mi hijo ya no será doctor sino carretero!. ¡Nada!. ¡Ya no habrá escuela!.

- ¿Quién dice que ya no habrá escuela? –pregunta un rudo y robusto aldeano de anchas quijadas y estrecho cráneo.

- ¡Yo!. Los padres blancos han llamado a Don Crisóstomo *plibasterio*[1]. ¡Ya no hay escuela!

Todos se quedaron preguntándose con la mirada. El hombre era nuevo para ellos.

- Y ¿es malo ese hombre? –se atreve a preguntar el rudo aldeano.

- ¡Lo peor que un cristiano puede decir a otro!.

- ¿Peor que *tarantado* y *saragate*[2]?.

[1] Por filibustero.

[2] "*Tarantado*, picado de la tarántula: *saragate*, busca ruidos". Ed. Mauci.

- ¡Si no fuese más que eso!. Me han llamado varias veces así y ni siquiera me ha dolido el estómago.

- ¡Vamos no será peor que *indio* que dice el alférez!

El que va a tener un hijo carretero se pone más sombrío; el otro se rasca la cabeza y piensa.

¡Entonces será como *betelapora*[3] que dice la vieja del alférez!. Peor que eso es escupir en la ostia.

- Pues, peor que escupir en la ostia en Viernes Santo –contestaba gravemente-. Ya os acordáis de la palabra *ispichoso*[4], que bastaba aplicar a un hombre para que los civiles de Villa-Abrille se le llevasen al destierro o a la cárcel; pues *plibiestero* es mucho peor. Según decían el telegrafista y el directorcillo, *plibestiero* dicho por un cristiano, un cura o un español a otro cristiano como nosotros parece *santusdeus con requimiternam*[5], si te llaman una vez *plibestiero*, ya puedes confesarte y pagar tus deudas pues no te queda más remedio que dejarte ahorcar. Ya sabes si el directorcillo y el telegrafista deben estar enterados: el uno habla con alambres y el otro sabe español y no maneja más que la pluma.

Todos estaban aterrados.

-¡Qué me obliguen a ponerme zapatos y no beber en toda mi vida más que esa orina de caballo que llaman cerveza, si alguna vez me dejo llamar *pelbistero*! –jura cerrando sus puños el aldeano- ¿Quién?. ¡Yo rico como D. Crisóstomo, sabiendo el español como él, y pudiendo comer aprisa con cuchillo y cuchara, me río de cinco curas!.

-¡Al primer civil que veo yo robando gallinas, le llamo *palabistiero*... y me confesaré en seguida! –murmura en voz baja alejándose del grupo uno de los campesinos.

Capítulo 36

LA PRIMERA NUBE

EN CASA DE CAPITÁN TIAGO no reinaba menos confusión que en la imaginación de la gente. María Clara no hacía más que llorar y no escuchaba las palabras de consuelo de su tía y de Andeng, su hermana de leche. Le había prohibido su padre que hablase con Ibarra hasta tanto que los sacerdotes no le absolviesen de la excomunión.

[3] Por "vete a la porra": una expresión vulgar para echar a uno de su presencia.
[4] Por sospechoso.
[5] Santo Dios: *requimiternum* por *requien aeternam*, que descanse en la eternidad.

Capitán Tiago, que estaba muy ocupado preparando su casa para recibir dignamente al Capitán General, había sido llamado al convento.

- No llores, hija –decía tía Isabel pasando la gamuza sobre las brillantes lunas de los espejos-; ya le retirarán la excomunión, ya escribirán al Santo Papa... haremos una gran limosna... El P. Dámaso no ha tenido más que un desmayo... ¡no ha muerto!.

- No llores –le decía Andeng en voz baja-; ya haré yo que le hables; ¿para qué han hecho los confesionarios, si no para pecar?. ¡Todo se perdona con decirlo al cura!.

¡Por fin, Capitán Tiago llegó!. Ellas buscaron en su cara la respuesta a muchas preguntas; pero la cara de Capitán Tiago anunciaba el desaliento. El pobre hombre sudaba, se pasaba la mano por la frente y no conseguía articular una palabra.

- ¿Qué hay, Santiago? –pregunta ansiosa la tía Isabel.

Este contesta con un suspiro, enjugándose una lágrima.

- ¡Por Dios, habla!. ¿Qué pasa?.

- ¡Lo que yo ya me temía! –prorrumpe al fin medio llorando- ¡Todo está perdido!. ¡El P. Dámaso manda que rompa el compromiso, de lo contrario me condeno en esta vida y en la otra!. ¡Todos me dicen lo mismo, hasta el P. Sibyla!. Debo cerrarle las puertas de mi casa y... ¡le debo más de cincuenta mil pesos!. He dicho esto a los padres pero no han querido hacerme caso: ¿Qué prefieres perder, me decían, cincuenta mil pesos o tu vida y tu alma?. ¡Ay, S. Antonio! ¡si lo hubiese sabido!.

María Clara sollozaba.

- No llores, hija mía –añadía volviéndose a ésta-; tú eres como tu madre que no lloraba nunca... no lloraba más que por los antojos... El P. Dámaso me ha dicho que ha llegado ya un pariente suyo de España... y te lo destina por novio...

María Clara se tapó los oídos.

- Pero Santiago, ¿estás loco? –le gritó tía Isabel-: ¡hablarle de otro novio ahora!. ¿Crees que tu hija muda de novios como de camisa?.

- Eso mismo pensaba yo, Isabel; Don Crisóstomo es rico... los españoles sólo se casan por amor al dinero... pero ¿qué quieres que haga?. Me han amenazado con otra excomunión... dicen que corre gran peligro no sólo mi alma sino también el cuerpo... el cuerpo ¿oyes? ¡el cuerpo!.

- ¡Pero tú no haces más que desconsolar a tu hija!. ¿No es amigo tuyo el arzobispo?. ¿Por qué no le escribes?.

- El arzobispo también es fraile, el arzobispo no hace más que lo que los frailes le dicen. Pero, María, no llores; vendrá el Capitán General, querrá verte y tus ojos estarán encarnados... ¡Ay! Yo que pensaba pasar una tarde feliz... sin esta gran desgracia sería el más feliz de los hombres y todos me tendrían envidia... ¡Cálmate, hija mía: yo soy más desgraciado que tú y no lloro!. Tú puedes tener otro novio mejor, pero yo, ¡yo pierdo cincuenta mil pesos!. ¡Ay, Virgen de Antipolo, si esta noche al menos tuviese suerte!.

Detonaciones, rodar de coches, galope de caballos, música tocando la Marcha real anunciaron la llegada de S.E. el Gobernador General de las Islas Filipinas. María Clara corrió a esconderse en su alcoba... ¡pobre joven!, juegan con tu corazón groseras manos que no conocen sus delicadas fibras.

Mientras la casa se llenaba de gente y fuertes pasos, voces de mando, ruidos de sables y espuelas resonaban por todas partes, la atribulada joven yacía medio arrodillada delante de una estampa de la Virgen, que la representaba en aquella actitud de dolorosa soledad, sólo sentida por Delaroche, como si la hubiese sorprendido al volver del sepulcro de su Hijo. María Clara no pensaba en el dolor de aquella madre, pensaba en el suyo propio. Con la cabeza doblada sobre el pecho y

las manos apoyadas contra el suelo, parecía el tallo de una azucena doblado por la tempestad. ¡Un porvenir soñado y acariciado durante años, cuyas ilusiones, nacidas en la infancia y crecidas con la juventud, daban forma a las células de su organismo, querer borrarlo ahora, con una sola palabra, de la mente y del corazón!. ¡Tanto valía paralizar los latidos de uno y privar a la otra de su luz!.

María Clara era tan buena y piadosa cristiana como amante hija. No sólo le arredraba la excomunión: el mandato y la amenazada tranquilidad de su padre le exigen ahora el sacrificio de sus amores. Sentía ella toda la fuerza de aquel afecto que hasta entonces no sospechaba. Era una vez un río que se deslizaba mansamente; fragantes flores alfombraban sus orillas, y su lecho lo formaba fina arena. Su corriente apenas izaba el viento; habríase dicho al verle que se remansaba. Pero de repente se estrecha el cauce, ásperas rocas le cierran el paso, añosos troncos se atraviesan formando dique, ¡Ah! Entonces ruge el río, se levanta, hierven las olas, sacude penachos de espuma, bate las rocas y se lanza al abismo!.

Quería orar, pero ¿quién ora en la desesperación?. Se ora cuando se espera y cuando no, y nos dirigimos a Dios, sólo exhalamos quejas. "¡Dios mío! –gritaba su corazón-, ¿por qué separar así a un hombre, por qué negarle el amor a los demás?. Tú no le niegas tu sol, ni tu aire, ni le ocultas la vista de tu cielo, ¿por qué negarle el amor, cuando sin cielo, sin aire y sin sol se puede vivir, pero sin amor jamás?.

¿Llegarían al trono de Dios esos gritos que no oyen los hombres? ¿los oiría la Madre de los desgraciados?.

¡Ay!, la pobre joven, que no había conocido una madre, se atrevía a confiar estos pesares que causan los amores de la tierra a aquel corazón purísimo que sólo había conocido el amor de hija y el de madre: ella en sus tristezas acudía a esa imagen divinizada de la mujer, la idealización más hermosa de la más ideal de las criaturas, a esa creación poética del Cristianismo, que reúne en sí los dos más bellos estados de la mujer, virgen y madre, sin tener sus miserias, que llamamos María.

- ¡Madre, Madre! –gemía.

Tía Isabel vino a sacarla de su dolor. Habían llegado algunas amigas y el Capitán General deseaba hablarle.

- ¡Tía, decid que estoy enferma! –suplicó la joven espantada-; ¡me van a hacer tocar el piano y cantar!.

- Tu padre lo ha prometido, ¿vas a poner feo a tu padre?.

María Clara se levantó, miró a su tía, retorcióse los hermosos brazos y balbuceó:

-¡Oh! Si tuviese yo...

Pero no concluyó su frase y empezó a arreglarse.

Capítulo 37

SU EXCELENCIA

- ¡DESEO HABLAR CON ese joven! –decía S.E. a un ayudante-; ha despertado todo mi interés.

- ¡Ya han ido a buscarle, mi general!. Pero aquí hay un joven de Manila que pide con insistencia ser introducido. Le hemos dicho que V.E. no tenía tiempo y que no había venido para dar audiencias sino para ver el pueblo y la procesión, pero ha contestado que V.E. siempre tiene tiempo disponible para hacer justicia.

S.E. se vuelve al Alcalde, maravillado.

- Si no me engaño –contesta éste haciendo una ligera inclinación-, es el joven que esta mañana ha tenido una cuestión con el P. Dámaso con motivo del sermón.

- ¿Aún otra?. ¿Se ha propuesto ese fraile alborotar la provincia, o cree que él manda aquí?. ¡Decid al joven que pase!.

S.E. se pasea nervioso de un extremo a otro de la sala.

En la antesala había varios españoles, mezclados con militares y autoridades del pueblo de S. Diego y de los vecinos; agrupados en corros conversaban o disputan. Encontrábase también ahí los frailes todos, menos el P. Dámaso, y querían pasar para presentar sus respetos a S.E.

- ¡S.E. el Capitán General suplica a V.V.R.R. que se esperen un momento! –dice el ayudante-; ¡pase Ud., joven!.

Aquel manileño que confundía el griego con el tagalo entró en la sala pálido y tembloroso.

Todos estaban llenos de sorpresa: muy irritado debía estar S.E. para atreverse a hacer esperar a los frailes. El P. Sibyla decía:

- ¡Yo no tengo nada que decirle... aquí pierdo tiempo!.

- Digo lo mismo –añade un agustino-, ¿nos vamos?.

- ¿No sería mejor que averiguásemos como piensa? –pregunta P. Salví-; evitaríamos un escándalo... y... podríamos recordarle... sus deberes para con... la Religión...

- ¡V.V.R.R. pueden pasar si gustan! –dice el ayudante conduciendo al joven que no entendía el griego, que ahora sale con un rostro en que brilla la satisfacción.

Fr. Sibyla entró primero; detrás venían el P. Salví, el P. Manuel Martín y los otros religiosos. Saludaron humildemente, menos el P. Sibyla que conservó, aún en la inclinación, un cierto aire de superioridad; el P. Salví por el contrario casi dobló la cintura.

- ¿Quién de V.V.R.R. es el P. Dámaso? –preguntó de improviso S.E. sin hacerles sentar, ni interesarse por su salud, sin dirigirles las frases lisonjeras a que estaban acostumbrados tan altos personajes.

- ¡El P. Dámaso no está, señor, entre nosotros! –contestó casi con el mismo acento seco el P. Sibyla.

- Yace en cama enfermo el servidor de V.E. –añade humildemente el P. Salví-; después de tener el placer de saludarle y enterarnos de la salud de V.E., como cumple a todos los buenos servidores del Rey y a toda persona de educación, veníamos también en nombre del respetuoso servidor de V.E. que tiene la desgracia...

- ¡Oh! –interrumpe el Capitán General haciendo girar una silla sobre un pie y sonriendo nerviosamente-, si todos los servidores de mi excelencia fuesen como su reverencia, el P. Dámaso, ¡preferiría servir yo mismo a mi excelencia!.

Las Reverencias que ya estaban parados corporalmente, se lo quedaron también en espíritu ante esta interrupción.

- ¡Tomen asiento V.V.R.R.! –añadió después de una breve pausa, dulcificando un poco su tono.

Librodot

Capitán Tiago iba de frac y andaba de puntillas; conducía de la mano a María Clara, que entró vacilante y llena de timidez. No obstante hizo un gracioso y ceremonioso saludo.

- ¿Es la señorita hija de Ud.? –preguntó sorprendido el Capitán General.

- ¡Y de V.E., mi General! –contestó Capitán Tiago seriamente.

El Alcalde y los ayudantes abrieron los ojos, pero S.E., sin perder la gravedad, tendió la mano a la joven y le dijo afablemente:

- ¡Felices los padres que tienen hijas como Ud., señorita!, me han hablado de Ud. Con respeto y admiración... He deseado verla para darle las gracias por el hermoso acto que ha llevado a cabo este día. Estoy enterado de *todo*, y cuando escriba al Gobierno de S.M., no olvidaré su generoso comportamiento. Entre tanto, permítame Ud., señorita, que en nombre de S.M. el Rey que aquí represento y que ama la *paz y tranquilidad* de sus fieles súbditos, y en el mío, en el de un padre que también tiene hijas de su edad de Ud., le dé las más expresivas gracias y la proponga para una recompensa!.

- ¡Señor...! –contestó temblorosa María Clara.

S.E. adivinó lo que ella quería decir y repuso:

- Está muy bien, señorita, que Ud. se contente con su conciencia y con la estimación de sus conciudadanos: a fe que es el mejor premio y nosotros no debíamos pedir más. Pero no me prive Ud. de una hermosa ocasión para hacer ver que si la Justicia sabe *castigar*, también sabe *premiar* y que no siempre es *ciega*.

Todas las palabras en la letra cursiva han sido pronunciadas de un modo más significativo y en voz más alta.

- ¡El señor Don Juan Crisóstomo Ibarra aguarda las órdenes de V.E.! –dijo en voz alta un ayudante.

María Clara se estremeció.

- ¡Ah! –exclamó en Capitán General-, permítame Ud., señorita, que le exprese el deseo de volverla a ver antes de dejar este pueblo: tengo aún que decirle cosas muy importantes. ¡Señor Alcalde, V.S. me acompañará durante el paseo, que quiero hacer a pie, después de la conferencia que tendré a solas con el señor Ibarra!.

- V.E. nos permitirá que le advirtamos –dijo el P. Salví-, humildemente, que el Sr Ibarra está excomulgado...

S.E. le interrumpió diciendo:

- Me alegra mucho no tener que deplorar más que el estado del P. Dámaso, a quien le deseo *sinceramente* una *curación completa*, porque a su edad un *viaje a España* por motivos de salud no debe ser muy agradable. Pero esto depende de él... y entre tanto, ¡que Dios les conserve la salud a V.V.R.R.!.

Unos y otros se retiraron.

- Y ¡tanto que depende de él! –murmura al salir el P. Salví.

- ¡Veremos quién hará más pronto el viaje! –añadió otro franciscano.

- ¡Me voy ahora mismo! –dice despechado el P. Sibyla.

- ¡Y nosotros a nuestra provincia! –dijeron los agustinos.

Unos y otros no podían sufrir que por culpa de un franciscano S.E. los haya recibido fríamente.

En la antesala se encontraron con Ibarra, su anfitrión de hace algunas horas. No se cambiaron ningún saludo pero sí miradas que decían muchas cosas.

El Alcalde, por el contrario, cuando ya los frailes habían desaparecido, le saludó y le tendió la mano familiarmente pero la llegada del ayudante que buscaba al joven no dio lugar a ninguna conversación.

En la puerta se encontró con María Clara: las miradas de ambos se dijeron también muchas cosas, pero bien diferentes de las que hablaron los ojos de los frailes.

Ibarra vestía de riguroso luto. Presentóse sereno y saludó profundamente, a pesar de que la visita de los frailes no le parecía de buen augurio.

El Capitán General se adelantó hacia él algunos pasos.

- Tengo suma satisfacción, señor Ibarra, al estrechar su mano. Permítame Ud. que le reciba en el seno de la confianza.

S.E. en efecto, contemplaba y examinaba al joven con marcado contento.

- ¡Señor... tanta bondad!.

- Su sorpresa de Ud. me ofende, me significa que no esperaba de mi un buen recibimiento: ¡esto es dudar de mi justicia!.

- Una amistosa acogida, señor, para un insignificante súbdito de S.M. como yo, no es justicia, es un favor.

- ¡Bien, bien! –dice S.E. sentándose y señalándole un asiento-; déjenos Ud. gozar un rato de expansión; estoy muy satisfecho de su conducta y ya le he propuesto al Gobierno de S.M. para una condecoración por el filantrópico pensamiento de erigir una escuela... Si Ud. se me hubiese dirigido yo habría presenciado con placer la ceremonia y acaso le habría evitado un disgusto.

- El pensamiento me parecía tan pequeño –contestó el joven- que no lo creía bastante digno para distraer la atención de V.E. de sus numerosas ocupaciones; además, mi deber era dirigirme antes a la primera autoridad de mi provincia.

S.E. movió la cabeza con aire satisfecho y adoptando cada vez un tono más familiar, continuó:

- En cuanto al disgusto que Ud. ha tenido con el P. Dámaso, no guarde ni temor ni rencores: no se le tocará un pelo de su cabeza, mientras yo gobierne las Islas; y por lo que respecta a la excomunión, ya hablaré con el Arzobispo, porque es menester que nos amoldemos a las circunstancias; aquí no podríamos reírnos de estas cosas en público como en la Península o en la culta Europa. Con todo, sea Ud. en lo sucesivo más prudente; se ha colocado frente a frente a las Corporaciones religiosas, que, por su significación y su riqueza, necesitan ser respetadas. Pero yo le protegeré a Ud. porque me gustan los buenos hijos, me gusta que se honre la memoria de los padres; yo también he amado a los míos y, ¡vive Dios!, no sé lo que habría hecho en su lugar...

Y cambiando rápidamente de conversación, peguntó:

- Me han dicho que Ud. viene de Europa; ¿estuvo en Madrid?.

- Sí, señor, algunos meses.

- ¿Oyó Ud. acaso hablar de mi familia?.

- Acababa V.E. de partir cuando tuve el honor de ser presentado a ella.

- Y ¿cómo entonces se vino Ud. sin traerme ninguna recomendación?.

- Señor –contesta Ibarra inclinándose-, porque no vengo directamente de España, y porque, habiéndome hablado del carácter de V.E., he creído que una carta de recomendación no sólo sería inútil, sino hasta ofensiva; los filipinos todos le estamos recomendados.

Una sonrisa se dibujó en los labios del viejo militar, que repuso lentamente como midiendo y pensando sus palabras:

- Me lisonjea que Ud. piense así, y... ¡así debía ser!. Sin embargo, joven, Ud. debe saber qué cargas pesan sobre nuestros hombros en Filipinas. Aquí, nosotros, viejos, militares, tenemos que hacerlo y serlo todo: Rey, Ministro de Estado, de Guerra, de Gobernación, de Fomento, de Gracia y Justicia, etc., y lo peor aún es que para cada cosa tenemos que consultar a la lejana Madre Patria, que aprueba o rechaza, según las circunstancias, ¡a veces a ciegas!, nuestras propuestas. Venimos además generalmente conociendo poco el país y le dejamos cuando le empezamos a conocer. Con Ud. puedo franquearme, pues sería inútil aparentar otra cosa. Así que, si

Librodot

en España, donde cada ramo tiene su ministro, nacido y criado en la misma localidad, donde hay Prensa y Opinión; donde la oposición franca abre los ojos al Gobierno y le ilustra, anda todo imperfecto y defectuoso, es un milagro que aquí no esté todo revuelto, careciendo de aquellas ventajas y viviendo y maquinando en las sombras una más poderosa oposición. Buena voluntad no nos falta a los gobernantes, pero nos vemos obligados de valernos de ojos y brazos ajenos, que por lo común no conocemos y que acaso, en vez de servir a su país, sólo sirven a sus propios intereses. Esto no es culpa nuestra, es de las circunstancias; los frailes nos ayudan un poco a salir del paso, pero no basta ya... Ud. me inspira interés y desearía que la imperfección de nuestro actual sistema gubernamental no le perjudique en nada... yo no puedo velar por todos, ni todos pueden acudir a mí. ¿Puedo serle a Ud. útil en algo, tiene Ud. algo que pedir?.

Ibarra reflexionó.

- Señor –contestó-, mi mayor deseo es la felicidad de mi país, felicidad que quisiera se debiese a la Madre Patria y al esfuerzo de mis conciudadanos, unidos una y otros con eternos lazos de comunes miras y comunes intereses. Lo que pido, sólo puede darlo el Gobierno después de muchos años de trabajo continuo y reformas acertadas.

S.E. le miró por algunos segundos con una mirada que Ibarra sostuvo con naturalidad.

- ¡Es Ud. el primer hombre con quien hablo de este país! –exclamó tendiéndole la mano.

- V.E. sólo ha visto a los que se arrastran en la ciudad, no ha visitado las calumniadas cabañas de nuestros pueblos: V.E. habría podido ver verdaderos hombres si para ser hombre basta tener un generoso corazón y costumbres sencillas.

El Capitán General se levantó y se puso a pasear de un lado a otro de la sala.

- Señor Ibarra –exclamó parándose de repente; el joven se levantó-; acaso dentro de un mes parta; su educación de Ud. y su modo de pensar no son para este país. Venda Ud. cuanto posee, arregle su maleta y véngase conmigo a Europa: aquel clima le sentaría mejor.

- ¡El recuerdo de la bondad de V.E. lo conservaré mientras viva –contestó Ibarra algo conmovido-, pero debo vivir en el país donde han vivido mis padres...!.

- ¡Donde han muerto, diría Ud. más exactamente!. Créame, acaso conozca su país mejor que Ud. mismo... ¡Ah!, ahora me acuerdo –exclamó cambiando de tono-, Ud. se casa con una adorable joven, y le estoy deteniendo aquí!. Vaya Ud., vaya Ud. al lado de ella y para mayor libertad envíeme al padre –añadió sonriendo-. No se olvide Ud. sin embargo, de que quiero que me acompañe a paseo.

Ibarra saludó y se alejó.

S.E. llamó a su ayudante.

- ¡Estoy contento! –dijo dándole ligeras palmadas en el hombre-; hoy he visto por primera vez cómo se puede ser buen español sin dejar de ser buen filipino y amar a su país; hoy les he demostrado al fin a las *reverencias* que no todos somos juguetes suyos: ¡este joven me ha proporcionado la ocasión y pronto habré saldado todas mis cuentas con el fraile!. Lástima que ese joven algún día u otro... pero ¡llámame al Alcalde!.

Este se presentó inmediatamente.

- Señor Alcalde –le dijo al entrar-, para evitar que se repitan *escenas*, como las que V.S. esta siesta ha *presenciado*, escenas que deploro porque *desprestigian* al Gobierno y a los españoles todos, me permito recomendarle *eficazmente* al señor Ibarra, para que no sólo le facilite los medios de llevar a cabo sus patrióticos fines,

sino también evite que en adelante le molesten personas de cualquier clase que fueren y bajo cualquier pretexto.

El Alcalde comprendió la reprimenda y se inclinó para ocultar su turbación.

- Haga V.S. decir lo mismo al alférez que aquí manda la sección, y averigüe si es verdad que este señor tiene ocurrencias propias, que no dicen los reglamentos: he oído sobre esto más de una queja.

Capitán Tiago se presentó tieso y planchado.

- D. Santiago –le dijo S.E. en tono afectuoso-, hace poco le felicitaba a Ud. por la dicha de tener una hija como la Señorita de los Santos; ahora le felicito por su futuro yerno: la más virtuosa de las hijas es digna seguramente del mejor ciudadano de Filipinas. ¿Se puede saber cuándo es la boda?.

- ¡Señor...! –balbucea Capitán Tiago y se limpia el sudor que corría por su frente.

- ¡Vamos, veo que aún no hay nada definitivo!. Si faltan padrinos, tendré sumo gusto en ser uno de ellos. Es para quitar el mal gusto que me han dejado tantas bodas como hasta aquí he apadrinado! –añadió dirigiéndose al Alcalde.

- ¡Sí, señor! –contestó Capitán Tiago con una sonrisa que inspiraba compasión.

Ibarra fue casi corriendo en busca de María Clara: tenía tantas cosas que decirle y contarle. Oyó alegres voces en una de las habitaciones y llamó ligeramente a la puerta.

- ¿Quién llama? –pregunta María Clara.

- ¡Yo!.

Las voces callaron y la puerta... no se abrió.

- Soy yo, ¿puedo entrar? –pregunta el joven cuyo corazón latía violentamente.

El silencio continuó. Segundos después unos ligeros pasos se acercaron a la puerta y la alegre voz de Sinang murmuró al través del agujero de la cerradura:

- Crisóstomo, vamos al teatro esta noche; escribe lo que tengas que decirle a María Clara.

Y los pasos volvieron a alejarse, rápidos como vinieron.

- ¿Qué quiere esto decir? –murmuraba Ibarra pensativo, alejándose lentamente de la puerta.

Capítulo 38

LA PROCESIÓN

A LA NOCHE Y ENCENDIDOS ya todos los faroles de las ventanas, salió por cuarta vez la procesión al repique de las campanas y las consabidas detonaciones.

El Capitán General que había salido a pie en compañía de sus dos ayudantes, Capitán Tiago, el Alcalde, el alférez e Ibarra, precedidos por guardias civiles y autoridades que abrían paso y despejaban el camino, fue invitado a ver pasar la procesión en casa del gobernadorcillo, que había hecho levantar delante un tablado, para que se recitara una *loa* en honor del Santo Patrón.

Ibarra hubiera renunciado gustoso a oír esta composición poética y preferido ver la procesión en casa de Capitán Tiago, donde María Clara se había quedado con sus amigas, pero S.E. quería oír la loa y no tuvo más remedio que consolarse con la idea de verla en el teatro.

Principiaba la procesión con los ciriales de plata, llevados por tres enguantados sacristanes; seguían los chinos de la escuela, acompañados del maestro; después los muchachos con los faroles de papel, de forma y colores varios, puestos en el extremo de una caña más o menos larga y adornada según el capricho del muchacho, puesto que esta iluminación la costeaba la niñez de los barrios. Cumplen gustosos con este deber impuesto por el *matandâ sa nâyon*[1], cada cual imagina y compone su farol, su fantasía lo adorna con más o menos perendengues y banderitas, atendiendo también al estado del bolsillo, y lo ilumina con un cabo de vela si tiene un amigo o pariente sacristán, o compra una candelita roja que los chinos usan ante sus altares.

En medio iban y venían alguaciles, tenientes de justicia, para cuidar de que las filas no se rompan ni se aglomere la gente, y para ello se valen de sus varas, con cuyos golpes, dado convenientemente y con cierta fuerza, procuran contribuir a la gloria y brillantez de las procesiones para edificación de las almas y lustres de las pompas religiosas.

A la vez que los alguaciles reparten gratis estos santificadores bejucazos, otros, para consolar a los azotados, distribuyen cirios y velas de diferentes tamaños, gratis también.

- Señor Alcalde –dice Ibarra en voz baja-, ¿se dan esos golpes en castigo de los pecados o sólo por gusto?.

- ¡Tiene Ud. razón, señor Ibarra! –contesta el Capitán General, que oyó la pregunta-; este espectáculo... bárbaro extraña a todo el que viene de otros países. Convendría prohibirlo.

Sin poderse explicar el por qué, el primer santo que aparece es S. Juan Bautista. Al verle se diría que la fama del primo de N.S. no andaba muy bien puesta entre la gente; verdad es que tenía pies y piernas de doncella y cara de anacoreta, pero iba en unas viejas andas de madera y le oscurecían unos cuantos chicos, armados de sus faroles de papel no encendidos, pegándose disimuladamente unos a otros.

- ¡Desgraciado! –murmuró el filósofo Tasio que presenciaba la procesión desde la calle-, ¡no te vale ser el precursor de la Buena Nueva, ni el haberse Jesús inclinado ante ti!, no te vale tu gran fe ni tu austeridad, ni el morir por la verdad y tus convicciones: ¡todo esto lo olvidan los hombres, cuando no se cuenta más que con los méritos propios!. Más vale predicar mal en las iglesias que ser la elocuente voz que clama en el desierto, esto te enseña Filipinas. Si hubieses comido pavo en vez de langosta, vestido seda en vez de pieles y te hubieses afiliado a una Corporación...

Pero el viejo suspendió su apóstrofe pues venía S. Francisco.

- ¿No lo decía? –continuó sonriendo sarcásticamente-, éste va en carro y, ¡Santo Dios, que carro!, ¡cuántas luces y cuántos faroles de cristal!, ¡nunca te viste rodeado de tantas lumbreras, Giovanni Bernardone[2]!. Y ¡qué música!. ¡Otras melodías dejaron oír tus hijos después de tu muerte!. Pero, venerable y humilde fundador, si resucitas

[1] Literalmente, el *viejo del barrio*. Otra manifestación muy curiosa y muy espontánea de personificación del principio de autoridad en estos pueblos, es lo que se llama *matanda sa nayon* (anciano del barrio), que es o no viejo, pero indudablemente es siempre el indio más dispuesto del lugar, y además, de influencia por su buen sentido y decidida voluntad a favor de los convencidos. No tiene título, nadie le ha nombrado; pero se han acostumbrado todos a reconocer su superioridad y sus servicios. No hay autoridad más obedecida que él entre los locales. Los administradores de haciendas rurales y los mismos Párrocos no prescinden de la cooperación de ese patriarca de tribu llamado *matanda sa nayon*.

[2] Nombre de Francisco de Asís, fundador de la orden franciscana.

ahora, no verás sino degenerados Elíases de Cortona y si te reconocen tus hijos, se encierran ¡y acaso participes de la suerte de Cesario de Speyer!.

Detrás de la música venía el estandarte que representaba al mismo santo pero con siete alas, llevado por los Hermanos Terceros, vistiendo el hábito de guingon y rezando en alta y lastimera voz. Sin saberse la causa de ello, venía Sta. Magdalena, hermosísima imagen con abundante cabellera, pañuelo de piña bordado[3] entre los dedos cubiertos de anillos y traje de seda adornada de planchas de oro. Luces e incienso la rodeaban; veíanse sus lágrimas de vidrio reflejar los colores de las luces de Bengala que daban a la procesión aspecto fantástico, así que la santa pecadora lloraba ora verde, ora rojo, ora azul, etc. Las casas no principiaban a encender estas luces sino cuando pasaba S. Francisco; S. Juan Bautista no gozaba de estos honores y pasaba de prisa, avergonzado de ir el único vestido de pieles entre tanta gente cubierta de oro y piedras preciosas.

- ¡Allí va nuestra santa! –dice la hija del gobernadorcillo a sus visitas-; le he prestado mis anillos, pero es para ganar el cielo.

Los alumbrantes deteníanse alrededor del tablado para oír la loa, los santos hacían lo mismo: ellos o sus portadores querían oír versos. Los que cargaban a S. Juan, cansados de esperar, se sentaron en cuclillas y convinieron en dejarlo en el suelo.

- ¡Puede enojarse el alguacil! –objetó uno.

- ¡Jes!, ¡en la sacristía le dejan en un rincón entre telarañas...!.

Y S. Juan, una vez en el suelo, llegó a ser como gente del pueblo.

A partir de la Magdalena vienen las mujeres, sólo que en vez de empezar por las niñas, como entre los hombres, venían primero las viejas cerrando las solteras la procesión hasta el carro de la Virgen, detrás del cual venía el cura bajo su palio. Esta costumbre la tenían del P. Dámaso que decía: “A la Virgen le gustan las jóvenes y no las viejas”, lo que hacía poner mala cara a muchas beatas pero no cambiar el gusto de la Virgen.

S. Diego seguía a la Magdalena, aunque no parecía alegrarse de ello, pues continuaba compungido como esta mañana cuando iba detrás de S. Francisco. Tiran de su carro seis Hermanas Terceras por no se qué promesa o enfermedad: es el caso que tiran y con afán. S. Diego se detiene delante del tablado y aguarda a que le saluden.

Pero hay que esperar el carro de la Virgen precedido de gente vestida de fantasma, que asusta a los chicos, por eso se oye un llorar y chillar de los bebés imprudentes. Sin embargo, en medio de aquella masa oscura de hábitos, capuchones, cordones y tocas, al són de aquel rezo monótono y gangoso, vense, como blancos jazmines, como frescas sampagas[4] entre trapos viejos, doce niñas vestidas de blanco, coronadas de flores, el cabello rizado, de miradas brillantes como sus collares; parecían geniecillos de la luz prisioneros de los espectros. Iban cogidas a dos anchas cintas azules sujetas al carro de la Virgen, recordando a las palomas que arrastran el de la Primavera.

Ya todas las imágenes estaban atentas, pegadas unas a las otras para escuchar los versos; todo el mundo tenía los ojos fijos en la entreabierta cortina; al fin un ¡*aaaah*! de admiración se escapó de todos los labios.

Y lo merecía: era un jovencito con alas de montar, banda, cinturón y sobrero con plumajes.

[3] El arbusto llamado vulgarmente piña (*Ananás sativa*, Lindley) es muy estimado por las hojas de los cuales se extraen las fibras finísimas con que se teje la tela llamada piña, la más delicada, preciosa y de mayor valor de todas las Filipinas.

[4] Por sampaguitas. *Kampuput* en tagalo.

- ¡El señor Alcalde Mayor! –gritó uno, pero el prodigio de la creación empezó a recitar una poesía como él y no se dio por ofendido de la comparación.

¿Para que trasladar aquí lo que dijo en latín, tagalo y castellano, todo versificado, la pobre víctima del gobernadorcillo?. Nuestros lectores han saboreado ya el sermón del P. Dámaso de esta mañana, y no queremos mimarlos con tantas maravillas, además de que el franciscano puede tenernos mal corazón si le buscamos un competidor, y esto es lo que no queremos, gente pacífica como tenemos la fortuna de ser.

Continuó después la procesión: S. Juan siguió su calle de amarguras.

Al pasar la Virgen por delante de la casa de Capitán Tiago, un canto celestial la saludó con las palabras del arcángel. Era una voz tierna, melodiosa, suplicante, llorando el *Ave María* de Gounod, acompañándose del piano que oraba con ella. La música de la procesión enmudeció, el rezo cesó y el mismo P. Salví se detuvo. La voz estremecía y arrancaba lágrimas: expresaba más que una salutación, una plegaria, una queja.

Ibarra oyó la voz desde la ventana donde estaba y el terror y la melancolía descendieron sobre su corazón. Comprendió lo que aquella alma sufría y expresaba en un canto y temió preguntarse la causa de aquel dolor.

Sombrío, pensativo, le encontró el Capitán General.

- Me acompañará Ud. en la mesa; allí hablaremos de esos niños que han desaparecido –le dijo.

- ¿Seré yo la causa? –murmuraba el joven mirando sin ver a S.E., a quién siguió maquinalmente.

Capítulo 39

DOÑA CONSOLACIÓN

¿POR QUÉ ESTÁN CERRADAS las ventanas de la casa del alférez?, ¿dónde estaban, mientras pasaba la procesión, la cara masculina y la camisa de franela de la Medusa o la Musa de la Guardia Civil?. ¿Habrá comprendido Dª. Consolación lo desagradable que eran su frente surcada de gruesas venas, conductoras, al parecer, no de sangre sino de vinagre y hiel, el grueso tabaco, digno adorno de sus morados labios y su envidiosa mirada y, cediendo a un generoso impulso, no ha querido turbar con su aparición siniestra las alegrías de la multitud?.

¡Ay!, ¡para ella los impulsos generosos vivieron en la Edad de Oro!.

La casa está triste porque el pueblo se alegra, como decía Sinang; no tiene ni faroles ni banderas. Si el centinela no se pasease delante de la puerta, se diría que la casa estaba deshabitada.

Una débil luz alumbra la desarreglada sala y pone transparentes las sucias conchas[1] en que se ha agarrado la telaraña e incrustado el polvo. La Señora, según su costumbre de estar mano sobre mano, dormita en un ancho sillón. Viste como todos los días, es decir, mal y horriblemente; por todo tocado un pañuelo atado a la cabeza, dejando escapar delgados y cortos mechones de cabellos enmarañados; la camisa de

[1] "En Filipinas, las ventanas de las casas son de madera y tienen, en vez de cristales, conchas de nacar (*Placuna placenta*, Linn.), blancas, finas y transparentes, que forman un tablero de cuadros" (Ed. Maucci).

franela azul, sobre otras que debió haber sido blanca, y una falda desteñida que modela los delgados y aplanados muslos, colocados uno sobre otro y agitándose febrilmente. De su boca van saliendo bocanadas de humo, que arroja con fastidio al espacio hacia donde mira cuando abre los ojos. Si en aquel momento la hubiese visto D. Francisco de Cañamaque, la habría tomado por un cacique del pueblo o el *mankukúlam*[2], adornando después su descubrimiento con comentarios en lengua de tienda, inventada por él para su uso particular.

Aquella mañana, la Señora no había oído misa, no porque hubiese querido, al contrario, quería enseñarse a la multitud y oír el sermón, pero el marido no se lo había permitido y la prohibición iba acompañada como siempre de dos o tres insultos, juramentos y amenazas de puntapiés. El alférez comprendía que su hembra vestía ridículamente, que olía a eso que llaman *querida de soldados* y que no convenía exponerla a las miradas de los personajes de la Cabecera ni de los forasteros.

Pero ella no lo entendía así. Sabía que era hermosa, atractiva, que tenía aires de reina y que vestía mucho mejor y con más lujo que la misma María Clara: ésta iba de tapis, ella de saya suelta. Fue necesario que el alférez le dijese: ¡O te callas o te envío a puntapiés a tu pueblo!.

Dª. Consolación no quería volver a puntapiés a su pueblo, pero pensó en la venganza.

Jamás fue propia para infundir confianza en nadie la faz oscura de la Señora, ni cuando se pintaba, pero aquella mañana inquietó grandemente, sobre todo cuando la vieron recorrer la casa de un extremo a otro, silenciosa y como meditando algo terrible o maligno: su mirada tenía el reflejo que brotaba de la pupila de una serpiente cuando, cogida, va a ser aplastada: era fría, luminosa, penetrante y tenía algo de viscoso, asqueroso, cruel.

La más pequeña falta, el más insignificante inusitado ruido le arrancaban un torpe e infame insulto que abofeteaba al alma; pero nadie respondía: excusarse era otro crimen.

Así se pasó el día. No encontrando un obstáculo que se le pusiese delante –el marido estaba convidado-, se saturaba de bilis; creeríase que las células de su organismo se cargaban de electricidad y amenazaban estallar en una infame tormenta. Todo a su alrededor se plegaba, como las espigas al primer soplo del huracán; no encontraba resistencia, no hallaba ninguna punta o eminencia para descargar su mal humor: soldados y criados se arrastraban a su lado.

Para no oír el regocijo exterior, mandó cerrar las ventanas; encargó al centinela no dejara pasar a nadie. Atóse un pañuelo a la cabeza como para evitar que estallara, y a pesar de que el sol brillaba aún, mandó encender luces.

Sisa, como vimos, fue detenida por perturbadora del orden y conducida al cuartel. El alférez no estaba entonces, y la infeliz tuvo que pasar la noche, sentada en un banco, con la mirada indiferente. Al siguiente día viola el alférez, y temiendo por ella en aquellos días de algarabía y no queriendo dar un espectáculo desagradable, encargó a los soldados la tuviesen custodiada, la tratasen con piedad y le diesen de comer. Así pasó la demente dos días.

Esta noche, sea que la vecindad de la casa de Capitán Tiago haya llevado hasta ella el triste canto de María Clara, sea que otros acordes despertasen sus antiguos cantos, sea la causa que fuese. Sisa empezó también a cantar con su voz dulce y melancólica los *kundaman*[3] de su juventud. Los soldados la oían y se callaban; ¡ay!,

[2] Es un ser humano que dicen tiene la facultad de dañar a una persona o hacerle enfermar por medio de unos alfileres en varias partes de una muñeca que posee. Se llama también "mangagaway".
[3] Canto de aires característicamente nativos.

aquellos aires despertaban antiguos recuerdos, los recuerdos del tiempo en que aún no se habían corrompido.

Dª. Consolación la oyó también en su aburrimiento, y enterada de la persona que cantaba:

- ¡Que suba al instante! –mandó después de algunos segundos de meditación. Una cosa, como sonrisa, vagaba por sus labios.

Trajeron a Sisa, quién se presentó sin turbarse, sin manifestar extrañeza ni temor: parecía no ver a ninguna señora. Esto hirió la vanidad de la Musa que pretendía infundir respeto y espanto.

La alfereza tosió, hizo señas a los soldados para que se fuesen y, descolgando el látigo de su marido, dijo con acento siniestro a la loca:

- ¡*Vamos magcantar icau*[4]!.

Sisa naturalmente no la comprendió y esta ignorancia aplacó sus iras.

Una de las bellas cualidades de esta señora era el procurar ignorar el tagalo, o al menos aparentar no saberlo, hablándolo lo peor posible: así se daría aires de una verdadera *orofea*[5], como ella solía decir. Y ¡hacía bien!, porque si martirizaba el tagalo, el castellano no salía mejor librado ni en cuanto se refería a la gramática, ni a la pronunciación. Y ¡sin embargo su marido, las sillas y los zapatos, cada cual había puesto de su parte cuanto podía para enseñarla!. Una de las palabras que le costaron más trabajo aún que a Champollion los jeroglíficos, era la palabra *Filipinas*[6].

Cuéntase que al día siguiente de su boda, hablando con su marido, que entonces, era cabo, había dicho *Pilipinas*; el cabo creyó deber suyo corregirla y le dijo dándole un coscorrón: "¡Dí, Filipinas, mujer!, no seas bruta. ¿No sabes que se llama así a tu pa – país por venir de Felipe?". La mujer que soñaba en su luna de miel, quiso obedecer y dijo: "*Felepinas*". Al cabo le pareció que ya se acercaba, aumentó los coscorrones y la increpó: "Pero mujer, ¿no puedes pronunciar: Felipe?. No lo olvides, sabe que el Rey Don Felipe... quinto... ¡Dí Felipe, y añádele *nas* que en latín significa islas de indios, y tienen el nombre de tu rep – país!".

La Consolación, lavandera entonces, palpándose el chichón o los chichones, repitió empezando a perder paciencia:

- Fe... lipe, Felipe... nas, Felipenas, ¿así *ba*?.

El cabo se quedó viendo visiones. ¿Por qué resultó *Felipenas* en vez de *Felipinas*?. Una de dos: o se dice *Felipenas* o hay que decir *Felipi...*?.

Aquel día tuvo por prudente callarse; dejó a su mujer y fue a consultar cuidadosamente los impresos. Aquí su admiración llegó al colmo, restregándose los ojos: ¡A ver... despacio!. *Filipinas* decían todos los impresos bien deletreados: ni él ni su mujer tenían razón.

- ¿Cómo? –murmuraba- ¿puede mentir la Historia?. ¿No dice este libro que Alonso Saavedra había dado este nombre al país en obsequio al infante D. Felipe?. ¿Cómo se corrompió este hombre?. ¿Si será un indio el tal Alonso Saavedra...?.

Consultó sus dudas al sargento Gómez, que en su mocedad había deseado ser cura. Este, sin dignarse mirarle y arrojando una bocanada de humo, le contestó con la mayor prosopopeya:

- En los tiempos antiguos decíase Filipi en vez de Felipe; nosotros los modernos, como nos volvemos franchutes, no podemos tolerar dos *is* seguidas. Por esto la gente

[4] Canta tú, en mal tagalo.

[5] Europea, mal pronunciado; a veces, también, manera despreciativa de llamar a una que se hace pasar por europea.

[6] En 1527-29, Álvaro de Saavedra, en busca del barco *Trinidad* de la expedición de Magallanes y de la suerte de la expedición de Loaysa, llegó a estas islas que en honor del príncipe de Austrias, Felipe, las llamó Filipinas (Derby). No fue Legaspi el primero que dio el nombre de Filipinas al Archipiélago; en la armada de Villalobos (1543); según Juan Gatean, se llamó a Tendaya, Filipinas (*Tendaya chiamata filipina*, Ramusio). Morga-Rizal, p.9.

culta, en Madrid sobre todo, ¿no has estado en Madrid?, la gente culta, digo, ya empieza a decir: *menistro, enritación; embitación, endino, etc.*, que es lo que se llama montarse a la moderna.

El pobre cabo no había estado de Madrid; he aquí por qué ignoraba de busilis. ¡Qué cosas se aprenden en Madrid!.

- ¿De modo que hoy se debe decir...?.

- ¡A la antigua, hombre!, este país aún no es culto, ¡a la antigua: Filipinas! – contestó Gómez con desprecio.

El cabo, si era mal filólogo, era en cambio buen marido: lo que acaba de aprender, su mujer debía saberlo también y continuó la educación.

- Consola, ¿cómo llamas a tu pa.. país?.

- ¿Cómo lo he de llamar?, como me lo enseñaste: ¡Felipenas!.

- ¡Te tiro la silla, p...!, ayer ya lo pronunciabas algo mejor, a la moderna, pero ahora hay que pronunciarlo a la antigua!. ¡Feli, digo, Filipinas!.

- ¡Mira que yo no soy ninguna antigua!, ¿qué te has creído?.

- ¡No importa!, ¡di Filipinas!.

- ¡No me da la gana!. Yo no soy ningún trasto viejo... ¡apenas treinta añitos! – contestó remangándose como disponiéndose al combate.

- ¡Dilo, rep..., o te tiro la silla!.

Consolación vio el movimiento, reflexionó y balbuceó respirando fuertemente:

- Feli... Feli... File...

¡Pum!, ¡errace!, la silla concluyó con la palabra.

Y la lección terminó a puñetazos, arañazos, bofetones. El cabo la cogió del cabello, ella a él de la perilla y de otra parte del cuerpo; morder no podía pues los dientes se le movían todos, el cabo dio un grito, soltola, pidiéndole perdón, brotó la sangre, hubo un ojo más rojo que el otro, una camisa hecha jirones, salieron muchos órnanos de sus escondites, pero Filipinas no salió.

Aventuras parecidas sucedían cada vez que se trataba del lenguaje. El cabo, que veía los progresos lingüísticos de ella, calculaba con dolor que en diez años su hembra perdería por completo el uso de la palabra. En efecto, así sucedió. Cuando se casaron, ella entendía aún el tagalo y se hacía entender en español; ahora, en la época de nuestra narración, ya no hablaba ningún idioma: se había aficionado tanto al lenguaje de los gestos, y de éstos escogía los más ruidosos y contundentes, que daba quince y falta al inventor del *Volapük*[7].

Sisa, pues, tuvo la fortuna de no comprenderla. Desarrugáronse un poco sus cejas, una sonrisa de satisfacción animó su cara: indudablemente ella ya no sabía el tagalo, era ya *orofea*.

- ¡Asistente, di a ésta en tagalo que cante!. No me comprende, ¡no sabe el español!.

La loca comprendió al asistente y cantó la canción de la Noche.

Dª. Consolación oía al principio con risa burlona, pero la risa desapareció poco a poco de sus labios, se puso atenta, después seria y algo pensativa. La voz, el sentido de los versos y el canto mismo la impresionaban: aquel corazón árido y seco estaba tal vez sediento de lluvia. Ella lo comprendía bien: "La tristeza, el frío y la humedad que descienden del cielo envueltos en el marco de la noche", según el *kundiman*, le parecían que descendían también sobre su corazón: "la flor mustia y marchita que durante el día había ostentado sus galas, deseosa de aplauso y llena de vanidad, al caer la tarde, arrepentida y desengañada, hace un esfuerzo para levantar sus ajados

[7] Lengua comercial universal inventada por el profesor suizo J.M. Schleyer en 1885. Pronto cayó en desuso, siendo reemplazada por el *esperanto*.

pétalos al cielo, pidiendo un poco de sombra para ocultarse y morir sin la burla de la luz que la vio en su pompa, sin ver la vanidad de su orgullo, un poco de rocío también que llore sobre ella. El ave nocturna deja su solitario retiro, el hueco del añoso tronco, turba la melancolía de las selvas...".

- ¡No, no cantes! –exclamó la alfereza en perfecto tagalo levantándose agitada-, ¡no cantes!. ¡me hacen daño esos versos!.

La loca se calló: el asistente soltó un: ¡Abá!, ¡sabe *palá*[8] tagalo!, y quedóse mirando a la señora lleno de admiración.

Esta comprendió que se había delatado; avergonzóse, y, como su naturaleza no era la de una mujer, la vergüenza tomó el aspecto de rabia y odio. Señaló la puerta al imprudente y de un puntapié la cerró detrás de él. Dio unas cuantas vueltas por el aposento, retorciendo entre sus nervudas manos el látigo, y, parándose de repente delante de la loca, le dijo en español:

- ¡Baila!.

Sisa no se movió.

- ¡Baila, baila! –repitió con voz siniestra.

La loca la miraba con los ojos vagos, sin expresión: la alfereza le levantó un brazo, después otro sacudiéndoselos: inútil, Sisa no comprendía.

Púsose a saltar, a agitarse, estimulando a la otra para que la imitara. Oíase de lejos la música de la procesión tocar una marcha grave y majestuosa, pero la Señora saltaba furiosamente siguiendo otro compás, otra música, la que resonaba en su interior. Sisa la miraba inmóvil: algo como curiosidad se pintó en sus ojos y una débil sonrisa movió sus pálidos labios: le hacía gracia el baile de la Señora.

Paróse ésta como avergonzada, levantó el látigo, aquel terrible látigo conocido de los ladrones y soldados, hecho en Ulangô[9] y perfeccionado por el alférez con alambres retorcidos, y dijo:

- ¡Ahora te toca a ti bailar... baila!.

Y empezó a azotar débilmente los pies descalzos de la loca, cuya cara se contrajo de dolor, obligándola a defenderse con las manos.

- ¡Ajá! ¡ya empiezas! –exclamó con salvaje alegría y del *lento* pasó a un *allegro vivace*.

La infeliz lanzó un quejido de dolor y levantó vivamente el pie.

- ¿Has de bailar, p... india? –decía la señora y el látigo vibraba y silbaba.

Sisa dejose caer al suelo llevándose ambas manos a las piernas y mirando a su verdugo con ojos desencajados. Dos fuertes latigazos a la espalda le hicieron levantarse: ya no fue un quejido, fueron dos aullidos lo que la desgraciada exhaló. Rasgóse la fina camisa, la piel se abrió y brotó la sangre.

La vista de la sangre entusiasma al tigre; la sangre de su víctima exaltó a Dª. Consolación.

- ¡Baila, baila, condenada maldita!. ¡Mal haya la madre que te parió! –gritaba- ¡baila o te mato a latigazos!.

Y ella misma, cogiéndola con una mano y azotándola con la otra, empezó a saltar y a bailar.

La loca la comprendió al fin y siguió moviendo descompasadamente los brazos. Una sonrisa de satisfacción contrajo los labios de la maestra, sonrisa de una Mefistófeles hembra que consigue sacar un gran discípulo; había odio, desprecio, burla y crueldad; más no habría dicho una carcajada.

[8] "Interjección que siempre se pospone a la oración principal, y equivale a la castellana ¡ah! ¡con que! ¡ay! Vgr. *¡kaw palá*! ¡ah, eres tú! ¡con qué eres tú!". Serrano, *Dicc.* P. 979.

[9] Barrio de Tanawan conocido por la fabricación de los célebres látigos *ulangô*.

Y, absorta en el goce de su espectáculo, no oyó llegar a su marido hasta que se abrió estrepitosamente la puerta de un puntapié.

Apareció el alférez pálido y sombrío; vio lo que allí pasaba y lanzó una terrible mirada a su mujer. Esta no se movió de su sitio y quedóse sonriendo cínicamente.

El alférez puso lo más dulcemente que pudo la mano sobre el hombro de la extraña bailarina y le hizo parar. La loca respiró y sentóse poco a poco en el suelo, manchado de su sangre.

El silencio continuó: el alférez respiraba con fuerza; la hembra que le observaba con ojos interrogantes, recogió el látigo y le preguntó con voz tranquila y lenta:

- ¿Qué te pasa?. ¡No me has dado siquiera las buenas noches!.

El alférez, sin contestar, llamó al asistente.

- ¡Llévate a esta mujer! –dijo-, que la Marta le dé otra camisa y la cure!. Tú le darás bien de comer, una buena cama... cuidado con que se la trate mal!. ¡Mañana se la conducirá a casa del Sr. Ibarra!.

Después cerró cuidadosamente la puerta, puso el cerrojo y se acercó a su señora.

- ¡Tú estás buscando que yo te reviente! –le dijo cerrando los puños.

- ¿Qué te pasa? –preguntó ella levantándose y retrocediendo.

- ¿Qué me pasa? –gritó con voz de trueno soltando una blasfemia, y enseñándole un papel lleno de garabatos, continuó:

- ¿No has escrito tú esta carta al Alcalde diciendo que se me paga para permitir el juego, so p...?. ¡Yo no sé cómo no te machaco!.

- ¡A ver!, ¡a ver si te atreves! –díjole ella riendo burlonamente-; ¡el que me ha de machacar ha de ser mucho más hombre que tú!.

El oyó el insulto pero vio el látigo. Cogió un plato de los que estaban sobre una mesa y se lo arrojó a la cabeza; la mujer, acostumbrada a esta luchas, se baja rápidamente y el plato se estrella contra la pared; igual suerte les cupo a una taza y a un cuchillo.

- ¡Cobarde! –le grita ella-, no te atreves a acercarte.

Y le escupe para exasperarle más. El hombre se ciega y bramando se arroja sobre ella, pero ésta, con una rapidez asombrosa, le cruza la cara a latigazos y échase a correr atropelladamente, encerrándose en su cuarto cuya puerta cierra violentamente. Rugiendo de ira y de dolor, persíguela el alférez y sólo consigue darse contra la puerta que le hace vomitar blasfemias.

- ¡Maldita sea tu descendencia, marrana!. ¡Abre, p..., p..., abre, si no te rompo la crisma! –aullaba golpeando la puerta con sus puños y pies.

Dª. Consolación no contestaba. Oíase un crujir de sillas y baúles como quien quiere levantar una barricada con muebles caseros. La casa cimbraba a los puntapiés y juramentos del marido.

- ¡No entres, no entres! – decía la voz agria de la mujer-, si te asomas te pego un tiro.

El pareció calmarse poco a poco y se contentó con pasearse de un extremo a otro de la sala como una fiera en su jaula.

- ¡Vete a la calle, a refrescarte la cabeza! –continuaba burlándose la mujer, que parecía haber concluido ya sus preparativos de defensa.

- ¡Te juro que como te coja, no te ve ni Dios, so cochina, p...!.

- ¡Sí!, ya puedes decir lo que quieras... ¡no querías que fuese a misa!. ¿No me dejabas cumplir con Dios! –decía con sarcasmo, como ella sola lo sabía hacer.

El alférez cogió su capacete, arreglóse un poco y se marchó a grandes pasos, pero al cabo de algunos minutos volvió sin hacer el menor ruido: se había quitado las botas. Los criados, acostumbrados a estos espectáculos, solían aburrirse, pero la novedad de las botas llamó la atención y unos a otros se guiñaron.

Sentóse el alférez en una silla al lado de la sublime puerta, y tuvo la paciencia de esperar más de media hora.

- ¿Has salido de veras o estás allí, cabrón? –preguntaba la voz de tiempo en tiempo, cambiando de epítetos pero subiendo el tono.

Por fin ella comenzó a retirar poco a poco los muebles: él oía el ruido y se sonreía.

- ¡Asistente!, ¿ha salido el señor? –gritó Dª. Consolación.

El asistente a una señal del alférez contestó:

- Sí, señora, ha salido.

Oyóse reír alegremente y descorrió el cerrojo.

Despacio se levantó el marido: entreabrióse la puerta...

Un grito, el ruido de un cuerpo que cae, juramentos, aullidos, maldiciones, golpes, voces roncas... ¿Quién describe lo que pasó en la oscuridad de la alcoba?.

El asistente, saliendo de la cocina, hizo una seña muy significativa al cocinero.

- ¡Y lo vas a pagar tú! –díjole éste.

- ¿Yo?, ¡en todo caso el pueblo!. Ella me preguntó si ha salido, no si ha vuelto.

Capítulo 40

EL DERECHO Y LA FUERZA

SERÍAN LAS DIEZ DE LA NOCHE. Los últimos cohetes suben perezosamente por el cielo oscuro, donde brilla, cual nuevos astros, algunos globos de papel elevados hacía poco merced al humo y al aire calentado. Algunos, adornados de fuegos artificiales, se incendiaron amenazando las casas todas; por eso siguen viéndose aún hombres sobre los caballetes de los tejados, armados de una larga caña con un trapo en la punta y provisto de un cubo de agua. Sus negras siluetas se destacan en la vaga claridad del aire, y parecen fantasmas descendidos de los espacios para presenciar los regocijos de los hombres. Habiéndose quemado también multitud de ruedas, *castillos*, toros o carabaos de fuego[1] y un gran volcán que ha superado la hermosura y grandiosidad a cuanto hasta entonces habían visto los habitantes de S. Diego.

Ahora se dirige la gente en masa hacia la plaza del pueblo para asistir por última vez al teatro. Acá, y allá se ven luces de Bengala, alumbrando fantásticamente los alegres grupos; los chicos se valen de antorchas para buscar entre la yerba bombas falladas y otros restos que pudieran utilizarse, pero la música da la señal y todos abandonan la pradera.

El gran tablado está espléndidamente iluminado: miles de luces rodean los puntales, penden del techo y siembran el suelo en apiñados grupos. De ellas cuídase un alguacil y cuando se adelanta para arreglarlas, el público le silba y grita: -¡Ya está, ahí está!.

Delante del escenario templa la orquesta los instrumentos, preludia aires; detrás de éstas se encuentra el sitio de que hablaba el corresponsal en su carta. La principalía del pueblo, los españoles y los ricos forasteros iban ocupando las alineadas sillas. El pueblo, la gente sin títulos ni tratamientos, ocupaba el resto de la plaza; algunos cargaban el banco acuestas, más que para sentarse para remediar la falta de

[1] Figuras de toro o carabao hechas de armazones de caña y papel secas que se encienden en la plaza, en días de fiesta.

estatura: esto provoca ruidosas protestas por parte de los *desbancados*, aquellos descendían inmediatamente pero pronto volvían a subir como si nada hubiera pasado.

Idas y venidas, gritos, exclamaciones, carcajadas, un buscapié rezagado, un *reventador* aumentaban el bullicio. Acá se le rompe el pie a un banco y caen al suelo, a las risotadas de la multitud, personas que habían venido de lejos para ver, y ahora resultaban vistas; allá riñen y disputan por el sitio; un poco más distante se oye un estrépito de copas y botellas que se rompen: es Andeng que lleva refrescos y bebidas; con ambas manos sostiene cuidadosa la ancha bandeja, pero se encuentra con el novio que quiere aprovecharse de la situación.

El teniente mayor, D. Filipo, preside el espectáculo pues el gobernadorcillo es aficionado al *monte*[2]. D. Filipo habla con el viejo Tasio:

- ¿Qué he de hacer? –decía-; el Alcalde no ha querido admitir mi dimisión; "¿No se siente Ud. con fuerzas para cumplir con sus deberes?", me preguntó.

- Y ¿qué le ha contestado Ud.?.

- ¡Señor Alcalde!, le contesté; fuerzas de un teniente mayor, por insignificantes que pudiesen ser, son como las de toda autoridad: ellas vienen de esferas superiores. El Rey mismo recibe las suyas del pueblo, y el pueblo de Dios. ¡Carezco de esto precisamente, señor Alcalde!. Pero el Alcalde no me quiso escuchar y me dijo que ya hablaríamos de esto después de la fiesta.

- ¿Entonces que Dios le ayude a Ud.? –dijo el viejo y trató de irse.

- ¿No quiere Ud,. ver la función?.

- ¡Gracias!, para soñar y disparatar me basto yo solo –contestó con risa sarcástica el filósofo-; pero ahora me acuerdo, ¿no ha llamado nunca su atención el carácter de nuestro pueblo?. Pacífico, gusta de espectáculos belicosos, de luchas sangrientas; demócrata, adora emperadores, reyes y príncipes; irreligioso, se arruina por las pompas del culto; nuestras mujeres tienen un carácter dulce y deliran cuando una princesa blande la lanza... ¿Sabe Ud. a qué se debe esto?. Pues...

La llegada de María Clara y sus amigas cortó la conversación. D. Filipo las recibió y las acompañó a sus asientos. Detrás venía el cura con otro franciscano y algunos españoles. Con el cura venían también otros vecinos que tienen por oficio escolar a los frailes.

- ¡Dios los premie también en la otra vida! –dijo el viejo Tasio alejándose.

La función empezó con Chananay y Marianito en *Crispino é la Comare*. Todos tenían ojos y oídos en el escenario menos uno: el P. Salví. Parecía no haber ido allí más que para vigilar a María Clara, cuya tristeza daba a su hermosura un aire tan ideal e interesante que se comprende que se la contemple con arrobamiento. Pero los del franciscano, profundamente ocultos en sus socavadas órbitas, no decían arrobamiento: en aquella sombría mirada se leía algo desesperadamente triste: ¡con tales ojos contemplaría Caín desde el Paraíso cuyas delicias le pintara su madre!.

Se concluía el acto cuando entró Ibarra; su presencia ocasionó un murmullo: la atención de todos se fijó en él y en el cura.

Pero el joven no pareció apercibirse de ello, pues saludó con naturalidad a María Clara y a sus amigas, sentándose a su lado. La única que habó fue Sinang.

- ¿Has estado a ver el Volcán? –preguntó.

- No amiguita, he tenido que acompañar al Capitán General.

- ¡Pues es lástima!. El cura venía con nosotras, y nos contaba historias de condenados. ¿te parece?, meternos miedo para que no nos divirtamos, ¿te parece?.

El cura se levantó y acercóse a D. Filipo, con quien pareció entablar una viva discusión. El cura hablaba con viveza, D. Filipo con mesura y en voz baja.

[2] Juego de naipes en que se apuesta sobre dos cartas, cruzándose grandes sumas.

- ¡Siento no poder complacer a V.R. –decía éste-; el Sr. Ibarra es uno de los mayores contribuyentes y tiene derecho a estarse aquí mientras no perturbe el orden.

- Pero ¿no es perturbar el orden escandalizar a los buenos cristianos?. ¡Es dejar un lobo entrar en el rebaño!. ¡Responderás de esto ante Dios y ante las autoridades!.

- Siempre respondo de los actos que emanan de mi propia voluntad, Padre -contestó D. Filipo inclinándose ligeramente-, pero mi pequeña autoridad no me faculta para mezclarme en asuntos religiosos. Los que quieran evitar su contacto que no hablen con él: el Sr. Ibarra no fuerza tampoco a nadie.

- Pero es dar ocasión al peligro, ¡y quien ama el peligro en él perece!.

- No veo peligro alguno, Padre: el Sr. Alcalde y el Capitán General, mis superiores, han estado hablando con él toda la tarde y no les he de dar una lección.

- Si no le echas de aquí, salimos nosotros.

- Lo sentiría muchísimo, pero no puedo echar de aquí a nadie.

El cura se arrepintió, pero ya no había remedio. Hizo una seña a su compañero, que se levantó con pesar y ambos salieron. Imitáronlos las personas adictas, no sin lanzar antes una mirada de odio a Ibarra.

Los murmullos y los cuchicheos subieron de punto: acercáronse y saludaron entonces varias personas al joven y decían:

- ¡Nosotros estamos con Ud.; no haga caso de ésos!.

- ¿Quiénes son *ésos*? –preguntó con extrañeza.

- ¡Esos que han salido para evitar su contacto!.

- ¿Por evitar mi contacto?, ¿mi contacto?.

- ¡Sí!, dicen que está Ud. excomulgado.

Ibarra, sorprendido, no supo qué decir y miró a su alrededor. Vio a María Clara que ocultaba el rostro detrás del abanico.

- Pero, ¿es posible? –exclamó al fin-, ¿todavía estamos en plena Edad Media?. De manera que...

Y acercándose a las jóvenes y cambiando de tono:

- Dispensadme –dijo-; me había olvidado de una cita; volveré para acompañaros.

- ¡Quédate! –le dijo Sinang-; Yeyeng va a bailar en *La Calandria*; baila divinamente.

- No puedo, amiguita, pero ya volveré.

Redoblaron los murmullos.

Mientras Yeyeng salía vestida de chula con el "*¿Da Usté su permiso*?, y Carvajal le contestaba "*Pase usté adelante*", etc., acercáronse dos soldados de la guardia civil a D. Filipo, pidiendo que se suspendiese la representación.

- Y ¿por qué? –pregunta éste sorprendido.

- Porque el alférez y la Señora se han pegado y no pueden dormir.

- Diga Ud. al alférez que tenemos permiso del Alcalde Mayor, y que contra este permiso *nadie* en el pueblo tiene facultades, ni el mismo gobernadorcillo, que es mi *ú-ni-co su-pe-rior*.

- ¡Pues hay que suspender la función! –repitieron los soldados.

D. Filipo les volvió las espaldas. Los guardias se marcharon.

Para no turbar la tranquilidad, D. Filipo no dijo a nadie una palabra acerca del incidente.

Después del trozo de zarzuela, que fue muy aplaudido, se presentó el Príncipe Villardo retando a combate a todos los moros, que tenían preso a su padre: el héroe les amenazaba con cortarles a todos la cabeza de un solo tajo y enviarlas a la luna. Afortunadamente para los moros, que se disponían al combate al són del himno de Riego, sobrevino un tumulto. Los de la orquesta se pararon de repente y asaltaron el teatro, arrojando sus instrumentos. El valiente Villardo, que no los esperaba,

tomándolos por aliados de los moros, arroja también la espada y escudo y emprende la carrera; los moros, al ver que tan terrible cristiano huía, no tuvieron inconveniente en imitarle: oyéndose gritos, ayes, imprecaciones, blasfemias, corre la gente, se atropella, se apagan luces, se lanzan al aire vasos de luz, etc.

- ¡Tulisanes!. ¡Tulisanes! –gritan unos.

- ¡Fuego!, ¡fuego!, ¡ladrones! –gritan otros; mujeres y niños lloran ruedan por el suelo bancos y espectadores en medio de la confusión, algarabía y tumulto.

¿Qué había pasado?.

Dos guardias civiles había perseguido vara en mano a los músicos para suspender el espectáculo; el teniente mayor con los cuadrilleros, armados de sus viejos sables, los logran detener a pesar de su resistencia.

- ¡Conducidlos al tribunal! –gritaba D. Filipo- ¡cuidado con soltarlos!

Ibarra había vuelto y buscaba a María Clara. Las atemorizadas jóvenes se agarraron a él temblorosas y pálidas; tía Isabel rezaba las letanías en latín.

Repuesta algún tanto la gente del susto y habiéndose dado cuenta de lo que había pasado, la indignación estalló en todos los pechos. Llovieron piedras sobre el grupo de los cuadrilleros que conducían a los dos guardias civiles; hubo quien propuso incendiar el cuartel y asar a Dª. Consolación juntamente con el alférez.

- ¡Para eso sirven! –gritaba una mujer remangándose y extendiendo los brazos- ¡para perturbar el pueblo!. ¡No persiguen más que a los hombres honrados!. ¡Allí están los tulisanes y jugadores!. ¡Incendiemos el cuartel!.

Uno palpándose el brazo pedía confesión; voces plañideras salían debajo de los caídos bancos: era un pobre músico. El escenario estaba lleno de artistas y gente del pueblo que hablaban todos a la vez. Allí estaba Chananay, vestida de Leonor en *El Trovador*, hablando en lenguaje de tienda con Ratia, en traje de maestro de escuela; Yeyeng, envuelta en su pañolón de seda, con el Príncipe Villardo y los moros se esforzaban en consolar a los músicos, más o menos lastimados. Algunos españoles iban de un punto a otro hablando y arengando a todo el que encontraba.

Pero ya se había formado un grupo. D. Filipo supo su intento y corrió a contenerlos.

- ¡No alteréis el orden! –gritaba-; mañana pediremos satisfacción, se nos hará justicia; ¡yo os respondo de que se nos hará justicia!.

- ¡No! –contestaban algunos-; lo mismo hicieron en Calamba[3] ¡se prometió lo mismo pero el Alcalde no hizo nada!. ¡Queremos justicia por nuestra mano!. ¡Al cuartel!.

En vano los arengaba el teniente mayor, el grupo continuaba en su actitud. D. Filipo miró en torno suyo buscando auxilio y vio a Ibarra.

- ¡Señor Ibarra, por favor!. ¡Detenedlos mientras busco cuadrilleros!.

- ¿Qué puedo hacer yo? –preguntó el joven perplejo, pero el teniente mayor ya estaba lejos.

Ibarra a su vez miró alrededor, buscando sin saber a quién. Por fortuna creyó distinguir a Elías, que presenciaba impasible el movimiento. Ibarra corre a él, le coge del brazo y le dice en español:

- ¡Por Dios, haga Ud. algo, si puede: ¡yo no puedo nada!.

El piloto debió haberle comprendido, pues perdióse entre el grupo.

Oyéronse discusiones vivas, rápidas interjecciones; después, poco a poco, el grupo empezó a disolverse tomando cada cual una actitud menos hostil.

Tiempo era ya, pues los soldados salían armados, la bayoneta calada.

Entretanto, ¿qué hacía el cura?.

[3] En 1879.

Librodot

El P. Salví no se había acostado. De pie, apoyada la frente contra las persianas miraba hacia la plaza, inmóvil, dejando escapar de tiempo en tiempo un comprimido suspiro. Si la luz de su lámpara no hubiese sido tan oscura, acaso se habría podido ver que se llenaban de lágrimas sus ojos. Así pasó casi una hora.

De este estado le sacó el tumulto de la plaza. Siguió con ojos sorprendidos el confuso ir y venir de la gente cuyas voces y gritería llegaban vagamente hasta él. Uno de los criados que vino sin aliento, le enteró de lo que pasaba.

Un pensamiento atravesó su imaginación. En medio de la confusión y del tumulto es cuando los libertinos se aprovechan del espanto y de la debilidad de la mujer; todos huyen y se salvan, nadie piensa en nadie, el grito no se oye, las mujeres se desmayan, se atropellan, caen, el terror y el miedo desoyen al pudor, y en medio de la noche... y ¡cuando se aman!. Se le figuró ver a Crisóstomo llevar en sus brazos a María Clara desmayada y desaparecer en la oscuridad.

Bajó saltando las escaleras sin sombrero, sin bastón, y como un loco se dirigió a la plaza.

Allí encontró a los españoles que reprendían a los soldados, miró hacia los asientos que ocupaban María Clara y sus amigas y los vio vacíos.

- ¡Padre Cura!. ¡Padre Cura! –le gritaban los españoles, pero él no hizo caso y corrió en dirección a la casa de Capitán Tiago. Allí respiró: vio en el transparente caído una silueta, la adorable silueta, llena de gracia y suave de contornos de María Clara, y la de la tía que llevaba tazas y copas.

- ¡Vamos! –murmuró- ¡parece que sólo se ha puesto enferma!.

Tía Isabel cerró después las conchas de las ventanas, y la graciosa sombra no se dejó ya más ver.

El cura se alejó de aquel sitio sin ver a la multitud. Tenía delante de sus ojos un hermoso busto de doncella, durmiendo y respirando dulcemente; los párpados estaban sombreados por largas pestañas, que formaban graciosas curvas como las de las Vírgenes de Rafael; la pequeña boca sonreía; todo aquel semblante respiraba virginidad, pureza, inocencia; aquel rostro era una dulce visión en medio de la ropa blanca de su cama, cual una cabeza de querubín entre nubes.

La imaginación siguió viendo otras cosas más... más, ¿quién escribe todo lo que un ardiente cerebro puede imaginar?.

Quizás el corresponsal del periódico, que terminaba su descripción de la fiesta y de todos los acontecimientos de esta manera:

"¡Gracias mil veces, gracias infinitas a la oportuna y activa intervención de M.R.P. Fr. Bernardo Salví, quien, desafiando todo peligro, entre aquel pueblo enfurecido, en medio de la turba desenfrenada, sin sombrero, sin bastón, apaciguó las iras de la multitud, usando sólo de su persuasiva palabra, de la majestad y autoridad que nunca le faltan al sacerdote de una Religión de Paz. El virtuoso religioso, con una abnegación sin ejemplo, ha dejado las delicias del sueño, de que toda buena conciencia, como la suya, goza, para evitar que le sucediese a su rebaño una pequeña desgracia. ¡Los vecinos de S. Diego no olvidarán sin duda este sublime acto de su heroico Pastor y sabrán serle por toda la eternidad agradecidos!".

Capítulo 41

DOS VISITAS

EN EL ESTADO DE ÁNIMO en que se encontraba Ibarra, le era imposible conciliar el sueño; así que, para distraer su espíritu y alejar las tristes ideas que se exageran durante la noche, púsose a trabajar en su solitario gabinete. El día le alcanzó haciendo mezclas y combinaciones, a cuya acción sometía trocitos de caña y otras sustancias que encerraba después en frascos numerados y lacrados.

Un criado entró anunciándole la llegada de un campesino.

- ¡Qué pase! –dijo sin volverse siquiera.

Entró Elías, que permaneció de pie en silencio.

- ¡Ah! ¿sois vos? –exclamó Ibarra en tagalo al reconocerle-; dispensad que os haya echo esperar, no me había apercibido: estaba haciendo un experimento importante...

- ¡No quiero distraeros! –contestó el joven piloto-; he venido primero para preguntaros si querías algo para la provincia de Batangas hacia donde parto ahora, y después para daros una mala noticia...

Ibarra interrogó al piloto con la mirada.

- La hija de Capitán Tiago está enferma –añadió Elías tranquilamente-, pero no de gravedad.

- ¡Yo ya me lo temía! –exclamó Ibarra con voz débil-; ¿sabéis qué enfermedad es?.

- ¡Una fiebre!. Ahora, si no tenéis nada que mandar...

- Gracias, amigo mío; os deseo buen viaje... pero, antes, permitid que os haga una pregunta; si es indiscreta no respondáis.

Elías se inclinó.

- ¿Cómo habéis podido conjurar el motín de anoche? –preguntó Ibarra fijando en él sus ojos.

- ¡Muy sencillamente! –contestó Elías con la mayor naturalidad-; los que dirigían el movimiento eran dos hermanos cuyo padre había muerto, apaleado por la Guardia Civil; un día tuve fortuna de salvarlos de las mismas manos en que había caído su padre y ambos me están por esto agradecidos. A ellos me dirigí anoche y ellos se encargaron de disuadir a los demás.

- Y ¿esos dos hermanos cuyo padre murió apaleado...?.

- Acabarán como el padre –contestó Elías en voz baja-; cuando la desgracia ha marcado una vez una familia, todos los miembros tienen que perecer; cuando el rayo hiere un árbol, todo lo reduce a cenizas.

Y Elías, viendo que Ibarra callaba, se despidió.

Éste, al verse sólo, perdió el continente sereno que había conservado en presencia del piloto y el dolor se manifestó en su semblante.

- ¡Yo, yo la he martirizado! –murmuró.

Vistióse rápidamente y descendió las escaleras.

Un hombrecito, vestido de luto, con una gran cicatriz en la mejilla izquierda, le saludó humildemente, parándole en su camino.

- ¿Qué queréis? –le preguntó Ibarra.

- Señor, yo me llamo Lucas, soy el hermano del que murió ayer.

- ¡Ah!. Os doy el pésame.. y ¿bien?.

- Señor, quiero saber cuándo vais a pagar a la familia de mi hermano.

- ¿Pagar? –repitió el joven sin poder reprimir su disgusto-; ya hablaremos de esto. Volved esta tarde que hoy tengo prisa.

- ¡Decid solamente cuánto queréis pagar! –insistió Lucas.

Librodot

- ¡Os he dicho que hablaremos otro día, hoy no tengo tiempo! –dijo Ibarra impaciente.

- ¿No tenéis tiempo ahora, señor? –preguntó con amargura Lucas, poniéndose delante-; ¿no tenéis tiempo para ocuparos de los muertos?.

- ¡Venid esta tarde, buen hombre! –repitió Ibarra conteniéndose-; hoy tengo que ver una persona enferma.

- ¡Ah!, y ¿por una enferma olvidáis a los muertos?. ¿Creéis que porque somos pobres...?.

Ibarra le miró y le cortó la palabra.

- ¡No pongáis a prueba mi paciencia! –dijo y siguió su camino, Lucas se le quedó mirando con una sonrisa llena de odio.

- ¡Se conoce que eres el nieto del que puso a mi padre al sol! –murmuró entre dientes-. ¡Aún tienes la misma sangre!.

Y cambiando de tono añadió:

- Pero, si pagas bien... ¡amigos!.

Capítulo 42

LOS ESPOSOS DE ESPADAÑA

YA HA PASADO LA FIESTA; los vecinos del pueblo hallan otra vez, como todos los años, que la caja está más pobre, que han trabajado, sudado y desvelado mucho sin divertirse, sin adquirir nuevos amigos, en una palabra, han comprado caro el bullicio y los dolores de cabeza. Pero no importa; el año que viene se hará lo mismo, lo mismo la venidera centuria, pues ésta ha sido hasta ahora la costumbre.

En casa de Capitán Tiago reina bastante tristeza: todas las ventanas están cerradas, la gente apenas hace ruido al andar y sólo en la cocina se atreve a hablar en voz alta. María Clara, el alma de la casa, yace enferma en el lecho; su estado se lee en todos los semblantes, como se leen las dolencias del espíritu en las facciones de un individuo.

- ¿Qué te parece, Isabel: hago la limosna a la cruz de Tunasan o la cruz de Matahong? –pregunta en voz baja el atribulado padre-. La cruz de Tunasan crece, pero la de Matahong suda; ¿cuál crees tú que sea más milagrosa?.

Tía Isabel piensa, mueve la cabeza y murmura:

- Crecer... crecer es mayor milagro que sudar: todos sudamos pero no crecemos todos.

- Es verdad, sí. Isabel, pero advierte que sudar..., sudar la madera que hacían para pie de banco no es milagro... Vamos, lo mejor será dar limosna a ambas cruces, así ninguna se resiente y María Clara sanará más pronto... ¿Están bien los cuartos?. Ya sabes que viene con los doctores un nuevo señor medio pariente del P. Dámaso; es menester que nada falte.

En el otro extremo del comedor están las dos primas. Sinang y Victoria, que vienen a acompañar a la enferma. Andenag les ayuda a limpiar un servicio la plata para tomar el té.

- ¿Conocéis al doctor Espadaña? –pregunta con interés a Victoria la hermana de leche de María Clara.

- ¡No! –contesta la interpelada-; lo único que sé de él es que cobra muy caro: según Capitán Tiago.

- ¡Entonces debe ser muy bueno! –dice Andeng-; el que agujereó el vientre de Dª. María cobraba caro, por eso era sabio.

- ¡Tonta! –exclama Sinang-, no todo el que cobra caro es sabio. Mírale al doctor Guevara; después que no supo ayudar al parto, cortándole la cabeza al niño, le cobra cincuenta pesos al viudo... lo que sabe es cobrar.

- ¿Qué sabes tú? –le pregunta su prima dándole un codazo.

- ¿No lo he de saber?. El marido, que es un aserrador de maderas, después de perder su esposa, tuvo también que perder su casa, porque el Alcalde que es amigo del doctor le obligó a pagar... ¿no lo he de saber?. Mi padre le prestó el dinero para hacer el viaje a Santa Cruz.

Un coche parándose delante de la casa cortó todas las conversaciones.

Capitán Tiago, seguido de la tía Isabel, bajó corriendo las escaleras para recibir a los recién llegados. Estos eran el doctor D. Tiburcio de Espadaña, su señora, la doctora Dª. Victorina de los Reyes *de* de la Espadaña y un joven español de fisonomía simpática y agradable aspecto.

Ella vestía una bata de seda, bordada de flores y un sombrero con un gran papagayo, medio machacado entre cintas azules y rojas; el polvo del camino, mezclándose con los polvos de arroz en sus mejillas, parecían aumentar sus arrugas; como cuando la vimos en Manila, hoy lleva también del brazo a su marido cojo.

- ¡Tengo el gusto de presentarle a Ud. a nuestro primo, D. Alfonso Linares de Espadaña! –dijo Dª. Victorina señalando al joven-; el señor es ahijado de un pariente del P. Dámaso, secretario particular de todos los ministros...

El joven saludó con gracia; Capitán Tiago por poco le besa la mano.

Mientras suben las numerosas maletas y sacos de viaje, mientras Capitán Tiago los conduce a sus aposentos, digamos algo acerca de este matrimonio, cuyo conocimiento hemos hecho tan ligeramente en los primeros capítulos.

Dª. Victorina era una señora de sus cuarenta y cinco agostos, equivalentes a treinta y dos abriles según sus cálculos aritméticos. Había sido bonita en su juventud, tuvo buenas carnes –así solía decirlo ella-, pero extasiada en la contemplación de sí misma, había mirado con gran desdén a muchos adoradores filipinos que tuvo, pues sus aspiraciones eran de otra raza. Ella no ha querido otorgar a nadie su blanca y diminuta mano, pero no por desconfianza, pues no pocas veces había entregado alhajas y joyas de inestimable valor a varios aventureros extranjeros y nacionales.

Seis meses antes de la época de nuestra historia, vio realizado su más hermoso sueño, el sueño de toda su vida, por el cual despreciara los halagos de la juventud y hasta las promesas de amor de Capitán Tiago, arrulladas en otro tiempo en sus oídos o cantadas en algunas serenatas. Tarde, es verdad, se ha realizado el sueño; pero Dª. Victorina que, aunque hablaba mal el español, era más española que la Agustina de Zaragoza, sabía el refrán "*Más vale tarde que nunca*" y consolábase con decírselo a sí misma. "*No hay felicidad completa en la tierra*" era su otro íntimo refrán, porque ambos no salían jamás de sus labios delante de otras personas.

Dª. Victorina, que ha pasado su primera, segunda, tercera y cuarta juventud tendiendo redes para pescar en el mar del mundo el objeto de sus insomnios, tuvo al fin que contentarse con lo que la suerte le quiso deparar. La pobrecita, si en vez de

tener treinta y dos abriles, no hubiese tenido más que treinta y uno –la diferencia para su aritmética era muy grande-, habría devuelto al Destino la presa que le ofrecía, para esperar otra más en conformidad con sus gustos. Pero como el hombre propone y la necesidad dispone, ella, que tenía ya mucha necesidad de marido, vióse obligada a contentarse con un pobre hombre, que arrojó de sí Extremadura y que después de vagar el mundo seis o siete años, Ulises moderno, encontró al fin en la Isla de Luzón, hospitalidad, dinero y una Calipso trasnochada, su media naranja... ¡ay!, y la naranja era agria. Llamábase el infeliz Tiburcio Espadaña, y aunque tenía veinticinco años y parecía viejo, era sin embargo más joven que Dª. Victorina, que sólo tenía treinta y dos. El porqué de esto es fácil de comprender, pero peligroso de decir.

Había ido a Filipinas de oficial quinto de Aduanas, pero tuvo tan mala suerte que, además de marearse mucho y fracturarse una pierna durante la navegación, encontróse a los quince días de su llegada con la cesantía que oportunamente le trajo el *Salvadora*[1] cuando ya se encontraba sin un cuarto.

Escarmentado del mar, no quiso volver a España sin haber hecho fortuna y pensó dedicarse a algo. El orgullo español no le permitía ningún trabajo corporal: el pobre hombre hubiera trabajado con gusto para vivir honradamente, pero el prestigio de los españoles no se lo hubiera consentido y este prestigio no le salvaba de las necesidades.

Al principio vivía a costa de algunos paisanos, pero, como Tiburcio era honrado, sabíale amargo el pan y, en vez de engordar, enflaquecía. No teniendo ni ciencia ni dinero ni recomendaciones, aconsejáronle sus paisanos, para desprenderse de él, fuese a provincias y se hiciese pasar por doctor en Medicina. El hombre se resistía al principio, pues si bien había sido mozo en el Hospital de S. Carlos, no había aprendido nada de la ciencia de curar: su oficio era sacudir el polvo de los bancos, encender los braseros, y esto fue por corto tiempo. Pero como la necesidad apremiaba y sus amigos disipaban sus escrúpulos, dióles oídos al fin, fuese a provincias y empezó a visitar algunos enfermos, cobrando módicamente como su ciencia se lo decía. Mas, a semejanza del joven filósofo de que habla Samaniego, concluye cobrando caro y poniendo gran precio a sus visitas; de aquí, pronto le tuvieron por gran médico y hubiera hecho probablemente su fortuna, si el Protomedicocano[2] de Manila no hubiese tenido noticias de sus exorbitantes honorarios y de la competencia que hacía a los otros.

Intercedieron por él particulares y profesores. "¡Hombre!, le decían al celoso Dr. C., déjele Ud. hacer su capitalito, que en cuanto tenga seis o siete mil pesitos, se podrá volver a su tierra y vivir allí en paz. Total ¿qué le hace a Ud. eso?, ¿qué engaña a los incautos indios?. Pues que sean más listos. ¡Es un infeliz; no le quite Ud. el pan de su boca; sea Ud. buen español!".

El doctor era buen español y consiguió en hacer la vista gorda; pero, como la noticia llegó a oídos del pueblo, empezóse a desconfiar de él y en poco D. Tiburcio Espadaña perdió la clientela y se vio de nuevo obligado casi a mendigar el pan de cada día. Por entonces, supo de un amigo suyo, íntimo que fue de Dª. Victorina, el apuro en que se encontraba esta señora, su patriotismo y buen corazón. D. Tiburcio vio allí un pedazo de cielo y pidió ser presentado.

Dª. Victoria y D. Tiburcio se vieron. ¡*Tarde venientibus ossa*[3], habría exclamado él si hubiese sabido latín!. Ella no era ya pasable, era pesada; su abundante cabellera se había reducido a un moño, al decir de su criada, grande como la cabeza de un ajo;

[1] El nombre de un vapor de aquella época en donde Rizal se embarcó en 1882 al salir por primera vez de Filipinas.
[2] Tribunal formado por los protomédicos y examinadores.
[3] Frase latina que equivale a decir que el que llega tarde no consigue nada más que los desperdicios. Literalmente, huesos para los que llegan tarde.

arrugas surcaban su cara y empezaban a movérsele los dientes; los ojos habían sufrido también, y considerablemente; tenía que entornarlos con frecuencia para mirar a cierta distancia: su carácter era lo único que había quedado.

Al cabo de media hora de conversación, comprendiéronse y se aceptaron. Ella hubiera preferido un español menos cojo, menos tartamudo, menos calvo, menos mellado, que arrojase menos saliva al hablar y tuviese más *brío* y *categoría*, como ella solía decir; pero esta clase de españoles no se dirigieron jamás a ella para pedirle la mano. Había oído más de una vez decir que "a la ocasión la pintan calva" y creyó honradamente que D. Tiburcio era la misma ocasión, pues gracias a sus noches negras padecía de una prematura calvicie. ¿Qué mujer no es prudente a los treinta y dos años?.

D. Tiburcio, por su parte, sintió vaga melancolía al pensar en su luna de miel. Sonrióse con resignación y evocó en su auxilio el fantasma del hambre. Jamás había tenido ambición ni pretensiones; sus gustos eran sencillos, sus pensamientos limitados; pero su corazón, virgen hasta entonces, había soñado en muy diferente divinidad. Allá en su juventud, cuando, cansado de trabajar después de una frugal cena, iba a acostarse en una mala cama para digerir el gazpacho[4], se dormía en una imagen sonriente, acariciadora. Después, cuando los disgustos y las privaciones aumentaron, pasaron los años y la poética imagen no vino, pensó sencillamente en una buena mujer, hacendosa, trabajadora, que le pudiese aportar una pequeña dote, consolarle de las fatigas del trabajo y reñirle de cuando en cuando, ¡sí, él pensaba en las riñas como en una felicidad!. Pero, cuando, obligado a vagar de país en país en busca no ya de fortuna sino de algunas comodidades para vivir los días que le restaban; cuando ilusionado por las relaciones de sus paisanos que venían de Ultramar, embarcóse para Filipinas, el realismo cedió el puesto a una arrogante mestiza, a una hermosa india de grandes ojos negros, envuelta en sedas y tejidos transparentes, cargada de brillantes y oro, brindándole su amor, sus coches, etc. Llegó a Filipinas y creyó que realizaba su sueño, pues las jóvenes, que en plateados coches acudían a la Luneta y al Malecón, le habían mirado con cierta curiosidad. Mas, una vez cesante, la mestiza o la india desapareció, y con gran trabajo se forjó la imagen de una viuda, pero una viuda agradable. Así que cuando vio su sueño tomar cuerpo en parte, se puso triste, pero, como tenía cierta dosis de filosofía natural, se dijo: "¡Aquello era un sueño y en el mundo no se vive soñando!". Así resolvía él sus dudas: ella gasta polvos de arroz, ¡pshé!, cuando se casen, ya hará que se los quite; tiene muchas arrugas, pero su levita tiene más roturas y zurcidos; es una vieja pretenciosa, imponente y varonil, pero el hambre es más varonil, más imponente y más pretenciosa todavía, y luego para eso ha nacido él dulce de genio, y ¿quién sabe?, el amor modifica los caracteres; habla muy mal el castellano, él tampoco lo habla bien, según dijo el jefe del Negociado al notificarle su cesantía, y además, ¿qué importa?, ¿es una vieja fea y ridícula?, ¡él era cojo, desdentado y calvo!. D. Tiburcio prefería cuidar que no ser cuidado por enfermo de hambre. Cuando algún amigo se burlaba de él, respondía: "Dame pan y llámame tonto".

D. Tiburcio era lo que vulgarmente se dice: un hombre que no hacía mal a una mosca: modesto e incapaz de abrigar un mal pensamiento, se hubiera hecho misionero en los antiguos tiempos. Su estancia en el país no le había podido dar ese convencimiento de alta superioridad, de gran valor y de elevada importancia que a las pocas semanas adquieren la mayor parte de sus paisanos. Su corazón no ha podido nunca abrigar odio; todavía no ha podido encontrar un solo filibustero; únicamente

[4] Especie de sopa fría que se hace con pedacitos de pan y con aceite, vinagre, ajo y cebolla: figuradamente, comida de pobre.

veía infelices a quienes convenía desplumar, si no quería ser más infeliz que ellos. Cuando se trató de formarle causa por hacerse pasar como médico, no se resintió, no se quejó; reconocía la justicia y sólo contestaba: ¡Pero es menester vivir!.

Casáronse o cazaronse pues, y fueron a Sta. Ana para pasar la luna de miel; pero en la noche de bodas, Dª. Victorina tuvo una terrible indigestión y D. Tiburcio dio gracias a Dios, mostróse solícito y cuidadoso. A la segunda noche, sin embargo, se portó como hombre honrado, y al día siguiente, al mirarse en el espejo, sonrió con melancolía descubriendo sus desprovistas encías: había envejecido lo menos diez años.

Muy contenta Dª. Victorina de su marido, hizo que le arreglaran una buena dentadura postiza, le vistieran y le equiparan los mejores sastres de la ciudad; encargó arañas[5] y calesas, pidió a Batangas y Albay los mejores troncos y hasta le obligó a tener dos caballos para las próximas carreras.

Mientras trasformaba a su marido, no se olvidaba de su propia persona: dejó la saya de seda y la camisa de piña por el traje europeo; sustituyó el sencillo tocado de las filipinas por los falsos flequillos, y con sus trajes que le sentaban divinamente mal turbó la paz de todo el tranquilo y ocioso vecindario.

El marido, que no salía nunca a pie –ella no quería que se viese su cojera-, la llevaba a paseo por los sitios más solitarios con gran pesar de ella, que quería lucir su marido en los paseos más públicos, pero se callaba por respeto a la luna de miel.

El cuarto menguante empezó cuando él quiso hablarle de los polvos de arroz, diciendo que aquello era falso, no natural; Dª. Victorina frunció las cejas y le miró en la dentadura postiza. El se calló y ella comprendió su flaco.

Pronto creyóse madre y anunciólo así a todos sus amigos:

- El mes que viene, yo y De Espadaña nos vamos a la *Peñínsula*; no quiero que nuestro hijo nazca aquí y le llamen revolucionario.

Puso un *de* al apellido de su marido; el *de* no costaba nada y daba *categoría* al nombre. Cuando firmaba poníase: Victorina de los Reyes *de* de Espadaña; este *de* de Espadaña era su manía; ni el que le litografió sus tarjetas ni su marido pudieron quitárselo de la cabeza.

- ¡Si no pongo más que un *de* puede creerse que no lo tienes, tonto! –decía a su marido.

Hablaba continuamente de sus preparativos de viaje, aprendióse de memoria los nombres de los puntos de escala, y era un gusto oírla hablar:

- "Voy a ver el istmo en el canal de Suez; De Espadaña cree que es lo más bonito y De Espadaña ha recorrido todo el mundo." – "Probablemente no volveré más a este país de salvajes." – "No he nacido para vivir aquí, me convendría más Adén o Port Said; desde niña lo he creído así, etc". Dª. Victorina en su geografía dividía el mundo en Filipinas y España, a diferencia de los chulos que lo dividen en España y América o China por otro nombre.

El marido sabía que alguna de estas cosas eran barbaridades, pero se callaba para que no le chillase y le echase en cara su tartamudez. Hízose la antojadiza para aumentar sus ilusiones de madre, y se dio por vestirse de colores, llenarse de flores y cintas y pasearse en bata por la Escolta, pero, ¡oh desencanto!, pasaron tres meses y el sueño se evaporó, y no habiendo ya motivo para que el hijo no fuese revolucionario, se desistió del viaje. Dióse por consultar médicos, comadronas, viejas, etc., pero inútil, ella, que con gran descontento de Capitán Tiago se burlaba de S. Pascual Bailón, no quería recurrir a ningún santo ni santa, por lo que le dijo un amigo de su marido:

[5] Vehículo de lujo muy ligero, de cuatro ruedas, de ordinario, tirado por un solo caballo que suele guiar el dueño.

- ¡Créame Ud., señora, es Ud. el único *espíritu fuerte* en este aburrido país!.

Sonrióse ella sin comprender lo que era espíritu fuerte, y a la noche, a la hora de dormir, se lo preguntó al marido.

- ¡Hija -contestó éste-, el e... espíritu fuerte que conozco es el amoníaco: mi amigo habrá hablado de re... retórica.

Desde entonces ella decía siempre que podía:

- Soy el único amoníaco en este aburridísimo país, hablando por retórica, así lo ha dicho el Sr. N. de N., peninsular de mucha categoría.

Cuanto decía se tenía que hacer; había llegado a dominar completamente a su marido, que por su parte no ofreció gran resistencia, llegando a convertirse en una especie de perrito faldero para ella. Si le incomodaba, no le dejaba pasear, y cuando se enfurecía de veras, le arrancaba la dentadura dejándole horrible por uno o más días según.

Se le ocurrió que su marido debía ser doctor en Medicina y Cirugía y así se lo manifestó.

- ¡Hija!, ¿quieres que me prendan? –preguntó espantado.

- ¡No seas tonto y déjame arreglarlo! –contestó-; no irás a curar a nadie, pero quiero que te llamen doctor y a mi doctora, ea!.

Y al día siguiente Rodoreda recibió el encargo de grabar en una loza de mármol negro: DR. DE ESPADAÑA, ESPECIALISTA DE TODA CLASE DE ENFERMEDADES.

Toda la servidumbre les ha de dar los nuevos títulos, y a consecuencia de esto se aumentó el número de flequillos, la capa de polvos de arroz, las cintas y encajes, y miró con más desdén que nunca a sus pobres y poco afortunadas paisanas, cuyos maridos eran de menos categoría que el suyo. Cada día sentía significarse y elevarse más, y a seguir este camino, al cabo de un año se creería de origen divino.

Estos sublimes pensamiento no impedían, sin embargo, que cada día fuese más vieja y ridícula. Toda vez que Capitán Tiago se encontraba con ella y se acordaba de haberle hecho en vano el amor, mandaba acto continuo un peso a la iglesia para una misa en acción de gracias. A pesar de esto, Capitán Tiago respetaba mucho al marido por el título de especialista en toda clase de enfermedades y escuchaba con atención las pocas frases que él en su tartamudez conseguía pronunciar. Por esto y porque este doctor no visitaba a todo el mundo como los otros médicos, le escogió Capitán Tiago para asistir a su hija.

En cuanto al joven Linares, ya era otra cosa. Cuando se disponía el viaje a España, Dª. Victorina pensó en un administrador peninsular, no confiando en los filipinos: el marido acordóse de un sobrino en Madrid, que estudiaba para abogado y era considerado como el más listo de la familia: escribiéronle pues, pagándole de antemano ya el pasaje, y cuando el sueño se desvaneció, el joven ya estaba navegando.

Estos eran los tres personajes que acaban de llegar.

Mientras tomaban el segundo almuerzo, llegó el P. Salví, y los esposos que ya le conocían le presentaron con todos sus títulos al joven Linares, que se ruborizó.

Se habló de María Clara como era natural; la joven descansaba y dormía. Se habló del viaje; Dª, Victorina lució su verbosidad criticando las costumbres de los provincianos, sus casas de nipa, los puentes de caña, sin olvidarse decir al cura sus amistades con el Segundo Cabo, con el Alcalde tal, con el Oidor cual, con el Intendente, etc., personas todas de categoría que le guardaban mucha consideración.

- Hubiera Ud. venido dos días antes, Dª. Victorina –repuso Capitán Tiago en una pequeña pausa-, habría Ud. encontrado a S.E. el Capitán General: allí estaba sentado.

- ¿Qué?. ¿Cómo?. ¿Estuvo aquí S.E.?. ¿Y en su casa?. ¡Mentira!.

- ¡Le digo a Ud. que allá se sentaba!. Hubiera Ud. venido dos días antes...

- ¡Ah! ¡qué lástima que Clarita no se haya enfermado antes! –exclama ella con verdadero pesar, y dirigiéndose a Linares:

- ¿Oyes, primo?. ¡Aquí estaba S.E.!. ¿Ves si tenía razón De Espadaña cuando te decía que no ibas a casa de un miserable indio?. Porque Ud. sabrá, D. Santiago, que nuestro primo era en Madrid amigo de ministros y duques y comía en casa del conde del campanario.

- Del duque de la Torre, Victorina –le corrige su marido.

- Lo mismo da, ¡si me dirás a mi...!.

- ¿Encontraría yo este día al P. Dámaso en su pueblo? –interrumpe Linares dirigiéndose al P. Salví-; me han dicho que está cerca de aquí.

- Precisamente está aquí y vendrá dentro de poco –contestó el cura.

- ¡Cuánto me alegro!, tengo una carta para él –exclamó el joven-, y si no fuera por esta feliz casualidad que me trae aquí, habría venido expresamente para visitarle.

La *feliz* casualidad entretanto se había despertado.

- ¿De Espadaña? –dice Dª. Victorina terminando el almuerzo- ¿vamos a ver a Clarita?. Y a Capitán Tiago: ¡Por Ud. sólo, D. Santiago, por Ud. sólo!. Mi marido no cura más que a las personas de categoría, ¡y aún, aún!. Mi marido no es como los de aquí... en Madrid no visitaba más que a los personajes de categoría.

Pasaron al cuarto de la enferma.

La habitación estaba casi a oscuras, las ventanas cerradas por miedo a la corriente de aire, y la poca luz que la iluminaba partía de dos cirios que ardían delante de la imagen de la Virgen de Antipolo.

Ceñida la cabeza con un pañuelo empapado en agua de Colonia, envuelto cuidadosamente el cuerpo en blancas sábanas de abundantes pliegues, que velaban sus formas virginales, yacía la joven en su catre de *kamagon*[6] entre cortinajes de jusi y piña. Sus cabellos, formando un marco alrededor de su ovalado semblante, aumentaban aquella transparente palidez, animada únicamente por sus grandes ojos, llenos de tristeza. A su lado estaban las dos amigas y Andeng con un ramo de azucenas.

De Espadaña tomole el pulso, examinó la lengua, hizo unas cuantas preguntas, y dijo moviendo la cabeza a un lado y otro:

- ¡E... está enferma, pero se puede curar!.

Dª. Victorina miró con orgullo a los circundantes.

- ¡Licuen con leche por la mañana, jarabe de altea, dos píldoras de cinoglosa! –ordenó De Espadaña.

- Cobra ánimo, Clarita –decía Dª. Victorina acercándose-; hemos venido para curarte... ¡Te voy a presentar a nuestro primo!.

Linares estaba absorto, contemplando aquellos elocuentes ojos que parecían buscar a alguien, y no oyó a Dª. Victorina que le llamaba.

- Señor Linares –díjole el cura arrancándole de su éxtasis-, aquí viene el P. Dámaso.

En efecto, venía el P. Dámaso, pálido y algo triste; al dejar la cama, su primera visita fue para María Clara. No era ya el P. Dámaso de antes, tan robusto y decidor; ahora marcha silencioso y algo vacilante.

[6] Camagon (*Diospyros pilosantera*, Bl.): familia ebanácea. Árbol de no muy grandes dimensiones Aunque a veces llega a tener segunda magnitud. Madera negra con vetas estrechas, pardas o rojo-amarillentas, con grandes vetas y manchas negras. (Montero, *Archipiélago*, p. 64); es madera resistente y muy apreciada para la fabricación de muebles y otras obras de arte.

Capítulo 43

PROYECTOS

SIN CUIDARSE DE NADIE, se fue derecho a la cama de la enferma y, tomándola de la mano:

- ¡María! –dijo con indecible ternura, y brotaron lágrimas de sus ojos- ¡María, hija mía, no te has de morir!.

María abrió los ojos y le miró con cierta extrañeza.

Ninguno de los que le conocían al franciscano sospechaba en él tiernos sentimientos; bajo aquel rudo y grosero aspecto nadie creía que existiese un corazón.

El P. Dámaso no pudo seguir más y se alejó de la joven, llorando como un niño. Fuese a la caída para dar rienda suelta a su dolor, bajo las favoritas enredaderas del balcón de María Clara.

- ¡Cómo la ama a su ahijada! –pensaron todos.

Fr. Salví la contemplaba inmóvil y silencioso, mordiéndose ligeramente los labios.

Sosegado algún tanto, le fue presentado por Dª. Victorina el joven Linares, que se le acercó con respeto.

Fr. Dámaso le contempló en silencio, de pies a cabeza, tomó la carta que aquél le alcanzaba y la leyó sin comprenderla al parecer, pues le preguntó:

- Y ¿quién es Ud.?.

- Alfonso Linares, el ahijado de su cuñado... –balbuceó el joven.

El P. Dámaso echó el cuerpo hacia atrás, examinó de nuevo al joven y, animándose su fisonomía, se levantó.

- ¡Con que eres tú el ahijado de Carlicos! –exclamó abrazándole- ven que yo te abrace... hace unos días recibí carta suya... ¡con que eres tu!. No te conocí... Ya se ve, aún no habías nacido cuando dejé el país; no te conocí!.

Y el P. Dámaso estrechaba en sus robustos brazos al joven que se ponía rojo no se sabe si de vergüenza o de una asfixia. El P. Dámaso parecía haber olvidado por completo su dolor.

Pasados los primeros momentos de efusión y hechas las primeras preguntas acerca de Carlicos y de la Pepa, preguntó el P. Dámaso:

- Y ¡vamos!, ¿qué quiere Carlicos que haga por ti?.

- En la carta creo que dice algo... volvió a balbucear Linares.

- ¿En la carta?, ¿a ver?. ¡Es verdad!. Y ¡quiere que te procure un empleo y una mujer!. ¡Hmm!. Empleo... empleo, es fácil; ¿sabes leer y escribir?.

- ¡Me he recibido de abogado en la Universidad Central!.

- ¡Carambas!. ¿Con que eres un picapleitos?, pues no tienes facha... pareces una madamisela, pero ¡tanto mejor!. Pero darte una mujer...¡hm! ¡hmm!, una mujer...

- Padre, no tengo tanta prisa –dice Linares confuso.

Pero el P. Dámaso se paseaba de un extremo a otro de la caída murmurando: "¡Una mujer, una mujer!".

Su rostro ya no estaba triste ni alegre; ahora expresaba la mayor seriedad y parecía que estaba cavilando. El P. Salví miraba toda esta escena desde lejos.

- ¡Yo no creía que la cosa me diese tanta pena! –murmuró el P. Dámaso con voz llorosa-, pero de los males, el menor.

Y levantando la voz y acercándose a Linares.

- Ven acá, mozo –dijo-, vamos a hablar con Santiago.

Linares palideció y se dejó arrastrar por el sacerdote, que marchaba pensativo.

Entonces le tocó a su vez al P. Salví el turno de pasearse, meditabundo como siempre.

Una voz que le daba los buenos días le sacó de su monótono paseo; levantó la cabeza y se encontró con Lucas, el cual le saludaba humildemente.

- ¿Qué quieres? –preguntaron los ojos del cura.

- ¡Padre, soy el hermano del que murió el día de la fiesta! –contestó en tono lacrimoso Lucas.

El P. Salví retrocedió.

- Y ¿qué? –murmuró en voz imperceptible.

Lucas hacía esfuerzos para llorar y se enjugaba los ojos con el pañuelo.

- Padre –decía lloriqueando-, he estado en casa de D. Crisóstomo para pedir la indemnización... primero me recibió a puntapiés, diciendo que él no quería pagar nada, pues había corrido peligro de morir por culpa de mi querido e infeliz hermano. Ayer volví para hablarle, pero ya se había marchado a Manila, dejándome, como por caridad, quinientos pesos y encargándome que no volviese ¡jamás!. ¡Ah! Padre, quinientos pesos por mi pobre hermano, quinientos pesos, ¡ah! Padre...

El cura le escuchaba al principio con sorpresa y atención, y lentamente se reflejó en sus labios una sonrisa tal de desprecio y sarcasmo a la vista de aquella comedia que, si Lucas le hubiese visto, se habría escapado a todo correr.

- Y ¿qué quieres tú? –le preguntó volviéndole las espaldas.

- ¡Ay! Padre, decidme por amor de Dios qué debo hacer: el Padre ha dado siempre buenos consejos.

- ¿Quién te lo ha dicho?. Tú no eres de aquí...

- ¡Al Padre le conocen en toda la provincia!.

El P. Salví se le acercó con ojos irritados y señalándole la calle dijo al espantado Lucas:

- ¡Vete a tu casa y dale gracias a D. Crisóstomo que no te haya enviado a la cárcel!. ¡Largo de aquí!.

Lucas se olvidó de su farsa y murmuró:

- Pues yo creía...

- ¡Largo de aquí! –gritó con nervioso acento el P.Salví.

- ¡Quisiera ver al P. Dámaso...!.

- El P. Dámaso tiene que hacer... ¡largo de aquí! –volvió a mandar con imperio el cura.

Lucas bajó las escaleras murmurando:

- Este es también otro... ¡como no pague bien...!. El que pague mejor...

A las voces del cura habían acudido todos, hasta el P. Dámaso, Capitán Tiago y Linares.

- ¡Un insolente vagabundo que viene a pedir limosna y no quiere trabajar! –dice el P. Salví cogiendo el sombrero y bastón para dirigirse al convento.

Capítulo 44

EXÁMEN DE CONCIENCIA

LARGOS DÍAS Y TRISTES NOCHES se han pasado a la cabecera de la cama; María Clara había recaído momentos después de haberse confesado, y durante su delirio no pronunciaba más que el nombre de su madre, a quien ella no había conocido. Pero sus amigas, su padre y su tía velaban; enviánbanse misas y limosnas a todas las imágenes milagrosas; Capitán Tiago prometió regalar un bastón de oro a la Virgen de Antipolo, y al fin la fiebre comenzó a descender paulatinamente y con regularidad.

El doctor De Espadaña estaba asombrado de las virtudes del jarabe de altea y del cocimiento de liquen, prescripciones que no ha variado. Dª. Victorina estaba tan contenta de su marido que un día que éste le pisó la cola de su bata, no le aplicó su código penal quitándole la dentadura, sino que se contentó con decirle:

- ¡Si no llegas a ser cojo me pisas hasta el corsé!.

¡Y ella no lo usaba!.

Una tarde mientras Sinang y Victoria visitaban a su amiga, conversaban durante la merienda en el comedor el cura, Capitán Tiago y la familia de Dª. Victorina.

- Pues lo siento mucho –decía el doctor-, el P. Dámaso lo sentirá mucho también.

- Y ¿a dónde dice Ud. que le trasladan? –preguntó Linares al cura.

- ¡A la provincia de Tayabas! –respondió éste negligentemente.

- Quien lo sentirá mucho también es María cuando lo sepa –dijo Capitán Tiago-; le quiere como a un padre.

Fr. Salví le miró de reojo.

- Creo, Padre –continuó Capitán Tiago-, que toda esta enfermedad viene del disgusto que ha tenido el día de la fiesta.

- Soy del mismo parecer y ha hecho Ud. bien en no permitir al Sr. Ibarra que la hablase; se hubiera agravado.

- Y si no fuera por nosotras –interrumpe Dª. Victorina-, Clarita ya estaría en el cielo cantando alabanzas a Dios.

- ¡Amén Jesús! –creyó deber decir Capitán Tiago.

- ¡Fortuna de Ud. que mi marido no haya tenido entonces enfermo de más categoría, pues hubiera Ud. tenido que llamar a otro y aquí todos son ignorantes; mi marido...

- Creo y sigo en lo que he dicho –la interrumpe a su vez el cura-; la confesión que María Clara ha hecho, ha provocado aquella crisis favorable que le ha salvado la vida. Una conciencia limpia vale más que muchas medicinas, y ¡cuidado que no niego yo el poder de la ciencia, sobre todo el de la cirugía!, pero una conciencia limpia... ¡Lean Uds. los libros piadosos y verán cuántas curaciones operadas por sólo una buena confesión!.

- Ud. perdone –objeta Dª. Victorina picada-, eso del poder de la confesión... ¡cure Ud. a la mujer del alférez con una confesión!.

- ¡Una herida, señora, no es ninguna enfermedad en que pueda influir la conciencia! –replica severamente al P. Salví-; sin embargo, una buena confesión la preservaría de recibir en adelante golpes como los de esta mañana.

- ¡Lo merece! –continúa Dª. Victorina como si no hubiese oído cuanto dijo el P. Salví-. ¡Esa mujer es muy insolente!. En la iglesia no hace más que mirarme, ¡ya se ve!, es una cualquiera; el domingo ya le iba a preguntar si tenía monos en la cara, pero ¿quién se mancha hablando con gente que no es de categoría?.

Por su parte el cura, como si tampoco hubiese oído toda esta perorata, continuó:

- Créame Ud., D. Santiago; para acabar de curar a su hija es menester que haga una comunión mañana; le traeré el viático... creo que no tendrá nada de qué confesarse, sin embargo... si quiere reconciliarse esta noche...

- No sé –añadió al instante Dª. Victorina aprovechando una pausa-, no comprendo cómo puede haber hombres capaces de casarse con tales espantajos como

Librodot

esa mujer; de lejos se ve de donde viene; se le conoce que se muere de envidia; ¡ya se ve!, ¿qué gana un alférez?.

- Con que, D. Santiago, diga Ud. a su prima que prevenga a la enferma de la comunión de mañana; vendré esta noche a absolverla de sus pecadillos...

Y viendo que la tía Isabel salía, le dijo en tagalo:

- Preparad a vuestra sobrina para confesarse esta noche; mañana le traeré el viático; con eso convalecerá más pronto.

- Pero, Padre –se atrevió a objetar tímidamente Linares-, no vaya a creer que está en peligro de muerte.

- ¡No tenga Ud. cuidado! –le contestó sin mirarle-, yo sé lo que me hago: he asistido ya a muchísimos enfermos; además ella dirá si quiere o no tomar la santa comunión y verá Ud. como dice a todo que sí.

Por de pronto Capitán Tiago tuvo que decir sí a todo.

Tía Isabel entró en la alcoba de la enferma.

María Clara seguía en cama, pálida, muy pálida; a su lado estaban sus dos amigas.

- Toma un granito más –decía Sinang en voz baja, presentándole un gránulo blanco, que sacó de un pequeño tubo de cristal-; él dice que, cuando sientas ruido o zumbido de oídos, suspendas la medicina.

- ¿No ha vuelto a escribirte? –pregunta en voz baja la enferma.

- No, ¡debe estar muy ocupado!.

- ¿No me manda a decir nada?.

- No dice más sino que va a procurar que el Arzobispo le absuelva de la excomunión para que...

La conversación se suspende porque viene la tía.

- El Padre dice que te disponga a confesarte, hija –dice ésta-; dejadla para que haga su examen de conciencia.

- Pero ¡si no hace una semana se confesó! –protesta Sinang-. ¡Yo no estoy enferma y no peco tan a menudo!.

- ¡Aba! ¿no sabéis lo que dice el cura: el justo peca siete veces al día?. Vamos, ¿quieres que te traiga el *Ancora*, el *Ramillete* o el *Camino recto para ir al cielo*?[1].

María Clara no contestó.

- Vamos, no te has de fatigar –añade la buena tía para consolarla-; yo misma te leeré el examen de conciencia y tú harás sino recordar los pecados.

- ¡Escríbele que no piense más en mí! –murmuró María Clara al oído de Sinang cuando se despedía de ella.

- ¿Cómo?.

Pero la tía entró y Sinang tuvo que alejarse sin comprender lo que su amiga le había dicho.

La buena tía acercó una silla a la luz, púsose los anteojos sobre la punta de la nariz y abriendo un librito, dijo:

- Pon mucha atención. Hija mía; voy a empezar por los Mandamientos de la Ley de Dios; iré despacio para que puedas meditar; si no me has oído bien, me lo dirás para que lo repita; ya sabes que por tu bien no me canso jamás.

Empezó a leer con voz monótona y gangosa las consideraciones acerca de los casos pecaminosos. Al final de cada párrafo ponía una larga pausa, para dar tiempo a la joven de recordar sus pecados y arrepentirse.

María Clara murmuraba vagamente el espacio. Terminado el primer mandamiento de *amar a Dios sobre todas las cosas*, obsérvala tía Isabel por encima de los anteojos

[1] *Ancora... Ramillete... Camino recto...* títulos de tres libros de devoción.

Librodot

y se queda satisfecha de su aire meditabundo y triste. Tose piadosamente y, después de una larga pausa, comienza el segundo Mandamiento. La buena anciana lee con unción y, terminadas las consideraciones, mira otra vez a su sobrina, que vuelve lentamente la cabeza a otro lado.

- ¡Bah! –dijo para sí tía Isabel- ¡en esto de jurar su santo nombre, la pobrecita no tendrá nada que ver!. Pasemos al tercero.

Y el tercer Mandamiento fue desmenuzado y comentado, y leídos todos los casos en que se peca contra él, vuelve a mirar hacia la cama; pero ahora la tía levanta las gafas, y se restrega los ojos: ha visto a su sobrina llevarse el pañuelo a la cara como para enjugar lágrimas.

- ¡Hm! –dice-, ¡ejem!. La pobre se durmió durante el sermón.

Y volviendo a colocar los anteojos sobre la punta de su nariz, se dijo:

- Vamos a ver si, así como no ha santificado las fiestas, no ha honrado padre y madre.

Y lee el cuarto Mandamiento con voz pausada y gangosa aún, creyendo dar así mayor solemnidad al acto, como había visto hacer a muchos frailes; tía Isabel no había oído jamás predicar a un cuáquero, si no se habría puesto también a temblar.

La joven, entretanto, se lleva varias veces el pañuelo a los ojos y su respiración se hace más perceptible.

- ¡Qué alma tan buena! –piensa para sí la anciana- ¡ella que es tan obediente y sumisa con todos!. Yo he tenido más pecados y nunca he podido llorar de veras.

Y comenzó el quinto Mandamiento con mayores pausas y una gangosidad más perfecta aún si cabe, con tanto entusiasmo que no oyó los ahogados sollozos de su sobrina. Sólo a una pausa que hizo, después de las consideraciones sobre el homicidio a mano armada, percibió los gemidos de la pecadora. Entonces el tono pasó de lo sublime, leyó lo que restaba del Mandamiento con acento que procuró hacer amenazador, y viendo que su sobrina seguía aún llorando:

- ¡Llora, hija, llora! –le dijo acercándose al lecho-; cuanto más llores más pronto te ha de perdonar Dios. Ten el dolor de contrición mejor que el de atrición. ¡Llora, hija mía, llora!, ¡no sabes cuánto gozo viéndote llorar!. Date también golpes de pecho, pero no muy fuertes, porque todavía estás enferma.

Mas, como si el dolor para crecer necesitase el misterio y la soledad, María Clara, al verse sorprendida, cesó poco a poco de suspirar, secó sus ojos sin decir una palabra ni contestar a su tía.

Esta prosiguió la lectura, pero, como el llanto de su público había cesado, perdió el entusiasmo, los últimos Mandamientos le dieron sueño y le hicieron bostezar, con gran detrimento de la monótona gangosidad que así se interrumpía.

- ¡A no verlo, no lo creería! –pensaba después la buena anciana- ¡esta niña peca como un soldado contra los cinco primeros y del sexto al décimo ni un pecado venial, al revés de nosotras!. ¡Cómo va el mundo ahora!.

Y encendió un gran cirio a la Virgen de Antipolo y otros dos más pequeños a Ntra. Sra. del Rosario y a Ntra. Sra. del Pilar, teniendo cuidado de apartar y poner en un riñón un crucifijo de marfil, para darle a entender que por él no se habían encendido los cirios. La Virgen de Delaroche tampoco tuvo participación: es una extranjera desconocida y tía Isabel no había oído hasta ahora ningún milagro suyo.

No sabemos qué habrá pasado en la confesión de aquella noche; nosotros respetamos esos secretos. La confesión fue larga, y la tía, que desde lejos vigilaba a su sobrina, pudo notar que el cura, en vez de aplicar el oído a las palabras de la enferma, tenía por el contrario la cara vuelta hacia ella, y no parecía sino que quería leer en los hermosos ojos de la joven los pensamientos o adivinarlos.

Pálido y los labios contraídos, salió el P. Salví del aposento. Al ver su frente oscura y cubierta de sudor, se habría dicho que era él el que se había confesado y no mereció la absolución.

- ¡Jesús, María y José! –dijo la tía santiguándose para apartar un mal pensamiento- ¿quién comprende a las jóvenes ahora?.

Capítulo 45

LOS PERSEGUIDOS

A FAVOR DE LA DÉBIL claridad que difunde la luna a través de las espesas ramas de los árboles, un hombre vaga por el bosque con paso lento y reposado. De tiempo en tiempo y como para orientarse, silba una melodía particular a la que suele responder otra lejana entonando el mismo aire. El hombre escucha atento, y después prosigue su camino en la dirección del lejano sonido.

Por fin, a través de mil dificultades que ofrece de noche una selva virgen, llega a un pequeño claro, bañado por la luna en su primer cuarto. Elevadas rocas, coronadas de árboles, se levantan alrededor formando una especie de derruido anfiteatro; árboles recién cortados, troncos carbonizados llenan el medio, confundidos con enormes peñascos que la naturaleza cubre a medias con su manto de verde follaje.

Apenas el desconocido hubo llegado, cuando otra figura, saliendo repentinamente detrás de una gran roca, avanza y sacando un revolver:

- ¿Quién eres? –pregunta en tagalo con voz imperiosa martillando el gatillo de su arma.

- ¿Está entre vosotros el viejo Pablo? –preguntó el primero con voz tranquila, sin contestar a la pregunta ni intimidarse.

- ¿Hablas del capitán?. Sí, está.

- Dile entonces que aquí le busca Elías –dijo el hombre que no era otro que el misterioso piloto.

- ¿Sois vos, Elías? –preguntó el otro con cierto respeto y acercándose, sin dejar por eso de apuntarle con su revolver-; entonces... venid...

Elías le siguió.

Penetraron en una especie de caverna, que se hundía en las profundidades de la tierra. El guía, que sabía el camino, le advertía al piloto cuando debía descender, inclinarse o arrastrarse; sin embargo, no tardaron mucho y llegaron a una especie de sala, alumbrada miserablemente por antorchas de brea, ocupada por doce o quince individuos armados, de fisonomías sucias y trajes siniestros, sentados unos, acostados otros, hablando entre sí apenas. Apoyados los codos sobre una piedra, que hacía el oficio de mesa y contemplando meditabundo la luz que difundía tan poca claridad para tanto humo, se veía un anciano de fisonomía triste, la cabeza envuelta de una venda ensangrentada: si no supiéramos que aquella era una caverna de tulisanes, diríamos, al leer la desesperación en el rostro del anciano, que era la Torre del Hambre en la víspera de devorar Ugolino a sus hijos.

A la llegada de Elías y de su guía, los hombres medio se incorporaron, pero a una señal del último se tranquilizaron contentándose con examinar al piloto que estaba sin armas.

El anciano volvió lentamente la cabeza y se encontró con la seria figura de Elías, que le contemplaba descubierto, lleno de tristeza e interés.

- ¿Eras tú? –preguntó el anciano, cuya mirada, al reconocer al joven se animó algún tanto.

- ¡En qué estado os encuentro! –murmuró Elías a media voz y moviendo la cabeza.

El anciano bajó la cabeza en silencio, hizo una seña a los hombres, los cuales se levantaron y se alejaron, no sin dirigir antes una mirada para medir la estatura y los músculos del piloto.

- ¡Sí! –dijo el anciano a Elías luego que se encontraron solos-; hace seis meses, cuando te di abrigo en mi casa, era yo el que me compadecía de ti; ahora la suerte ha cambiado, y eres tú quien me compadeces. Pero siéntate, y dime como has llegado hasta aquí.

- Hace unos quince días que me han hablado de vuestra desgracia –contestó el joven lentamente en voz baja, mirando hacia la luz-; púseme al instante en camino y os he estado buscando de monte en monte: he recorrido casi dos provincias.

- Por no derramar sangre inocente, he tenido que huir; mis enemigos temían presentarse y sólo me ponían delante unos infelices, que no me han hecho el más pequeño mal.

Después de una corta pausa, que Elías empleó para leer los pensamientos en el sombrío semblante del anciano, repuso:

- He venido para proponeros una cosa. Habiendo buscado inútilmente algún resto de la familia que ha causado la desgracia de la mía, he decidido dejar la provincia en donde vivo, para emigrar hacia el Norte y vivir entre las tribus infieles e independientes; ¿queréis dejar la vida que comenzáis y veniros conmigo?. Seré vuestro hijo, pues que habéis perdido los que teníais, y yo que no tengo familia, tendré en voz un padre.

El anciano movió la cabeza negativamente, y dijo:

- A mi edad, cuando se toma una resolución desesperada, es porque no hay otra. Un hombre que, como yo, ha pasado su juventud y su edad madura trabajando para el propio porvenir y el de sus hijos; un hombre que ha sido sumiso a todas las voluntades de sus superiores, que ha desempeñado a conciencia pesados cargos, sufrido todo para vivir en paz y en una tranquilidad posible, cuando este hombre, cuya sangre ha enfriado el tiempo, renuncia a todo su pasado y a todo su porvenir en los bordes mismos de la tumba, ¡es porque ha juzgado maduramente que la paz no existe ni es el supremo bien!. ¿A qué vivir miserables días en tierras extranjeras?. Yo tenía dos hijos, una hija, un hogar, una fortuna; gozaba de consideración y aprecio; ahora estoy como un árbol despojado de sus ramas, vago fugitivo, cazado como una fiera en el bosque, y todo ¿por qué?. Porque un hombre ha deshonrado a mi hija, porque los hermanos pidieron cuenta de la infamia a ese hombre, y porque ese hombre está colocado por encima de los demás con el título de ministro de Dios. Con todo, yo, padre, yo deshonrado en mi vejez, he perdonado la injuria, indulgente con las pasiones de la juventud y las debilidades de la carne, y ante un mal irreparable, ¿qué debía yo hacer sino callarme y salvar lo que me ha quedado?. Pero el criminal ha tenido miedo ante la venganza más o menos próxima, y buscó la perdición de mis hijos. ¿Sabes qué ha hecho?. ¿No?. ¿Sabes que se fingió un robo en el convento, y entre los acusados figuró uno de mis hijos?. Al otro no se le pudo incluir porque estaba ausente. ¿Sabes a las torturas a que fueron sometidos?. ¡Las conoces porque son las de todos los pueblos!. Yo, yo vi a mi hijo colgado de los cabellos, yo oí sus gritos, yo oí que me llamaba, y yo, cobarde y acostumbrado a la paz, ¡no he tenido el valor ni de matar ni de morir!. ¿Sabes que el robo no se probó, que se vio la calumnia

y que en castigo el cura fue trasladado a otro pueblo, y mi hijo murió a consecuencia de las torturas?. El otro, el que me quedaba no era cobarde como su padre y temiendo el verdugo que me vengara el él la muerte del hermano, so pretexto de no tener cédula de vecindad[1], que momentáneamente había olvidado, fue preso por la Guardia Civil, maltratado, irritado y provocado a fuerza de injurias ¡hasta obligarlo al suicidio!. ¡Y yo, yo he sobrevivido después de tanta vergüenza, pero si no he tenido el valor de padre para defender a mis hijos, quédame un corazón para una venganza y me vengaré!. ¡Los descontentos se van reuniendo bajo mi mando, mis enemigos aumentan mi campo, y el día en que me considere fuerte, bajaré al llano y extinguiré en el fuego mi venganza y mi propia existencia!. Y ese día llegará o no hay Dios.

El anciano se levantó agitado y, con la mirada centelleante y la voz cavernosa, añadió mesándose sus largos cabellos:

- ¡Maldición, maldición sobre mi que he contenido la mano vengadora de mis hijos; yo los he asesinado!. ¡Hubiera dejado que el culpable muriese, hubiese creído menos en la justicia de Dios y en la de los hombres, ahora tendría a mis hijos, fugitivos tal vez, pero los tendría y no habrían muerto entre torturas!. ¡Yo no había nacido para ser padre, por eso no los tengo!. ¡Maldición sobre mi que no he aprendido con mis años a conocer el medio en que vivía!. ¡Pero en fuego y sangre y en mi muerte propia sabré vengaros!.

El desgraciado padre, en el paroxismo de su dolor, se había arrancado la venda, abriéndose un herida que tenía en la frente, de la cual brotó un surco de sangre.

- Respeto vuestro dolor –repuso Elías, y comprendo vuestra venganza-; yo también soy como vos y, sin embargo, por temor de herir a un inocente, prefiero olvidar mis desdichas.

- ¡Tú puedes olvidar porque eres joven y porque no perdiste ningún hijo, ninguna última esperanza!. Pero yo te aseguro, no heriré a ningún inocente. ¿Ves esta herida?. Por no matar a un pobre cuadrillero que cumplía con su deber, me la he dejado hacer.

- Pero ved –dijo Elías después de un momento de silencio-, ved en qué espantosa hoguera vais a sumir a nuestros desgraciados pueblos. Si cumplís vuestra venganza por vuestra mano, vuestros enemigos tomarán terribles represalias, no contra vos, no contra los que están armados, sino contra el pueblo que suele ser el acusado según la costumbre, y entonces ¡cuántas injusticias!.

- ¡Qué el pueblo aprenda a defenderse, que cada cual se defienda!.

- ¡Sabéis que eso es imposible!. Señor, os he conocido en otra época cuando erais feliz, entonces me dabais sabios consejos; ¿me permitiréis...?.

El anciano se cruzó de brazos y pareció atender.

- Señor –continuó Elías midiendo bien sus palabras-; yo he tenido la fortuna de haber podido prestar un servicio a un joven rico, de buen corazón, noble y que ama el bien de su país. Dicen que este joven tiene amigos en Madrid, no lo sé pero os puedo asegurar que es amigo del Capitán General. ¿Qué decís si le hacemos portador de las quejas del pueblo, si le interesamos en la causa de los infelices?.

El anciano sacudió la cabeza.

- ¿Dices que es rico?. Los ricos no piensan más que en aumentar sus riquezas; el orgullo y la pompa los ciega, y como generalmente están bien, sobre todo cuando tienen poderosos amigos, ninguno de ellos se molesta por los desgraciados. ¡Lo sé todo porque fui rico!.

[1] En tiempos del Gobernador Jovellar, en 1884, se abolió el pago de tributos, estableciéndose en cambio la cédula personal clasificada según la calidad y nacionalidad de la persona. Esta cédula que se expide en todas las localidades sirve también como un certificado de identidad personal cuya presentación, en cualquier momento, puede ser requerida, lo que fue el origen de muchos abusos por parte de la Guardia Civil y de otras autoridades de entonces.

- Pero el hombre de que os hablo no se parece a los otros; es un hijo que ha sido insultado en la memoria de su padre; es un joven que, como ha de tener dentro de poco familia, piensa en el porvenir, en un buen porvenir para sus hijos.

- Entonces es un hombre que va a ser feliz; nuestra causa no es la de los hombres felices.

- ¡Pero es la de los hombres de corazón!.

- ¡Sea! –repuso el anciano sentándose-; supón que consienta en llevar nuestra voz al Capitán General, supón que encuentre en la Corte diputados que aboguen por nosotros, ¿crees que se nos hará justicia?.

- Intentémoslo antes de tomar una sangrienta medida –contestó Elías-. Os debe extrañar que yo, otro desgraciado, joven y robusto, os proponga a vos, anciano y débil, medidas pacíficas; pero es que yo he visto tantas miserias, causadas por nosotros como por los tiranos: el inerme es el que paga.

- Y ¿si no conseguimos nada?.

- Algo se conseguirá, creedme; no todos los que gobiernan son injustos. Y si nada conseguimos, si desoye nuestras voces, si el hombre se ha vuelto sordo al dolor de sus semejantes, ¡entonces vos me tendréis a vuestras órdenes!.

El anciano, lleno de entusiasmo, le abrazó al joven.

- Acepto tu proposición, Elías; sé que cumples tu palabra. Vendrás a mí y yo te ayudaré a vengar a tus antepasados, tú me ayudarás a vengar a mis hijos, ¡mis hijos que eran como tú!.

- Entretanto evitaréis, señor, toda medida violenta.

- Expondrás las quejas del pueblo, tú las conoces ya. ¿Cuándo sabré la contestación?.

- Dentro de cuatro días enviadme un hombre a la playa de San Diego, y le diré la que me dé la persona en quien espero... Si acepta, nos harán justicia, y si no, será el primero que caerá en la lucha que emprenderemos.

- Elías, no morirá, Elías, será el jefe, cuando Capitán Pablo caiga satisfecho en su venganza –dijo el anciano.

Y él mismo acompañó al joven hasta salir fuera.

Capítulo 46

LA GALLERA

PARA SANTIFICAR LA TARDE del Domingo se va generalmente a la gallera en Filipinas, como a los toros en España. La riña de gallos, pasión introducida en el país y explotada hace un siglo, es uno de los vicios del pueblo, más trascendental que el opio entre los chinos; allí va el pobre a arriesgar lo que tiene, deseoso de ganar dinero sin trabajar; allí va el rico para distraerse, empleando el dinero que le sobra de sus festines y misas de gracia; pero la fortuna que juegan es suya, el gallo está educado con mucho cuidado, con más cuidado quizás que el hijo, sucesor del padre en la gallera, y no tenemos nada que objetar.

Puesto que el Gobierno lo permite y hasta casi lo recomienda mandando que el espectáculo sólo se dé en *las plazas públicas*, en *días de fiesta* (¿para que todos puedan verlo y el ejemplo anime?), *después de la misa mayor hasta el oscurecer* (ocho horas), vamos nosotros a asistir a este juego para buscar a algunos conocidos.

La gallera de S. Diego no se diferencia de las otras que se encuentran en otros pueblos más que en algunos accidentes. Consta de tres departamentos: el primero, o sea la entrada, es un gran rectángulo de unos veinte metros de largo por catorce de ancho; a uno de sus lados se abre una puerta, que generalmente suele guardar una mujer, encargada de cobrar el *sa pintú*, o sea el derecho de entrada. De esta contribución, que cada uno pone allí, percibe el Gobierno una parte, algunos centenares de miles de pesos al año: dicen que con este dinero, con que el vicio paga su libertad, se levantan magníficas escaleras, se construyen puentes y calzadas, se instituyen premios para fomentar la agricultura y el comercio... ¡bendito sea el vicio que tan buenos resultados produce!. En este primer recinto están las vendedoras de buyo, cigarros, golosinas y comestibles, etc.; allí pululan los muchachos que acompañan a sus padres o tíos, que les inician cuidadosos en los secretos de la vida.

Este recinto comunica con otro de proporciones un poco mayores, una especie de *foyer* donde el público se reúne de las *soltadas*[1]. Allí están la mayor parte de los gallos, sujetos por una cuerda al suelo mediante un clavo de hueso o de palma brava; allí los tahúres, los aficionados, el perito atador de la navaja; allí se contrata, se medita, se pide prestado, se maldice, se jura, se ríe a carcajadas; aquél acaricia su gallo, pasándole la mano por encima del brillante plumaje; éste examina y cuenta las escamas de las patas; refiriéndose las hazañas de los héroes; allí veréis muchos con el semblante mohíno, llevar de los pies un cadáver desplumado: el animal que fue el favorito durante meses, mimado, cuidado día y noche y en el cual cifraban halagüeñas esperanzas, ahora no es más que un cadáver y va a ser vendido por una peseta, para ser guisado con jengibre y comino aquella misma noche: ¡*sic transit gloria mundi*[2]!. El perdidoso vuelve al hogar, donde le esperan la inquieta esposa y los harapientos hijos, sin el capitalito y sin el gallo. De todo aquel dorado sueño, de todos aquellos cuidados durante meses, desde que despunta el día hasta que el sol se oculta, de todas aquellas fatigas y trabajos, resulta una peseta, las cenizas que quedan de tanto humo. En este *foyer* discute el menos inteligente; el más ligero examina concienzudamente la materia, pesa, contempla, extiende las alas, palpa los músculos a aquellos animales. Unos muy bien vestidos, seguidos y rodeados de los partidarios de sus gallos; otros, sucios, con el sello del vicio marcado en el escuálido semblante, siguen ansiosos los movimientos de los ricos y atienden a las apuestas, porque la bolsa puede vaciarse, pero no saciarse la pasión; allí no hay rostro que no esté animado; allí no está el filipino indolente, el apático, el callado: todo es movimiento pasión, afán; diríase que tienen una sed que aviva el agua del cieno.

De este lugar se pasa a la arena que llaman *Rueda*. El piso, cercado de cañas, suele ser más elevado que el de los dos anteriores. En la parte superior y tocando casi el techo hay graderías para los espectadores o jugadores, que vienen a ser lo mismo. Durante el combate se llenan estas graderías de hombre y niños que gritan, vociferan, sudan, riñen y blasfeman: por fortuna casi ninguna mujer se llega hasta allí. En la *Rueda* están los prohombres, los ricos, los famosos tahúres, el contratista, el sentenciador. Sobre el suelo apisonado perfectamente, luchan los animales y desde allí distribuye el Destino a las familias risas o lágrimas, festines o hambre.

A la hora en que entramos vemos ya al Gobernadorcillo, a Capitán Pablo, a Capitán Basilio, a Lucas, el hombre de la cicatriz en la cara que tanto sintiera la muerte de su hermano.

Capitán Basilio se acerca a uno del pueblo y le pregunta:

- ¿Sabes qué gallo trae Capitán Tiago?.

[1] Palabra que en las galleras quiere decir el acto de soltar el gallo para que pelee son su rival.
[2] "Así pasa la gloria de este mundo"; máxima sacada de Kempis, *Imitación de Cristo*.

- No lo sé, señor; esta mañana le han llegado dos, uno de ellos es el *lásak* que ganó al *talisain* del Cónsul.

- ¿Crees que mi *búlik*[3] puede luchar con él?.

- ¡Ya lo creo!. ¡Pongo mi casa y mi camisa!.

En aquel momento llegaba Capitán Tiago. Vestía, como los grandes jugadores, camisa de lienzo Cantón, pantalón de lana y sombrero de jipijapa. Detrás venían dos criados, llevando el lásak y un gallo blanco de colosales dimensiones.

- ¡Sinang me ha dicho que María va cada vez mejor! –dice Capitán Basilio.

- Ya no tiene fiebre, pero aún está débil.

- ¿Perdió Ud. anoche?.

- Un poco; sé que Ud. ha ganado... voy a ver si me desquito.

- ¿Quiere Ud. jugar el lásak? –preguntó Capitán Basilio mirando el gallo y pidiéndoselo al criado.

- Según, si hay apuesta.

- ¿Cuánto pone Ud.?.

- Menos de dos, no lo juego.

- ¿Ha visto Ud. mi búlik? –pregunta Capitán Basilio y llama a un hombre que trae un pequeño gallo.

Capitán Tiago lo examina, y después de pesarlo y analizar las escamas lo devuelve.

- ¿Cuánto pone Ud.? –pregunta.

- Lo que Ud.

- ¿Dos y quinientos?.

- ¿Tres?.

- ¡Tres!.

- ¡Para la siguiente!.

El corro de curiosos y jugadores esparce la noticia de que lucharían dos célebres gallos; ambos tenían su historia y su fama conquistaba. Todos quieren ver, examinar las dos celebridades; se emiten opiniones, se profetiza.

Entretanto las voces crecen, aumenta la confusión, se invade la Rueda, las graderías se asaltan. Los soltadores llevan a la arena dos gallos, un blanco y un rojo, armados ya, pero las navajas están aún envainadas. Se oyen gritos ¡*al blanco, al blanco*!; alguna que otra voz grita ¡*al rojo*!. El blanco era el *llamado* y el rojo el *dejado*.

Entre la multitud circulan guardias civiles; no llevan el uniforme del benemérito cuerpo, pero tampoco van de paisano. Pantalón de guingón con franja roja, camisa manchada de azul de la blusa desteñida, gorra de cuartel, he aquí el disfraz en armonía con su comportamiento: apuestan y vigilan, turban y hablan de mantener la paz.

Mientras se grita, se tienden las manos, agitando monedas y haciéndolas sonar; mientras se busca en los bolsillos la última moneda o, a falta de ella, se quiere empeñar la palabra, prometiendo vender el carabao, la próxima cosecha, etc., dos jóvenes, hermanos al parecer, siguen con ojos envidiosos a los jugadores, se acercan, murmuran tímidas palabras que nadie escucha, se ponen cada vez más sombríos y se miran entre sí con disgusto y despecho. Lucas los observa con disimulo, sonríe malignamente, hace sonar pesos de plata, pasa cerca de los dos hermanos y mira hacia la Rueda gritando:

- ¡Pago cincuenta, cincuenta contra veinte por el blanco!.

Los dos hermanos cambian entre sí una mirada.

[3] *Lásak*, gallo blanco y rojo; *talisain*, gallo de varios colores; *búlik*, gallo blanco y negro.

Librodot

- Yo ya te decía –murmura el mayor- que no apostases todo el dinero; ¡si me hubieses obedecido tendríamos ahora para el rojo!.

El menor se acerca tímidamente a Lucas y le toca del brazo.

- ¿Eres tú? –exclama éste volviéndose y fingiendo sorpresas-; ¿acepta tu hermano mi proposición o vienes a apostar?.

- ¿Cómo queráis que apostemos si hemos perdido todo?.

- ¿Entonces aceptáis?.

- ¡Él no quiere!; si pudieseis prestarnos algo, ya que decís que nos conocéis...

Lucas rascóse la cabeza, estiró su camisa y repuso:

- Sí que os conozco; sois Társilo y Bruno, jóvenes y fuertes. Sé que vuestro valiente padre murió de resultas de los cien azotes diarios que le daban esos soldados; sé que no pensáis vengarle...

- No os entrometáis en nuestra historia –interrumpió Társilo, el mayor-; eso trae desgracia. ¡Si no tuviéramos una hermana, ya haría tiempo que estaríamos ahorcados!.

- ¿Ahorcados?. Sólo ahorcan al cobarde, al que no tiene dinero ni protección. Y de todos modos el monte está cerca.

- ¡Ciento contra veinte, voy al blanco! –gritó el más joven-; luego le devolveremos el doble; la soltada va a empezar.

Lucas rascóse de nuevo la cabeza.

- ¡Tst!. Este dinero no es mío, me lo ha dado D. Crisóstomo para los que le quieran servir. Pero veo que no sois como vuestro padre; aquél sí que era valiente, el que no lo es, que no busque diversiones.

Y se alejó de ellos aunque no mucho.

- Aceptemos ya, ¿qué más da? –dijo Bruno-. Tanto vale ser ahorcado que morir fusilado: los pobres no servimos para otra cosa.

- Tienes razón, pero piensa en nuestra hermana.

Entretanto el redondel se ha despejado, va a comenzar la lid. Las voces empiezan a callarse, y los dos soltadores y el perito atador de navajas se quedan en medio. A una señal del sentenciador, aquél desnuda los aceros, y brillan las finas hojas, amenazadoras, relucientes.

Los dos hermanos se acercan tristes y silenciosos al cerco y observan, apoyando la frente contra la caña. Un hombre se acerca y les dice al oído:

- ¡*Pare*[4]! ¡ciento contra diez, yo voy por el blanco!.

Társilo le mira con aire tonto. Bruno le da un codazo al que responde con un gruñido.

Los soltadores tienen los gallos con delicadeza magistral, cuidando de no herirse. Reina un silencio solemne: creeríase que los presentes, menos los dos soltadores, eran horribles muñecos de cera. Acercan un gallo al otro, sujetándole la cabeza a uno para ser picoteado y se irrite, y viceversa: en todo duelo debe haber igualdad, lo mismo entre gallos parisienses que entre gallos filipinos. Después les hacen verse cara a cara, los acercan, con lo que los pobres animalitos saben quién les ha arrancado una plumita y con quién deben luchar. Erízase el plumaje del cuello, se miran con fijeza, y rayos de ira se escapan de sus redonditos ojitos. Entonces ha llegado el momento: los depositan en tierra a cierta distancia y les dejan el campo libre.

Avanzan lentamente. Óyense sus pisadas sobre el duro suelo; nadie habla, nadie respira. Bajando y subiendo la cabeza como miediéndose con la mirada, los dos gallos murmuran sonidos, tal vez de amenazas o desprecio. Han divisado la brillante hoja, que lanza fríos y azulados reflejos; el peligro los anima y dirígense uno al otro

[4] Por Compadre.

decididos, pero a un paso de distancia se detienen, y con la mirada fija bajan la cabeza y vuelven a erizar sus plumas. En aquel momento el pequeño cerebro se baña de sangre, brota el rayo, y con su natural valor se lanzan impetuosamente el uno al otro; chocan entre sí pico con pico, pecho contra pecho, acero contra acero y ala contra ala: los golpes se han parado con maestría, y sólo han caído algunas plumas. Vuelven a medirse de nuevo; de repente el blanco vuela, se eleva agitando la mortífera navaja, pero el rojo ha doblado las piernas, ha bajado la cabeza, y el blanco sólo ha azotado el aire; mas, al tocar el suelo, evitando ser herido de espaldas, vuélvese rápidamente y hace frente. Atácale el rojo con furia, pero se defiende con serenidad: no en vano era el favorito del público. Todos siguen trémulos y ansiosos las peripecias del combate, soltando alguno que otro involuntario grito. El suelo se va cubriendo de plumas rojas y blancas, tintas en sangre: pero no es a primera sangre el duelo; el filipino, siguiendo aquí las leyes dadas por el Gobierno, quiere que sea a muerte o a quien huya primero. La sangre riega el suelo ya, los golpes menudean, pero la victoria sigue indecisa. Por fin tentando un supremo esfuerzo, el blanco se arroja para dar el último golpe, clava su navaja en el ala del rojo y se engancha entre los huesos; pero el blanco ha sido herido en el pecho, y ambos, desangrados, extenuados, jadeantes, unido el uno al otro, permanecen inmóviles hasta que el blanco cae, arroja sangre por el pico, patalea y agoniza; el rojo, sujeto al ala, se mantiene a su lado, poco a poco dobla sus piernas y cierra lentamente los ojos.

Entonces el sentenciador, de acuerdo con lo que prescribe el Gobierno, declara vencedor al rojo; una salvaje gritería saluda la sentencia, gritería que se oye en todo el pueblo, prolongada, uniforme y dura algún tiempo. El que lo oye de lejos comprende entonces que el que ha ganado es el *dejado*, de lo contrario el júbilo duraría menos. Tal sucede entre las naciones: una pequeña que consigue alcanzar la victoria sobre otra grande, la canta y la cuenta por siglos de los siglos.

- ¿Ves? –dijo Bruno con despecho a su hermano-, si me hubiese creído, hoy tendríamos cien pesos: por ti estamos sin un cuarto.

Társilo no contestó, pero miró con ojos entornados alrededor suyo y como buscando a alguien.

- Allá está hablando con Pedro –añade Bruno-; le da dinero, ¡cuánto dinero!.

En efecto, Lucas contaba sobre la mano del marido de Sisa monedas de plata. Cámbianse aún algunas palabras en secreto y se separan al parecer satisfechos.

- Pedro habrá sido contratado: ¡ése, ése sí que es decidido! –suspira Bruno.

Társilo permanece sombrío y pensativo; con la manga de la camisa se enjuga el sudor que corre de su frente.

-Hermano –dice Bruno-, yo voy si tú no te decides; la *ley* continúa, el *lásak* debe ganar y no debemos perder ninguna ocasión. Quiero apostar en la soltada siguiente; ¿qué más da?. Así vengamos al padre.

- ¡Espera! –le dice Társilo y le mira fijamente en los ojos; ambos estaban pálidos-; voy contigo, tienes razón: vengaremos al padre.

Se detiene sin embargo y vuelve a enjugarse el sudor.

- ¿En qué te paras? –pregunta Bruno impaciente.

- ¿Sabes qué soltada sigue? ¿vale la pena...?.

- ¡Pues no! ¿no lo has oído?. El búlik de Capitán Basilio contra el lásak de Capitán Tiago; según la ley del juego debe ganar el lásak.

- ¡Ah, el lásak!; yo también apostaría... pero asegurémonos antes.

Bruno hace un gesto de impaciencia, pero sigue a su hermano y éste mira bien el gallo, le analiza, medita, reflexiona, hace algunas preguntas, el desgraciado duda; Bruno está nervioso y le mira airado.

- Pero ¿no ves esa ancha escama que tiene allí cerca del espolón? ¿no ves esas patas? ¿qué más quieres?. Mira esas piernas, ¡extiende esas alas!. ¿Y esta escama partida encima de esta ancha, y esta doble?.

Társilo no le oye, sigue examinando el animal: el ruido del oro y de la plata llegan a sus oídos.

- Veamos ahora el búlik –dice con voz ahogada.

Bruno golpea el suelo con el pie, hace crujir sus dientes pero obedece a su hermano.

Acércanse a otro grupo. Allí arman el gallo, escogen navajas, el atador prepara seda roja, lo encera y frota varias veces.

Társilo envuelve el animal con una mirada sombríamente impasible: parecía que no veía el gallo sino otra en el porvenir. Se pasa la mano por la frente y,

- ¿Estás dispuesto? –pregunta a su hermano con voz sorda.

- ¿Yo? Desde antes; ¡sin necesidad de verlos!.

- Es que... nuestra pobre hermana....

- ¡Abá!. ¿No te han dicho que el jefe es D. Crisóstomo? ¿no le has visto pasearse con el Capitán General?. ¿Qué peligro corremos?.

- ¿Y si morimos?.

- ¿Qué más da?. Nuestro padre murió apaleado.

- ¡Tienes razón!.

Ambos hermanos buscan a Lucas entre los grupos.

Tan pronto como lo divisan, Társilo se detiene.

- ¡No! ¡vámonos de aquí, nos vamos a perder! –exclama.

- ¡Vete si quieres, yo acepto!.

- ¡Bruno!.

Desgraciadamente un hombre se acerca y les dice:

- ¿Apostáis?. Yo voy por el búlik.

Los dos hermanos no contestan.

- ¡Logro!.

- ¿Cuánto? –pregunta Bruno.

Púsose el hombre a contar sus monedas de cuatro pesos: Bruno le miraba sin respirar.

- ¡Tengo doscientos; cincuenta contra cuarenta!.

- ¡No! –dice Bruno resuelto-; poned...

- ¡Buenos! ¡cincuenta contra treinta!.

- ¡Doblad si queréis!.

- ¡Bien! El búlik es de mi patrón y acabo de ganar; ciento contra sesenta.

- ¡Trato hecho!. Esperad que saque dinero.

- Pero yo seré el depositario –dice el otro no confiando mucho en las trazas de Bruno.

- ¡Me es igual! –responde éste que confía en sus puños.

Y volviéndose a su hermano le dice:

- Si te quedas, yo me voy.

Társilo reflexionó: amaba a su hermano y el juego. No podía dejarlo solo y murmuró: -¡Sea!.

Acercáronse a Lucas: éste les vio venir y se sonrió.

- ¡*Mamâ*[5]! –dice Társilo.

- ¿Qué hay?.

[5] "Calificación que les da a los tíos carnales y de otros grados, haciéndose extensivo también a toda persona extraña como tratamiento social. Equivalente a *don*, o *mister*, o *monsieur*". Serrano, *Dicc*., p. 756.

- ¿Cuánto dais? –preguntan los dos.

- Ya lo he dicho: si os encargáis de buscar otros para sorprender el cuartel, os doy treinta pesos a cada uno y diez a cada compañero. Si todo sale bien, recibirá ciento cada uno y vosotros el doble: D. Crisóstomo es rico.

- ¡Aceptado! –exclamó Bruno-; venga el dinero.

- ¡Ya sabía yo que erais valientes como vuestro padre!. Venid, que no nos oigan esos que le mataron! –dijo Lucas señalando a los guardias civiles.

Y llevándolos a un rincón, les dice mientras les cuenta las monedas:

- Mañana llega D. Crisóstomo y trae armas; pasado mañana, a la noche, cerca de las ocho, id al cementerio y os diré sus últimas disposiciones. Tenéis tiempo de buscar compañeros.

Despidiéronse. Los dos hermanos parecían haber cambiado de papel: Társilo estaba tranquilo, Bruno pálido.

Capítulo 47

LAS DOS SEÑORAS

MIENTRAS CAPITÁN TIAGO jugaba su lásak, Dª Victorina daba un paseo por el pueblo, con la intención de ver cómo tenían los indolentes indios sus casas y sementeras. Se había vestido lo más elegantemente que podía, poniéndose sobre la bata de seda todas las cintas y flores, para imponer a los provincianos y hacerles ver cuánta distancia mediaba entre ellos y su sagrada persona, y dando el brazo a su marido cojo se pavoneó por las calles del pueblo, entre la estupefacción y la extrañeza de los habitantes. El primo Linares se había quedado en casa.

- ¡Qué feas casas tienen estos indios! –empezó Dª. Victorina haciendo una mueca-; yo no sé como pueden vivir allí: se necesita ser indio. Y ¡qué mal educados son y qué orgullosos!. ¡Se encuentran con nosotros y no se descubren!. Pégalos en el sombrero como hacen los curas y los tenientes de la Guardia Civil; enséñales urbanidad.

- Y ¿si me pegan? –pregunta el Dr. Espadaña.

- ¡Para eso eres hombre!.

- ¡Pe... pero estoy cojo!.

Dª. Victorina se iba poniendo de mal humor; las calles no estaban adoquinadas y la cola de su bata se llenaba de polvo. Encontrábase además con muchas jóvenes

que, al pasar a su lado, bajaban los ojos y no miraban, como debían, su lujoso traje. El cochero de Sinang, que conducía a ésta y a su prima en un elegante *tres-por-ciento*[1], tuvo la desfachatez de gritarle ¡*tabî*! Con voz tan imponente, que ella tuvo que apartarse y sólo pudo contestar: "Mírale al bruto del cochero!. ¡Le voy a decir a su amo que eduque mejor a sus criados!".

- ¡Volvamos a casa! –mandó a su marido.

Éste, que temía una tormenta, giró sobre su muleta obedeciendo al mandato.

Encontráronse con el alférez, saludáronse y esto aumentó el descontento de Dª. Victorina: el militar no sólo no le hizo ningún cumplido por su traje sino que casi lo examinó con burla.

- Tú no debías darle la mano a un simple alférez –dijo a su marido al alejarse aquél-; él apenas tocó su capacete y tú te quitaste el sombrero; ¡no sabes guardar el rango!.

- ¡Él es jefe a... aquí!.

-Y ¿qué nos importa?. ¿Somos acaso indios?.

- ¡Tienes razón! –contestó él que no quería reñir.

Pasaron delante de la casa del militar. Dª. Consolación estaba en la ventana, como de costumbre, vestida de franela y fumando su puro. Como la casa era baja, se miraron y Dª. Victorina la distinguió bien: la Musa de la Guardia Civil la examinaba tranquilamente de pies a cabeza, y después, sacando el labio inferior hacia delante, escupió volviendo la cara a otro lado. Esto acabó con la paciencia de Dª. Victorina, y dejando a su marido sin apoyo, se cuadró frente a la alfereza, temblando de ira y sin poder hablar. Dª. Consolación volvió lentamente la cabeza, la examina de nuevo tranquilamente y escupe otra vez pero con mayor desdén.

- ¿Qué tiene Ud., Doña? –pregunta.

- ¿Puede Ud. decirme, ¡*Señora*!, por qué me mira Ud. así?. ¿Tiene Ud. envidia? –consigue al fin hablar Dª. Victorina.

- ¿Yo, envidia yo, y de Ud.? –dice en sorna la Medusa-; ¡sí! ¡le envidio esos rizos!.

- ¡Ven mujer! –dice el doctor- ¡no hagas ca... caso!.

- ¡Deja que le dé una lección a esta ordinaria sin vergüenza! –contestó la mujer dándole un empellón a su marido que por poco besa el suelo, y volviéndose a Dª. Consolación:

- ¡Mire Ud. con quién se trata! –dice-; ¡no crea Ud. que soy una provinciana o una querida de soldados!. En mi casa, en Manila, no entran los alférez; se esperan en la puerta.

- ¡Hola, Excelentísima Señora Puput[2]!, no entrarán los alférez pero sí los inválidos como ése, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!.

A no haber sido por los coloretes, se habría visto a Dª. Victorina ruborizarse: quiso asaltar a su enemiga, pero el centinela la detuvo. Entretanto la calle se llenaba de curiosos.

- ¡Oiga Ud., me rebajo hablando con Ud., las personas de categoría... ¿Quiere Ud. lavar mi ropa?, la pagaré bien. ¡Cree Ud. que no sé yo que Ud. era lavandera!.

Dª. Consolación se irguió furiosa: lo de la lavada la hirió.

- ¿Cree Ud. que no sabemos quién es y qué gente trae?. ¡Vaya, ¡ya me lo ha dicho mi marido!. Señora, yo al menos no he pertenecido más que a uno, pero ¿y Ud.?. Se necesita morir de hambre para cargar con el sobrante, el trapo de todo el mundo.

[1] Coche descubierto de cuatro ruedas, dos pequeñas delanteras y dos de mayor diámetro por detrás, tirados por uno o dos caballos.

[2] Una calificación despectiva que se da a una europea o a la que se hace pasar por tal.

El tiro le dio en la cabeza a Dª. Victorina; remangóse, cerró los puños y apretando los dientes empezó a decir:

- ¡Baje Ud., vieja cochina, que le voy a machacar esa sucia boca!. ¡Querida de un batallón, ramera de nacimiento!.

La Medusa desapareció rápidamente de la ventana, pronto se la vio bajar corriendo, agitando el látigo de su marido.

Suplicante, se interpuso D. Tiburcio, pero se habrían venido a las manos si no hubiese llegado el alférez.

- Pero, ¡señoras... D. Tiburcio!.

- ¡Edúquela Ud. mejor a su mujer, cómprele mejores vestidos y si no tiene dinero, robe Ud. a los del pueblo que para eso tiene Ud. soldados! –gritaba Dª. Victorina.

- ¡Aquí estoy, señora!, ¿por qué no me machaca V.E. la boca?. ¡Ud. no tiene más que lengua y saliva, Doña Excelencia!.

- ¡Señora! –decía el alférez furioso-; ¡dé Ud. gracias que yo me acuerdo de que es Ud. mujer, que si no la reventaba a puntapiés con todos sus rizos y cintajos!.

- ¡Se... señor Alférez!.

- ¡Ande Ud., matasanos!. Ud. no lleva pantalones, ¡Juan Lanas[3]!.

Armóse una de palabras y gestos, una de gritos, insultos e injurias; sacáronse todo lo sucio que guardaban en sus arcas, y como hablaban cuatro a la vez y decían tantas cosas, que desprestigian a ciertas clases, sacando a relucir muchas verdades, renunciamos aquí a escribir cuanto se dijeron. Los curiosos, si bien no entendían todo lo que se decían, divertíanse no poco y esperaban que llegasen a las manos. Desgraciadamente vino el cura y puso paz.

- ¡Señores, señoras!, ¡qué vergüenza!. ¡Señor Alférez!.

- ¿Qué se mete Ud. aquí, hipócrita, carlistón?

- D. Tiburcio, llévese Ud. a su señora!. ¡Señora, contenga Ud. su lengua!.

- ¡Eso dígaselo Ud. a esos roba-pobres!.

Poco a poco se agotó el diccionario de epítetos, terminó la reseña de las desvergüenzas de cada pareja y, amenzándose e insultándose, se fueron separando poco a poco. Fr. Salví iba de una parte a otra animando el espectáculo, ¡sí nuestro amigo, el Corresponsal, hubiese estado presente...!.

- ¡Hoy mismo nos vamos a Manila y nos presentaremos al Capitán General –decía furiosa Dª. Victorina a su marido-. Tú no eres hombre; ¡lástima de pantalones que gastas!.

- Pe... pero, mujer, y ¿los guardias?, ¡yo estoy cojo!.

- Debes desafiarle a pistola o a sable, o si no... si no...

Y Dª. Victorina le miró en la dentadura.

- ¡Hija!, no he cogido nunca...

Dª. Victorina no le dejó concluir: con un sublime movimiento le arrancó la dentadura en medio de la calle y la pisoteó. Él, medio llorando y ella echando chispas, llegaron a casa. Linares estaba en aquel momento hablando con María Clara, Sinang y Victoria, y como no había sabido nada de la discordia, se inquietó no poco al ver a sus primos. María Clara, que estaba recostada en un sillón entre almohadas y mantas, se sorprendió no poco al ver la nueva fisonomía de su doctor.

- Primo –dice Dª. Victorina-, tú le desafías ahora mismo al alférez o si no...

- Y ¿por qué? –pregunta Linares sorprendido.

- Le desafías ahora mismo o si no digo aquí a todos quién eres tú.

- Pero, ¡Dª. Victorina!.

[3] "Dícese del hombre apocado que se presta benévolamente a todo cuando se quiera hacer de él. Designa también al marido complaciente. Ser un Juan Lana; aplícase a la persona cobarde y para poco". Sharbi, *Dicc*. I, 496.

Las tres amigas se miraron.

- ¿Te parece?. El alférez nos ha insultado y ha dicho que tú eres lo que eres. La vieja bruja ha bajado con látigo, y éste, éste se ha dejado insultar... ¡un hombre!.

- ¡Abá! –dijo Sinang- ¡se han peleado y no lo hemos visto!.

- ¡El alférez le rompió los dientes al doctor! –añadió Victoria.

- Hoy mismo nos vamos a Manila; tú te quedas aquí a desafiarle, y si no le digo a D. Santiago que es mentira cuanto le has contado, le digo...

- Pero, Dª. Victorina, Dª. Victorina! –interrumpe pálido Linares acercándose a ella-, cálmese Ud.; no me haga Ud. recordar... –y añadió en voz baja-: No sea Ud. imprudente, precisamente ahora.

A la sazón que pasaba esto llegaba Capitán Tiago de la gallera, triste y suspirando: había perdido su lásak.

No le dejó tiempo Dª. Victorina de suspirar; en pocas palabras y muchos insultos le contó cuanto había pasado, se entiende, procurando ponerse en buena luz.

- Linares le va a desafiar, ¿oye?. Si no, no le deje Ud. que se case con su hija, ¡no lo permita Ud.!. Si no tiene valor, no merece a Clarita.

- ¿Con que te casas con ese señor? –pregunta Sinang, cuyos alegres ojos se llenaron de lágrimas-; yo sabía que eras discreta, pero no voluble.

María Clara, pálida como la cera, medio se incorpora y mira con espantados ojos a su padre, a Dª. Victorina y a Linares. Este se ruboriza, Capitán Tiago baja los ojos y la señora añade:

- Clarita, tenlo presente; no te cases nunca con un hombre que no lleve pantalones; te expones a que te insulten hasta los perros.

Pero la joven no contestó y dijo a sus amigas:

- Conducidme a mi cuarto que no puedo andar sola.

Ayudáronla a levantarse; y rodeada su cintura con los redondos brazos de sus amigas, apoyada la marmórea cabeza sobre el hombro de la hermosa Victoria, entró la joven en su alcoba.

Aquella misma noche recogieron ambos cónyuges sus cosas, pasaron la cuenta a Capitán Tiago, la cual ascendió a algunos miles y al día siguiente muy temprano partían para Manila en el coche de éste. Al vergonzoso Linares le cometieron el papel de vengador.

Capítulo 48

EL ENIGMA

Volverán las oscuras golondrinas...
BÉCQUER

COMO HABÍA ANUNCIADO LUCAS, Ibarra llegó al día siguiente. Su primera visita fue para la familia de Capitán Tiago con el objeto de ver a María Clara y referir que Su Ilustrísima ya le había reconciliado con la Religión: traía una carta de recomendación para el cura, escrita del puño mismo del Arzobispo. No poco se alegró de ellos tía Isabel, que quería al joven y no veía con tan buenos ojos el casamiento de su sobrina con Linares. Capitán Tiago no estaba en casa.

- Pase Ud. –decía la tía en su medio castellano-; María , D. Crisóstomo está otra vez en gracia de Dios; el Arzobispo le ha *descomulgado*.

Pero el joven no pudo avanzar, la sonrisa se heló en sus labios y la palabra huyó de su memoria. Junto al balcón, de pie, al lado de María Clara, estaba Linares, tejiendo ramilletes con las flores y las hojas de las enredaderas; en el suelo yacían esparcidas rosas y sampagas. María Clara, recostada en su sillón, pálida, pensativa, la mirada triste, jugaba con un abanico de marfil, no tan blanco como sus afilados dedos.

A la presencia de Ibarra, Linares se puso pálido y las mejillas de María Clara se tiñeron de carmín. Trató de levantarse pero, faltándole las fuerzas, bajó los ojos y dejó caer el abanico.

Un embarazoso silencio reinó por algunos segundos. Al fin Ibarra pudo adelantarse y murmurar tembloroso:

- Acabo de llegar y he venido corriendo para verte... Hallo que estás mejor de lo que yo creía.

María Clara parecía que se había vuelto muda; no profería una palabra y continuaba con los ojos bajos.

Ibarra miró a Linares de pies a cabeza, mirada que el vergonzoso joven sostuvo con altivez.

- Vamos, veo que mi llegada no era esperada –repuso lentamente-. María, perdóname que no me haya hecho anunciar; otro día podré darte explicaciones sobre mi conducta... todavía nos veremos... con seguridad.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de una mirada para Linares. La joven levantó hacia él los hermosos ojos, llenos de pureza y melancolía, tan suplicantes y elocuentes que Ibarra se detuvo confuso.

- ¿Podré venir mañana?.

- Sabes que para mí siempre eres bien venido –contestó ella apenas. Ibarra se alejó tranquilo en apariencia, pero con una tempestad en la cabeza y el frío en el corazón. Lo que acababa de ver y de sentir era incomprensible: ¿qué era aquello, duda, desamor, traición?.

- ¡Oh, mujer al fin!.

Llegó, sin notarlo, al sitio donde se construía la escuela. Las obras estaban muy adelantadas; Ñor Juan con su metro y su plomada iba y venía entre los numerosos trabajadores. Al verlo corrió a su encuentro.

- D. Crisóstomo –dijo-, al fin ha llegado Ud.; todos le esperábamos; mire Ud. como están los muros; ya tienen un metro diez de alto; dentro de dos días tendrán una altura de un hombre. No he admitido más que molave dungon, ipil, langil; he pedido tíndalo, malatapay, pino y narra[1] para las obras muertas. ¿Quiere Ud. visitar los subterráneos?.

Los trabajadores saludaban respetuosos.

- ¡Aquí está la canalización que me he permitido añadir –decía Ñor Juan-; estos canales subterráneos conducen a una especie de depósito que hay a treinta pasos. Servirá para el abono del jardín; de esto no había en el plano. ¿Le disgusta a Ud.?.

- Todo lo contrario, lo apruebo y le felicito por su idea; Ud. es un verdadero arquitecto: ¿con quién aprendió Ud.?.

- Conmigo, señor –contestaba el viejo modestamente.

- ¡Ah!, antes que se me olvide: que sepan los escrupulosos (por si alguno teme hablar conmigo) que ya no estoy excomulgado; el Arzobispo me ha invitado a comer.

[1] Son maderas de construcción clasificadas como de primera clase.

Librodot

- ¡Abá, señor, no hacemos caso de las excomuniones!. Todos estamos ya excomulgados; el mismo P. Dámaso lo está y sin embargo sigue tan gordo.

- ¿Cómo?.

- Ya lo creo; hace un año dio un bastonazo al coadjutor y el coadjutor es un sacerdote como él. ¿Quién hace caso de excomuniones, señor?.

Ibarra divisó a Elías entre los trabajadores; éste le saludó como los demás, pero con una mirada le dio a entender que tenía que decirle.

- Ñor Juan –dijo Ibarra-, ¿quiere traerme la lista de los trabajadores?.

Ñor Juan desapareció, e Ibarra se acercó a Elías, que levantaba solo una gruesa piedra y la cargaba en el carro.

- Si me podéis conceder, señor, algunas horas de conversación, paseaos luego la tarde a orillas del lago y embarcaos en mi barca, pues tengo que hablaros de graves asuntos –dijo Elías alejándose después de ver el movimiento de cabeza del joven.

Ñor Juan trajo la lista, pero en vano la leyó Ibarra; el nombre de Elías no figuraba allí.

Capítulo 49

LA VOZ DE LOS PERSEGUIDOS

ANTES DE OCULTARSE EL SOL, ponía Ibarra el pie en la barca de Elías a la orilla del lago. El joven parecía contrariado.

- Perdonad, señor –dijo Elías con cierta tristeza al verle-; perdonad que me haya atrevido a daros esta cita; quería hablaros en libertad y aquí no tendremos testigos: dentro de una hora podemos volver.

- Os equivocáis, amigo Elías –contestó Ibarra procurando sonreír-; me tenéis que conducir a ese pueblo, cuyo campanario vemos desde aquí. La fatalidad me obliga a ello.

- ¿La fatalidad?.

- Sí, figuraos que al venir me encuentro con el alférez, que se esfuerza en ofrecerme su compañía; yo que pensaba en vos y sabía que os conocía, para alejarle le he dicho que me iba a este pueblo, en donde tendré que estar todo el día, pues el hombre me quiere buscar mañana a la tarde.

- Os agradezco esta atención, pero le hubierais dicho sencillamente que os acompañara –contestó Elías con naturalidad.

- ¿Cómo? ¿y vos?.

- No me habría reconocido, pues la única vez que me vio no podía pensar en hacer mi afiliación.

- ¡Estoy de malas! –suspiró Ibarra pensando en María Clara-. ¿Qué teníais que decirme?.

Elías miró alrededor suyo. Estaban ya lejos de la orilla; el sol se había ocultado y, como en estas latitudes el crepúsculo apenas dura, comenzaban las sombras a extenderse, y hacían brillar el disco de la luna en su lleno.

- Señor –repuso Elías con voz grave-, soy portador de los deseos de muchos desgraciados.

- ¿De los desgraciados?. ¿Qué queréis decir?.

Elías le refirió en pocas palabras la conversación que había tenido con el jefe de los tulisanes, omitiendo las dudas que éste abrigaba y sus amenazas. Ibarra le escuchaba atentamente, y cuando Elías concluyó su relato, reinó un largo silencio, que Ibarra fue el primero en romper:

- ¿De modo que desean...?.

- Reformas radicales en la fuerza armada, en los sacerdotes, en la administración de justicia, es decir, piden una mirada paternal por parte del Gobierno.

- Reformas, ¿en qué sentido?.

- Por ejemplo: más respeto a la dignidad humana, más seguridad al individuo, menos fuerza a la fuerza ya armada, menos privilegios para este cuerpo que fácilmente abusa de ellos.

- Elías –contestó el joven-, yo no sé quién sois, pero adivino que no sois un hombre vulgar: pensáis y obráis de otra manera que los otros. Vos me comprenderéis si os digo que si bien el estado actual de las cosas es defectuoso, más lo sería si se le cambiase. Yo podría hacer hablar a los amigos que tengo en Madrid, *pagándolos* podría hablar al Capitán General, pero ni aquéllos conseguirán nada, ni éste tiene tanto poder para introducir tantas novedades, ni yo daría jamás un paso en este sentido, porque comprendo muy bien que si es verdad que estas Corporaciones tienen sus defectos, son ahora necesarias, son lo que se llama un mal necesario.

Elías, muy sorprendido, levantó la cabeza y le miró atónito.

- ¿Creéis vos también, señor, en el mal necesario? –preguntó con voz ligeramente temblorosa-; ¿creéis que para hacer el bien se necesita hacer el mal?.

- No; creo en él como en un remedio violento de que nos valemos cuando queremos curar una enfermedad. Ahora bien, el país es un organismo que padece una enfermedad crónica, y para sanarle el Gobierno se ve precisado a usar medios, duros y violentos si queréis, pero útiles y necesarios.

- Mal médico es, señor, aquel que sólo busca corregir los síntomas y sofocarlos, sin tratar de indagar el origen del mal, o conociéndolo, teme atacarlo. La Guardia Civil tiene no más que este fin: represión del crimen por el terror y la fuerza, fin que no se llena ni se cumple más que por casualidad. Y hay que tener en cuenta que la sociedad sólo puede ser severa con los individuos, cuando les ha suministrado los medios necesarios para su perfectibilidad moral. En nuestro país, como no hay sociedad, pues no forman una unidad el pueblo y el Gobierno, éste debe ser indulgente, no sólo porque necesita indulgencia, sino porque el individuo, descuidado y abandonado por él, tiene menos responsabilidad por lo mismo que ha recibido menos luces. Además, siguiendo vuestra comparación, el tratamiento que se aplica a los males del país es tan destructor que sólo se deja sentir en el organismo sano, cuya vitalidad debilita y prepara al mal. ¿No sería más razonable fortalecer el organismo enfermo y aminorar un poco la violencia del medicamento?.

- Debilitar a la Guardia Civil sería poner en peligro la seguridad de los pueblos.

- ¡La seguridad de los pueblos! –exclamó Elías con amargura-. Pronto hará quince años que estos pueblos tienen su Guardia Civil y ved: aún tenemos tulisanes, aún oímos que se saquean pueblos, aún se ataja en los caminos; los robos continúan y no se averiguan los autores; el crimen existe y vaga libre el verdadero criminal, pero no así el pacífico habitante del pueblo. Preguntad a cada honrado vecino si mira esta institución como un bien, una protección del Gobierno y no como una imposición, un despotismo cuyas demasías hieren más que las violencias de los criminales. Estas suelen ser en verdad grandes, pero raras, y contra ellas está uno facultado para defenderse; contra las vejaciones de la fuerza legal no se permite ni la protesta, y si no son tan grandes, son sin embargo continuas y sancionadas. ¿Qué efecto produce esta institución en la vida de nuestros pueblos?. Paraliza las comunicaciones, porque

Librodot

todos temen ser maltratados por fútiles causas; se fija más en formalidades que no en el fondo de las cosas, primer síntoma de la incapacidad; porque uno se ha olvidado su cédula ha de ser maniatado y maltratado, no importa si es una persona decente o bien considerada; los jefes tienen por primer deber el hacerse saludar de grado o por la fuerza, aun en la oscuridad de la noche, en lo que les imitan los inferiores para maltratar y despojar a los campesinos, y pretextos no le faltan; no existe el sagrado del hogar; hace poco en Calamba asaltaron, pasando por la ventana, la casa de un pacífico habitante a quien el jefe debía prendas y favores; no hay la seguridad del individuo: cuando necesitan limpiar el cuartel o la casa, salen y prenden a todo el que no se resiste para hacerle trabajar durante el día, ¿queréis más?, durante estas fiestas han continuado los juegos prohibidos, pero han turbado brutalmente los regocijos permitidos por la autoridad; visteis qué pensaba el pueblo acerca de ellos, ¿qué ha sacado con deponer sus iras y esperar en la justicia de los hombres?. ¡Ah, señor, si a esto llamáis conservar el orden...!.

- Convengo en que hay males –replicó Ibarra-; pero aceptemos estos males por los bienes que los acompañan. Esta institución puede ser imperfecta, pero, creedlo, impide por el terror que inspiran el que el número de los criminales aumente.

-Decid más bien que por este terror aumenta el número –rectificó Elías-. Antes de la creación de este cuerpo, todos los malhechores casi, con excepción de muy pocos, eran criminales por el hambre; pillaban y robaban para vivir, pero pasaba la carestía, y los caminos se veían otra vez libres; bastaban para ahuyentarlos con sus imperfectas armas los pobres pero valientes cuadrilleros, los tan calumniados por los que han escrito sobre nuestro país, los que tienen por derecho el morir, por deber el luchar, y por recompensa la burla. Ahora hay tulisanes y son para toda la vida. Una falta, un crimen inhumanamente castigado, la resistencia contra las demasías de este poder, el temor a atroces suplicios los arrojan para siempre de la sociedad y los condenan a matar o a morir. El terrorismo de la Guardia Civil les cierra las puertas del arrepentimiento, y como un tulisán lucha y se defiende en las montañas mejor que un soldado de quien se burla, resulta que no somos capaces de extinguir el mal que hemos creado. Acordaos de lo que ha hecho la prudencia del Capitán General De la Torre[1]; el indulto concedido por él a esos infelices, ha probado que en esos montes late aún el corazón del hombre y sólo espera el perdón. El terrorismo es útil cuando el pueblo es esclavo, cuando el monte no tiene cavernas, cuando el poder pone apostado detrás de cada árbol un centinela y cuando en el cuerpo del esclavo sólo hay estómago y tripas; pero, cuando el desesperado que lucha por la vida siente su brazo fuerte, latir sus corazones y su ser llenarse de bilis, ¿podrá el terrorismo apagar el incendio al que libra combustible?.

- Me confundís, Elías, al oíros así; creería que tenéis razón si no tuviese yo mis propias convicciones. Pero notad un hecho, no os deis por ofendido pues os excluyo y os miro como una excepción; ¡ved quiénes son los que piden esa reforma!. ¡Casi todos criminales o gentes que están para serlo!.

- Criminales o futuros criminales, pero ¿por qué lo son?. Porque se les ha turbado la paz, arrancado la felicidad, herido en sus más caras afecciones, y al pedir protección a la Justicia, se han convencido de que sólo la podían esperar de sí mismos. Pero os equivocáis, señor, si creéis que sólo la piden los criminales; id de pueblo en pueblo, de casa en casa; escuchad los secretos suspiros de las familias y os convenceréis de que los males que la Guardia Civil corrige, son iguales, si no

[1] El autor alude a lo que el general Carlos María de la Torre y Navancerrada, el primer Gobernador General enviado a Filipinas después de la caída del gobierno monárquico, ha hecho de conceder indulto incondicional al Jefe de una banda de bandoleros, Casimiro Camerino de Jesús con su gente, y de formar con ella lo que se llamó "Guardias de La Torre".

menores, a los que ella continuamente causa. ¿Deduciríamos por esto que son criminales todos los vecinos?, entonces, ¿para qué defenderlos de los otros?, ¿por qué no destruir a todos?.

- Algún error existe aquí que se me escapa ahora, algún error en la teoría que deshace la práctica, pues en España, en la Madre Patria, este cuerpo presta y ha prestado muy grandes utilidades.

- No lo dudo: quizás esté mejor allá mejor organizado, el personal más selecto; acaso también porque España lo necesite, pero no Filipinas. Nuestras costumbres, nuestro modo de ser, que siempre se invoca cuando se nos quiere negar un derecho, se olvidan totalmente cuando algo se nos quiere imponer. Y decidme, señor; ¿por qué no han adoptado esta institución las otras naciones, que por su vecindad a España debían parecérsele más que Filipinas?. ¿Será por esto que tienen aún menos robos en sus ferrocarriles, menos motines, menos asesinatos y se dan menos puñaladas en sus grandes capitales?.

Ibarra bajó la cabeza como meditando, después la levantó y contestó:

- Esta cuestión, amigo mío, necesita un serio estudio; si mis indagaciones me dicen que esas quejas están fundadas, escribiré a mis amigos de Madrid, puesto que no tenemos diputados. Entretanto, creed que el Gobierno necesita de un cuerpo, que tenga fuerza ilimitada, para hacer respetar, y autoridad para imponer.

- Eso, señor, cuando el Gobierno está en guerra con el país; pero para bien del Gobierno, no debemos hacer creer al pueblo de que está en oposición contra el Poder. Mas, si así fuese, si preferimos la fuerza al prestigio, debíamos mirar bien a quién damos esta fuerza ilimitada, esta autoridad. Tanta fuerza en manos de hombres, y hombres ignorantes, llenos de pasiones, sin educación moral, sin honradez probada, es un arma en manos de un loco entre una multitud inerme. Concedo y quiero creer con vos que el Gobierno necesita este brazo, pues que escoja bien su brazo, que escoja los más dignos; y puesto que prefiere darse autoridad a que el pueblo se la conceda, al menos que haga ver que sabe dársela.

Elías hablaba con pasión, con entusiasmo; sus ojos brillaban y el timbre de su voz resonaba vibrante. Siguió una solemne pausa: la barca, no impelida por el remo, parecía mantenerse tranquila sobre las aguas; la luna resplandecía majestuosa en un cielo zafir; algunas luces brillaban a lo lejos en la ribera.

- Y ¿qué más piden?, -preguntó Ibarra.

- Reformas del sacerdocio –respondió con voz desalentada y triste Elías-; los desgraciados piden más protección contra...

- ¿Contra las Órdenes religiosas?.

- Contra sus opresores, señor.

- ¿Habrá olvidado Filipinas lo que a estas Órdenes debe?, ¿habrá olvidado la inmensa deuda de gratitud a los que los han sacado del error para darles fe, a los que los han amparado contra las tiranías del poder civil?. ¡He aquí el mal de no enseñarse la historia patria!.

Elías, sorprendido, apenas podía dar crédito a lo que oía.

- Señor –repuso con voz grave-, acusáis al pueblo de ingratitud, permitid que yo, uno del pueblo que sufre, lo defienda. Los favores que se hacen, para que tengan derecho al reconocimiento, necesitan ser desinteresados. Hagamos caso omiso de la misión, de la caridad cristiana, tan manoseada; prescindamos de la Historia, no preguntemos qué ha hecho España del pueblo judío, que ha dado a toda Europa un libro, una religión y un Dios; que ha hecho del pueblo árabe que le ha dado cultura, ha sido tolerante con su religión y ha despertado su amor propio nacional, aletargado, destruido casi durante la dominación romana y goda. ¿Decís que nos han dado la fe y nos han sacado del error?, ¿llamáis fe a esas prácticas exteriores, religión a ese

Librodot

comercio de correas y escapularios, verdad a esos milagros y cuentos que oímos todos los días?. ¿Es ésta la ley de Jesucristo?. Para esto no necesitaba un Dios dejarse crucificar ni nosotros obligarnos a una gratitud eterna: la superstición existía mucho antes, sólo necesitaba perfeccionarla, y subir el precio de las mercancías. Me diréis, que por imperfecta que fuese nuestra religión de ahora, es preferible a la que teníamos; lo creo y convengo en ello, pero es demasiado cara pues por ella hemos renunciado a nuestra nacionalidad, a nuestra independencia; por ella hemos dado a sus sacerdotes nuestros mejores pueblos, nuestros campos y damos aun nuestras economías con la compra de objetos religiosos. Se nos ha introducido un artículo de industria extranjera, lo pagamos bien y estamos en paz. Si me habláis de la protección dada contra los encomenderos, os podría contestar que por ellos caímos bajo el poder de estos encomenderos; pero no, reconozco que una verdadera fe y un verdadero amor a la Humanidad guiaban a los primeros misioneros que vinieron a nuestras playas; reconozco la deuda de gratitud hacia aquellos nobles corazones; sé que la España de entonces abundaba en héroes de todas clases así en lo religioso como en lo político, en lo civil y en lo militar. Pero porque los antepasados fueron virtuosos, ¿consentiríamos el abuso de sus degenerados descendientes?. Porque se nos ha hecho un gran bien, ¿seríamos culpables por impedir que nos hagan un mal?. El país no pide abolición, sólo pide reformas que exigen las nuevas circunstancias y las nuevas necesidades.

- Yo amo a nuestra patria como la podéis amar vos, Elías; comprendo algo lo que deseas, he oído con atención lo que dijisteis y con todo, amigo mío, creo que vemos un poco con los ojos de la pasión: aquí menos que en otra parte veo la necesidad de las reformas.

- ¿Será posible, señor? –preguntó Elías extendiendo con desaliento las manos- ¿no veis la necesidad de reformas, vos cuyas desgracias de familia...

- ¡Ah! ¡yo me olvido de mí y olvido mis propios males ante la seguridad de Filipinas, ante los intereses de España! –interrumpió vivamente Ibarra-. Para conservar a Filipinas, es menester que continúen como son los frailes, y en unión con España está el bien de nuestro país.

Ibarra había concluido ya de hablar, y Elías escuchaba aún; su fisonomía estaba triste, sus ojos han perdido su brillo

- Los misioneros han conquistado el país, es verdad –repuso-; ¿creéis que por los frailes se conservará Filipinas?.

- Sí, sólo por ellos, así lo creen cuantos han escrito sobre Filipinas.

- ¡Oh! – exclamó Elías arrojando con desaliento el remo en la barca-; no creía que tuvieseis tan pobre idea del Gobierno y del país. ¿Por qué no despreciáis a uno y otro?, ¿qué diríais de una familia que sólo vive en paz por la intervención de una extraña?. ¡Un país que obedece porque se le engaña, un gobierno que manda porque se vale del engaño, un gobierno que no sabe hacerse amar ni respetar por sí mismo!. ¡Perdonad, señor, pero creo que vuestro Gobierno es torpe y suicida cuando se alegra de que tal se crea!. Os doy gracias por vuestra amabilidad, ¿a dónde queréis que os conduzca ahora?.

- No –repuso Ibarra-, discutamos, es menester saber quién tiene la razón en materia tan importante.

- Perdonad, señor, -contestó Elías sacudiendo la cabeza-, no soy bastante elocuente para convenceros; si bien he tenido alguna educación, soy un indio, mi existencia para vos es dudosa, y mis palabras os parecerán siempre sospechosas. Los que han expresado la opinión contraria son españoles, y como tales, aunque digan trivialidades o simplezas, el tono, los títulos y el origen las consagran, les dan tal autoridad que desisto para siempre de combatirlos. Además, cuando veo que vos que

amáis vuestro país, vos cuyo padre descansa debajo de estas tranquilas olas, vos que os habéis visto provocado, insultado y perseguido, conserváis tales opiniones a pesar de todo y de vuestra ilustración, empiezo a dudar de mis convicciones y admito la posibilidad de que el pueblo se equivoca. He de decir a estos desgraciados que han puesto su confianza en los hombres, que la pongan en Dios o en sus brazos. Os doy de nuevo las gracias y mandad a donde os debo conducir.

- Elías, vuestras amargas palabras llegan hasta mi corazón y me hacen también dudar. ¿Qué queréis?. No me he educado en medio del pueblo, cuyas necesidades desconozco tal vez; he pasado mi niñez en el colegio de los jesuitas, he crecido en Europa, me han formado en los libros y he leído sólo lo que los hombres han podido traer a la luz: lo que permanece entre las sombras, lo que no dicen los escritores, eso lo ignoro. Con todo, amo como voz a nuestra patria, no sólo porque es deber de todo hombre amar el país a quién debe el ser y a quién deberá acaso el último asilo; no sólo porque mi padre me lo ha enseñado así, porque mi madre era india, y porque todos mis más hermosos recuerdos viven en él, ¡le amo además porque le debo y le deberé mi felicidad!.

- Y yo porque le debo mi desgracia –murmuró Elías.

- Sí, amigo mío, sé que sufrís, sois desgraciado y esto os hace ver oscuro el porvenir e influye en vuestra manera de pensar; por esto escucho con cierta prevención vuestras quejas. Si pudiese yo apreciar los motivos, parte de ese pasado...

- Mis desgracias reconocen otro origen; si supiesen que iban a ser de alguna utilidad, os las referiría, pues aparte de que no hago de ellas ningún misterio, son bastantes conocidas de muchos.

- Acaso el saberlas rectifique mis juicios; sabéis que desconfío mucho de las teorías, me guío más por los hechos.

Elías permaneció pensativo algunos instantes.

- Si es así, señor –repuso-, os referiré brevemente su historia.

Capítulo 50

LA FAMILIA DE ELÍAS

"HARÁ UNOS SESENTA AÑOS, vivía mi abuelo en Manila y servía de tenedor de libros en casa de un comerciante español. Mi abuelo era entonces muy joven, estaba casado y tenía un hijo. Una noche, sin saberse cómo, ardió el almacén, el incendio se comunicó a toda la casa y de ésta a otras muchas. Las pérdidas fueron innumerables, se buscó un criminal y el comerciante acusó a mi abuelo. En vano protestó, y como era pobre y no podía pagar a los célebres abogados, fue condenado a ser azotado públicamente y paseado por las calles de Manila. No hace mucho se usaba todavía este castigo infamante, que el pueblo llama *caballo* y *vaca*, peor mil veces que la misma muerte. Mi abuelo, abandonado de todos menos de su joven esposa, vióse atado a un caballo, seguido de una cruel multitud, azotado en cada esquina, a la faz de los hombres, sus hermanos, y en la vecindad de los numerosos templos de un Dios de paz. Cuando el desgraciado, infame ya para siempre, hubo satisfecho la venganza de los hombres con su sangre, sus torturas y sus gritos, le tuvieron que sacar del caballo pues había perdido el sentido, y ¡ojalá hubiese muerto!. Por una de esas crueldades refinadas le dieron la libertad; su mujer encinta entonces, en vano

mendigó de puerta en puerta trabajo o limosna, para cuidar al enfermo marido y al pobre hijo, ¿quién se fía de la mujer de un incendiario e infame?. ¡La esposa, pues, tuvo que dedicarse a la prostitución!".

Ibarra se levantó de su asiento.

- ¡Oh, no os inquietéis!, la prostitución no era ya una deshonra para ella ni un deshonor para el marido: honor y vergüenza ya no existían. El marido curó de sus heridas y vino a ocultarse con su mujer e hijo en los montes de esta provincia. Aquí parió la mujer un feto estropeado y lleno de enfermedades que tuvo la fortuna de morir. Aquí vivieron algunos meses aún miserables, aislados odiados y huidos de todos. No pudiendo mi abuelo soportar su miseria y menos valeroso que su mujer, se ahorcó, desesperado de ver a su esposa enferma, privada de todo auxilio y cuidado. El cadáver se pudrió a la vista del hijo, que apenas podía cuidar a su madre enferma, y el mal olor lo descubrió a la justicia. Mi abuela fue acusada y condenada por no haber dado parte; se le atribuyó la muerte de su marido y se creyó, pues ¿de qué no es capaz la mujer de un miserable, que después fue prostituta?. Si jura, la llaman perjura, si llora le dicen que miente, y blasfema si invoca a Dios. Sin embargo, le tuvieron consideración y esperaron su alumbramiento para después azotarla: sabéis que los frailes extienden la creencia de que los indios únicamente se los puede tratar a palos: leed lo que dice el P. Gaspar de S. Agustín[1].

"Condenada así una mujer, maldecirá el día en que su hijo salga a luz: lo cual es, además de prolongar el suplicio, violentar los sentimientos maternales. La mujer parió con felicidad por desgracia, y por desgracia también el niño nació robusto. Dos meses después cumplióse la sentencia con gran satisfacción de los hombres, que así creían cumplir con su deber. No tranquila ya en estos montes, huyó con sus dos hijos a la vecina provincia y allí vivieron como fieras: odiando y odiados. El mayor de los dos hermanos, que recordaba en medio de tanta miseria su infancia feliz, se hizo tulisán tan luego como se halló con fuerza. Pronto el hombre sanguinario de *Bálat* se extendió de provincia en provincia, terror de los pueblos, porque en su venganza todo lo llevaba a sangre y fuego. El menor, que había recibido de la Naturaleza un corazón bueno, habíase resignado con su suerte e infamia al lado de su madre: vivían de lo que el bosque daba, vestíanse de los andrajos que les arrojaban los caminantes; ella había perdido su nombre, sólo se la conocía por los apelativos de *delincuente*, *prostituta*, *apaleada*; él era únicamente conocido por el hijo de su madre, porque por la dulzura de su carácter no le creían hijo del incendiario y porque todo se puede dudar de la moralidad de los indios. Al fin, el famoso Bálat cayó un día en poder de la Justicia, que le pidió estrecha cuenta de sus crímenes, ella que nada hizo para enseñarle el bien; y una mañana, buscando el joven a su madre, que había ido al bosque para coger hongos y aún no había vuelto, encontróla tendida en tierra, a orillas del camino, debajo de un algodonero, la cara vuelta al cielo, los ojos desencajados, fijos, crispados los dedos, hundidos en tierra sobre la cual se veían manchas de sangre. Ocúrresele al joven levantar la vista y seguir la mirada del cadáver, y ve en la rama colgado un cesto, y dentro del cesto la ensangrentada cabeza del hermano!".

- ¡Dios mío! –exclama Ibarra.

- Eso pudo exclamar mi padre –continuó Elías fríamente-. Los hombres habían descuartizado al salteador y enterrado el tronco, pero los miembros fueron esparcidos

[1] Entre los libros que tratan de Filipinas, se hallan las *Crónicas Franciscanas* escritas por un misionero que vivió 40 años entre los indios y de sus descripciones se han sacado algunos apuntes; pero no hay conformidad completa con otras crónicas. Los campos de observación de los misioneros eran distintos y el temperamento de cada uno influye mucho en la forma con que describe. El P. San Agustín no da a los naturales un carácter favorables. Según él, son generalmente "inconstantes, taimados, maliciosos, dormilones, holgazanes, tímidos y amantes de viajar por ríos, lagos y mares".

y colgados en diferentes pueblos. Si vais alguna vez de Calama a Santo Tomás, encontraréis todavía un miserable árbol de lomboy donde colgó pudriéndose una pierna de mi tío: la Naturaleza le ha maldecido y el árbol ni crece ni da fruto. Lo mismo hicieron con los otros miembros, pero la cabeza, la cabeza como lo mejor del individuo, como lo que más fácilmente se reconoce, la colgaron delante de la cabaña de la madre!.

Ibarra bajó la cabeza.

- El joven huyó como un maldito –continuó Elías-, huyó de pueblo en pueblo, por montes y valles, y cuando ya se creía desconocido, entró de trabajador en casa de un rico en la provincia de Tayabas. Su actividad, la dulzura de su carácter le granjearon la estimación de cuantos no conocían su pasado. A fuerza de trabajo y economía logró hacerse de un pequeño capital, y como la miseria había pasado y era joven, pensó en ser feliz. Su buena presencia, su juventud y su situación algo desahogada le captaron el amor de una joven del pueblo, cuya mano no se atrevía a pedir por medio de que el pasado se conozca. Pero el amor pudo más y ambos faltaron a sus deberes. El hombre, para salvar el honor de la mujer, lo arriesga todo, la pide en matrimonio, se buscan los papeles y todo se descubre: el padre de la joven era rico, consiguió que procesaran al hombre, que no trató de defenderse, lo admitió todo y fue enviado a presidio. La joven dio a luz un niño y una niña, que fueron criados en secreto, haciéndoles creer en un padre muerto, lo que no era difícil habiendo visto, siendo de tierna edad, morir a su madre, y pensándose poco en indagar genealogías. Como nuestro abuelo era rico, nuestra niñez fue muy venturosa; mi hermana y yo nos educamos juntos, nos amábamos como sólo se aman dos gemelos que no conocen otros amores. Muy joven fui a estudiar en el colegio de los jesuitas, y mi hermana, para no separarnos del todo, pasó a la pensión de la Concordia. Concluida nuestra corta educación, porque únicamente deseábamos ser agricultores, nos retiramos al pueblo para tomar posesión de la herencia de nuestro abuelo. Vivimos algún tiempo felices, el porvenir nos sonreía, teníamos muchos criados, nuestros campos cosechaban bien y mi hermana estaba en vísperas de casarse con un joven a quien adoraba y de quien era igualmente correspondida. Por cuestiones pecuniarias, por mi carácter entonces altivo, me enajené la voluntad de un lejano pariente, y un día me echó en cara mi tenebroso nacimiento; mi infame ascendencia. Yo lo creí una calumnia y pedí satisfacción: la tumba en que dormía tanta podredumbre se volvió a abrir y la verdad salió para confundirme. Para mayor desdicha, teníamos desde hace años un criado viejo, que sufría todos mis caprichos sin dejarnos nunca, contentándose sólo con llorar y gemir entre las burlas de los otros servidores. Yo no sé cómo lo averiguó mi pariente; el caso es que citó ante la justicia a este viejo y le hizo declarar la verdad; el viejo criado era nuestro padre, que se pegaba a sus queridos hijos y a quien yo había maltratado varias veces. Nuestra dicha se desvaneció, renuncié a nuestra fortuna, mi hermana perdió su novio y con mi padre abandonamos el pueblo para ir a otro punto cualquiera. El pensamiento de haber contribuido a nuestra desgracia acortó los días del anciano, de cuyos labios supe todo el doloroso pasado. Mi hermana y yo nos quedamos solos.

"Ella lloró mucho, pero en medio de tantos dolores como sobre nosotros se amontonaron, no pudo olvidarse de su amor. Sin quejarse, sin decir una palabra, vio casarse con otra a su antiguo novio y yo la vi poco a poco enfermarse sin poderla consolar. Un día desapareció; en vano la busqué por todas partes, en vano pregunté por ella, hasta que seis meses después supe que por aquella época, después de una crecida del lago, se había encontrado en la playa de Calamba entre unos arrozales el cadáver de una joven, ahogada o asesinada; tenía, según dicen, un cuchillo clavado en el pecho. Las autoridades de aquel pueblo hicieron publicar el hecho en los pueblos

vecinos; nadie se presentó a reclamar el cadáver, ninguna joven había desaparecido. Por las señales que me dieron después, por el traje, las alhajas, la hermosura de su rostro y su abundantísima cabellera, reconocí en aquella a mi pobre hermana. Desde entonces, vago de provincia en provincia; mi fama y mis historias andan en boca de muchos, se me atribuyen hechos, a veces se me calumnia, pero hago poco caso de los hombres y continúo mi camino. He aquí en breve relatada mi historia y la historia de uno de los juicios de los hombres."

Elías se cayó y continuó remando.

- Voy creyendo que no os falta de razón –murmuró en voz baja Crisóstomo- cuando decía que la justicia debía procurar el bien por la recompensa de la virtud y la educación de los criminales. Sólo que... esto es imposible, utópico; pues, ¿de donde sacar tanto dinero, tantos nuevos empleados?.

- Y ¿para qué están los sacerdotes que pregonan su misión de paz y caridad?. ¿Será más meritorio mojar con agua la cabeza de un niño, darle de comer sal, que despertar en la oscurecida conciencia de un criminal esa centella, dada por Dios a cada hombre para buscar el bien?. ¿Será más humano acompañar a un reo al patíbulo, que acompañarle por la difícil senda que conduce del vicio a la virtud?. ¿No se pagan también espías, verdugos y guardias civiles?. Esto, sobre ser sucio, cuesta dinero también.

- Amigo mío, ni vos ni yo, aunque lo queramos, no lo conseguiremos.

- Solos, en verdad, somos nada; ¡pero tomad la causa del pueblo, uníos al pueblo, no desoigáis sus voces, dad ejemplo a los demás, dad la idea de lo que se llama una patria!.

- Lo que pide el pueblo es imposible; es menester esperar.

- ¡Esperar, esperar equivale a sufrir!.

- Si lo pidiese, se me reirían.

- Y ¿si el pueblo os sostiene?.

- ¡Jamás!, no seré yo nunca el que he de guiar a la multitud a conseguir por la fuerza lo que el Gobierno no cree oportuno, ¡no!. Y si yo viera alguna vez a esa multitud armada, me pondría del lado del Gobierno y la combatiría, pues en esa turba no vería a mi país. Yo quiero bien, por eso levanto una escuela; lo busco por medio de la instrucción, por el progresivo adelanto; sin luz no hay camino.

- ¡Sin lucha tampoco hay libertad! -contestó Elías.

- ¡Es que yo no quiero esa libertad!.

- Es que sin libertad no hay luz –replicó el piloto con viveza-; decía que conocéis poco vuestro país, lo creo. No veis la lucha que se prepara, no veis la nube en el horizonte; el combate comienza en la esfera de las ideas para descender a la arena, que se teñirá de sangre; oigo la voz de Dios, ¡ay de los que quieran resistirle!, ¡para ellos no se ha escrito la Historia!.

Elías estaba transfigurado: de pie, descubierto, su semblante varonil, iluminado por la luna, tenía algo de extraordinario. Sacudió su abundante cabellera y continuó.

- ¿No veis como todo despierta?. El sueño duró siglos, un día cayó el rayo, y el rayo, al destruir, llamó la vida; desde entonces nuevas tendencias trabajan los espíritus, y estas tendencias, hoy separadas, se unirán un día guiadas por Dios. Dios no ha faltado a los otros pueblos, tampoco faltará al nuestro; su causa es la causa de la libertad.

Un silencio solemne siguió a estas palabras. Entretanto la barca, llevada insensiblemente por las olas, se acercaba a la orilla. Elías fue el primero que rompió el silencio.

- ¿Qué he de decir a los que me envían? –preguntó cambiando de tono.

- Ya os lo he dicho: que deploro mucho su estado, pero que esperen, pues los males no se curan con otros males y en nuestra desgracia todos tenemos nuestras culpas.

Elías no volvió a replicar; bajó la cabeza, continuó remando, y llegado a la orilla, se despidió de Ibarra diciendo:

- Os doy gracias, señor, por la condescendencia que habéis tenido conmigo; en interés vuestro os pido que en adelante olvidéis de mí y no me reconozcáis en cualquier situación que me encontréis.

Y dicho esto, volvió a conducir la barca, remando en dirección a la espesura de la playa. Durante la larga travesía permaneció silencioso; parecía no ver otra cosa que los millares de diamantes, que con el remo sacaba y devolvía al lago donde desaparecían misteriosos entre las azules ondas.

Por fin llegó; un hombre salió de la espesura y se le acercó.

- ¿Qué digo a Capitán? –preguntó.
- Dile que Elías, si no muere antes, cumplirá su palabra –contestó tristemente.
- Entonces ¿cuándo te reunirás con nosotros?.
- Cuando vuestro Capitán crea que ha llegado la hora del peligro.
- ¡Está bien, adiós!.
- ¡Si no muero antes! –murmuraba.

Capítulo 51

C A M B I O S

EL PUDIBUNDO LINARES ESTÁ serio y lleno de inquietud; acaba de recibir una carta de Dª. Victorina que dice así:

"Estimado primo: Dentro de tres días espero saber de ti ci ya te a matado el alférez o tu hael no qiero que pase un día más cin que eze animal tenga su castigo si pasa este plazo iaun no leas desafiao haese le digo ha don Santiago que jamás fuiste secretario ni dabas bromas a Canobas ni ivas de golgorio con el general don arseño Martines le digo ha Clarita que todo es bola ino te doy ni un quarto mas si le desafias te prometo todo lo que qieras con que haver si le deza fia te prebengo que no hay es qucas ni motibos.

"Tu prima que te quiere deroracon

Victorina de los Reyes de De Espadaña.

"Sampaloc lunes a las 7 de la Noche."

El asunto era serio: Linares conocía el carácter de Dª. Victorina y sabía de qué era capaz; hablarle de razón era hablar de honradez y urbanidad a un carabinero de Hacienda, cuando se propone encontrar contrabando donde no lo hay; suplicar era inútil, engañar peor; no había más remedio que desafiar.

- Pero ¿cómo? –decía paseándose solo-; ¿si me recibe a cajas destempladas?, ¿si me encuentro con su señora?, ¿quién querrá ser mi padrino?, ¿el cura?, ¿Capitán Tiago?. ¡Maldita sea la hora en que he dado oídos a sus consejos!. ¡Latera[1]!. ¿Quién

[1] Fastidiosa, que hace pasar un rato pesado o aburrido.

me obliga a darme pisto, contar bolas, engatusar fanfarronadas?, ¿qué va a decir de mí esa señorita...?. ¡Ahora me pesa haber sido secretario de todos los ministros!.

En este triste soliloquio estaba el buen Linares cuando el P. Salví llegó. El franciscano estaba en verdad más flaco y pálido que de costumbre, pero sus ojos brillaban con una luz singular y en sus labios se asomaba una extraña sonrisa.

- Sr. Linares, ¿tan solo? –saludó dirigiéndose a la sala por cuya entreabierta puerta se escapaban algunas notas del piano.

Linares quiso sonreír.

- Y ¿don Santiago? –añadió el cura.

Capitán Tiago se presentó en el momento mismo, besó la mano del cura, le desembarazó de su sombrero y bastón, sonriendo como un bendito.

- ¡Vamos, vamos! –decía el cura entrando en la sala seguido de Linares y Capitán Tiago-; tengo buenas noticias que participar a todos. He recibido cartas de Manila que me confirman la que ayer me trajo el Sr. Ibarra... de modo, D. Santiago, que el impedimento desaparece.

María Clara, que estaba sentada al piano entre sus dos amigas, medio se levanta, pero pierde las fuerzas y vuelve a sentarse. Linares palidece y mira a Capitán Tiago, que baja los ojos.

- Ese joven me va pareciendo muy simpático –continúa el cura-; al principio le juzgué mal... es un poco vivo de genio, pero después sabe tan bien arreglar sus faltas que no se le puede guardar rencor. Si no fuera por el P. Dámaso... -y el cura dirigió una rápida mirada a María Clara, que escuchaba pero sin apartar los ojos del papel de música, a pesar de los pellizcos disimulados de Sinang, que así expresaba su alegría; a estar a solas habría bailado.

- ¿El P. Dámaso...? –preguntó Linares.

- Sí, el P. Dámaso ha dicho –continuó el cura sin separar su vista de María Clara- que como... padrino de bautismo, no podía él permitir... pero en fin, yo creo que si el Sr. Ibarra le pide perdón, lo que no dudo, todo se arreglará.

María Clara se levantó, dio una excusa y se retiró a su cuarto, acompañada de Victoria.

- Y ¿si el P. Dámaso no le persona? –pregunta a voz baja Capitán Tiago.

- Entonces... María Clara verá... el P. Dámaso es su padre... espiritual; pero yo creo que se entenderán.

En aquel instante oyéronse pasos y apareció Ibarra, seguido de la tía Isabel: su presencia produjo una impresión muy variada. Saludó con afabilidad a Capitán Tiago, que no supo si sonreír o llorar, a Linares con una profunda inclinación de cabeza. Fr. Salví se levantó y le tendió tan afectuosamente la mano que Ibarra no pudo contener una mirada de sorpresa.

- No lo extrañe Ud. –dice el P. Salví-; ahora mismo le alababa a Ud.

Ibarra dio las gracias y se acercó a Sinang.

- ¿Dónde has estado todo el día? –preguntó ésta con su charla juvenil-; nos preguntábamos y decíamos: ¿Adónde habrá ido esa alma redimida del Purgatorio?. Y cada una de nosotras decía una cosa.

- Y ¿se puede decir qué decíais?.

- No, eso es un secreto, pero ya te lo diré a solas. Ahora dinos dónde has estado, para ver quién ha podido adivinar.

- No, eso es también un secreto, pero yo te lo diré a solas, si los señores lo permiten.

- ¡Ya lo creo, ya lo creo!. ¡No faltaba más! –dijo el P. Salví.

Sinang llevó a Crisóstomo a un extremo de la sala: ella estaba muy alegre con la idea de saber un secreto.

- Dime, amiguita –preguntó Ibarra-; ¿está María enfadada conmigo?.

- No lo sé, pero dice que es mejor que la olvides y se pone a llorar. Capitán Tiago quiere que se case con aquel señor, el P. Dámaso también, pero ella no dice ni sí ni no. Esta mañana, cuando preguntábamos por ti y yo decía ¿si habría ido a hacer el amor a alguna? ella me contestó: ¡ojalá! Y se puso a llorar.

Ibarra estaba serio.

- Dile a María que quiero hablarle a solas.

- ¿A solas? –preguntó Sinang frunciendo las cejas y mirándole.

- Enteramente a solas, no; pero que no esté aquel delante.

- Es difícil: pero pierde cuidado, se lo diré.

- Y ¿cuándo sabré la contestación?.

- Mañana, vete a casa temprano. María no quiere jamás estar sola, la acompañamos; Victoria duerme una noche a su lado y yo otra; mañana me toca el turno. Pero oye, ¿y el secreto?. ¿Te vas sin decirme lo principal?.

- ¡Es verdad!. Estuve en el pueblo de Los Baños; voy a explotar los locales, pues pienso levantar una fábrica; tu padre será mi socio.

- ¿Nada más que eso?. ¡Vaya un secreto! –exclamó Sinang en voz alta con el tono de un usurero estafado-; yo creía...

- ¡Cuidado! ¡no te permito que lo publiques!.

- ¡Ni ganas! –contestó Sinang arrugando la nariz-. Si fuera algo más importante, lo diría a mis amigas; pero ¡comprar cocos! ¡cocos! ¿quién se interesa por los cocos?.

Y más que de prisa fue a buscar a sus amigas.

Momentos después, Ibarra se despidió viendo que la reunión no podía menos de languidecer; Capitán Tiago tenía una cara agridulce, Linares estaba callado y observaba, el cura aparentando alegría hablaba de cosas extrañas. Ninguna de las jóvenes había vuelto a salir.

Capítulo 52

LA CARTA DE LOS MUERTOS Y LAS SOMBRAS

EL NUBLADO CIELO OCULTA a la luna; un viento frío, presagio del próximo diciembre, barre algunas hojas secas y el polvo en el estrecho sendero que conduce al cementerio.

Tres sombras se hablan en voz baja debajo de la puerta.

- ¿Le has hablado a Elías? –pregunta una voz.

- No, ya sabes que es muy raro y circunspecto, pero debe ser de nosotros: D. Crisóstomo le ha salvado la vida.

- Por eso también acepté –dice la primera voz-; ¡D. Crisóstomo hace que la curen a mi mujer en casa de un médico en Manila!. Me he encargado del convento para arreglar mis cuentas con el cura.

- Y nosotros, del cuartel para decir a los civiles que nuestro padre tenía hijos.

- Cinco, con cinco hay bastante. El criado de D. Crisóstomo dice que seremos veinte.

- Y ¿si no salís bien?.

- ¡St! –dijo uno y todos se callaron.

Veíase a favor de la semioscuridad venir una sombra, deslizarse siguiendo el cerco: de tiempo en tiempo se detenía como si volviese la cara hacia atrás.

Y no le faltaba motivo. Detrás, a unos veinte pasos, venía otra sombra, mayor y que parecía más sombra que la primera: tan ligeramente pisaba el suelo, desaparecía con rapidez como si le tragase la tierra cada vez que la primera se detenía y volvía.

- ¡Me siguen! –murmuró ésta-; ¿será la Guardia Civil? ¿mentirá el sacristán mayor?.

- Dicen que es aquí la cita –decía en voz baja la segunda sombra-; de algo malo se debe tratar cuando me lo ocultan los dos hermanos.

La primera sombra llegó al fin a la puerta del cementerio. Las tres primeras se adelantaron.

- ¿Sois vosotros?.

- ¿Sois vos?.

- ¡Separémonos que me han seguido!. Mañana tendréis las armas y a la noche será. El grito es "¡Viva D. Crisóstomo!". ¡Idos!.

Las tres sombras desaparecieron detrás de las tapias. El recién llegado se ocultó en el hueco de la puerta y esperó silencioso.

- ¡Veamos quién me persigue! –murmuró.

La segunda sombra llegó con mucha precaución y se detuvo como para mirar en torno suyo.

- ¡He llegado tarde! –dijo a media voz-; pero acaso vuelvan.

Y como empezaba a caer una lluvia fina y menuda que amenazaba durar, pensó guarecerse debajo de la puerta.

Naturalmente se encontró con el otro.

- ¡Ah! ¿quién sois? –preguntó el recién llegado con una voz varonil.

- Y ¿quién sois vos? –contestó el otro tranquilamente.

Un momento de pausa; ambos trataban de reconocerse por el timbre de la voz y distinguirse las facciones.

- ¿Qué esperáis aquí? –preguntó el de la voz varonil.

- Que den las ocho para tener la carta de los muertos, quiero ganar esta noche una cantidad –contestó el otro con voz natural-; y vos ¿a qué venís?.

- A... lo mismo.

- ¡Abá! me alegro: así no estaré sin compañero. Traigo carta; a la primera campanada les pongo albur; a la segunda, gallo; las que se muevan son las cartas de los muertos y hay que disputárselas a tajos. ¿Traéis también cartas?.

- ¡No!.

- Sencillamente; así como les ponéis banca, espero que ellos me la pondrán.

- Y ¿si los muertos no la ponen?.

- ¿Qué hacer?. El juego no se ha hecho aún obligatorio entre los muertos...

Hubo un momento de silencio.

- ¿Venís armado?. ¿Cómo vais a luchar con los muertos?

- Con mis puños –contestó el más grande de los dos.

- ¡Ah, diablo, ahora me acuerdo!, los muertos no apuntan cuando hay más de un vivo y somos dos.

- ¿De veras?. Pues yo no quiero irme.

- Ni yo, me hace falta dinero –contestó el más pequeño-; pero hagamos una cosa; juguemos entre los dos, y el que pierda que se aleje.

- Sea... –contestó el otro con cierto disgusto.

- Entonces entremos.. ¿tenéis fósforos?.

Entraron y buscaron en aquella semioscuridad un lugar a propósito; pronto encontraron un nicho sobre el que se sentaron. El más bajo sacó de su salakot una cartas y el otro encendió un fósforo.

A la luz miráronse el uno al otro, pero, a juzgar por la expresión de sus rostros, no se conocían. No obstante, nosotros reconoceremos en el más alto y de voz varonil a Elías, y en el menor a Lucas con su cicatriz en la mejilla.

- ¡Cortad! –dijo éste, sin dejar de observarle.

Apartó algunos huesos que encontró sobre el nicho, y sacó un as y un caballo. Elías encendía fósforos uno tras otro.

- ¡Al caballo! –dijo y para señalar la carta puso una vértebra encima.

- ¡Juego! –dijo Lucas y a las cuatro o cinco cartas sacó un as.

- Habéis perdido –añadió-; ahora dejadme solo que me busque la vida.

Elías, sin decir una palabra, se alejó perdiéndose en la oscuridad.

Algunos minutos después dieron las ocho en el reloj de la iglesia y la campana anunció la hora de las ánimas; pero Lucas no invitó a jugar a nadie; no evocó a los muertos como manda la superstición, sino que se descubrió y murmuró algunas oraciones, santiguándose con el mismo fervor que lo haría en aquel momento el jefe de la Cofradía del Santísimo Rosario.

Toda la noche siguió lloviznando. A las nueve las calles estaban ya oscuras y solitarias; los faroles de aceite, que cada vecino debe colgar, apenas iluminaban una esfera de un metro de radio; parecían encendidos para hacer ver las tinieblas.

Dos guardias civiles se pasean de un extremo a otro de la calle, cerca de la iglesia.

- ¡Hace frío! –decía uno en tagalo con acento visaya-; no cogeremos a ningún sacristán; no hay quien componga el gallinero del alférez... Con la muerte del otro se han escarmentado; esto me aburre.

- Y a mí –contesta el otro-; nadie roba, ni alborota; pero, gracias a Dios, dicen que ese Elías está en el pueblo. Dice el alférez que el que le coja, estará libre de razones durante tres meses.

- ¡Aa!. ¿Sabes de memoria las señas? –preguntó el visaya.

- ¡Ya lo creo!. Estatura, alta según el alférez, regular según el P. Dámaso; color, moreno; ojos, negros; nariz, regular; boca, regular; barba, ninguna; pelo, negro...

- ¡Aa! Y ¿señas particulares?.

- Camisa negra, pantalón negro, leñador...

- ¡Aa! No se escapará; me parece ya verle.

- No le confundo con otro, aunque se le parezca.

Y ambos soldados siguen su ronda.

A la luz de los faroles vemos otra vez dos sombras ir una detrás de otra con gran cautela. Un enérgico ¿*quién vive*? Detiene a ambas, y la primera contesta ¡*España*! Con voz temblorosa.

Los soldados le arrastran y lo llevan a un farol para reconocerle. Era Lucas, pero los soldados dudan y se consultan con la mirada.

- ¡El alférez no ha dicho que tenga cicatriz! –dice el visaya en voz baja-. ¿Adonde vas?.

- A mandar una misa para mañana.

- ¿No has visto a Elías?.

- ¡No le conozco, señor! –contesta Lucas.

- ¡No te pregunto si le conoces, tonto!, tampoco le conocemos; te pregunto si le has visto.

- No señor.

- Oye bien, te diré sus señas. Estatura a veces alta, a veces regular; pelo y ojos, negros; todo lo demás es regular –dice el visaya-. ¿Le conoces ahora?.

- ¡No señor! –contestó Lucas atontado.

- Entonces ¡*sulung*! ¡bruto! ¡burro! – y le dieron un empellón.

- ¿Sabes tú por qué para el alférez es alto Elías y para el cura regular? –pregunta pensativo el tagalo al visaya.

- No.

- Porque el alférez estaba hundido en el charco cuando le observó y el cura de pie.

- ¡Es verdad! –exclama el visaya-; tienes talento... ¿cómo eres guardia civil?.

- No siempre lo fui; yo era contrabandista -contesta el tagalo con jactancia.

Pero otra sombra los distrajo: le dieron el ¿*quién vive*? y la llevaron a la luz. Esta vez era el mismo Elías el que se presentaba.

- ¿Adónde vas?.

- A perseguir, señor, a un hombre que pegó y amenazó a mi hermano; tiene una cicatriz en la cara y se llama Elías...

- ¿Ah? –exclamaron los dos y se miraron espantados.

Y acto continuo echan a correr en dirección a la iglesia, donde minutos antes había desaparecido Lucas.

Capítulo 53

IL BUON DI SI CONOSCE DA MATTINA[1]

TEMPRANO SE ESPARCÍA por el pueblo la noticia de que la noche anterior se había visto muchas luces en el cementerio.

El jefe de la V.O.T. hablaba de velas encendidas y describía sus formas y tamaños, pero no puede decir a punto fijo el número, pero había contado más de veinte. Hermana Sipa, de la Cofradía del Smo. Rosario, no debía tolerar que se jacte solo de haber visto esta Gracia de Dios uno de la Hermandad enemiga: Hermana Sipa, aunque no vive cerca, oyó lamentos y gemidos, y hasta creyó reconocer en las voces ciertas personas, con quien ella en otro tiempo... pero la caridad cristiana, no solamente perdonaba sino oraba y callaba sus nombres, por lo cual todos la declaraban santa *continenti*. Hermana Rufa no tiene en verdad tan fino el oído, pero

[1] El buen día se conoce en la mañana.

no debe sufrir que Hermana Sipa lo haya oído y ella no; por esto ha tenido un sueño y se le han presentado muchas almas, no sólo de personas muertas sino también de vivas; las almas en pena pedían parte de sus indulgencias, apuntadas en toda regla y atesoradas. Ella podrá decir los nombres a las familias interesadas, y sólo pide una pequeña limosna para socorrer al Papa en sus necesidades.

Un muchachuelo, pastor de oficio, que se atrevió a asegurar no haber visto más que una luz y dos hombres con salakot, a duras penas escapó de palos e insultos. En vano juró; estaban sus carabaos que venían con él y podían hablar.

- ¿Vas a saber más que el celador y las Hermanas, *paracmason*[2], hereje? –le decían y le miraban con malos ojos.

El cura subió al púlpito y volvió a predicar sobre el Purgatorio, y los pesos volvieron a salir de sus escondites para pagar una misa.

Pero dejemos a las almas en pena y oigamos la conversación de D. Filipo y del viejo Tasio, enfermo, en su casita solitaria. Hacía días que el filósofo o el loco no dejaba la cama, postrado por una debilidad que progresaba rápidamente.

- En verdad que no sé si felicitaros porque os hayan admitido la dimisión; antes, cuando el gobernadorcillo desoyó tan descaradamente el parecer de la mayoría, el solicitarla era justo; pero ahora que estáis en lucha con la Guardia Civil es inconveniente. En tiempo de guerra se debe permanecer en su puesto.

- Sí, pero no cuando el general se vende –contestó D. Filipo-; ya sabéis que a la siguiente mañana puso el gobernadorcillo en libertad a los soldados que he conseguido prender, y se ha negado a dar un solo paso. Sin el consentimiento de mi superior no puedo nada.

- Vos, solo, nada, pero con los demás mucho. Hubierais aprovechado esta ocasión para dar un ejemplo a los otros pueblos. Sobre la ridícula autoridad del gobernadorcillo está el derecho del pueblo; era el comienzo de una buena lección y la perdisteis.

- Y ¿qué hubiera podido yo contra el representante de las preocupaciones?. Ahí tenéis al Sr. Ibarra, se ha plegado a las creencias de la multitud, ¿pensáis que él cree en la excomunión?.

- No estáis en la misma situación: el Sr. Ibarra quiere sembrar, y para sembrar hay que bajarse y obedecer a la materia; vuestra misión era sacudir, y para sacudir se pide fuerza e impulso. Además la lucha no se debía plantar contra el gobernadorcillo; la frase debía ser: contra el que abusa de la fuerza, contra el que turba la tranquilidad pública, contra el que falta a su deber; y no hubierais estado solo, pues que el país de ahora no es ya el mismo de hace veinte años.

- ¿Lo creéis? –preguntó D. Filipo.

- ¿Y no lo sentís? –contestó el anciano medio incorporándose en el lecho-; ¡ah! es porque no habéis visto el pasado, no habéis estudiado el efecto de la inmigración europea, de la venida de nuevos libros y de la marcha de la juventud a Europa. Estudiad y comparad: es cierto que existe aún la Real y Pontificia Universidad de Sto. Tomás con su sapientísimo claustro y se ejercitan todavía algunas inteligencias en formular distingos y ultimar las sutilezas del escolasticismo, pero ¿dónde encontraréis ahora aquella juventud metafísica de nuestros tiempos, de instrucción arqueológica, que, torturado el encéfalo, moría sofisticando en un rincón de provincias, sin acabar de comprender los atributos del *ente*, sin resolver la cuestión de la *esencia* y *existencia*, elevadísimos conceptos que nos hacían olvidar de lo esencial: ¿de nuestra existencia y propia identidad?. ¡Ved ahora la niñez!. Llena de entusiasmo a la vista de más amplios horizontes, estudia Historia, Matemáticas, Geografía, Literatura, Ciencias

[2] Por francmasón o perteneciente a la Sociedad Masónica.

Librodot

Físicas, Lenguas, materias todas que en nuestro tiempo oíamos con horror como si fueran herejías; el más librepensador de mi época las declaraba inferiores a las categorías de Aristóteles y a las leyes del silogismo. El hombre ha comprendido al fin que es hombre; renuncia al análisis de su Dios a penetrar en el impalpable, en lo que no ha visto, a dar leyes a los fantasmas de su cerebro; el hombre comprende que su herencia es el vasto mundo cuyo dominio está a su alcance; cansado de un trabajo inútil y presuntuoso, baja la cabeza y examina cuanto le rodea. Ved ahora cómo nacen nuestros poetas; las Musas de la Naturaleza nos abren poco a poco sus tesoros y empiezan a sonreírnos para alentarnos al trabajo. Las Ciencias experimentales han dado ya sus primeros frutos; falta ahora que el tiempo los perfeccione. Los nuevos abogados se forman en los nuevos moldes de la Filosofía del Derecho; algunos empiezan a brillar en medio de las tinieblas que rodean a nuestra tribuna y advierten un cambio en la marcha de los tiempos. Oíd cómo habla la juventud, visitad los centros de enseñanza, y otros nombres resuenan en las paredes de los claustros, allí donde sólo oíamos los de Sto. Tomás, Suárez, Amat, Sánchez y otros, ídolos de mis tiempos. ¡En vano claman desde el púlpito los frailes contra la desmoralización, como claman los vendedores de pescado contra la avaricia de los compradores, sin notar que su mercancía está pasada e inservible!. En vano extienden los conventos sus prolongaciones y raíces para ahogar en los pueblos la corriente nueva; los dioses se van; las raíces del árbol pueden enflaquecer a las plantas que en él se apoyan, pero no quitar la vida a los otros seres, que, como el ave, se remontan a los cielos.

El filósofo hablaba con animación; sus ojos brillaban.

- Sin embargo, el germen nuevo es pequeño; si todos se proponen, el progreso, que tan caro compramos, se puede ahogar –objetó D. Filipo incrédulo.

- Ahogarle, ¿quién? ¿el hombre, ese enano enfermo, ahogar al Progreso, al poderoso hijo del tiempo y de la actividad?. ¿Cuándo lo pudo?. El dogma, el cadalso y la hoguera, tratando de suspenderle, le empujan. *E pur si muove* decía Galileo cuando los dominicos le obligaban a declarar que la tierra no se movía; la misma frase se aplica al progreso humano. Se violentarán algunas voluntades, se sacrificarán algunos individuos, pero no importa: el Progreso seguirá su camino, y de la sangre de los que caigan brotarán nuevos vigorosos retoños. ¡Ved! la Prensa misma, por más retrógrada que quisiese ser, da también sin quererlo un paso hacia delante; los mismos dominicos no escapan a esta ley, e imitan a los jesuitas, sus enemigos irreconciliables: dan fiestas en sus claustros, levantan teatritos, componen poesías, porque, como no les falta inteligencia a pesar de creerse en el siglo XV, comprenden que los jesuitas tienen razón y tomarán aún parte en el porvenir de los pueblos jóvenes que han educado.

- Según vos, ¿los jesuitas van con el Progreso? –preguntó admirado D. Filipo-; ¿por qué se los combate en Europa?.

- Os contestaré como un antiguo escolástico –contestó el filósofo, volviéndose a acostar y recobrando su fisonomía burlona-; de tres maneras se puede ir con el Progreso: delante, al lado y detrás; los primeros le guían, los segundo semejan llevar, los últimos son arrastrados, y a estos pertenecen los jesuitas. Ellos ya quisieran dirigirle, pero, como le ven fuerte y con otras tendencias, capitulan, prefieren seguir que no ser aplastados o quedarse en medio del camino entre sombras. Ahora bien, nosotros, en Filipinas, vamos lo menos tres siglos detrás del carro: apenas empezamos a salir de la Edad Media; por esto los jesuitas, que son retroceso en Europa, vistos desde aquí, representan el Progreso; Filipinas les debe su naciente instrucción, las Ciencias Naturales, alma del siglo XIX, como a los dominicos el Escolasticismo, muerto ya a pesar de León XIII: no hay Papa que resucite lo que el sentido común a ajusticiado... Pero ¿dónde hemos ido? –preguntó cambiando de tono-

; ¡ah! Hablábamos del estado actual de Filipinas... Sí, ahora entramos en el período de lucha, digo, vosotros: nuestra generación pertenece a la noche, nos vamos. La lucha está entre el pasado, que se aferra y agarra con maldiciones al vacilante feudal castillo, y el porvenir, cuyo canto de triunfo se oye a lo lejos a los resplandores de una naciente aurora, trayendo la Buena Nueva de otros países... ¿Quiénes caerán y se sepultarán en las ruinas de lo que se desmonte?.

El anciano calló, y viendo que D. Filipo le miraba pensativo, sonrióse y repuso:

- Casi adivino lo que pensáis.

- ¿De veras?.

- Pensáis que muy bien puedo equivocarme –dijo sonriendo con tristeza-, hoy tengo fiebre y no soy infalible: *homo sum et nibil humani a me alienum puto*[3], decía Terencio; pero si alguna vez se permite soñar, ¿por qué no soñar agradablemente en la últimas horas de la vida?. Y luego, ¡no he vivido más que de sueños!, nuestros jóvenes no piensan más que en amoríos y placeres: más tiempo gastan y trabajan más para engañar y deshonrar a una joven, que para pensar en el bien de su país; nuestras mujeres, por cuidar de la casa y la familia de Dios, se olvidan de las propias; nuestros hombres sólo son activos para el vicio y heroicos en la vergüenza; la niñez despierta en tinieblas y rutina, la juventud vive sus mejores años sin ideal, y la edad madura, estéril, tan sólo sirve para corromper con su ejemplo a la juventud... Me alegro de morir... *claudite jam rivos, pueri*[4].

- ¿Queréis alguna medicina? –preguntó D. Filipo para cambiar el giro de la conversación que había puesto sombrío el semblante del enfermo.

- Los que mueren no necesitan medicinas; los que os quedáis. Decid a D. Crisóstomo que me visite mañana, pues tengo cosas muy importantes que decirle. Dentro de algunos días me voy. ¡Filipinas está en tinieblas!.

D. Filipo, después de algunos minutos más de conversación, dejó, grave y pensativo, la casa del enfermo.

Capítulo 54

Quid quid latet, adparebit
Nil inulfum remanebit[1].

[3] Soy hombre y no juzgo extraño a mi nada humano. Así dice Terencio en el *Heantontimorumenos* (I, 1, 25)

[4] Cerrad ya las regueras, muchachos; es decir, basta de esto. Tomado del último verso de la Égloga 3 de Virgilio.

[1] "Dos versos también conocidos del *Dies Irae*: Todo lo que estaba oculto será revelado; nada quedará impune". (Sempau-Maucci).

LA CAMPANA ANUNCIA la oración de la tarde; al oír el religioso tañido detiénense todos, dejan sus ocupaciones y se descubren: el labrador que viene del campo, suspende el canto, para el acompasado andar del carabao que monta, y reza; las mujeres se persignan en medio de la calle y agitan con afectación los labios para que nadie dude de su devoción; el hombre deja de acariciar su gallo y reza el *Angelus* para que la suerte le sea propicia; en las casas se reza en voz alta... todo ruido que no sea el del Avemaría se disipa, enmudece.

Sin embargo, el cura, con sombrero, atraviesa de prisa la calle y escandaliza a muchas viejas; ¡y más escándalo!, se dirige a casa del alférez. Las devotas creen tiempo ya de suspender el movimiento de sus labios para besarle la mano al cura, pero el P. Salví no hace caso de ellas; hoy no encuentra placer en colocar su huesuda mano sobre la nariz cristiana, para de allí deslizarla disimuladamente (según ha observado Dª. Consolación) en el seno de una graciosa jovencita, que se inclina para pedir la bendición. ¡Importante asunto debe preocuparlo para olvidarse así de sus propios intereses y de los de la Iglesia!.

En efecto, precipitadamente sube las escaleras y llama con impaciencia a la puerta del alférez, que aparece cejijunto, seguido de su mitad, que sonríe como una condenada.

- ¡Ah, Padre Cura!, iba a verle ahora, el cabrón de Ud...

- Tengo un asunto importantísimo.

- No puedo permitir que me anden rompiendo el cerco... ¡le pego un tiro si vuelve!.

- ¡Eso si tiene Ud. tiempo de vivir hasta mañana! –dice el cura jadeante y dirigiéndose hacia la sala.

- ¿Qué?, ¿cree Ud. que me mata a mi ese muñeco sietemesino?. ¡Le reviento de un puntapié!.

P. Salví retrocedió y miró instintivamente hacia el pie del alférez.

- ¿De quién habla Ud.? –preguntó temblando.

- ¿De quién he de hablar sino de ese bobalicón, que me propone un desafío a revólver a cien pasos?.

- ¡Ah! –respiró el cura y añadió-. Vengo a hablarle de un asunto urgentísimo.

- ¡Déjeme Ud. de asuntos!. ¡Será como el de los dos muchachos!.

Si la luz no hubiera sido de aceite y el globo no hubiera estado tan sucio, habría visto el alférez la palidez del Cura.

- ¡Hoy se trata seriamente de la vida de todos! –repuso éste a media voz.

- ¡Seriamente! –repitió el alférez palideciendo-; ¿tira bien ese joven...?

- No hablo de él.

- ¿Entonces?.

El fraile le indicó la puerta que él cerró a su manera, de un puntapié. El alférez hallaba las manos superfluas y no habría perdido nada con dejar de ser bimano. Una imprecación y un rugido respondieron de fuera.

- ¡Bruto!, ¡me has partido la frente! –gritó la esposa.

- ¡Ahora, desembuche Ud.! –dijo al Cura tranquilamente.

Éste le miró un largo rato; después preguntó con aquella voz nasal y monótona de predicador.

- ¿Me ha visto Ud. como venía, corriendo?.

- ¡Rediós!, ¡creía que estaba Ud. con diarrea!.

- Pues bien –dijo el cura sin cuidarse de la grosería del alférez-, cuando así falto a mi deber, es que hay graves motivos.

- Y ¿qué más? –preguntó el otro golpeando con el pie el suelo.

- ¡Calma!.

- Entonces, ¿a qué venir con tanta prisa?.

El cura se le acercó y preguntó con misterio.

- ¿No... sabe Ud.... nada de nuevo?.

El alférez se encogió de hombros.

- Ud. confiesa que no sabe nada absolutamente.

- ¿Me quiere Ud. hablar de Elías, que anoche escondió su sacristán mayor? –preguntó.

- No, no hablo ahora de esos cuentos –contestó el cura malhumorado-, hablo de un gran peligro.

- ¡Pues, p...!, ¡suéltese Ud., entonces!.

- ¡Vaya! –dijo el fraile lentamente y con cierto desdén-, verá Ud. una vez más la importancia que tenemos los religiosos; el último lego vale un regimiento; con que un cura...

Y bajando la voz y con mucho misterio:

- ¡He descubierto una gran conspiración!.

El alférez saltó y miró al fraile atónito.

- Una terrible y bien urdida conspiración que ha de estallar esta misma noche.

- ¡Esta misma noche! –exclamó el alférez abalanzándose al Cura; y, corriendo a su revólver y sable colgados de la pared.

- ¿A quién prendo? ¿a quién prendo? –gritó.

- ¡Cálmese Ud., aún hay tiempo gracias a la prisa que me ha dado; hasta las ocho...

- ¡Fusilo a todos!.

- ¡Escuche Ud.!. Esta tarde, una mujer cuyo nombre no debo decir (es un secreto de confesión) se ha acercado a mí y me lo ha descubierto todo. A las ocho se apoderan del cuartel por sorpresa, saquean el convento, apresan la falúa y nos asesinan a todos los españoles.

El alférez estaba atontado.

- La mujer no me ha dicho más que esto –añadió el cura.

- ¿No ha dicho más?, ¡pues la prendo!.

- No lo puedo consentir: el tribunal de la penitencia es el tronco del Dios de las misericordias.

- ¡No hay Dios ni misericordias que valgan!, ¡la prendo!.

- Está Ud. perdiendo la cabeza. Lo que Ud. debe hacer es prepararse; arme Ud. silenciosamente a los soldados y póngalos en emboscada; mándeme cuatro guardias para el convento y advierta a los de la falúa.

- ¡La falúa no está!. ¡Pido auxilio a las otras secciones!.

- No, que entonces se nota y no siguen lo que traman. Lo que importa es que los cojamos vivos y les hagamos cantar, digo, Ud. les hará cantar; yo en calidad de sacerdote, no debo mezclarme en estos asuntos. ¡Atención!, aquí puede Ud. ganarse cruces y estrellas: sólo pido que haga constar que soy yo quien le ha prevenido.

- ¡Constará, Padre, constará, y acaso le caiga una mitra! –contestó el alférez radiante, mirándose las mangas de su uniforme.

- Con que me manda Ud. cuatro guardias disfrazados, ¿eh?, ¡discreción!, esta noche a las ocho llueven estrellas y cruces.

Mientras esto pasaba, un hombre va corriendo el camino que conduce a casa de Crisóstomo y sube las escaleras aprisa.

- ¿Está el señor? –pregunta la voz de Elías al criado.

- Está en su gabinete trabajando.

Ibarra, para distraer su impaciencia esperando la hora de poder tener explicaciones con María Clara, se había puesto a trabajar en su laboratorio.

- ¿Ah, sois vos, Elías? –exclamó-; pensaba en vos: ayer me había olvidado de preguntaros por el nombre de aquel español en cuya casa vivía vuestro abuelo.

- No se trata, señor, de mí...

- Ved –continuó Ibarra sin notar la agitación del joven y acercando un trozo de caña a la llama-; he hecho un gran descubrimiento: esta caña es incombustible...

- No se trata, señor, de la caña ahora; se trata de que recojáis vuestros papeles y huyáis dentro de un minuto.

Ibarra miró sorprendido a Elías y, al ver la gravedad de su semblante, se le cayó el objeto que tenía entre las manos.

- Quemad todo cuanto os pueda comprometer y que dentro de una hora os encontraréis en un lugar más seguro.

- Y ¿por qué? –preguntó al fin.

- Poned en seguro cuanto tenéis de más precioso...

- Y ¿por qué?.

- Quemad todo papel escrito por vos o para vos: el más inocente se puede interpretar mal...

- Pero y ¿por qué?.

- ¿Por qué?, porque acabo de descubrir una conspiración que se os atribuye para perderos.

- ¿Una conspiración?, y ¿quién la trama?.

- Me ha sido imposible averiguar el autor de ella; hace un momento acabo de hablar con uno de los desgraciados pagados para ello y a quién no he podido disuadir.

- Y ése ¿no os ha referido quién es el que le paga?.

- Sí, exigiéndome que le guarde el secreto, me dijo que erais vos.

- ¡Dios mío! –exclamó Ibarra y se quedó aterrado.

- ¡Señor, no dudéis, no perdamos tiempo, que la conjura acaso estalle esta noche misma!.

Ibarra, con los ojos desmesuradamente abiertos y las manos en la cabeza, parecía no oírle.

- El golpe no se puede impedir –continuó Elías-; he llegado tarde, desconozco a sus jefes... ¡salvaos, señor, conservaos para vuestro país!.

- ¿A dónde huir?. ¡Esta noche me esperan! –exclamó Ibarra pensando en María Clara.

- ¡A otro pueblo cualquiera, a Manila, a casa de alguna autoridad, pero en otra parte, para que no se diga que dirigíais el movimiento!.

- Y ¿si yo mismo denuncio la conspiración?.

- ¿Vos denunciar? –exclamó Elías mirándole y retrocediendo-, pasaríais por traidor y cobarde a los ojos de los conspiradores, y por pusilánime a los ojos de los otros; se diría que les tendisteis un lazo para hacer mérito, se diría...

- Pero ¿qué hacer?.

- Ya os lo dije: destruir cuantos papeles tengáis que se relacionan con vuestra persona, huir y esperar los acontecimientos.

- ¿Y María Clara? –exclamó el joven-; ¡no, antes morir!.

Elías se retorció las manos y dijo:

- ¡Pues bien, a lo menos evitad el golpe, preparaos para cuando os acusen!.

Ibarra miró alrededor suyo en ademán atontado.

Entonces, ayudadme; allí en esas carpetas tengo las cartas de mi familia; escoged las de mi padre que son las que tal vez me puedan comprometer. Leed las firmas.

Librodot

Y el joven, aturdido, atontado, abría y cerraba cajones, recogía papeles, leía aprisa cartas, rasgaba unas, guardaba otras, sacaba libros, los hojeaba, etc. Elías hacía lo mismo, si bien con menos trastorno aunque con igual afán; pero se detiene, sus ojos se dilatan, da vueltas a un papel que tiene en la mano y pregunta con voz temblorosa:

- ¿Conoció vuestra familia a D. Pedro Eibarramendía?.

- ¡Ya lo creo! –contestó Ibarra abriendo un cajón y sacando un montón de papel- ¡era mi bisabuelo!.

- ¿Vuestro bisabuelo, D. Pedro Eibarramendía? –vuelve a preguntar Elías, lívido y las facciones alteradas.

- Sí –contesta Ibarra distraído-, acortamos el apellido que era largo.

- ¿Era vascongado? –repitió Elías acercándosele.

- Vascongado, pero ¿qué tenéis? –pregunta sorprendido.

Elías cierra el puño, lo oprime contra su frente y mira Crisóstomo, que retrocede al leer la expresión de su cara.

- ¿Sabéis quién era D. Pedro Eibarramendía? –pregunta entre dientes-: D. Pedro Eibarramendía era aquel miserable que calumnió a mi abuelo y causó toda nuestra desgracia... Yo buscaba su apellido, Dios os entrega a mí... ¡dadme cuenta de nuestras desgracias!.

Crisóstomo le miró aterrado, pero Elías le sacudió del brazo y le dijo con una voz amarga en que rugía el odio.

- Miradme bien, mirad si he sufrido, y vos vivís, amáis, tenéis fortuna, hogar, consideraciones, vivís... ¡vivís!.

Y fuera de sí, corrió hacia una pequeña colección de armas, pero apenas hubo arrancado dos puñales, los deja caer, y mira como un loco a Ibarra que continuaba inmóvil.

- ¿Qué iba a hacer? –murmuró y huyó de la casa.

Capítulo 55

LA CATÁSTROFE

ALLÁ EN EL COMEDOR CENAN Capitán Tiago, Linares y la tía Isabel; desde la sala se oye el ruido de platos y cubiertos. María Clara ha dicho que no tenía ganas y se ha sentado al piano, acompañada de la alegre Sinang, que le murmura al oído misteriosas frases, mientras el P. Salví se pasea inquieto en un extremo a otro de la sala.

No es que la convaleciente no sienta hambre, no; es que espera la llegada de una persona y ha aprovechado el momento en que su Argos[1] no puede estar presente: la hora de cenar para Linares.

- Verás como el fantasma ese se queda hasta las ocho –murmura Sinang señalando al Cura- a las ocho debe *él* venir. Ese está enamorado como Linares.

[1] Tenía, según la fábula, cien ojos y velaba siempre con cincuenta. Mercurio le adormeció y le cortó la cabeza y Juno esparció sus ojos por la cola del pavo. Aquí se dice figurativamente, en el sentido del guardián o vigilante que avizora constantemente alguna cosa.

María Clara miró con espanto a su amiga. Esta, sin notarlo, continuó con su charla terrible:

- ¡Ah!, ya sé yo por qué no sale a pesar de mis indirectas: ¡no quiere gastar luz en el convento!, ¿sabes?. Desde que caíste enferma, las dos lámparas que hacía encender, se han vuelto a apagar... Pero, ¡míralo que ojos pone y qué cara!.

En aquel momento en el reloj de la casa dieron las ocho. El Cura se estremeció, y fue a sentarse en un rincón.

- ¡Ya viene! –dijo Sinang pellizcando a María Clara-. ¿Oyes?.

La campana de la iglesia dio el toque de las ocho y todos se levantaron para rezar; el P. Salví con voz débil y temblorosa ofreció, pero, como cada uno tenía sus propios pensamientos, nadie reparó atención en ello.

Terminado el rezo apenas, se presentó Ibarra. El joven llevaba luto no sólo en el traje sino también en la cara, de tal manera que al verle, María Clara se levantó dando un paso hacia él como para preguntarle qué tenía, pero en el mismo instante una descarga de fusilería se dejó oír. Ibarra se detiene, sus ojos giran, pierde la palabra. El Cura se esconde detrás de un pilar. Nuevos tiros, nuevas detonaciones se oyen del lado del convento, seguidos de gritos y carreras. Capitán Tiago, tía Isabel y Linares entran precipitando gritando ¡*tulisán, tulisán*[2]!. Andeg los sigue blandiendo el asador y corriendo hacia su hermana de leche.

Tía Isabel cae de rodillas y llora y reza el *kyrie eleyson*; Capitán Tiago, pálido y tembloroso, lleva en un tenedor el hígado de una gallina, que ofrece llorando a la Virgen de Antipolo; Linares tiene la boca llena y está armado de una cuchara; Sinang y María Clara se abrazan, el único que permanece inmóvil, como petrificado, es Crisóstomo, cuya palidez es indescriptible.

Los gritos y los golpes, continuaban, las ventanas se cerraban con estrépito, se oía pitar, un tiro de cuando en cuando.

- ¡*Christe eleyson*!, Santiago, que se cumple la profecía... ¡cierra las ventanas! –gemía tía Isabel.

- ¡Cincuenta bombas grandes con dos misas de gracia! –contestaba Capitán Tiago- ¡*ora pro nobis*!.

Poco a poco volvía un terrible silencio... Se oye la voz del alférez que grita corriendo:

- ¡Padre Cura!. ¡Padre Salví!. ¡Venga Ud.!.

- ¡*Miserere*!. El alférez pide confesión! –grita tía Isabel.

- ¿Está herido el alférez? –pregunta al fin Linares-. ¡AH!.

Y ahora nota que no ha deglutido aún lo que tiene en la boca.

- ¡Padre Cura, venga Ud.!, ¡ya no hay nada que temer! –continuaba gritando el alférez.

Fr. Salví, pálido, se decide al fin, sale de su escondite y desciende las escaleras.

- ¡Los tulisanes han muerto al alférez!. ¡María, Sinang, al cuarto, trancad bien la puerta!, ¡*kyrie eleyson!*.

Ibarra se dirigió también a las escaleras a pesar de la tía Isabel que decía:

- ¡No salgas que no te has confesado, no salgas!.

La buena anciana había sido muy amiga de su madre.

Pero Ibarra dejó la casa; le parecía que todo giraba en torno suyo, que le faltaba el suelo. Sus oídos le zumbaban, sus piernas se movían pesadamente y con irregularidad: olas de sangre, luz y tinieblas se sucedían en su retina.

[2] Bandido o salteador de caminos. En aquellos tiempos, tulisán también llamaban a los remontados que huyen de la justicia por delitos cometidos o a los perseguidos por la justicia con o sin crimen.

A pesar de que la luna brillaba espléndida en el cielo, el joven tropezaba con las piedras y maderos que había en la calle, solitaria y desierta.

Cerca del cuartel vio soldados con la bayoneta calada, hablar vivamente, por el cual pasó desapercibido.

En el tribunal se oían golpes, gritos, ayes, maldiciones; la voz del alférez sobresalía y dominaba todo.

- ¡Al cepo!, ¡esposas en las manos!. ¡Dos tiros al que se mueva!. ¡Sargento, montará Ud. guardia!. ¡Hoy nadie se pasea, ni Dios!. ¡Capitán, no hay que dormir!.

Ibarra apresuró el paso hacia su casa; sus criados le esperaban inquietos.

- ¡Ensillad el mejor caballo e idos a dormir! –les dijo.

Entró en su gabinete, y a prisa quiso preparar una maleta. Abrió una caja de hierro, sacó todo el dinero que allí se encontraba y lo metió en el saco. Recogió sus alhajas, descolgó un retrato de María Clara, y armándose de un puñal y dos revólveres, se dirigió a un armario, donde tenía herramientas.

En aquel instante tres golpes secos y fuertes resonaron en la puerta.

- ¿Quién va? –preguntó Ibarra con voz lúgubre.

- ¡Abra en nombre del Rey, abra en seguida o echamos la puerta abajo! –contestó una voz imperiosa en español.

Ibarra miró hacia la ventana; brillaron sus ojos y amartilló su revólver; pero, cambiando de idea, dejó las armas y fue a abrir él mismo en el momento en que acudían los criados.

Tres guardias le cogieron al instante.

- ¡Dése Ud. preso en nombre del Rey! –dijo el sargento.

- ¿Por qué?.

- Allá se lo dirán a Ud., nos está prohibido el decirlo.

El joven reflexionó un momento, y no queriendo tal vez que los soldados descubriesen sus preparativos de huida, cogió un sombrero y dijo:

- ¡Estoy a su disposición!. Supongo que será por breves horas.

- Si Ud. promete no escaparse, no le maniataremos: el alférez le hace esta gracia; pero si Ud. huye...

Ibarra siguió dejando consternados a sus criados.

Al dejar la casa de Crisóstomo, como un enajenado corría sin saber a dónde iba. Atravesó los campos, llegó al bosque en una agitación violenta; huía de la población, huía de la luz, la luna le molestaba, se metió en la misteriosa sombra de los árboles. Allí, ya deteniéndose, ya andando por desconocidas sendas, apoyándose en los seculares troncos, enredándose entre las malezas, miraba hacia el pueblo, que allá a sus pies se bañaba a la luz de la luna, se extendía en el llano, recostado a orillas del mar. Las aves, despertadas de su sueño, volaban; gigantescos murciélagos, lechuzas, búhos, pasaban de una rama a otra con estridentes gritos y mirándole con sus redondos ojos. Elías ni los oía ni se fijaba en ellos. Se creía seguido por las irritadas sombras de sus antepasados; veía en cada rama el fatídico cesto con la ensangrentada cabeza de Bálat, tal como se lo refiriera su padre; creía tropezar al pie de cada árbol con la anciana muerta; le parecía ver entre sombras balancearse el infecto esqueleto del abuelo infame... y el esqueleto y la anciana y la cabeza le gritaban: ¡cobarde, cobarde!.

Elías abandonó el monte, huyó y descendió al mar, a la playa que recorría agitado; pero allá a lo lejos, en medio de las aguas, donde la luz de la luna parecía levantar una niebla, creyó ver, elevarse y mecerse una sombra, la sombra de su hermana con el pecho ensangrentado, la cabellera suelta esparcida al aire.

Elías cayó de rodillas en la arena.

- ¡Tú también! –murmuró extendiendo los brazos.

Librodot

Mas, con la mirada fija en la niebla, se levantó lentamente, adelantóse y entró en el agua como si siguiese a alguien. Caminaba por aquella suave pendiente que forma la barra; ya estaba lejos de la orilla, el agua le llegaba a la cintura y seguía, seguía como fascinado por un espíritu seductor. El agua le llega ya al pecho... pero la descarga de fusilería resuena, la visión desaparece y el joven vuelve a la realidad. Merced a la tranquilidad de la noche y a la mayor densidad del aire, llegan hasta él claras y distintas las detonaciones. Detiénese, reflexiona, nota que está en el agua; el lago está tranquilo y divisa aún las luces en las cabañas de los pescadores.

Volvió a la orilla y se dirigió al pueblo, ¿para qué?. El mismo no lo sabía.

El pueblo parecía deshabitado; las casas estaban todas cerradas; los animales mismos, los perros que suelen ladrar durante la noche, se han ocultado medrosos. La plateada luz de la luna aumentaba la tristeza y la soledad.

Temiendo encontrarse con los guardias civiles, internóse en las huertas y jardines, en uno de los cuales creyó percibir dos formas humanas; pero prosiguió su camino y, saltando cercos y tapias, llegose con mucho trabajo al otro extremo de la población, dirigiéndose hacia la casa de Crisóstomo. En la puerta estaban los criados, comentando y lamentando la prisión de su señor.

Enterado de lo que había pasado. Elías se alejó, dio la vuelta a la casa, saltó la tapia, trepó por la ventana y penetró en el gabinete, donde aún ardía la vela que había dejado Ibarra.

Elías vio los papeles y los libros; encontró las armas y los saquitos que contenían el dinero y las alhajas. Reconstruyó en su imaginación lo que allí había pasado, y viendo tantos papeles que podían comprometer, pensó recogerlos, arrojarlos por la ventana y enterrarlos.

Lanzó una mirada al jardín, y a la luz de la luna vio dos guardias civiles que venían con un auxiliante: las bayonetas y los capacetes relucían.

Entonces tomó una resolución: amontonó ropas y papeles en medio del gabinete, vació encima una lámpara de petróleo y prendió fuego. Ciñóse precipitadamente las armas, vio el retrato de María Clara, vaciló... lo guardó en uno de los saquitos y, llevándoselos, saltó por la ventana.

Ya era tiempo; los guardias civiles forzaban la entrada.

- ¡Dejadnos subir para coger los papeles de vuestro amo! –decía el directorcillo.

- ¿Tenéis permiso?. Si no, no subiréis –decía un viejo.

Pero los soldados los apartaron a fuerza de culatazos, subieron las escaleras... pero un espeso humo llenaba toda la casa y gigantescas lenguas de fuego salieron de la sala, lamiendo puertas y ventanas.

- ¡Incendio!. ¡Incendio!. ¡Fuego! –gritaron todos.

Todos se precipitaron para salvar cada cual lo que pueda, pero el fuego ha llegado al pequeño laboratorio y estallan las materias inflamables. Los guardias civiles tienen que retroceder; les cierra el paso el incendio, que brama y barre cuanto encuentra. En vano se saca agua del pozo; todos gritan, todos piden auxilio, pero están aislados. El fuego gana los demás aposentos y se elevan al cielo levantando gruesos espirales de humo. Ya toda la casa es presa de las llamas, el viento, caldeado, arrecia; vienen desde lejos algunos campesinos, pero llegan para ver la espantosa hoguera, el fin de aquel viejo edificio, tanto tiempo respetado por los elementos.

Capítulo 56

LO QUE SE DICE Y LO QUE SE CREE

DIOS AMANECIÓ AL FIN para el aterrorizado pueblo.

La calle donde se encuentran el cuartel y el tribunal continúa aún desierta y solitaria; las casas no dan signos de vida. No obstante, se abre con estrépito la hoja de madera de una ventana y se asoma una cabeza infantil, que gira en todos los sentidos, alarga el cuello y mira en todas direcciones... ¡*plas*!, el ruido anuncia el brusco contacto de un cuero curtido con el fresco cuero humano; la boca del niño hace una mueca, sus ojos se cierran, desaparece y la ventana se vuelve a cerrar.

El ejemplo está dado; aquel abrir y cerrar se ha oído sin duda, porque otra ventana se abre despacito y asómase con cautela la cabeza de una vieja, arrugada y sin dientes: es la misma Hermana Putê que tanto alboroto armó mientras el P. Dámaso predicaba. Niños y viejas son los representantes de la curiosidad en la tierra: los primeros por el afán de saber, las segundas por el de recordar.

Sin duda no hay quien se atreva a darle un chinelazo, pues permanece, mira a lo lejos frunciendo las cejas, se enjuaga la boca, escupe con ruido y después se persigna. La casa de enfrente abre también tímidamente una ventanilla y da paso a Hermana Rufa, la que no quiere engañar ni que la engañen. Ambas se miran un momento, sonríen, se hacen señas y vuelven a persignarse

- ¡Jesús!, ¡parecía una misa de gracia, un castillo! –dice hermana Rufa.

- Desde el saqueo del pueblo por Balát no he visto otra noche igual –contesta Hermana Putê.

- ¡Cuantos tiros!, dicen que es la partida del viejo Pablo.

- ¿Tulisanes?. ¡No puede ser!. Dicen que son los cuadrilleros contra los civiles. Por eso está preso D. Filipo.

- ¡Sanctus Deus!, dicen que hay lo menos catorce muertos.

Otras ventanas se fueron abriendo y rostros diferentes asomaron cambiándose saludos y haciendo comentarios.

A la luz del día, que prometía ser espléndido, veíanse a lo lejos soldados ir y venir, confusamente, como cenicientas siluetas.

- ¡Allá va otro muerto! –dijo uno desde una ventana.

- ¿Uno?, yo veo dos.

- Y yo... pero en fin, ¿a que no sabéis qué fue? –preguntaba un hombre de rostro socarrón.

- ¡Ya!, los cuadrilleros.

- No, señor; ¡un alzamiento en el cuartel!.

- ¿Qué alzamiento?. ¡El cura contra el alférez!.

- Pues, nada de eso –dice el que había hecho la pregunta-; son los chinos que se han sublevado.

Y volvió a cerrar su ventana.

- ¡Los chinos! –repiten todos con el mayor asombro.

- ¡Por eso, no se ve a ninguno!.

- Habrán muerto todos.

- Yo ya me lo suponía que iban a hacer algo malo. Ayer...

- Yo ya lo veía. Anoche...

- ¡Lástima! –decía Hermana Rufa-; morirse todos antes de la Pascua, cuando vienen con sus regalos... Hubiesen esperado el año nuevo...

La calle se iba animando poco a poco: primero fueron los perros, gallinas, cerdos y palomas, los que intentaron la circulación: a estos animales siguieron unos chicos

harapientos, cogidos del brazo y acercándose tímidamente hacia el cuartel; después, algunas viejas, con el pañuelo en la cabeza atado debajo de la barba, un grueso rosario en la mano, aparentando rezar para que los soldados les dejasen el paso libre. Cuando vio que se podía andar sin recibir un tiro, entonces empezaron a salir los hombres, afectando indiferencia; al principio, sus paseos se limitaban por delante de su casa, acariciando el gallo; después probaron alargarlos, parándose de tiempo en tiempo, y así se llegaron hasta delante del tribunal.

Al cuarto de hora circularon otras versiones. Ibarra con sus criados, había querido robar a María Clara, y Capitán Tiago la había defendido, ayudado por la Guardia Civil.

El número de los muertos no era ya catorce, sino treinta; Capitán Tiago estaba herido y se marcha ahora mismo con su familia para Manila.

La llegada de dos cuadrilleros, conduciendo en unas parihuelas una forma humana, y seguidos de la guardia civil, produjo gran sensación. Súpose que venía del convento; por la forma de los pies que colgaban, uno conjeturó quién podía ser; un poco más lejos se dijo que lo era; más allá el muerto se multiplicó y se verificó el misterio de la Santísima Trinidad; después se renovó el milagro de los panes y los peces, y los muertos fueron ya treinta y ocho.

A las siete y media, cuando llegaron otros guardias civiles, procedentes de los pueblos vecinos, la versión que corría era ya clara y detallada.

- Acabo de venir del tribunal donde he visto presos a D. Filipo y a D.Crisóstomo –decía un hombre a Hermana Putê-; he hablado con uno de los cuadrilleros que están de guardia. Pues Bruno, el hijo de aquel que murió apaleado, lo declaró todo anoche. Como sabéis, Capitán Tiago casa su hija con el joven español; D. Crisóstomo, ofendido, quiso vengarse y trató de matar a todos los españoles, hasta al cura; anoche atacaron el cuartel y el convento; y felizmente, por la misericordia de Dios, el cura estaba en casa de Capitán Tiago. Dicen que se escaparon muchos. Los guardias civiles quemaron la casa de D. Crisóstomo, y si no le prenden antes, le queman también.

- ¿Le quemaron la casa?.

- Todos los criados están presos. ¡Ved como todavía se ve desde aquí el humo! –dice el narrador acercándose a la ventana-; los que vienen de allá cuentan cosas muy tristes.

Todos miran hacia el sitio indicado: una ligera columna de humo subía aún lentamente al cielo. Todos hacen comentarios más o menos piadosos, más o menos acusadores.

- ¡Pobre joven! –exclama un viejo, el marido de la Putê.

- ¡Sí! –le contesta ella-, pero mira que ayer no mandó decir misa por el alma de su padre, que sin duda la necesitará más que los otros.

- Pero mujer, ¿no tienes tú compasión...?.

- ¿Compasión con los excomulgados?. Es un pecado tenerla con los enemigos de Dios, dicen los curas. ¿Os acordáis?. ¡En el Campo Santo andaba como en un corral!.

- Pero si el corral y el Campo Santo se parecen –responde el viejo-; sólo que en aquél no entran más que animales de una especie...

- ¡Vamos! –le grita Hermana Putê-; todavía le vas a defender a quien Dios tan claramente castiga. Verás como te prenden a ti también. ¡Sostén una casa que se cae!.

El marido se calló ante el argumento.

- ¡Ya! –prosigue la vieja-, después de pegar al P. Dámaso, no le quedaba más que matar al P. Salví.

- Pero no me puedes negar que era bueno cuando chico.

- Sí, era bueno –replica la vieja-, pero se fue a España; todos los que se van a España se vuelven herejes, han dicho los curas.

- ¡Ohoy[1]! –le replicó el marido que vio su revancha- ¿y el cura y todos los curas, y el Arzobispo, y el Papa y la Virgen no son de España?. ¡Abá!, ¿serán también herejes?, ¡abá!.

Felizmente para Hermana Putê, la llegada de una criada corriendo, toda azorada y pálida, cortó la discusión.

- ¡Un ahorcado en la huerta del vecino! –decía jadeante.

- ¡Un ahorcado! –exclamaron todos llenos de estupor.

Las mujeres se santiguaron; nadie pudo moverse de su sitio.

- Sí, señor –continúa la criada temblorosa-; iba yo a coger guisantes... miro a la huerta del vecino para ver si estaba... veo un hombre balancearse; creí que era Teo, el criado, que me da siempre... me acerco para... coger guisantes, y veo que no es él sino otro, un muerto, corro, corro, y...

- Vamos a verlo –dice el viejo levantándose-, condúcenos.

- ¡No te vayas! –le grita hermana Putê cogiéndole de la camisa- ¡te va a suceder una desgracia!, ¿se ha ahorcado?, ¡pues peor para él!.

- Déjeme verlo, mujer; vete al Tribunal, Juan, a dar parte; acaso no esté aún muerto.

Y fuése a la huerta seguido de la criada, que se ocultaba detrás de él; las mujeres y la misma Hermana Putê venían detrás, llenas de temor y curiosidad.

- Allá está, señor –dijo la criada deteniéndose y señalando con el dedo.

La comisión se detuvo a respetable distancia, dejando al viejo avanzar solo.

Un cuerpo humano, colgado de la rama de un santol, se balanceaba suavemente, impulsado por la brisa. Contemplóle el viejo algún tiempo: vio aquellos pies rígidos, los brazos, la ropa manchada, la cabeza doblada.

- No debemos tocarle hasta que llegue la justicia –dijo en voz alta-; ya está rígido; hace mucho que está muerto.

Las mujeres se acercaron poco a poco.

- Es el vecino que vivía en aquella casita, el que ha llegado hace dos semanas; ved la cicatriz en la cara.

- ¡Avemaría! –exclamaron algunas mujeres.

- ¿Rezamos por su alma? –preguntó una joven luego que hubo acabado de mirarlo y examinarlo.

- ¡Tonta, hereje! –le riñe la Hermana Putê-, ¿no sabes lo que dijo el P. Dámaso?. Es tentar a Dios rezar por un condenado; el que se suicida se condena irremisiblemente; por esto no se le entierra en lugar sagrado.

Y añadía:

- Ya me parecía que ese hombre iba a concluir mal; jamás pude averiguar de qué vivía.

- Yo le vi dos veces hablar con el sacristán mayor –observó una joven.

- ¡No será ni para confesarse ni para encargar una misa!.

Acudieron los vecinos, y numeroso corro rodeó el cadáver que aún continuaba oscilando. A la media hora vinieron un alguacil, el gobernadorcillo y dos cuadrilleros; éstos lo descendieron y pusieron sobre unas parihuelas.

- La gente tiene prisa por morir –dice riendo el directorcillo, mientras se quitaba la pluma que tenía encima de la oreja.

Hizo unas preguntas capciosas, tomó declaración a la criada, a quién procuraba enredar, ya mirándola con malos ojos, ya amenazándola, ya atribuyéndole palabras

[1] "Interjección. ¡Hola!. Sinónimo de Uhó". Serrano, *Dicc*., 1312.

que no había dicho, tanto que ella, creyendo que iba a la cárcel, empezó a llorar y acabó por declarar que no buscaba guisantes sino que... y sacaba testigo a Teo.

En el entretanto, un campesino con un ancho salakot y en el cuello un gran parche, examinaba el cadáver y la cuerda.

La cara no estaba más amoratada que todo el resto del cuerpo; encima de la ligadura se veían dos rasguños y dos pequeños cardenales o equimosis; las rozaduras de la cuerda eran blancas y no tenían sangre. El curioso campesino examinó bien la camisa y el pantalón, notó que estaban llenos de polvo y rotos recientemente en algunos sitios; pero lo que más llamó la atención fueron las simientes de *amores-secos*, pegadas hasta en el cuello de la camisa.

- ¿Qué estás viendo? –le pregunta el directorcillo.

- Estaba viendo, señor, si le podía reconocer –balbuceó medio descubriéndose-, esto es, bajando más el salakot.

- Pero, ¿no has oído que es un tal Lucas?. ¿Estabas durmiendo?.

Todos se echaron a reír. El campesino, corrido balbuceó algunas palabras y retirose cabizbajo, andando lentamente.

- ¡Oy!, ¿a dónde vais? –le grita el viejo-, por allí no se sale; ¡por allí se va a casa del muerto!.

- ¡Todavía duerme el hombre! –dice el directorcillo con burla-; habrá que vaciarle agua encima.

Los circunstantes volvieron a reír.

El campesino dejó el sitio donde tan mal papel había jugado, y se dirigió a la iglesia. En la sacristía preguntó por el sacristán mayor.

- ¡Duerme aún! –le contestaron groseramente- ¿no sabéis que anoche saquearon el convento?.

- Esperaré a que despierte.

Miráronle los sacristanes con esa grosería propia de gentes acostumbradas a ser mal tratadas.

En un rincón, que quedaba en sombras, dormía el tuerto en una silla larga. Los anteojos estaban colgados sobre la frente entre los largos mechones de pelos; el pecho, escuálido y raquítico, estaba desnudo y se elevaba y deprimía con regularidad.

El campesino sentase cerca, dispuesto a aguardar pacientemente, pero se le cae una moneda y va a buscarla, ayudado de una vela, debajo del sillón del sacristán mayor. El campesino nota también simientes de amores-secos en el pantalón y en las mangas de la camisa del dormido que despierta al fin, se restrega el único ojo sano e increpa al hombre con bastante mal humor.

- ¡Quería mandar decir una misa, señor! –contesta en tono de disculpa.

- Ya se han concluido todas las misas –dice entonces el tuerto dulcificando un poco su acento-; si quieres para mañana... ¿es para las almas del Purgatorio?.

- No, señor –contestó el campesino dándole un peso.

Y mirándole fijamente en el único ojo, añadió:

- Es para una persona que pronto va a morir.

Y abandonó la sacristía.

- ¡Le hubiera podido pillar anoche! –dijo suspirando mientras se quitaba el parche y se enderezaba para recobrar la cara y la estampa de Elías.

Librodot

Capítulo 57

¡*VAE VICTIS*![1]

Mi gozo en un pozo.

GUARDIAS CIVILES SE PASEAN con aire siniestro delante de la puerta del tribunal, amenazando con la culata de su fusil a los atrevidos chicuelos que se levantan de puntillas o se cargan unos a otros para ver algo a través de las rejas.

La sala no presenta ya aquel aspecto alegre de cuando se discutía el programa de la fiesta: ahora es sombrío y poco tranquilizador. Los guardias civiles y cuadrilleros que la ocupan, hablan apenas y aun en voz baja y pronunciando breves palabras. Sobre la mesa emborronan papeles el directorcillo, dos escribientes y algunos soldados; el alférez se pasea de un lado a otro, mirando de cuando en cuando con aire feroz hacia la puerta; más orgulloso no habría aparecido Timístocles en los Juegos Olímpicos después de la batalla de Salamina. Dª. Consolación bosteza en un rincón, enseñando unas negras fauces y una accidentada dentadura; su mirada se fija fría y siniestra en la puerta de la cárcel, cubierta de figuras indecentes. Ella había conseguido el marido, a quien la victoria había hecho amable, le dejase presenciar el interrogatorio y acaso las torturas consiguientes. La hiena olía el cadáver, se relamía y la aburría el retrato del suplicio.

El gobernadorcillo está muy compungido: su sillón, aquel gran sillón colocado debajo del retrato de S.M., está vacío y parece destinado a otra persona.

Cerca de las nueve, el cura llega pálido y cejijunto.

- ¡Pues no se ha hecho Ud. esperar! –le dice el alférez.

- Preferiría no asistir –contesta el P. Salví en voz baja sin hacer caso de aquel tono amargo-; soy muy nervioso.

- Como no ha venido nadie por no dejar el puesto, juzgué que su presencia de Ud... Ya sabe Ud. que esta tarde salen.

- ¿El joven Ibarra y el teniente mayor...?.

El alférez señaló hacia la cárcel.

- Ocho están allí –dijo-; el Bruno murió a medianoche, pero su declaración ya consta.

El Cura saludó a Dª. Consolación, que respondió con un bostezo y un ¡aah!, y ocupó el sillón debajo del retrato de S.M.

- ¡Podemos empezar! –repuso.

- ¡Sacad a los dos que están en el cepo! –mandó el alférez con voz que procuró hacer lo más terrible que pudo, y volviéndose al Cura añadió cambiando de tono:

- ¡Están metidos saltando dos agujeros!.

Para los que no están enterados de estos instrumentos de tortura, les diremos que el cepo es uno de los más inocentes. Los agujeros en que se introducen las piernas de los detenidos distan entre sí poco más o menos de un palmo; saltando dos agujeros, el preso se encontraría en una posición un poco forzada, con una singular molestia en los tobillos y una abertura de las extremidades inferiores de más de una vara: no mata al instante como muy bien se puede imaginar.

El carcelero, seguido de cuatro soldados, retiró el cerrojo y abrió la puerta. Un olor nauseabundo y un aire espeso y húmedo se escaparon de la densa oscuridad a la vez que se oyeron algunos lamentos y sollozos. Un soldado encendió un fósforo, pero

[1] Frase latina que significa "¡Ay de los vencidos!".

la llama se apagó en aquella atmósfera viciada y corrompida, y tuvieron que esperar a que el aire se renovase.

A la vaga claridad de una bujía se columbraron algunas formas humanas: hombres, abrazados a sus rodillas y ocultando la cabeza entre ellas, acostados boca abajo, de pie, vueltos a la pared, etc. Oyóse un golpear y rechinar, acompañados de juramentos: se abría el cepo.

Dª. Consolación estaba medio inclinada hacia delante, tendidos los músculos del cuello, los ojos salientes clavados en la entreabierta puerta.

Entre dos soldados salió una figura sombría, Társilo, el hermano de Bruno. En las manos tenía esposas; sus vestidos, desgarrados, descubrían una bien desarrollada musculatura. Sus ojos se fijaron insolentemente en la mujer del alférez.

- Este es el que se defendió con más bravura y mandó huir a sus compañeros –dijo el alférez a P. Salví.

Detrás vino otro de aspecto desgraciado, lamentándose y llorando como un niño: cojeaba y tenía el pantalón manchado de sangre.

- ¡Misericordia, señor, misericordia!, ¡no volveré a entrar en el patio! –gritaba.

- Es un tunante –observó el alférez hablando con el cura-; quiso huir pero ha sido herido, en el muslo. Estos dos son los únicos que tenemos vivos.

- ¿Cómo te llamas? –preguntó el alférez a Társilo.

- Társilo Alasigan.

- ¿Qué os prometió D. Crisóstomo para que atacáseis el cuartel?.

- D. Crisóstomo jamás se ha comunicado con nosotros.

- ¡No lo niegues!. Por eso quisisteis sorprendernos.

- Os equivocáis; matasteis a nuestro padre a palos, le vengamos y nada más. Buscad a vuestros dos compañeros.

El alférez mira al sargento sorprendido.

- Allá están en un despeñadero, allá los arrojamos ayer, allá se pudrirán. Ahora matadme: no sabréis nada más.

Silencio y sorpresa general.

- Nos vas a decir quiénes son tus cómplices –amenazó el alférez blandiendo un bejuco.

Una sonrisa de desprecio se asomó en los labios del reo.

El alférez conferenció algunos instantes, en voz baja, con el Cura, y volviéndose a los soldados:

- ¡Conducidle a donde están los cadáveres! –ordenó.

En un rincón del patio, sobre un carretón viejo están amontonados cinco cadáveres, medio cubiertos por un pedazo de estepa rota, llena de porquerías. Un soldado se pasea de un extremo a otro escupiendo a cada instante.

- ¿Los conoces? –preguntó el alférez levantando la estera.

Társilo no respondió; vio el cadáver del marido de la loca con otros dos, el de su hermano, acribillado a bayonetazas y el de Lucas aún con la soga al cuello. Su mirada se volvió sombría y un suspiro pareció escaparse de su pecho.

- ¿Los conoces? –le volvieron a preguntar.

Társilo permaneció mudo.

Un silbido rasgó el aire y el bejuco azotó sus espaldas. Estremeciese, sus músculos se contrajeron. Los bejucazos se repitieron, pero Társilo siguió impasible.

- ¡Qué le den de palos hasta que reviente o declare! –gritó el alférez exasperado.

- ¡Habla ya! –le dice el directorcillo; de todos modos te matan.

Volvieron a conducirle a la sala donde el otro preso invocaba a los santos, castañeteándole los dientes y doblándosele las piernas.

- ¿Le conoces a ese? –preguntó el P. Salví.

- ¡Es la primera vez que le veo! –contestó Társilo mirando con cierta compasión al otro.

El alférez le dio un puñetazo y un puntapié.

- ¡Atadlo al banco!.

Sin quitarle las esposas, manchadas de sangre, fue sujetado a un banco de madera. El infeliz miró en derredor suyo como buscando algo y vio a Dª. Consolación: rióse sardónicamente. Sorprendidos los presentes, le siguieron la mirada y vieron a la señora, que se mordía ligeramente los labios.

- ¡No he visto mujer más fea! –exclamó Társilo en medio del silencio general-; prefiero acostarme sobre un banco, como estoy, que al lado de ella, como el alférez.

La Musa palideció.

- Me vais a matar a palos, señor alférez –continuó-; esta noche me habrá vengado vuestra mujer al abrazaros.

- ¡Amordazarle! –gritó el alférez furioso y temblando de ira.

Parece que Társilo sólo había deseado la mordaza, porque cuando la tuvo, sus ojos expresaron un rayo de satisfacción.

A una señal del alférez, un guardia, armado de un bejuco; empezó su triste tarea. Todo el cuerpo de Társilo se contrajo; un rugido ahogado, prolongado, se dejó oír a pesar del lienzo que le tapaba la boca; bajó la cabeza: sus ropas se manchaban de sangre.

El P. Salví, pálido, la mirada extraviada, se levantó trabajosamente, hizo una seña con la mano y dejó la sala con paso vacilante. En la calle vio una joven, apoyada de espaldas contra la pared, rígida, inmóvil, escuchando atenta, mirando al espacio, extendidas las crispadas manos contra el viejo muro. El sol la baña de lleno. Contaba, al parecer sin respirar, los golpes secos, sordos y aquel desgarrador gemido.. Era la hermana de Társilo.

En la sala continuaba entretanto la escena: el desgraciado, tendido de dolor, enmudeció y aguardó a que sus verdugos se cansasen. Al fin, el soldado dejó caer el brazo jadeante; el alférez, pálido de ira y asombro, hizo una seña para que le desatasen.

Dª. Consolación se levantó entonces y murmuró al oído del marido algunas palabras. Este movió la cabeza en señal de inteligencia.

- ¡Al pozo con él! –dijo.

Los filipinos saben lo que esto quiere decir; en tagalo lo traducen por *timbaín*[2]. No sabemos quien habrá sido el que ha inventado este procedimiento, pero juzgamos que debe ser bastante antiguo. La Verdad saliendo de un pozo, sea quizás una sarcástica interpretación.

En medio del patio del tribunal se levanta el pintoresco brocal de un pozo, hecho groseramente de piedras vivas. Un rústico aparato de caña, en forma de palanca, sirve para sacar agua, viscosa, sucia y de mal olor. Cacharros rotos, basura y otros líquidos se reunían allí, pues aquel pozo era como la cárcel; allí para cuanto la sociedad desecha o da por inútil; objeto que dentro caiga, por bueno que hubiese sido, ya es cosa perdida. Sin embargo, no se cegaba jamás: a veces se los condena a los presos a ahondarlo y profundizarlo, no porque se pensase sacar de aquel castigo una utilidad, sino por las dificultades que el trabajo ofrecía: preso que allí una vez ha descendido, cogía una fiebre de la que moría regularmente.

Társilo contemplaba todos los preparativos de los soldados con mirada fija; estaba pálido y sus labios temblaban o murmuraban una oración. La altivez de su

[2] Literalmente es sacar agua de un pozo: de *timba*, que significa balde con que se saca agua.

desesperación parecía haberse desaparecido o, cuando menos, debilitado. Varias veces dobló el erguido cuello, fijó la vista en el suelo resignado a sufrir.

Lleváronle al lado del brocal, seguido de Dª. Consolación que sonreía. Una mirada de envidia lanzó el desventurado hacia el montón de cadáveres y un suspiro se escapó de su pecho.

- ¡Habla ya! –volvió a decirle el directorcillo-; de todos modos te ahorcarán; al menos muere sin haber sufrido tanto.

- De aquí saldrás para morir –le dijo un cuadrillero.

Le quitaron la mordaza y le colgaron de los pies. Debía descender de cabeza y permanecer algún tiempo debajo del agua, lo mismo que hacen con el cubo, sólo que al hombre le dejan más tiempo.

El alférez se alejó para buscar un reloj y contar los minutos.

Entre tanto Társilo pendía, la larga cabellera ondeaba al aire, los ojos medio cerrados.

- Si sois cristianos, si tenéis corazón –suplicó en voz baja-, bajadme con rapidez o haced de modo que mi cabeza choque contra la pared y me muera. Dios os premiará esta buena obra... ¡quizás un día os veáis como yo!.

El alférez volvió y presidió el descenso, reloj en mano.

- ¡Despacio, despacio! –gritaba Dª. Consolación siguiendo al infeliz con la vista-, ¡cuidado!.

La palanca bajaba lentamente; Társilo rozaba contra las piedras salientes y las plantas inmundas que crecían entre las grietas. Después, la palanca cesó de moverse: el alférez contaba los segundos.

- ¡Arriba! –mandó secamente al cabo de medio minuto.

El ruido argentino y armonioso de las gotas de agua cayendo sobre el agua anunció la vuelta del reo a la luz. Esta vez, como el peso del balancín era mayor, subió con rapidez. Los pedruscos y guijarros, arrancados de las paredes, caían con estrépito.

Cubiertas de asqueroso cieno la frente y la cabellera, llena la cara de heridas y rozaduras, el cuerpo mojado y goteado, apareció a los ojos de la multitud silenciosa: el viento le hacía estremecer de frío.

- ¿Quieres declarar? –le preguntaron.

- ¡Cuida de mi hermana! –murmuró el infeliz mirando suplicante a un cuadrillero.

La palanca de caña rechina de nuevo y el condenado vuelve a desaparecer. Dª. Consolación observaba que el agua permanecía tranquila. El alférez contó un minuto.

Cuando Társilo volvió a subir, sus facciones estaban contraídas y amoratadas. Dirigió una mirada a los circundantes y mantuvo abiertos los ojos, inyectados de sangre.

- ¿Vas a declarar? –volvió a preguntar con desaliento el alférez.

Társilo movió negativamente la cabeza y volvieron a descenderle. Sus párpados se iban cerrando, sus pupilas seguían mirando al cielo donde flotaban blancas nubes; doblaba el cuello para seguir viendo la luz del día, pero pronto tuvo que hundirse en el agua, y el espectáculo del mundo le cerró aquel telón infame.

Pasó un minuto; la Musa en observación vio gruesas burbujas de aire que subían a la superficie.

- ¡Tiene sed! –dijo riendo.

Y el agua volvió a estar tranquila.

Esta vez duró un minuto y medio y el alférez hizo una seña.

Las facciones de Társilo ya no estaban contraídas; los entreabiertos párpados hacían ver el fondo blanco del ojo; de la boca salía agua cenagosa con estrías sanguinolentas; el viento frío soplaba, pero su cuerpo ya no se estremecía.

Todos se miraron en silencio, pálidos y consternados. El alférez hizo una seña para que le descolgasen y se alejó pensativo; Dª. Consolación le aplicó varias veces a las desnudas piernas el botón de fuego de su cigarro, pero el cuerpo no se estremeció y se apagó el fuego.

- ¡Se ha asfixiado a sí mismo! –murmuró un cuadrillero-; mirad cómo se ha vuelto la lengua como queriéndosela tragar.

El otro preso contemplaba la escena temblando y sudando: miraba como un loco a todas partes.

El alférez encargó al directorcillo que le interrogase.

- ¡Señor, señor! –gemía- ¡diré todo lo que vosotros queráis!.

- ¡Bueno, vamos a ver: ¿cómo te llamas?.

- ¡Andog[3], señor!.

- ¿Bernardo... Leonardo... Ricardo... Eduardo... Gerardo... o qué?.

- ¡Andog, señor! –repitió el imbécil.

- ¡Póngale Ud. Bernardo o lo que sea! –decidió el alférez.

- ¿Apellido?.

El hombre le miró espantado.

- ¿Qué nombre tienes, qué te añaden al nombre... Andog?

- ¡Ah, señor!. ¡Andog Medio-tonto señor!.

Los circundantes no pudieron contener la risa; el mismo alférez detuvo su paseo.

- ¿Oficio?.

- Podador de cocos, señor, y criado de mi suegra.

- ¿Quién os mandó que atacáseis el cuartel?.

- ¡Nadie, señor!.

- ¿Cómo nadie?. ¡No mientas, que te van a meter en el pozo!. ¿Quién os ha mandado?. ¡Dí la verdad!.

- ¡La verdad, señor!.

- ¿Quién?.

- ¡Quién, señor!.

- Te pregunto quién os ha mandado hacer la revolución.

- ¿Cuál revolución, señor?.

- Eso, porque estabas tú anoche en el patio del cuartel.

- ¡Ah, señor! –exclamó ruborizándose Andog.

- ¿Quién tiene pues la culpa de eso?.

- ¡Mi suegra, señor!.

Risa y sorpresa siguieron a estas palabras. El alférez se paró y miró con severos ojos al infeliz, que creyendo que sus palabras habían producido buen efecto, continuó más animado.

- Sí, señor: mi suegra no me da de comer otra cosa que todo lo podrido e inservible; anoche, cuando vine, me dolió el vientre, vi el patio del cuartel cerca, y me dije: “Es de noche, nadie te verá”. Entré... y cuando me levantaba, resonaron muchos tiros; ataba mis calzones.

Un bejucazo le cortó la palabra.

- ¡A la cárcel! –mandó el alférez-; esta tarde ¡a la Cabecera!.

[3] Apodo familiar para los que llevan el nombre de Alejandro, Eduardo, etc.

Capítulo 58

EL MALDITO

PRONTO SE EXTENDIÓ POR EL PUEBLO la noticia de que los presos iban a partir; al principio fue oída con terror, después vinieron los llantos y las lamentaciones.

Las familias de los presos corrían como locas: iban del convento al cuartel, del cuartel al tribunal; y no encontrando en ninguna parte consuelo, llenaban los aires de gritos y gemidos. El cura se había encerrado por estar enfermo; el alférez aumentando sus guardias, que recibían con la culata a las mujeres suplicantes; el gobernadorcillo, ser inútil, parecía más tonto y más inútil que jamás. Frente a la cárcel, corrían de un extremo a otro las que aún tenían fuerzas; las que no, se sentaban en el suelo, llamando los nombres de las personas queridas.

El sol ardía y ninguna de aquellas infelices pensaba retirarse. Doray, la alegre y feliz esposa de D. Filipo, vaga desolada, llevando en brazos a su tierno hijo: ambos lloran.

- Retiraos –le decían-; vuestro hijo va a coger una calentura.

- ¿A que vivir si no ha de tener un padre que le eduque? –contestaba la desconsolada mujer.

- ¡Vuestro marido es inocente; tal vez vuelva!.

- ¡Sí, cuando ya nos muramos!.

Capitana Tinay llora y llama a su hijo Antonio, la valerosa Capitana María mira hacia la pequeña reja, detrás de la cual están sus dos gemelos, sus únicos hijos.

Allí estaba la suegra del podador de cocos; ella no llora: se pasea, gesticula con los brazos remangados y arenga al público.

- ¿Habéis visto cosa igual?. ¿Prender a mi Andog, pegarle un tiro, meterle en el cepo y llevarle a la Cabecera, sólo porque... porque tenía nuevos calzones?. ¡Esto pide venganza!. ¡Los guardias civiles abusan!. ¡Juro que si vuelvo a encontrar a cualquiera de ellos buscando un lugar retirado en mi huerta, como muchas veces ha sucedido, le mutilo, le mutilo!, o si no...

Pero pocas personas le hacían coro a la suegra musulmana.

- De todo esto tiene la culpa D. Crisóstomo –suspiraba una mujer.

El maestro de escuela vaga también confundido entre la multitud. Ñor Juan no se frota ya las manos, no lleva su plomada ni su metro: el hombre viste de negro, pues ha oído malas noticias, y fiel a su costumbre de ver el porvenir como cosa sucedida, lleva ya luto por la muerte de Ibarra.

A las dos de la tarde un carro descubierto, tirado por dos bueyes, se paró delante del tribunal.

El carro fue rodeado de la multitud que quería desengancharlo y destrozarlo.

- No hagáis tal –decía Capitana María-, ¿queréis que vayan a pie?.

Esto detuvo a las familias. Veinte soldados salieron y rodearon el vehículo. Salieron los presos.

El primero fue D. Filipo, atado; saludó sonriendo a su esposa; Doray rompió en amargo llanto y costó trabajo a dos guardias impedirle que abrazase a su marido. Antonio, el hijo de Capitana Tinay, apareció llorando como un niño, lo que ha sido más que aumentar los gritos de su familia. El imbécil Andog prorrumpió en llanto al ver a su suegra, causa de su desventura. Albino, el ex seminarista, estaba también maniatado lo mismo que los dos gemelos de Capitana María. Estos tres jóvenes estaban serios y graves. El último que salió fue Ibarra suelto pero conducido entre dos guardias civiles. El joven estaba pálido; buscó una cara amiga.

- ¡Ese es el que tiene la culpa! -gritaron muchas voces- ¡ése tiene la culpa y va suelto!.

- ¡Mi yerno no ha hecho nada y está con esposas!.

Ibarra se volvió a sus guardias:

- ¡Atadme, pero atadme bien, codo a codo! –dijo.

- ¡No tenemos orden!.

- ¡Atadme!.

Los soldados obedecieron.

El alférez apareció a caballo, armado hasta los dientes; seguíanle diez o quince soldados más.

Cada preso tenía a su familia que rogaba allí por él, lloraba por él y le daba los nombres más cariñosos. Ibarra era el único que no tenía a nadie; el mismo Ñor Juan y el maestro de escuela habían desaparecido.

- ¿Qué os han hecho a vos mi marido y mi hijo? –decíale llorando Doray- ¡ved a mi pobre hijo! ¡le habéis privado de su padre!.

El dolor de las familias se cambió en ira para el joven, acusado de haber promovido el motín. El alférez dio la orden de partir.

- ¡Tú eres un cobarde! –le gritaba la suegra de Andog-. ¡Mientras los otros se peleaban por ti, tú te escondías, cobarde!.

- ¡Maldito seas! –le decía un anciano siguiéndole-, ¡maldito el oro amasado por tu familia para turbar nuestra paz!. ¡Maldito!. ¡Maldito!.

- ¡Qué te ahorquen a ti, hereje! –le gritaba una pariente de Albino y sin poderse contener cogió una piedra y se la arrojó.

El ejemplo fue pronto imitado y sobre el desgraciado joven cayó una lluvia de polvo y piedras.

Ibarra sufrió impasible, sin ira, sin quejarse, la justa venganza de tantos corazones lastimados. Aquella era la despedida, ¡el adiós!, que le hacía su pueblo, donde tenía todos sus amores. Bajó la cabeza; quizás pensaría en un hombre, azotado por las calles de Manila, en una anciana que caía muerta a la vista de la cabeza de su hijo; quizás la historia de Elías pasaba por delante de sus ojos.

El alférez creyó necesario alejar a la multitud, pero las pedradas y los insultos no cesaron. Una madre tan sólo no vengaba en él sus dolores: Capitana María. Inmóvil, los labios contraídos, los ojos llenos de lágrimas silenciosas, veía alejarse a sus dos hijos; contemplando su inmovilidad y su dolor mudo, Niobe deja de ser fabulosa.

El cortejo se alejó.

De las personas asomadas en las abiertas ventanas las que más compasión han demostrado por el joven son los indiferentes o curiosos. Sus amigos todos se habían ocultado, sí, hasta el mismo Capitán Basilio que prohibió el llanto de su hija Sinang. Ibarra vio las humeantes ruinas de su casa, de la casa de sus padres, donde él había nacido, donde vivían los más dulces recuerdos de su infancia y adolescencia; las lágrimas, largo tiempo reprimidas, brotaron de sus ojos, dobló la cabeza y lloró, sin tener el consuelo de poder ocultar su llanto, atado como estaba, ni de que su dolor despertara en nadie compasión. ¡Ahora no tenía él ni patria, ni hogar, ni amor, ni amigos, ni porvenir!.

Desde una altura, un hombre contemplaba la fúnebre caravana. Era un anciano, pálido, demacrado, envuelto en una manta de lana, apoyándose con fatiga en un bastón. Era el viejo filósofo Tasio, que a la noticia del suceso quiso dejar su cama y acudir, pero sus fuerzas no le han permitido. El viejo siguió con la vista el carro hasta que desapareció a lo lejos; permaneció algún tiempo pensativo y cabizbajo, después se levantó y, trabajosamente, tomó el camino de su casa, descansando a cada paso.

Librodot

Al día siguiente, los pastores le encontraron muerto en el umbral mismo de su solitario retiro.

Capítulo 59

PATRIA E INTERESES

EL TELÉGRAFO TRANSMITIÓ sigilosamente el suceso a Manila, y treinta y seis horas después hablaban de ello con mucho misterio y no pocas amenazas los periódicos, aumentados, corregidos y mutilados por el fiscal. En el entretanto, noticias particulares, emanadas de los conventos, fueron las que primero corrieron de boca en boca, en secreto y con gran terror de los que lo llegaban a saber. El hecho, en mil versiones desfigurado, fue creído con más o menos facilidad según adulaba o contrariaba las pasiones y el modo de pensar de cada uno.

Sin que la pública tranquilidad apareciese turbada, al menos aparentemente, se revolvía la paz del hogar al igual que en un estanque: mientras la superficie aparece lisa y tersa, en el fondo hormiguean, corren y se persiguen los mudos peces. Cruces, condecoraciones, galones, empleos, prestigio, poder, importancia, dignidades, etc., empezaron a revolotear como mariposas en una atmósfera de monedas de oro para los dos de una parte de la población. Para la otra, oscura nube se levantó en el horizonte, destacándose de su ceniciento fondo, como negras siluetas, rejas, cadenas y aun el fatídico palo de la horca. Creíase oír en el aire los interrogatorios, las sentencias, los gritos que arrancan las torturas; Marianas y Bagumbayan se presentaban envueltos en un haraposo y sangriento velo: pescadores y pescados en turbio. El Destino mostraba el acontecimiento a la imaginación de los manileños como ciertos abanicos de China: una pintada de negro; la otra llena de dorado, colores vivos, aves y flores.

En los conventos reinaba la mayor agitación. Enganchábanse coches, los provinciales se visitaban, tenían secretas conferencias. Presentábanse en los palacios para ofrecer su apoyo al *Gobierno que corría gravísimo peligro*. Se volvió a hablar de cometas, alusiones, alfilerazos, etc.

- ¡Un *Te Deum*, un *Te Deum*! -decía un fraile en un convento-, ¡esta vez que nadie falte en el coro!. ¡No es poca bondad de Dios hacer ver ahora, precisamente en tiempos tan perdidos, cuánto valemos nosotros!.

- Con esa leccioncita se estará mordiendo los labios el generalillo Mal-Agüero – contestaba otro.

- ¿Qué habría sido de él sin las comparaciones?.

- Y para mejor celebrar la fiesta, que adviertan al Hermoso cocinero y al procurador... ¡Gaudeamus por tres días!.

- ¡Amén! - ¡Amén! - ¡Viva Salví! - ¡Viva!.

En otro convento se hablaba de otra manera.

- ¿Veis?. Ese es un alumno de los jesuitas; ¡del Ateneo salen los filibusteros! – decía un fraile.

- Y los anti-religiosos.

- Yo ya lo dije: los jesuitas pierden el país, corrompen a la juventud; pero se los tolera porque trazan unos cuantos borrones en el papel cuando hay temblor...

- ¡Y Dios, cómo estarán hechos!.

- Sí, ¡vaya Ud. a contradecirlos!. ¡Cuándo todo tiembla y se mueve, quién escribe garabatos!. Nada, el P. Secchi...

Y sonríen con soberano desprecio.

- Pero y ¿los temporales?, y ¿los báguios[1]? –pregunta otro con ironía sarcástica- ¿no es eso divino?.

- ¡Cualquier pescador los pronostica!.

- Cuando el que gobierna es un tonto... ¡dime cómo tienes la cabeza y te diré cómo es tu pata!. Pero verán Uds., si los amigos se favorecen unos a otros: los periódicos casi piden una mitra para el P. Salví.

- Y ¡la va a tener!. ¡Se la chupa!.

- ¿Lo crees?.

- ¡Pues no!. Hoy por cualquier cosa la dan. Yo sé de uno que con menos se la caló: escribió una chabacana obrita, demostró que los indios no eran capaces de otra cosa más que de ser artesanos... ¡psh!, ¡viejas vulgaridades!.

- ¡Es verdad!. ¡Tantas injusticias dañan a la Religión! –exclamaba otro-; si las mitras tuvieses ojos y pudiesen ver sobre que cráneos...

- Si las mitras fuesen objetos de la Naturaleza –añadía otro con voz nasal-, *Natura abhorret vacuum*...[2].

- ¡Por eso se las agarran; el vacío las atrae! –contestaba otro.

Estas y otras cosas más se decían en los conventos y hacemos gracia a nuestros lectores de otros comentarios con colores políticos, metafísicos o picantes. Conduzcamos al lector a casa de un particular, y como en Manila tenemos pocos conocidos, vamos a casa de Capitán Tinong, el hombre agasajador, que vimos convidando con insistencia a Ibarra para que le honrase con su visita.

En el rico y espacioso salón de su casa en Tondo, está Capitán Tinong sentado en un ancho sillón, pasándose las manos por la frente y la nuca en ademán de desconsuelo, mientras su señora, la Capitana Tinchang, lloraba y le sermoneaba delante de las dos hijas, que oían desde un rincón mudas, atontadas y conmovidas.

- ¡Ay, Virgen de Antipolo! –gritaba la mujer-. ¡Ay, Virgen del Rosario y de la Correa!, ¡ay!, ¡ay!. Ntra. Sra. de Novaliches!.

- ¡Nanay[3]! –repuso la más joven de las hijas.

- ¡Ya te lo decía yo! –continuó la mujer en tono de recriminación-, ¡ya te lo decía yo!, ¡ay Virgen del Carmen, ay!.

- ¡Pero si tú no me has dicho nada! –se atrevió a contestar Capitán Tinong lloroso-; al contrario, me decías que hacía bien en frecuentar la casa y conservar la amistad de Capitán Tiago porque... porque era rico... y me dijiste...

- ¿Qué?, ¿qué te dije?. Yo no te he dicho eso, ¡no te he dicho nada!. ¡Ay, si me hubieses escuchado!.

- ¡Ahora me echas la culpa a mí! –replicó en tono amargo, dando una palmada sobre el brazo del sillón- ¿no me decías que habías hecho bien en invitarle a que comiese con nosotros, porque como era rico?... ¿decías que no debíamos tener amistades más que con los ricos?. ¡Abá!.

- Es verdad que yo te dije eso porque... porque ya no había remedio: tú no hacías más que alabarle; *D. Ibarra* aquí, *D. Ibarra* allá, *D. Ibarra* en todas partes, ¡abá!. Pero yo no te aconsejé ni que le vieras ni que hablaras con él en aquella reunión; esto no me lo puedes negar.

[1] "Es el nombre indio para decir huracán. Esos violentos tifones se anuncian generalmente por una neblina que cubre los montes por la mañana, se reúne y oscurece engrosándose hasta llegar a formar gruesas nubes y antes que el día termine, se desarrolla con gran violencia durante algunas horas el temporal". Bowring, p. 64.

[2] La naturaleza detesta lo vacío: figurativamente por sesos huecos, carecer de inteligencia.

[3] Palabra tagakla por madre, mamá. Es término muy cariñoso; lo usan principalmente las muchachas nativas.

- ¿Sabía yo que iba él allá, por ventura?.

- ¡Pues debías haberlo sabido!.

- ¿Cómo, si ni siquiera le conocía?.

- ¡Pues debías haberlo conocido!.

- Pero, Tinchang, ¡si era la primera vez que lo veía, que oía hablar de él!.

- ¡Pues debías haberle visto antes, oído hablar de él, para eso eres hombre, llevas pantalones y lees *El Diario de Manila*[4]! –contestó impertérrita la esposa, lanzándole una terrible mirada.

Capitana Tinchang, no contenta con esta victoria, quiso anonadarle, y acercándose con los puños cerrados.

- ¿Para eso he estado trabajando años y años, economizando, para que tú con tu torpeza eches a perder el fruto de mis fatigas? –le increpó-. Ahora vendrán a llevarte desterrado, nos despojarán de nuestros bienes, como a la mujer de... ¡Oh, si yo fuese hombre, si yo fuese hombre!.

Y viendo que su marido bajaba la cabeza, empezó de nuevo a sollozar, pero siempre repitiendo:

- ¡Ay, si yo fuese hombre, si yo fuese hombre!.

- Y si fueses tú hombre –preguntó al fin picado el marido- ¿qué harías?.

- ¿Qué?, pues... pues... ¡pues hoy mismo me presentaba al Capitán General, para ofrecerme a pelear contra los alzados, ahora mismo!.

- Pero ¿no has leído lo que dice *El Diario*?. ¡Lee!. "La traición infame bastarda ha sido reprimida con energía, fuerza y vigor y pronto los rebeldes enemigos de la Patria y sus cómplices sentirán todo el peso y la severidad de las leyes... ¿Ves?, ya no hay alzamiento.

- No importa, debes presentarte como lo han hecho el 72 y se han salvado.

- ¡Sí!, también lo ha hecho el P. Buró...

Pero no pudo concluir la palabra; la mujer corriendo le tapó la boca.

- ¡Dale!, ¡pronuncia ese nombre para que mañana mismo te ahorquen en Bagumbayan!. ¿No sabes que basta pronunciarlo para ser sentenciado sin formación de causa?. ¡Jale!, ¡dilo!.

Capitán Tinong, por más que hubiera querido obedecerla, no habría podido: con ambas manos le tapaba la boca su mujer, oprimiendo su cabecita contra el espaldar del sillón, y acaso el pobre hombre se hubiera muerto asfixiado si un nuevo personaje no hubiese intervenido.

Este era el primo D. Primitivo, que sabía de memoria el Amat, un hombre de sus cuarenta años, pulcramente vestido, panzudo y algo regordete.

- ¿*Quid video*? –exclamó al entrar- ¿qué pasa? . ¿*Quare*?[*].

- ¡Ay, primo! –dice la mujer corriendo llorosa hacia él-, te he hecho llamar, pues no se que va a ser de nosotras... ¿qué nos aconsejas?. ¡Habla, tú que has estudiado latín y sabes argumentos...!.

- Pero antes, ¿*quid quaritis*?. *Nibil est in intellectu quid prius non fuerit in sense; nibil volitum quim praecognitum*[5].

Y se sentó pausadamente. Cual si las frases latinas hubiesen poseído una virtud tranquilizadora, cesaron de llorar ambos cónyuges y se le acercaron esperando de sus labios el consejo, como un tiempo los griegos ante la frase salvadora del oráculo que los iba a librar de los persas invasores.

[4] "El Diario de Manila", publicación que vio la luz de 1848 a 1852; reapareció en septiembre del 60... es por lo tanto el periódico decano de las Islas Filipinas. Retana, *Periodismo*, p. 74 y 76.

[*] ¿Qué veo? ¿por qué?.

[5] ¿Qué preguntáis?. Nada existe en la inteligencia que no haya pasado por los sentidos. No se desea lo que se desconoce.

- ¿Por qué lloráis?. ¿*Ubinam gentium sumus*[6]?.

- Tú sabes ya la noticia del levantamiento…

- ¿*Alzamentum Ibarrae ab alferesio Guardiae civiles destructum*?. ¿*Et nunc*?. Y ¿qué?. ¿Os debe D. Crisóstomo?.

- No, pero sabes tú, Tinong le ha convidado a comer, le ha saludado en el Puente de España... ¡a la luz del día!. ¡Van a decir que es amigo suyo!.

- ¿Amigo? –exclamó sorprendido el latino levantándose- ¡*amice, amicus Plato sed magis amica veritas!.* ¡Dime con quién andas y te diré quién eres!. ¡*Malum est negotium et est timendum rerum istarum horrendissimum resultatum*!. ¡*Humm*[7]!.

Capitán Tinong se puso espantosamente pálido al oír tantas palabras en *um*; este sonido le presagiaba mal. Su esposa juntó las manos suplicantes y dijo:

- Primo, no nos hables ahora en latín; ya sabes que no somos filósofos como tú: háblanos en tagalo o castellano, pero danos un consejo.

- ¡Lástima que no entendáis latín, prima: las verdades latinas son mentiras tagalas, por ejemplo: *contra principia negantem fastibus est argüendum*[8], en latín es una verdad como el Arca de Noé; lo puse una vez en práctica en tagalo y fui yo el apaleado. Por esto, es una lástima que no sepáis latín; en latín todo se podría arreglar.

- Sabemos también muchos *oremus*, *parcenobis* y *Agnus Dei Catolis*, pero ahora no nos entenderíamos. ¡Dale un argumento a Tinong para que no le ahorquen!.

- ¡Has hecho mal, muy mal, primo, en trabar amistad con ese joven! –repuso el latino-. Los justos pagan por los pecadores; casi te aconsejaba que hicieras tu testamento... ¡*Vae illis*!. ¡*Ubi est fumus ibi est ignis*!. *Similis simili gaudet; atqui Ibarra ahorcatur, ergo ahorcaberis….*[9].

Y movía la cabeza de un lado a otro, disgustado.

- ¡Saturnino, qué te pasa! –grita Capitana Tinchang, llena de terror-; ¡ay, Dios mío!. ¡Se ha muerto!. ¡Un médico!. ¡Tinong, Tinongoy!.

Acuden las dos hijas y empiezan las tres a lamentarse.

- ¡No es más que un desmayo, prima, un desmayo!. ¡Yo más me hubiera alegrado que... que... pero desgraciadamente no es más que un desmayo. *Non timeo morten in catre sed super espaldonem Bagumbayanis*[10]. ¡Traed agua!.

- ¡No te mueras! –lloraba la mujer-, ¡no te mueras que vendrán a prenderte!. ¡Ay, si te mueres y vienen los soldados!, ¡ay!, ¡ay!.

El primo le roció la cara con agua y el infeliz volvió en sí.

- ¡Vamos, no llorar!. *Inveni remedium*, encontré el remedio. Transportémosle a la cama; ¡vamos!, ¡valor!, que aquí estoy con vosotras y toda la sabiduría de los antiguos... Que llamen a un doctor; y ahora mismo, prima, vas al Capitán General y le llevas un regalo, una cadena de oro, un anillo... *Dadivac quebrantaut peñas*; dices que es el regalo de Pascua. Cerrad las ventanas, las puertas, y a cualquiera que pregunte por mi primo que se le diga que está gravemente enfermo. Entretanto quemo todas las cartas, papeles y libros para que no puedan encontrar nada, como ha hecho D. Crisóstomo. ¡*Scripti testes sunt*!. *Quid medicamenta non sanant, ferrum sanat; quid ferrum nom sanat, ignis sanat*[11].

- ¡Sí, toma primo; quémalo todo! –dice Capitana Tinchang- ¡aquí están las llaves, aquí las cartas de Capitán Tiago, quémalas!. Que no quede ningún periódico de

[6] ¿Entre qué gentes estamos?.
[7] Amigo, Platón es mi amigo pero lo es más la verdad. El negocio es malo y temo un horrible fin.
[8] A palos se le arguye al que niega los principios.
[9] ¡Ay de ellos!. Donde hay humo hay fuego. Cada cual busca su pareja; casi ahorcan a Ibarra, luego serás ahorcado...
[10] No temo la muerte en el catre pero sí en el espaldón de Bugumbayan.
[11] Lo escrito testifica. Lo que no curan los medicamentos, lo cura el hierro; lo que no cura el hierro, lo cura el fuego.

Librodot

Europa, que son muy peligrosos. Aquí están estos *The Times* que yo conservaba para envolver jabones y ropas. Aquí están los libros.

- Vete al Capitán General, prima –dice D. Primitivo-, déjame solo. *In extremis extrema*[12]. Dame el poder de un *director* romano y verás como salvo la pat... digo, al primo.

Y empezó a dar órdenes y más órdenes, a revolver estantes, rasgar papeles, libros, cartas, etc. Pronto ardió una hoguera en la cocina; partieron con hacha, viejas escopetas; arrojaron al excusado herrumbrosos revólveres; la criada que quería conservar el cañón de uno para soplador, recibió un réspice.

- *Conservare etiam speratis, perfida*[13]?. ¡Al fuego!.

Y continuó su auto de fe.

Vio un viejo tomo en pergamino y leyó el título:

- *Revoluciones de los globos celestes por Copérnico*, ¡pfui! *Ite, maledicti, ine ignem kalanis*[14] –exclamó arrojándolo a la llama-. ¡Revoluciones y Copérnico!. ¡Crimen sobre crimen!. Si no llego a tiempo... *La Libertad en Filipinas*. ¡Tatatá!, ¡qué libros!. ¡Al fuego!.

Y se quemaron libros inocentes, escritos por autores simples. Ni el mismo *Capitán Juan*, obrita cándida, consiguió librarse. Primo Primitivo tenía razón: los justos pagan por pecadores.

Cuatro o cinco horas más tarde, en una tertulia de pretensiones en Intramuros se comentaba los acontecimientos del día. Eran mucha viejas y solterotas casadera, mujeres o hijas de empleados, vestidos de bata, abanicándose y bostezando. Entre los hombres que, al igual que las mujeres, delataban en sus facciones su instrucción y origen, había un señor de edad, pequeñito y manco, a quien trataban con mucha consideración y que guardaba con respecto a los demás un desdeñoso silencio.

- A la verdad que antes no podía sufrir a los frailes y guardias civiles por lo mal educados que son –decía una señora gruesa-, pero ahora veo su utilidad y servicios, casi me casaría gustosa con cualquiera de ellos. Yo soy patriota.

- ¡Lo mismo digo! –añadió una flaca- ¡qué lástima que no tengamos al anterior Gobernador: aquél dejaría el país limpio como una patena!.

- ¡Y se acabaría la ralea de filibusterillos!.

- ¿No dicen que quedan muchas islas por poblar?. ¿Por qué no deportan allá a tantos indios chiflados?. A ser yo el Capitán General...

- Señoras –dice el manco-, el Capitán General sabe su deber; según he oído, está muy irritado, pues había colmado de favores a Ibarra.

- ¡Colmado de favores! –repetía la flaca, abanicándose furiosa- ¡miren Uds. lo ingratos que son estos indios!. ¿Se los puede tratar acaso como a personas?. ¡Jesús!.

- Y ¿saben Uds. lo que he oído? –preguntaba un militar.

- ¡A ver!. ¿Qué es?. ¿Qué dicen?.

- Personas fidedignas –dice el militar en medio del mayor silencio- aseguran que todo aquel ruido de levantar una escuela era puro cuento.

- ¡Jesús!. ¿Uds. han visto? –exclamaron ellas creyendo ya en el cuento.

- La escuela era un pretexto; lo que quería levantar era un fuerte, donde poderse bien defender cuando vayamos a atacarle...

- ¡Jesús! ¡qué infamia!. Sólo un indio es capaz de tener tan cobardes pensamientos –exclamaba la gorda-. Si fuera yo el Capitán General, ya verían... ya verían....

[12] A grandes males, grandes remedios.
[13] Pérfida, ¿querías conservarlo también?.
[14] Id, malditas, en el fuego del kalan (fogón).

- ¡Lo mismo digo! –exclama la flaca dirigiéndose al manco-. Prendía a todo abogadillo, cleriguillo, comerciante, y sin formación de causa, ¡desterrados o bajo partida de registro!. ¡El mal arrancarlo de raíz!.

-¡Pues se dice que el filibusterillo ese es hijo de españoles! –observó el manco sin mirar a nadie.

- ¡Ah ya! –exclamaba impertérrita la gorda- ¡siempre iban a ser los criollos!, ¡ningún indio entiende de revolución!. ¡Cría cuervos... cría cuervos...!.

- ¿Saben Uds. lo que he oído decir? –pregunta una criolla que así corta la conversación-. La mujer de Capitán Tinong... ¿se acuerdan Uds.?, aquel en cuya casa bailamos y cenamos en la fiesta de Tonto...

- ¿Aquél qué tiene dos hijas? Y ¿qué?.

- ¡Pues la mujer acaba de regalar esta tarde al Capitán General un anillo de mil pesos de valor!.

El manco se vuelve.

- ¿De veras?, y ¿por qué? –pregunta con ojos brillantes.

- La mujer decía, como regalo de Pascua...

- ¡La Pascua no viene dentro de un mes!.

- Temerá que le venga el chaparrón encima... –observa la gorda.

- Y se pone a cubierto –añade la flaca.

- ¡Satisfacción no reclamada, culpa confesada!.

- En eso pensaba yo; Ud. ha puesto el dedo en la llaga.

- Es menester ver bien eso –observa pensativo el manco-; me temo que allí haya gato encerrado.

- ¡Gato encerrado, eso!, eso iba a decir –repite la flaca.

- Y yo –dice otra arrebatándole la palabra-, la mujer de Capitán Tinong muy avara... aún no nos ha enviado ningún regalo y eso que hemos estado en su casa. Con que, cuando una agarrada y codiciosa suelta un regalito de mil pesitos...

- Pero ¿es cierto eso? – pregunta el manco.

- ¡Y tanto!, ¡y tal cierto!, se lo ha dicho a mi prima su novio, el ayudante de S.E. Y estoy por creer que es el mismo anillo que llevaba puesta la mayor el día de la fiesta!. ¡Va siempre llena de brillantes!.

- ¡Un escaparate andando!.

- ¡Una manera de hacer reclamo como otra cualquiera!. En lugar de comprar un figurín o pagar una tienda.

El manco abandonó la tertulia dando un pretexto.

Y dos horas después, cuando ya todos dormían, varios vecinos de Tondo recibieron una invitación por medio de soldados... La Autoridad no podía consentir que ciertas personas de posición y propiedades durmiesen en casas tan mal guardadas y poco refrescadas: en la Fuerza de Santiago y otros edificios del Gobierno el sueño sería más tranquilo y reparador. Entre estas personas favorecidas estaba incluido el infeliz Capitán Tinong.

Librodot

Capítulo 60

MARÍA CLARA SE CASA

CAPITÁN TIAGO ESTÁ MUY CONTENTO. En toda esta terrible temporada nadie se ha ocupado de él: no le han preso, no le han sometido a incomunicaciones, interrogatorios, máquinas eléctricas, pediluvios continuos en habitaciones subterráneas, y otras picardías más, que conocen bien ciertos personajes que se llaman a sí mismos civilizados. Sus amigos, es decir, los que lo fueron (porque el hombre ya renegó de sus amigos filipinos, desde el instante en que fueron sospechosos para el Gobierno), han vuelto también a sus casas después de algunos días de vacaciones, en los edificios del Estado. El Capitán General mismo había ordenado que se los echase de sus posesiones, no juzgándolos bastante dignos para que pudiesen permanecer en ellos, con gran disgusto del manco, que quería celebrar las próximas Pascuas en su abundante y rica compañía.

Capitán Tinong volvió a su casa enfermo, pálido, hinchado –la excursión no le había probado bien- y tan cambiado que no dice una palabra, ni saluda a la familia, que llora, ríe habla y se vuelve loca de contento. El pobre hombre ya no sale de la casa por no correr el peligro de saludar a un filibustero. El mismo primo Primitivo, con toda la sabiduría de los antiguos, no le podía sacar de su mutismo.

- *Crede, Prime*[1] – le decía-: si no llego a quemar todos tus papeles, te aprietan el cuello; pero si quemaba toda la casa, no te tocaban ni el pelo. Pero *quod eventum, eventum*; *Gratias agamus Domino Deo quia non in Marianis Insulis es*, *camotes seminando*[2].

Historias parecidas a las de Capitán Tinong no las ignoraba Capitán Tiago. El hombre rebosaba en gratitud, sin saber a punto fijo a quién deber tan señalados favores. Tía Isabel atribuía el milagro a la Virgen del Carmen, y cuando menos, cuando menos, es lo menos que ella puede conocer, a Ntra. Sra. De la Correa: según ella el milagro no podía escapar de allí. Capitán Tiago no negaba el milagro, pero añadía:

- Lo creo, Isabel, pero no lo habrá hecho la Virgen de Antipolo sola; mis amigos habrán ayudado, mi futuro yerno, el Sr. Linares, que, ya sabes, embroma al mismo Señor Antonio Cánovas, aquel cuyo retrato nos trae la Ilustración, aquel que no se digna enseñar a la gente más que media cara.

Y el buen hombre no podía reprimir una sonrisa de satisfacción cada vez que oía una importante noticia acerca de los acontecimientos. Y no había para menos. Se cuchicheaba por lo bajo que Ibarra sería ahorcado; que si bien faltaban muchas pruebas para condenarle, últimamente había aparecido una que confirmaba la actuación: que los peritos habían declarado que, en efecto, las obras de la escuela podían pasar por un baluarte, una fortificación, si bien algo defectuosa, como no se podía menos de esperar de los indios ignorantes. Estos rumores le tranquilizaban y le hacían sonreír.

De igual manera que Capitán Tiago y su prima divergían en sus opiniones, los amigos de la familia se dividían también en dos partidos: uno milagrero y el otro

[1] Creédme, primo.
[2] Lo sucedido, sucedido. Demos gracias a Dios que no estás en las Islas Marianas sembrando camotes. (FB).

gubernamental, aunque éste último era insignificante. Los milagreros estaban subdivididos: el sacristán mayor de Binondo, la vendedora de velas y el jefe de una cofradía veían la mano de Dios, movida por la Virgen del Rosario; el chino cerero, su proveedor cuando va a Antipolo, decía abanicándose y agitando la pierna:

- ¡No siya osti gongong; Militen le Antipulo esi!. Esi pueli más con tolo; no siya osti gongong[3].

Capitán Tiago tenía en mucha estima al chino, que se hacía pasar por profeta, médico, etc. Examinando la palma de la mano de su difunta esposa, en el sexto mes de embarazo, había pronosticado:

- ¡Si esi no hómele y no pactaylo, mujé juete-juete![4].

Y María Clara vino al mundo a cumplir la profecía del infiel.

Capitán Tiago, pues, hombre prudente y temeroso, no podía decidirse a una de las dos Vírgenes por temor de ofender a la otra, lo cual podría acarrear graves consecuencias. ¡Prudencia!, se decía a sí mismo; no vayamos ahora a echarlo a perder.

En estas dudas se hallaba cuando el partido gubernamental llegó: Dª. Victorina, D. Tiburcio y Linares.

Dª. Victorina habló por los tres varones y por ella misma, mencionó las visitas de Linares al Capitán General, e insinuó repetidas veces la conveniencia de un pariente de categoría.

-¡Na! –concluía-, como ezimoz: el que a buena zombra ze acobija, buen palo ze le arrima.

- ¡A... a... al revés, mujer! –corrigió el doctor.

Desde hace días pretende ella andaluzarse con suprimir la *d* y poner la *z* por *s*, y esta idea no había quien se la quitase de la cabeza; primero se dejaba arrancar los rizos postizos.

- ¡Zí! –añadía hablando de Ibarra-, eze lo tenía muy merezío; yo ya lo ije cuando lo vi la primera vez; ezte ez un filibuztero. ¿Qué te ijo a ti, primo, el General?. ¿Qué le haz icho, que noticiaz le izte e Ibarra?.

Y viendo que el primo tardaba en contestar, prosiguió dirigiéndose a Capitán Tiago.

- Créame uzté, zi le conenan a muelte, como ez e ezperar, zerá por mi primo.

- ¡Señora!, ¡señora! –protestó Linares.

Pero ella no le dio tiempo.

- ¡Ay qué iplomático te haz güerto. Zabemoz que erez el conzejero del General, que no puee vivir zin ti...!. ¡Ay!. ¡Clarita, qué plazer e verte!.

María Clara aparecía pálida aún, aunque ya bastante repuesta de su enfermedad. La larga cabellera iba recogida por una cinta de seda de un ligero azul. Saludó tímidamente, sonriendo con tristeza, y se acercó a Dª. Victorina para el beso de ceremonia.

Después de las frases de costumbre, prosiguió la pseudo-andaluzada:

- Vinimoz a vizitaroz; ¡oz habéiz zalbado graciaz a vueztras relacionez! –mirando significativamente a Linares.

- ¡Dios ha protegido a mi padre! –contestó en voz baja la joven.

- Zí, Clarita, pero el tiempo e loz milagroz ya ha pazao; nozotroz los ezpañolez ezimoz: ezconfía e la Virgen y échate a corré.

-¡ A... a... al revés!.

[3] No sea Ud. tonto; ¡es la Virgen de Antipolo!.
[4] Si es no hombre. Si ése no es varón y no se muere, será una mujer muy hermosa.

Librodot

Capitán Tiago, que hasta entonces no había encontrado tiempo para hablar, se atrevió a preguntar poniendo mucha atención a la respuesta:

- ¿De modo que Ud., Dª. Victorina, cree que la Virgen...

- Venimoz precizamente a hablar con Ud. e la *Virgen* –contestó ella misteriosamente señalando a María Clara-; tenemoz que hablar e negocioz.

La joven comprendió que debía retirarse; buscó un pretexto y se alejó, apoyándose en los muebles.

Lo que en esta conferencia se dijo y se habló es tan bajo y tan mezquino que preferimos no referirlo. Baste decir que cuando se despidieron, estaban todos alegres, y que después Capitán Tiago decía a tía Isabel:

- ¡Avisa a la fonda que mañana damos una fiesta!. Vete preparando a María que la casamos dentro de poco.

Tía Isabel le miró espantada.

- ¡Ya lo verás!. Cuando el Sr. Linares sea nuestro yerno, subiremos y bajaremos todos los palacios; ¡nos tendrán envidia, se morirán todos de envidia!.

Y así fue como a las ocho de la noche del siguiente día estaba llena otra vez la casa de Capitán Tiago, sólo que ahora sus invitados son únicamente españoles y chinos; el bello sexo está representado por españolas peninsulares y filipinas.

Allí están la mayor parte de nuestros conocidos: el P. Sibyla, el P. Salví entre varios franciscanos y dominicos; el viejo teniente de la Guardia Civil, Sr. Guevara, más sombrío que antes; el alférez, que cuenta por milésima vez su batalla, mirando por encima de sus hombros a todos, creyéndose un D. Juan de Austria; ahora es teniente con grado de comandante; De Espadaña, que le mira con respeto y temor y esquiva sus miradas, y Dª. Victorina despechada. Linares no había llegado aún, pues, como personaje importante, debía llegar más tarde que los otros: hay seres tan cándidos que con una hora de atraso en todo se quedan grandes hombres.

En el grupo de las mujeres era María Clara el objeto de la murmuración: la joven las había saludado y recibido ceremoniosamente, sin perder su aire de tristeza.

- ¡Psh! –decía una joven-, orgullosita.

- Bonitilla –contestaba otra-, pero él podía haber escogido otra que tuviese menos cara de tonta.

- El oro, chica; el buen mozo se vende.

En otra parte se decía:

- ¡Casarse cuando el primer novio está para ser ahorcado!.

- A eso llamo ser prudente: tener a mano un reemplazo.

- Pues, cuando enviude...

Estas conversaciones las oía quizás la joven, que estaba sentada en una silla, arreglando una bandeja de flores, porque se le veía la mano temblar, palidecer y morderse varias veces los labios.

En el círculo de los hombres, la conversación era en voz alta, y, naturalmente, versaba sobre los últimos acontecimientos. Todos hablaban, hasta D. Tiburcio, menos el P. Sibyla que guardaba su desdeñoso silencio.

- ¿He oído decir que deja V.R. el pueblo, P. Salví? –pregunta el nuevo teniente, a quién ha hecho más amable su nueva estrella.

- Nada tengo que hacer ya en él; me he de fijar para siempre en Manila... y ¿Ud.?.

- Dejo también el pueblo –contestó estirándose-, el gobierno me necesita para que con una columna volante desinfecte las provincias de filibusteros.

Fr. Sibyla le mira rápidamente de pies a cabeza y le vuelve las espaldas por completo.

- ¿Se sabe ya de cierto qué va a ser del cabecilla, del filibusterillo? –preguntó un empleado.

- ¿Habla Ud. de Crisóstomo Ibarra? –preguntó otro-. Lo más probable y más justo es que sea ahorcado como los del 72.

- ¡Va desterrado! –dice secamente el viejo teniente.

- ¡Desterrado!. ¡Nada más que desterrado!. ¡Pero será un destierro perpetuo! –exclaman varios a la vez.

- Si ese joven –prosiguió el teniente Guevara en voz alta y severa- hubiese sido más precavido; si hubiera confiado menos en ciertas personas, con quienes se escribe; si nuestros fiscales no supieses interpretar demasiado sutilmente lo escrito, ese joven de seguro que habría salido absuelto.

Esta declaración del viejo teniente y el tono de su voz produjeron una gran sorpresa en el auditorio, que no supo qué decir. El P.Salví miró a otra parte, quizás para no ver la mirada sombría que le dirigía el anciano. María Clara dejó caer las flores y se quedó inmóvil. El P. Sibyla, que sabía callar, parecía también que era el único que sabía preguntar.

- ¿Habla Ud. de cartas, Sr. Guevara?.

- Hablo de lo que me dijo el defensor, que ha tomado la causa con celo e interés. Fuera de algunas ambiguas líneas, que este joven escribió a una mujer antes de partir para Europa, líneas en que el fiscal vio el proyecto y una amenaza contra el Gobierno, y que él reconoció como suyas, no se le podía encontrar por dónde acusarle.

- Y ¿la declaración del bandido antes de morir?.

- El defensor la anuló, pues, según el bandido mismo, ellos jamás se habían comunicado con el joven, sino sólo con un tal Lucas, que era enemigo suyo según se pudo probar, y que se ha suicidado, acaso por los remordimientos. Se probó que los papeles encontrados en poder del cadáver eran falsificados, pues la letra era igual a la que tenía el Sr. Ibarra hace siete años, pero no a la de ahora, lo que hace suponer que el modelo sea esta carta acusadora. Aún más, el defensor decía que si el Sr. Ibarra no hubiera querido reconocer la carta, mucho se habría podido hacer por él; pero a su vista se puso pálido, perdió el ánimo y ratificó cuanto en ella había escrito.

- Decía Ud. –preguntó un franciscano- que iba dirigida la carta a una mujer, ¿cómo llegó a manos del fiscal?.

El teniente no respondió; miró un momento al P. Salví, y se alejó, retorciendo nerviosamente la afilada punta de su barba gris, mientras los otros hacían comentarios.

- ¡Allí se ve la mano de Dios! –decía uno-, hasta las mujeres le tienen odio.

- Hizo quemar su casa creyendo salvarse, pero no contaba con la huéspeda, esto es, con la querida, con la *babai* –añadió riendo-. ¡Está de Dios!. ¡Santiago cierra España!.

Entretanto el viejo militar se detuvo en uno de sus paseos y se acercó a María Clara, que escuchaba la conversación, inmóvil en su asiento: a sus pies se veían las flores.

- Ud. es una joven muy prudente –le dijo el viejo teniente en voz baja-; ha hecho Ud. bien en entregar la carta... así se aseguran Uds. un tranquilo porvenir.

Ella le vio alejarse con ojos atontados, mordiéndose los labios. Afortunadamente pasó la tía Isabel. María Clara tuvo la fuerza suficiente para cogerla del vestido.

- ¡Tía! –murmuró.

- ¿Qué tienes? –preguntó ésta espantada al ver la cara de la joven.

- ¡Conducidme a mi cuarto! –suplicó colgándose del brazo de la anciana para levantarse.

- ¿Estás enferma, hija mía?. ¿Parece que has perdido los huesos?, ¿qué tienes?.

Librodot

- Un mareo... la gente de la sala... tanta luz... necesito descansar. Decid a mi padre que dormiré.

- ¡Estás fría!, quieres té?.

María Clara movió la cabeza negativamente, cerró con llave la puerta de su alcoba y sin fuerzas se dejó caer en el suelo, al pie de una imagen, sollozando.

- ¡Madre, madre, madre mía!.

Por la ventana y la puerta, que comunicaba con la azotea, entraba la luz de la luna.

La música seguía tocando alegres valses; llegaban hasta la alcoba las risas y el *rum rum* de las conversaciones; varias veces tocaron a la puerta su padre, tía Isabel, Dª. Victorina y aun Linares, pero María Clara no se movió: un estertor se escapaba de su pecho.

Pasaron las horas; las alegrías de la mesa terminaron, se oía bailar, se consumió la bujía y se apagó, pero la joven continuaba aún inmóvil en el suelo, iluminada por los rayos de la luna, al pie de la imagen de la Madre de Jesús.

La casa se volvió a quedar poco a poco en silencio, se apagaron las luces, tía Isabel llamó de nuevo a la puerta.

- ¡Vamos, se ha dormido! –dijo la tía en voz alta-, como es joven y no tiene ningún cuidado, duerme como un cadáver.

Cuando todo estuvo en silencio, ella se levantó lentamente y paseó una mirada alrededor, vio la azotea, los pequeños emparrados, bañados por la melancólica luz de la luna.

- ¡Un tranquilo porvenir!. ¡Dormir como un cadáver! –murmuró en voz baja y se dirigió a la azotea.

La ciudad dormía; sólo se oía de tiempo en tiempo el ruido de un coche, pasando el puente de madera sobre el río, cuyas solitarias aguas reflejaban tranquilas la luz de la luna.

La joven levantó los ojos al cielo de una limpidez de zafir; quitóse lentamente sus anillos, pendientes, agujas y peineta, colocándolos sobre el antepecho de la azotea y miró hacia el río.

Una barca, cargada de zacate, se detenía al pie del embarcadero, que tiene cada casa a orillas del río. Uno de los dos hombres que la tripulaban subió la escalera de piedra, saltó el muro, y segundos después, se oían sus pasos subiendo la escalera de la azotea.

María Clara le vio detenerse al descubrirla, pero sólo fue un momento porque el hombre avanzó lentamente y a tres pasos de la joven se detuvo. María Clara retrocedió.

- ¡Crisóstomo! –murmuró llena de terror.

- ¡Sí soy Crisóstomo! –repuso el joven con voz grave-, un enemigo, un hombre que tenía razones para odiarme, Elías, me ha sacado de la prisión en que me han arrojado mis amigos.

A estas palabras siguió un triste silencio; María Clara inclinó la cabeza y dejó caer ambas manos.

Ibarra continuó:

- ¡Junto al cadáver de mi madre juré hacerte feliz, sea cual fuere mi destino!. Pudiste faltar a tu juramento, ella no era tu madre; pero yo, yo que soy su hijo, tengo su memoria por sagrada, y a través de mil peligros he venido aquí a cumplir con el mío, y la casualidad permite que te hable a ti misma. María, no nos volveremos a ver; eres joven y acaso algún día tu conciencia te acuse... vengo a decirte, antes de partir, que te perdono. Ahora ¡sé feliz y adiós!.

Ibarra trató de alejarse, pero la joven le detuvo.

- ¡Crisóstomo! –dijo-, Dios te ha enviado para salvarme de la desesperación... ¡óyeme y júzgame!

Ibarra quiso deshacerse dulcemente de ella.

- No he venido a pedirte cuenta... he venido para darte tranquilidad.

- No quiero esa tranquilidad que me regalas; la tranquilidad me la daré yo misma. ¡Tú me desprecias y tu desprecio me hará amarga hasta la muerte!

Ibarra vio la desesperación y el dolor de la pobre mujer, y le preguntó que deseaba.

- ¡Qué creas que te he amado siempre!.

Crisóstomo sonrió con amargura.

- ¡Ah!, tú dudas de mí, dudas de la amiga de tu infancia, que jamás te ha ocultado un solo pensamiento! –exclamó con dolor la joven-. ¡Te comprendo!. Cuando sepas mi historia, la triste historia que me develaron durante mi enfermedad, te compadecerás de mí y no tendrás esa sonrisa para mi dolor. ¿Por qué no has dejado que me muriese en manos de mi ignorante médico?. ¡Tú y yo habríamos sido más felices!.

María Clara descansó un momento y continuó:

- ¡Tú lo has querido, tú has dudado de mí, que mi madre me perdone!. En una de las dolorosas noches de mis padecimientos, un hombre me reveló el nombre de mi verdadero padre, y me prohibió tu amor... ¡a no ser que mi padre mismo te perdonara el agravio que le has inferido!.

Ibarra retrocedió y miró espantado a la joven.

- Si –continuó ella-, el hombre me dijo que no podía permitir nuestra unión, pues su conciencia se lo prohibiría, y se vería obligado a publicarlo, a riesgo de causar un grande escándalo, porque mi padre es...

Y murmuró al oído del joven un nombre en voz tan baja que sólo él lo oyó.

- ¿Qué iba yo a hacer?. ¿Debía yo sacrificar a mi amor la memoria de mi madre, el honor de mi padre falso y el buen nombre del verdadero?. ¿Podía hacerlo sin que tú mismo me despreciaras?.

- Pero pruebas, ¿tuviste pruebas?. ¡Tú necesitas pruebas! –exclamó Crisóstomo convulsivo.

La joven sacó de su seno dos papeles.

- ¡Dos cartas de mi madre, dos cartas escritas en medio de sus remordimientos, cuando me llevaba en sus entrañas!. Toma, léelas y verás cómo ella me maldice y desea mi muerte... ¡mi muerte que en vano procuró mi padre con medicinas!. Estas cartas las ha olvidado él en la casa donde vivió, el hombre las encontró y conservó, y sólo me han sido entregadas a cambio de tu carta... para asegurarse, según decía, de que no me iba a casar contigo. Sin el consentimiento de mi padre. Desde que las llevo sobre mí, en lugar de tu carta, siento el frío sobre el corazón. Te sacrifiqué, sacrifiqué mi amor... ¿qué no hace una por una madre muerta y dos padres vivos?. ¿Sospechaba yo el uso que iban a hacer de tu carta?.

Ibarra estaba aterrado. María Clara prosiguió:

- ¿Qué me quedaba ya?, ¿podía decirte por ventura quién era mi padre, podía decirte que le pidieras perdón, a él que tanto ha hecho sufrir al tuyo?, ¿podía decirle a mi padre acaso que te perdonara, podía decirle que yo era su hija, a él que tanto ha deseado mi muerte?. ¡Sólo me restaba sufrir, guardar conmigo el secreto, y morir sufriendo...!. Ahora, amigo mío, ahora que sabes la triste historia de tu pobre María, ¿tendrás aún para ella esa desdeñosa sonrisa?.

- ¡María, tú eres una santa!.

- Soy feliz puesto que tú me crees...

- Sin embargo –añadió el joven cambiando de tono-, he oído que te casas...

- ¡Sí! –sollozó la joven-, mi padre me exige este sacrificio... él me ha amado y alimentado y no era su deber, yo le pago esta deuda de gratitud asegurándole la paz por medio de este nuevo parentesco, pero...

- ¿Pero?.

- No olvidaré los juramentos de fidelidad que te hice.

- ¿Qué meditas hacer? –preguntó Ibarra tratando de leer en sus ojos.

- ¡El porvenir es oscuro y el Destino está entre sombras!, no sé lo que he de hacer; pero sabe que yo amo una sola vez, y sin amor jamás seré de nadie. Y de ti ¿qué va a ser de ti?.

- No soy más que un fugitivo... huyo. Dentro de poco se descubrirá mi fuga, María...

María Clara cogió la cabeza del joven entre sus manos, le besó repetidas veces en los labios, le abrazó, y después, alejándose bruscamente de sí:

- ¡Huye, huye! –le dijo- ¡huye, adiós!.

Ibarra la miró con ojos brillantes, pero, a una señal suya, el joven se alejó ebrio, vacilante...

Saltó otra vez el muro y entró en la barca. María Clara, apoyada sobre el antepecho, le miraba alejarse.

Elías se descubrió y la saludó profundamente.

Capítulo 61

LA CAZA EN EL LAGO

- ¡OÍD, SEÑOR, EL PLAN QUE HE MEDITADO! –dijo Elías pensativo mientras se dirigían a S. Gabriel-. Os ocultaré ahora en casa de un amigo mío en Mandaluyong; os traeré todo vuestro dinero, que he salvado y guardo al pie del balitî, en la misteriosa tumba de vuestro abuelo; dejaréis el país...

- ¿Para ir al extranjero? –interrumpió Ibarra.

- Para vivir en paz los días que os quedan de vida. Tenéis amigos en España, sois rico, podréis haceros indultar. De todos modos, el Extranjero para nosotros es una patria mejor que la propia.

Crisóstomo no contestó; meditó en silencio.

Llegaban en aquel momento al Pasig y la barca empezó a subir la corriente. Sobre el Puente de España corría un jinete aprisa y se oía un prolongado y agudo silbato.

- Elías –repuso Ibarra-, debéis vuestra desgracia a mi familia, me habéis salvado la vida dos veces y os debo no sólo gratitud sino también una restitución de vuestra fortuna. Me aconsejáis que viva en el Extranjero, pues venid conmigo y vivamos como hermanos. Aquí sois también desgraciado.

Elías movió tristemente la cabeza y contestó:

- ¡Imposible!. Es verdad que yo no puedo amar ni ser feliz en mi país, pero debo sufrir y morir en él, y acaso por él: siempre es algo. ¡Qué la desgracia de mi patria sea mi propia desgracia y puesto que no nos une un noble pensamiento, pues no laten nuestros corazones a un solo nombre, al menos que a mis paisanos me una la común desventura, al menos que llore yo con ellos nuestros dolores, que un mismo infortunio oprima nuestros corazones todos!.

- Entonces, ¿por qué me aconsejáis que parta?.

- Porque en otra parte podéis ser feliz y yo no, porque no estáis hecho para sufrir, y porque aborreceríais vuestro país, si un día os vieseis por causa suya desgraciado: y aborrecer a su patria es la mayor desventura.

- ¡Sois injusto conmigo! –exclamó Ibarra con amargo reproche-, olvidais que, apenas llegado aquí, me he puesto a buscar su bien...

- No os ofendáis, señor, no os hago ningún reproche: ¡ojalá todos puedan imitaros!. Pero yo no os pido imposibles, y no os ofendáis si os digo que vuestro corazón os engaña. Amabais a vuestra patria porque vuestro padre así os lo ha enseñado; la amabais porque en ella teníais amor, fortuna, juventud, porque todo os sonreía, vuestra patria no os había hecho ninguna injusticia; la amabais como amamos todo aquello que nos hace felices. Pero el día en que os veáis pobre, hambriento, perseguido, delatado y vendido por vuestros mismos compatriotas, ese día renegaréis de vos, de vuestra patria y de todos.

- Vuestras palabras me lastiman –dijo Ibarra resentido.

Elías bajó la cabeza, meditó y repuso:

- Yo quiero desengañaros, señor, y evitaros un triste porvenir. Acordaos de aquella vez cuando yo os hablaba en esta misma barca y a la luz de esta misma luna, hará un mes, días más días menos: entonces erais feliz. La súplica de los desgraciados no llegaba hasta vos: desdeñasteis sus quejas porque eran quejas de criminales; disteis más oídos a sus enemigos y, a pesar de mis razones y ruegos, os pusisteis del lado de sus opresores, y de vos dependía entonces el que yo me convirtiese en criminal o me dejase matar para cumplir una palabra sagrada. Dios no lo ha permitido porque el anciano jefe de los malhechores ha muerto... ¡Ha pasado un mes y ahora pensáis de otra manera!.

- Tenéis razón, Elías, pero el hombre es un animal de circunstancias; entonces estaba cegado, disgustado, ¿qué se yo?. Ahora la desgracia me ha arrancado la venda; la soledad y la miseria de mi prisión me han enseñado; ahora veo el horrible cáncer que roe a esta sociedad, que se agarra a sus carnes y que pide una violenta extirpación. ¡Ellos me han abierto los ojos, me han hecho ver la llaga y me fuerzan a ser criminal!. Y pues que lo han querido, seré filibustero, pero verdadero filibustero; llamaré a todos los desgraciados, a todos los que dentro del pecho sienten latir un corazón, a esos que os enviaban a mí... ¡no, no seré criminal, nunca lo es el que lucha por su patria, al contrario!. Nosotros, durante tres siglos, les tendemos la mano, les pedimos amor, ansiamos llamarlos nuestros hermanos, ¿cómo nos contestan?. Con el insulto y la burla, negándonos hasta la cualidad de seres humanos. ¡No hay Dios, no hay esperanzas, no hay humanidad; no hay más que el derecho de la fuerza!.

Ibarra estaba nervioso; todo su cuerpo temblaba.

Pasaron por delante del palacio del General y creyeron notar movimiento y agitación en los guardias.

- ¿Se habrá descubierto la fuga? –murmuró Elías-. Acostaos, señor, para que os cubra con el zacate, pues pasaremos al lado del Polvorista, y al centinela puede chocarle el que seamos dos.

La barca era una de esas finas y estrechas canoas que no bogan sino que resbalan por encima del agua.

Como Elías había previsto, el centinela le paró y le preguntó de dónde venía.

- De Manila, de dar zacate a los oidores y curas –contestó imitando el acento de los de Pandakan.

Un sargento salió y enteróse de lo que pasaba.

- ¡Sulung! –díjole éste-, te advierto que no recibas en la barca a nadie, un preso acaba de escaparse. Si le capturas y me lo entregas te daré una buena propina.

- Está bien, señor, ¿qué señas tiene?.

Librodot

- Va de levita y habla español; con que ¡*cuidao*!.

La barca se alejó. Elías volvió la cara y vio la silueta del centinela, de pie junto a la orilla.

- Perderemos algunos minutos de tiempo –dijo en voz baja-, debemos entrar en el río Beata para simular que soy de Peña Francia. Veréis el río que cantó Francisco Baltasar.

El pueblo dormía a la luz de la luna. Crisóstomo se levantó para admirar la paz sepulcral de la Naturaleza. El río era estrecho y sus orillas formaban llano, sembrado de zacate.

Elías arrojó su carga en la orilla, cogió una larga caña y sacó debajo de la yerba algunos vacíos *bayones* o sacos hechos de hoja de palmera. Siguieron navegando.

- Sois dueño de vuestra voluntad, señor, y de vuestro porvenir –dijo a Crisóstomo que se mantenía silencioso-. Pero si me permitís una observación, os diría: Mirad bien lo que vais a hacer, vais a encender la guerra, pues tenéis dinero, cabeza y encontraréis pronto muchos brazos, fatalmente hay muchos descontentos. Mas, en esta lucha que vais a emprender, los que más sufrirán son los indefensos e inocentes. Los mismos sentimientos que hace un mes hacían que me dirigiese a vos pidiendo reformas, son también los que me mueven ahora a deciros que meditéis. El país, señor, no piensa separarse de la Madre Patria; no pide más que un poco de libertad, de justicia y de amor. Os secundarán los descontentos, los criminales, los desesperados, pero el pueblo se abstendrá. Os equivocáis si, viendo todo oscuro, creéis que el país está desesperado. El país sufre, sí, pero aún espera, cree, y sólo se levantará cuando haya perdido la paciencia, esto es, cuando lo quieran los que gobiernan, lo cual aún está lejos. Yo mismo no os seguiría; jamás acudiré a esos remedios extremos mientras vea esperanza en los hombres.

- ¡Entonces iré sin vos! –repuso Crisóstomo resuelto.

- ¿Es vuestra firme decisión?.

- ¡Firme y única, testigo la memoria de mi padre!. Yo no me dejo arrancar impunemente paz y felicidad, yo que sólo he deseado el bien, yo que todo he respetado y sufrido por amor a una religión hipócrita, por amor a una patria. ¿Cómo me han correspondido?. Hundiéndome en un calabozo infame y prostituyendo a mi futura esposa. ¡No, no vengarme sería un crimen, sería animarlos a nuevas injusticias!. No, fuera cobardía, pusilanimidad gemir y llorar cuando hay sangre y vida, ¡cuándo al insulto y al reto se une el escarnio!. Yo llamaré a ese pueblo ignorante, le haré ver su miseria; que no piense en hermanos; ¡sólo hay lobos que se devoran, y les diré que contra esa opresión se levanta y protesta el eterno derecho del hombre para conquistar su libertad!.

- ¡El pueblo inocente sufrirá!.

- ¡Mejor!. ¿Podéis conducirme hasta la montaña?.

- ¡Hasta que estéis en seguridad! –contestó Elías.

Salieron de nuevo al Pasig. Hablaban de cuando en cuando de cosas indiferentes.

- ¡Santa Ana! –murmuró Ibarra-. ¿Conocéis esta casa?.

Pasaban delante de la casa de campo de los jesuitas.

- ¡Allí pasé yo muchos días felices y alegres! –suspiró Elías-. En mi tiempo veníamos cada mes... entonces era yo como los otros: tenía fortuna, familia, soñaba y vislumbraba un porvenir. En esos días veía a mi hermana en el vecino colegio; me regalaba una labor de sus manos... la acompañaba una amiga, una bella joven. Todo ha pasado como un sueño.

Permanecieron silenciosos hasta llegar a *Malapad-na-bató*[1]. Los que de noche han surcado alguna vez el Pasig, en una de esas noches mágicas que Filipinas ofrece, cuando la luna derrama desde el límpido azul melancólica poesía; cuando las sombras ocultan la miseria de los hombres y el silencio apaga los mezquinos acentos de su voz: cuando sólo habla la Naturaleza, ésos comprenderán lo que meditaban ambos jóvenes.

En *Malapad-na-bató*, el carabinero tenia sueño y, viendo que la barca estaba vacía y no ofrecía botín alguno que coger según la tradicional costumbre de su cuerpo y uso de aquel puesto, dejoles pasar fácilmente.

El guardia civil de Pasig tampoco sospechaba nada y no fueron molestados.

Comenzaba a amanecer cuando llegaron al lago, manso y tranquilo como un gigantesco espejo. La luna palidecía y el Oriente se teñía con rosadas tintas. A cierta distancia columbraron una masa gris que avanzaba poco a poco.

- La falúa viene –murmuraba Elías- acostaos y os cubriré con estos sacos. Las formas de la embarcación se hacían más claras y perceptibles.

- Se pone entre la orilla y nosotros- observa Elías inquieto.

Y varió poco a poco la dirección de su barca, remando hacia Binangonan. A su gran estupor notó que la falúa cambiaba también de dirección, mientras una voz le gritaba.

Elías detúvose y reflexionó. La orilla estaba aún lejos y pronto estarían al alcance de los fusiles de la falúa. Pensó volver a Pasig; su barca era más veloz que aquella. Pero ¡fatalidad!, otra barca venía del Pasig, y se veían brillar los capacetes y bayonetas de los guardias civiles.

- ¡Estamos cogidos! –murmuró palideciendo.

Miróse sus robustos brazos y tomando la única resolución que quedaba, principió a remar con todas sus fuerzas hacia la Isla de Talim. Entretanto, se asomaba el sol.

La barca se deslizaba rápidamente; Elías vio sobre la falúa que viraba algunos hombres de pie haciéndoles señas.

- ¿Sabéis guiar una barca? –preguntó a Ibarra.

- Sí; ¿por qué?.

- Porque estamos perdidos si no salto al agua y les hago perder la pista. Ellos me perseguirán, yo nado y buceo bien... yo los alejaré de vos, y después procuráis salvaros.

- ¡No, quedaos y vendamos caras nuestras vidas!.

- Inútil, no tenemos armas, y con sus fusiles nos matarán como pajaritos.

En aquel momento se oyó un chips en el agua como la caída de un cuerpo caliente, seguido inmediatamente de una detonación.

- ¿Veis? –dijo Elías poniendo el remo en la barca-. Nos veremos en Nochebuena en la tumba de vuestro abuelo. ¡Salvaos!.

- Y ¿vos?.

- Dios me ha sacado de mayores peligros.

Elías se quitó la camisa, una bala la rasgó de sus manos y dos detonaciones se dejaron oír. Sin turbarse, estrechó la mano de Ibarra, que continuaba tendido en el fondo de la barca, se levantó y saltó al agua, empujando con el pie la pequeña embarcación.

Oyéronse varios gritos, y pronto a alguna distancia apareció la cabeza del joven como para respirar, ocultándose al instante.

- ¡Allá, allá está! –gritaron varias voces y silbaron de nuevo las balas.

[1] En tagalo, esta voz significa “piedra ancha”. Se llama así a una roca escarpada que se ve en el frente.

Librodot

La falúa y la barca pusiéronse en su persecución: una ligera estela señalaba su paso, alejándose cada vez más de la barca de Ibarra, que bogaba como si estuviera abandonada. Cada vez que el nadador sacaba la cabeza para respirar, disparaban sobre él guardias civiles y falueros.

La caza duraba; la barquilla de Ibarra estaba ya lejos, el nadador se aproximaba a la orilla, distante una cincuentas brazas. Los remeros estaban ya cansados, pero Elías lo estaba también, pues sacaba la cabeza a menudo y cada vez en distinta dirección, como para desconcertar a sus perseguidores. Ya no señalaba la traidora estela el paso del buzo. Por última vez le vieron cerca de la orilla a una diez brazas, hicieron fuego... después pasaron minutos y minutos; nada volvió a aparecer sobre la superficie tranquila y desierta del lago.

Media hora después, un remero pretendía descubrir en el agua, cerca de la orilla, señales de sangre, pero sus compañeros sacudían la cabeza con un aire que tanto quería decir sí como no.

Capítulo 62

EL P. DÁMASO SE EXPLICA

EN VANO SE AMONTONABAN sobre una mesa los preciosos regalos de boda; ni los brillantes en sus estuches de terciopelo azul, ni los bordados de piña, ni las piezas de seda atraen las miradas de María Clara. La joven mira, sin ver ni leer, el periódico que da cuenta de la muerte de Ibarra, ahogado en el lago.

De repente siente que dos manos se posan sobre sus ojos, la sujetan y una voz alegre, la del P. Dámaso, le dice:

- ¿Quién soy?, ¿quién soy?.

María Clara salta de su asiento y le mira con terror.

- Tontica, ¿has tenido miedo, eh?. No me esperabas, ¿eh?. Pues he venido de provincias para asistir a tu casamiento.

Y acercándose con una sonrisa de satisfacción, le tendió la mano para que se la besara. María Clara se acercó temblorosa y la llevó con respeto a sus labios.

- ¿Qué tienes, María? –preguntó el franciscano, perdiendo su sonrisa alegre y llenándose de inquietud-, tu mano está fría, palideces... ¿estás enferma, hijita?.

Y el P. Dámaso la atrajo a sí con una ternura de la que no se le hubiera creído capaz, cogió ambas manos de la joven y la interrogó con la mirada.

- ¿No tienes ya confianza en tu padrino? –preguntó en tono de reproche-; vamos, siéntate aquí y cuéntame tus disgustillos, como lo hacías conmigo de niña, cuando deseabas velas para hacer muñecas de cera. Ya sabes que te he querido siempre... nunca te he reñido...

La voz del P. Dámaso dejaba de ser brusca y llegaba a tener modulaciones cariñosas. María Clara empezó a llorar.

- ¿Lloras?, hija mía, ¿por qué lloras?. ¿Has reñido con Linares?.

María Clara se tapó los oídos.

- ¡Nada de él... ahora! –gritó la joven.

P. Dámaso la miró lleno de asombro.

- ¿No quieres confiarme tus secretos?. ¿No he procurado siempre satisfacer tus más pequeños caprichos?.

La joven levantó hacia él sus ojos llenos de lágrimas, le miró algún rato y volvió a llorar amargamente.

- ¡No llores así, hija mía, que tus lágrimas me hacen daño!. Cuéntame tus penas; ¡verás cómo tu padrino te ama!.

María Clara se le acercó lentamente, cayó de rodillas a sus pies y levantando el semblante, bañado en llanto, le dijo en voz baja, apenas perceptible:

- ¿Me ama Ud. aún?.

- ¡Niña!.

- ¡Entonces... proteja Ud. a mi padre y rompa mi casamiento!.

Y la joven le refirió su última entrevista con Ibarra, ocultándole el secreto de su nacimiento.

El P. Dámaso apenas podía creer lo que oía.

- ¡Mientras él vivía –continuó la joven-, pensaba luchar, esperaba, confiaba!. Quería vivir para oír hablar de él..,. pero ahora que él ha muerto, ahora no hay razón para que viva y sufra.

Esto lo dijo ella lentamente, en voz baja, con calma, sin lágrimas.

- Pero, tonta, ¿no es Linares mil veces mejor que...

- Cuando él vivía, podía yo casarme... pensaba huir después... ¡mi padre no quiere más que el parentesco!. Ahora que él está muerto, ningún otro me llamará esposa... Cuando él vivía, podía yo envilecerme, quedábame el consuelo de saber que él existía y quizás pensaría en mí; ahora que él está muerto... el convento o la tumba.

El acento de la joven tenía una firmeza tal que el P. Dámaso perdió su aire alegre y se puso muy pensativo.

- ¿Le amabas tanto a él? –preguntó balbuceando.

María Clara no respondió. Fr. Dámaso inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó silencioso.

- ¡Hija mía! –exclamó con voz quebrada-, perdóname que te haya hecho infeliz sin saberlo. Yo pensaba en tu porvenir, quería tu felicidad. ¿Cómo podía permitirte yo que casases con uno del país, para verte esposa infeliz y madre desgraciada?. Yo no podía quitar de tu cabeza tu amor, y me opuse con todas mis fuerzas, abusé de todo, por ti, solamente por ti. Si hubieses sido su esposa, llorarías después, por la condición de tu marido, expuesto a todas las vejaciones sin medio de defensa; madre, llorarías por la suerte de tus hijos; si los educas, les preparas un triste porvenir; se hacen enemigos de la Religión, y los verás ahorcados o expatriados; ¡si los dejas ignorantes, los verás tiranizados y degradados!. ¡No lo podía consentir!. Por esto buscaba para ti un marido que te pudiese hacer madre feliz de hijos que manden y no obedezcan, que castiguen y no sufran... Sabía que tu amigo de la infancia era bueno, le quería a él como a su padre, pero los odié desde que vi que iban a causar tu infelicidad, porque yo te quiero, te idolatro, te amo como se ama a una hija; no tengo más cariño que el tuyo; yo te he visto crecer; no transcurre una hora sin que piense en ti; sueño en ti; tú eres mi única alegría...

Y el P. Dámaso se puso a llorar como un niño.

- Pues bien, si me ama Ud., no me haga eternamente desgraciada; ¡él ya no vive, quiero ser monja!.

El viejo apoyó su frente en la mano.

- ¡Ser monja, ser monja! –repitió-. Tú no sabes, hija mía, la vida, el misterio, que se oculta detrás de los muros del convento, ¡tú no lo sabes!, prefiero mil veces verte infeliz en el mundo que en el claustro... Aquí tus quejas pueden oírse; allá sólo tendrás los muros!... ¡Tú eres hermosa, muy hermosa, y no has nacido para él, para esposa de Cristo!. Créeme, hija mía, el tiempo lo borra todo; más tarde te olvidarás, amarás, y amarás a tu marido... a Linares.

- ¡O el convento o... la muerte! –repitió María Clara.

- ¡El Convento, el convento o la muerte! –exclamó el P. Dámaso-. María, yo ya soy viejo, no podré velar más tiempo por ti y por tu tranquilidad... Escoge otra cosa, busca otro amor, otro joven, sea quien quiera, pero menos el Convento.

- ¡El Convento o la muerte!.

- ¡Dios mío, Dios mío! –gritó el sacerdote, cubriéndose la cabeza con las manos-, tú me castigas, ¡sea!, ¡pero vela por mi hija...!.

Y volviéndose a la joven:

- ¿Quieres ser monja?, lo serás; no quiero que mueras.

María Clara le cogió ambas manos, las estrechó, las besó arrodillándose.

- ¡Padrino, padrino mío! –repetía.

Fr. Dámaso salía después triste, cabizbajo y suspirando.

- ¡Dios, Dios, tú existes puesto que castigas!. ¡Pero véngate en mí y no hieras al inocente, salva a mi hija!.

Capítulo 63

LA NOCHEBUENA

ARRIBA, EN LA VERTIENTE DE LA MONTAÑA, cabe a un torrente, se esconde entre los árboles una choza, construida sobre torcidos troncos. Sobre su techo de kogon[1] trepa ramosa, cargada de frutas y flores, la calabaza; adornan el rústico hogar cuernas de venado, calaveras de jabalí, algunas con largos colmillos. Allí vive una familia tagala, dedicada a la caza y a cortar leñas.

A la sombra de un árbol, el abuelo hace escobas con los nervios de la palma, mientras una joven coloca en un cesto huevos de gallina, limones y legumbres. Dos muchachos, un niño y una niña, juegan al lado de otro, pálido, melancólico, de ojos grandes y mirada profunda, sentado sobre un caído tronco. En sus enflaquecidas facciones reconoceremos al hijo de Sisa, Basilio, el hermano de Crispín.

- Cuando te pongas bueno del pie –le decía la niña- jugaremos pico-pico con escondite, yo seré la madre.

- Subirás con nosotros a la cumbre del monte –añadía el niño-, beberás sangre de venado con zumo de limón y te pondrás grueso, y entonces te enseñaré a saltar de roca en roca, encima del torrente.

Basilio sonreía con tristeza, miraba la llaga de su pie, y después dirigía la vista al sol que brillaba espléndido.

- Vende estas escobas –dijo el abuelo a la joven- y compra algo para tus hermanos que hoy es la Pascua.

- ¡Reventadores, quiero reventadores! –gritó el niño.

- ¡Yo, una cabeza para mi muñeca! –gritó la niña, cogiendo a su hermana del tapis[2].

- Y tú, ¿qué quieres? –preguntó el abuelo a Basilio.

Este se levantó trabajosamente y se acercó al anciano.

[1] Gramínea larga (*Imperata cilíndrica* Linn.), flexible que se emplea para servir de techo a las casas de los indígenas.

[2] Trozo de tela de un solo color, liso o bordado o con encajes que se usa como sobrefalda, como el característico distintivo del traje típico de las filipinas.

- Señor -le dijo- ¿he estado pues enfermo más de un mes?.

- Desde que te encontramos desmayado y lleno de heridas, han pasado dos lunas; creíamos que ibas a morir...

- ¡Dios os pague; nosotros somos muy pobres! –repuso Basilio-, pero ya que hoy es Pascua, quiero ir al pueblo para ver a mi madre y a mi hermanito. Me estarán buscando.

- Pero, hijo, todavía no estás bueno y tu pueblo está muy lejos; no llegas a media noche.

- ¡No importa, señor!. Mi madre y mi hermanito deben estar muy tristes; todos los años pasamos juntos esta fiesta... el año pasado comimos un pescado entre nosotros tres... madre habrá estado llorando buscándome.

- ¡No llegarás vivo al pueblo, muchacho!. Esta noche tenemos gallina y tapa de jabalí. Mis hijos te buscarán cuando vengan del campo...

- Tenéis muchos hijos, y mi madre no tiene más que a nosotros dos; ¡acaso me cree ya muerto!. Esta noche quiero darle una alegría, un aguinaldo... ¡un hijo!.

El anciano sintió humedecerse sus ojos, puso la mano sobre la cabeza del niño y le dijo conmovido:

- ¡Pareces un viejo!. ¡Anda, vete, busca a tu madre, dale el aguinaldo... de Dios. ¡Como dices!; si hubiese sabido el nombre de tu pueblo, habría ido allá cuando estabas malo. Anda, hijo mío, que Dios y el Señor Jesús te acompañen. Lucía, mi nieta, irá contigo hasta el próximo pueblo.

- ¿Cómo?, ¿te vas? –le pregunta el niño-. Allá abajo hay soldados, hay muchos ladrones. ¿No quieres ver mis reventadotes?. ¡Pum purumpum!.

- ¿No quieres jugar gallina ciega con escondite? –preguntaba la niña-, ¿te has escondido alguna vez?. ¿Verdad, no hay cosa más agradable que ser perseguido y esconderse?.

Basilio se sonrió; cogió su bastón y con lágrimas en los ojos:

- Volveré pronto; traeré a mi hermanito, lo veréis y jugaréis con él; es tan grande como tú.

- ¿Anda también cojeando? –preguntó la niña-: entonces le haremos madre en el pico-pico.

- No te olvides de nosotros –le decía el anciano-; llévate esta tapa de jabalí y dásela a tu madre.

Los niños le acompañaron hasta el puente de caña, colocado sobre el torrente de alborotado curso.

Lucía le hizo apoyarse sobre su brazo y desaparecieron de la vista de los niños.

Basilio marchaba ligero a pesar de su pierna vendada.

* * *

El viento del Norte silba y los habitantes de S. Diego tiritan de frío.

Es la Nochebuena, y sin embargo el pueblo está triste. Ni un farol de papel cuelga de las ventanas, ningún ruido en las casas anuncia regocijo como otros años.

En el entresuelo de la casa de Capitán Basilio, hablan al lado de una reja éste y D. Filipo (la desgracia del último los había hecho amigos), mientras que en la otra miran hacia la calle Sinang, su prima Victoria y la bella Iday.

La luna, menguante, empezaba a brillar en el horizonte y doraba nubes, árboles y casas, proyectando largas y fantásticas sombras.

- ¡No es poca fortuna la vuestra, salir absuelto en estos tiempos! –decía Capitán Basilio a D. Filipo-; os han quemado vuestros libros, sí, pero otros han perdido más.

Una mujer se acercó a la reja y miró hacia el interior. Sus ojos eran brillantes, sus facciones demacradas, su cabellera suelta y desgreñada: la luna le daba un aspecto singular.

- ¡Sisa! –exclamó sorprendido D. Filipo, y volviéndose a Capitán Basilio mientras la loca se alejaba:

- ¿No estaba en casa de un médico? –preguntó-, ¿se ha curado ya?,.

Capitán Basilio se sonrió amargamente.

- El médico tuvo miedo de que acusasen como amigo de D. Crisóstomo y la despidió de su casa. Ahora vaga otra vez tan loca como siempre, canta, es inofensiva y vive en el bosque...

- ¿Qué cosas más han sucedido en el pueblo desde que lo dejamos?. Sé que tenemos cura nuevo y nuevo alférez...

- ¡Terribles tiempos, la Humanidad retrocede! –murmura Capitán Basilio pensando en el pasado-. Veréis, al día siguiente de vuestra marcha encontraron muerto al sacristán mayor, colgado del zaquizamí de su casa. El P. Salví sintió mucho su muerte y se apoderó de todos sus papeles. ¡Ah!, el filósofo Tasio murió también y fue enterrado en el cementerio de los chinos.

- ¡Pobre D. Anastasio! –suspiró D. Filipo-, y ¿sus libros?.

- Fueron quemados por los piadosos, que así creían agradar a Dios. Nada pude salvar, ni los libros de Cicerón... el Gobernadorcillo no hizo nada para impedirlo.

Ambos guardaron silencio.

En aquel momento se oía el canto triste y melancólico de la loca.

- ¿Sabes cuándo se casa María Clara? –preguntaba Iday a Sinang.

- No lo sé –contestó ésta-, recibí una carta de ella, pero no la abro por temor de saberlo. ¡Pobre Crisóstomo!.

- Dicen que si no es por Linares, a Capitán Tiago le ahorcan, ¿qué iba a hacer María Clara? –observó Victoria.

Un muchacho pasó cojeando; corría en dirección a la plaza, de donde partía el canto de Sisa. Es Basilio. El niño ha encontrado su casa, desierta y en ruinas; después de muchas preguntas sólo sacó que su madre estaba loca y vagaba por el pueblo, de Crispín ni una palabra.

Basilio tragose las lágrimas, ahogó el dolor y sin descansar fue a buscar a su madre. Llegó al pueblo, preguntó por ella y el canto hirió sus oídos. El infeliz dominó el temblor de sus piernas y quiso correr para arrojarse en los brazos de su madre.

La loca dejó la plaza y se llegó delante de la casa del nuevo alférez. Ahora como antes hay un centinela en la puerta, y una cabeza de mujer se asoma a la ventana, pero no es la Medusa, es una joven: alférez y desgraciado no son sinónimos.

Sisa empezó a cantar delante de la casa, mirando a la luna, que se mecía majestuosa en el cielo azul entre las nubes de oro. Basilio la veía y no se atrevía a acercarse, esperando quizás que abandone el sitio; andaba de un lado a otro pero evitando aproximarse al cuartel.

La joven que estaba en la ventana escuchaba atenta el canto de la loca, y mandó al centinela que la hiciese subir.

Sisa, al ver acercarse al soldado y oír su voz, llena de terror, echose a correr, y sabe Dios cómo corre una loca. Basilio sigue detrás de ella, y temiendo perderla, corre y olvida los dolores de sus pies.

- ¡Mirad cómo ese muchacho persigue a la loca! –exclama indignada una criada que estaba en la calle.

Y viendo que la seguía persiguiendo, cogió una piedra y la lanzó contra él diciendo:

- ¡Toma!, ¡qué lástima que esté atado el perro!.

Basilio sintió un golpe en su cabeza, pero continuó corriendo sin hacer caso. Los perros le ladraban, los gansos graznaban, unas ventanas se abrían para dar paso a un curioso, cerrábanse otras temiéndose otra noche de alborotos.

Llegaron fuera del pueblo. Sisa empezó a moderar su carrera; gran distancia la separaba de su perseguidor.- ¡Madre! –le gritó cuando la distinguió.

La loca, apenas oyó la voz, comenzó de nuevo a huir.

- ¡Madre soy yo! –gritó el muchacho desesperado.

La loca no oía, el hijo seguía jadeante. Los sembrados habían pasado y estaban ya cerca del bosque.

Basilio vio a su madre entrar en él y entró también. Las matas, los arbustos, los espinosos juncos y las raíces salientes de los árboles impedían la carrera de ambos. El hijo seguía la silueta de su madre, alumbrada de cuando en cuando por los rayos de la luna, penetrando a través de los claros y las ramas. Era el misterioso bosque de la familia de Ibarra.

El muchacho tropezó varias veces cayendo, pero se levantaba, no sentía dolor: toda su alma se reconcentraba en sus ojos, que seguían la querida figura.

Pasaron el arroyo, que murmuraba dulcemente; las espinas de las cañas caídas en el barro de la orilla, se hundían en sus pies desnudos: Basilio no se detenía para arrancarlos.

A su gran sorpresa vio que su madre se internaba en la espesura y entraba por la puerta de madera, que cierra la tumba del viejo español al pie del balitî.

Basilio trató de hacer lo mismo pero halló la puerta cerrada. La loca defendía la entrada con sus descarnado brazos y desgreñada cabeza, manteniéndola cerrada con todas sus fuerzas.

- ¡Madre, soy yo, soy yo, soy Basilio, vuestro hijo! –gritó el extenuado, muchacho dejándose caer.

Pero la loca no cedía; apoyándose con los pies contra el suelo ofrecía una enérgica resistencia.

Basilio golpeó la puerta con el puño, con la cabeza, bañada en sangre, lloró, pero en vano. Levantose trabajosamente, miró al muro, pensando escalarlo, pero nada halló. Lo rodeó entonces y vio una rama del fatídico balitî cruzándose con la de otro árbol. Trepó: su amor filial hacía milagros, y de rama en rama pasó al balitî, y vio a su madre sosteniendo aún con su cabeza las hojas de la puerta.

El ruido que hacía en las ramas llamó la atención de Sisa; volvióse y quiso huir, pero el hijo, dejándose caer del árbol, la abrazó y la cubrió de besos, perdiendo después el sentido.

Sisa vio la frente bañada en sangre; inclinose hacia él, sus ojos parecían saltar de las órbitas, le miró en la cara, y aquellas pálidas facciones sacudieron las dormidas células de su cerebro; algo como una chispa brotó de su mente, reconoció a su hijo y, soltando un grito, cayó sobre el desmayado muchacho, abrazándole y besándole.

Madre e hijo permanecieron inmóviles...

Cuando Basilio volvió en sí halló a su madre sin sentido. La llamó, prodigole los más tiernos nombres y, viendo que ni respiraba ni despertaba, levantose, fue al arroyo a sacar un poco de agua en un cucurucho de hojas de plátano y roció con ella el pálido rostro de su madre. Pero la loca no hizo el menor movimiento, sus ojos continuaron cerrados.

Basilio la miró espantado; aplicó sus oídos al corazón de ella, pero el flaco y marchito seno estaba frío y el corazón no latía: puso los labios sobre sus labios y no percibió ningún aliento. El desgraciado abrazó el cadáver y lloró amargamente.

La luna brillaba en el cielo majestuosa, la brisa vagaba suspirando y debajo de la yerba los grillos trinaban.

Librodot

La noche de luz y alegría para tantos niños, que en el caliente seno de la familia celebran la fiesta que conmemora la primera mirada de amor que el cielo envió a la tierra; esa noche en que todas las familias cristianas comen, beben, bailan, cantan, ríen, juegan, aman, se besan... esa noche, que en los países fríos es mágica para la niñez con su tradicional árbol de pino, cargado de luces, muñecas, confites y oropeles, que miran deslumbrados los redondos ojos donde se espeja la inocencia, esa noche no ofrece a Basilio más que una orfandad. ¿Quién sabe?. Acaso en el hogar del taciturno P. Salví juegan también los niños, acaso se canta:

La Nochebuena se viene,
La nochebuena se va...

El niño lloró y gimió mucho y cuando levantó la cabeza, vio un hombre delante de sí, que le contemplaba en silencio. El desconocido le preguntó en voz baja:

- ¿Eres el hijo?.

El muchacho afirmó con la cabeza.

- ¿Qué piensas hacer?.
- ¡Enterrarla!.
- ¿En el cementerio?.
- No tengo dinero y además no lo permitiría el cura.
- ¿Entonces...?.
- Si me quisieseis ayudar...
- Estoy muy débil –contestó el desconocido, que se dejó caer poco a poco en el suelo, apoyándose con ambas manos en tierra-, estoy herido... hace dos días que no he comido ni dormido... ¿No ha venido ninguno esta noche?.

El hombre permaneció pensativo contemplando la interesante fisonomía del muchacho.

- ¡Escucha! –continuó en voz más débil-; habré muerto también antes que venga el día... A veinte pasos de aquí, a la otra orilla del arroyo, hay mucha leña amontonada; tráela, haz una pira, pon nuestros cadáveres encima, cúbrelos y prende fuego, mucho fuego hasta que nos convirtamos en cenizas...

Basilio escuchaba.

- Después, si ningún otro viene... cavarás aquí, encontrarás mucho oro... y todo será tuyo. ¡Estudia!.

La voz del desconocido se hacía cada vez más inteligible.

- Ve a buscar leña... quiero ayudarte.

Basilio se alejó. El desconocido volvió la cara hacia el Oriente y murmuró como orando:

- ¡Muero sin ver la aurora brillar sobre mi patria...!, vosotros, que la habéis de ver, saludadla... ¡no os olvidéis de los que han caído durante la noche!.

Levantó los ojos al cielo, sus labios se agitaron como murmurando una plegaria, después bajó la cabeza y cayó lentamente en tierra...

Dos horas más tarde. Hermana Rufa estaba en el *batalan*[3] de su casa haciendo sus abluciones matinales para ir a misa. La piadosa mujer miraba al cercano bosque y vio subir una gruesa columna de humo; frunció las cejas y llena de santa indignación exclamó:

- ¿Quién será el hereje que en día de fiesta hace *kaining*[4]?. ¡Por eso vienen tantas desgracias!. Prueba ir al Purgatorio y verás si te saco de allá, salvaje!.

[3] Palabra tagala para designar la parte de las casas de materiales ligeros, lo que es la azotea en las de materiales fuertes.
[4] El terreno que se limpia preparándolo para la siembra.

EPÍLOGO

VIVIENDO AÚN MUCHOS de nuestros personajes, y habiendo perdido de vista a los otros, es imposible un verdadero epílogo. Para bien de la gente, mataríamos con gusto a todos nuestros personajes empezando por el P. Salví y acabando por Dª Victorina, pero no es posible... ¡qué vivan!, el país y no nosotros los ha de alimentar al fin...

Desde que María Clara entró en el convento, el P. Dámaso dejó el pueblo para vivir en Manila, al igual del P. Salví que, mientras espera una mitra vacante, predica varias veces en la iglesia de Sta. Clara, en cuyo convento desempeña un cargo importante. No pasaron muchos meses y el P. Dámaso recibió la orden del M.R.P. Provincial para desempeñar el curato en una provincia muy lejana. Cuéntase que tomó tanto pesar en ello que al día siguiente le hallaron muerto en su alcoba. Unos dijeron que murió de apoplejía, otros de una pesadilla, pero el médico disipó las dudas declarando que murió de repente.

Ninguno de nuestros lectores reconocería ahora a Capitán Tiago si le viese. Ya semanas antes de profesar María Clara, cayó en un estado de abatimiento tal que empezó a enflaquecer y a ponerse muy triste, meditabundo y desconfiado, como su ex amigo, el infeliz Capitán Tinong. Tan pronto como las puertas del convento se cerraron, ordenó a su desconsolada prima, la tía Isabel, recogiese cuanto su hija y difunta esposa había pertenecido, se fuese a Malabon o S. Diego, pues quería vivir solo en adelante. Dedicose al *liampó* y a la gallera con furia, y empezó a fumar opio. Ya no va a Antipolo, ni manda decir misas; Dª. Patrocinio, su vieja competidora, celebra piadosamente su triunfo, poniéndose a roncar durante los sermones. Si alguna vez, al caer de la tarde, os paseáis por la primera calle de Santo Cristo, veréis sentado en la tienda de un chino, a un hombre pequeño, amarillo, flaco, encorvado, con los ojos hundidos y soñolientos, labios y uñas de un color sucio, mirando a la gente como si no la viese. Al llegar la noche le veréis levantarse con trabajo y, apoyado en un bastón, dirigirse a una estrecha esquinita, entrar en una sucia casucha, encima de cuya puerta se lee en grandes letras rojas: FUMADERO PÚBLICO DE ANFIÓN[1]. Este es aquél Capitán Tiago tan célebre, hoy completamente olvidado, hasta del mismo sacristán mayor.

Dª. Victorina ha añadido a sus rizos postizos y a su andaluzamiento, si nos pasan la palabra, la nueva costumbre de querer guiar los caballos del coche, obligando a D. Tiburcio a estarse quieto. Como por la debilidad de su vista sucedían muchas calamidades, ella usa ahora quevedos, que le dan un aspecto famoso. El doctor no ha vuelto a ser llamado para asistir a nadie; los criados le ven muchos días de la semana sin dientes, lo cual, como saben nuestros lectores, es de muy mal agüero.

Linares, único defensor de este desgraciado, hace tiempo descansa en Paco, víctima de una disentería y de los malos tratamientos de su cuñada.

[1] "En Filipinas, se da este nombre (anfión) al opio compuesto y preparado para fumarse" (Abella, *Modernos manileños*). Por eso no se dice, allí al menos, fumadero de opio, sino fumadero de anfión.

Librodot

El victorioso alférez se fue a España, de teniente con grado de comandante, dejando a su amable mujer en su camisa de franela, cuyo color es ya incalificable. La pobre Ariadna, al verse abandonada, se consagró también, como la hija de Minos, al culto de Baco y al cultivo del tabaco, y bebe y fuma con tal pasión que ya la temen no sólo las jovencitas sino también las viejas y los chiquillos.

Vivirán probablemente aún nuestros conocidos del pueblo de S. Diego, si es que no se han muerto en la explosión del vapor *Lipa*, que hacía el viaje a la provincia. Como nadie se cuidó de saber quiénes fueron los infelices que en aquella catástrofe murieron, a quienes pertenecieron las pierna y brazos desparramados en la Isla de la Convalecencia y en las orillas del río, ignoramos por completo si entre ellos iba algún conocido de nuestros lectores. Estamos satisfechos, como el Gobierno y la Prensa de entonces, con saber que el único fraile que en el vapor estaba se ha salvado y no pedimos más. Lo principal para nosotros es la vida de los virtuosos sacerdotes, cuyo reinado en Filipinas conserve para bien de nuestras almas[2].

De María Clara no se volvió a saber nada más sino que el sepulcro parece la guarda en su seno. Hemos preguntado a varias personas de mucha influencia en el santo convento de Sta. Clara, pero nadie nos ha querido decir una sola palabra, ni aun las charlatanas devotas que reciben la famosa fritada de hígados de gallinas, y la salsa más famosa aún, llamada de *las monjas*, preparadas por la inteligente cocinera de las Vírgenes del Señor.

Sin embargo:

Una noche de septiembre rugía el huracán y azotaba con sus gigantescas alas los edificios de Manila; el trueno retumbaba a cada instante; relámpagos y rayos alumbraban por momento los estragos del vendaval y sumían a los habitantes en espantoso terror. La lluvia caía a torrentes. A la luz del relámpago o del rayo que culebreaba se veía un pedazo de techo, una ventana volar por los aires, desplomarse con horrible estrépito: ni un coche, ni un caminante atravesaba las calles. Cuando el ronco eco del trueno, cien veces repercutido, se perdía a lo lejos, entonces se oía suspirar al viento, que arremolinaba la lluvia, produciendo un repetido trac-trac contra las conchas de las cerradas ventanas.

Dos guardias acobijábanse en un edificio que se construía cerca el convento: eran soldados y un *distinguido*.

- ¿Qué hacemos aquí? –decía el soldado-; nadie anda por la calle... debíamos irnos a una casa; mi querida vive en la calle del Arzobispo.

- De aquí a allá hay buen trecho y nos mojaremos –contesta el distinguido.

- ¿Qué importa con tal que no nos mate el rayo?.

- ¡Bah!, no tengas cuidado; las monjas deben tener un para rayos para librarse.

- ¡Sí! –dice el soldado- ¿Pero de qué sirve si está la noche tan oscura?.

Y levantó la vista hacia lo alto para ver la oscuridad: en aquel momento brilló un relámpago, repetido y seguido en un formidable trueno.

- ¡*Naku*!. ¡*Susmariósep*![3] –exclamó el soldado persignándose, y estirando a su compañero-, ¡vámonos de aquí!.

- ¿Qué te pasa?.

- ¡Vámonos, vámonos de aquí! –repitió castañeándole los dientes de miedo.

- ¿Qué has visto?.

- ¡Un fantasma! –murmuró todo tembloroso.

- ¿Un fantasma?.

- ¡Sobre el tejado... debe ser la monja que recoge brasas durante la noche!.

[2] 2 de enero de 1883.

[3] Contracción de *Ina ko*. ¡Jesús, María y José!. Una exclamación tagala de sorpresa, admiración o terror.

El distinguido sacó la cabeza y quiso ver.

Brilló otro relámpago y una vena de fuego surcó el cielo, dejándose oír un horrible estallido.

- ¡Jesús! –exclamó persignándose también.

En efecto, a la brillante luz del meteoro había visto una figura blanca, de pie, casi sobre el caballete del tejado, dirigidos al cielo los brazos y la cara, como implorándole. ¡El cielo respondía con rayos y truenos!.

Tras del trueno se oyó un quejido triste.

- ¡No es el viento, es el fantasma! –murmuró el soldado como respondiendo a la presión de mano de su compañero.

- ¡Ay!, ¡ay! –cruzaba el aire sobreponiéndose al ruido de la lluvia; el viento no podía cubrir con sus silbidos aquella voz dulce y lastimera, llena de desconsuelo.

Brilló otro relámpago de una deslumbrante intensidad.

- ¡No, no es fantasma! –exclamó el distinguido-; la he visto otra vez; es hermosa como la Virgen... ¡Vámonos de aquí y demos parte!.

El soldado no se hizo repetir la invitación y ambos desaparecieron.

¿Quién gime en medio de la noche, a pesar del viento, de la lluvia y de la tempestad?, ¿quién es la tímida virgen, la esposa de Jesucristo, que desafía los desencadenados elementos y escoge la tremenda noche y el libre cielo, para exhalar desde una peligrosa altura sus quejas a Dios?, ¿habrá abandonado el Señor su templo en el convento y no escucha ya las plegarias?, ¿no dejarán tal vez sus bóvedas que la aspiración del alma suba hasta el trono del Misericordioso?.

La tempestad se desencadenó furiosa durante casi toda la noche; durante la noche no brilló una sola estrella; los ayes desesperados, mezclados con los suspiros del viento, continuaron, pero hallaron sordos a la Naturaleza y a los hombres: Dios se había velado y no se oía.

Al día siguiente, cuando despejado el cielo de oscuras nubes, el sol brilló de nuevo en medio del éter purificado, un coche se detenía a la puerta del convento de Sta. Clara y descendía de él un hombre, que se dio a conocer como representante de la Autoridad y pidió hablar inmediatamente con la abadesa y ver a todas las monjas.

Cuéntase que apareció una con el hábito todo mojado, hecho jirones y pidió llorando el amparo del hombre contra las violencias de la hipocresía y delatando horrores. Cuéntase también que ella era hermosísima, que tenía los más bellos y expresivos ojos que jamás se hayan visto.

El representante de la Autoridad no la acogió: parlamentó con la abadesa y la abandonó a pesar de sus ruegos y lágrimas. La joven monja vio cerrarse la puerta detrás del hombre, como el condenado vería cerrarse para él las puertas del cielo, si alguna vez el cielo llegaba a ser tan cruel e insensible como los hombres. La abadesa decía que era una loca.

El hombre no sabría tal vez que en Manila hay un hospicio para dementes, o acaso juzgaría que el convento de monjas era sólo un asilo de locas, aunque se pretende que el hombre aquel era bastante ignorante, sobre todo para poder decidir cuándo una persona está en su sano juicio. O no.

Cuéntase también, que el General S.J...., pensó de otra manera, cuando el hecho llegó a sus oídos; quiso proteger a la loca y la pidió. Pero esta vez no apareció ninguna hermosa y desamparada joven, y la abadesa no permitió que se visitase el claustro, invocando para ello el nombre de la Religión y de los Santos Estrados.

Del hecho no se volvió a hablar más, como tampoco de la infeliz María Clara.

Librodot

Librodot